





HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXVIII.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.



MADRID:
Imprenta de D. Manuel Romeral, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1844.

Se hallará en Madrid, Carrera de San Jerónimo, núm. 24, tienda de la Equidad, y en Sevilla, calle de la Sierpe, núm. 8.

HISTORIA UNIVERSAL.

LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA DE INGLATERRA.

CAPITULO PRIMERO.

Descricion jeográfica del pais. — Montañas. — Rios. — Clima y terreno. — Producciones naturales. — Industria. — Comercio. — Marina. — Caminos y canales. — Riqueza nacional. — Constitucion. — Clases. — Ordenes de caballería. — Relijion. — Instruccion. — Division politica y administrativa del reino de la Gran Bretaña.

Descricion jeografica del pais. — El poderoso imperio británico, llamado comunmente *la Inglaterra,* se estiende á todas las partes del mundo; su poblacion jeneral asciende á mas de ciento cincuenta millones de almas. La parte europea consiste en un grupo de islas denominado *archipiélago británico* el cual está situado al Norte de Francia, al Oeste de los Paises Bajos y de la Dinamarca, entre el mar del Norte y el océano Atlántico. Las dos mayores de estas islas son la *Gran Bretaña* y la *Irlanda,* que dan su nombre á todo el imperio, pues se llama el *reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda.* La Gran Breta-

ña comprende el antiguo reino de Inglaterra, con el principado de *Gales*, y el antiguo reino de *Escocia:* el de Irlanda tambien formaba antiguamente un reino separado. La poblacion de las islas británicas se compone de unos veinticuatro millones de habitantes, repartidos de este modo: trece millones en Inglaterra: dos millones y medio en Escocia; ochocientos mil en el principado de Gales; siete millones y medio en Irlanda; y doscientos mil en las pequeñas islas de alrededor. La superficie es de unas quince mil ochocientas leguas cuadradas, comprendidas entre los cero grados, treinta y cinco minutos y trece de lonjitud occidental, y entre los cincuenta y sesenta y un grados de latitud Norte.

Montañas. — La Gran Bretaña es en jeneral un pais de llanuras y colinas. Solo al Oeste y al Norte presenta verdaderas montañas, de las cuales las mas altas no pasan de cuatro mil pies de elevacion sobre el nivel del mar. En la Inglaterra propiamente dicha las comarcas mas montuosas son el principado de *Gales,* el condado de *Derby,* el de *Westmoreland* y el de *Cumberland.* Al Sud está atravesado el suelo por ribazos gredosos, cuyo color blanco hizo que se diese al pais el nombre de *Albion,* usado todavia por los poetas. Hácia los confines de Escocia se encuentran los montes *Cheviotes,* que se prolongan hasta el interior de este reino, tomando los nombres de *Pentland* y de *Grampian*. Casi toda la Escocia está atravesada de montañas, la mayor parte de ellas desnudas de bosques, lo que les da un aspecto triste y desierto. Entre los numerosos promontorios se distinguen el cabo de *Finisterre,* el de *Lizard,* el de *Wrath* y el de *Clear.*

Rios. — La Gran Bretaña está regada por muchos rios, cuyo curso es muy limitado: los principales son:

En Inglaterra: el *Támesis,* que entra por una ancha embocadura en el mar del Norte; el *Humber,* que, hablando propiamente, no es mas que una vasta embocadura, á la cual concurren al mismo tiempo varios rios; comunmente se le mira como formado por la union del *Ousa* con el *Trento*: el Ousa recibe á la derecha el *Warf* y el *Air,* y á la izquierda el *Derwent*; el Trento recibe á su derecha el *Dova;* el *Mersey,* que recibe á su derecha el *Irwel* y á la izquierda el *Weaver;* y el *Severno,* que es el rio

mayor de Inglaterra, recibe á su derecha el *Wia* y á su izquierda los dos *Avon*.

En Escocia: el *Tweed*, que separa la Inglaterra de Escocia; el *Fort*, que recibe á su izquierda el *Teith*; el *Tay*; el *Clyde*; el *Spey* y el *Ness*; todos desaguan en el mar del Norte, escepto el Clyde que lo verifica en el de Irlanda.

En Irlanda: el *Shannon* que es el mayor de sus rios, y se pierde en el océano Atlántico; el *Barrow*, que recibe el *Nore* y el *Suira*; el *Liffey* que atraviesa á Dublin, y se arroja en el mar de Irlanda; y el *Bann*, que sale del lago *Neagh*, y entra en el océano Atlántico.

Clima y terreno. — El clima de las islas británicas es muy benigno con respecto á su posicion jeográfica: el invierno es mucho menos rigoroso en Lóndres que en París; el Támesis rara vez se yela, y la nieve ordinariamente se derrite á poco de haber caido. Esta temperatura moderada del invierno resulta de la humedad casi contínua que mantienen en el pais las nieblas y lluvias que reinan en él. La misma causa obra igualmente sobre la constitucion atmosférica de las demas estaciones: un dia sereno en el estío es un acontecimiento raro en las islas británicas; y la vejetacion, aunque jeneralmente es abundante, no produce los frutos que necesitan un calor fuerte para llegar á su madurez. Atribúyese á esta humedad del aire la bella encarnacion que distingue á los ingleses, en particular á las mujeres; pero tambien es probablemente la causa de esas afecciones melancólicas conocidas con el nombre de *esplin*, á que con tanta frecuencia están sujetos los ingleses.

El suelo de las islas británicas es fértil en jeneral. Sin embargo en cada uno de los tres reinos hay considerables arenales incultos, y ademas en Irlanda y Escocia se encuentran hornagueros muy estensos. En Inglaterra la agricultura está adelantada; pero en Irlanda no lo está tanto, por la ignorancia y pobreza de los arrendadores. Aunque los productos de la agricultura son abundantes y variados no bastan para subvenir á las necesidades de la poblacion, por lo cual se importan anualmente de los paises que pueblan el mar Báltico inmensas provisiones de trigo. Y no es porque el suelo sea insuficiente por su su estension ó por su naturaleza, sino porque la quinta parte

de las tierras productivas está sin cultivar. Este grave inconveniente resulta á la vez del uso de los parques que los grandes han conservado, de las cargas escesivas que en Inglaterra pesan sobre la agricultura y de la preferencia que las clases inferiores dan jeneralmente á las ocupaciones industriales, que les prometen una ecsistencia mas cómoda, mientras que la agricultura lo mas que les ofrece es el estado dependiente y poco lucrativo de arrendadores de algun rico propietario. Los pastos son muy estensos y alimentan gran número de animales.

Producciones naturales. — Ya hemos dicho que los ingleses llevan del estranjero una gran parte del trigo que consumen. El suelo de su pais se presta muy bien al cultivo de las legumbres y de las diferentes especies de frutas. Las manzanas y las peras, abundantes y de buena calidad, suministran sidra y una especie de perada llamada *perry*. La vid no prevalece sino en emparrados, y esto á fuerza de cuidados y trabajo. El vino se importa principalmente de Portugal y Francia.

La cria de los ganados en Inglaterra es muy importante, porque los propietarios ricos se dedican á ella por predileccion y en perjuicio del cultivo de los cereales. Las ovejas son numerosas; su lana superfina no cede en belleza á ninguna otra, á no ser á la de España. El inmenso gasto que se hace de lana en la fabricacion de tejidos de toda clase, ecsije que la importen en gran cantidad de Alemania, España y Hungria.

Los caballos ingleses tienen mucha reputacion en Europa: los ricos invierten sumas enormes en procurarse los mas corredores, porque las carreras de caballos son en Inglaterra el placer mas buscado del pueblo. Otra de las diversiones á que tiene mucha aficion el pueblo bajo es las riñas de gallos, aunque en otro tiempo eran mas frecuentes que en nuestros dias.

Como la Inglaterra carece de bosques, no abunda la caza menor, y la mayor no se encuentra en el estado salvaje; pero los grandes señores cuidan de hacer criar en sus parques gran cantidad de volatería, principalmente faisanes, perdices y gallos silvestres; tambien mantienen ciervos, gamuzas, gamos y jabalíes, y se divierten cazándolos de vez en cuando, pero sin matarlos. La caza principal es la de las zorras, que se corren con numerosas

jaurías: no estan en uso las batidas, por los grandes gastos que ocasionan.

La pesca del mar es muy importante, sobre todo la del arenque, que se hace principalmente en las costas setentrionales. Las ostras son de superior calidad.

La islas británicas son ricas en minerales: abundan en ellas las minas de sal, de cobre y de plomo: hállanse sobre todo en los condados de Chester, Cumberland y Gales. El hierro no es de escelente calidad, ni basta para las ecsijencias de la fabricacion, por lo cual se surten de la Suecia. El estaño, tan raro en los demas paises de Europa, se encuentra con abundancia en Inglaterra; sin embargo el de mejor calidad que corre en el comercio, viene de las Indias y de la China. Otro fósil que se encuentra en Inglaterra en gran cantidad, es el *grafito* ó lapiz mineral, que le preparan muy bien para dibujar. La *castina* ó *espato fusible*, que no es raro en Europa, en Inglaterra es de escelente calidad asi por la hermosura y variedad de sus colores, como por su solidez: sirve para la fabricacion de vasos, candelabros y otros objetos de lujo.

Pero el fósil mas importante de este pais es la *ulla*, especie de carbon de tierra, de que ecsiste enorme cantidad en los tres reinos. Solo las minas de Newcastle ocupan veinte mil obreros. El vuelo estraordinario de la industria, la inmensa estension del comercio, y el alto grado de opulencia de la Inglaterra, se deben en gran parte á la esplotacion de este mineral. Antiguamente habia en Inglaterra, como en los demas paises de Europa, bosques bastante considerables; pero cada dia fué escaseando mas la madera, y se hizo necesario buscar otras materias combustibles: el uso de la ulla llegó á ser cada vez mas indispensable; y en el dia, que los bosques han desaparecido casi enteramente de la superficie del suelo, el carbon de tierra es una condicion de ecsistencia para la poblacion.

En estos últimos tiempos se ha aumentado la importancia y el consumo de este fósil, á causa de la invencion de las máquinas de vapor y del alumbrado de gas. Ya en el siglo XVII se hicieron en Inglaterra algunos ensayos, aunque imperfectos, para aplicar á las máquinas la fuerza del vapor del agua. En 1711, dos hombres sin estudios, *Newcomeny*, simple herrero, y *Cawley*, vidriero, construyeron la pri-

mera máquina de vapor, despues de cinco años de trabajo. Cincuenta años mas tarde, dos hábiles mecánicos, ***Wat*** y ***Fulton,*** perfeccionaron el mecanismo de estas máquinas, y hallaron el medio de disminuir mucho el gasto de la ulla, que hasta allí habia sido muy considerable. Entonces se aplicó prontamente este sistema de fuerza á casi todos los oficios, en vez de los brazos de los hombres que antes se empleaban; y aun se sirvieron de él para remplazar las fuerzas de los animales y de los elementos, haciendo andar con semejantes máquinas los molinos de viento y de agua, las embarcaciones y los carruajes. El número de máquinas que se emplèan en los diferentes oficios, asciende en el dia á mas de quince mil, cuya fuerza iguala á la de dos millones de hombres por lo menos.

A fines del siglo último, la observacion, ya antigua, de que una cantidad de ulla calentada en un recipiente cerrado, despedia hidrójeno carbonado, condujo al injeniero francés, ***Francisco Lebron,*** á la aplicacion de este gas al alumbrado.

Industria. — Ningun pueblo ha sabido jamás, como el pueblo inglés, aprovechar tan bien los recursos del suelo y de la posicion jeográfica del pais que ocupa. Su espíritu industrial ha hecho nacer en todos los puntos del reino millares de fábricas de todas clases, que cada dia se aumentan y perfeccionan mas. En la fabricacion de los tejidos de lana, los franceses, los belgas y los alemanes igualan á los ingleses; en los de seda, la Francia, favorecida por su clima, es incontestablemente superior á la Inglaterra; pero en los demas artículos de algodon, de fundicion, de acero, monturas, carruajes, cuchillería, loza, cristalería, y curtidos, la Inglatera sobrepuja eminentemente á los demas paises de Europa.

Comercio. — Los ingleses esploran todas las partes del mundo para proporcionarse las primeras materias necesarias á su industria: sacan de la Suecia, de la Rusia y de los demas paises del Báltico, madera, hierro, cobre y cáñamo; España, Alemania y Hungría les proveen de lanas, y las dos Indias de algodon en rama. Por todas partes su comercio y su industria estan ligadas con intereses recíprocos: las mismas embarcaciones que esportan los productos de su fabricacion, cargan á

su retorno de trigo, vino, mercancias coloniales y primeras materias: aun surten ellos casi esclusivamente á toda la Europa del té de la China y de las especias de ambas Indias. Mas de treinta mil buques mercantes, con una tripulacion de doscientos mil hombres lo menos, cooperan á estas empresas comerciales, que son sin contradiccion las mas estensas y lucrativas que se conocen en la historia.

Marina. — La marina inglesa, sin contar los buques mercantes, es por sí sola mas importante que la de todos los demas estados de Europa reunida. En 1814 contaba mil cincuenta y cuatro buques de guerra de todo tamaño, de los cuales doscientos dieziseis eran navíos de línea. Este prodijíoso estado naval es en cierto modo un lujo onerosísimo, pues únicamente la mitad de los buques estan en activo servicio; los demas se pudren desarmados en los puertos. Pero la Inglaterra, celosa de su supremacía marítima, se impone este enorme sacrificio para estar segura de poder, y en caso de guerra, cubrir repentinamente todos los mares con sus escuadras. El armamento de la escuadra inglesa ecsije, en tiempo de guerra, mas de cien mil marineros y cerca de cuarenta mil soldados. En Inglaterra no ecsiste ley alguna de reclutamiento para la marina, porque bastan ordinariamente los alistamientos voluntarios; pero si estos no pueden llenar los cuadros en tiempo de guerra, el gobierno permite arrebatar de los parajes públicos y aun de los buques mercantes, los hombres que parezcan útiles para el servicio de mar.

Caminos y canales. — La inmensa actividad industrial y comercial que reina en todos los puntos de Inglaterra, ha hecho nacer allí la necesidad y el gusto de una comunicacion rápida y poco costosa: asi es que ningun pais de Europa posee vias de comunicacion tan numerosas y tan espeditivas. Sin embargo, antes del año 1750, los caminos de Inglaterra eran horribles y casi impracticables gran parte del año. El estado de los caminos era cada vez mas intolerable, y el pueblo se oponia á fuerza abierta al establecimiento de los portazgos para la mejora y conservacion de los caminos. Fué necesario que en 1754, un acta del parlamento declarase que todo atentado contra los portazgos se consideraria como una felonía, y como tal seria

castigado. Desde esta época la perfeccion sucesiva de los caminos ingleses ha ido en aumento, y las comunicaciones son en el dia mas fáciles y prontas en Inglaterra que en cualquiera otra parte del mundo. Soberbias calzadas conservadas perfectamente, atraviesan el pais en todas direcciones. Las dilijencias de vapor ruedan por los caminos de hierro y aventajan en celeridad á las dilijencias ordinarias que hacen el servicio por las calzadas. Tambien se hacen rápidamente las travesías por medio de los canales que surcan el pais en todos sentidos, y ascienden á ciento prócsimamente, en los cuales hay mas de cuatrocientos barcos de vapor que sirven para trasportar los pasajeros.

En las posadas de Inglaterra, aun las que estan en las aldeas, se nota el mayor aseo y limpieza; pero hay un inconveniente para los viajeros aislados, que es la poca seguridad en ciertos caminos, aun en las inmediaciones de la capital, como, por ejemplo, los matorrales de Hounslow, que solo están á tres leguas de Lóndres. Sin embargo, debemos decir en honor de la verdad, que los robos en los caminos reales, tan frecuentes y famosos en otro tiempo, van siendo cada vez mas raros.

En Inglaterra son numerosos los caminos de hierro: en 1836 habia ya mas de cien leguas concluidas, y ciento setenta y dos en construccion.

La Escocia cuenta tres caminos de hierro, y uno la Irlanda.

Riqueza nacional. — Considerando las vastas posesiones de la Inglaterra en todas las partes del mundo, la inmensa estension de su comercio, el estado floreciente de su industria y la importancia de su marina, debe suponerse necesariamente que este pais es el mas rico y el mas dichoso del globo. Esta suposicion es bastante fundada, en el sentido de que no se encuentra en ningun otro pais un número tan considerable de individuos escesivamente ricos y que vivan con un lujo estraordinario: solo en Inglaterra hay mas de cincuenta familias de las cuales cada una posee una renta anual de trescientas cincuenta mil libras esterlinas (sobre veintiocho millones de reales), y varios centenares de familias que gozan de una renta desde tres á siete millones de reales al año. Pero al lado de estas riquezas enormes, se halla una miseria mucho mas estensa y mas profunda que en ningun otro pais de Europa: el

número de pobres faltos de todo medio de subsistencia comprende la décima parte de la poblacion. Una contribucion, llamada *cuota de los pobres*, que asciende anualmente á unos setecientos millones de reales, no basta para cubrir las primeras necesidades de los mas menesterosos. En vano se han esforzado algunos economistas célebres en hallar un remedio eficaz á este contraste terrible; ninguno podria emplearse sin atacar los fundamentos del órden social del pais, porque una de las principales causas de este desgraciado estado de cosas, es la falta casi absoluta en Inglaterra de la clase saludable de pequeños propietarios de fincas rurales. El terreno está repartido entre un número muy limitado de familias ricas y casi todas nobles, que le arriendan por porciones y á precios subidos; los arrendadores pagan ademas las enormes contribuciones establecidas sobre la agricultura. Esta circunstancia aleja á la clase trabajadora del cultivo de la tierra y hace que ofrezca sus brazos con preferencia al comercio y á la industria.

Constitucion. — La constitucion inglesa, una de las mas antiguas y mas liberales de Europa, divide los altos poderes lejislativos y administrativos entre el rey y el parlamento. El rey es el jefe supremo del Estado; su persona es sagrada é inviolable; sus ministros son los responsables de todos sus actos oficiales. Solo el rey tiene el poder ejecutivo; está considerado como juez supremo, y en su nombre se pronuncian todas las sentencias. Los demas derechos que la constitucion concede al rey son: el nombrar para todas las dignidades y empleos, civiles, eclesiásticos y militares; declarar la guerra; concluir los tratados de paz y de alianza, en una palabra, dirijir todo lo respectivo á las relaciones políticas del esterior; convocar, prorogar ó disolver el parlamento; y por último el derecho de perdonar.

La asignacion del rey consiste en una lista civil que se fija por el parlamento al advenimiento de cada príncipe al trono, para toda la duracion de su reinado; los príncipes y princesas de la sangre tienen tambien señaladas sus asignaciones, que paga el estado. La lista civil de un rey de Inglaterra asciende ordinariamente á treinta y cinco ó treinta y seis millones de francos, comprendiendo la renta que saca del reino de Hanno-

ver. Pero como es costumbre en Inglaterra el que pague el rey sobre su lista civil las pensiones de los ministros, de los embajadores, de los grandes jueces y de otros dignatarios eminentes del reino, rara vez basta para cubrir todos estos gastos la suma de treinta y cinco millones; el deficit se cubre con sumas supletorias que vota el parlamento siempre que son necesarias.

Todo lo que concierne á la administracion interior, á la lejislacion y al fijamiento de las contribuciones, no puede hacerse sin el concurso del parlamento, que se compone de dos cámaras, la de los *pares* y *lores*, llamada tambien cámara *alta*, y la de los diputados, que se designa igualmente con el título de *cámara de los comunes*.

La cámara de los pares se compone de miembros de derecho, miembros elejidos, y miembros de nombramiento real. Los miembros de derecho, son los príncipes de la sangre, todos los jefes de las familias de la alta nobleza, y los arzobispos y obispos ingleses. Los miembros elejidos son los que envian Escocia é Irlanda. El número total de pares es de cuatrocientos veintiseis. El lord canciller, miembro del ministerio, es el que preside esta asamblea.

La cámara de los comunes, se elije para siete años, y se compone de seiscientos cincuenta y ocho miembros, á saber: cuatrocientos setenta y uno elejidos por la Inglaterra; veintinueve por el principado de Gales; cincuenta y tres por la Escocia, y ciento cinco por la Irlanda.

Los diputados de los condados se designan con el título de caballeros; los de las ciudades con el de ciudadanos, y los de las villas con el de burgueses. El censo de elejibilidad está fijado para los condados en seiscientas libras esterlinas de renta líquida; para las ciudades y villas en trescientas libras esterlinas, procedentes en ambos casos de una tierra libre poseida desde un año antes. Los hijos primojénitos de los lores y los diputados de las universidades son los únicos que estan esentos de estas condiciones.

El censo electoral en los condados no consiste esclusivamente en la posesion de una tierra libre, como antes de la ley de reforma de 1832; una tierra poseida á título enfitéutico, ó arrendada por sesenta ó mas años, es suficiente. En cada uno de estos tres casos, ecsije la ley diez libras esterlinas de renta neta y

la posesion anual (escepto cuando la tierra se posee á título de sucesion). Si el arrendamiento solo es de veinte ó mas años, se necesitan cincuenta libras esterlinas de renta, en vez de las diez. En las ciudades y villas tambien goza del derecho electoral el que posee una casa que produzca diez libras esterlinas de renta. No puede ser elector el que no tenga veintiun años cumplidos.

La cámara de los comunes elije su presidente (*speaker*) de su mismo seno. Cada diputado tiene el derecho de hacer una *mocion*, es decir, de proponer una ley. Esta mocion debe ser redactada por escrito, y despues de haber pasado por cuatro pruebas, se somete á una votacion definitiva. En las ocasiones importantes la cámara entera puede constituirse en comité. Entonces el *speaker* deja su asiento, que va á ocupar otro presidente llamado *chairman*. Mientras que la asamblea conserva esta forma democrática, cada miembro tiene el derecho de hablar varias veces; y aun el mismo *speaker* puede tomar la palabra como diputado. La cámara ecsamina la mocion artículo por artículo, llena los blancos dejados en la redaccion, hace las enmiendas que cree oportunas, y enseguida vuelve á tomar su forma ordinaria, ocupando de nuevo su asiento el *speaker*. Si el *bill* (proyecto de ley) se aprueba en una de las dos cámaras, pasa á la otra, donde recorre los mismos trámites. Votado el bill por las dos cámaras del parlamento, se somete en seguida á la sancion del rey: si el monarca no pone el *veto*, se proclama en nombre del rey, y recibe la fuerza de ley bajo el nombre de acta del parlamento.

Las leyes fundamentales del Estado, que sirven de base á la constitucion inglesa, son: 1.ª la *gran Carta* de 1215, el mas antiguo monumento legal de las libertades inglesas, de la cual han cesado de estar en vigor varios artículos, por no hallarse en armonía con el estado actual de la civilizacion: 2.ª la *peticion de derechos* de 1628, por la cual se devolvió al parlamento el derecho de votar los impuestos, sin escepcion alguna: 3.ª el acta del *habeas corpus* de 1679, la cual garantiza la libertad individual de los ciudadanos: 4.ª la *declaracion de derechos* de 1689, la cual confirmó é hizo mas estensos los derechos del parlamento, especial-

mente el de la libre discusion: 5.ª la *ley de sucesion* de 1705, que arregló definitivamente la sucesion al trono: 6.ª el *acta de union* de 1707, que reunió la Escocia á la Inglaterra: 7.ª el *acta de union* de 1801, que incorporó la Irlanda á la Inglaterra; y 8.ª la *ley de reforma* de 1832, que arregló las elecciones parlamentarias de una manera mas justa y saludable.

Cuatro cuerpos diferentes de altos funcionarios ayudan al rey en la direccion política y administrativa de los negocios del Estado: 1.° el *consejo íntimo privado*, cuyos miembros de derecho son los príncipes de la sangre, los dos arzobispos, el *speaker* del parlamento y siete grandes dignatarios de la corona: tambien pueden ser llamados otros miembros á voluntad del rey y que merezcan su confianza: 2.° el *consejo de ministros*, del cual el primero en rango tiene el título de primer lord de la tesorería, aunque este no es siempre el que preside el consejo: 3.° la *tesorería*, supremo colejio de hacienda; y 4.° el *almirantazgo*, que está á la cabeza de la marina.

En Inglaterra no hay tribunales permanentes, y la justicia se administra con la asistencia de los jurados. Solo se conoce una escepcion, que es *la cancillería*, tribunal supremo de apelacion, y al mismo tiempo el único que está en actividad permanente y que sentencia sin la asistencia del jurado.

Otros tres tribunales conocen de los negocios importantes, pero asistidos de jurados, á saber: el *tribunal del banco del rey*, para las causas criminales; el *tribunal de la tesorería*, para los intereses pecuniarios; y el *tribunal de los procesos comunes*, para las causas civiles. Cada uno de estos tres tribunales se compone de cuatro miembros, que se reunen cuatro veces al año en Lóndres, y por algunas semanas únicamente cada vez: el tiempo restante le emplean los doce miembros de los tres tribunales en viajar, con el título de grandes jueces, por las provincias, donde sentencian las causas criminales.

Ademas de esto, el consejo íntimo del rey, la cámara de los lores y el almirantazgo, tienen, en ciertos casos, el derecho de reunirse en tribunal para juzgar los negocios cuyo conocimiento les está sometido por las leyes.

En las provincias ó condados la justicia, asi como la policía y la administracion, está en manos

de empleados, la mayor parte elejibles, que desempeñan gratuitamente sus funciones. El primer majistrado del condado se llama *lord lugarteniente*; á este sigue el *high sherif* (gran notario). Los distritos tienen tambien *sherifs* á su cabeza. Los comunes son administrados por *mayors* (correjidores), y por un consejo municipal, cuyos miembros se llaman *aldermanes*. La polícia está bajo la direccion del lord lugarteniente, de los sherifs y de los correjidores, y los ajentes inferiores se denominan *constables*. Por último, la justicia en primera instancia se administra por un *juez de paz* asistido de jurados. Los jueces de paz de un condado se reunen de tres en tres meses en la capital respectiva, y se constituyen en tribunal, siempre con la asistencia del jurado. De allí pueden ser llevados los negocios ante los tribunales superiores.

Clases. — Las leyes y las costumbres inglesas no reconocen mas que dos clases en la sociedad; la nobleza y la clase burguesa. La nobleza se distingue en alta y pequeña; pero esta última cuyo nombre colectivo es *gentry*, se confunde con los burgueses.

La alta nobleza se compone de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones; el título y el rango son hereditarios, pero solo se trasmiten á los hijos primojénitos: los demas hijos reciben los titulos que siguen al del hermano mayor; por ejemplo, tres hijos de un conde, el primero, viviendo su padre, será vizconde, el segundo baron, y el tercero, no contándose entre la alta nobleza, pertenecerá á la *gentry*. Todos los individuos de la alta nobleza tienen el título de *lores*. La *gentry* propiamente dicha, comprende los diferentes grados de la pequeña nobleza, los *squires* (escuderos), los *knights* (caballeros) y los *baronets*; pero, segun el uso del pais, se cuentan tambien en ella los empleados del estado, los sabios, los profesores, los negociantes, en una palabra, todas las personas instruidas y acomodadas de la clase burguesa, y se les dá, como á los individuos nobles, el tratamiento de *gentlemen* (jentilhombre), título distintivo de todos los miembros de la *gentry*. Despues de los gentlemen siguen los diferentes cuerpos de los oficios, los pequeños industriales, los pequeños propietarios de tierras, y los arrendadores: en fin, la última clase se compone de los

trabajadores, de los criados, y de todos los que no tienen establecimiento fijo.

La distincion de clases no concede ningun privilejio esencial. Todo inglés es libre en su persona; cada uno contribuye á las cargas del estado en proporcion á su fortuna: todos son iguales ante la ley; todos tienen el derecho de espresar libremente, de palabra ó por escrito, su opinion sobre todo objeto, de reunirse en cualquier número que sea, de deliberar sobre los negocios públicos, y de presentar peticiones al parlamento.

En la conversacion se acostumbra á dar el título de *sir* desde el rey hasta el último paisano; pero en este caso no va seguido del nombre de la persona á quien se habla. La palabra *sir* antes del pronombre, como por ejemplo, *sir Roberto Peel*, está afecta á los baronets y á los caballeros. El título distintivo del rango, se pone, segun su naturaleza, antes ó despues del nombre, v. gr.: *duque de Cumberland*, *vizconde Nelville*, *sir Roberto Peel*, *baronet*, *Tomas Moore*, *squire*. Los gentlemen que no son nobles reciben ordinariamente delante de sus nombres de familia el título de *master* (señor). Las damas nobles ó distinguidas, tienen el título de *lady*; para las demas se emplea el de *miss* si son solteras, y el de *mistress* si son casadas.

El rey se titula comunmente *rey de la Gran Bretaña y de Irlanda, y protector de la fé*. Su divisa se compone de palabras francesas, que dicen *Dios y mi derecho*: tambien en la sancion ó desaprobacion de los bills del parlamento, se sirve de frases francesas que se remontan á la dominacion normanda. El príncipe real lleva, cuando nace, el título de *duque de Cornuailles*; despues le confiere el rey el de *príncipe de Gales*. Los hijos segundos llevan diferentes títulos, como *duque de York*, *duque de Cambridge*, *de Cumberland*, etc. — La corona es hereditaria para ambos secsos.

ORDENES DE CABALLERIA. — Cuéntanse en Inglaterra cuatro órdenes de caballería, que son: 1.ª la orden de la *Jarretiera*, fundada en 1349, cuyas insignias se llevan alrededor de la rodilla izquierda, en forma de liga: esta órden solo se confiere á los príncipes y á los señores de la mas alta nobleza: 2.ª la órden de *Bath*, fundada en 1399, y dividida en tres clases: 3.ª la órden escocesa del *Cardo*, llamada tambien de *San Andres*, fundada

en 1540 por Jacobo V, rey de Escocia: y 4.ª la órden irlandesa de *san Patricio*, fundada en 1783 por Jorje III, la cual solo se confiere á los pares irlandeses.

RELIJION. — La relijion de la mayoria, en Inglaterra y Escocia, es la protestante: en Irlanda la católica. Se cuentan en los tres reinos diezisiete millones de protestantes y siete millones de católicos. La libertad de cultos está garantida por la constitucion; no obstante, la *Iglesia anglicana ó episcopal*, llamada tambien la *alta Iglesia*, á cuya comunion pertenece la familia real, es la única que se considera como relijion del estado en Inglaterra é Irlanda, y como tal disfruta de ventajas considerables. Las doctrinas de la Iglesia anglicana son, en todos los puntos esenciales, las mismas que las de las iglesias protestantes del continente: no hay mas diferencia que la jerarquía del clero y ciertos ritos y ceremonias que han conservado del catolicismo, antigua relijion de Inglaterra. El rey es el jefe de la Iglesia anglicana: el alto clero se compone de arzobispos, obispos y rectores. Las escandalosas riquezas de estos dignatarios, y los abusos y el relajamiento del celo, que son sus consecuencias, han hecho nacer numerosas sectas relijiosas que se han separado de la Iglesia dominante. Desígnase á los individuos de estas sectas, asi como á los católicos y miembros de la Iglesia escocesa, con el nombre de *disidentes ó no conformitas*.

La mas considerable de las sectas salidas de la Iglesia anglicana, es la de los *metodistas*, fundada á mediados del siglo último por *Wesley* y *Whitefield*. Sus doctrinas son casi enteramente las mismas que las de la Iglesia madre, solo que ellos no reconocen la potestad eclesiástica, é insisten particularmente sobre la nocion del pecado, y sobre la necesidad de la penitencia y de las plegarias asíduas. Su culto consiste en predicaciones, oraciones y cánticos: tienen obispos y presbíteros. Débeseles las escuelas del domingo y la mejora moral de las clases inferiores, objeto constante de su solicitud.

Otra secta notable es la de los *cuakeros*, que se denomina á sí misma *sociedad cristiana de los amigos*. Fué fundada en 1650 por *Jorje Fox*, simple cordonero; y *Willian Penn*, célebre fundador de las primeras colonias de Pensilvania, la introdujo en

América. Segun los cuakeros, cualquier cristiano que busca sériamente el espíritu divino, es susceptible de revelacion. No ven en los sacramentos mas que símbolos sin importancia real. Su culto escede en sencillez al de todas las demas comuniones cristianas: en sus salas de reunion no hay altares, imájenes, ni púlpitos; no se oyen cánticos, música, ni sonido alguno de campana. Reúnense á cierta hora; todos permanecen con la cabeza cubierta y esperando silenciosamente las revelaciones del espíritu. Aquel que se siente inspirado, anuncia su inspiracion con suspiros, y entonces se esparce una grande ajitacion entre los asistentes, que se levantan y descubren sus cabezas para escuchar la plegaria ó el sermon del inspirado. Las emociones y los movimientos de este se comunican frecuentemente á los oyentes, y de aquí les viene el nombre de *cuakeros* ó *tembladores*. Por lo demas, las revelaciones no llegan siempre á cada reunion; algunas veces se separan despues de haber esperado en vano muchas horas; otras veces en la misma sesion, varios inspirados predican uno despues de otro. Los cuakeros no tienen clero particular: sea hombre ó mujer, el que se siente inspirado se convierte en predicador por aquel momento: solo los misioneros son especialmente escojidos y preparados para este estado. Sus principios de moral, que son muy austeros, les prohiben prestar juramento alguno, hacer el servicio militar, y participar de las fiestas y diversiones: se abstienen del comercio, de toda especie de lujo, etc. Los cuakeros estan esentos de la milicia mediante un impuesto que pagan en compensacion.

Casi todas las demas sectas no son otra cosa que lijeras modificaciones de la de los metodistas ó de la Iglesia escocesa. Asi los *baptistas* no difieren de la Iglesia de Escocia mas que en el bautismo, que le administran á los adultos en vez de administrarle á los niños. Los *hermanos moravos*, conocidos por sus misiones al cabo de Buena-Esperanza, son semejantes á los metodistas. Se dice que en Inglaterra, al presente, las diversas iglesias no conformistas proveen reunidas, á las necesidades espirituales de un número de personas igual por lo menos al de los miembros de la Iglesia anglicana. Esta va perdiendo cada vez mas su influencia, particularmente entre las clases trabajadoras.

En Escocia la Iglesia dominante y la de la inmensa mayoría de los habitantes, es la *presbiteriana ó puritana*. Los adictos á esta comunion no están obligados en Escocia á contribuir al sostenimiento de la Iglesia angliana, como lo están en Inglaterra é Irlanda, donde su número es muy escaso. Siguen de todo punto la doctrina y organizacion de los calvinistas, y desechan la jerarquia y la liturjia de la Iglesia episcopal. Las parroquias elijen por sí mismas sus pastores, asi como los miembros de sus consistorios, es decir, los ancianos ó *seniores*, especie de diputados que se reunen con los pastores en sínodos para deliberar sobre los negocios relijiosos de las parroquias.

Instruccion. — El estado jeneral de la instruccion pública en la Gran Bretaña está muy distante de ser satisfactorio. La vijilancia del gobierno se limita á las universidades, á las escuelas especiales de facultades, y á un corto número de colejios reales; y aun esta vijilancia se ejerce de un modo poco activo: todos estos establecimientos estan ricamente dotados por fundaciones particulares, y se administran por sí mismos sin depender de la autoridad.

Los establecimientos mas recientes y mejor organizados para la alta instruccion son la nueva *universidad de Lóndres*, instituida despues de 1830 sobre el modelo de las universidades alemanas, y el *King's college*, fundado por los toris en oposicion á la universidad de Lóndres, que fué creada bajo el patronato de los wighs. Las universidades inglesas de antigua fundacion, entre las cuales las mas nombradas son las de *Oxford*, de *Cambridge*, de *Edimburgo*, y de *Glasgow*, que gozan ellas solas del privilejio de conferir los grados universitarios, no son mas que escuelas particulares para los estudios clásicos, la filosofía y la teolojía. Su organizacion, que ha sufrido pocos cambios á través de los siglos, es defectuosísima, y los abusos estan consagrados en ellas por la tradicion. Igualmente ecsisten en muchos puntos de la Gran Bretaña escuelas especiales para las ciencias y para las facultades de medicina, jurisprudencia y matemáticas. Muchos pudientes hacen enseñar á sus hijos por maestros particulares.

Para los niños pobres estan poco estendidos los medios de instruccion. En la campiña son muy raras las escuelas elemen-

tales; y á pesar del establecimiento de numerosas escuelas gratuitas en Lóndres y en las principales ciudades industriales, sobre todo despues de la invencion del método de enseñanza mútua (metódo de *Lancaster*), el estado de la instruccion primaria en la Gran Bretaña está todavia muy lejos de corresponder á las necesidades de un pais civilizado. En Escocia está mucho mas instruido el pueblo que en Inglaterra; pero en Irlanda, desgraciadamente lo está menos aun que en este último reino.

DIVISION POLITICA Y ADMINISTRATIVA. — Ya hemos dicho que el reino unido de la Gran Bretaña se divide jeográficamente en tres reinos, que son Inglaterra, Irlanda y Escocia, y en varias islas dependientes de ellos; vamos á manifestar ahora su division politica, principiando por

INGLATERRA. — Este reino, que comprende la Inglaterra propiamente dicha y el principado de Gales, está rodeado al Este por el mar del Norte, al Sud por la Mancha, cuyo estrecho entre Douvres y Calais, se llama *Paso de Calais*; al Oeste por el mar de Irlanda, cuya parte superior entre Escocia é Irlanda se llama *canal del Norte*, y la parte inferior, entre Irlanda y el principado de Gales, *canal de san Jorje*; por último, al Norte forma la frontera de Inglaterra la Escocia.

Antes de la conquista por los normandos (1066) la Inglaterra estaba dividida en siete reinos, ademas del principado de Gales que no perdió su antigua independencia hasta 1282. En el dia está dividida en cincuenta y dos *condados ó shires*, cuarenta en la Inglaterra propiamente dicha, y doce en el principado de Gales. Indicaremos, pues, la doble division de reinos y condados, aunque la primera no tenga mas que una importancia histórica, é iremos de Norte á Sud.

I. REINO DE NORTHUMBERLAND.

Este reino comprende seis condados que son:

1. *Northumberlandshire*. Toca con la Escocia, de la cual está separado por el rio Tweed, que desagua en el mar del Norte, y por los montes *Cheviotes*. El suelo es poco fértil; pero lo que constituye la principal riqueza de esta comarca son las minas de ulla que en ella se esplotan. Su capital es *Newcastle*.

2. *Cumberlandshire*. Este condado está al Oeste del precedente. El pais es montuoso y ri-

co en minerales. Los paisajes son pintorescos, cortados por valles encantadores y por numerosos lagos. El mar de Irlanda, que baña este condado al Oeste y al Norte, forma allí el ancho golfo de *Solway*, entre Inglaterra y Escocia. La capital es *Carlisle*.

3. *Westmorelandshire*. Al Sud del condado anterior : está bañado por el mar de Irlanda, que forma en él la bahía de *Morecamba*. El pais es montuoso y encierra gran número de lagos pintorescos. Su capital es *Appleby*.

4. *Durhamshire*. Al Norte del precedente y al Sud de Northumberlandshire: está bañado al Este por el mar del Norte. Su capital es *Durham*.

5. *Lancastershire*. Al Sud de Westmorelandshire, y terminado al Oeste por el mar de Irlanda. Esta provincia es montuosa y poco fértil; pero muy rica por sus minas de hierro y de ulla, por su industria y su comercio: atraviésanla varios canales. La capital de este condado es *Lancaster*.

6. *Yorkshire*. Es el condado mas grande de Inglaterra: está al Este del condado de Lancaster y al Sud de Durham. Las comarcas del Norte son montuosas y estan llenas de valles pintorescos. En el Yorkshire se hallan las montañas mas altas de Inglaterra; el interior de la provincia es una llanura. Las comarcas del Sud son pantanosas, y las costas del mar estan formadas de rocas escarpadas. El condado se divide en tres distritos, que son: *Nord-riding*, *Est-riding* y *Oest-riding*. Su capital es la ciudad de *York*.

II. REINO DE MERCIA.

Este reino es el mayor de todos; se estiende en el centro de Inglaterra, y comprende diezinueve condados.

7. *Lincolnshire*. Al Sud de Yorkshire, entre el Humber, el Trento y el mar del Norte que le baña al Este. El pais es unido, fértil y propio para la cria y pasto de los ganados: la parte Sud-oeste está muy baja; su terreno es pingüe, y aun pantanoso en algunas comarcas. Su capital es *Lincoln*.

8. *Nottinghamshire*. Al Oeste del anterior: el pais es fértil. El gran canal de Trento, que une este rio á la embocadura del Mersey, cerca de Liverpool, y pone asi al mar del Norte en comunicacion directa con el mar de Irlanda, hace que el comercio de trasporte en esta provin-

cia sea muy considerable. La capital del condado es *Nottingham*.

9. *Derbyshire*. Al Oeste del precedente: este pais es montuoso; abunda en sitios pintorescos y grutas notables. Su capital es *Derby*.

10. *Chestershire* ó *Cheshire*. Está situado al Norte de Derbyshire, toca con el principado de Gales, y le baña el mar de Irlanda. El pais es pantanoso y está cubierto de matorrales considerables. En las comarcas fértiles se alimentan numerosos rebaños. En este condado es donde se fabrican los quesos de Chester, tan nombrados por su buena calidad. *Chester* es la capital del condado.

11. *Shropshire* ó *Salopshire*. Al Sud del precedente, y á lo largo del principado de Gales. El pais es agradable y presenta sitios pintorescos. *Shrewsbury* es la capital del condado.

12. *Herefordshire*. Está situado al Sud del anterior y á lo largo del principado de Gales. El pais es igual al de Shropshire, sin otra particularidad importante. La capital es *Hereford*.

13. *Monmoutshire*. Al Sud de Herefordshire y tambien á lo largo del principado de Gales. Como los dos condados precedentes, es muy nombrado por la amenidad y lo pintoresco de sus sitios. *Monmouth* es la capital.

14. *Stafordshire*. Está al Sudeste de Cheshire. Este condado se distingue por la esplotacion de las minas y por su industria. En las inmediaciones de *Newcastle-under-Lyne* hay un distrito llamado los *alfares de Strafordshire*, donde se halla una escelente arcilla para los alfareros: esta industria ocupa en el pais mas de sesenta mil habitantes: en una estension de muchas leguas está cubierto el terreno de alfares de todas clases. Asimismo en las inmediaciones de *Wolverhampton*, las minas y las fábricas de hierro, de cobre, y de plomo, ocupan una inmensa poblacion. La capital es *Straford*.

15. *Leicestershire*, al Este del precedente. Esta provincia se distingue por la cria de los ganados y por la fabricacion de los quesos. Su capital es *Leicester*.

16. *Rutlandshire*, al Este del anterior: es el mas pequeño de los condados de Inglaterra. Sus ciudades son poco populosas y de escasa importancia. La capital es *Oakham*.

17. *Northamptonshire*, al Sudoeste de Leicestershire. El pais es fértil y está bien cultivado. Northampton es su capital.

18. *Warwickshire*, al Oeste del precedente. El pais es unido, pero poco fértil y cubierto de pantanos y hornagueros de grande estension; sin embargo, la industria es grande en este condado. Su capital es *Warwick*; pero la ciudad mas importante de la provincia es *Birmingham*, la primera ciudad industrial de Inglaterra; su poblacion es de ciento cuarenta y dos mil habitantes, cuando hace cien años que apenas contaba cuatro mil.

19. *Worcestershire*, al Oeste del precedente. El pais es fértil é industrial: su capital es *Worcester*.

20. *Glocestershire* ó *Glostershire*. Este condado está al Sud del anterior, y es una de las provincias mas agradables de Inglaterra, por la manera tan variada con que está cortado por las colinas y los valles. El pais es fertilísimo; cultívanse en él buenos frutos, y se alimentan numerosos ganados. La capital es *Glocester*.

21. *Oxfordshire*. Al Este de Glocestershire. Su capital es *Oxford*, ciudad de mediana estension y una de las mas bellas y agradables de Inglaterra.

22. *Buckinghamshire*, al Este del precedente. El pais es una llanura fértil, atravesada por el Támesis y muchos de sus afluentes, asi como por el canal de *Grand-Junction* que conduce desde el canal de Oxford á Lóndres. La capital es *Buckingham*.

23. *Hertfordshire*. Está al Nordeste de Buckinghamshire, y es un condado de poca importancia. Su capital es *Hertford*.

24. *Bedfordshire*, al Norte del precedente. Este condado se distingue por el cultivo del trigo y de las legumbres. La capital es *Bedford*.

25. *Huntingdonshire*, al Norte de Bedfordshire. Este pais se distingue por su agricultura y sus ganados. *Huntingdon* es la capital.

III. REINO DE ESTANGLIA.

Este reino comprende tres condados:

26. *Cambridgeshire*, al Este de Huntingdonshire. Este pais es pantanoso y está atravesado en todas direcciones por canales y por dunas como la Holanda. Su capital es *Cambridge*.

27. *Norfolkshire*, al Este del precedente, y rodeado al Norte

y al Este por el mar del Norte. *Norwich* es la capital.

28. *Suffolkshire*, al Sud del anterior: está bañado al Este por el mar del Norte. La capital del condado es *Ipswich*.

IV. REINO DE ESSEX.

Este reino comprende dos condados:

29. *Essexshire*, al Sud de Suffolkshire. Este pais, que se estiende hasta la embocadura del Támesis, está bien cultivado, y hace un comercio muy activo. La capital es *Colchester*.

30. *Middlesexshire*, al Sud del precedente; condado de poca estension, pero muy importante, porque encierra la ciudad de Lóndres, capital de la Inglaterra.

V. REINO DE KENT.

Solo comprende este reino el condado del mismo nombre.

31. *Kentshire*, que forma la punta estrema de Inglaterra al Sudesde. El pais es abundante en trigo, y está cubierto de bosques considerables. Su capital es *Canterbury*.

VI. REINO DE SUSSEX.

Este reino comprende dos condados:

32. *Sussexshire*, al Sudoeste de Kentshire, sobre la costa meridional de Inglaterra. *Chichester* es la capital del condado.

33. *Surreyshire*, al Norte de Sussexshire, provincia fértil y bien cultivada, que se estiende hasta los muros de Lóndres. Su capital es *Guilford*.

VII. REINO DE WESTSEX.

Este reino comprende siete condados:

34. *Hampshire* ó *Southamptonshire*, al Este de Surreyshire y sobre la costa meridional de Inglaterra. *Winchester* es la capital.

35. *Berkshire*, al Norte de Hampshire, y atravesado por el Támesis. *Reading* es la capital.

36. *Wiltshire*, al Oeste de Berkshire. *Salisbury* es la capital de este condado.

37. *Dorsetshire*, al Sudeste de Wiltshire, sobre las costas de la Mancha. Este condado se llama con razon el *jardin de la Inglaterra*. Las costas del mar son en jeneral difíciles de abordar: solo hay en esta provincia un puerto, el de Lyme-Regis, que presenta un asilo seguro. *Dorchester* es la capital.

38. *Domersetshire*, al Noroeste de Dorsetshire: el pais es-

tá bañado al Norte por el canal de Bristol. Su capital es *Bath*.

39. *Devenshire*, al Oeste de Somersetshire: este pais contiene vastos matorrales, y está bañado al Sud por la Mancha, y al Norte por el canal de Bristol. Su capital es *Exeter*.

40. *Cornuallshire*, Este condado forma la punta Sudoeste de la Inglaterra: está atravesado por montañas y rodeado de costas escarpadas; sus valles son muy pintorescos, aunque poco fértiles: dos promontorios, el de *Lizard* al Sudeste, y el de *Landsend* ó Finisterre al sudoeste, terminan la provincia: este último forma una alta roca de pico: las costas de alrededor son peligrosas y encierran vastas grutas que se estienden á una profundidad de tres á cuatrocientos pies en el fondo del mar. La capital de este condado es *Launceston*.

PRINCIPADO DE GALES.

Confina al Este con la Inglaterra, al Oeste con el canal de San Jorje, al Norte con el mar de Irlanda, y al Sud con el canal de Bristol. El pais está cubierto de montañas, y por lo mismo es mas propio para pastar los ganados que para la agricultura. Esplótanse en él ricas minas de hierro, de ulla y de cobre. Esta provincia es muy frecuentada por los viajeros ingleses, á causa de los sitios encantadores que encierra y de las vistas pintorescas que sorprenden á cada paso, sobre todo en la parte inculta de las montañas del Norte, llamadas *Alpes británicos*. El punto mas notable de esta parte es el valle de *Cappel-Cerrig*, donde tiene su orijen el rio de *Wenol* que forma algunas leguas mas abajo una magnífica cascada de setenta pies de elevacion; la masa del agua tiene cuarenta pies de anchura. La parte meridional es igualmente bella, pero menos inculta, y se hallan en ella muchas ruinas de antiguos castillos.

El principado de Gales se divide, como ya hemos dicho antes, en doce condados, que son:

1. *Flintshire*, al Norte, sobre el mar de Irlanda y al Oeste de Chestershire.

2. *Denbighshire*, al Sud, y al Oeste de Flintshire, tambien sobre el mar de Irlanda.

3. *Caernarvonshire*, al Oeste del anterior, bañado al Oeste por el canal de San Jorje.

4. *La isla de Anglesey*, al Norte de Caernarvonshire, en

el mar de Irlanda: tiene cuarenta y ocho mil habitantes, y escelentes minas de cobre. Esta isla está separada de la Inglaterra por un brazo de mar muy estrecho, llamado el *Menay*, y comunica con la costa por un enorme puente de quinientos pies de lonjitud, sostenido por cadenas de hierro, á la altura de cien pies sobre la mayor elevacion del mar en este paraje. En su anchura de treinta y dos pies se ha practicado un camino para los carruajes, y otro para los que van á pie. Esta obra colosal se principió en 1820 y se terminó en 1826. Anglesey está cubierta todavia de bosques, antiguos santuarios de la relijion druídica, cuyo pontífice residia en esta isla. Las colinas facticias y los montones de piedras recuerdan aun sus ceremonias.

5. *Merionethshire*, al Sudoeste de Denbighshire, bañado al Oeste por el canal de san Jorje, que forma allí el golfo de *Harlech*.

6. *Montgomeryshire*, al sudeste del precedente y al Este de Shropshire, atravesado por el Saverno.

7. *Radnershire*, al Sud de Montgomeryshire.

8. *Cardiganshire*, al Oeste de Radnorshire, bañado al Oeste por el mar.

9. *Pembrokeshire*, al Sudoeste del precedente; le rodea el mar por tres costados.

10. *Caermarthenshire*, al Este de Pembrokeshire.

11. *Brecknockshire*, al Este del anterior, y al Oeste de Herefordshire.

12. *Glamorganshire*, al Sud del precedente: está bañado al Sud por el canal de Bristol.

ISLAS DEPENDIENTES DE INGLATERRA.

1. *Isla de Man*, al medio del mar de Irlanda, al Norte del principado de Gales y al Oeste de Cumberlandshire. Esta isla, rodeada de playas escarpadas, es en el interior bastante propia para el pasto de los ganados, especialmente para el lanar. Tiene unas veintiocho leguas cuadradas de estension y cuarenta y dos mil habitantes. La mayor industria de estos es la pesca del arenque. Los naturales de esta isla, llamados *Manks*, son los descendientes de los antiguos bretones, y hablan la lengua *ersa*, dialecto del celta. En otro tiempo fué esta isla reino independiente; mas á pesar de su reunion á la Inglaterra, ha conser-

vado muchas prerogativas: conforme á su constitucion, está gobernada por un cuerpo elejible de veinticuatro representantes, llamados *keys*, presidido por un gobernador de nombramiento real. La capital de la isla es *Castletown*; pero la principal ciudad es *Douglas*.

2. *El archipiélago de Scilly* (islas Sorlingas) enfrente del cabo de Finisterre, al Sud de Cornuailles. Este archipiélago está compuesto de ciento cuarenta y cinco islotes, de los cuales solo seis estan habitados por unos tres mil individuos, todos pescadores ó marineros, y son: *Santa María, Santa Inés, San Martin, Tresco, Brehar*, y *Samson*. Todas estas islas carecen de árboles.

3. *Las islas normandas*, frente por frente de las costas de Normandía en Francia, y que son el último resto de las posesiones inglesas en este pais. Los habitantes, en número de sesenta mil, son franceses, y la mayor parte habla un dialecto de la antigua lengua normanda. No pagan contribucion alguna á la Inglaterra; se rijen, bajo la direccion de dos gobernadores reales, segun sus propias leyes y costumbres, y por un cuerpo de representantes compuesto de jueces, sacerdotes y diputados elejidos por el pueblo. El único impuesto establecido entre ellos es el de la *renta*. Cada ciudadano está obligado á declarar aprocsimativamente, á fin de año y bajo la fe del juramento, á cuánto asciendea sus ganancias en el año corriente, y con arreglo á esta declaracion se le fija la cuota que le corresponde. La relijion reformada es la de la gran mayoría de los habitantes. Las islas son montuosas, pero el suelo es fértil; produce legumbres y frutas, y pastos para los ganados. El comercio de contrabando entre la Francia y la Inglaterra, ocupa á una parte de la poblacion, y les produce ganancias considerables. Estas islas forman dos pequeños gobiernos: el de *Guernesey*, que comprende la isla de este nombre, cuya capital es *San Pedro*; y el de *Jersey*, compuesto de la isla del mismo nombre, la mayor del grupo, y cuya capital es *San Hellier*. Los islotes *Sark* y *Alderney* dependen tambien de estas islas.

Reino de escocia. — La Escocia comprende la parte superior de la Gran Bretaña. Forma una península rodeada por el mar del Norte y por el océano Atlántico: solo toca á la Inglaterra

por el Sudeste; y al Sudoeste el canal del Norte la separa de la Irlanda. Las costas son escarpadas casi por todas partes, y hay numerosos promontorios. Las profundas bahías de las costas, los rios y los muchos lagos interiores han facilitado en este pais el establecimiento de las comunicaciones hidraúlicas.

El interior de Escocia está lleno de montañas, entre las cuales se distinguen los montes *Cheviotes* al Sud, y los montes *Grampian* hácia la parte central. Pero los mas elevados é incultos estan situados en la parte setentrional, llamada *Higland* (tierra alta). Las montañas de Escocia presentan con profusion sitios agradables y pintorescos; y contribuye mucho á su belleza el gran número de lagos y cascadas que allí se encuentran. Los rios principales son el *Tweed* y el *Tay*.

En las comarcas meridionales, el suelo y el clima son casi lo mismo que en Inglaterra: hállanse ricas minas de hierro y de ulla; la industria y el comercio están bastante desarrollados; y sus habitantes gozan de comodidades. En las comarcas setentrionales el clima es rijido, el pais poco fértil y casi desierto; mas en compensacion abunda en bellezas naturales y en monumentos antiguos llenos de interés por los recuerdos históricos y las tradiciones fabulosas que están unidos á ellos: el terreno produce pocas frutas y poco trigo; los habitantes no tienen mas que turbas para calentarse; son muy pobres en jeneral y su principal recurso es la pesca.

Segun la division natural, basada sobre la diferencia del pais y del carácter de los habitantes, se divide la Escocia en dos mitades desiguales, á saber: la *alta Escocia*, que comprende el *Highland* rodeada de montañas, al Norte; y la *baja Escocia* que comprende el resto del pais; pero siguiendo una division mas vulgar, se divide en tres partes que son: *Escocia del Sud*, *Escocia del centro* y *Escocia del Norte*. Por último la division oficial y administrativa es en treinta y tres condados, llamados en Escocia *stewartrie*, cuyos prefectos llevan el título de *stewards*. En la descricion de la Escocia seguiremos las dos últimas divisiones que dejamos indicadas.

ESCOCIA DEL SUD.

Esta parte de Escocia toca la Inglaterra, de la cual solo está

separada por los montes *Cheviotes* y por los dos rios el *Tweed* y el *Esk*. La Escocia del Sud tiene dos golfos notables, el de *Edimburgo* y el de *Clyde*. El suelo es productivo, y el comercio y la industria estan tan adelantados como en Inglaterra. La Escocia del Sud comprende trece condados, que son:

1. *Edimburgo* ó *Mid-Lothian*, cerca del golfo de aquel nombre, en el mar del Norte: su capital es *Edimburgo*.

2. *Linlithgow* ó *West-Lothian*, al Oeste del precedente. Su capital *Linlithgow*.

3. *Haddington* ó *East-Lothian*, al Este del condado de Edimburgo y tambien sobre el golfo de este nombre. Su capital *Haddington*.

4. *Berwick*, al Sud del precedente, bañado al Este por el mar del Norte. Su capital *Greenlaw*.

5. *Roxburgh*, al Sud del anterior y al Oeste de Northumberlandshire. Su capital *Jedburgh*.

6. *Selkirk*, al Norte del condado de Roxburgh. Su capital *Selkirk*.

7. *Peebles*, al Noroeste del anterior. *Peebles* es la capital del condado.

8. *Lanark*, al Oeste del precedente, y atravesado por el Clyde. Su capital *Lanark*.

9. *Dumfries*, al Sud de los cuatro condados anteriores: está bañado al Sud por el mar, que forma aquí el golfo de Solway. Su capital *Dumfries*.

10. *Kirkudbrigh*, al Sud de Dumfries, bañado al Sud por el mar. Su capital *Kirkudbrigh*.

11. *Wigton*, al Oeste del precedente, bañado al Oeste y al Sud por el canal del Norte. *Wigton* es su capital.

12. *Ayr*, al Norte de Wigton, bañado al Oeste por el golfo de Clyde. Su capital es *Ayr*.

13. *Renfrew*, al Norte del anterior: el Clyde le baña por un lado y el golfo de Clyde por el otro. Su capital es *Renfrew*.

ESCOCIA DEL CENTRO.

Está al Norte de la Escocia del Sud, de la cual se halla separada por el curso del Clyde y por el golfo de Edimburgo. No contiene ciudades importantes, pero se encuentran sitios notables por los acontecimientos históricos que recuerdan. Esta parte de la Escocia se compone de catorce condados á saber:

14. *Fife*, sobre el golfo de Edimburgo, bañado al Este por

el mar del Norte. Su capital *Cupar*.

15. *Kinross*, al Oeste de Fife. Su capital *Kinross*.

16. *Clackmannan*, al Oeste del precedente. Su capital *Clackmannan*.

17. *Stirling*, al Sudoeste de Clackmannan. Su capital *Stirling*.

18. *Dumbarton* ó *Lenox*, al Oeste del anterior. *Dumbarton* es la capital.

19. *Bute*, al Sud de Dumbarton. Este condado está formado de las islas de *Arran* y *Bute*, con otros islotes situados al frente de la embocadura del Clyde. Bute es notable por su industria y por su poblacion bastante concentrada. Arran está cubiertas de montañas y llena de grutas. Sus ciudades son *Rothsay* en la isla de Bute, y *Kilbridge* en la de Arran.

20. *Argyle*, al Norte de Bute y Arran. Su capital *Inverary*.

21. *Perth*, al Este de Argyle, del cual está separado por los montes Grampian. Su capital es *Perth*.

22. *Angus ó Forfar*, al Este del precedente, bañado al Este por el mar de Irlanda. Su capital *Forfar*.

23. *Mearn ó Kincardine*, al Norte de Angus, y sobre el mar del Norte. Su capital es *Stonehaven*.

24. *Aberdeen*, al Nordeste del precedente, bañado al Este por el mar del Norte. Su capital *New-Aberdeen*.

25. *Banff*, al Noroeste de Aberdeen, bañado al Norte por el mar. Su capital es *Banff*.

26. *Murray*, al Oeste de Banff, bañado tambien al Norte por el mar. *Eljin* es la capital.

27. *Nairn*, al Oeste del precedente, sobre el golfo de Murray. Su capital es *Nairn*.

ESCOCIA DEL NORTE.

La Escocia del Norte ó el *Highland*, abraza toda la parte Noroeste de Escocia. En este pais de montañas no se encuentra ninguna de las comodidades de la vida inglesa; no hay allí caminos ni posadas; y esceptuando las casas de algunos *lairds*, no se ven mas que miserables chozas sin ventanas ni chimeneas, cuyas paredes están formadas de piedras groseramente acomodadas y cubiertas de brezo. El humo de la turba que arde sin cesar en medio de la choza, se escapa por la puerta y por una abertura practicada en el techo. Los habitantes se alimentan con leche, pescados y

patatas: el pan de avena es un alimento de lujo, lo mismo que el *whisky*, especie de aguardiente, muy buscado por los montañeses. Sus riquezas se estiman segun el número de vacas, de ovejas y de cabras que poseen: el dinero es muy raro entre ellos; y aun hay algunas comarcas, particularmente en las islas de alrededor, donde su uso es del todo desconocido. Esta simplicidad de vida de los *highlanders*, asi como su falta de comercio y de industria, hacen inútiles todas sus relaciones con los ingleses, y ha conservado entre ellos la lengua y las costumbres de sus antepasados. La Escocia del Norte comprende seis condados, que son:

28. *Inverness*, al Noroeste de Argyle, bañado al Oeste por el mar de Irlanda. La capital del condado es *Inverness*.

2J. *Ross*, al Norte del precedente, bañado por los dos mares. Su capital es *Tadn*.

30. *Cromarty*, al Este de Ross, sobre el mar del Norte. Su capital es *Cromarty*.

31. *Sutherland*, al Norte de Ross, bañado por los dos mares. Su rapital es *Dornoch*.

32. *Caithness*, al Norte del precedente, bañado tambien por los dos mares. *Wick* es su capital.

33. *Orkney*, á la estremidad setentrional de Escocia. Este condado se compone de dos grupos de islas, el uno de las *Orcadas*, formado de treinta islas, al Norte de la Escocia, de la cual están separadas por el estrecho de *Pentland*; y el otro el de *Shetland*, al Nordeste de las Orcadas, y formado de ochenta y seis islas. La mayor parte de ellas están desiertas.

Las *Orcadas* cuentan unos treinta mil habitantes, en parte orijinarios de Noruega, de la cual dependieron en otro tiempo. Estas islas, cubiertas de rocas, tienen buenos pastos para las ovejas. El clima es húmedo y borrascoso: en el invierno apenas dura el dia seis horas. La mayor de estas islas es *Mainland* ó *Pomona*, donde está situada *Kirkwall*, que es la capital del condado.

Las islas de *Shetland* estan pobladas por cuarenta mil habitantes prócsimamente, en parte orijinarios tambien de Noruega. La pesca y la preparacion del *kelp*, especie de potasa que estraen de las algas marinas, son las principales ocupaciones de estos habitantes y de los de las islas Orcadas. Los de Shetland crian tambien ovejas cuya lana es muy estimada,

y unos caballitos del tamaño de un carnero inglés. La principal de estas islas es *Shetland*.

IRLANDA. — La Irlanda es la segunda de las dos islas británicas: está separada de la Gran Bretaña por el mar de Irlanda, que enfrente de Inglaterra tiene el nombre de *canal de San Jorje*, y enfrente de Escocia el de *canal del Norte*. El pais es pantanoso, y el clima mas húmedo que en Inglaterra. Las montañas no se elevan á mas de cuatro mil pies; pero encierran minas de hierro, cobre y plomo. La ulla no es suficiente para las necesidades de los habitantes, y ordinariamente emplean la turba para calentar. La agricultura está atrasadísima á pesar de la fertilidad del terreno: las clases pobres se mantienen casi esclusivamente con patatas: se recoje cáñamo y lino en abundancia, por lo cual la fabricacion de lienzos es el principal objeto de la industria irlandesa: tambien crian bastantes ganados. Otro recurso muy importante en este pais es la pesca del salmon en el agua dulce, y la del arenque en las costas. En el interior los rios y lagos son numerosos, aunque la mayor parte de corta estension.

Los irlandeses tienen igual orijen que los montañeses de Escocia y hablan la misma lengua, es decir el *ersa*, aunque modificada en diferente dialecto.

La Irlanda está naturalmente mejor repartida que la Gran Bretaña: sus costas son accesibles por todas partes, y estan guarnecidas de gran número de puertos soberbios; las vastas llanuras del interior facilitan el establecimiento de caminos y canales; por último, el suelo, el clima y la abundancia de agua, favorecen en estremo la fabricacion de los principales artículos de la industria inglesa. Sin embargo la Irlanda va á la zaga de la Inglaterra en todos conceptos: el cultivo de la tierra está descuidado; el comercio y la industria se hallan en su infancia, y la ignorancia y la miseria del pueblo son estremadas.

La Irlanda está dividida en cuatro provincias que son: *Leinster*, *Ulster*, *Connaught*, y *Munster*, las cuales se subdividen en treinta y dos condados á saber:

I. PROVINCIA DE LEINSTER.

Esta provincia ocupa la parte Sudeste de Irlanda, y comprende doce condados:

1. *Dublin*, sobre la costa o-

riental, bañado por el canal de San Jorje. Su capital *Dublin*, lo es de toda la Irlanda.

2. *Kildare*, al Sudoeste del anterior, bañado al Este por el canal de San Jorje. Su capital es *Kildare*.

3. *Wicklow*, al Sud de Dublin, bañado tambien al Este por el mar. Su capital es *Wicklow*.

4. *Wexford*, al Este del precedente, bañado al Este y al Sud por el mar. Su capital es *Wexford*.

5. *Carlow*, al Nordeste de Wexford. Su capital es *Carlow*.

6. *Kilkenny*, al Oeste del anterior. Su capital es *Kilkenny*.

7. *Queen's-County*, al Norte de Kilkenni. *Marybough* es su capital.

8. *King's-County*, al Norte del anterior. Su capital es *Philipstown*.

9. *West-Meath*, al Norte de King's-County. *Mullingar* es su capital.

10. *Longford*, al Nordeste del que antecede. Su capital es *Longford*.

11. *Est-Meath*, al Nordeste de West-Meath. Su capital es *Trimm*.

12. *Louth*, al Norte del precedente. *Dundalk* es su capital.

II. PROVINCIA DE ULSTER.

Esta provincia, situada al Norte de la de Leinster, ocupa la parte Nordeste de Irlanda y comprende los nueve condados siguientes:

13. *Down*, al Norte del condado de Louth, bañado al Este por el canal del Norte, casi enfrente de la península de Kantyre en Escocia. *Down-Patrik* es la capital.

14. *Armagh*, al Oeste del precedente; es notable por sus fábricas de telas. Su capital *Armagh*.

15. *Antrim*, al Norte de los dos anteriores, bañado al Norte y al Este por el mar. Su capital es *Belfast*.

16. *Londonderry*, al Oeste de Antrim, bañado al Norte por el mar. Su capital es *Londonderry*.

17. *Tyrone*, al Sud del precedente, con fábricas de telas. Su capital es *Omagh*.

18. *Monaghan*, al Sud de Tyrone. *Monaghan* es su capital.

19. *Cavan*, al Sudoeste de Monaghan. Su capital es *Cavan*.

20. *Fermanagh*, al Nordeste del precedente. *Enniskillen* es su capital.

21. *Donegal*, al Norte del

anterior; rodéale el mar por tres costados. Su capital es *Donegal.*

III. PROVINCIA DE CONNAUGHT.

La provincia de Connaught está situada al Oeste de las de Leinster y de Ulster; forma la parte Nordeste de Irlanda y comprende cinco condados, que son:

22. *Leitrim,* lindante con la provincia de Ulster. Su capital es *Carrikon-Shannon.*

23. *Sligo,* al Oeste del precedente, bañado al Norte por el mar. Su capital es la ciudad del mismo nombre.

24. *Roscommon*, al Sud de los anteriores. Su capital *Roscommon.*

25. *Mayo*, al Oeste de los tres condados que preceden. *Castlebar* es su capital.

26. *Galway,* al Sud de los condados que anteceden. Su capital es la ciudad del mismo nombre.

IV. PROVINCIA DE MUNSTER.

Esta provincia está al Sud de la de Connaught; ocupa la parte Sudoeste de Irlanda y comprende seis condados, á saber:

27. *Clare,* al Sud de Galway, bañado al Este por el mar, y rodeado al Sud y al Este por el Shannon. Su capital es *Ennis.*

28. *Limerick,* al Sud del precedente, del cual está separado por el Shannon. Su capital es *Limerick.*

29. *Kerry*, al Sudoeste de Limerick, bañado al Oeste por el mar. Su capital es *Tralee.*

30. *Cork,* al Sud del precedente y bañado por el mar: es el condado mas fértil en trigo. Su capital es *Cork.*

31. *Waterford*, al Este de Cork. Su capital es la ciudad del mismo nombre.

32. *Tipperary,* al Norte de Waterford. Su capital es *Clonmel.*

POSESIONES DEL REINO UNIDO. — Ademas de las dos grandes islas de la Gran Bretaña y de Irlanda, y las otras que las rodean, que forman lo que se llama archipiélago británico, tiene el reino unido en todas las partes del mundo posesiones mucho mas estensas, á saber:

En Europa: 1.° la isla *Helgoland,* en las costas de Dinamarca: 2.° las islas de *Malta, Gozzo, Commino* y *Cominoto,* en el Mediterráneo: 3.° la fortaleza marítima de *Jibraltar,* sobre la costa occidental de España: 4.° las *Islas jónicas,* sobre las cuales ejerce su protectorado la Inglaterra.

En Asia: 1.° Las inmensas posesiones de la *compañía de las Indias*: 2.° la isla de *Ceylan*: 3.° la isla *del príncipe de Gales*: 4.° varios establecimientos en *Sumatra, Borneo* y otras islas del archipiélago índico.

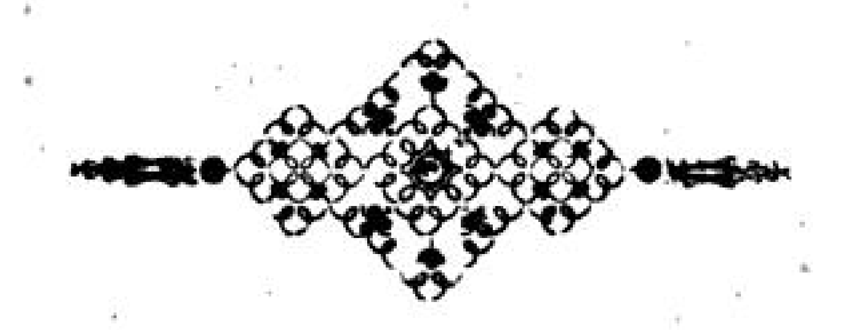
En Africa: 1.° el territorio del *cabo de Buena-Esperanza:* 2.° las islas de *Santa Elena, Ascension*, é *Isla de Francia*: 3.° varios establecimientos en las costas orientales y occidentales de Africa.

En América: 1.° el inmenso territorio de *Nueva Inglaterra*, que comprende el *Canadá*, el *Nuevo Brunswick*, *Newfoundland*, etc., al Norte de los Estados Unidos: 2.° la *Guyana*, en la América del Sud: 3.° gran número de islas que forman parte de las *Antillas* y de otros grupos del archipiélago llamado *Indias occidentales*.

En la Oceanía ó Polinesia: vastos territorios y establecimientos en *Nueva Holanda, isla de Van-Diemen*, y otras muchas islas.

El reino de Hannóver, en Europa, forma parte de la confederacion jermánica y tiene una constitucion particular; pero está gobernado por la dinastía reinante de Inglaterra.

Todos estos territorios reunidos, comprendiendo en ellos la Gran Bretaña y la Irlanda, contienen una poblacion de mas de ciento cincuenta millones de habitantes.



CAPITULO II.

Primeros habitantes de Inglaterra. — Dominacion de los romanos. — Conquista de la Bretaña por los sajones. — La Heptarquía. — Egberto, rey de Inglaterra. — Ethelwolf — Ethelbaldo y Ethelberto. — Ethelredo. — Alfredo el Grande. — Eduardo. — Athelstan. — Edmundo I. — Edredo. — Edwy. — Edgar. — Eduardo. — Ethelredo el Indolente. — Edmundo II. — Canuto. — Haroldo. — Hardicanuto. — Eduardo el Confesor. — Haroldo II. — Guillermo el Conquistador. — Guillermo II el Rojo. — Enrique I. — Estevan: Matilde. — Enrique II, primero de los Plantajenets. — Ricardo Corazon de Leon. — Juan sin Tierra. — Establecimiento de la gran Carta. — Enrique III. — Admision de los comunes al parlamento. — Eduardo I. — Conquista del pais de Gales y de Escocia. — Eduardo II. Eduardo III. — Invasiones en Francia. — Ricardo II. — Enrique IV, primero de la dinastía de Lancaster. — Enrique V. — Enrique VI. — Eduardo IV, primero de la casa de York. — Eduardo V. — Guerras de la rosa blanca y de la rosa encarnada.

Primeros habitantes de Inglaterra. — Todos los antiguos historiadores estan acordes en representar á los primeros habitantes de la Bretaña como una tribu de galos ó celtas, que abandonaron el continente para venir á poblar esta isla; y efectivamente tenian el mismo idioma, las mismas costumbres, el mismo gobierno y la misma relijion. La instruccion que habian adquirido en las artes los galos que moraban en las comarcas contiguas á Italia, no se habia estendido aun hasta la Bretaña; sin embargo, los que habitaban la parte Sudeste de la isla, antes del siglo de César habian dado ya los primeros pasos hácia una forma de gobierno civil, y la poblacion habia crecido á medida que se habia desarrollado la aficion á la agricultura. Los demas habitantes de la isla solo poseian algunos pastos, cubrian sus cuerpos con pieles de animales y vivian en chozas construidas en medio de los bosques ó de los pantanos de que estaba cubierto todo el pais. La conveniencia de los pastos pa-

ra sus ganados les hacia mudar con frecuencia su asiento, y en la ignorancia en que vivian de las comodidades de la vida, sus necesidades eran tan limitadas como su fortuna.

Los bretones estaban divididos en pequeños estados ó tribus; y como formaban un pueblo esencialmente guerrero y no poseian otra cosa que armas y ganados, luego que adquirieron el gusto á la libertad les fué imposible á sus príncipes ó jefes el mandarlos como á esclavos; así que, su gobierno aunque monárquico, era libre. Cada estado estaba dividido en facciones interiores, y siempre ajitado por la envidia ó el odio que le inspiraban los estados vecinos. La relijion era la parte mas importante de su gobierno, y los druidas, sus sacerdotes, gozaban de una autoridad sin límites: estos inmolaban víctimas humanas sobre sus altares, y frecuentemente ofrecian á sus divinidades los despojos de la guerra.

Dominacion de los romanos. — Mucho tiempo hacia que los bretones vivian en este estado de barbárie é independencia, cuando César, deseoso de estender el dominio de las armas romanas á nuevas rejiones, aprovechó un corto intervalo que le dejó la guerra de los galos para invadir la Bretaña (el año 55 antes de Jesucristo). Los habitantes de la isla conociendo la inferioridad de sus fuerzas se sometieron al conquistador, y este despues de imponerles sus condiciones y de ecsijirles rehenes en garantía de su fidelidad, dió la vuelta á la Galia por la procsimidad del invierno. Los bretones, recobrados del terror que les habian inspirado las armas del vencedor, se negaron al cumplimiento del tratado concluido con el jeneral romano; pero este á la primavera siguiente volvió con un ejército mas formidable; los desbarató en todos los encuentros, y despues de haberlos sometido nuevamente á la autoridad romana, mas bien en la apariencia que en la realidad, partió otra vez para la Galia.

Las guerras civiles que en seguida se encendieron en el imperio romano, salvaron á los bretones de su yugo. Ya hacia cerca de un siglo que estos gozaban tranquilamente de su libertad, cuando los romanos volvieron á pensar en sujetarlos nuevamente á su dominacion, para lo cual enviaron un ejército (el año 43 de nuestra era) bajo el mando de Plautio, que consiguió algunas victorias y la sumi-

sion de varios pueblos situados al sudeste de la isla. Los demas bretones hicieron una obstinada resistencia y detuvieron los progresos de los romanos hasta la época en que Plautio fué remplazado por Ostorio Scápula: este nuevo jeneral penetró en el pais de los silures, donde en una gran batalla que les dió deshizo á los bretones, y al jefe que los mandaba le envió prisionero á Roma (año 50): mas no por estos reveses estaban ya sojuzgados.

En el reinado de Neron, Suetonio Paulino recibió el mando del ejército romano y penetró en la isla de Mona (hoy Anglesey), principal asilo de los druidas: batió á los isleños, destruyó sus altares y echó á los druidas en las mismas hogueras que ellos habian encendido para quemar á los enemigos prisioneros. Despues de haber triunfado Suetonio de la relijion de los bretones, juzgó que le seria facil subyugarlos; pero estos, bajo las órdenes de Boadicea, reina de los iconios, atacaron varios establecimientos de sus vencedores; y hasta el mismo Lóndres, que era ya á la sazon una colonia floreciente de los romanos, fué reducido á cenizas, y sus habitantes degollados sin piedad. Suetonio se vengó de esta crueldad en una sangrienta batalla que les dió, en la cual se dice que perecieron ochenta mil bretones.

Julio Agrícola que gobernó la Bretaña bajo los reinados de Vespasiano, de Tito y de Domiciano, concibió un plan regular para subyugar la isla y hacerla útil á sus conquistadores (año 86). Condujo sus armas por la parte del Norte, batió á los bretones en todos los encuentros, avanzó hasta las montañas de la Caledonia (Escocia) y sometió toda la parte setentrional de la isla, estableciendo en seguida entre los golfos de Clyde y de Forth una línea de fuertes que puso las provincias romanas al abrigo de las incursiones de sus bárbaros vecinos.

En los reinados de Adriano, Severo y demas emperadores, fué tal la tranquilidad de la Bretaña, que apenas hacen mencion los historiadores de lo que en ella pasó: los naturales enteramente sometidos, habian perdido hasta el recuerdo de su primitiva independencia.

Mas el imperio romano que habia llevado la esclavitud y la civilizacion á la mayor parte del universo, se aprocsimaba á su disolucion. Habiendo atacado los bárbaros del Norte todas las

fronteras romanas á un mismo tiempo, los emperadores romanos en vez de armar al pueblo para su defensa, llamaron las lejiones que tenian de guarnicion en paises lejanos, en las cuales confiaban mas. Las que ocupaban la Bretaña fueron destinadas á protejer la Italia y la Galia. Cuando los pictas y los escoceses vieron la isla entregada á sí misma, principiaron sus escursiones por las fronteras de sus pacíficos vecinos. Los bretones pidieron ausilio á los romanos, pero fué en vano, porque estos no volvieron jamás á la Bretaña, cuya isla habian poseido cerca de cuatro siglos.

Conquista de la Bretaña por los sajones. — Los bretones, tan poco acostumbrados á las fatigas de la guerra como á los cuidados del gobierno, y privados del apoyo de los romanos, se dirijieron á los sajones pidiéndoles proteccion y socorro. Estos, deseosos de manifestar su valor y de satisfacer su ambicion de riquezas, aceptaron la invitacion de los bretones, y desembarcando en las costas de Bretaña un cuerpo de mil seiscientos hombres, marcharon contra los pictas y los escoceses, á los que vencieron facilmente.

Henjist y Horsa, jefes de los sajones, creyeron que con la misma facilidad podrian subyugar á los bretones y enseñorearse de toda la isla: resolvieron, pues, continuar la guerra por su propio engrandecimiento, y no por defender á sus aliados. Para llevar á cabo su intento pidieron un refuerzo á sus compatriotas, que les enviaron cinco mil hombres, y hecha alianza con los pictas y los escoceses, principiaron abiertamente las hostilidades contra los mismos que los habian llamado en su defensa.

Indignados los bretones de la perfidia de sus aliados, tomaron las armas, nombraron por su jefe á Vortimer y presentaron á sus enemigos algunas batallas en las que constantemente fueron vencidos. Habiendo muerto Horsa en un combate, el mando del ejército confederado recayó en su hermano Henjist, quien recibiendo sin cesar nuevos refuerzos de la Jermania, caminaba de victoria en victoria.

La heptarquia. — Por muerte de Vortimer tomó el mando de los bretones Ambrosio, el cual continuó la guerra en defensa de su pais. Henjist estableció una tribu de sajones en el Northumberland, y fundó el reino de Kent, que despues legó á su posteridad.

Los bretones meridionales se refujiaron á Cornouailles y al pais de Gales, y Ælla, jefe sajon, echó los cimientos del reino de Sussex.

El reino de los sajones occidentales le formó Cardic de las provincias de Dorset, Vits, Berk y de la isla de Wight. Uffa tomó el título de rey de los estangles ó ingleses occidentales en 574: Crida el de rey de Mercia en 585: y Erkewin el de rey de los sajones orientales, ó de Essex, casi por la misma época.

Los sajones sufrieron una resistencia tan obstinada por parte de los bretones, que durante mucho tiempo ninguno de sus jefes se atrevió á tomar el título de rey. Al cabo, en 547, Ida sometió enteramente el condado y el obispado de Durham y algunas provincias meridionales de Escocia, tomando entonces el título de rey de Berenice. Por la misma época, Ælla conquistó el Lancashire y la mayor parte del Yorkshire, y fué proclamado rey de Deira. Estas dos coronas se reunieron sobre la cabeza de Ethelfrido, nieto de Ida, que habiéndose casado con Acca, hija de Ælla, y arrojado á su cuñado Edwin del reino, tomó el título de rey de Northumberland. Así se estableció en Bretaña la Heptarquía ó los siete reinos sajones; y el cristianismo que era la relijion de los vencedores, sustituyó al culto de los druidas en todas las provincias conquistadas.

Luego que los bretones se retiraron á las áridas comarcas de Gales y Cornouailles, y dejaron de inquietar á sus vencedores, se rompió la alianza que unia á los príncipes de la Heptarquía, y las guerras y las revoluciones fueron las consecuencias naturales de esta ruptura. Por último, cerca de cuatrocientos años despues de la primera irrupcion de los sajones en Bretaña (827), se reunieron todos los reinos de la Heptarquía bajo el dominio de Egberto, formando una vasta monarquía, cuya estension era, con corta diferencia, la misma que hoy tiene lo que se llama propiamente Inglaterra.

Egberto rey de Inglaterra. —(827) Cinco años despues que Egberto estableció su dominacion sobre la Inglaterra, los daneses descendieron del Norte á la isla de Shephey, de la que se apoderaron impunemente. Al siguiente año desembarcaron en el Dorsetshire, y Egberto los atacó en Charmouth, donde perdieron gran número de los suyos, retirándose en segui-

da á Cornouailles. Dos años despues fueron batidos segunda vez por el valiente sajon; pero la muerte de Egberto vino á reanimar sus esperanzas.

ETHELWOLF. — Sucediole su hijo Ethelwolf, que al principio de su reinado dió á su hijo mayor, llamado Athelstan, las provincias de Essex, Kent y Sussex, y partió en peregrinacion á Roma; pero cuando volvió á sus estados halló que Athelstan habia muerto, y que su hijo segundo, Ethelbaldo, se habia apoderado del mando y formado el proyecto de escluir á su padre del trono. El débil Etheiwolf cedió á la mayor parte de las pretensiones de su rebelde hijo, y murió dos años despues, dejando en su testamento dividido el reino entre sus dos hijos mayores que fueron

ETHELBALDO Y ETHELBERTO. — (857) Al primero cupo la parte occidental, y al segundo la oriental. Ethelbaldo era un príncipe de costumbres corrompidas; casó con Judit, su madrastra, y su reinado fué de corta duracion. Por la muerte de Ethelbaldo, reunió toda la autoridad Ethelberto, que reinó cinco años con justicia y prudencia y dejó el cetro á otro hermano suyo llamado Ethelredo.

ETHELREDO. — El reinado de Ethelredo fué turbado incesantemente por las incursiones de los daneses, que penetraron en el Northumberland y tomaron la ciudad de York (866). Ethelredo les dió algunas batallas en las que los derrotó, hasta que en la accion de Basing los daneses consiguieron una completa victoria: Ethelredo murió de una herida que recibió en la pelea, y dejó el reino á su hermano Alfredo, que solo tenia á la sazon veintidos años.

ALFREDO EL GRANDE. — Este Príncipe desde su mas corta juventud habia revelado las virtudes y la habilidad que, en los tiempos mas difíciles, salvaron á su pais de una completa ruina. Apenas concluyó los funerales de su hermano, se vió obligado á entrar en campaña para contener á los daneses que se habian apoderado de Wilton y talaban aquellas comarcas (871). En el primer encuentro le fué adversa la fortuna: sin embargo, algun tiempo despues juntó nuevas tropas y les dió en un año ocho batallas (875) en que los derrotó sucesivamente, reduciéndolos al último estremo, por lo que se vieron obligados á pedir la paz. Alfredo les concedió que se estableciesen en al-

gunas partes de Inglaterra á condicion de no abrir la entrada del reino á sus compatriotas; pero mientras se aguardaba la ejecucion de este tratado, se supo repentinamente que un nuevo cuerpo de daneses acababa de desembarcar, y que reunidos á sus compratiotas se habian apoderado de Chippenham.

Este acontecimiento llenó de espanto á los anglo-sajones; unos se retiraron al pais de Gales; otros huyeron al través de los mares, y otros en fin, se sometieron á los conquistadores creyendo desarmar su crueldad con una obediencia servil. Alfredo, despues de hacer los últimos esfuerzos para reanimar á los suyos, se vió obligado, por sustraerse á la persecucion de sus enemigos, á refujiarse en la cabaña de un pastor, en donde trocando las insignias reales por la pellica y el cayado, estuvo oculto algun tiempo. Cuando cesaron las pesquisas de sus enemigos reunió algunos de sus partidarios y se retiró á un pantano en la provincia de Somerset, donde á poco supo que Oddune, conde de Devonshire, habia batido y muerto á Hunna, jefe de los daneses y apoderádose del famoso estandarte májico, en el que los bárbaros tenian puesta toda su confianza, al cual llamaban *Reafen*, porque representaba la figura de un cuervo.

Cuando Alfredo supo esta noticia, salió de su retiro, reunió sus partidarios y atacó de repente á los daneses que estaban muy descuidados, y fueron vencidos facilmente: los que escaparon de la muerte imploraron la clemencia del vencedor, el cual los perdonó y les propuso que se estableciesen en el Northumberland, con la condicion de que abrazasen la relijion cristiana, y los daneses accedieron á ella.

Despues de esto la Bretaña gozó algunos años de tranquilidad. No obstante, en 893, apareció Hasting, con otro cuerpo de daneses por la parte de Kent; pero fueron atacados por Alfredo, que los derrotó en varias batallas y consiguió echarlos de Bretaña, quedando todo el pais sujeto á su autoridad, desde el canal hasta las fronteras de Escocia.

Libre ya de las guerras, Alfredo se dedicó al arreglo y prosperidad de su reino: creó algunas instituciones relativas á la justicia, dividió el reino en condados, estos en cantones, y los cantones los sudividió en decenas de familias. Diez padres

de familia formaban una comunidad y eran responsables recíprocamente de su conducta, y de la de sus hijos y criados. Los crímenes que se cometian en el canton eran juzgados por doce propietarios que se reunian todos los meses bajo la presidencia del jefe del canton y prestaban juramento de administrar justicia imparcialmente. Este fué el orijen, sin duda, de la admirable institucion del jurado. El tribunal de que dependian inmediatamente los de los cantones, era la asamblea del condado, compuesta de todos los propietarios de la provincia, cuya reunion se verificaba dos veces al año, presidida por el obispo y por el alderman ó conde que reunia la autoridad civil y militar; ademas habia un *sheriff*, encargado de hacer respetar los derechos de la corona y vijilar sobre la inversion de las contribuciones. Asimismo redactó y coordinó Alfredo un código de leyes sabias, que se tiene jeneralmente por el orijen de lo que llamamos derecho comun. Estableció varias escuelas, protejió las ciencias y las artes, y los empleos civiles y eclesiásticos los confirió á las personas mas instruidas. Murió este escelente príncipe en lo mejor de su edad, á los veintinueve años y medio de su glorioso reinado. Su justicia y su valor le merecieron el sobrenombre de Grande y el título de fundador de la monarquía inglesa.

Eduardo. —(901) Este príncipe, el mayor de los hijos que dejó Alfredo, heredó la corona y los talentos militares de su padre. El reinado de Eduardo fué una série contínua de victorias conseguidas sobre los nortumbres, los estangles y los daneses: murió á los veinticuatro años de reinado, dejando el trono á Athelstan, su hijo natural, que por su edad y mérito fué preferido al lejítimo heredero que yacia aun en la infancia.

Athelstan. — (925) Supo este príncipe resistir á las invasiones estranjeras y á las facciones interiores: entró en Escocia con un ejército y obligó á Constantino, rey de este pais, á someterse á su autoridad: redujo á su obediencia á los turbulentos nortúmbres, daneses y galos, y promúlgó la notable ley que concedia el título de jentilhombre á todo comerciante que hubiese hecho á sus espensas dos largos viajes por mar. Murió en Glocéster á los dieziseis años de reinado.

EDMUNDO I. — (941) Le sucedió su hermano Edmundo, cuyo reinado fué de corta duracion, y su muerte violenta. Despues de haber obtenido algunas victorias sobre los daneses del Northumberland, que no dejaban escapar ninguna ocasion para sublevarse, pereció asesinado por un facineroso llamado Leof, á quien habia desterrado por sus crímenes.

EDREDO. — (946) Este príncipe, hermano y sucesor de Edmundo, apenas subió al trono tuvo, así como sus predecesores, que reprimir la rebelion de los daneses del Northumberland. Edredo aunque no carecia de valor, era supersticioso, y abandonó ciegamente su conciencia á Dunstan, abad de Glastonbury, hombre hipócrita y ambicioso, que tomó tal ascendiente sobre el rey devoto, que en breve fué nombrado ministro de hacienda. En esta época recomendó la Iglesia de Roma el celibato como uno de los deberes mas indispensables de todo eclesiástico, y el papa trató de hacer renunciar el matrimonio al clero de las Iglesias occidentales. Dunstan secundó sus esfuerzos en Inglaterra é introdujo la reforma en las iglesias de Glastonbury y Abigdon; mas el clero secular, rico y numeroso, defendia vigorosamente sus privilejios. Edredo murió en medio de las turbulencias violentas que escitaban estas controversias relijiosas.

EDWY. — (955) Por ser de muy tierna edad los hijos de Edredo, le sucedió su sobrino Edwy, que se casó con Eljiva, princesa de la sangre real y parienta suya en cuarto grado. Opusiéronse con furor á este enlace Dunstan y Odo, arzobispo de Cantorbery. El rey, para vengarse de Dunstan, le acusó de malversacion de los caudales públicos, y fué desterrado; pero Odo, á la cabeza de una partida de soldados, se apoderó secretamente de la reina, la marcó el rostro con un hierro ardiendo, y la arrastró consigo á Irlanda, en donde, despues de haber consentido Edwy en su divorcio, el mismo arzobispo la hizo mutilar horriblemente, y murió entre los mas agudos dolores.

No contentos aun con esta venganza, Dunstan y Odo indujeron á Edgar, el mas jóven de los hermanos de Edwy, á levantarse contra él, como lo verificó. El desgraciado Edwy fué escomulgado y perseguido con furor; su pronta muerte aseguró á

su adversario la pacífica posesion del trono.

Edgar. — (959) Edgar desplegó una capacidad maravillosa para la administracion de los negocios, y su reinado fué de los mas felices en los anales ingleses: tuvo á raya á los daneses interiores y esteriores, y la mayor parte de los príncipes vecinos se le sometieron. Fué este príncipe de costumbres muy estragadas: tuvo muchas concubinas, y no temió violar el sagrado de un claustro para robar á Edith, una de las relijiosas, que habia escitado sus lascivos deseos. Murió á los dieziseis años de reinado dejando por sucesor á Eduardo su hijo.

Eduardo. — (975) Este príncipe reinó solos cuatro años, y ningun acontecimiento importante hubo durante su gobierno. Un dia que salió á caza fué asesinado por uno de sus criados, que sirvió de instrumento al odio de su madrastra Elfrida: por su trájica muerte y su estremada juventud le dieron el sobrenombre de *Mártir*.

Ethelredo el indolente. — (978) Ethelredo, hijo de Edgar y de Elfrida, recojió el fruto del crímen de su madre, y subió al trono: casó con Emma, hermana de Ricardo II, duque de Normandía. Los daneses, á pesar del largo tiempo que se hallaban establecidos en Iglaterra, no habian perdido nada de su antigua ferocidad, y siempre estaban prontos á unirse con los piratas de su nacion y secundar sus violencias y sus robos. Ethelredo, por satisfacer el odio de los ingleses, comunicó órdenes secretas para que en un mismo dia fuesen asesinados todos los daneses que se hallasen en sus estados, lo que se ejecutó sin distincion de secso ni edad. Esta política bárbara no quedó impune por mucho tiempo, pues en breve Sweyn y sus daneses aparecieron sobre las costas occidentales, asolando todo el pais, á cuyo tiempo una grande hambre aflijia tambien á sus habitantes. Ethelredo se vió obligado á comprar una paz momentánea, dando al enemigo una enorme suma. La nobleza, desesperada, hizo alianza con el rey Sweyn, y Ethelredo tuvo que huir á Normandía y refujiarse en los estados de su cuñado, pero muerto Sweyn á las seis semanas (1014), volvió á su reino Ethelredo, tan incapaz y tan indolente como antes. Canuto, hijo y sucesor de Sweyn, desembarcó en las costas de Inglaterra para continuar asolando el pais: envia-

ron contra él un ejército inglés: pero los soldados, careciendo de la presencia de su soberano, abandonaron el campo y huyeron, á cuya sazon murió Ethelredo en Lóndres, despues de un reinado de cinco años, sin haber adquirido ninguna especie de gloria.

Edmundo ii.—(1016) Sucedióle su hijo Edmundo, á quien por su valor llamaron *Costilla de hierro*, el cual prosiguió la guerra contra los daneses con sucesos varios, hasta que fatigados los nobles ingleses y daneses obligaron á sus soberanos á firmar un convenio y dividir el reino entre los dos. Este tratado se firmó en Glocester, y por él se reservó Canuto la parte del Norte, dejando la del Mediodia á Edmundo, el cual, un mes despues de esta transaccion, fué asesinado en Oxford, quedando así abierto el camino del trono de Inglaterra al danés Canuto.

Canuto. — (1017) Canuto, antes de apoderarse de la herencia que pertenecia á los dos hijos de Edmundo, quiso cubrir la usurpacion con pretestos plausibles: convocó una asamblea jeneral de los estados del reino para que nombrasen sucesor, y como tenia ganados algunos de los grandes y era muy temido por su poder, le confirieron la corona. Seguidamente se desembarazó de los dos jóvenes príncipes á quienes acababa de despojar, enviándolos al rey de Suecia su aliado, é hizo morir algunos señores ingleses cuya fidelidad le era sospechosa. Tuvo una asamblea jeneral de los estados y restableció las costumbres sajonas: en la administracion de justicia no hacia diferencia alguna entre daneses é ingleses. Sabiendo que Ricardo, duque de Normandía, hacia preparativos para restablecer á sus sobrinos sobre el trono de sus antecesores, se apresuró á ganar su amistad pidiéndole por esposa á su hermana Emma: Ricardo vino en ello, y la viuda de Ethelredo dió su mano al enemigo mortal de su primer esposo. Canuto, que conservaba la Dinamarca, invadió y subyugó la Noruega, la cual poseyó hasta su muerte acaecida á los diezinueve años de reinado. Dejó tres hijos, Sweyn, que fué coronado rey de Noruega, Haroldo, que reinó en Inglaterra, y Edmundo, que poseyó la Dinamarca.

Haroldo. — (1031) El reinado de Haroldo solo duró cuatro años, sin que en este tiempo sucediese cosa alguna notable. Es-

te príncipe se distinguió por su lijereza en la carrera, que le valió el sobrenombre de *Pies de liebre*.

HARDICANUTO.—(1035) Muerto Haroldo le sucedió su hermano Hardicanuto, el cual se apresuró á dejar la Dinamarca, y á su llegada á Inglaterra fué recibido con trasportes de júbilo y reconocido como rey, así por los daneses como por los ingleses; pero su mala conducta le enajenó bien pronto el afecto de sus súbditos. Murió en las bodas de un señor danés, y su muerte ofreció á los ingleses la ocasion de sacudir el yugo de Dinamarca.

EDUARDO EL CONFESOR (1039).—Los descendientes de Edmundo, herederos lejítimos de la casa de Sajonia, se hallaban á la sazon en la corte de Hungría, y para evitar los peligros que podria ocasionar la dilacion, se ofreció la corona á Eduardo, por sobrenombre el *Confesor*, hijo de Ethelredo y de Emma: casó Eduardo con una hija de Godwin, conde de Wessex, con el que tuvo algunas diferencias que causaron guerras interiores, las cuales se terminaron por un acomodamiento entre ambos. Muerto el conde, le sucedió en sus estados su hijo Haroldo, tan ambicioso como su padre, pero mas hábil y mas virtuoso. Eduardo cargado de años y de enfermedades, y no teniendo hijo alguno, trató de nombrar un sucesor, para lo cual pensó en su pariente Guillermo de Normandía, hijo bastardo de Roberto, duque de Normandía, y de Harlota, hija de un curtidor de Falaise. Guillermo, cuando supo las intenciones favorables de Eduardo, abrió su imajinacion á esta ambiciosa perspectiva: entretanto Haroldo por su parte redoblaba sus esfuerzos para abrirse el camino del trono. Pero el débil é indeciso Eduardo cambió de resolucion, y enmedio de sus incertidumbres le sorprendió la muerte á los veinticinco años de su reinado: este príncipe fué el último de la línea sajona que gobernó la Inglaterra.

HAROLDO II. — (1066) Haroldo subió al trono sin oposicion alguna; pero apenas supo su elevacion el duque de Normandía, resentido vivamente, tomó la resolucion de conquistar la Inglaterra: reunió, pues, un ejército de sesenta mil hombres, y en una escuadra de tres mil embarcaciones de todos tamaños, se hizo á la vela para Inglaterra, en cuya espedicion le acompa-

ñaron los hombres mas célebres de la nobleza de Normandía, de Francia, de Bretaña y de Flandes. Desembarcó en Pevensy, condado de Sussex, y despues sentó sus reales en Hastings.

Haroldo acababa de conseguir una señalada victoria sobre los de Noruega que habian invadido su reino, cuando supo el desembarque de Guillermo; resolvió pues presentarle la batalla en persona, y marchó con su jente en busca del enemigo. Avistados los dos ejércitos, Haroldo, acompañado de sus dos valientes hermanos Gurth y Leofwin, se puso á la cabeza de la infantería y dió la señal del combate. Acometiéronse los dos ejércitos con ímpetu y coraje, como que ambos partidos trataban de que la accion fuese decisiva: hubo en ella varios lances en que tan pronto cejaban los normandos como los ingleses; hasta que haciendo Guillermo una retirada falsa, atrajo los ingleses á un llano donde los cargó y deshizo. Haroldo y sus dos hermanos murieron atravesados por las flechas, y los ingleses se entregaron á la fuga. De este modo fué ganada por Guillermo de Normandía la memorable y decisiva batalla de Hastings, que duró desde la salida del sol hasta la noche.

Guillermo el conquistador. — (1066) A consecuencia de la victoria de Hastings, ocupó Guillermo el trono de Inglaterra: en este reino estableció la recta administracion de justicia que le habia señalado en Normandía; confirmó las libertades y franquicias de Lóndres y de otras ciudades; en una palabra, su manera de gobernar mas bien parecia la de un soberano lejítimo que la de un conquistador. Estando enteramente pacífica la Inglaterra, creyó Guillermo que podia con seguridad volver á ver su pais natal y recibir las felicitaciones de sus antiguos súbditos. Durante su ausencia, la arrogancia de los normandos y su desprecio hácia el pueblo inglés, escitaron el descontento jeneral de la nacion, y se formó secretamente en todo el reino una conspiracion que debia estallar con el asesinato de todos los normandos, como otra vez lo hicieron con los daneses; pero la vuelta del rey á Inglaterra desconcertó el plan de los conjurados, á quienes confiscó los bienes para satisfacer la codicia de los normandos, por lo cual muchas familias emigraron y se refujiaron á Escocia (1068).

Guillermo introdujo en Inglaterra el feudalismo, establecido ya en Normandía y en Francia. Dividió todas las tierras de Inglaterra, escepto las de dominio real, en baronías que confirió á los principales de los suyos, con la reserva del servicio militar y de los tributos en metálico. Los barones por sí mismos enajenaron gran parte de sus tierras á otros estranjeros, que con la denominacion de caballeros ó vasallos se obligaban á profesarles igual obediencia que la que ellos debian al soberano. Todo el reino contenia setecientas baronías, y sesenta mil doscientos quince vasallos: los ingleses solo formaban parte de esta última clase.

Cuando Guillermo emprendió la conquista de Inglaterra, señaló por sucesor suyo en Normandía á su hijo mayor Roberto; pero apoderado ya de aquel pais, no quiso dejar este ducado á su hijo, por lo cual Roberto declaró la guerra á su padre, y despues de algunos años de lucha concluyeron por reconciliarse.

Luego que Guillermo aseguró la tranquilidad de sus estados, se ocupó de una empresa que hace honor á su memoria: nombró una comision (1081) para que formase una estadística de todas las tierras del reino, de sus propietarios, de la estension de cada distrito, de sus productos, de su valor, de las praderas, pastos, bosques y tierras de labor que contenian, cuyo monumento, concluido en el espacio de seis años, se conserva aun en los archivos del Echiquier.

Por último, algunas incursiones hechas en Normandía por los barones franceses establecidos en la frontera, le obligaron á declarar la guerra á Francia: se apoderó con su ejército de la isla de este nombre, la que entró á sangre y fuego: luego tomó tambien y redujo á cenizas la ciudad de Mantes; pero fué detenido en sus progresos por un accidente que puso fin á su vida: en un salto que dió su caballo, recibió una sacudida tan violenta, que le abrió el vientre con el pomo de la silla. Dejó la Normandía y el Maine á Roberto su hijo mayor; la Inglaterra á Guillermo, su segundo hijo, y á Enrique solo dejó los bienes de su madre Matilde. Murió á los sesenta y tres años de edad, y veintiuno de su reinado en Inglaterra.

GUILLERMO II EL ROJO.—(1087) Guillermo *el Rojo*, llamado asi por el color de sus cabellos, fué coronado rey de Inglaterra, y

su hermano Roberto reconocido como sucesor de su padre en Normandía; pero descontentos los barones con esta separacion, tramaron una conspiracion contra Guillermo, el cual instruido de sus intentos los sujetó, perdonó á algunos y confiscó los bienes de la mayor parte de ellos.

Roberto participó del devoto y bélico entusiasmo de las cruzadas, que entonces principiaba á ajitar las principales naciones de Europa; pero falto de metálico, empeñó el ducado de Normandía á su hermano Guillermo por la módica suma de diez mil marcos; y mientras que Roberto marchaba á la Tierra Santa acompañado de la mas brillante comitiva, Guillermo tomaba posesion de Normandía y del Maine, reuniendo de este modo los vastos dominios de su padre.

Guillermo, conde de Poitiers y duque de Guiena, quiso seguir el ejemplo de Roberto reuniéndose á las cruzadas, y tambien por falta de dinero empeñó sus estados al rey de Inglaterra; pero cuando este tenia el dinero preparado y se disponia á ir á tomar posesion de aquellas provincias, un suceso desgraciado terminó sus ambiciosos proyectos. Salió un dia á caza, acompañado de Gautier Tyriel, jentilhombre francés, muy famoso por su destreza en tirar el arco; este, deseoso de mostrar su habilidad, disparó una flecha á un ciervo, la cual rechazando en un árbol fué á dar en el pecho del rey, dejándole muerto en el acto. Tyriel, temiendo las consecuencias de su involuntario crímen, se embarcó para Francia y se reunió á las cruzadas. Los principales monumentos que la Inglaterra debe á Guillermo II, son la Torre, el salon de Wetsminster y el puente de Lóndres.

Enrique I.—(1110) Este príncipe, que se halló presente á la muerte de su hermano, se apoderó del trono; pero cerca de un mes despues, Roberto, de vuelta de Palestina, llegó á Normandía y restableció sin dificultad su autoridad en el ducado: en seguida se preparó para recobrar el trono de Inglaterra, del que habia sido injustamente despojado. Los ejércitos de ambos rivales permanecieron algunos dias á la vista, pero sin venir á las manos: por último se convino en que Roberto recibiria tres mil marcos para desistir de sus pretensiones á la corona, y que si moria alguno de los dos hermanos sin hijos, el otro le sucederia en los estados.

Habiéndose entregado Rober-

to á los placeres mas disolutos, y á las prácticas mas minuciosas de devocion, descuidó la administracion de su ducado: Enrique invadió la Normandía á la cabeza de un grueso ejército; salióle al encuentro Roberto con otro ejército no menos numeroso, y dióse la batalla, en la que Enrique batió á los normandos haciendo diez mil prisioneros, entre ellos á su mismo hermano (1116), que conducido despues á Inglaterra fué encerrado por el resto de su vida en el castillo de Cardiff, quedando la Normandía sometida al vencedor.

Finalmente murió Enrique de una indijestion á los sesenta y siete años de edad y treinta y cinco de reinado, dejando por heredera de sus estados á su hija Matilde, casada con Jeofre Plantajenet, hijo del conde de Anjou.

Estevan: matilde. — (1135) Muerto Enrique, se apoderó del trono Estevan, nieto de Guillermo el Conquistador. Matilde reclamó sus derechos y no fué oida; pero aprovechándose de ciertas diferencias suscitadas entre el usurpador y algunos miembros del clero, desembarcó en Inglaterra con Roberto, duque de Glocester, acompañada de ciento cuarenta caballos. Se estableció en el castillo de Arundel, desde donde escitó á sus partidarios á tomar las armas, y venidos ambos partidos á la batalla, el duque de Glocester deshizo y dispersó el ejército real, haciendo prisionero al mismo Estevan (1141): así ocupó el trono Matilde.

No tardó mucho tiempo en encenderse de nuevo la guerra civil, con motivo de haber solicitado la esposa de Estevan, apoyada por algunos nobles, la libertad de su marido, y negándose la reina á concederla. Glocester fué hecho prisionero y canjeado con Estevan; Matilde, alarmada por los contínuos peligros que corria, se retiró á Normandía con su hijo Enrique (1143), y Estevan volvió á apoderarse del gobierno.

Cuando el hijo de Matilde cumplió dieziseis años, quiso recobrar la herencia materna, para cuyo efecto hizo una invasion en Inglaterra; pero antes de venir á las manos, conociendo los grandes las consecuencias fatales que podria traer una nueva lucha, se interpusieron para que conviniesen los dos en un arreglo, y quedó acordado que cuando Estevan falleciese, Enrique le sucederia en el trono de

Inglaterra: su muerte acaeció al año siguiente y terminó todas las diferencias.

Enrique II, primero de los plantagenets. — (1154) Los numerosos estados que Enrique poseía le hacian uno de los monarcas mas poderosos de la cristiandad. Además del reino de Inglaterra, habia heredado de su padre el Anjou y la Turena; de su madre la Normandía y el Maine; y su mujer Leonor, repudiada por Luis el Jóven, rey de Francia, le habia llevado en dote la Guiena, el Poitou, la Santonge, la Auvernia, el Perigord, el Angoumois y el Limousin; poco despues añadió la Bretaña á sus vastos estados.

La preponderancia que tenia la autoridad eclesiástica sobre la civil, llamó la atencion de Enrique, y decidido á reprimirla, convocó una asamblea jeneral de la nobleza y de los prelados del reino, en Clarendon, cuya asamblea votó las leyes conocidas con el nombre de *constitucion de Clarendon*, las cuales marcaban con precision los límites de los dos poderes civil y eclesiástico, y oponian una valla á las usurpaciones de la Iglesia. El papa Alejandro condenó esta constitucion, y duraron mas de seis años las contestaciones entre el rey y la corte de Roma, terminándose estas diferencias por la sumision de Enrique á la santa sede.

No teniendo ya que temer Enrique los rayos del Vaticano, emprendió una espedicion contra Irlanda (1172); pero halló á los irlandeses tan abatidos por las calamidades de las guerras civiles, que no tuvo otra cosa que hacer cuando desembarcó en la isla, sino recibir la sumision de los pueblos, quedando la Irlanda para siempre aneja á la corona de Inglaterra.

Llegado, pues, al colmo de la grandeza, el rey designó á Enrique, su hijo mayor, para sucederle en el reino de Inglaterra, en el ducado de Normandía y en los condados de Anjou, del Maine y de Turena; Ricardo su hijo segundo, fué investido con el ducado de Guiena y el condado de Poitou; Geofredo, su tercer hijo, heredó el ducado de Bretaña; y Juan, su hijo cuarto, obtuvo la nueva conquista de Irlanda.

Instigados el jóven Enrique por su suegro Luis VII, rey de Francia, y Ricardo y Geofredo por la reina Leonor, no tardaron en reclamar la posesion de los estados que les habian sido

designados; pero habiéndose negado á ello el rey, se retiraron secretamente á la corte de Francia, cuyo monarca se declaró su protector.

El rey de Inglaterra recurrió á las armas y despues de haber vencido, primero á los frances, y luego á los escoceses (1174), aliados de sus hijos, recibió la sumision de estos, y les acordó condiciones menos ventajosas que las que anteriormente les habia ofrecido.

Algunos años despues, su hijo mayor volvió á conspirar contra él, pero mientras se preparaba á la ejecucion de sus criminales intentos, murió en el castillo de Martel, cerca de Turena, arrepentido de su conducta.

Felipe Augusto, á la sazon rey de Francia, indujo á Ricardo á que se rebelára nuevamente; este príncipe ecsijia de su padre que le hiciese unjir como rey, y que consintiera en su casamiento con la hermana del rey de Francia: el padre desechó estas pretensiones, y acudieron á las armas; pero habiendo Enrique esperimentado un revés, se desanimó tanto que aceptó todas las condiciones. La pena que esperimentó con esto se aumentó mucho mas al ver á la cabeza de la lista de los conjurados el nombre de su hijo Juan, que siempre habia sido su favorito. Este último golpe le ocasionó una fiebre de la cual murió á los cincuenta años de edad, y treinta y cinco de reinado.

Ricardo corazon de Leon. — (1189) Ricardo sucedió á su padre, y arrepentido de la conducta criminal que habia tenido para con él, conservó en sus empleos los ministros fieles de Enrique, que se habian opuesto constantemente á las ecsijencias de sus hijos, mientras que los que habian favorecido la rebelion solo recibieron de él muestras de desprecio. Animado Ricardo por el amor de la gloria militar, solo pensó desde el principio de su reinado en libertar la Tierra Santa y arrancar á Jerusalen del poder sarraceno. Este celo contra los infieles se comunicó á sus súbditos y estalló en Lóndres el mismo dia de su coronacion: habiéndose aprocsimado algunos judíos, contra la órden espresa del monarca, á la sala donde este comia, se arrojó sobre ellos el populacho y los asesinó cruelmente: los que estaban en sus casas sufrieron la misma suerte, y las demas ciudades del reino imitaron tan bárbaro ejemplo. Quinientos de estos desgraciados que residian en York, no

hallándose en estado de poder defender el castillo adonde se habian refujiado, degollaron á sus mujeres é hijos, pusieron fuego á sus casas y perecieron en las llamas.

Ricardo no pensaba en otra cosa que en procurarse dinero para la espedicion de Palestina: enajenó las rentas y los dominios de la corona; vendió por la módica suma de diez mil marcos el feudo de Escocia, y queriendo hacerle sus ministros algunas reflecsiones, les contestó que venderia hasta el mismo Lóndres si encontrase comprador. Concluidos sus preparativos, confió la administracion del reino á Hugo, obispo de Duram, y á Longchamp, obispo de Elly, y emprendió la marcha, seguido de la mas florida juventud inglesa, dirijiéndose á Borgoña, donde debia encontrarse con el rey de Francia. Allí pasaron revista los dos aliados á sus tropas, que ascendian á mas de cien mil hombres; reiteraron sus protestas de amistad y se separaron para embarcarse, Felipe en Jénova, y Ricardo en Marsella. Los dos monarcas despues de haber pasado el invierno en Sicilia, llegaron muy á tiempo para participar de la gloria del sitio de San Juan de Acre (Tolemaida) atacado hacia mas de dos años por las fuerzas reunidas de los cruzados.

Despues de la rendicion de Acre (1191), cansado Felipe del ascendiente que Ricardo tomaba sobre él, se volvió á Francia, pretestando su quebrantada salud, dejando no obstante diez mil hombres de sus tropas á Ricardo, al mando del duque de Borgoña, y jurando que nada emprenderia contra los estados del rey de Inglaterra durante su ausencia, cuyo juramento olvidó bien pronto.

Despues de la partida de su aliado, Ricardo marchó de victoria en victoria: ganó la célebre batalla de Assur, tomó á Ascalon y avanzó hasta dar vista á Jerusalen, único objeto de su empresa; pero las enfermedades y el hambre habian abatido el ardor de los cruzados, y todos, escepto el monarca inglés, deseaban volver á Europa. Ricardo, obligado á ceder á sus instancias, concluyó una tregua con los sarracenos, en la que se estipuló que Acre, Jaffa y otras ciudades marítimas quedarian en poder de los cruzados, y que todos los cristianos podrian libremente hacer sus peregrinaciones á Jerusalen sin peligro alguno: hecho es-

to, dió la vuelta para Europa. Habiendo sabido las intrigas de su hermano Juan y del monarca francés, cuando llegó á Italia no quiso aventurarse á atravesar la Francia y se embarcó en el Adriático; pero naufragó cerca de Aquilea, y tomó el traje de peregrino para continuar secretamente su camino por Alemania. A su llegada á Viena fué preso por órden de Leopoldo, duque de Austria, y entregado al emperador Enrique VI, que le miraba como enemigo por ser aliado de Tancredo, usurpador del trono de Sicilia. De esta manera el monarca que habia hecho resonar su nombre por todo el mundo, fué precipitado en un calabozo y cargado de cadenas (1192).

El rey de Francia procuró sacar partido de la cautividad de Ricardo, y concluyó un tratado con Juan, en el cual se estipuló que este le entregaria gran parte de Normandía, á condicion de que Felipe le ayudase á apoderarse de todas las demas posesiones de su hermano. En virtud de este tratado Felipe entró en Normandía (1193) don de la traicion le hizo dueño de varias fortalezas; pero todos sus esfuerzos contra Ruan fueron rechazados por el valor del conde de Leicester. El príncipe Juan fué menos dichoso aun en su empresa en Inglaterra; por todas partes se levantaron los grandes contra él y le obligaron á volverse á Francia.

Ricardo compareció ante la dieta del imperio, y despues de haberse justificado de los cargos que le hacian, obtuvo su libertad, mediante la promesa que hizo de pagar al emperador por su rescate ciento cincuenta mil marcos (unas trescientas mil libras). Grande fué la alegría de los ingleses por el retorno de su monarca. Este perdonó fácilmente á su hermano, pues solo el rey de Francia era el objeto principal de su resentimiento y animosidad: los cinco años siguientes á su vuelta á Inglaterra fueron una contínua série de hostilidades y tratados rotos entre los dos rivales, hasta que puso fin á esta lucha la muerte de Ricardo, que sucedió de esta manera.

Vidomer, conde de Limojes y vasallo de la corona de Inglaterra, habia hallado un tesoro; Ricardo reclamó la propiedad, y el conde se la negó: marchó pues el rey á sitiarle en el castillo de Chalus, y aprocsimándose Ricardo á la fortaleza para reconocerla, fué herido en un

hombro por una flecha que le tiró un ballestero: la herida no era peligrosa; pero la poca destreza del cirujano la hizo mortal, y falleció el décimo año de su reinado, á los cuarenta y dos de su edad. Su valor é intrepidez le valieron el sobrenombre de *Corazon de Leon*. Como no tenia hijos, dejó por heredero de sus estados á su hermano Juan, aunque antes de su partida á la Tierra Santa, habia nombrado para sucederle á su sobrino Arturo, duque de Bretaña, hijo de su hermano Jeofredo.

Juan sin tierra. — (1199). Despues de la muerte de Ricardo los barones de las provincias situadas al otro lado del mar, tales como el Anjou, el Maine y la Turena, se declararon á favor de Arturo, y el rey de Francia abrazó asimismo la causa del jóven duque de Bretaña. Juan tomó las armas y llevó la guerra á Francia; pero Constanza, madre de Arturo, desconfiando de las intenciones del monarca francés, hizo salir á su hijo secretamente de Paris y le puso en manos de su tio, al cual rindió homenaje por el ducado de Bretaña. Felipe, viendo que nada podia prometerse de su guerra con la Inglaterra, entró en negociaciones con Juan, y concluyeron un tratado que fijaba los límites de sus respectivos territorios (1200).

Tres años despues, el conde de la Marche escitó algunos levantamientos en el Poitou y en Normandía; el duque de Bretaña se sublevó de nuevo contra su tio, uniéndose á los descontentos, y el rey de Francia les prometió su proteccion. Juan pasó á Normandía con un grueso ejército y la sujetó. Arturo fué atacado por su tio, que le hizo prisionero, y viendo que no cedia de sus pretensiones, y que podria llegar á ser un enemigo temible, mandó que le diesen la muerte; mas sabiendo que sus órdenes no se habian ejecutado, él mismo se dirijió á la prision de su sobrino, le dió de puñaladas, y despues de haber atado una piedra al cadáver, le hizo arrojar en el Sena (1203).

Horrorizados con este acto bárbaro los estados de Bretaña, llevaron su queja á Felipe Augusto y pidieron justicia contra Juan. Felipe mandó comparecer á Juan ante su tribunal de pares, como vasallo suyo; pero no habiéndose presentado fué declarado culpable de felonía y confiscados todos los feudos que tenia en Francia. Felipe formó entonces el proyecto de espulsar

á los ingleses del territorio francés, y estendió sus conquistas á lo largo del Loira mientras que Juan pasaba el tiempo en Ruan entregado á las fiestas y á los placeres. Felipe llevó sus armas victoriosas á las provincias occidentales y sujetó á su obediencia el Anjou, el Maine, la Turena, y una parte del Poitou (1205). Juan quiso hacer una tentativa para recobrar sus estados y se dirijió con numeroso ejército á sitiar la Rochela; pero al aprocsimarse Felipe, abandonó sus tropas, se entregó á la fuga y repasó el mar cubierto de oprobio. Ultimamente por mediacion del papa Inocencio III, obtuvo una tregua de dos años; pero perdió casi todas sus provincias francesas.

El papa, como en retribucion de sus buenos oficios para con el rey de Inglaterra, ecsijió de este que nombrase para el primado de Cantorbery, que estaba vacante, á Langton, sujeto muy adicto á la corte de Roma. Juan, irritado, se negó á ello, y el papa lanzó el entredicho sobre el reino de Inglaterra, acompañado de todas las fórmulas á propósito para afectar el espíritu supersticioso de los pueblos de aquella época. La nacion se vió privada de todo ejercicio esterior de relijion: se despojó á los altares de sus ornamentos, no se enterraba á los muertos en sagrado, y los casamientos se efectuaban en los cementerios: todo anunciaba la mas profunda tristeza y el terror de las venganzas celestes.

Juan, para oponer el poder temporal al poder espiritual, confiscó los bienes de todos los eclesiásticos que obedecieron el entredicho. Viendo el papa que su sentencia no habia producido el efecto que deseaba, apeló á la escomunion; declaró á Juan depuesto del trono, dispensó á los ingleses del juramento de fidelidad y obediencia, y ofreció la corona de Inglaterra al rey de Francia, el cual seducido por el ofrecimiento de la santa sede, levantó un ejército numeroso, que desembarcó en los puertos de Normandía y de Picardía. El rey de Inglaterra, que no podia contar con sus vasallos, atemorizados por el anatema del pontífice, conoció lo crítico de su situacion y se rindió á discrecion del papa: reconoció á Langton por primado, se obligó á trasmitir la propiedad de su estado á la Iglesia, prestó juramento de fidelidad al soberano pontífice y pagó una parte del tributo que reconoció debia por

su reino, como patrimonio ya del santo padre.

Felipe Augusto, sin embargo, resolvió proseguir en su empresa; pero la escuadra inglesa á las órdenes del conde de Salisbury, hermano natural del rey, atacó las embarcaciones francesas en sus puertos, destruyó la mayor parte de ellas, y de este modo obligó al monarca francés á desistir de su proyecto de conquista.

La introduccion del feudalismo en Inglaterra por Guillermo el Conquistador, habia ahogado las libertades que hasta entonces gozáran los anglo-sajones, y reducido el pueblo á la esclavitud, ya bajo el dominio del rey, ya bajo el de los barones: por otra parte la necesidad de confiar un poder demasiado estenso á un príncipe obligado á mantener un gobierno militar sobre una nacion vencida, forzó á los barones normandos á someterse á una autoridad mas absoluta que la que hasta entonces se habia ejercido sobre la nobleza; y por mas de cincuenta años tuvieron los ingleses que jemir bajo el peso de una tiranía desconocida en los demas reinos fundados por los conquistadores del Norte. Enrique I, para que le prefiriesen á su hermano Ricardo, otorgó á los ingleses una carta bastante favorable á sus antiguas libertades; Estevan la renovó, y Enrique II la confirmó; pero las concesiones de estos príncipes solo fueron letras muertas, hasta la época en que la conducta de Juan, tan odiosa y despreciable en sus actos públicos como en su vida privada, decidió á los grandes y al pueblo á reclamar la restitucion de sus privilejios.

Nada favoreció tanto esta confederacion del pueblo y de los grandes como el concurso de Langton, arzobispo de Cantorbery, cuya memoria debe ser grata para siempre á los ingleses. Animado este prelado del bien público, concibió el proyecto de reformar el gobierno, para cuyo efecto tuvo una conferencia con los principales barones de Lóndres; en ella les mostró una carta de Enrique I, que dijo haber hallado en un monasterio, y les ecshortó á pedir su renovacion: juraron, pues, permanecer estrechamente unidos y hacer una guerra contínua al rey hasta que les otorgase lo que pedian.

Establecimiento de la gran carta. — (1214) El dia prefijado se reunieron en Lóndres, y suplicaron al rey pusiese en to-

do su vigor la carta de Enrique I: Juan, alarmado con esta peticion hecha por un cuerpo tan poderoso, pidió tiempo para reflecsionar; pero terminado el plazo contestó que jamás concederia unos privilejios que le reducirian á la servidumbre. Apenas supieron esta contestacion los confederados, principiaron la guerra contra el rey: aun los barones que hasta entonces se habian mostrado mas adictos al partido realista, abrazaron la causa comun; y fué tan jeneral la defeccion, que Juan se vió reducido á recibir la ley de los descontentos, y por último firmó la carta que ecsijian de él. Este acto famoso llamado comunmente *la gran Carta*, concedia privilejios importantes al clero, á la nobleza y al pueblo: sus principales artículos contenian todos los elementos de un gobierno regular, la igualdad en la administracion de justicia y el libre goce de la propiedad.

Pero Juan, que solo habia cedido á la fuerza, aparentando buena fé, se retiró á la isla de Witght, hizo alistar secretamente en su servicio á los brabanzones, y despachó un correo á Roma quejándose de la violencia que le habian hecho. El papa, considerándose como señor feudal del reino de Inglaterra, publicó una bula por la cual anulaba la carta, como injusta en sí misma, arrancada por la fuerza y derogatoria de la dignidad de la silla apostólica.

Escudado Juan con el decreto del papa y con las tropas estranjeras que le acudieron, no dudó en arrojar la máscara. Los barones adormecidos en una imprudente seguridad, no habian tomado medida alguna para reunir sus tropas, por lo cual el rey quedó dueño del campo: sus feroces mercenarios talaron impunemente las tierras y todo lo llevaron á sangre y fuego desde un estremo al otro de Inglaterra.

Viéndose los barones en situacion tan apurada acudieron á un medio no menos desesperado: se dirijieron al rey de Francia, ofreciendo reconocer por rey á su hijo Luis, si los protejia contra las violencias del tirano. Aceptó Felipe Augusto la proposicion, y envió á su hijo á la cabeza de un ejército numeroso, á cuya vista las tropas estranjeras de Juan abandonaron los castillos, que cayeron en manos de sus enemigos, y solo Douvres fué la única plaza que se libró de las armas triunfantes de Luis.

Juan reunió un ejército considerable con intencion de de-

cidir la suerte de la corona por medio de una batalla; pero habiendo emprendido su marcha por las orillas del mar, inundadas aun por la alta marea, perdió en las aguas sus bagajes y su tesoro, cuyo desastre acabó de destruir su salud ya quebrantada, y murió en el castillo de Newark: tenia cuarenta y nueve años de edad y reinó dieziocho. Dejó dos hijos lejítimos, Enrique y Ricardo; el primero de nueve años y el segundo de siete.

Enrique iii. — (1216) El conde de Pembroke, que habia permanecido adicto á Juan, y que por su dignidad de mariscal de Inglaterra tenia el mando de los ejércitos, fué nombrado rejente durante la menor edad de Enrique. Para ganar las voluntades, Pembroke renovó y confirmó la gran Carta, haciendo en ella algunas modificaciones importantes. Entonces la mayor parte de los barones empezó á entrar en su deber, separándose de la causa de Luis de Francia, el cual, habiendo sido derrotado su ejército, se apresuró á concluir la paz con el rejente, estipulando que evacuaria el reino con la sola condicion de que se concederia una amnistía á los que habian seguido su partido, y se les devolverian sus bienes y dignidades.

Pembroke sobrevivió poco á esta pacificacion, debida principalmente á su talento y valor. Cuando Enrique llegó á la mayor edad, mostró por su carácter que no era á propósito para gobernar una nobleza turbulenta: sin vigor y sin actividad, era incapaz de dirijir una guerra; sin política y sin arte, era menos capaz todavia de mantener la paz. En la guerra que sostuvo contra Luis IX, rey de Francia, fué despojado de lo que le quedaba en el Poitou.

La conducta imprudente de Enrique, suministró un pretesto á Simon de Montfort, conde de Leicester, para probar á arrancar el cetro de la débil mano que le sostenia (1258). A este efecto convocó secretamente una reunion de los barones mas notables, y haciéndoles presente los males públicos y los atentados cometidos contra la gran Carta, les ecsortó á que pusieran remedio y no se dejasen arrancar sus libertades.

Habiendo, pues, convocado Enrique un parlamento, se presentaron los barones armados de pies á cabeza y con la espada ceñida. Alarmado el rey con aquel aparato inusitado, les preguntó

si tenian el designio de atentar contra su libertad; pero Rojerio Bigod le contestó á nombre de todos, que no era su prisionero sino su soberano; y que lo único que pretendian era suplicarle pusiese el gobierno en manos capaces y resueltas á cicatrizar las llagas del estado. Enrique, intimidado por la union de la nobleza, prometió convocar otro parlamento en Oxford para que formase un nuevo plan de gobierno. Este parlamento, que á causa de las turbulencias que escitó, fué llamado despues el *parlamento insensato*, nombró un consejo compuesto de veinticuatro miembros con ámplias facultades para reformar el gobierno; Leicester, su presidente, fué quien sujirió todas las medidas que se tomaron. Desde entonces el estado se halló en manos de los barones, y la monarquía derribada: el rey y su hijo se sometieron á las decisiones de los veinticuatro.

El consejo, por fin, publicó nuevas ordenanzas para la reforma del estado; pero viendo la nacion que estos reglamentos solo se reducian á algunas variaciones en las leyes municipales, otorgó su favor á la corona, no quedando á los veinticuatro otro apoyo que el crédito de sus familias. Luego estalló la rivalidad entre los condes de Leicester y de Glocester: este último, mas moderado en sus miras, deseaba detener las usurpaciones de los barones; pero el primero, incomodado de la oposicion que esperimentaba en su propio partido, afectó no tomar interés en los negocios de Inglaterra y se retiró á Francia.

Muerto el conde de Glocester, que se habia unido al partido del rey, volvió Leicester de Francia, y formando alianza con Llewellyn, príncipe de Gales (1263), volvió á principiar la insurreccion con la cooperacion de treinta mil galos. Los escesos de la faccion obligaron al rey á confirmar de nuevo los reglamentos de Oxford, y los barones volvieron á apoderarse del mando; mas á pesar de esto y de la decision de San Luis, rey de Francia, á cuyo arbitrio sometieron sus diferencias los dos partidos, continuaron las hostilidades. Leicester batió el ejército real, hizo prisioneros al rey y á su hijo Eduardo, y los envió bien escoltados al castillo de Douvres.

Admision de los comunes al parlamento. — (1265) Luego que Leicester tuvo toda la familia real en su poder, convocó un parlamento, compuesto entera-

mente de sus parciales, el cual decidió que el poder real fuese ejercido por tres personas, el mismo Leicester, el nuevo conde de Glocester y el obispo de Chichester. Con este plan de gobierno, el cetro se halló realmente en las manos de Leicester, el cual convocó un nuevo parlamento en Lóndres: entre los barones sus partidarios y varios eclesiásticos, quiso que tomasen asiento dos caballeros por cada condado; y lo que es mas notable, hizo que tambien concurriesen diputados por las villas, que hasta entonces no habian sido representadas en el consejo nacional. A esta época se remonta el orijen de la cámara de los comunes en Inglaterra.

Sin embargo, Leicester disgustó á los varones con su tiranía: el nuevo conde de Glocester le abandonó y se retiró á sus estados. El audaz Montfort le siguió con un ejército hasta Hereford, llevando en su compañía al rey y á su hijo. Allí Eduardo, que habia concertado su fuga con Glocester, se evadió saltando sobre un caballo de estraordinaria lijereza: los realistas, que estaban secretamente preparados para este acontecimiento, corrieron á las armas. Leicester, rodeado de enemigos en una provincia lejana, pidió socorro á su hijo que se hallaba en Lóndres, el cual llegó con tropas de refuerzo hasta Kenilworth, donde Eduardo sorprendió su campo y dispersó su ejército. Leicester, que ingnoraba la suerte de su hijo, fué á campar á Evesham, esperando de un momento á otro que se le reuniesen sus amigos de Lóndres; pero Eduardo le atacó igualmente, derrotó su ejército, y el mismo Leicester, sin embargo de haber pedido cuartel, fué muerto en el calor de la pelea, y con él su hijo.

Esta victoria fuédecisiva para los realistas: la natural dulzura del rey y la prudencia de su hijo impidieron toda reaccion despues del triunfo; hubo amnistía jeneral, escepto para la casa de Montfort, y la gran carta fué respetada.

Restablecida la tranquilidad en el reino, Eduardo, impelido por el amor á la gloria y por las instancias de San Luis, emprendió una espedicion contra los infieles de la Tierra Santa (1270). Su ausencia fué causa de nuevos males: las leyes cayeron en desuso, los barones oprimieron al pueblo impunemente, y la plebe volvió á su acostumbrada licencia. Enrique III, agobiado con el peso de los negocios y de

las enfermedades de la vejez, murió á los sesenta y cuatro años de edad y cincuenta y seis de reinado, dejando dos hijos, Eduardo su sucesor, y Edmundo conde de Lancaster.

Eduardo i. — (1272) Vuelto este príncipe de la Tierra Santa, donde sostuvo la gloria del nombre inglés, fué recibido por el pueblo con aclamaciones de alegría, y coronado solemnemente en Westminster por el arzobispo de Cantorbery.

Conquista del pais de Gales. — (1284) El nuevo rey se dedicó á reparar los desórdenes causados por las guerras civiles. En seguida marchó con su ejército contra Llewellyn, príncipe de Gales, que habia entrado en todas las conspiraciones contra la corona, y rehusaba rendirle homenaje. Llewellyn se retiró á las montañas de Snowdon; pero Eduardo penetró hasta el centro del pais y le obligó á rendirse á discrecion. Algunos años despues volvieron á sublevarse los galos; acudió contra ellos Eduardo, fué muerto Llewellyn con dos mil de los suyos, y un hermano de este príncipe condenado por los pares del reino á la pena de horca. El principado de Gales quedó anejo á la corona, y desde esta época los hijos primojénitos de los reyes de Inglaterra tomaron el título de príncipes de Gales (1284).

Conquista de la Escocia. — (1293) Despues haber sometido los galos, trató Eduardo de apoderarse de Escocia. Disputábanse el trono de este reino Bruce y Baliol, parientes en diversos grados del último soberano; ambos tenian muchos partidarios, y para evitar los horrores de una guerra civil, se convinieron en nombrar árbitro de la cuestion al rey de Inglaterra y someterse á su decision. Eduardo se adelantó con un numeroso ejército hácia las fronteras, é invitó al parlamento escocés y á los dos competidores á que fuesen á encontrarle al castillo de Norham. Allí les declaró que iba á hacer esacta justicia á los dos partidos, pues estaba autorizado para juzgarlos, no como juez árbitro segun ellos le habian nombrado, sino como señor feudal del reino. Los barones escoceses, aunque indignados de tan inesperada pretension, se hallaban imposibilitados de poder defender la independencia de su patria, y nada respondieron. Eduardo, interpretando su silencio por un consentimiento tácito, ecsijió de los concurrentes que reconociesen su dominio feudal. Despues

de un año de debates, Eduardo sentenció en favor de Baliol, que reconoció su vasallaje á la Inglaterra (1294); pero no pudiendo soportar por mucho tiempo el yugo de su señor feudal, resolvió recobrar á todo trance su independencia; y la guerra que estalló entre Francia é Inglaterra le proporcionó la ocasion.

Un altercado entre un marinero normando y otro inglés, fué la causa de esta guerra, porque la querella, de particular, llegó á hacerse jeneral entre las dos naciones, y bien pronto el mar fué teatro de las mas sangrientas represálias: se dice que los ingleses mataron en un solo combate mas de quince mil hombres á los normandos y franceses reunidos. Felipe el Hermoso, rey de Francia, pidió una reparacion á la corte de Inglaterra; pero no habiéndola obtenido, requirió á Eduardo para que compareciese en París, como vasallo suyo, ante el tribunal de los pares. Eduardo no obedeció y el ducado de Guiena le fué confiscado y agregado á la corona de Francia (1294). El monarca inglés quiso recobrar la Guiena; pero fué batido y obligado á reembarcarse, y la Inglaterra se vió amenazada de una invasion francesa y escocesa, cuyos monarcas se habian aliado secretamente.

Luego que Eduardo obtuvo subsidios del parlamento, entró en campaña con treinta mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, para castigar á su vasallo rebelde: atravesó el Twed sin obstáculo, y se apoderó de toda la parte meridional de Escocia: el débil Baliol se apresuró á someterse y resignó su corona en manos de Eduardo: este monarca, despues de haber establecido una tranquilidad aparente en todo el reino, dejo á Warenne por rejente de Escocia y se volvió á Inglaterra. Baliol fué conducido á Lóndres y encerrado por dos años en la Torre; despues se sometió á un destierro voluntario en Francia, donde murió como particular.

No fué tan dichosa la tentativa que hizo Eduardo casi por el mismo tiempo para recobrar la Guiena: últimamente, cansados de aquella guerra los reyes de Francia é Inglaterra, se convinieron en someter sus diferencias al arbitrio del papa (1298). Bonifacio, que ocupaba entonces la silla de San Pedro, los persuadió á cimentar su reconciliacion por medio de dos casamientos; el de Eduardo, que á la sazon

estaba viudo, con Margarita, hermana de Felipe, y el del príncipe de Gales con Isabel, hija del mismo monarca. Felipe se convino así á devolver la Guiena á los ingleses; Eduardo por su parte prometió abandonar á su aliado el conde de Flandes, con tal que el rey de Francia hiciese otro tanto con sus aliados los escoceses.

Warenne, rejente de Escocia, se retiró á Inglaterra para restablecer su salud, y dejó la administracion de aquel reino en manos del gran-justicia Ormesby; pero las rapiñas é injusticias del nuevo rejente ecsasperaron á los escoceses. Wiliam Walace, hombre de valor, descendiente de antiguo solar, concibió el proyecto de librar á su patria de la dominacion estranjera y se puso á la cabeza de los descontentos con ánimo de atacar á Ormesby en Scona. Informado el gran-justicia de este plan, se fugó precipitadamente á Inglaterra. Warenne marchó á la cabeza de un ejército de cuarenta mil hombres; llegó hasta Stirling, y halló á Wallace con su ejército acampado á las márjenes del rio Forth; el cual, al paso de los ingleses por el puente, cargó sobre ellos de improviso, y sin darles tiempo para formar la batalla los derrotó, precipitando en el rio á la mayor parte, y pereciendo otros á los filos de sus espadas. Warenne se vió obligado á retroceder á Inglaterra, y Wallace, considerado como libertador de su patria, por consentimiento unánime de sus compañeros de armas fué nombrado rejente.

Cuando Eduardo tuvo noticia de este descalabro, reunió todas las fuerzas militares de Inglaterra, de Gales y de Irlanda, y marchó á la cabeza de unos cien mil hombres, hácia las fronteras setentrionales. La Escocia estaba ya desgarrada por los odios y las facciones: la elevacion de Wallace habia escitado los zelos de la nobleza, y este héroe para desarmar la envidia, se despojó voluntariamente de la rejencia, conservando tan solo el mando de las tropas que antes habia conducido á la victoria: entonces nombraron para la rejencia al gran maestre de Escocia, y á Cummin de Badenoch, que establecieron su campo en Falkirk, donde bien pronto fueron atacados y destrozados por el enemigo, que hizo en los escoceses una horrible carnicería: en mendio de esta derrota jeneral, solo Wallace pudo detener sus tropas y reti-

rarse en buen órden (1298).

A pesar de este descalabro, no desmayaron los escoceses: á poco tiempo dejaron solo en la rejencia á Cummin y sorprendieron el ejército inglés (1299), al que pusieron en huida despues de un combate obstinado. Eduardo se vió entonces obligado á principiar de nuevo la con quista de aquel pais, y marchando de victoria en victoria obligó á Cummin á someterse. El intrépido Wallace, que en medio de la esclavitud de su patria se obstinaba en conservar su libertad, fué entregado al rey de Inglaterra por un amigo suyo llamado sir Juan Monteith, y conducido á Lóndres, cargado de cadenas, juzgado como traidor y rebelde, aunque jamás habia prestado juramento de fidelidad á la Inglaterra, y por último ajusticiado en Tower-Hill.

A consecuencia de este tratamiento injusto y cruel contra el protector de la independencia escocesa, Bruce, hijo del otro Bruce que disputó la corona á Baliol, sublevó de nuevo la Escocia, mató á Cummin, que tenia intelijencias secretas con Eduardo y se oponia al levantamiento, y fué coronado solemnemente rey de Escocia. Los ingleses fueron arrojados de nuevo del territorio escocés. Eduardo se preparaba á invadir por tercera vez las fronteras, cuando cayó súbitamente enfermo en Carlisle, y murió á los sesenta y nueve años de edad y treinta y cinco de su reinado, recomendando á su hijo y sucesor que continuase su empresa, y no dejase reposar á la Escocia hasta tenerla subyugada.

Eduardo II. — (1307) Tenia este príncipe veintidos años cuando subió al trono; era de agradable figura y de un carácter dulce. En vez de seguir el consejo de su padre, no hizo otra cosa que presentarse en Escocia, volverse por el mismo camino y licenciar el ejército. Por solo este hecho conocieron los barones que el cetro habia caido en manos débiles y que podrian insultarle impunemente.

Apenas fué Eduardo dueño de su voluntad llamó cerca de sí á Pedro Gaveston, jentilhombre gascon, á quien su padre el rey difunto habia desterrado á causa del ascendiente que tenia sobre su hijo: le dió el condado de Cornouailles y le casó con una sobrina suya; parecia que no apreciaba su poder supremo sino porque le proporcionaba engrandecer al objeto de todos sus afectos. Los barones, disgusta-

dos con la fortuna de aquel favorito, cuyo nacimiento despreciaban, formaron contra él una liga, que sostenia secretamente la reina Isabel.

Tomas, conde de Lancaster, y primo-hermano del rey, estaba á la cabeza del partido que meditaba la caida del insolente estranjero. Eduardo tuvo que enviarle fuera del reino por dos veces, obligado de las ecsijencias de los grandes; pero siempre volvia á llamarle á su lado, hasta que ecsasperados los barones, tomaron las armas bajo el mando de Lancaster, y se apoderaron de Gaveston que encerrado en una fortaleza se vió precisado á capitular y rendirse prisionero; pero sus enemigos, despreciando las leyes militares y la capitulacion, le hicieron cortar la cabeza por mano del verdugo (1312). Eduardo juró vengarse de todos los que habian tenido parte en la muerte de su favorito; pero mas constante en sus amistades que en sus resentimientos, admitió las proposiciones de acomodamiento y perdonó á los barones.

Despues de esto, Eduardo reunió todas las fuerzas militares de su reino, y marchó otra vez contra la Escocia: Bruce le salió al encuentro, dióse la batalla que duró dos dias, y los ingleses fueron completamente derrotados. Esta victoria volvió la independencia á Escocia y afirmó á Bruce en el trono.

Despues de la muerte de Gaveston, el principal favorito de Eduardo fué Hugo Spenser, jóven de talento y de un esterior agradable, pero falto de prudencia y moderacion. Apenas el monarca le concedió su preferencia, Spenser se hizo tan odioso como Gaveston: el fogoso Lancaster y la mayor parte de los barones resolvieron su pérdida, y siguiendo su costumbre tomaron las armas y pidieron el destierro del favorito; pero esta vez fué vencido Lancaster, hechó prisionero y conducido á disposicion de Eduardo, que á pesar de la dulzura de su carácter, cedió en esta ocasion al deseo de venganza: hizo colocar el prisionero sobre un caballo matalon, y despues de esponerle de este modo á la befa del populacho, mandó cortarle la cabeza (1322).

Habiéndose suscitado algunas diferencias entre Eduardo y Cárlos el Hermoso, rey de Francia, con motivo del homenaje de la Guiena, la reina Isabel marchó á París para arreglar aquel negocio con su hermano. Halló en

Francia gran número de ingleses refujiados, restos de la faccion de Lancaster, y entre ellos al jóven baron Mortimer, cuyas gracias personales cautivaron de tal modo el corazon de la princesa, que no tardó en olvidar todo sentimiento de fidelidad á su esposo. Instruido Eduardo de esta circunstancia mandó volver á la reina inmediatamente á Inglaterra con su hijo, muy jóven todavia, que la habia acompañado; pero en vez de obedecer las órdenes de Eduardo, manifestó terminantemente que no volveria al lado de su marido hasta que este hubiese alejado de sí á Spenser.

Con esta declaracion adquirió Isabel gran popularidad en Inglaterra, y desde entonces resolvió la pérdida del rey y de su favorito: para llevar á cabo su intento, desembarcó con tres mil hombres en las costas de Norfolk, (1326), é inmediatamente se le reunieron gran número de los barones mas poderosos. Eduardo, viéndose abandonado de los ciudadanos de Lóndres, partió para las provincias occidentales, y fué perseguido hasta Bristol por su propio hermano el conde de Kent. No hallando allí mas fidelidad que en Lóndres, pasó al pais de Gales, dejando por gobernador del castillo de Bristol al padre de su favorito Spenser: este venerable anciano, de noventa años de edad, fué entregado por la guarnicion á los barones rebeldes, que le sentenciaron á muerte. El rey se embarcó para Irlanda; pero los aires contrarios le arrojaron sobre la costa, donde fué descubierto, arrestado, y confinado bajo la guarda del nuevo conde de Lancaster, en el castillo de Kenilworth. El jóven Spenser dió tambien en manos de sus enemigos, y fué decapitado, lo mismo que su padre, sin ninguna fórmula legal. Isabel convocó un parlamento en Westminster, el cual depuso al rey por unanimidad, como incapaz de manejar las riendas del gobierno, y colocó á su hijo en el trono.

El pueblo inglés no podia permanecer mucho tiempo con los ojos cerrados acerca de la conducta de una reina que habia destronado á su esposo: su comercio criminal con Mortimer, escitó la aversion jeneral; y á medida que Isabel iba siendo el objeto del odio público, el rey inspiraba compasion y respeto. Mortimer relevó á Lancaster de la custodia del monarca prisionero, y la confió á dos vijilantes que se le habian vendido, y que

recibieron órden de acelerar su fin. Un dia se apoderaron del desgraciado rey, le echaron sobre una cama y le introdujeron hasta las entrañas un hierro hecho ascua. Tal fué el trájico fin de Eduardo II, á quien la dulzura de su carácter le hizo incapaz de gobernar un pueblo tan tumultuoso.

Eduardo III. — (1327) El mismo parlamento que habia depuesto á Eduardo II, nombró un consejo de rejencia, compuesto de cinco prelados y de siete pares, y elijió á Lancaster por tutor del jóven Eduardo III; pero Mortimer inutilizó este consejo, usurpando toda la autoridad soberana. Cuando Eduardo llegó á la edad de diezioche años, preparó secretamente la caida de este audaz ministro; comunicó su intento á varios jentilhombres, y Mortimer fué sorprendido sin defensa en el castillo de Nottingham; y arrestado en una habitacion contigua á la de la reina. Inmediatamente se reunió un parlamento para que le juzgase, y le condenó á pena de horca, cuya sentencia se ejecutó en las inmediaciones de Lóndres. La reina fué confinada á su posesion de Bising, y jamás volvió á adquirir crédito ni influencia.

Invasiones en Francia. — Cuando Eduardo tomó las riendas del gobierno hizo una espedicion á Escocia para sostener á un descendiente de Baliol (1332): batió á los escoceses, pero su victoria no le produjo ventaja alguna. Su ambicion se dirijió entonces hácia la Francia, queriendo hacer valer sus derechos á la corona de esta nacion, que él reclamaba como sobrino de Cárlos el Hermoso, y que los pares habian colocado sobre la frente de Felipe de Valois; formó alianza con el conde de Hainault, su suegro, con el emperador de Alemania, y con el cervecero Arteweld, jefe de los flamencos sublevados, y despues de haber obtenido la aprobacion del parlamento y subsidios considerables, se embarcó para el continente, en una armada de doscientas cuarenta velas: halló la escuadra francesa, que se componia de cuatrocientas embarcaciones, en la altura de la Eclusa; el combate fué horroroso; pero la superioridad de los arqueros y marineros ingleses decidieron la victoria en favor de Eduardo (1340): los franceses perdieron doscientas treinta embarcaciones, treinta mil hombres y dos almirantes. Despues de esta victoria se reunie-

ron sus aliados á Eduardo, el cual marchó á la cabeza de mas de cien mil hombres á poner sitio á Tournay: Felipe de Valois acudió en socorro de la plaza; observáronse los dos ejércitos durante algunos dias sin emprender nada, y por último, una tregua de doce meses suspendió las hostilidades.

Habiendo muerto Juan III, duque de Bretaña, dejó por sucesores á una sobrina suya y á Cárlos de Blois, su marido, sobrino del rey de Francia: Montfort, hermano del difunto, quiso disputarles la soberanía, formó alianza con Eduardo, y tomó las armas contra el conde de Blois; pero desde el principio de las hostilidades cayó en manos de sus enemigos; fué conducido á Paris y encerrado en la torre del Louvre (1342). La condesa de Montfort reunió los habitantes de Rennes y los conjuró á tomar las armas contra el usurpador que les habia impuesto la Francia: los estados de Bretaña juraron morir en defensa de los derechos de la casa de Montfort. Eduardo resolvió acudir en socorro de la condesa y desembarcó en Vannes con un ejército de doce mil hombres. Felipe de Valois envió contra él al duque de Normandía, su hijo primojénito, con treinta mil infantes y cuatro mil caballos. Eduardo á la vista de fuerzas tan superiores, nada se atrevió á emprender; aceptó con gusto la mediacion de los legados del papa, y se concluyó entre los dos reinos una suspension de armas por tres años.

Aunque la tregua quedó convenida por un tiempo bastante largo, su duracion fué muy corta; el parlamento inglés abrazó con calor la causa del duque de Montfort, y concedió nuevos subsidios á Eduardo para volver á emprender la guerra. El conde de Derby fué enviado á la Guiena con un ejército, pero las victorias del duque de Normandía obligaron al monarca inglés á marchar en socorro de aquella provincia. Embarcóse pues en Southampton acompañado de su hijo el príncipe de Gales y de lo mas lucido de la nobleza inglesa; los vientos contrarios le obligaron á variar de direccion: desembarcó en las costas de Normandía y avanzó hasta Ruan; mas halló cortado el puente de esta ciudad, así como todos los que habia sobre el Sena hasta Paris. Conoció Eduardo que el proyecto de los franceses era encerrarle en el pais; volvió atrás con prontitud, hizo repa-

rar con increible celeridad el puente de Poissy, por donde pasó su ejército, y á marchas forzadas llegó hasta el Somme, que tuvo que vadear por un sitio que le indicó un aldeano, cerca de Abbeville, pues tambien los puentes de este rio estaban cortados ó bien defendidos: en seguida elijió un sitio ventajoso cerca del pueblo de Crecy, dispuso su ejército en buen órden y esperó tranquilamente al enemigo. Felipe de Valois, confiado en su superioridad numérica, salió de Abbeville apresuradamente y sin órden: su inmenso ejército llegó á presencia del enemigo mal formado y fatigado. El combate fué terrible por algunos momentos; pero redoblando su valor los ingleses, mandados por el príncipe de Gales, cargaron con mayor ímpetu y todo el ejército francés tomó la fuga: los ingleses los persiguieron haciendo en ellos una horrible carnicería, hasta que llegada la noche les impidió continuar el alcance. Segun el cálculo mas prudente, perecieron en esta funesta jornada mas de cuarenta mil franceses, entre ellos el conde de Alenson y gran número de personas distinguidas (1346).

Lejos de engreirse Eduardo con esta victoria hasta lisonjearse de conquistar toda la Francia, limitó su ambicion á hacerse dueño de Calais, que podria servirle como un punto de apoyo en aquel reino, y marchó con su ejército victorioso á cercar esta plaza, defendida por Juan de Viena, caballero valiente, natural de Borgoña. Viendo que no podia tomarla por asalto, resolvió reducirla por el hambre. Felipe de Valois se esforzó inútilmente en socorrer á los sitiados, y despues de doce meses de cerco, Juan de Viena se vió en la necesidad de rendir una plaza, cuyos habitantes estaban reducidos al último apuro por el hambre y la fatiga. Eduardo tomó posesion de Calais, que la hizo evacuar de sus moradores, y la volvió á poblar de ingleses. Poco tiempo despues, por medio de las negociaciones de los legados del papa, concluyó una tregua con la Francia. A su retorno á Inglaterra, instituyó la órden de la Jarretiera (1349), para escitar la emulacion entre sus grandes: el número de caballeros que componian esta órden era el de veinticuatro, sin contar el soberano. Hé aquí el orijen que vulgarmente se atribuye á esta institucion. En un baile de la corte, á la condesa de Salis-

bury, dama del rey, se le cayó una liga; recojióla el monarca, mas viendo que algunos cortesanos se sonreian maliciosamente, esclamó en alta voz: *¡Mal haya quien mal piense!* En memoria de este suceso, instituyó la órden de la Jarretiera, y le dió por divisa las palabras que acabamos de transcribir.

Felipe de Valois murió durante la tregua entre Francia é Inglaterra, y le sucedió su hijo Juan. Cárlos de Navarra, llamado *el Malo*, descendiente por parte de madre de la sangre real de Francia, aspiraba á apoderarse del trono, y formó un partido considerable en todo el reino. Informado el rey de sus intrigas, le atrajo á Ruan, le hizo arrestar y conducir preso á París. Felipe, hermano del rey de Navarra, tomó inmediatamente las armas y recurrió á la proteccion de Inglaterra. Como la tregua habia espirado ya, Eduardo era libre de sostener á los franceses descontentos: el príncipe de Gales, vencedor de Crecy, llamado comunmente el *Príncipe Negro*, por el color de su armadura, fué enviado á la Guiena, cuyo pais taló impunemente: con un ejército que no pasaba de doce mil hombres se aventuró á penetrar hasta el corazon de la Francia; pero Juan, advertido de la invasion de Eduardo, reunió un ejército de mas de sesenta mil hombres, y se adelantó á toda prisa para detener la marcha del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en Maupertuis, cerca de Poitiers: el 19 de setiembre de 1356 se dieron la batalla, que fué larga y obstinada, quedando el campo por los ingleses, y prisionero el rey de Francia. El príncipe de Gales le condujo á Inglaterra y desembarcó en Southwark (1357), donde salió á recibirle un inmenso concurso de personas de todas clases. El Príncipe Negro presentó el rey de Francia á su padre, que se adelantó al encuentro del monarca, y le recibió con tanta cortesía como si hubiera venido á hacerle una visita amistosa.

La cautividad de Juan ocasionó en Francia las turbulencias mas funestas. Eduardo hizo una nueva invasion, saqueó varias provincias y bloqueó á París; pero conociendo que le seria difícil hacerse reconocer como rey de Francia, entabló negociaciones con el delfin, que ejercia la autoridad real en ausencia de su padre, y se concluyó un tratado de paz en Bretigny, cerca de Chartres, por los comisionados ingleses y franceses (1360). En

virtud de este tratado el rey de Inglaterra renunciaba sus pretensiones á la corona de Francia y á las provincias de Normandía, el Maine, la Turena y el Anjou, reservándose la soberanía, con carga de homenaje, de las provincias vecinas de la Guiena, tales como el Poitou, la Santonge, el Angenois, el Perigord, el Limousin, etc. Juan se obligó á pagar por su rescate una suma de tres millones de escudos de oro (unos cuarenta millones de francos) y entregar cuarenta rehenes. Este príncipe, poco tiempo despues de su llegada á Paris, enfermó y murió, dejando la corona al delfin, que tomó el nombre de Cárlos V.

Cárlos, para limpiar sus estados de los aventureros que habian seguido á Eduardo bajo el nombre de *grandes compañías* ó *compañeros*, y que no habian querido deponer las armas, los tomó á su servicio y encargó al valiente Duguesclin que los condujese contra don Pedro el Cruel, que habia usurpado el trono de Castilla. Don Pedro escapó de sus estados y se refujió en Guiena, implorando la proteccion del príncipe de Gales. Eduardo prometió socorrer al monarca destronado, y volvió á llamar á su servicio las grandes compañías, que acababan de colocar en el trono de Castilla á Enrique de Trastamara. El príncipe inglés atacó al nuevo rey en Nájera, le batió, matándole mas de veinte mil hombres, y don Pedro volvió á ceñirse la corona; pero este ingrato príncipe rehusó pagar las sumas que habia prometido, y el Príncipe Negro, viendo disminuirse todos los dias su ejército por las enfermedades, tuvo que volverse á Guiena sin haber obtenido satisfaccion (1367).

Para subvenir á los gastos de esta espedicion poco meditada, el hijo de Eduardo habia contraido deudas considerables, y á su retorno tuvo que imponer nuevas contribuciones en la provincia de Guiena. La nobleza rehusó pagar y acudió á la proteccion de Cárlos; este marchó con su ejército contra el príncipe de Gales, á quien el estado de languidez en que se hallaba no le permitia montar á caballo ni manejarse con su acostumbrada actividad, y le obligó á abandonar la Guiena y volverse á su pais natal. Eduardo, impelido por la necesidad, concluyó una tregua con el enemigo; pero ya habia perdido todas sus antiguas posesiones de Francia, escepto Burdeos y Bayona, y todas sus conquistas menos Calais (1370).

Finalmnte el príncipe de Gales, despues de una larga enfermedad, murió estenuado á los cuarenta y seis años de edad (1376), dejando inmortal memoria por sus eminentes cualidades y por su vida sin tacha. El rey su padre solo le sobrevivió un año: falleció á los sesenta y cinco de edad, y cincuenta y uno de reinado.

Ricardo ii. — (1377) Ricardo II, hijo del Príncipe Negro, solo tenia once años cuando murió su abuelo; por lo que, á peticion de la cámara de los comunes, la de los pares formó un consejo de nueve personas, que se encargó de la direccion de los negocios públicos y de vijilar sobre la conducta del jóven príncipe: todo se hacia á nombre del rey menor y no hubo rejencia espresamente establecida.

Eduardo dejó á su nieto algunas guerras peligrosas que sostener. Las pretensiones del duque de Lancaster á la corona de Castilla, mantenian contínuamente la lucha entre este reino y la Inglaterra.

Hallándose ecsausto el tesoro con los gastos estraordinarios, el parlamento decretó una contribucion de tres *groats* (unos dos reales y medio) por cada persona que pasase de la edad de quince años: esta imposicion escitó un levantamiento del pueblo en casi todos los condados (1381): reuniéronse hasta cien mil hombres, con sus jefes Wat Tyler y Straw, pero fueron atacados por el rey á quien se reunió la nobleza; y despues de sujetarlos, castigó severamente á varios cabezas del motin.

Ricardo se abandonó, así como Eduardo II, á sus favoritos: Roberto de Vera, conde de Oxford, habia tomado tanto ascendiente sobre él, que reinaba por decirlo así, en su nombre. El conde de Glocester, tio del rey, se puso á la cabeza de una conspiracion contra el favorito y le obligó á refujiarse en los Paises Bajos. La cámara de los comunes depuso á los ministros del jóven rey, y aun pronunció sentencia de muerte, que fué ejecutada, contra uno de ellos llamado sir Nicolás Brember. La autoridad soberana se confió entonces á un consejo de doce personas (1389); pero el año siguiente, habiendo cumplido Ricardo los veintitres años, que era la mayor edad, tomó las riendas del gobierno. Usó moderadamente de su autoridad, y sin embargo su conducta personal le atrajo el desprecio de la nacion; era indolente y disipador,

consumiendo en prodigalidades con oscuros favoritos, las rentas que debia invertir en empresas útiles ú honrosas á su pueblo.

Glocester, príncipe emprendedor y ambicioso, tramó una conspiracion contra el rey; pero informado este de los intentos de su tio, le hizo arrestar (1397) y conducir preso á Calais: tambien fueron presos los condes de Arundel y de Warwick, y sentenciados por el parlamento, el primero á ser decapitado, y el segundo á destierro perpétuo. El parlamento reclamó en seguida la persona del duque de Glocester para formarle el proceso, y el gobernador de Calais contestó que acababa de morir de un accidente apoplético: la opinion jeneral atribuyó la muerte del duque á las órdenes secretas de su sobrino.

Habiendo muerto el duque de Lancáster, su hijo Enrique de Hereford vió sus bienes confiscados por Ricardo, que le desterró por ciertas diferencias que tuvo con el duque de Norfolk. Hereford era jeneralmente estimado, y como la injuria que habia recibido del rey, interesaba, por decirlo así, á todos los grandes, le fué fácil asociarlos á su resentimiento. Todos le compadecian y le miraban como el solo hombre capaz de destruir los abusos del gobierno.

En medio de esta disposicion de los ánimos, Ricardo tuvo la imprudencia de embarcarse para Irlanda con objeto de vengar la muerte de su primo Rojerio, conde de March, que habia perecido á manos de los habitantes de la isla en una refriega, y con su ausencia dejó el reino abierto á las empresas de su enemigo ultrajado.

Hereford se embarcó en Nantes, seguido de sesenta personas, y desembarcó en Ravenspore (Yorkshire), donde se le reunieron los condes de Westmoreland y de Northumberland, los mas poderosos de Inglaterra. En breve reunió Enrique (1399) un ejército de sesenta mil hombres; y habiéndosele pasado las tropas del duque de York, que habia sido nombrado rejente durante la ausencia del rey, el duque de Lancaster quedó enteramente dueño del reino.

Ricardo, informado de aquella sublevacion, volvió precipitadamente de Irlanda con un ejército de veinte mil hombres, que cada dia se le fueron desertando, viéndose obligado á refujiarse á la isla de Anglesey, donde el conde de Northumberland á fuerza de maña y de fal-

sos juramentos se apoderó de su persona, y le entregó á su enemigo. El rey cautivo fué acusado ante el parlamento, y depuesto bajo el pretesto de su pretendida tiranía y de su mala conducta: declaróse vacante el trono, y el duque de Lancaster tomó posesion de él. En cuanto al príncipe depuesto, la historia refiere que padeció quince dias en su prision, privado de toda clase de alimento, antes de llegar al término de sus desventuras. Falleció á la edad de treinta y cuatro años; reinó veintitres, y no dejó sucesion.

Enrique IV, primero de la dinastia de Lancaster.—(1399) El nuevo rey, que tomó el nombre de Enrique IV, pudo muy bien convencerse en el primer parlamento que convocó, del peligro inherente al rango á que habia sido elevado, y de los obstáculos que hallaria para gobernar una aristocracia sin freno y contínuamente dividida en facciones. Desde el principio de las sesiones los pares, que hacian y deshacian reyes, se dejaron llevar de una furiosa cólera: en un solo dia fueron arrojados cuarenta guantes en la cámara alta, por otros tantos lores que mútuamente se desafiaban para batirse, y los dicterios *mentís* y *traidor* resonaron por todo el salon. El rey quiso impedir las vias de hecho entre aquellos ilustres campeones, mas no le fué posible reconciliarlos completamente.

Las turbulencias que estallaron en Inglaterra dieron ocasion á los escoceses para renovar sus incursiones, y Enrique los castigó haciendo una entrada en sus tierras.

Aunque el rey habia colmado de mercedes al conde de Northumberland y á toda su familia, el ambicioso conde miraba estos favores como deudas, y la menor negativa le parecia una injuria; asi es que formó el proyecto de derribar el trono que él mismo habia elevado, para lo cual hizo liga con Owen Glendour, jefe de los galos sublevados, y con Douglas, señor escocés; pero en el momento que estos salieron á campaña (1403), cayó enfermo el conde de Northumberland y no pudo reunirse con sus aliados. Enrique marchó contra ellos y los atacó y venció en Shrewsbury. Sin embargo pocos años despues (1407) el conde de Northumberland se puso á la cabeza de un nuevo levantamiento, y fué muerto en una accion que se dió en Bramham, en el Yorkshire. Este a-

contecimiento, junto con la muerte de Glendour, libró á Enrique de sus enemigos interiores; y este príncipe que habia subido al trono por medios tan ilejítimos, con su prudencia, valor y buena maña supo tomar ascendiente sobre sus altivos barones.

Enrique, en el undécimo año de su reinado, recurrió á los comunes pidiendo subsidios: la cámara formó un cálculo de las rentas eclesiásticas, que ascendian á ochenta y cinco mil marcos cada año, y propuso que se repartiesen entre quince nuevos condes, mil quinientos caballeros, diez mil escuderos y cien hospitales; á esta acompañaban otra peticion para que se modificasen las leyes contra los *lollards*, reformadores wiclefitas (1) á los cuales se habia acusado de herejía. El rey, que no queria malquistarse con el clero, contestó ásperamente á los comunes, y para dar una satisfaccion á la Iglesia, hizo quemar un lollard antes de la disolucion del parlamento (1412).

Por último, la salud de Enrique se debilitó sensiblemente, y algunos meses despues murió en Westminster: tenia la edad de cuarenta y seis años y reinó trece: dejó cuatro hijos, Enrique, sucesor suyo en el trono, Tomas, duque de Clarence, Juan, duque de Bedford, y Humphrey, duque de Glocester.

Enrique v. — (1413) Este príncipe que habia pasado su juventud en la disipacion, conoció al subir al trono la necesidad de reparar sus anteriores estravíos, y mudó enteramente de conducta. En esta época los lollards se multiplicaban de dia en dia en su reino; tenian por jefe á lord Cobham, cuyo rango y celo por la nueva secta le señalaron como una víctima á la severidad del clero. El obispo de Cantorbery le denunció como á hereje y le hizo condenar á la hoguera: Cobham se evadió de la Torre de Lóndres, donde se hallaba encerrado, antes del dia de la ejecucion; y su fanatismo, animado por la persecucion, le arrastró á las mas criminales empresas; convocó una reunion de sus partidarios con el objeto de apoderarse de la persona del rey, y degollar á todos sus perseguidores. Informado Enrique

(1) Juan Wiclef, del clero secular, educado en Oxford, hácia los últimos tiempos de Eduardo III, empezó á esparcir con sus predicaciones y escritos, las semillas de una reforma relijiosa, y habia hecho muchos prosélitos en todas las clases y secsos.

con tiempo del complot, acudió al sitio de la cita, fué prendiendo á los conjurados á medida que se iban presentando, y ajusticiaron gran número de ellos: Cobham escapó por entonces del castigo apelando á la fuga; pero fué preso cuatro años despues, condenado á la horca como traidor y al brasero como hereje: sufrió la sentencia con ánimo y el pueblo le miró como á un mártir.

Los negocios de Francia vinieron á distraer la atencion de estas contiendas relijiosas. La funesta enfermedad de Cárlos VI y las turbulencias ocasionadas por las facciones de los Armañaques y Borgoñones, parecieron á la Inglaterra circunstancias favorables para llevar la guerra á aquel reino. Pidió Enrique en casamiento á Catalina, hija del rey de Francia, con la soberanía de todas las provincias que las armas de Felipe Augusto habian quitado á la Inglaterra. Aunque esta peticion era ecsorbitante, se hallaba la Francia en un estado tan deplorable, que la corte consintió en concederle á Catalina y la mitad de las provincias. Enrique lo rehusó y marchó con un formidable ejército contra la Francia (1415). Halló el ejército francés, mandado por el conde de Albret, acampado en las llanuras de Azincourt; y se dió la batalla, que ganaron los ingleses favorecidos por el terreno, haciendo una horrible carnicería en los enemigos. Nunca hubo batalla mas fatal que esta para la Francia, por el gran número de príncipes y personas de distincion que en ella perecieron ó quedaron prisioneros.

Despues de la jornada de Azincourt, Enrique marchó á Calais y concluyó una tregua con la Francia: los furores de la guerra civil continuaron destrozando este reino infortunado, y los diferentes partidos que alimentaba en su seno, estaban cada dia mas encarnizados. Enrique marchó nuevamente á Normandía (1417) á la cabeza de veinticinco mil hombres: apoderóse de Ruan, de Gisors y de Pontoise, amenazó á París y obligó á la corte á refujiarse en Troyes. En vez de reunirse los partidos contra el monarca inglés para la comun defensa, sus enemigos se mostraron dispuestos á elejirle por instrumento de su venganza unos contra otros. Así que, en Arras se formó una liga entre la Inglaterra y el duque de Borgoña, que accedió á todas las ecsijencias de Enrique: este se trasladó á Troyes para

terminar aquel estraño convenio, cuyos principales artículos eran: que Cárlos VI conservaria durante su vida el título y los honores de rey de Francia; que Enrique seria reconocido y declarado heredero de esta corona, y tomaria inmediatamente las riendas del gobierno; que este reino pasaria á sus herederos, y que las tropas inglesas se reunirian á las del rey Cárlos VI y del duque de Borgoña, para someter á los partidarios de Cárlos, pretendido delfin. Este tratado, que entregaba la Francia á los ingleses, fué autorizado por la reina Isabel de Baviera, de odiosa memoria.

Pocos dias despues, Enrique celebró su casamiento con Catalina, condujo su suegro á París y tomó posesion de esta capital. En seguida volvió sus armas con buen écsito, contra el delfin, que habia tomado el título de rejente luego que tuvo noticia del tratado de Troyes (1420).

En medio de sus prosperidades, Enrique se vió atacado de una fístula, enfermedad que la medicina, muy atrasada en aquellos tiempos, aun no alcanzaba á curar. Sintiendo que se acercaba su fin, dedicó sus postreros instantes á los negocios del reino y de su familia, y á los deberes relijiosos. Dejó la rejencia del reino de Francia al mayor de sus hermanos, el duque de Bedford; la de Inglaterra al mas jóven, el duque de Glocester, y confió la educacion de su hijo al duque de Warwick. Falleció á los treinta y cuatro años de edad, el décimo de su reinado.

ENRIQUE VI. — (1422) Muerto Enrique V, los lores y los comunes se abrogaron el poder de dar nueva forma á la administracion. Nombraron al duque de Bedford *protector* ó *guardian* del reino, invistieron de la misma autoridad al duque de Glocester durante la ausencia de su hermano, y para limitar el poder de estos dos príncipes formaron un consejo, sin cuya aprobacion no podian tomar medida alguna importante: la educacion del jóven rey fué confiada á su tio segundo, Enrique de Beaudford, obispo de Winchester.

El primer objeto de que se ocupó el nuevo gobierno fué la conquista de Francia. El duque de Borgoña seguia en su resentimiento contra el delfin, cuyo padre acababa de morir, y el hijo se habia declarado rey bajo el nombre de Cárlos VII. Bedford ganó en 1424 la batalla

de Verneuil, en Nomandía, en la que perdió el rey de Francia lo mas florido de su ejército y de la nobleza de su reino; pero una série de acontecimientos imprevistos vino á detener el curso de los triunfos del rejente. La condesa de Hainauld abandonó á su marido el duque de Bravante, primo del duque de Borgoña, y refujiándose en Inglaterra, se casó con el duque de Glocester: con este motivo principió la desunion entre ingleses y borgoñones. El duque de Bretaña se retiró de la liga formada contra el rey de Francia, y Dunois, bastardo de Orleans, con tres mil hombres solamente batió al duque de Warwick enfrente de Montarjis (1426).

Indignado el rejente por la conducta del duque de Bretaña, le atacó á la cabeza de su ejército, le obligó á renunciar la alianza con Cárlos y á rendir homenaje de su ducado á Enrique. En seguida el príncipe inglés resolvió apoderarse de la ciudad de Orleans y la puso sitio. Cárlos, desesperando de poder reunir un ejército suficiente para aprocsimarse á los atrincheramientos de los enemigos, trató de retirarse con las reliquias de su ejército al Languedoc y al Delfinado; pero las instancias de Maria de Anjou, su esposa, y de Inés Sorel, su manceba, le retrajeron de tan funesta resolucion.

En semejante apuro una jóven aldeana de Domremi, en la Lorena, á quien la historia denomina Juana de Arc, fué llamada por la Providencia para volver á levantar el trono de su soberano (1429). Tuvo algunos ensueños en los cuales oyó unas voces que la revelaron que la Francia no podia salvarse sino por el brazo de una mujer. Su rara intrepidez la hizo despreciar todos los peligros que podian acompañar á tan atrevida empresa. Trasladóse, pues, á Chinon, donde residia entonces la corte de Francia, y ofreció al rey, en nombre del supremo Criador, hacer levantar el sitio de Orleans y conducir á su majestad á Reims para que allí fuese ungido y coronado. Cárlos y sus ministros, habiendo hecho ecsaminar á la jóven por una junta de doctores y teólogos, que declararon que su mision era sobrenatural, resolvieron aprovecharse del entusiasmo guerrero y relijioso de aquella heroina, y en consecuencia la enviaron con un convoy considerable á socorrer á Orleans, acompañándola un ejército de diez mil hombres: la jó-

ven, á la cual dieron desde entonces el sobrenombre de *Doncella de Orleans*, desplegó un estandarte bendito, en el que estaba representado el Ser supremo, teniendo en sus manos el globo terrestre rodeado de flores de lis.

Al principio los ingleses afectaron mofarse de la Doncella y de su mision divina; pero sin embargo, Suffolk, que mandaba las fuerzas sitiadoras, no se atrevió á atacar á los frances que la seguian: entró pues en Orleans en traje de guerrero, con su estandarte en la mano, y fué recibida en la ciudad como un libertador celestial. Desde este momento los habitantes y la guarnicion se creyeron invencibles bajo su proteccion sagrada; y los ingleses, consternados, fueron sucesivamente arrojados de todas las fortificaciones que habian construido alrededor de la ciudad. Suffolk levantó el sitio y se retiró á Gergueau, donde fué atacado por los franceses y hecho prisionero; Juana peleó en esta ocasion con su acostumbrada intrepidez. Pocos dias despues los restos del ejército inglés á las órdenes de Falstaf, fueron nuevamente derrotados en el pueblo de Patay, en cuya accion perecieron dos mil hombres.

La Doncella habia cumplido una parte de su promesa é instaba á Cárlos para que se apresurase á ejecutar la segunda, su coronacion en Reims. A pesar de hallarse situada esta ciudad en una provincia lejana y el camino cubierto de tropas inglesas, Cárlos determinó seguir las ecsortaciones de su guerrera profetisa. Marchó pues á la cabeza de doce mil hombres; Troyes y Chalons le abrieron sus puertas, y por último entró en Reims, donde se efectuó la ceremonia de la coronacion.

Unjido ya Cárlos VII, la Doncella declaró que su mision estaba cumplida; pero el conde de Dunois la empeñó á que perseverase hasta la total espulsion de los ingleses. En consecuencia de este consejo, la Doncella penetró en la ciudad de Compiegne, sitiada entonces por el duque de Borgoña y los condes de Arundel y de Suffolk: á los pocos dias, en una salida que hicieron los sitiados, Juana se halló rodeada de tantos enemigos, que fué echa prisionera por los borgoñones (1430). Imajinando el duque de Bedford que con la pérdida de aquella mujer estraordinaria que habia detenido el curso de sus victorias, recobraria su ascendiente sobre la Francia, la hizo procesar y juzgar por un

tribunal eclesiástico como hechicera, impía é idólatra, y fué condenada á ser quemada en la plaza del mercado de Ruan. Ejecutóse tan infame sentencia, y la desgraciada víctima espió en aquel suplicio los señalados servicios que habia prestado á su patria y á su rey.

Este acto de crueldad, lejos de adelantar los negocios de los ingleses en Francia, solo sirvió para hacer su yugo mas odioso. El duque de Borgoña, causado de la altanería del rejente, se unió á la casa real de Francia. En Arras se tuvo un congreso que discutió y arregló definitivamente las pretensiones de Cárlos VII y de Felipe el Bueno (1435).

Por último Suffolk fué enviado á negociar con los ministros franceses, y si bien no pudieron convenirse sobre las condiciones de una paz duradera, al menos concluyeron una tregua de veinte meses (1443).

Llegado Enrique VI á los veintitres años de edad, se trató de elejirle esposa: el duque de Glocester propuso á la hija del duque de Armañac; pero las intrigas del cardenal de Winchester y de Suffolk decidieron al rey por Margarita, hija de René de Anjou, princesa dotada de esfuerzo varonil y de espíritu emprendedor. Apenas se efectuó el casamiento, Margarita se alió con el cardenal y su partido, que fortificados con tan poderosa protectora, resolvieron la pérdida de Glocester. Para ejecutar su proyecto se convocó un parlamento en Saint-Edmund'sbury (1447): Glocester se presentó en la asamblea; fué acusado de traicion y arrestado: pocos dias despues se le halló muerto en su cama, y aunque no tenia señal alguna de violencia, no se dudó que habia sido sacrificado al odio de sus enemigos.

El cardenal de Winchester murió seis semanas despues que su sobrino, cuya muerte se le atribuyó, así como á Suffolk, á quien la reina habia hecho duque y primer ministro. Cárlos VII creyó que este momento era favorable para espulsar á los ingleses de su reino: invadió pues la Normandía, y en un año concluyó la conquista de esta provincia importante (1449): el mismo écsito tuvieron sus armas en la Guiena; y los ingleses fueron arrojados definitivamente de una comarca que habian poseido durante tres siglos.

La incapacidad y debilidad de Enrique se hacian cada dia mas notables. Levantóse un nuevo

concurrente á la corona, que fué Ricardo, duque de York, primer príncipe de la sangre é hijo del conde de Cambridge, decapitado en el reinado de Enrique V, y de Ana Mortimer. Ricardo era valiente, hábil y poseia una fortuna inmensa. Su casamiento con la hija de Ralph Nevil, conde de Westmoreland, habia estendido considerablemente su crédito entre el formidable cuerpo de la nobleza: ademas estaba particularmente unido con el conde de Warwick, no menos poderoso que él y muy popular.

La cólera del pueblo, escitada por la administracion despótica de Suffolk, á quien sus enemigos hicieron desterrar y despues le mataron, se desencadenó y produjo varias sediciones que fueron prontamente reprimidas; pero una que estalló en el condado de Kent, tuvo las mas peligrosas consecuencias. John Cade, aventurero irlandés, aprovechándose del descontento público, tomó el nombre de John Mortimer, reunió unos veinte mil partidarios y marchó sobre Lóndres, cuya capital le abrió sus puertas; pero habiéndose arrojado los rebeldes sobre las casas mas ricas las saquearon: los ciudadanos se alarmaron y ausiliados por un destacamento que les envió lord Scales, gobernador de la Torre; arrojaron á los sediciosos é hicieron en ellos grande carnicería: la cabeza de Cade fué puesta á precio, y le mató un jentilhombre de Sussex.

La corte imajinó que el duque de York habia sido el instigador de la tentativa de Cade, y los ministros tomaron contra él toda suerte de precauciones. El duque conoció entonces la imposibilidad de permanecer en su condicion de súbdito, y la necesidad de ir adelante: sostenido por la cámara de los comunes, dejó la Irlanda y vino con un ejército de diez mil hombres á pedir la reforma del gobierno y el destierro de Somerset, que habia sucedido á Suffolk en el cargo de primer ministro: el rey le persiguió con un ejército superior al suyo, y le hizo entrar en su deber. El duque vivió retirado hasta que Enrique fué atacado de una enfermedad que, aumentando su incapacidad natural, le imposibilitó hasta de poder sostener las apariencias de la majestad soberana (1454). La reina y el consejo se hallaban demasiado débiles para resistir al partido de York, y tuvieron que ceder al torrente;

enviaron á Somerset á la Torre, y nombraron á Ricardo lugarteniente del reino: el parlamento le confirmó el título de *protector*.

Sin embargo, Enrique se restableció lo bastante para que los enemigos del duque de York le escitasen á recobrar el ejercicio de su soberanía, á sacar á Somerset de la Torre y confiarle de nuevo los cuidados de la administracion. Enrique conoció su peligro y levantó un ejército: dióse una batalla en Saint-Albans (1455), en la que murieron mas de cinco mil realistas: el rey cayó en poder de su rival, que únicamente le obligó á desprenderse de su autoridad. Esta fué la primer sangre derramada en la lucha entre las casas de York y de Lancaster, que duró por lo menos treinta años, costó la vida á ochenta príncipes de la sangre, y casi estermínó toda la antigua nobleza de Inglaterra. Margarita, supliendo la debilidad de su poder, con su vigor y su jenio, restableció á su marido en el trono. Por mediacion del arzobispo de Cantorbery se efectuó una falsa reconciliacion; pero era evidente que una querella suscitada por la posesion de una corona, no se apacigua con tanta facilidad, y que tenian que correr arroyos de sangre antes que la nacion gozase de un gobierno firme y estable.

GUERRAS DE LA ROSA BLANCA Y DE LA ROSA ENCARNADA. — En efecto, no tardaron en volver á las armas los dos partidos, á consecuencia de un insulto hecho por un hombre de la comitiva del rey, á otro de los del conde de Warwick. En esta nueva lucha cada partido tomó un signo que les sirviese de reunion: los yorkistas adoptaron una rosa blanca y los lancasterianos una rosa encarnada. Los primeros, mandados por los condes de Salisbury y de Warwick, consiguieron dos señaladas victorias, una en Blore-Heath, y la otra en Northampton (1460), y Enrique cayó prisionero por segunda vez. Convocóse un parlamento en Westminster, y el duque de York se presentó en la cámara de los pares, manifestó sus derechos á la corona, y les ecsortó á hacer justicia al lejítimo heredero. Los pares, indecisos al principio, declararon por último que los títulos de Ricardo eran incontestables, y decidieron que Enrique conservase la corona durante su vida; que Ricardo tomase la administracion de los negocios, y que fuese reconocido como heredero

natural y lejítimo de la monarquía.

Pero la obstinada Margarita no abandonó los derechos de la casa de Lancaster. Despues de la derrota de Northampton, huyó con su hijo, muy niño todavia, á las provincias setentrionales, donde reunió un ejército de veinte mil hombres. Instruido el duque de York de que Margarita se disponia á entrar en Inglaterra, salióle al encuentro con cinco mil hombres. Vinieron á las manos en Wakefield, donde los yorkistas fueron derrotados, y el mismo duque pereció en la accion. Hallado su cuerpo entre los cadáveres, Margarita ordenó que separasen la cabeza y se colocase sobre una de las puertas de York, con una diadema de papel, en escarnio de sus pretendidos derechos á la corona de Inglaterra.

Despues de esta victoria, la reina dividió su ejército, y marchó en persona á la cabeza de la mas fuerte division hácia Lóndres, donde el conde de Warwick mandaba los yorkistas. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Saint-Albans (1461), y la defeccion de Lovelace hizo perder la batalla al conde de Warwick: el rey cayó otra vez en manos de su partido. La reina no sacó gran ventaja de esta victoria, pues el jóven Eduardo, nuevo duque de York, que acababa de batir el segundo cuerpo de realistas mandado por Pembroke, se adelantó contra ella y se presentó delante de Lóndres. Margarita, en vez de darle la batalla, juzgó mas prudente retirarse hácia el Norte, con su marido y su hijo, y Eduardo entró en Lóndres en medio de las aclamaciones de los ciudadanos, y resuelto á no contenerse en la circunspeccion que habia perdido á su padre. Formó su ejército en batalla en la llanura de San Juan, donde tambien se reunió inumerable pueblo: Warwick arengó á esta multitud confusa y preguntó á cuál de los dos querian por rey, si á Enrique de Lancaster ó á Eduardo de York: una aclamacion jeneral saludó el nombre del duque de York: gran número de obispos, lores y majistrados que se hallaban reunidos en el castillo de Baynard, ratificaron esta eleccion popular, y el nuevo rey fué proclamado en Lóndres al dia siguiente, bajo el nombre de

Eduardo IV. — (1461) Margarita habia reunido un ejército de sesenta mil hombres en el Yorkshire, y el nuevo rey y Warwick

marcharon con su jente á detener sus progresos: travóse la batalla en Towton, que ganaron los Yorkistas. Eduardo mandó que no se diese cuartel; en la accion y en el alcance murieron mas de treinta y seis mil hombres: Margarita y Enrique huyeron precipitadamente á Escocia. Eduardo volvió á Lóndres y convocó un parlamento para arreglar la administracion: esta asamblea reconoció los títulos hereditarios de Eduardo, y proscribió, confiscándoles ademas todos sus bienes, á Enrique VI, á Margarita, á su hijo Eduardo, y á sus principales adictos.

Sin embargo, Luis XI, rey de Francia, esperando sacar alguna ventaja de las turbulencias de Inglaterra, envió veinte mil hombres en socorro de Enrique. Margarita volvió á entrar en campaña seguida de un numeroso refuerzo de voluntarios escoceses y partidarios lancasterianos; pero fué otra vez batida en Hesham, por lord Montague, hermano del conde de Warwick (1464). Margarita pudo salvarse aunque con dificultad, pasó á Flandes y se refujió en la corte de su padre. Enrique no fué tan dichoso en su huida: permaneció un año oculto en el Lancashire; pero fué descubierto, entregado á Eduardo y encerrado en la Torre.

Con la prision de Enrique, la espulsion de Margarita, y la ejecucion de los lancasterianos mas influyentes, parecia estar asegurado para siempre el trono de Eduardo. Este se entregó á los placeres, y sobre todo al amor, su pasion dominante; y mientras Warwick trataba en París su casamiento con Bona de Saboya, hermana de la reina de Francia, Eduardo se desposó con Isabel de Woodville, célebre por su hermosura, así como por sus buenas prendas. Warwick, enfurecido con este casamiento, volvió inmediatamente á Inglaterra: los otros grandes del reino, resentidos de la súbita elevacion de Isabel de Woodville, y de su familia, participaron del descontento de Warwick y formaron una conspiracion contra el rey y sus ministros. La insurreccion estalló en el Lancashire (1470), bajo la direccion de sir Roberto Welles, que tenia á sus órdenes sobre treinta mil rebeldes: el rey los atacó y derrotó, hizo prisionero á Roberto y le envió inmediatamente al cadalso. La derrota imprevista de Welles obligó al conde de Warwick y al duque de Clarence á disolver el ejército que habian

reunido y á embarcarse para Calais.

El rey de Francia, descontento de la estrecha union que reinaba entre Eduardo y Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, recibió á Warwick con las mayores atenciones y trató de servirse de él como instrumento del restablecimiento de la casa de Lancaster. Luis le reconcilió con Margarita de Anjou, equipó una flota, y puso á su disposicion socorros de hombres y dinero. Warwick se hizo á la vela y desembarcó en Darmouth con el duque de Clarence y los condes de Oxford y de Pembroke: su popularidad y el descontento jeneral atrajo á sus banderas tan grande multitud, que en pocos dias ascendió su ejército á sesenta mil hombres. Eduardo marchó contra los rebeldes, y los dos ejércitos se avistaron cerca de Nottingham; pero habiendo desertado el conde de Montague, conoció el rey que no podia contar con sus tropas, y se salvó por medio de la fuga del peligro que le rodeaba, embarcándose inmediatamente para Holanda: de este modo, en el espacio de once dias, se halló Warwick dueño de todo el reino sin tener que desenvainar la espada.

Despues de la huida de Eduardo, Warwick marchó para Lóndres, sacó á Enrique de la Torre, y le proclamó rey con toda solemnidad. El parlamento, dejándose dictar siempre sus resoluciones por el partido dominante, declaró á Eduardo traidor y usurpador, y le proscribió igualmente que á sus partidarios; pero este príncipe, habiendo recibido algunos socorros de su cuñado, el duque de Borgoña, se hizo inmediatamente á la vela para Inglaterra, desembarcó en el Yorkshire (1471), donde se le reunieron muchos de sus partidarios, y bien pronto se presentó á las puertas de Lóndres, cuya entrada le facilitaron sus numerosos amigos: Enrique, destinado á ser perpétuo juguete de la fortuna, volvió á caer en manos de sus enemigos.

No obstante, Warwick, reunido á su yerno el duque de Clarence y á su hermano el marques de Montague, vino á tomar posicion en Bernet, á las inmediaciones de Lóndres. El duque de Clarence aunque ligado á él por los deberes del honor y del reconocimiento, durante la noche se pasó con doce mil hombres al partido del rey: Warwick habia avanzado demasiado para poder retroceder: dióse la bata-

lla que fué muy sangrienta y porfiada, y la victoria estuvo por mucho tiempo indecisa, hasta que muerto Warwick en lo mas recio de la pelea, y con él su hermano, se declaró en favor de los yorkistas.

El mismo dia que se dió esta batalla decisiva, Margarita y su hijo, llegado ya á la edad de diezioche años, desembarcaron en Weymouth, escoltados por un cuerpo de tropas francesas; atravesaron los condados de Devon, Somerset y Glocester, y vieron aumentarse su ejército de dia en dia. Eduardo los atacó en Tewkesbury, y derrotó completamente á los lancasterianos. La reina y su hijo fueron hechos prisioneros y conducidos á la presencia del rey, el cual preguntó al príncipe de un modo insultante, cómo se habia atrevido á invadir sus estados: este le contestó que habia venido á reclamar su herencia: al oir semejante respuesta, el rey, tan poco jeneroso como insensible á la desgracia, le dió un bofeton con su manopla. Los duques de Clarence y de Glocester, lord Hastings y sir Tomás, tomando aquel movimiento como la sentencia de muerte del prisionero, al punto le arrastraron á un aposento inmediato y allí le asesinaron. Margarita fué encerrada en la Torre, y el desgraciado Enrique murió en esta prision pocos dias despues de la derrota de Tewkesbury.

Eduardo ideó despues conquistar la Francia, para cuyo efecto formó alianza con el duque de Borgoña: obtuvo subsidios del parlamento y marchó con su ejército á Calais (1475); pero sus esperanzas de conquista se desvanecieron luego que entró en Francia y vió que el duque de Borgoña no le enviaba refuerzo alguno; por lo que admitió las proposiciones de acomodamiento que Luis XI le hacia contínuamente.

Este convenio fué ratificado por los dos soberanos en una entrevista que tuvieron en Pequigny, cerca de Amiens. El artículo mas honroso fué el que estipuló la libertad de Margarita, á quien Eduardo tenia presa en la Torre de Lóndres: Luis XI pagó por su rescate cincuenta mil escudos; y esta princesa que habia desempeñado tan gran papel en la escena del mundo, y esperimentado tantas vicisitudes, pasó tranquilamente el resto de sus dias en la vida privada, hasta su muerte, que acaeció en 1482.

El duque de Clarence, á pesar del servicio que habia prestado

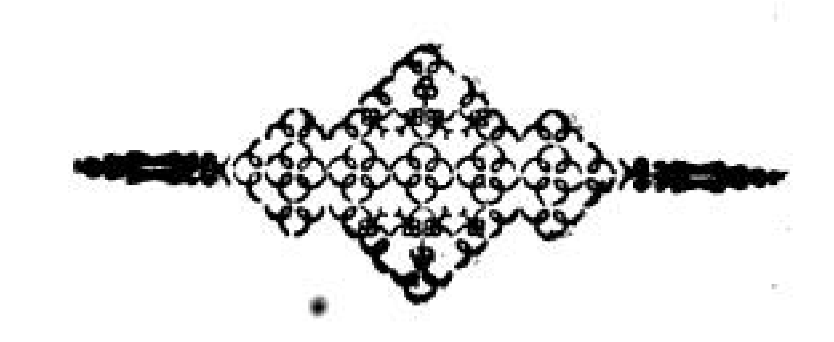
á su hermano abandonando á Warwick, jamás pudo volver á ganar su amistad. Los enemigos de Clarence se ligaron contra él; Clarence declamó sin miramiento contra sus perseguidores, y ofendido el rey de esta libertad le envió preso á la Torre y le hizo juzgar por el tribunal de los pares, que le condenó á muerte (1477).

Eduardo trató de llevar nuevamente la guerra á Francia; pero mientras hacia los preparativos, fué atacado de una enfermedad que lo condujo al sepulcro; tenia cuarenta y dos años de edad y reinó veinticinco. Dejó por sucesor á Eduardo, príncipe de Gales, á la sazon de trece años, y confió la rejencia del reino al duque de Glocester.

Eduardo v. — (1482) Luego que Glocester se halló investido de la autoridad soberana, su ambicion le hizo estender sus miras hasta la posesion de la corona misma. La reina madre habia mandado á su hermano el conde de Rivers, que levantase un cuerpo de tropas para escoltar al jóven rey desde Ludlow, donde residia entonces, hasta Lóndres, y para protejerle durante su coronacion. Glocester, redoblando sus protestas de celo y adhesion á la princesa, pudo conseguir con maña que se revocase la órden y que solo acompañase al rey su ordinaria comitiva. Inmediatamente marchó á York seguido de gran número de jentilhombres: el duque de Buckingham se le reunió con un séquito imponente. Al entrar en Stony-Stratfor hizo prender al conde de Rivers, y á sir Ricardo Gray, uno de los hijos de la reina.

Cuando Isabel supo la prision de su hermano y de su hijo, se retiró al asilo sagrado de Westminster, con sus cinco hijas y el duque de York, todavia muy jóven; mas como Glocester deseaba tenerle en su poder, dijo que era indispensable que el jóven príncipe asistiese á la coronacion de su hermano; y valiéndose de los obispos de Cantorbery y de York, que no dudando de su buena fé hicieron todos los esfuerzos posibles para que la reina consintiese en entregarles su hijo, consiguió apoderarse de él. Luego se hizo conferir el título de protector del reino por el consejo privado, sin aguardar la aprobacion del parlamento, y se dedicó á destruir todos los obstáculos que se interponian entre él y el trono: hizo dar la muerte al conde de Rivers, á sir Ricardo Gray, á lord Has-

tings y á otros muchos proscritos ilustres, detenidos en Pomfret, y adictos al jóven Eduardo. Atrajo al duque de Buckingham á su partido, hizo esparcir la voz de que sus sobrinos eran bastardos, y convocó una asamblea de ciudadanos, en la que Buckingham pronunció un largo discurso sobre los derechos de Glocester al trono. Despues de muchos esfuerzos inútiles, hechos por sus partidarios para escitar el entusiasmo popular, algunos artesanos dieron el grito de «¡Viva el rey Ricardo!» Con esto se creyó que el voto nacional estaba suficientemente pronunciado, y se ofreció la corona al protector, que al principio finjió rehusar, pero que al fin aceptó aquel don que colmaba su ambicion. Esta escena ridícula fué seguida de la muerte del jóven rey y de su hermano, á quienes ahogaron en la Torre los satélites de su tio, y enterraron en un hoyo al pie de la escalera.



CAPITULO III.

Ricardo III. — Enrique VII, primero de la dinastía de Tudor. — Un supuesto Plantajenet. — Otro impostor. — Enrique VIII. — Divorcio de Enrique VIII, y su separacion de la Iglesia católica. — Casamiento de Enrique con Ana Bolena. — Suplicio de Ana Bolena, y nuevo enlace de Enrique con Juana Seymur. — Enrique repudia á su cuarta esposa Ana de Cleves, y contrae nuevo matrimonio con Catalina Howard. — Suplicio de Catalina Howard. — Peligro de Catalina Parr, sesta esposa de Enrique. — Muerte de Enrique VIII. — Eduardo VI. -- María. — Suplicio de Juana Gray y de su esposo. — Reaccion católica. — Isabel. — Restablecimiento del protestantismo. — Desavenencias entre Isabel y María Estuardo. — Reforma de la relijion en Escocia. — Gloria y poderío de la Inglaterra. — Suplicio de María Estuardo. — Insurreccion de Irlanda. — Suplicio del conde de Essex, favorito de Isabel. — Muerte de la reina Isabel. — Jacobo I, primero de la dinastía de Estuardo. — Conspiracion de la pólvora. — Principio de la lucha entre la corona y el parlamento.

RICARDO III. — (1482) Era imposible que la amistad permaneciese inalterable entre dos hombres tan corrompidos como Ricardo y Buckingham; así fué que el insaciable duque, no hallando sino ingratitud en el usurpador, trató de destruir su obra: puso pues los ojos en el jóven Enrique Tudor, conde de Richmond, descendiente por parte de madre de la línea de Lancaster, como la única persona capaz de librar á la Inglaterra de un príncipe á quien todos odiaban. Para reunir las dos facciones rivales, Buckingham y Morton, obispo de Ely, celoso lancasteriano, convinieron en casar al duque de Richmond con Isabel, hija mayor de Eduardo IV. El vijilante Ricardo descubrió la conspiracion y mandó á Buckingham presentarse en la corte: este tomó las armas en el pais de Gales; pero degraciadamente las lluvias habian acrecido tanto el rio Saverna, que los galos no pudieron atravesarle para ir á reunirse con los otros conjurados, y ostigados del hambre se volvieron á sus hogares. Buc-

kingham, abandonado, se ocultó en la casa de un antiguo servidor de su familia; pero descubierto su retiro fué preso y conducido ante el rey, que se hallaba en Salisbury, donde inmediatamente le hizo cortar la cabeza.

Persuadido Ricardo de que el solo medio de afirmarse en el trono era ganar la voluntad de los yorkistas, hizo la corte á la reina viuda con tal maña, que esta princesa abandonó su asilo y se entregó con sus hijas en manos del tirano. Como Ricardo sabia que el duque de Richmond no podia hacerse temible sino efectuando su casamiento con Isabel, verdadera heredera de la corona, solicitó una dispensa del papa para casarse él mismo con esta princesa: la reina viuda consintió sin escrúpulo en aquella alianza, y Ricardo se entregó á la esperanza de poder reinar con seguridad. El conde de Richmond vino á destruir sus sueños de felicidad, pues con un cuerpo de cuatro mil franceses que le dió el rey Cárlos VIII, y acompañado de todos los emigrados ingleses, desembarcó en el pais de Gales (1484). El usurpador marchó contra él, y se encontraron en Bosworth, cerca de Leicester, Enrique con seis mil hombres, y Ricardo con dobles fuerzas. Luego que se trabó la pelea, Stanley se pasó con unos siete mil hombres al partido de Richmond: el intrépido tirano viendo su pérdida cierta y distinguiendo á su rival á corta distancia, se precipitó furioso en el combate y se abrió paso hasta llegar á él; pero Stanley acudió con sus tropas por aquel lado, y rodeó á Ricardo, que combatiendo desesperado hasta el último instante, pereció á manos de sus enemigos, hallando una muerte honrosa: entonces su ejército buscó la salvacion en la fuga.

Enrique VII, primero de la dinastia de Tudor. — (1485) La victoria de Bosworth fué decisiva para el conde de Richmond, y sus soldados le proclamaron por rey sobre el mismo campo de batalla. Reunido el parlamento en Westminster, le reconoció como lejitimo soberano, y declaró que la sucesion de la corona pertenecia á su descendencia; ademas de esto Enrique se dirijió á la corte de Roma pidiendo la confirmacion de su derecho: Inocencio VIII, lisonjeado con esta muestra de deferencia, le espidió una bula en los términos que la deseaba. Tranquilo pues acerca de la po-

sesion del trono, celebró su enlace con Isabel (1480).

Un supuesto Plantajenet. — Sin embargo, el pueblo estaba disgustado de las prevenciones de Enrique contra la casa de York, amada de toda la nacion, y de la severidad ejercida contra el jóven Warwick, hijo del duque de Clarence, á quien habia hecho encerrar en la Torre. Un cura del condado de Oxford, llamado Simon, concibió el proyecto de turbar el gobierno de Enrique, suscitándole un pretendiente á la corona: para este efecto se valió de Lamberto Simnel, jóven de quince años, hijo de un tahonero, que por su talento y figura era á propósito para desempeñar el papel del jóven conde de Warwick. Escojieron la Irlanda como primer teatro donde debia abrirse la escena: el pueblo crédulo, tomándole por el verdadero Plantajenet, le prestó juramento de fidelidad en Dublin, y la isla entera siguió el ejemplo de la capital. Formó, pues, un pequeño ejército, al cual se reunieron despues los condes de Lincoln y de Louvel con un cuerpo de dos mil hombres alemanes, con que los socorriera la duquesa de Borgoña, viuda de Cárlos el temerario. Simnel desembarcó con sus tropas en Fondrey, en el Lancasbire. Enrique reunió su ejército y marchó contra los rebeldes, á quienes deshizo completamente en Stoke, condado Nottingham (1487), quedando tendidos en el campo Lincoln y cuatro mil hombres de sus tropas, y prisioneros Simnel y Simon su maestro: como este era sacerdote se contentaron con encerrarle estrechamente; Simnel, harto despreciable para ser temido, obtuvo perdon del rey, que le hizo entrar de marmiton en su cocina.

La Francia estaba á esta sazon en el apojeo de su gloria. La hermosa provincia de Bretaña acababa de unirse á aquel poderoso reino por medio del casamiento de Cárlos VIII con la princesa Ana, hija del último duque. El rey de Inglaterra, ya que no pudo evitar aquel importante acontecimiento, resolvió vengarse declarando la guerra á la Francia: pasó pues el mar, desembarcó en Calais con veinticinco mil hombres, y sitió á Boloña; pero inmediatamente se entablaron negociaciones. Todas las demandas de Enrique se reducian á dinero; y Cárlos, por gozar tranquilamente de la posesion de la Bretaña, se comprometió á pagar á la Inglaterra

una renta anual de veinticinco mil escudos.

Otro impostor. — La duquesa viuda de Borgoña, irritada por el mal écsito de la empresa de Simnel, y no pudiendo perdonar á Enrique el abatimiento de la casa de York, suscitó contra él otro impostor, llamado Perkin, hijo de un judío renegado de Tournay, á quien hizo tomar el nombre de su sobrino Ricardo Plantajenet, duque de York, esparciendo la voz de que se habia evadido de la Torre, donde su hermano mayor fué asesinado. Algunos señores ingleses, descontentos del gobierno de Enrique, estaban en correspondencia secreta con el impostor y le prometian su apoyo: llegó esto á noticia del monarca inglés, y habiendo sido informado de todo el plan de la conspiracion por sus espías, hizo decapitar á sir William Stanley, su gran chambelan, que despues de haber mostrado tanto celo para elevarle al trono, fué convencido de traicion (1495). El pretendido Ricardo acometió entonces una empresa de las mas audaces; con unos seiscientos hombres desembarcó en el condado de Kent, y envió algunos de los suyos para inducir á los habitantes á que se le reuniesen; pero estos, lejos de responder á su invitacion, cargaron sobre todos aquellos de sus partidarios que habian saltado en tierra y les obligaron á reembarcarse con pérdida de muchos muertos. Despues de recorrer la Irlanda y la Escocia, volvió Perkin á Inglaterra en 1497, y en el condado de Cornuailles se le reunieron unos tres mil hombres de la plebe, con lo cual se determinó á sitiar la ciudad de Exeter, que la cerró sus puertas. Acudió inmediatamente Enrique en defensa de la plaza, ahuyentó á los rebeldes, y el impostor Perkin se entregó al rey bajo la promesa de que le perdonaria la vida. Fué pues encerrado en la Torre de Lóndres; pero habiendo formado un proyecto de fuga con el conde de Warwick, que tambien se hallaba preso, fué juzgado y ahorcado en Tiburn: Warwick sufrió el mismo suplicio poco tiempo despues (1499).

Habia una singular semejanza de carácter entre el rey de Inglaterra y don Fernando de Aragon: ambos estaban igualmente llenos de astucias, de intrigas y de proyectos. Enrique estimaba en mucho la alianza del rey de España, y asi hizo los mayores esfuerzos para casar á su hijo

Arturo, príncipe de Gales, con la infanta Catalina; pero habiendo muerto el príncipe á los seis meses de celebrarse el casamiento, Enrique, que deseaba continuar su alianza con la España, y no restituir el dote de Catalina, que ascendia á doscientos mil ducados, obligó á su segundo hijo Enrique á desposarse con la viuda de su hermano (1501). Margarita, hija mayor de Enrique, casó el mismo año con Jacobo, rey de Escocia.

La ambicion de Enrique no conocia límites: habia encontrado dos ministros, Empson y Dudley, dignos instrumentos de su rapacidad y tiranía: en vano el pueblo ingles volvia sus ojos hácia el parlamento, porque esta asamblea estaba tan atemorizada, que los comunes, durante la tiranía del rey, elijieron constantemente por presidente á Dudley, y le concedieron todos los subsidios que pidió.

Luego que Enrique sintió debilitarse su salud, se atemorizó de la perspectiva con que le amenazaban en el otro mundo las iniquidades y crueldades de su reinado: para calmar sus terrores procuró espiar sus crímenes con limosnas y fundaciones relijiosas, y mandó en su testamento que se restituyesen los bienes á todos los que habian sido víctimas de sus esacciones. Murió de consuncion en su palacio favorito de Richmond: reinó veintitres años y ocho meses, y tenia cincuenta y dos años de edad (1509).

El reinado de Enrique VII fué, en su totalidad, dichoso para su pueblo en el interior, y honroso en el esterior. Este príncipe amaba la paz sin temer la guerra, y supo conciliarse á la vez la amistad y consideracion de los soberanos estranjeros. La Inglaterra le debe muchas leyes buenas, de las cuales la mas importante es aquella que permitia á la alta nobleza y á los simples jentilhombres enajenar sus posesiones, anulando las antiguas instituciones: tambien hizo algunas leyes penales muy útiles.

Enrique viii. — (1509) El advenimiento de Enrique VIII al trono de sus mayores, causó jeneral satisfaccion en Inglaterra; solo tenia dieziocho años, estaba dotado de todas las gracias de la juventud, y sus bellas cualidades hicieron concebir las mas lisonjeras esperanzas. Los inmensos tesoros que habia acumulado su padre, los fué disipando poco á poco en las brillantes fiestas que se sucedian

diariamente en la corte, cuyo curso solo interrumpia Enrique para entregarse á la música y á la literatura, ciencias que amaba apasionadamente.

Para calmar la indignacion popular contra los ministros de la tiranía de su padre, envió á la Torre á Empson y Dudley, mandólos procesar, y fueron condenados á muerte: su ejecucion fué mas bien una satisfaccion dada al pueblo, que un acto de justicia. Las guerras de Italia tenian ocupada entonces á la mayor parte de Europa, y la fortuna se mostraba de dia en dia mas contraria á los franceses. Enrique VIII, á instigacion del papa, entró en la liga formada contra Luis XII: desembarcó en Calais con un ejército numeroso (1513) y marchó hácia Picardía, donde tomó algunas ciudades, y batió la caballería francesa que le salió al encuentro, haciendo prisionero al duque de Longueville que la mandaba, y otros muchos oficiales de distincion. Despues dió la vuelta para Inglaterra, pero si bien volvia victorioso, comparadas sus conquistas con las sumas que le habian costado, aquella campaña fué realmente ruinosa y sin gloria.

La alianza que subsistia entre la Francia y la Escocia, y las invitaciones de la reina Ana, esposa de Luis XII, escitaron al rey Jacobo á hacer una incursion por la frontera inglesa y pasó el Tweed á la cabeza de cincuenta mil hombres: marchó contra él el conde de Surrey: dióse la batalla en la llanura de Flouden, en cuya accion mordió el polvo la flor de la nobleza escocesa, y el mismo rey pereció en ella: los ingleses no perdieron ningun personaje de distincion. Hubiera podido Enrique aprovecharse de este desastre para estender sus conquistas en Escocia; pero se mostró verdaderamente jeneroso. Luego que la reina Margarita, que habia sido nombrada rejente durante la menor edad de su hijo, pidió la paz, le fué otorgada por Enrique, enternecido de la suerte de su hermana y sobrino, los cuales quedaban sin apoyo.

El duque de Longueville, que continuaba prisionero en Inglaterra, procuró inclinar á Enrique á la paz con los franceses, proponiéndole el enlace del rey de Francia, que á la sazon estaba viudo y sin hijos, con la princesa María, su hermana. El monarca inglés consintió, las condiciones se arreglaron prontamente, y el casamiento se

celebró en Abbeville (1514).

Entretanto que Enrique se abandonaba á los placeres, y confiaba el gobierno de su reino al cardenal Wolsey, su ministro, sucedió un acontecimiento esterior que llamó su atencion. La muerte del emperador Macsimiliano habia dejado vacante el primer trono de la cristiandad: los reyes de España y de Francia se declararon concurrentes al imperio, y emplearon el dinero y la intriga para salir con sus pretensiones. Francisco I no pudo disimular la indignacion que esperimentó cuando supo que Cárlos V habia sido preferido por los electores á la faz de la Europa: esta concurrencia, así como la oposicion de sus intereses, hizo nacer entre estos dos príncipes la envidia, que tantas turbulencias ocasionó en su siglo. Enrique, por la situacion de su reino, podia sostener la balanza entre ambos rivales; pero era indolente, inconsiderado, caprichoso y sin política. Informado Francisco del carácter de este príncipe, solicitó una entrevista con él cerca de Calais, con la esperanza de ganar su amistad en una conversacion familiar. Wolsey se apresuró á secundar las miras del rey de Francia, y Enrique accedió á su demanda; pero en vez de ocuparse de asuntos serios, los dos monarcas pasaron todo el tiempo en fiestas y torneos y se separaron despues de hacerse mútuamente ricos presentes, en muestra del aprecio que se profesaban.

El rey de Inglaterra pasó en seguida á Gravelines á visitar á Cárlos V y á Margarita de Saboya. El artificioso Cárlos destruyó toda la amistad que el carácter franco y jeneroso de Francisco acababa de inspirar á Enrique. Atrajo á Wolsey á su partido, ofreciendo ayudarle para subir al pontificado, y poniéndole desde luego en posesion de las rentas de los obispados de Badajoz y Plasencia en Castilla. Mas tarde, cuando se rompieron las hostilidades entre los dos príncipes guerreros y ambiciosos, Wolsey se trasladó á Brujes, y á nombre de su soberano concluyó con el papa y el emperador una liga ofensiva contra la Francia (1521).

Por este tiempo desertó Martin Lutero de la iglesia católica y principió á predicar contra la venta de las induljencias concedidas por el papa Leon X, llegando hasta poner en duda la autoridad del pontífice.

No tardó en resonar por toda

la Europa la voz de este atrevido novador; y como aun ecsistian bastantes lollards en Inglaterra, la doctrina de Lutero hizo secretamente muchos prosélitos. Enrique, que habia sido educado en una firme adhesion á la iglesia romana, se opuso con todo su poder al progreso del luteranismo, y aun trató de combatirle con las armas del raciocinio, para lo cual escribió un libro en latin: envió una copia de él al papa Leon, que la recibió con grandes muestras de estimacion y dió al autor el título de *Defensor de la fé*, que los reyes de Inglaterra han conservado desde entonces.

En virtud de la alianza con Cárlos V, Enrique declaró la guerra á la Francia y sus tropas penetraron en la provincia de Picardía; pero pronto se vieron obligadas á retirarse porque carecian de métalico. El rey convocó entonces el parlamento para pedirle un subsidio de ochocientas mil libras esterlinas, pero la cámara de los comunes tuvo bastante firmeza para rehusarle. Enrique quedó tan descontento de esta negativa, que en siete años no volvió á reunir el parlamento: sin embargo, pretestando urjentes necesidades, esijió de los pudientes en un año las contribuciones que deberian haber pagado en cuatro; que fué un nuevo atentado contra los privilejios de la nacion.

Francisco I pasó los Alpes con un poderoso ejército, y puso sitio á Pavía: allí fué atacado en sus atrincheramientos por las tropas imperiales que derrotaron el ejército francés; y el mismo Francisco, que combatió con heróico valor, se vió obligado á rendirse prisionero (1525).

Este suceso atemorizó á Enrique, que conoció su propio peligro en la pérdida del contrapeso necesario al poder de Cárlos V; por lo que, lejos de aprovecharse de la situacion deplorable de la Francia, resolvió socorrerla en sus desgracias: hizo alianza con la reina madre, á quien habian nombrado rejente, y se obligó á interceder por la libertad de su hijo. Cárlos V mitigó por fin el rigor de sus pretensiones, y se firmó en Madrid un tratado cuya cláusula principal fué la libertad del monarca prisionero (1526). Enrique y Francisco, para cimentar su union, hicieron en Lóndres algun tiempo despues un nuevo convenio, por el cual el rey de Inglaterra desistia para siempre de sus pretensiones á la corona de Francia, y Francisco se obli-

gó, por sí y por sus sucesores, á pagar todos los años cincuenta mil escudos á la Inglaterra.

Divorcio de Enrique VIII, y su separacion de la iglesia católica. — Enrique habia tenido varios hijos de su mujer Catalina de Aragon, y todos habian muerto casi recien nacidos, escepto una hija, llamada María, que aun le quedaba; pero deseaba vivamente un varon. La sucesion de la corona era un objeto de inquietud para todos, porque se temia que el derecho hereditario le fuese contestado á la princesa María; y aun se prevía que el rey de Escocia, teniéndose como el mas prócsimo heredero, haria valer sus derechos y sumerjiria el reino en las revueltas y en la confusion. Enrique, impulsado á un mismo tiempo por sus sentimientos particulares y por el interés jeneral, se decidió á solicitar su divorcio con Catalina. Ana Bolena, hija de un simple jetilhombre, acababa de aparecer en la corte como dama de honor de la reina: Enrique tuvo ocasion de notar su belleza, su juventud y sus gracias: descubrió que las cualidades de su alma no eran inferiores á los encantos de su persona, y formó el designio de elevarla al trono. Envió á su secretario Knigth cerca del papa Clemente para negociar la disolucion de su matrimonio con Catalina, como ilejítimo y contrario á las leyes de la iglesia. Clemente, á quien entonces tenia prisionero el emperador (1527), contestó al principio favorablemente; mas luego que recobró su libertad, las amenazas de Cárlos V, de quien era tia Catalina de Aragon, le obligaron á contemporizar y observar una conducta ambigua. Enrique, impaciente de la tardanza, sospechó que Wolsey alimentaba la resistencia del soberano pontífice y derribó á su favorito con la misma rapidez que le habia elevado, haciéndole entregar el gran sello, del que dispuso en favor de Sir Tomás Morus; obligándole á retirarse á su obispado de York: no permaneció allí mucho tiempo, porque sus enemigos, temiendo que volviese á ser llamado á la corte, no cesaban de malquistarle con el rey, hasta que por último, Ricardo, sin consideracion á su carácter, le mandó prender y conducir á Lóndres para ser juzgado; pero en el camino enfermó y apenas pudo llegar hasta la Abadía de Leicester, donde tuvo que quedarse en cama y murió á poco tiempo (1530).

Como Clemente diferia el conceder la dispensa que se le pedia, Tomás Cranmer, doctor del colejio de jesuitas de Cambridje, hombre muy sabio, propuso que se consultase á las universidades de Europa sobre la cuestion del matrimonio del rey: casi todas dieron su voto en favor de Enrique; mas no por eso Clemente, dirijido siempre por el emperador, persistió menos en negar su consentimiento, y requirió al rey que se presentase en su tribunal de Roma; pero Enrique en vez de comparecer, convocó un parlamento y una asamblea del clero (1531), y se hizo declarar por esta última *protector y jefe supremo de la Iglesia anglicana*. En la sesion siguiente aprobaron un bill para suprimir la esaccion de las annatas ó primicias, y se acordó que cualesquiera que fuesen las censuras que por estas decisiones fulminase la corte de Roma contra la Inglaterra, se tendrian por nulas.

Casamiento de Enrique VIII con Ana Bolena. — (1533) Resuelto Enrique á arrostrar las consecuencias del partido que iba á tomar, efectuó secretamente su matrimonio con Ana Bolena. Reunido nuevamente el parlamento, votó un acta contra todas las apelaciones á Roma en materia de divorcios, y declaró nulo, por una sentencia formal, el casamiento del rey con Catalina de Aragon. La corona fué transferida á los hijos que naciesen de su nuevo enlace, y en su defecto á los herederos del rey hasta la última jeneracion. Fisher, obispo de Rochester, y sir Tomás Morus, que anteriormente habia hecho dimision de su destino de gran canciller, por no consentir en la alteracion de la fé que profesaba, fueron las únicas personas de distincion que se hicieron un escrúpulo de prestar el juramento ecsijido sobre el nuevo órden de sucesion. Irritado Enrique hizo proveer contra ellos un auto de prision, y los condujeron á la Torre.

Aunque separado Enrique de la iglesia católica y del soberano pontífice que es su jefe, no por eso dejaba de mirar la herejía como detestable y temible, y tenia por punto de honor el mantener la fé católica; pero sus ministros y cortesanos diferian entre sí de conducta y de carácter, y durante todo su reinado pareció que fluctuaban entre la antigua y la nueva relijion. La jóven reina sostenia la reforma: Cromwell, que habia sido nom-

brado secretario de estado, adoptó las mismas ideas: Cranmer, arzobispo de Cantorbery, habia abrazado secretamente las opiniones de los protestantes, y adquirido la amistad de Enrique por su candor y sinceridad: por otra parte el duque de Norfolk permanecia fiel á la antigua fé, y su rango, así como sus talentos para la guerra y la política, le daban grande autoridad en los consejos del rey: Gardiner, nombrado recientemente obispo de Winchester, seguia el mismo partido que el duque de Norfolk.

En medio de las fluctuaciones de los cortesanos de Enrique, el espíritu de innovacion hizo rápidos progresos entre sus súbditos; los escritos de los luteranos penetraron secretamente en Inglaterra é hicieron numerosos prosélitos. Enrique no se descuidó en perseguir el protestantismo, al cual miraba como la herejía mas peligrosa para sus intereses; pero bien pronto conoció que sus enemigos mas implacables eran los frailes, porque dependiendo inmediatamente del soberano pontífice, previan la abolicion del catolicismo en Inglaterra. El rey descubrió que muchos de ellos habian entrado en una conspiracion; y para vengarse suprimió tres monasterios: mas viendo que este golpe de autoridad habia escitado pocos clamores, se dispuso á hacer lo mismo con los demas conventos que quedaban.

El parlamento declaró crímen de estado toda tentativa para despojar al rey de sus dignidades y títulos; y como le habia conferido el de jefe supremo de la Iglesia, estableció que negar su supremacía era una traicion, cuya nueva especie de crímen habia ya costado la vida á muchos priores y eclesiásticos. La misma suerte esperimentaron el cardenal Fisher y el sabio é íntegro Tomás Morus (1535).

Cuando Paulo III, que habia sucedido á Clemente VII en el pontificado, supo la ejecucion de Fisher y Morus, descomulgó al rey y á sus adictos, y le despojó de la corona, entregando su reino al primero que quisiera ocuparle. Sin embargo, la muerte de Catalina de Aragon, acaecida en 1536, pareció que abria un camino de reconciliacion: Cárlos V creyó que ya no habia motivo alguno de animosidad entre él y Enrique, y procuró apartar á este de su alianza con la Francia; pero Enrique conocia sus artificios y doblez, y se mostró indiferente á sus pretensiones.

Enrique delegó el ejercicio de

la supremacía en su secretario de estado Cromwell, é hizo votar al parlamento un acta, por la cual se suprimian trescientas setenta y seis casas relijiosas; y sus rentas, que ascendian á treinta y tres mil libras esterlinas cada año, se adjudicaron al rey, sin contar los efectos muebles, apreciados en cien mil libras.

SUPLICIO DE ANA BOLENA, Y NUEVO ENLACE DE ENRIQUE CON JUANA SEYMUR. — (1536) Mientras que los prosélitos de la nueva relijion aplaudian las persecuciones contra sus adversarios, sobrevino un suceso que al parecer destruia todas sus esperanzas: Ana Bolena, su protectora, cayó en desgracia del rey. Acababa de dar á luz un niño muerto: Enrique, que deseaba ardientemente un sucesor, viéndose privado de esta satisfaccion se enamoró de Juana Seymur, y resolvió sacrificarlo todo por satisfacer esta nueva pasion. Enrique buscaba un pretesto para perder á la infortunada reina, y le halló en un torneo que se dió en Greenwich; pues como á Ana se le cayese por casualidad el pañuelo de la mano, el rey atribuyó este accidente á un favor que ella concedia á un amante. Al dia siguiente fué presa y conducida á la Torre; y juzgada despues por la cámara de los pares, aunque rechazó con enerjía la acusacion de infidelidad, este odioso tribunal la inmoló á la crueldad de Enrique. Fué decapitada, y su cuerpo, colocado en un simple atahud de madera, sepultado en la Torre. Al dia siguiente de esta ejecucion, Enrique se desposó con Juana Seymur. El parlamento aplaudió el nuevo casamiento del rey y declaró ilejítimos los hijos que habia tenido de sus dos primeras mujeres.

La asamblea del clero no se mostró menos servil que el parlamento: por complacer al rey, y decidida á romper para siempre con la corte romana, adoptó una série de artículos de fé que llevaban el sello de la confusion que reinaba entre sus miembros: conservó la presencia real, la confesion, el culto de las imájenes; y dejó subsistentes muchas creencias y ceremonias antiguas al lado de las innovaciones del protestantismo. Sin embargo, los frailes espulsados que andaban errantes por las campiñas, escitaban la compasion y la piedad; y como la antigua relijion conservaba su ascendiente sobre el pueblo, no tardó en inflamar su celo en favor de aque-

llos, y estallaron varias sediciones en diversas provincias del reino; pero estas revueltas fueron prontamente contenidas, y castigados con pena de muerte algunos jefes de los amotinados: por último se concedió una amnistía jeneral á todos los que habian tomado las armas (1537). La alegría que esperimentó Enrique por las victorias conseguidas contra los rebeldes, llegó á su colmo con el nacimiento de un hijo, al que bautizaron bajo el nombre de Eduardo, y fué creado inmediatamente príncipe de Gales, duque de Cornouailles y conde de Chester; pero no fué muy duradera la alegría del rey, porque á los doce dias del parto murió la reina.

El nacimiento de un hijo y la pacificacion del reino afirmaron la autoridad del rey, que solo se ocupó en la destruccion completa de los monasterios, adjudicando sus rentas á la corona. Para acallar las murmuraciones que producian semejantes violencias, el rey partió los despojos de los monasterios con la nobleza, ya concediendo las rentas de algunas casas relijiosas á sus cortesanos, ya cediéndoselas á muy bajo precio, ó bien haciendo cambio de tierras con desventaja suya.

ENRIQUE REPUDIA A SU CUARTA ESPOSA Y CONTRAE NUEVO MATRIMONIO CON CATALINA HOWARD. —(1540) Despues de la muerte de Juana Seymur, Enrique pensó en contraer nuevo enlace. Cromwell le propuso á Ana de Cleves, cuyo hermano, el duque de este nombre, gozaba de mucho crédito entre los príncipes luteranos de Alemania: presentóle el retrato de la princesa, que le pareció encantadora, y se efectuó el casamiento; mas luego que Enrique vió á Ana, le pareció tan desprovista de gracias y de belleza, que declaró que nunca podria inspirarle mas que disgusto. Creció tanto su aversion hácia Ana, que determinó buscar un medio con que poder á la vez disolver una union tan odiosa para él, y perder al ministro que habia sido el autor de ella: ademas esperaba que sacrificando á Cromwell haria cesar los clamores que se elevaban de todas partes contra su gobierno, y volveria á ganar el afecto de sus súbditos. Habiéndose enamorado Enrique de Catalina Howard, sobrina del conde de Norfolk, no halló otro espediente mejor que repudiar á Ana, para desposarse con el objeto de su nueva pasion. Cromwell fué encerrado en la Torre, y acusa-

do de alta traicion: la cámara de los pares, sin instruir proceso, sin interrogatorio y sin pruebas, tuvo la vileza de condenar á muerte al mismo que, pocos dias antes, habia declarado digno de ser *el vicario jeneral del universo*.

El casamiento del rey con Catalina Howard y la alianza que Enrique contrajo en esta época con el emperador de Alemania, fueron mirados por los católicos como dos acontecimientos favorables á su causa. Hallándose á la cabeza del consejo Norfolk y Gardiner, se ejerció una persecucion violenta contra los protestantes, y la ley de los seis artículos, conocida con el nombre de *Estatuto de sangre*, fué ejecutada con rigor (1). No fueron menos perseguidos los católicos que negaban la supremacía del rey.

Suplicio de Catalina Howard. — (1542) Enrique se hallaba muy dichoso con su nuevo casamiento: la belleza, la juventud y el carácter amable de Catalina, fijaron todo su afecto. Sin embargo, la reina no merecia este esceso de ternura; Cranmer fué informado de las debilidades que habia tenido antes de su casamiento, y lo puso en conocimiento del rey. Interrogada Catalina negó al principio su crímen; mas cuando supo que tenian las pruebas, todo lo confesó, escudandose únicamente con que jamás habia hecho traicion al rey; pero no fué creida. Enrique reunió inmediatamente el parlamento, su vengador ordinario, el cual sentenció á muerte á la reina, y fué decapitada en Tower-Hill: casi todos sus parientes sufrieron la misma suerte por no haber revelado sus anteriores deslices.

Enrique, pretendiendo vengarse de la indiferencia con que el rey de Escocia, su sobrino, habia recibido sus ofertas de amistad, le declaró la guerra. El duque de Norfolk invadió la Escocia con mas de veinte mil hombres, y llegó hasta Kelso; pero cuando supo que el rey de Escocia tenia treinta mil hombres que oponerle, retrocedió. Jacobo dió órden de perseguir á sus agresores y llevar la guerra á la misma Inglaterra: envió un ejército de diez mil hombres que penetraron en el territorio ingles, y el mismo rey los siguió á

(1) Estos seis artículos de fé, aprobados por el parlamento, establecian la presencia real, la comunion bajo una sola especie, la obligacion perpétua del voto de castidad, la utilidad de la misa particular, el celibato del clero y la necesidad de la confesion auricular.

poca distancia. Este ejército, á la vista de un cuerpo de quinientos ingleses solamente, sobrecojido de un terror pánico, tomó la huida: hubo pocos muertos, pero muchos prisioneros. La nueva de este desastre consternó tanto al rey de Escocia que cayó gravemente enfermo: no tenia ningun hijo, y en esta sazon le llegó la noticia de que la reina habia parido una niña: pocos dias despues espiró Jacobo, dejando por sucesora á la princesa recien nacida, que luego llegó á ser aquella mujer tan desgraciada, conocida con el nombre de María Estuardo.

Informado Enrique de la victoria de sus armas y de la muerte de su sobrino, trató de reunir la Escocia á sus estados, casando á su hijo con la heredera de aquel reino: en consecuencia dió la libertad á los señores escoceses que tenia prisioneros, sin ecsijirles rescate, para que favoreciesen esta union. El primado Beaton, primer ministro del rey Jacobo, se opuso á ella y solicitó el apoyo de la Francia, antigua aliada de Escocia, que prometió socorros de dinero y de hombres. Irritado Enrique de esta proteccion, hizo liga con el emperador, y declararon la guerra á Francisco I (1543).

El monarca inglés convocó un parlamento, que le concedió los subsidios necesarios para los gastos de la guerra. Por este mismo tiempo se casó nuevamente Enrique con Catalina Parr, viuda de lord Latimer, mujer virtuosa y algo inclinada á las nuevas creencias. Cuando la llegada de la primavera permitió abrir la campaña, envió Enrique una armada y un ejército para invadir la Escocia (1544): los ingleses tomaron á fuerza de armas las ciudades de Edimburgo, Hadington y Dumba, las cuales fueron saqueadas é incendiadas.

Esta incursion sirvió mas bien para ecsasperar á los escoceses que para someterlos. Enrique llamó prontamente sus tropas para ejecutar el tratado concluido con el emperador, por el cual habian convenido estos dos príncipes el entrar en Francia con mas de cien mil hombres. La traicion entregó la ciudad de Boloña á los ingleses; mas el emperador despues de haber tomado muchas plazas, firmó la paz en Crepy con Francisco I, sin hacer mencion de la Inglaterra, y Enrique tuvo que volverse á su reino.

El año siguiente (1545) continuó la guerra en Escocia sin

acontecimientos importantes. En la primavera de 1546, Enrique envió á Francia un ejército de nueve mil hombres, que trabó algunas escaramuzas, sin progresos notables de una parte ni de otra. Por último, los comisarios nombrados por los dos soberanos para terminar sus diferencias, firmaron un tratado cuyo principal artículo fué que Enrique conservaria la Boloña hasta que Francisco estinguiese su antigua deuda con la Inglaterra: el rey de Francia tuvo cuidado de comprender en el tratado á su aliada la Escocia.

Peligro de Catalina Parr, sesta esposa de Enrique. — Desembarazado Enrique de todas las guerras estranjeras, volvió su atencion hácia los asuntos domésticos. Su orgullo, irritado por la debilidad de su salud, le hacia mas implacable que nunca contra los que se atrevian á diferir de su opinion. El objeto favorito de la conversacion del rey era la teolojía, y la reina tenia bastante instruccion para poder hablar sobre la materia. Un dia tuvo la imprudencia de declarar demasiado su opinion en favor de la doctrina de los reformistas: Enrique, encolerizado de que la reina tuviese la presuncion de pensar de distinto modo que él, se quejó á Gardiner y al canciller, y por sus consejos mandó estender un acta de acusacion contra su misma mujer. Por fortuna este acta se le cayó del bolsillo al canciller, y fué hallada y entregada á la reina por uno de sus amigos. Catalina conoció su inminente peligro, mas no desesperó de salvarse con su prudencia y su tino. Luego que el rey se halló con ella procuró hacer recaer la conversacion sobre el objeto que le era familiar; pero la reina rehusó con dulzura la contienda, respondiendo modestamente que unas discusiones tan profundas eran superiores á la debilidad de su secso, y que se gloriaba de ser la esposa del mayor teólogo del mundo. El rey, transportado de alegría, esclamó: «¿Es eso cierto, querida? ¿Con que siempre somos amigos?» La abrazó cordialmente y la despidió asegurándole de su proteccion y ternura.

Muerte de Enrique VIII. — (1547) Enrique temia que el poder del duque de Norfolk fuese perjudicial durante la menor edad de su hijo Eduardo; y como el conde de Surrey hijo del duque, rehusára casarse con la hija del conde de Hertfod, el rey imajinó que aspiraba á la

mano de la princesa María su hija; por lo cual mandó que Norfolk y Surrey fuesen arrestados y conducidos á la Torre. Surrey fué sentenciado á muerte por la cámara de los comunes de la cual era miembro: Norfolk fué tambien sententenciado á pena capital, y por órden del rey se fijó la ejecucion para la mañana del 29 de enero de 1547. Pero aquel dia se supo en la Torre que el rey habia muerto la noche anterior, y el alcaide creyó de su deber suspender la ejecucion: despues el consejo no juzgó conveniente principiar un nuevo reinado con la muerte del señor mas poderoso del reino.

Habia llegado Enrique á una ovesidad que le impedia andar, y se le formó una úlcera en un muslo, de la cual murió en medio de los sufrimientos de una larga agonía, á los sesenta y seis años de edad: reinó treinta y siete años y nueve meses.

Enrique habia hecho su testamento un mes antes de su muerte: en él dejó la corona, primero al príncipe Eduardo; en defecto de este á la princesa María, y en seguida á la princesa Isabel su segunda hija; pero obligando á estas dos princesas, bajo pena de perder sus derechos á la corona, á no casarse sin el consentimiento del consejo que habia nombrado para gobernar durante la menor edad de sus hijos.

Eduardo vi. — (1547) Este príncipe, á su advenimiento al trono solo tenia nueve años: su padre, que habia fijado su mayoría á los dieziocho, nombró diezíseis ejecutores testamentarios, depositarios de la autoridad real, y adjuntos á estos, doce consejeros. Apenas se reunió el consejo de rejencia, reconoció que el gobierno perderia de su dignidad, si no le daban un jefe que pudiera representar la majestad real. Se convino pues en nombrar un protector, y la eleccion recayó en el conde de Hertford, tio materno del jóven rey, que fué creado duque de Somerset, mariscal y gran tesorero; pero no satisfecha la ambicion de Somerset con estas dignidades, hizo que su sobrino le nombrase rejente, con el pleno ejercicio del poder real.

Somerset era partidario secreto de los protestantes; así tuvo cuidado de que las personas á quienes confió la educacion del rey, fuesen de sus mismos principios; pero no tomó disposicion alguna para estender la reforma,

sin consultar antes con Cranmer, hombre prudente y moderado, y enemigo de las medidas violentas.

En Escocia, un jentilhombre llamado Wishart, llevado de su celo por la reforma, empezó á predicar contra el catolicismo. Beaton, cardenal primado, para imponer á los novadores, hizo condenar á Wishart al fuego como hereje; pero sus discípulos, enfurecidos por semejante suplicio, formaron una conspiracion contra el cardenal, que fué asesinado poco tiempo despues: los asesinos, reunidos con sus amigos, resolvieron defenderse y enviaron mensajeros á Lóndres á implorar el socorro de Eduardo VI, que prometió protejerlos. Para cumplir esta promesa y para realizar el proyecto del rey difunto, de unir los dos reinos por medio de un casamiento, el protector levantó un ejército de dieziocho mil hombres, con el cual invadió la Escocia. Los escoceses, dobles en número á los ingleses, y escitados ademas por los curas, que marchaban á su cabeza, rehusaron todo convenio con un pueblo á quien miraban como hereje. Dióse la batalla á cuatro millas de Edimburgo, en la que las tropas escocesas fueron completamente derrotadas: pocas acciones hubo tan decisivas como esta; los ingleses apenas perdieron doscientos hombres, y mataron mas de diez mil enemigos.

Somerset, en vez de proseguir sus ventajas, volvió á Inglaterra, porque supo que algunos miembros del consejo, y el almirante, su propio hermano, conspiraban contra su autoridad. A su llegada convocó un parlamento (1548): en esta lejislatura, fueron revocadas todas las leyes promulgadas en el anterior reinado contra el crímen de alta traicion, contra la secta de los lollards y otras herejías; hasta el estatuto de los seis artículos fué anulado.

Cuanto mas progresaba la reforma en Inglaterra tanto mas se alejaba el protector del objeto que se habia propuesto, que era la reunion de los dos reinos: las diversas tentativas hechas hasta entonces contra la Escocia, solo sirvieron para irritar á esta nacion y para inspirarle la mayor antipatia contra un pueblo que tanto se separaba de sus antiguos principios relijiosos. La reina viuda, aprovechándose de la disposicion de los ánimos, convocó un parlamento, que decidió que la jóven reina fuese enviada á Francia: verificóse la

partida, y Maria llegó á París, donde poco tiempo despues se desposó con el delfin.

Somerset, perdida la esperanza de realizar sus proyectos sobre la Escocia, no se hallaba menos embarazado con las intrigas de la corte de Inglaterra. Su hermano, lord Seymur, hombre de gran capacidad, y de una ambicion insaciable, conspiró contra él, y fué condenado á muerte por el parlamento y decapitado en Tower-Hill. Despues del proceso de Seymur, el parlamento se ocupó especialmente de los negocios eclesiásticos; por medio de las providencias que adoptó, las principales opiniones y la mayor parte de las prácticas de la relijion católica fueron abolidas, y la reforma, tal como se halla en el dia, quedó casi enteramente concluida.

La muerte de lord Seymur no sacó al rejente de embarazos. Los aldeanos de muchos condados, sentidos de la supresion de los monasterios é irritados del pesado yugo que sufrian de parte de los jentilhombres, se sublevaron; pero la fermentacion fué prontamente apaciguada, en unas provincias con la persusion y la dulzura, y en otras con la fuerza.

Estos levantamientos interiores animaron á los enemigos de fuera: los escoceses tomaron la ofensiva, se apoderaron de la fortaleza de Brouhty, y obligaron á los ingleses á evacuar á Haddington: los franceses recobraron sucesivamente todas las plazas conquistadas por Enrique VIII en el continente, escepto Boloña. Somerset, que no tenia esperanza de obtener la alianza del emperador, formó el designio de tratar de la paz con Francia y Escocia; pero encontró una obstinada resistencia en el consejo: lord Saint-John, presidente, los condes de Warwick, de Southampton y de Arundel, y otros cinco consejeros, resolvieron su pérdida, y atribuyéndose toda la autoridad, se propusieron deliberar sin la participacion del rejente, al que acusaron como autor de todas las calamidades públicas, y le enviaron preso á la Torre. Despues compareció de rodillas ante el consejo, convino en todos sus desaciertos, que atribuyó á su imprudencia y temeridad, pero defendióse de toda intencion criminal; en seguida, por un acta del parlamento, fué despojado de todos sus cargos y multado en doscientas libras: en su lugar ocupó el cargo de tesorero lord Saint-John, y Warwick el de

gran mariscal. Las consecuencias no pasaron adelante; el rey absolvió de la multa á Somerset y le volvió la libertad.

Warwick y el consejo de rejencia se hallaron tan embarazados como Somerset de la guerra con Francia y Escocia: conocieron como él que era indispensable hacer la paz, y concluyeron un tratado por el cual se fijó la restitucion de Boloña en cuatro mil escudos: la Escocia fué comprendida en este tratado, y los ingleses se obligaron á demoler las fortalezas de Boxburgh y de Eymouth (1550).

El consejo, cuyo jefe era Warwick, redobló su celo para estender la reforma y perseguir á los católicos. Muchos prelados que aun permanecian adictos á la comunion romana, entre ellos Gardiner, fueron despojados de sus sillas, bajo el pretesto de desobediencia. La princesa María, enemiga de la nueva liturjia, respondió á las instancias del consejo, que antes sufriria la muerte que renunciar á su relijion. El jóven rey, que habia sido educado en el odio á la misa y al rito católico, se quejaba de la obstinacion de su hermana y deploraba la necesidad en que se hallaba de dejarla perseverar en un culto tan odioso á sus ojos (1551).

Si el consejo de rejencia procuró con ardor estender los progresos del protestantismo, tambien se ocupó con celo de los intereses temporales, y se le vió favorecer por todos los medios que estaban á su alcance la industria y el comercio de la nacion, desatendidos hasta entonces por el gobierno y por el pueblo; pero la ambicion de Warwick paralizó sus buenas intenciones y ocasionó nuevas turbulencias. Habiendo muerto sin sucesion el conde de Northumberland, Warwick se hizo adjudicar sus inmensas tierras y tomó el título de duque de Northumberland. Como Somerset era aun bastante poderoso y popular para inquietar al nuevo duque, este resolvió consumar la pérdida de un hombre á quien miraba como el principal obstáculo á sus proyectos de elevacion: y habiendo ganado á la mayor parte de sus servidores, estos le instruyeron de que Somerset formaba proyectos de venganza contra su persona. Acusado ante la cámara de los pares, no pudo negar que habia meditado la pérdida de Northumberland y de los demas miembros del consejo; por consiguiente fué condenado á muerte por el crí-

men de felonía (1552). Cuando le condujeron al cadalso, el pueblo pedia á voces su perdon; pero Nortumberland habia cuidado de que nadie pudiese hablar al rey. Somerset sufrió la muerte con calma y resignacion, y muchos espectadores de aquella escena horrible empaparon los pañuelos en su sangre, guardándolos como una preciosa reliquia, que mas tarde deberia ofrecerse á los ojos de Warwick, cuando se hallase en igual situacion que su víctima.

Eduardo VI, en razon de su edad y de sus enfermedades, era susceptible de recibir todas las impresiones que quisieran comunicarle. Warwick, previendo que el prócsimo fin del rey le permitiria ejecutar sus proyectos ambiciosos, le indujo á que escluyese del trono á sus hermanas María é Isabel; diciendo que habian sido declaradas ilejítimas por el parlamento, y sobre todo que si María llegase á ocupar el sólio, aboliria la relijion protestante: que alejadas estas princesas de la corona, la sucesion recaia en Juana Gray, sobrina segunda de Enrique VIII, y cuyo celo por la reforma era bien conocido. El dócil Eduardo firmó los despachos que escluian á sus hermanas y que llamaban en su lugar á los herederos de la duquesa de Suffolk. Warwick para acabar la trama urdida por su ambicion, casó al mismo tiempo á su hijo lord Guilford Dudley con Juana Gray (1553).

Hecha ya esta disposion, Eduardo se sintió tan agravado en sus dolencias, que no daba esperanzas de vida; y para colmo de la imprudencia, por consejo de Northumberland fueron despedidos los médicos, y la vida del príncipe entregada al charlatanismo de una vieja que prometió curarle, pero que le acabó de matar: espiró en Greenwich, á los dieziseis años de edad, el sétimo de su reinado. Este príncipe reunia á su carácter dulce, un gusto pronunciado por el estudio y por los negocios, era de espíritu recto y amaba mucho la equidad.

MARIA. — (1554) Los derechos que la princesa María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, tenia á la corona despues de la muerte de su hermano, eran incontestables; y á pesar de los temores que su relijion inspiraba á los protestantes, siempre fué mirada como la sucesora de Eduardo VI. Northumberland, que no ignoraba los obstáculos que iba á encon-

trar la medida que habia hecho adoptar al rey, formó el proyecto de apoderarse de las dos princesas, para lo cual hizo que el consejo las invitase á trasladarse al lado de su moribundo hermano: ya estaba María en Holdesden cuando supo por un espreso del conde de Arundel, la muerte de Eduardo y la conspiracion formada contra ella. Retiróse inmediatamente al condado de Suffolk, desde donde escribió á los principales nobles del reino, ordenándoles que tomasen las armas en su defensa, y despachó un correo al consejo de rejencia mandándole que la hiciera proclamar como reina en Lóndres.

Juana Gray, que ignoraba en gran parte lo que habia pasado en su favor, á pesar de su repugnancia fué conducida por Northumberland á la Torre, donde los soberanos ingleses tenian la costumbre de pasar los primeros dias de su advenimiento. El consejo mandó que Juana Gray fuese proclamada reina de toda la nacion; pero sus órdenes solo fueron ejecutadas en Lóndres y sus inmediaciones. Durante este tiempo los habitantes del condado de Suffolk se declararon por María; la alta nobleza y todos los jentilhombres corrian diariamente á aumentar su partido.

Northumberland levantó tropas que reunió en Lóndres y marchó á su cabeza: al llegar á Saint-Edmund'sbury juzgó que su ejército era demasiado débil para contrarestar al de María, y escribió al consejo pidiéndole refuerzo; pero los ministros, aprovechando esta ocasion para salir de la especie de servidumbre en que los tenia Northumberland, se declararon por su lejítima soberana, que fué proclamada en Lóndres con alegría del pueblo. Juana Gray, despues de haber sostenido durante diez dias la vana pompa de la majestad real, volvió á entrar en la vida privada con mas satisfaccion que la que habia demostrado cuando la ofrecieron el trono. En todas partes por donde pasó la reina al dirijirse á Lóndres, recibió los mayores testimonios del afecto y fidelidad pública. María dió órden para que asegurasen la persona de Northumberland, á quien ya habian abandonado sus partidarios, y en seguida hizo encerrar en la Torre á Juana Gray y á lord Guilford Dudley, su marido. Northumberland fué condenado á muerte y decapitado: la misma sentencia se pronunció contra

Juana y Dudley; pero la inocencia y la juventud de los dos esposos, que apenas tenian diezisiete años, hicieron dilatar su ejecucion.

El celo de María por la relijion católica no tardó mucho tiempo en desplegarse: Gardiner y otros muchos obispos fueron reinstalados en sus obispados: Cranmer, á pesar de los servicios que prestó á la reina en tiempo de Enrique VIII, fué aprisionado como culpable de haber favorecido el partido de Juana Gray; se le declaró reo de alta traicion y le condenaron á muerte; pero esta sentencia no tuvo ejecucion, porque reservaron al prelado para los castigos mas crueles. A la apertura del parlamento María hizo celebrar en presencia de las dos cámaras una misa del Espíritu Santo en lengua latina; los estatutos de Eduardo con respecto á la reforma fueron abolidos, y desde entonces la relijion nacional quedó sobre el mismo pie en que estaba á la muerte de Enrique VIII.

La eleccion de esposo para la reina era un objeto importante al interés de la nacion: cuando se supo que el casamiento se negociaba con Felipe, hijo del emperador Cárlos V, los comunes se alarmaron de ver resuelta á la reina á contraer una alianza estranjera, y la dirijieron varias representaciones sobre las fatales consecuencias que este enlace podria acarrear. Impaciente María con estas amonestaciones, tomó el partido de disolver el parlamento, y el casamiento quedó concertado. Para apaciguar los ánimos, los artículos del contrato se hicieron del modo mas favorable á los intereses y aun á la grandeza de Inglaterra: se estableció que á pesar del título de rey que se daria á Felipe, la administracion quedaria enteramente en manos de la reina; que ningun estranjero podria obtener empleo en el reino; que las leyes, las costumbres y los privilejios de la nacion no sufririan innovacion alguna, y que los hijos varones que naciesen de esta union, heredarian no solo la corona de Inglaterra, sino de Borgoña y de los Paises Bajos.

Pero la publicacion de estos artículos no satisfizo á la nacion que se persuadió jeneralmente de que la Inglaterra iba á ser una provincia de España, cuyo gobierno ejercia la autoridad mas despótica. Formáronse varias conspiraciones para oponerse al casamiento de la reina,

que produjeron levantamientos en algunos condados; pero los rebeldes fueron prontamente reprimidos por las tropas de la reina, y decapitados los principales jefes de la revuelta, entre ellos sir Tomás Wyat: Suffolk, jefe tambien de los conjurados, fué preso y conducido á Lóndres.

SUPLICIO DE JUANA GRAY Y DE SU ESPOSO.—La rebelion de Wyat fué funesta á Juana Gray y á su esposo, que jemian en la Torre, á quienes advirtieron que se preparasen á morir. El dia de la ejecucion obtuvo su esposo permiso para verla por última vez; pero Juana tuvo suficiente valor para rehusar esta dolorosa entrevista, diciendo que su separacion duraria menos que un relámpago; y que bien pronto se encontrarian en un lugar donde sus corazones permanecerian unidos para siempre. Inmediatamente despues del suplicio de estos dos esposos, fué juzgado y decapitado el duque de Suffolk. La princesa Isabel, convencida de haber tenido conocimiento del complot formado contra su hermana, fué encerrada en la Torre donde esperaba sufrir la misma suerte que su madre Ana Bolena; pero despues fué trasladada al castillo de Woodstock, donde la guardaron con el mayor rigor.

Convocado el parlamento, el canciller Gardiner creyó hallarle dócil á la voluntad de la reina, y pidió, bajo el pretesto de prevenir toda colision entre los competidores, que se autorizase á María para disponer de la corona y nombrar su sucesor (1554). Cuando el parlamento vió que se trataba de comprometer hasta este punto la independencia y felicidad de la nacion, resistió á las instancias de Gardiner, y solo accedió á ratificar los artículos del contrato matrimonial. La reina disolvió tambien esta asamblea que no queria secundar sus designios.

María esperaba con impaciencia la llegada de Felipe, que por fin desembarcó en Southampton. A los pocos dias, los desposados fueron casados en Westminster, y despues de hacer una brillante entrada en Lóndres, la reina condujo á su esposo al palacio de Windsor, donde fijaron su residencia. El orgullo y la fiereza de Felipe, lejos de destruir las prevenciones del pueblo inglés, no hicieron sino aumentar su aversion hácia un príncipe estranjero. Convocóse un nuevo parlamento, elejido bajo la influencia de la corte: esta asamblea

rehusó, asi como la precedente, declarar á Felipe heredero presuntivo de la corona; pero mostró la mayor indiferencia por la relijion reformada; revocó el acta de proscricion pronunciada en el reinado de Enrique VIII contra el cardenal de la Pole, que se hallaba en Flandes y marchó inmediatamente á Lóndres. A instancia de este cardenal el parlamento trató de reconciliarse, igualmente que al reino, con la santa sede, de la que por tanto tiempo habian estado separados; á cuyo efecto suplicaron las dos cámaras á Felipe y á María que intercediesen por ellos con el santo padre, para obtener perdon y olvido desu infidelidad. Concedióseles gustosamente su peticion, y el legado la Pole, á nombre del papa, absolvió al parlamento y al reino, levantó todas las censuras, y los recibió de nuevo en el seno de la Iglesia.

Reaccion católica. — Despues del restablecimiento de la relijion católica, las opiniones ardientes de Gardiner le decidieron contra los principios tolerantes de la Pole, y se pusieron en vigor las leyes contra la tolerancia. La reina mandó procesar á muchos predicadores protestantes que habian sido presos como cómplices de Northumberland. Establecióse un tribunal compuesto de trece obispos y muchos señores, presidido por Gardiner: Rojers, canónigo de San Pablo, Hooper, obispo de Glocester, y los rectores Saunders y Taylor, perecieron en la hoguera por haberse negado á la retractacion que se ecsijia de ellos. En poco tiempo se multiplicaron tanto las ejecuciones, que Gardiner se horrorizó, y trasmitió sus poderes á Bonner, obispo de Lóndres, hombre de carácter feroz. No referiremos aquí todas las crueldades cometidas en Inglaterra en el trascurso de tres años; baste decir que en este espacio de tiempo doscientas setenta y siete personas de todas edades y condiciones fueron quemadas vivas. Cranmer, á quien tanto tiempo tuvieron preso, viendo que se acercaba su última hora, se dejó vencer por el amor á la vida, y consintió en hacer la retractacion; pero la corte queria que hiciese una confesion auténtica de sus errores en la catedral á presencia del pueblo, y se dió la órden para que en seguida le condujesen al suplicio: instruido Cranmer secretamente de que se iba á deshonrar sin evitar la muerte, sorprendió al auditorio con una declaracion

de todo punto contraria á la que se esperaba de él: en seguida fué conducido al lugar del suplicio y entregado á las llamas (1556).

Muerto Cranmer, el cardenal de la Pole fué elevado á la silla arzobispal de Cantorbery, por cuya dignidad se halló á la cabeza del clero de Inglaterra. Aunque este prelado fué muy opuesto al sistema sanguinario adoptado contra los herejes, su autoridad era demasiado débil para resistir al fanatismo de la reina y de sus consejeros. Tratábase de empeñar á la Inglaterra en la guerra que se habia encendido entre España y Francia: el cardenal de la Pole se opuso fuertemente contra esta resolucion; pero Felipe, á quien la abdicacion voluntaria de su padre Cárlos V acababa de hacer dueño de los tesoros de las Indias y de los mas ricos estados de Europa, significó á la reina que si no se accedia á su demanda, jamás volveria á pisar el suelo de Inglaterra. Las amenazas y los artificios de María triunfaron por último de la resistencia de sus ministros, y se resolvió la guerra: la reina envió á los Paises Bajos un ejército de diez mil soldados al mando del conde de Pembroke. Las fuerzas del rey de España, que ascendian á mas de sesenta mil hombres, invadieron la Picardía á las órdenes del duque de Saboya, y pusieron sitio á San Quintin. El condestable de Montmorency, á la cabeza de veinte mil hombres, acudió en socorro de la plaza; pero fué desbaratado por el ejército español y hecho prisionero: este acontecimiento consternó á toda la Francia; sin embargo con la indecision de Felipe, no tardó en recobrarse de sus primeras alarmas: el vencedor se contentó con la toma de San Quintin, y retiró sus tropas á cuarteles de invierno (1557).

Para vengar esta derrota, otro ejército francés, mandado por el duque de Guisa, marchó sobre Calais. En medio del invierno (1558) y en solos ocho dias, consiguió recobrar esta plaza importante, que los ingleses habian poseido durante dos siglos: la pérdida de Calais ecsasperó á la nacion inglesa, que murmuró altamente contra la imprudencia de la reina y de su consejo. Los escoceses, escitados por la Francia, volvieron á principiar sus incursiones por las fronteras de Inglaterra. Enrique II, para unir mas estrechamente la Escocia á su reino, juzgó que ya era tiempo de efectuar el casamiento de la jóven reina con el delfin, y el

parlamento escocés envió una diputacion para asistir á la ceremonia y para sentar las condiciones del contrato.

Los nuevos nudos que estrechaban la alianza de Francia y de Escocia, amenazaban mas y mas al reposo y seguridad de María. Esta reina juzgó necesario convocar un parlamento y pedirle subsidios para llenar su esausto tesoro. La cámara de los comunes, sin reflecsionar sobre lo pasado, le concedió todo cuanto pidió: se equipó una armada de ciento cuarenta velas, á la que los flamencos juntaron treinta embarcaciones; se metió en ellas seis mil hombres de desembarque, y estas fuerzas reunidas fueron á hacer algunas tentativas sobre las costas de Bretaña; pero no tardaron en entablarse negociaciones de paz entre los reyes de Francia y de España, y mientras se discutian los artículos del tratado, se supo repentinamente la muerte de María. Su salud andaba vacilante mucho tiempo hacia; el sentimiento de la pérdida de Calais, la inquietud por el mal estado de sus negocios, y sobre todo el disgusto por la partida de su esposo, que iba á fijarse para siempre en España, quebrantaron su alma y aniquilaron sus fuerzas: sucumbió de una fiebre lenta, á los cinco años de su infeliz reinado.

Isabel. — (1558) Esta princesa habia mostrado en su conducta, durante el reinado de su hermana, la mas consumada prudencia: los peligros de que se vió amenazada la hicieron tan interesante que habia llegado á ser en cierto modo el ídolo de la nacion. Luego que María ecsaló el último suspiro, Isabel fué proclamada reina, y el pueblo manifestaba su satisfaccion con los trasportes de la alegría mas pura y jeneral. Isabel tuvo la modestia de sepultar en el olvido los ultrajes de que habia sido abrumada. Al noticiar á Felipe su elevacion al trono le espresó todo su reconocimiento por la proteccion que le habia dispensado anteriormente contra las persecuciones de su hermana. Felipe, que veia con pesar escapársele la Inglaterra, ofreció su mano á la nueva reina; pero esta le contestó con una negativa llena de agradecimiento.

Restablecimiento del protestantismo. — Los intereses de Isabel y la educacion que habia recibido la inclinaban á favor de la reforma; pero queria caminar hácia su objeto con pasos medidos y seguros. A los des-

terrados y á los presos por causa de relijion, á unos levantó el destierro y á otros puso en libertad; mandó que la oracion dominical, las letanías, el símbolo de los apóstoles y los evanjelios se recitasen en inglés, y que todas las iglesias se conformasen con la manera de oficiar que usaba en su capilla. Despues de haber asegurado á los protestantes con estas medidas, difirió el cambio que meditaba en la relijion hasta la reunion del parlamento.

El primer bill propuesto á las dos cámaras fué para suprimir los monasterios recientemente establecidos, y para conceder á la reina los diezmos y primicias. Habiendo pasado este bill sin mucha dificultad, se presentó otro para atribuir la supremacía espiritual á la corona, que igualmente fué aprobado. Durante este parlamento hubo una controversia pública entre los teólogos protestantes y católicos, en la que triunfaron los defensores de la relijion de la reina. Enardecidos por esta victoria los protestantes, presentaron un bill para abolir la misa y restablecer en lo jeneral la liturjia del rey Eduardo. De este modo, en una sola lejislatura, sin violencia y sin tumulto, se cambió todo el sistema de la relijion.

Desavenencias entre Isabel y Maria Estuardo. — Entretanto que Isabel y el parlamento trabajaban de consuno en fijar el estado de la relijion en el reino, el rey de Francia, Enrique II, á instigacion de los Guisas, tios de María Estuardo, no perdia de vista las pretensiones de su nuera á la corona de Inglaterra, como nieta de Enrique VIII; en consecuencia mandó al delfin y á su esposa que tomasen los títulos y las armas de los monarcas ingleses. Luego que llegó esto á noticia de Isabel, imajinó que la intencion del rey de Francia era disputarle su lejitimidad y sus derechos al trono, cuando hallase ocasion. Muerto Enrique II en un torneo, sucedióle su hijo Francisco II, que continuó llevando las armas y el título de rey de Inglaterra; desde este momento él y la reina de Escocia parecieron á Isabel sus mayores enemigos; tal fué el orijen de aquel odio profundo que persiguió á la desgraciada María hasta la tumba.

Reforma de la relijion en Escocia. — La reforma, que se habia hecho eminentemente popular en Escocia, no tardó en ocasionar en este pais turbulen-

cias, de las que Isabel resolvió sacar partido. Juan Knox, que acaba de llegar de Jinebra, donde se habia imbuido de todo el fanatismo de la secta de Calvino, aprovechándose de la fermentacion de los espíritus, estableció su cátedra en Perth, declamó con violencia contra la liturjia romana, y escitó á su auditorio á sacudir el yugo del papa. A sus predicaciones siguieron los mayores desórdenes, y no tardó la guerra civil en desolar todo el reino. Los jefes de la reforma solicitaron la proteccion de Isabel: el consejo de esta princesa no dudó en aprovechar una ocasion tan favorable á sus miras é intereses, y envió una escuadra con un ejército de ocho mil hombres á Escocia (1559). La aparicion de los ingleses terminó inmediatamente las sangrientas desavenencias de los escoceses; y los franceses, que defendian á los católicos, se vieron obligados á capitular y reembarcarse. Publicóse una amnistía jeneral, y poco tiempo despues el parlamento de Edimburgo abolió la jurisdicion del papa en Escocia, y estableció el formulario de la disciplina presbiteriana, sin cuidarse de la resistencia de la reina María, que negó su sancion á estos reglamentos.

La inesperada muerte de Francisco II (1561), y sobre todo la rejencia de Catalina de Médicis, hicieron insoportable á la reina de Escocia su permanencia en Francia, y resolvió trasladarse á su reino. Tenia entonces diezinueve años: su belleza y su afabilidad hicieron una impresion favorable en el ánimo de sus súbditos, y su retorno causó universal alegría. El primer cuidado de María Estuardo fué restablecer el órden en un pais dividido por las facciones y por los odios particulares; pero ecsistia un motivo que en breve debia privar á Maria del afecto jeneral que al principio le habian conciliado sus maneras y su conducta: era católica. Aislada en medio de ministros y de súbditos fanáticos, no tardó en esperimentar ultrajes que se renovaban á cada momento, y que soportaba con tanta dulzura como paciencia. María, privada de todo apoyo, creyó que el solo medio de asegurar su tranquilidad era mantener relaciones amistosas con la reina de Inglaterra, y las dos soberanas guardaron todas las apariencias de una sincera reconciliacion.

Gloria y poderio de la Inglaterra. — Isabel dirijió princi-

palmente su atencion á todo lo que podia aumentar la gloria y felicidad de la nacion inglesa: así es que desde los primeros años de su reinado estinguió una parte de la inmensa deuda de la corona; hizo reglamentos sobre la moneda, que sus predecesores habian alterado considerablemente, llenó de armas los arsenales, fortificó las fronteras, levantó el comercio y la navegacion, en fin aumentó su marina de tal modo, que fué tenida, con razon, como restauradora del poder marítimo de la Inglaterra, y como soberana de los mares del Norte.

A pesar de la estricta economía de la reina, sus esfuerzos para sostener á los protestantes de Francia y de Holanda habian agotado sus tesoros, y se halló en la necesidad de convocar un parlamento para obtener subsidios (1563). Al principio de las sesiones la cámara de los comunes le presentó una nueva peticion, en la que despues de hacerle presente los males que ocasionaba siempre una sucesion interrumpida y dudosa, la suplicaban que elijiese un esposo; y que en el caso de que aun conservase repugnancia al matrimonio, su sucesor fuese nombrado, ó al menos designado por un acta del parlamento. Convencida la reina de que cualquier heredero que designase, llegaria á ser para ella un rival, dió una respuesta equívoca á los comunes; y cuando al fin de la lejislatura esta cámara ecsijió una contestacion formal, la reina dijo únicamente, contra lo que habia asegurado al principio de su reinado, que no estaba absolutamente determinada á no casarse.

La paz continuaba con Escocia. María por conformarse con los votos de sus súbditos y de su consejo, se decidió á casarse con Enrique Estuardo, lord Darnley, primo-hermano suyo: Darnley era, despues de la reina de Escocia, el mas prócsimo heredero de la corona de Inglaterra. Isabel, irritada por esta union, protestó y se quejó como si hubiese recibido el mayor ultraje: este fué un nuevo pretesto para negarse á reconocer los derechos de María á sucederla, y para fomentar el descontento y el espíritu revolucionario de la nobleza y del clero de Escocia.

Habiéndose rebelado los escoceses contra su reina en 1568, tuvo esta que abdicar la corona en favor de su hijo Jacobo, que aun se hallaba en la infancia, y refujiarse en los estados de

Isabel, implorando su proteccion. La reina de Inglaterra, viendo á su rival en poder suyo, escuchó mas bien los consejos de la política que los de la jenerosidad, y declaró á María que no podia recibirla en su presencia hasta que se justificase de la muerte de su esposo, cuyo crímen se le imputaba. Al oir esta noticia, María derramó abundantes lágrimas, y cediendo á la necesidad de su situacion, respondió que sometia voluntariamente su causa al arbitrio de *su buena hermana*: fué, pues, trasladada de Bolton á Tutbury, en el condado de Stafford, bajo la guarda del conde de Shrewsbury. El duque de Norfolk era entonces el par mas ilustre de la nobleza de Inglaterra, así por lo esclarecido de su linaje como por su inmensa fortuna. Como era viudo y de la misma edad, con corta diferencia, que María Estuardo, sus amigos y los de esta princesa le sujirieron la idea de casarse con ella. Norfolk, previniendo que Isabel no daria jamás su consentimiento á este enlace, quiso antes fortificarse con la aprobacion de la alta nobleza, y la respuesta favorable de María á sus proposiciones, redobló su ardor para la ejecucion de su proyecto: se consultó secretamente á los reyes de Francia y de España, que estaban en los intereses de la reina de Escocia, y aprobaron la empresa. Una conspiracion tan estensa no podia escapar á la activa vijilancia de los ajentes de Isabel; este descubrimiento alarmó á la corte de Inglaterra: Norfolk y muchos de sus amigos fueron arrestados; á la reina de Escocia la trasladaron á Coventry, donde estuvo rigorosamente incomunicada por algun tiempo. Los partidarios de Norfolk, entre los cuales se hallaban los condes de Northumberland y de Westmoreland, corrieron inmediatamente á las armas y no tardaron en reunir en torno suyo multitud de jente del pueblo, arrastrada de su celo por la relijion católica; pero Norfolk, desde el fondo de su prision, les persuadió á que depusiesen las armas, y la rebelion se apaciguó en breve. La reina, en vista de la conducta del duque, le mandó poner en libertad, no ecsijiéndole mas que su palabra de renunciar al proyectado casamiento con la reina de Escocia.

Despues de un intervalo de cinco años se reunió un parlamento (1571), durante el cual empezó á manifestarse el espíritu de libertad y de independen-

cia que debia mas tarde apoderarse de la nacion entera. Los puritanos, que eran cierta clase de relijionarios ecsaltados por los ministros protestantes, se esforzaban en perfeccionar la obra de la reforma relijiosa; y el guarda-sellos, luego que cerró el parlamento, se quejó altamente de la audacia que habian mostrado algunos de sus miembros, queriendo ocuparse de asuntos que no eran de su competencia.

El duque de Alba, instrumento del despotismo de Felipe II en los Paises Bajos, irritado de que Isabel tomase bajo su proteccion á todos los flamencos que huian de su tiranía, mantenia relaciones secretas con María Estuardo. Animado del deseo de hacer dominar la relijion católica, envió varios ajentes á Inglaterra, encargados de entenderse con los descontentos de este reino para derribar el gobierno de Isabel: hacia falta un gran personaje que se pusiese á la cabeza de la empresa, y nadie pareció mas conveniente á los conspiradores que el duque de Norfolk, poderoso por sí mismo y querido del pueblo. El duque, picado de que solo se le hubiese concedido una libertad muy limitada, no tuvo escrúpulo en romper su empeño; entró en correspondencia con la princesa cautiva, y aun renovaron su promesa de casamiento. Esta nueva conspiracion estuvo oculta por algun tiempo; pero Norfolk fué vendido por uno de sus criados, y la declaracion del obispo de Ross hizo evidente su delito. Un jurado compuesto de veintiseis pares le condenó á muerte por unanimidad, y sufrió su sentencia con mucha calma y firmeza (1572).

Sublevadas algunas provincias de los Paises Bajos, á cuya cabeza se puso Guillermo, príncipe de Oranje, enviaron una embajada á Lóndres para ofrecer á Isabel la soberanía de su pais si les ayudaba con sus fuerzas; pero Isabel no ambicionaba conquistas y rehusó la oferta de los flamencos y holandeses; sin embargo les envió un socorro de veinte mil libras esterlinas, cinco mil hombres de infantería y mil caballos (1578). Felipe II, para vengarse de esta proteccion concedida á los que él miraba como súbditos rebeldes, hizo pasar un cuerpo de setecientos españoles é italianos á Irlanda, cuyos habitantes, naturalmente turbulentos, y detestando el gobierno inglés por principio de relijion, estaban siempre prontos á unirse al primero que qui-

siera invadir el reino de Isabel. Atacado en breve el jeneral español por el conde de Ormond, se defendió mal y tuvo que rendirse á discrecion. Cuando el embajador inglés se quejó de estas hostilidades á la corte de España, se le contestó con otras quejas semejantes sobre las piraterías de Francisco Drake. En efecto, este valiente marino partió de Plymouth en 1577 con cuatro navíos y una pinaza, á bordo de los cuales se hallaban ciento sesenta y cuatro marineros determinados; habia atravesado el estrecho de Magallanes, atacado á los españoles en la América meridional, y hécholes presas importantes. Drake fué el primer inglés que efectuó la circumnavegacion del globo, y volvió sin accidente á su patria despues de un viaje de mas de tres años. A su retorno quisieron persuadir á la reina que desaprobase los hechos de Drake para evitar el resentimiento de España; pero Isabel, admirando su valor, no quiso sacrificar al intrépido navegante; le hizo caballero, y aun aceptó un convite que la dió á bordo de uno de los navíos que habian hecho tan memorable viaje.

Descubriéronse en esta época algunas conspiraciones contra Isabel, que se imputaron, con bastante fundamento al parecer, á la reina de Escocia. Esta desgraciada princesa, deseosa de de romper sus hierros y llevada de su celo por la relijion, dió algunos pasos imprudentes que proporcionaron por fin á sus enemigos un pretesto para consumar su pérdida. Ballard, cura católico del seminario de Reims, inducido por el rey de España y por el duque de Guisa, pasó á Inglaterra disfrazado en traje de soldado, y reunió todos sus esfuerzos para realizar á la vez un plan de asesinato, de levantamiento y de invasion. La primera persona á quien se dirijió fué Antony Babington, jentilhombre del condado de Derby, jóven de carácter ardoroso, adicto á la causa de la reina de Escocia y á la comunion católica: este trabajó inmediatamente en proporcionarse cómplices y dió parte del complo á María, que le aprobó, observando que la muerte de Isabel debia preceder á cualquiera otra tentativa; pero Gifford, uno de los conjurados, descubrió la conspiracion al secretario de estado Walshingam, y aun le comunicó las cartas escritas por María á Babington. Ballard fué preso; los demás

conjurados huyeron, y descubiertos luego en sus retiros, fueron condenados á muerte y ejecutados.

SUPLICIO DE MARIA ESTUARDO. —(1587) Despues de haberse desembarazado de los conspiradores menos importantes, se tomaron medidas para procesar á María, que fué trasladada al castillo de Fotheringay, en el condado de Northampton: nombráronse para interrogarla y juzgarla, cuarenta comisarios sacados del cuerpo de la nobleza y del consejo privado. En esta circunstancia solemne, María se condujo con la mayor dignidad: protestó de su inocencia; declaró que ella era princesa independiente y que no reconocia en Isabel el derecho de hacerla juzgar por un tribunal inglés; pero todas sus protestas y denegaciones fueron inútiles, porque la opusieron sus mismas cartas y las confesiones de los conjurados; fué, pues, sentenciada á muerte. Las dos cámaras del parlamento ratificaron unánimemente esta sentencia, y presentaron á Isabel una peticion para que la mandase publicar y ejecutar. La reina mostró al principio algunos escrúpulos é indecision, y aun preguntó si no se hallaria un medio que pudiese asegurar la tranquilidad pública y ahorrarle á ella el dolor de firmar la sentencia de muerte de su parienta; pero luego que las potencias estranjeras quisieron intervenir por medio de sus embajadores, ensoberbecióse su orgullo, y se determinó á mandar la ejecucion de la fatal sentencia: las solicitudes del rey de Escocia, que la escribió en los términos mas enérjicos en favor de su desventurada madre, no obtuvieron mejor resultado. Isabel firmó la órden y la remitió al secretario de estado Davison, quien despues de revestirla con el sello real, la confió á los condes de Kent y de Shrewsbury, que se trasladaron á la fortaleza de Fotheringay.

María oyó con sorpresa, pero sin sobresalto la lectura de su sentencia, se despidió aquella noche de todos sus criados, y cuando al dia siguente la anunciaron que se la esperaba, contestó que estaba pronta, tomó un crucifijo en la mano, y se dirijió con calma y majestad á la sala donde se habia levantado el patíbulo, dentro de la misma fortaleza en que estaba presa. Sostuvo sin debilidad la vista de aquella habitacion cubierta de negro, lo mismo que el fatal tablado, y despues de encomendar su alma al Cria-

dor, presentó con valor su garganta al verdugo, que de dos hachazos separó su cabeza del cuerpo.

Cuando Jacobo supo el trájico fin de su madre, mostró el mas vivo sentimiento, y parecia que solo respiraba guerra y venganza; pero bien pronto recordó que él era entonces el único heredero de la corona de Inglaterra, y que podria perder tan magnífica herencia si abiertamente rompia las hostilidades contra la que le podia privar de ella: los consejos de la prudencia acallaron pues los de la indignacion. La del rey de España no se apaciguó tan fácilmente: no tardó en saber Isabel los formidables preparativos que hacia este monarca para invadir la Inglaterra y conquistar su reino. En todos los puertos de Sicilia, Nápoles, España y Portugal, habia hecho Felipe construir navíos de una forma y fuerzas estraordinarias: la mas alta nobleza de Italia y España solicitó el honor de asociarse á esta grande empresa; y los españoles enorgullecidos con sus fuerzas, habian dado ya á su escuadra el nombre de *Armada invencible.*

Isabel se preparó para defender su corona contra las fuerzas reunidas de España, é hizo que todas las ciudades marítimas del reino suministrasen embarcaciones para aumentar su escuadra, poco numerosa entonces: lord Howard de Effingham, sujeto de mucho valor y capacidad, fué nombrado gran almirante, y los primeros marinos de Europa, Drake, Hawkins y Frobisher, sirvieron á sus órdenes.

La armada española, luego que salió de la embocadura del Tajo (1588) llena de esperanza y de alegría, fué asaltada por una tempestad que dispersó ó sumerjió muchos de sus navíos; pero se reparó prontamente y se hizo á la mar: se componia de ciento treinta buques enormes, que llevaban á bordo treinta mil hombres, y dos mil setecientos treinta cañones de bronce. El almirante español, duque de Medina Sidonia, tenia órden de hacerse á la vela para las costas de Flandes, reunirse con el duque de Parma, y dirijirse luego al Támesis para ejecutar el desembarque de todo el ejército; mas apenas entró en la Mancha, salió Effingham con su escuadra de Plymouth en su alcance, y no cesó de inquietar al enemigo con escaramuzas contínuas. La armada española dirijió entonces su rumbo hácia Calais, y an-

cló delante de este puerto, esperando que el duque de Parma, instruido de su aprocsimacion, se haria á la mar, y se le reuniria con sus fuerzas. El almirante inglés recurrió entonces á una estratajema y consiguió los resultados que apetecia: llenó de materias combustibles ocho de sus mas pequeñas embarcaciones, y las hizo avanzar una tras otra en una noche oscura, al medio de la armada enemiga; los españoles no tuvieron mas recurso para escapar del incendio que cortar los cables y largarse á alta mar en el mayor desórden. A la mañana siguiente, aprovechándose de su terror los ingleses, cayeron sobre ellos y les tomaron ó destruyeron hasta doce navíos. El duque de Medina Sidonia, cansado de combatir con tanta desventaja, tomó la resolucion de volverse á España por el norte de Escocia y de Irlanda; pero luego que la armada pasó las Orcadas, fué asaltada de otra violenta tempestad que arrojó muchas de sus embarcaciones sobre las costas occidentales de Escocia, y sobre las playas inhospitalarias de Irlanda: puede asegurarse que no volvió á España la mitad de aquella formidable armada.

Despues de un reposo de algunos años, en cuyo tiempo no sucedió cosa notable, instruida Isabel de que la España hacia grandes preparativos para arriesgar una nueva invasion en Inglaterra, determinó volver todas sus fuerzas contra esta encarnizada enemiga, y prevenir su ataque ganándola por la mano. Una armada considerable se hizo á la vela desde Plymouth el dia 1.° de junio de 1596, y aprovechando un viento favorable se dirijió hácia el mediodia de España. Essex, que mandaba el ejército de tierra, descendió al fuerte de Puntales con sus tropas y marchó en derechura á Cádiz, cuya plaza tomó despues de un combate de seis horas. La jenerosidad del conde de Essex que no era menor que su valor, impidió la mortandad de sus habitantes: los ingleses recojieron un rico botin, que hubiera sido mucho mayor, si el almirante español no mandára poner fuego á sus embarcaciones para evitar que cayeran en poder de los enemigos. La pérdida de los españoles fué valuada en veinte millones de ducados.

A pesar de la paz concluida en Vervins entre Enrique IV y Felipe II, Isabel continuó la guerra contra España para sostener á los holandeses. El conde

de Essex, que deseaba adquirir gloria y desplegar sus talentos militares, mantenia firme á la reina en esta resolucion: la persona del favorito era tan agradable á Isabel como sus consejos; y si él hubiese tenido circunspeccion y prudencia, hubiera logrado toda su confianza; pero su espíritu altivo no sabia doblegarse á una ciega deferencia. Un dia que disputaban los dos sobre la eleccion de un gobernador para Irlanda, olvidó Essex de tal modo el respeto que debia á la reina, que se encolerizó y la volvió la espalda: Isabel, naturalmente violenta, le dió un bofeton, y Essex, en vez de aplacarla con la sumision debida á su secso y á su elevado carácter, llevó la mano á la guarnicion de la espada, y trasportado de cólera se retiró inmediatamente de la corte; pero su desgracia solo duró seis meses, al cabo de los cuales Isabel olvidó su audacia y le volvió á admitir en su favor como anteriormente.

Insurreccion de Irlanda. — (1599) La dominacion de Inglaterra sobre Irlanda, aunque establecida mas de cuatro siglos hacia, era mas bien nominal que real y efectiva. En vez de hacer disfrutar á los irlandeses de las ventajas de las leyes inglesas, los conquistadores los habian tratado constantemente como estranjeros y enemigos: de este modo el deseo de venganza unido á su natural, todavia salvaje, arrastró mas de una vez á estos desgraciados habitantes á las revueltas; y á fuerza de malos tratamientos los hicieron cada dia mas intratables y peligrosos. En la época á que hemos llegado, Hugo O'Neale, á quien Isabel habia creado conde de Tyrona, formó el proyecto de romper abiertamente con la Inglaterra y volver la independencia á su patria; para lo cual entró en negociaciones con España, que le auxilió con hombres y municiones (1599). Los ministros ingleses conocieron entonces que las alteraciones de Irlanda habian llegado á un punto que ecsijia medidas vigorosas: Essex, á quien nombraron gobernador del pais insurreccionado, con privilejios que no habia obtenido ninguno de sus predecesores, marchó contra los rebeldes con veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos. Luego que desembarcó, cometió una falta en el plan de sus operaciones, que causó la ruina de su empresa: en vez de dirijirse inmediatamente á la provincia de Ulster, contra Tyrona que era el principal ene-

migo, perdió el tiempo en reducir á los sediciosos de Munster. Entretanto, las enfermedades producidas por las marchas penosas y por la intemperie del clima, se estendieron por el ejército y le disminuyeron considerablemente: cuando se puso en marcha hácia Ulster apenas le quedaban cuatro mil hombres. Conociendo que le seria imposible hacer nada importante con este puñado de soldados, consintió en una conferencia que le propuso Tyrona, en la cual acordaron una suspension de armas hasta la primavera siguiente, y aun prestó oidos Essex á algunas proposiciones de paz hechas por el jefe rebelde, que encerraban condiciones muy ecsorbitantes; lo que hizo suponer mas adelante que el lord gobernador tenia intelijencia con el enemigo.

Suplicio del conde de Essex, favorito de Isabel. — (1601) El écsito singular de aquella empresa tan dispendiosa, provocó la cólera de Isabel. Llegado Essex á Inglaterra, le mandó la reina que permaneciese arrestado en su casa y que diese cuenta de su conducta ante el consejo privado. Essex aparentó someterse á la voluntad de su soberana, pero buscó la confianza de los católicos y se procuró el favor del rey de Escocia: luego que reunió como unos doscientos descontentos, concibió el proyecto de apoderarse de la reina y crear un nuevo gobierno; mas el dia que tuvo lugar la insurreccion, en vano ecsortó á los habitantes de Lóndres á tomar las armas, pues ni uno solo se le unió. Essex se retiró á su casa con algunos pocos de sus parciales, resuelto á defenderse hasta el último estremo, y por último se rindió á discrecion.

Un jurado compuesto de veinticinco pares, juzgó á Essex y á los mas notables de sus cómplices; y como el crímen de los procesados era demasiado evidente para que escitára la menor duda en el ánimo de los jueces, los condenaron á muerte. Compadecida la reina de la situacion de Essex, y acordándose de sus tiernos sentimientos para con él, firmó y revocó varias veces consecutivamente la órden para su ejecucion; pero cuando vió la obstinacion del conde en no implorar su clemencia, cuyo paso esperaba de él á cada momento, firmó definitivamente la órden fatal. Essex solo tenia treinta y cuatro años cuando su carácter fogoso y su imprudencia le con-

dujeron á un fin tan deplorable (1601).

MUERTE DE LA REINA ISABEL. — Mountjoy, que sucedió á Essex en el gobierno de Irlanda, derrotó á Tyrona en varios encuentros, y arrojó del pais á los españoles que habian ido en apoyo de los sediciosos; la mayor parte de los jefes irlandeses, despues de haber estado ocultos en los bosques por algun tiempo, se sometieron y aceptaron las condiciones que se les quisieron imponer. Pero ningun acontecimiento dichoso era capaz de infundir alegría en el ánimo de Isabel: despues de la muerte de Essex, habia caido en una profunda melancolía que no podian curar el esplendor y gloria de su reino: por último se abandonó á la mas sombría desesperacion, y rehusando tomar alimentos, pasó los dias y las noches tendida sobre una alfombra y recostada en unos almohadones: tan largos tormentos, desgarrando su alma debilitaron su cuerpo, y su fin pareció prócsimo. Reunióse el consejo y envió una diputacion á la reina para saber su voluntad acerca de su sucesor. Isabel señaló por heredero al rey de Escocia como su mas prócsimo pariente. Poco tiempo despues su voz se estinguió del todo, sus sentidos se debilitaron, y cayó en un sopor letárjico: espiró sin agonía á los setenta años de edad, habiendo reinado cuarenta y cinco (1603).

El reinado de Isabel debe mirarse como uno de los mas prósperos y gloriosos de la historia de Inglaterra. Esta reina poseia superiormente el grande arte de gobernar: pocos monarcas ingleses subieron al trono en circunstancias mas difíciles, y ninguno gobernó con tan buen écsito y tan sostenido: si se esceptuan algunos actos de violencia que la hicieron cometer su carácter imperioso y el deseo de conservar las prerogativas que le trasmitieron sus predecesores, sus súbditos solo tuvieron motivos para felicitarse de su autoridad absoluta. El descubrimiento de tierras lejanas y desconocidas, y la larga paz que hizo disfrutar á su reino, desarrollaron el jenio comercial y marítimo de la Inglaterra y la elevaron al rango de las primeras potencias de Europa. Las numerosas familias protestantes que las persecuciones arrojaron de Francia y de los Paises Bajos, llevaron su industria á los estados de Isabel y proporcionaron á las fábricas y al comercio una estension considerable. En su reinado se cons-

truyó el edificio de la Bolsa, cuya obra fomentó, y la compañía de las Indias orientales le debe sus primeros privilejios.

Jacobo I, primero de la dinastia de Estuardo. — (1603) La corona de Inglaterra pasó de la casa de Tudor á la de Estuardo sin la menor oposicion: Jacobo fué recibido por los ingleses con aclamaciones de la mas viva alegría. Aun cuando trajo consigo de Escocia gran número de cortesanos, dejó casi todos los principales empleos en manos de los ministros de Isabel, y encomendó la direccion de los negocios interiores y esteriores á sus súbditos ingleses: de este número fué Cecil, secretario de estado de Isabel, á quien siempre tuvo Jacobo por su primer ministro y principal consejero.

Los primeros actos del rey se resintieron de la educacion que habia recibido y de su inclinacion á argumentar en materia de relijion. Convocó una asamblea del clero en Hamptoncourt, con objeto de terminar las disputas teolójicas entre la Iglesia anglicana y los protestantes: el mismo Jacobo tomó parte en estas conferencias, las cuales no tuvieron ningun resultado importante: los puritanos, que vinieron á la asamblea con su espíritu de independencia y con la intencion de pedir la reforma completa de los hombres y de las cosas, solo obtuvieron la publicacion de un catecismo nacional y una nueva traduccion de la sagrada Escritura.

Conspiracion de la pólvora. — (1605) El resentimiento de los católicos, que esperaban la proteccion del nuevo rey, fué igual á su sorpresa cuando le vieron decidido á hacer ejecutar rigorosamente las leyes publicadas contra ellos. Catesby, sujeto de antigua nobleza, fué el primero que formó el designio de una venganza estraordinaria: resolvió destruir de un solo golpe al rey, á la familia real, á los lores y á los comunes, haciendo una mina debajo del salon de las sesiones, y elijiendo para volarla el momento en que el rey estuviese pronunciando el discurso de apertura: hizo entrar en este infernal proyecto á Percy, descendiente de la ilustre casa de Northumberland. Los conjurados que sucesivamente fueron entrando en el complot, se obligaron con juramento, recibiendo al mismo tiempo la comunion de manos de un padre jesuita, á no descubrirse unos á otros. Alquilaron á nombre de Percy una casa contigua al edificio del par-

lamento, y colocaron treinta y seis barriles de pólvora en la cueva; pero algunos dias antes de abrirse el parlamento, una carta anónima advirtió á lord Mounteagle el golpe terrible que amenazaba á las cámaras y á la familia real. Mounteagle remitió esta carta á lord Salisbury, secretario de Estado, y este la comunicó al rey. Mandáronse visitar todas las bóvedas que habia debajo del edificio de las cámaras, y hallaron en una cueva á uno de los conspiradores, llamado Fawkes, que era el conductor de las mechas y de todo lo necesario para dar fuego á los barriles de pólvora, que se encontraron debajo de unos haces de leña. Amenazado Fawkes ante el rey y su consejo, manifestó al principio mucha intrepidez y no quiso revelar sus cómplices; pero viéndose encerrado en la Torre, y abandonado á sus reflecsiones, la amenaza del tormento abatió todo su valor, y triunfó de su resistencia, declarando por último quiénes eran los conspiradores, los cuales no pasaban de ochenta. De estos, unos, entre ellos Catesby y Percy, murieron resistiéndose valerosamente contra los que enviaron en su persecucion; los otros, hechos prisioneros, perecieron en el cadalso. La historia ha marcado este acontecimiento con el nombre de *Conspiracion de la pólvora.*

En esta época parecia que Jacobo poseia el afecto de sus súbditos ingleses y del parlamento; su talento le valió entre el pueblo el sobrenombre de segundo Salomon; pero cuando quiso efectuar la reunion de Inglaterra y de Escocia, esperimentó de parte de los dos reinos la mas obstinada resistencia; no pudo vencer la antipatía nacional; y todos los esfuerzos del rey solo consiguieron la abolicion de las leyes hostiles entre las dos naciones (1606).

Principio de la lucha entre la corona y el parlamento. — Debe notarse desde esta época la tendencia de los comunes á resistir á la ecsorbitante prerogativa real. Jacobo necesitaba dinero para la conservacion de la marina y para apaciguar un levantamiento en Irlanda: en la lejislatura de 1610, su gran tesorero espuso la necesidad de un cuantioso y pronto subsidio; pero sus razones no hicieron impresion alguna en los comunes, y Jacobo tuvo la mortificacion de haber descubierto sus necesidades inútilmente. En medio de los contínuos ataques dirijidos

contra sus privilejios, Jacobo no dejó de manifestar, y algunas veces con violencia, las ideas que habia concebido de la monarquía y de la autoridad soberana; pero su resistencia no hizo otra cosa que dar mas fuerza á los principios de libertad que comenzaban á jerminar en la nacion, y que en breve debian estallar derribando el trono.

Mirado Jacobo como lejislador de la Irlanda, presenta un aspecto mas favorable; con respecto á esta isla siguió un plan firme y regular y abolió los antiguos usos que ocupaban el lugar de las leyes: despues de haber sustituido á sus costumbres salvajes la lejislacion inglesa, tomó á los naturales bajo su proteccion y los declaró ciudadanos libres. De este modo introdujo la humanidad y la justicia en un pueblo que hasta entonces habia estado sumido en la barbárie.

La muerte repentina de Enrique, príncipe de Gales, esparció en la nacion un dolor universal (1612). Este príncipe, que apenas tenia diezioch o años, estaba dotado de las mas brillantes cualidades, y por la dignidad de su conducta imponia ya mas respeto que su padre con su saber y su esperiencia. El mismo año, la princesa Isabel, hija del rey, casó con Federico, conde palatino del Rhin; cuyo enlace tuvo fatales consecuencias para Jacobo y para su yerno. El elector, confiado en esta alianza, se arrojó á empresas superiores á sus fuerzas; y el rey, rehusando ayudarle, acabó de perder hácia el fin de su vida, el poco afecto que le tenian sus súbditos.

Jacobo, como todos los reyes dados á los placeres, se dejó gobernar por sus favoritos: á Roberto Carr, que fué sucesivamente creado conde de Somerset y lord chambeland, y que por último vió pagadas sus complacencias con la mas ruidosa desgracia, le sustituyó Jorje Willers, que á las ventajas de su bella figura unia una política esquisita, adquirida en la corte de Francia: este magnate subió de un golpe á la cumbre de los honores y de las riquezas; en el espacio de pocos años llegó á ser duque de Buckingham, caballero de la órden de la Jarretiera, gran escudero y gran almirante del reino.

Sir Walter Raleigh, complicado en la conspiracion que tuvo por objeto colocar en el trono á Arabela Estuardo, parienta próc-sima del rey, hacia trece años que jemia en la Torre, cuando de

repente la nacion, reflecsionando en la dureza, por no decir injusticia, de la sentencia que le condenó, se compadeció de este espíritu activo y emprendedor, y admiró la grandeza é inalterable firmeza de su alma. Para fomentar Raleigh estas disposiciones favorables, en las que fundaba la esperanza de su libertad, hizo esparcir la voz de que habia descubierto una mina de oro en la Guyana. El rey, sin dar crédito á esto, que lo tenia por fábula, hizo no obstante abrir las puertas de la Torre al infortunado preso, y le permitió tentar la aventura; pero con espresa prohibicion de perjudicar en nada á los establecimientos españoles del Nuevo Mundo. Raleigh partió con catorce velas. Apenas llegó á las bocas del Orinoco, olvidando el precepto real, hizo atacar la ciudad de Santo Tomás por el capitan Keymis, que le era adicto: Keymis se apoderó de la ciudad, á la que puso fuego; pero no halló en ella cosa alguna de considerable valor, ni que justificase las brillantes promesas de Raleigh. Los demas aventureros conocieron que habian sido engañados, y decidieron dar la vuelta prontamente á Inglaterra, obligando á su jefe á seguirlos para que justificase su conducta. La España hacia resonar altamente sus quejas: el consejo privado, para darle satisfaccion, declaró que Raleigh habia abusado de la confianza del rey, y le condenó á muerte como culpable de alta traicion. Jacobo firmó la órden para la ejecucion de la sentencia, y Raleigh recibió el golpe fatal con la mayor indiferencia (1618).

Este sacrificio, al enemigo secreto de la Inglaterra, del solo hombre que tenia reputacion de valor y esperiencia militar, fué una bajeza á los ojos de la nacion; y semejante complacencia llegó á ser aun mas odiosa cuando vieron á Jacobo mantener una estrecha amistad con la España. En efecto, el embajador Godemar, para distraer la atencion de Jacobo de los sucesos que pasaban entonces en Alemania, ofreció para el príncipe Cárlos la mano de la segunda princesa de España. Jacobo entró en negociaciones; y aunque los estados de Bohemia, arrastrados por el fanatismo relijioso de su siglo, tomaron las armas contra el emperador Fernando, y ofrecieron la corona á Federico, elector Palatino, probablemente á causa de su alianza con la Inglaterra, Jacobo rehusó obstinadamente enviar socorros á

su yerno: Federico, derrotado en la grande y decisiva batalla de Praga, fué arrojado del palatinado, y obligado á refujiarse en Holanda con su familia. La neutralidad y la inaccion de Jacobo escitaron las quejas y murmuraciones de toda la Inglaterra.

El gran sello estaba á la sazon en manos del célebre Francisco Bacon, creado lord Verulam, personaje universalmente admirado por la grandeza estraordinaria de su jenio. Su falta de economía y su liberalidad con la jente de su casa apuraron su caudal, y para subvenir á sus profusiones se decidió á aceptar los regalos que le hacian los que iban á pretender á la cancillería. Llegaron las quejas de esto á la cámara de los comunes, que presentó un acta de acusacion á la de los pares, y el canciller fué condenado á pagar una multa de cuarenta mil libras esterlinas, á permanecer preso en la Torre todo el tiempo que fuese la voluntad del rey, y que no pudiese obtener en lo sucesivo ningun oficio ni empleo (1621). Sin embargo, su prision no fué muy dilatada; el rey, en consideracion á su raro mérito, le perdonó la multa y le señaló una pension anual de mil ochocientas libras esterlinas. Las inmortales producciones literarias de Bacon le han valido para con la posteridad el olvido de sus faltas y debilidades.

La cámara de los comunes, persuadida de que era la protectora natural de los derechos del pueblo, y que le pertenecia la reparacion de las injusticias, dirijió en esta época (1621) algunas representaciones al rey, en las que le suplicaba que tomase inmediatamente la defensa del Palatinado, que volviese sus armas contra la España, y que no casase á su hijo sino con una princesa protestante. Jacobo miró este paso tan atrevido como un atentado contra sus prerogativas, y escribió inmediatamente al presidente, quejándose con amargura de que la cámara entrase en discusiones que no eran de su competencia, y prohibiéndola mezclarse en cosa alguna concerniente al gobierno. Esta carta violenta irritó á la cámara en vez de atemorizarla: segura del afecto del pueblo, sostuvo que tenia derecho á aconsejar en todos los negocios del estado, y que las libertades, franquicias, privilejios y jurisdiciones del parlamento eran una herencia incontestable de todos los ingleses. El rey se en-

furedió; mandó que le llevasen el rejistro de la cámara; con su propia mano rasgó la protesta, y cerró el parlamento por medio de una proclama en la cual hacia la apolojía de su conducta.

Para concluir definitivamente el casamiento del príncipe de Gales, con la infanta de España, envió Jacobo al conde de Bristol cerca de Felipe IV, en calidad de embajador (1622). Las condiciones por ambas partes estaban ya arregladas y solo faltaba la dispensa de Roma, cuando las lisonjeras esperanzas del rey fueron destruidas de repente por la temeridad de Buckingham. Este ministro imprudente persuadió al príncipe Cárlos que un viaje á Madrid seria una galanteria imprevista, que le presentaria á los ojos de la princesa con el doble título de amante rendido y de aventurero animoso. El alma cándida del jóven principe se dejó fácilmente seducir por esta idea novelesca. Pusiéronse, pues, en camino acompañados únicamente de dos oficiales, atravesaron la Francia disfrazados y sin ser conocidos, y aun se arriesgaron á presentarse en un baile de la corte, donde Cárlos vió á la princesa Enriqueta, con quien despues se casó, que estaba entonces en la flor de su edad y de su hermosura. Los dos aventureros llegaron á Madrid á los once dias de su salida de Lóndres. El rey de España recibió al príncipe de Gales con grandes honores; sin embargo, la infanta solo se mostró en público á su amante, porque la etiqueta española no admitia entrevistas particulares antes de llegar las bulas de dispensa; pero el papa difirió su espedicion, con la esperanza de que durante la permanencia del príncipe en España se conseguiria convertirle á la fé católica. Cárlos se impacientó con aquella dilacion y se volvió á Inglaterra, dejando al pueblo español la mas favorable idea de su carácter: no así Buckingham que por sus indecentes libertades, sus disoluciones y su arrogancia, llevó consigo la aversion jeneral. El favorito de Jacobo, temiendo la influencia que la España adquiriria en los negocios de Inglaterra, luego que llegase la infanta, empleó todo su crédito para hacer abortar aquel casamiento: Jacobo renunció repentinamente á este proyecto que hacia muchos años era el objeto de todos sus deseos, y rompió de todo punto con la España.

Despues de esta ruptura dirijió Jacobo sus miras hácia la

Francia, y concluyó un tratado de casamiento entre el príncipe de Gales y la princesa Enriqueta, hermana de Luis XIII. Si mucho placer causó al rey esta alianza, otro tanto le desagradaron las operaciones militares que se vió obligado á emprender, á causa de su repugnancia invencible al estruendo de las armas. Era preciso satisfacer las ecsijencias de la nacion, que pedia á grandes gritos la recuperacion del Palatinado, y envió un ejército de doce mil infantes y dos mil caballos á las órdenes del conde de Mansfeld. Esta espedicion fué tan mal dirijida, que la mitad de los soldados murieron á bordo, de una enfermedad pestilencial; y los restantes, debilitados por la enfermedad, se creyeron en muy corto número para marchar hasta el Palatinado.

Jacobo, que amaba apasionadamente la paz, no vivió mucho tiempo despues que se empezaron las hostilidades. En la primavera de 1625 fué atacado de unas tercianas que le condujeron al sepulcro, á los cincuenta y nueve años de edad, habiendo reinado veintidos en Inglaterra.

Bajo el reinado de este monarca, todas las ventajas que distinguen á una nacion floreciente recibieron un acrecimiento notable: no solo la paz, que procuró mantener, favoreció la industria y el comercio que apenas salian de la infancia, sino que su aficion natural le inclinó á protejer las artes pacíficas. De la época de Jacobo I data el renacimiento de las letras en Inglaterra; pero lo que distingue mas particularmente el reinado de Jacobo, es la fundacion de las colonias inglesas en la América del Norte. Todos los ingleses á quienes no agradaba el gobierno ó la relijion que dominaban en su patria, iban á buscar la libertad en aquellos salvajes desiertos; y las luces de estos desterrados voluntarios, unidas á su amor al trabajo, esparcieron el jérmen de la civilizacion en aquellas tierras donde las costumbres feroces de sus primitivos habitantes habian mantenido hasta entonces la desolacion.



CAPITULO IV.

Cárlos I. — Disolucion del primer parlamento. — Segundo parlamento y acusacion contra Buckingham. — Gobierno arbitrario de Cárlos. — Tercer parlamento: peticion de derechos. — Prórogą del parlamento: asesinato del duque de Buckingham. — Segunda lejislatura: disolucion del tercer parlamento. — Nuevas causas de descontento público. — Sublevacion de Escocia. — Convocacion del parlamento largo. — Proceso y muerte de Strafford. — Paz con los escoceses. — Insurreccion de Irlanda. — Preparativos para la revolucion. — Asonadas. — Estalla la revolucion: sale el rey de Lóndres. — Guerra civil. — Encuentros entre los realistas y los parlamentarios. — La Escocia se declara por el parlamento y la Irlanda por el rey. — Victorias de los parlamentarios. — Cárlos se refujia en el campamento escocés, y es entregado á los parlamentarios. — Discordia entre el parlamento y el ejército. — Violencias del ejército contra el parlamento. — Fuga de Cárlos I: vuelve á ser prisionero. — Nueva guerra con los escoceses. — Peticion del ejército para procesar al rey. — Inútiles esfuerzos de las cámaras en favor de Cárlos. — Proceso del rey. — Ejecucion de Cárlos I. — Abolicion de la dignidad real.

Cárlos I. — (1625) Apenas tomó Cárlos las riendas del gobierno, convocó un parlamento en Westminster, y en un discurso lleno de sencillez y de franqueza espuso á las cámaras la necesidad que tenia de metálico para la guerra de España; pero solo obtuvo un socorro de ciento doce mil libras esterlinas. La cámara de los comunes renovó sus quejas sobre los progresos del papismo y pidió la rigorosa ejecucion de las leyes penales contra los católicos. Cárlos respondió al principio con dulzura á estas representaciones; pero cuando vió que las cámaras estaban resueltas á no concederle todos los subsidios que podia, y que solo debia esperar de ellas peticiones desagradables, cerró el parlamento con pretesto de la peste que asolaba á Oxford.

Segundo parlamento, y acusacion contra Buckingham. — El rey tomó entonces un empréstito de sus vasallos y equipó una

armada de ochenta buques, con diez mil hombres de desembarco, la cual, al mando del caballero Eduardo Cecil, se hizo á la vela para Cádiz; pero la peste que se estendió entre los marineros y las tropas malogró la espedicion. Cárlos se vió precisado á recurrir nuevamente al parlamento (1626). Los comunes le concedieron subsidios; pero al mismo tiempo dirijieron sus ataques contra Buckingham, por el cual se dejaba gobernar el rey, lo mismo que su padre, y le acusaron de alta traicion. Prohibióse á la cámara que se ocupase del duque, ministro de S. M., y fueron encarcelados dos de sus miembros, encargados de proseguir la acusacion. Inmediatamente declararon los comunes que suspenderian todos los negocios hasta que se reconociesen los privilejios de la cámara, y Cárlos se vió obligado á poner en libertad á los dos presos. Pero esto solo sirvió para enardecer mas á los comunes, que prepararon una representacion contra la esaccion de los derechos de tonelaje y los que pagaban los jéneros. Irritado el rey de tantas usurpaciones, cuyo término no prevía, cerró por segunda vez el parlamento.

Gobierno arbitrario de Cárlos. — Cárlos I, con objeto de reponer su tesoro, nombró entonces abiertamente una comision para tratar con los católicos y dispensarles, á precio de oro, de las leyes penales publicadas contra ellos. Ademas ecsijió de la nobleza y de la ciudad de Lóndres un préstamo de cien mil libras esterlinas. Gran número de ciudadanos rehusaron dar su dinero, y aun empeñaron á sus vecinos á sostener sus comunes derechos; pero el consejo espidió una órden por la cual fueron presos los mas ecsaltados.

En estas circunstancias Cárlos I, que habia sido desgraciado en todas sus empresas contra la casa de Austria, que se hallaba en lucha contra sus mismos súbditos, y sin otros tesoros que los que arrancaba por los medios mas violentos, cometió todavia la imprudencia de romper con la Francia. Este rompimiento fué obra de su ministro Buckingham, que queria vengarse del cardenal de Richelieu por lo que vamos á referir. Cuando Cárlos se casó con la princesa Enriqueta por medio de poderes, Buckingham fué el que pasó á Francia para representar á su señor en la ceremo-

nia del desposorio. Los halagos de la corte inspiraron al duque la audacia de dirijir sus amorosos obsequios á la reina Ana de Austria, madre de Luis XIII. Luego que Buckingham terminó su comision, salió de París, pero volvió á esta ciudad secretamente, y habiéndose presentado en la habitacion de la reina, fué despedido por ella con una repulsa en que se notaba mas ternura que cólera. Informado Richelieu de esta pasion estravagante, y sabiendo que el duque se ocupaba en los preparativos de una nueva embajada á París, hizo que Luis le despachase un correo prohibiéndole que efectuase aquel viaje. Buckingham, en el trasporte de su amor novelesco, juró que veria á la reina á pesar de todo el poderío del rey de Francia, y desde este momento se resolvió la guerra contra aquel monarca. En consecuencia, el duque, que ignoraba tanto el arte de la guerra como el de la marina, hizo que se le confiriese el mando de una escuadra de cien buques, que llevaba á bordo siete mil hombres de desembarco, y se hizo á la vela hácia la Rochela, para sostener á los hugonotes de Francia; pero cuando se presentó delante de esta plaza, sitiada á la sazon por Luis XIII, los habitantes rehusaron recibir á unos aliados de cuya llegada no habian tenido aviso alguno preventivo. Buckingham dirijió entonces su rumbo á la isla de Re, donde desembarcó sus tropas; mas al aprocsimarse los navíos franceses juzgó que era prudente emprender la retirada, y se volvió á Inglaterra, deshonrado en su doble cualidad de jeneral y de almirante, y con la tercera parte de sus tropas (1627).

Tercer parlamento: peticion de derechos. — Convocóse un tercer parlamento, y Cárlos y su ministro se lisonjearon con que la necesidad indispensable de subsidios haria olvidar todas las pasadas injurias; pero apenas se reunieron los comunes, mostraron el mismo espíritu de independencia que sus predecesores. Votaron, pues, un bill contra las prisiones arbitrarias y contra los empréstitos forzados, y habiendo obtenido alguna satisfaccion el espíritu de libertad, concedieron al rey cinco subsidios, de los cuales se manifestó contento. En seguida los oradores populares consiguieron hacer pasar un acta llamada *Peticion de derechos*, que contenia una confirmacion ó esplicacion de la *gran Carta*. Cárlos, que no esperaba

usurpaciones de esta naturaleza sobre lo que él consideraba como prerogativas suyas, empleó mil artificios y cuantos medios evasivos estuvieron á su alcance, para eludir la peticion; pero por último se vió obligado á sancionar aquella ley, que produjo una alegria jeneral en toda la nacion.

Nada justificaba mejor, en cierto modo, el estremado rigor de los comunes con respecto á Cárlos, que el favor abierto que concedia á los principios incompatibles con una monarquía moderada. El doctor Manwaring, que habia predicado y hecho imprimir un sermon subversivo contra toda libertad civil, fué condenado por los comunes á prision por todo el tiempo que pluguiese á la cámara, á pagar una multa de mil libras esterlinas, y á reconocer humildemente su falta; pero apenas se cerró la sesion, el rey le perdonó, le concedió un beneficio considerable, y algunos años despues fué elevado á la dignidad de obispo de San Asaf.

Prórogа del parlamento: asesinato del duque de Buckingham. — Despues de haber prorogado Cárlos el parlamento para evitar una representacion con respecto á la esaccion de los derechos de tonelaje, dirijió su atencion hácia las guerras estranjeras. Preparóse una escuadra y un ejército considerables para ir á socorrer la Rochela, cuyo sitio continuaba todavia, y Buckingham se trasladó á Portsmouth para tomar el mando de la espedicion. A su llegada á esta ciudad tuvo una entrevista con Soubise, jefe de los hugonotes de Francia; pero al salir de la conferencia, un entusiasta desesperado, llamado Felton, se arrojó sobre el duque y le clavó un cuchillo en el pecho, para vengar, segun dijo, á su relijion y á su pais. Buckingham, arrancando el cuchillo de su herida, solo tuvo tiempo para esclamar que le habian asesinado, é inmediatamente ecsaló el último suspiro.

Segunda lejislatura: disolucion del tercer parlamento. — Entretanto que la muerte de Buckingham tenia ocupados los espíritus, llegó á Inglaterra la noticia de la toma de la Rochela. Los desastres de una ciudad, por la cual las simpatías relijiosas habian inspirado tanto interés á la nacion, no podian menos de debilitar la autoridad de Cárlos en el parlamento á la apertura de las prócsimas sesiones. Así que, apenas se reunieron

los comunes, reprodujeron la cuestion de los derechos de tonelaje, y quisieron quitar á la corona esta prerogativa, de que gozaba hacia mas de un siglo (1629). Cárlos cerró nuevamente el parlamento, resuelto á no volver á convocar esta temible asamblea, é hizo la paz con Francia y España, contra las cuales sostenia una guerra innecesaria y poco gloriosa á la nacion (1630).

NUEVAS CAUSAS DE DESCONTENTO PUBLICO.—En todos los negocios eclesiásticos, ejercia grande ascendiente sobre el rey, Laud, obispo de Lóndres: este era un hombre sabio y virtuoso, pero de caracter inflecsible y falto de prudencia. Su celo era infatigable por la causa de la relijion, es decir, para hacer adoptar por los medios mas rigorosos las ceremonias y observancias que él mismo inventaba. Los puritanos descontentos esparcieron desde entonces la voz de que la Iglesia anglicana iba á caer otra vez bajo el yugo del papismo. Cárlos, que era un celoso canonista, ascendió á Laud al arzobispado de Cantorbery, cuya silla estaba vacante: esta elevacion fué mirada como una nueva tentativa para volver al catolicismo.

Desembarazado Cárlos del parlamento, no se contentó con hacer ecsijir en nombre suyo los derechos de tonelaje, y los antiguos impuestos arbitrarios, sino que creó otros nuevos sobre diversas especies de mercancias, con pretesto de sostener la marina. Las mismas causas que habian impulsado al pueblo á rehusar al rey los subsidios voluntarios, le dispusieron, con mayor razon, á murmurar contra las contribuciones irregulares. Todos los que se resistieron á la voluntad real fueron condenados por la *cámara estrellada* (1) á una multa ó á prision. En esta ocasion fué cuando John Hampden hizo para siempre célebre su nombre por la firmeza con que sostuvo las libertades y la constitucion de su pais (1637). Aunque su cuota solo ascendia á veinte chelines (veinticinco francos), este animoso ciudadano quiso mas bien sufrir las persecuciones de la justicia, que ratificar con su silencio un impuesto contrario á las leyes. Vióse la causa en la cámara del Echiquier, ante todos los jueces de Inglaterra, y la nacion siguió con la mas viva solicitud cada circunstancia de este proceso im-

(1) Tribunal de última instancia, dependiente de la corte, y creado por la reina Isabel.

portante. El écsito no era dudoso; los jueces, escepto cuatro, sentenciaron á favor de la corona. Pero Hampden consiguió el objeto por el cual habia sacrificado tan jenerosamente su seguridad y reposo: el pueblo despertó de su letargo y comprendió al fin los peligros que amenazaban á sus libertades.

Sublevacion de Escocia. — En medio del descontento jeneral, quiso Cárlos I introducir la liturjia anglicana en Escocia. Esta tentativa le enajenó el afecto de los escoceses y puso en combustion á sus dos reinos. A los violentos desórdenes que cometieron los escoceses para rechazar el culto que se les queria hacer adoptar, solo pudo oponer Cárlos una proclama que produjo inmediatamente una protesta pública. La insurreccion, que se habia preparado por grados, estalló á un mismo tiempo en toda la Escocia. Los cuatro órdenes, reunidos en Edimburgo, tomaron posesion de la autoridad del reino, formaron una liga á la cual dieron el nombre de *covenant*, y se obligaron con juramento á rechazar todas las innovaciones relijiosas, y á defenderse múluamente contra toda especie de opresion. Una multitud inmensa de escoceses de todos rangos, edades y secsos, se adhirieron al covenant, y se reunieron en las inmediaciones de Edimburgo mas de sesenta mil hombres. La Holanda y la Francia, no solo fomentaron las turbulencias, sino que tambien suministraron secretamente á los covenantarios armas y dinero. El conde de Arjile fué nombrado jefe del partido, y el mando de las tropas se confió á Leslie, militar esperimentado y de mérito. Cárlos, á la cabeza de un formidable ejército, marchó contra los insurjentes (1639); pero en el primer encuentro parcial huyeron los ingleses. Atemorizado Cárlos, propuso un acomodamiento que aceptaron los jefes covenantarios, y ambos ejércitos fueron disueltos.

La asamblea del covenant, fiel á sus principios, no se contentó con declarar ilejítimo el episcopado en la Iglesia de Escocia, sino que notó de infamia la liturjia, los cánones y el papismo, á pesar de los deseos del rey, que solo queria que fuesen abolidos. El parlamento que sucedió á la asamblea, se mostró dispuesto á ratificar todos sus actos; y Cárlos le hizo prorogar por medio de su comisario. De consiguiente la guerra estaba otra vez declarada. Los covenanta-

rios, á quienes sus jefes habian advertido que no se creyesen libres de la invasion inglesa y que estuviesen preparados para el primer llamamiento, hubieran vuelto á tomar las armas inmediatamente; pero los recursos del rey estaban agotados, y despues de doce años de interrupcion, estrechado Cárlos por la mas imperiosa necesidad, se vió reducido á reunir por cuarta vez aquel parlamento inglés (1640) tan duro é intratable en otro tiempo. Los comunes en vez de prestar oido á las quejas del rey contra sus súbditos de Escocia, ó á la peticion de subsidios, volvieron á principiar sus recriminaciones sobre los males públicos. Cárlos I, viendo que el número de sus adversarios en la cámara era mayor que el de sus partidarios, que los mismos principios que habian producido tantas oposiciones y turbulencias dominaban siempre; é informado ademas de que los comunes trataban de presentar un bill para abolir la imposicion de los buques, tomó la resolucion de cerrar bruscamente el parlamento y de recurrir á su espediente ordinario, los empréstitos forzados.

Convocacion del parlamento largo. — Entretanto entraron los covenantarios en Inglaterra, usando el lenguaje mas pacífico; declararon que su único objeto era poner á los pies del rey sus humildes peticiones. En Newburn, sobre el Tyne, encontraron un cuerpo de tropas inglesas á las órdenes de lord Conway, que quiso disputarles el paso del rio. Los escoceses le atacaron con valor, le mataron mucha jente y le pusieron en huida. En seguida avanzaron hácia Newcastle, de cuya ciudad se apoderaron. Para detener su marcha consintió el rey en la proposicion de un tratado, y nombró dieziseis señores ingleses que debian reunirse en Rippon con once comisarios escoceses. En este intervalo redactaron los habitantes de Lóndres una representacion, pidiendo la convocacion del parlamento. Cárlos I, perdiendo toda esperanza de poder resistir al torrente, resolvió por último ceder á él: reunió pues el último parlamento de su reinado, que la historia designa con el nombre de *parlamento largo*, á causa de su mucha duracion. Las dificultades que se suscitaron en la negociacion con los covenantarios, hicieron proponerles que se trasladasen las conferencias de Rippon á Lóndres; proposicion que

adoptaron los escoceses con ardor, porque previeron que obtendrian mejores condiciones en una ciudad donde el rey estaria rodeado de sus mas implacables enemigos.

PROCESO Y MUERTE DE STRAFFORD. — Los motivos de queja que durante mas de treinta años se habian multiplicado en Inglaterra, habian llegado á su colmo, y se preparaba una grande revolucion. Los comunes, que nunca habian sido tan numerosos, apenas se reunieron, manifestaron en la discusion de los negocios el mismo espíritu de hostilidad que anteriormente. Al principio atacaron á los católicos, y obligaron al rey á espulsarlos de la corte y del ejército; en seguida anularon las sentencias de la cámara estrellada, llamaron de su destierro á los ciudadanos que habian rehusado el pago de las contribuciones arbitrarias, y dirijieron una acusacion contra Wentworth, á quien Cárlos habia hecho su primer ministro despues de haberle separado del partido presbiteriano, y le habia creado conde de Strafford (1641). Los principales cargos contra este grande hombre de estado eran veintiocho, concernientes á su conducta como gobernador de Irlanda, de consejero y de comandante de las tropas en Inglaterra. Despues de cuatro meses de debates, durante los cuales desplegó Strafford en su defensa mucha presencia de espíritu, elocuencia y moderacion, se votó contra él un bill de proscricion, y fué condenado á muerte. La cámara de los lores, obedeciendo al miedo que le inspiraba cada dia el motin popular que amenazaba alrededor de su recinto, aprobó esta inicua sentencia. El rey, que habia asegurado al desgraciado conde que ninguna violencia seria capaz de obligarle á sacrificar la vida de un ministro que tan fielmente le habia servido, rehusó al principio firmar la sentencia de muerte; pero el populacho furioso sitió las puertas del palacio de White-Hall, pidiendo justicia contra aquel que llamaba traidor y apóstata, y el monarca se vió precisado á designar cuatro lores, para que en su nombre diesen al bill la sancion que tan imperiosamente se le pedia.

Strafford, superior á su suerte, marchó al cadalso con la cabeza erguida y con noble dignidad: su alma elevada conservó toda su firmeza contra los terrores de la muerte y el triunfo

insultante de sus enemigos. Al pasar por el pie de la Torre, donde se hallaba encerrado el arzobispo Laud, acusado como él, llamó á este prelado para pedirle su bendicion. Asomóse el anciano á la reja, y sacando sus manos por entre las barras de hierro, principió una bendicion que su emocion no le dejó concluir. Strafford continuó la marcha, y sus palabras antes de poner la cabeza sobre el tajo, fueron las de un sabio y de un cristiano. Tal fué el destino de uno de los mas grandes hombres que ha producido la Inglaterra.

Paz con los escoceses. — Despues de la ejecucion de Strafford, los comunes continuaron vigorosamente sus usurpaciones de la prerogativa real, que desde entonces careció de defensa. Decretaron que el parlamento se reuniria cada tres años sin ser convocado por el rey, y que no podria ser disuelto ni prorogado sin su previo consentimiento. Los covenantarios fueron declarados buenos y leales súbditos, y mantenidos durante un año á espensas del parlamento. Satisfecha la Escocia despues de varias concesiones por parte de Cárlos, que abdicó casi enteramente la débil porcion de autoridad que conservaba en aquel reino, se prestó á un acomodamiento, y concluyó un tratado de paz con el rey.

Insurreccion de Irlanda. — Mientras que Cárlos se esforzaba en pacificar la Escocia, recibió repentinamente la noticia de un levantamiento jeneral en Irlanda, acompañado de la mas horrorosa carnicería. Los indíjenas de esta comarca, siempre impacientes del yugo de sus conquistadores, habian resuelto, á ejemplo de los escoceses, recobrar su independencia. El dia prefijado y á una señal convenida, se arrojaron como furiosos sobre los colonos ingleses, y asesinaron mas de cuarenta mil sin distincion de edad ni secso. Los jefes de los rebeldes, para justificar á los ojos del mundo los actos horribles que ellos habian fomentado, recurrieron á la impostura: publicaron un manifiesto, en el cual declararon que estaban autorizados para tomar las armas por el rey y la reina, pretestando que su insurreccion era para defender las prerogatívas reales, usurpadas por un parlamento puritano. Cárlos, indignado, negó toda participacion en el movimiento insurreccional; y en la impotencia en que se hallaba para poder subyugar á los revoltosos, abandonó á la

prudencia y al cuidado de los comunes una guerra que, por el interés del reino y de la relijion, nunca podria principiarse demasiado pronto, ni proseguirse con sobrado vigor (1641).

Preparativos para la revolucion. — Los comunes se apresuraron á aceptar la direccion que les cedia el monarca: los jefes populares ecsijieron contribuciones bajo el pretesto de una espedicion á Irlanda; pero reservaron el dinero para otros fines que les tocaban mas de cerca; tomaron armas de los arsenales del rey, mas las guardaron con la secreta intencion de emplearlas contra el monarca. Por último, para regularizar sus ataques contra el poder real, los comunes tomaron el partido de formar una esposicion jeneral sobre el estado del reino. Esta esposicion, que ha llegado á ser tan célebre, y que no tardó en producir efectos de la mayor importancia, no iba dirijida al rey; era un verdadero llamamiento al pueblo, y la dureza del objeto estaba sostenida por la rudeza del estilo. Inmediatamente que fué publicada, Cárlos contestó á ella, protestando de su adhesion á la relijion reformada, recordando sus concesiones en favor de la libertad civil, y reprobando los infames libelos que cada dia se esparcian contra su persona y su gobierno.

Asonadas. — Las numerosas usurpaciones de los comunes hallaron por fin oposicion en la cámara alta; la mayor parte de los lores, previendo el abatimiento de la nobleza, se declararon por el rey; solo unos pocos se arriesgaron á favorecer los desórdenes populares, lisonjeándose vanamente de arreglar ó de suspender su curso. El abandono de los principios democráticos por los lores no hizo mas que aumentar la audácia de los comunes, los cuales declararon que á ellos solos pertenecia el derecho de salvar la Inglaterra, supuesto que ellos eran la verdadera representacion nacional. Desde entonces llegó á su colmo la efervescencia. El populacho se acercó á White-Hall profiriendo insolentes amenazas contra el monarca. En esta confusion ofrecieron al rey sus servicios muchos jentileshombres, y entre ellos y las jentes del pueblo hubo frecuentes escaramuzas, que no se terminaron sin efusion de sangre. Los partidarios de la corte dieron á la multitud sediciosa el título de *Cabezas redondas*, aludiendo á los cabellos cortos que entonces usaba;

y el pueblo llamó irónicamente *Caballeros* á sus adversarios. No cesaba de oirse el grito contra los obispos; y como eran un objeto de odio para todos los sectarios, se vieron espuestos á los mas peligrosos insultos. En ninguna de las dos cámaras hubo una persona que se atreviese á tomar la palabra en su favor, y tuvieron que retirarse del parlamento. Algunos dias despues, cometió el rey una imprudencia, á la cual deben atribuirse justamente todos los desórdenes que se siguieron. Envió al parlamento al procurador jeneral Herbert, con órden de que, en nombre suyo, acusase de alta traicion á lord Kimbolton, y á cinco miembros de los comunes, Hollis, Haselrig, Hampden, Pym y Strode. En la acusacion se decia que se habian esforzado traidoramente en destruir las leyes fundamentales del reino, y que habian intentado, por medio de las mas negras imputaciones contra S. M., enajenarle el afecto de sus súbditos (1642).

ESTALLA LA REVOLUCION: SALIDA DEL REY DE LONDRES. — Preséntose en la cámara un sarjento reclamando, en nombre del rey, que se le entregasen los cinco acusados; pero fué despedido sin respuesta alguna positiva. Irritado Cárlos, resolvió ir él mismo al dia siguiente á la cámara para hacer ejecutar sus órdenes; pero advertidos secretamente los cinco miembros, tuvieron tiempo de escaparse antes de la llegada del monarca. Cárlos dejó su escolta á la puerta; atravesó él solo la sala de la cámara y ocupó la silla de la presidencia. Preguntó al presidente si los acusados se hallaban presentes, y le contestó que no podia satisfacer á su pregunta. Entonces se levantó el rey para retirarse, y oyó gritar por todas partes: *privilejio! privilejio!*

El guante estaba ya arrojado. Los cinco acusados se habian refujiado en la ciudad (1), cuyos habitantes tomaron las armas para protejerlos. A los pocos dias fueron llevados en triunfo á la cámara por Skippon, á quien el parlamento, de su propia autoridad, habia nombrado

(1) Lóndres, considerada en su division local, consiste en la ciudad propiamente dicha, en la ciudad de Westminster y en la villa de Southwark: Lóndres y Westminster estan situadas en la márjen izquierda del Támesis, y Southwark en la orilla opuesta, comunicándose entre sí por medio de puentes magníficos.

mayor jeneral de la milicia de Lóndres. Cuando su tumultuosa tropa desfiló por delante de White-Hall, preguntó con gritos insultantes qué se habian hecho el rey y sus caballeros, y hácia que lado habian huido. En efecto, no hallándose seguro en Lóndres, Cárlos se habia retirado á York, abrumado de disgustos, de confusion y de remordimientos. Invitóle á volver el parlamento, pero Cárlos se negó á ello. Desde entonces dejó enteramente de ecsistir la autoridad real. Los comunes mudaron todos los gobernadores de los condados y ordenaron el levantamiento de las milicias. En seguida, para proporcionarse recursos, hicieron un llamamiento al patriotismo de sus correlijionarios, y en menos de diez dias reunieron inmensa cantidad de vajilla de plata, como donativos voluntarios: hasta las mujeres se despojaron de todas sus joyas.

Guerra civil. — Cárlos, por su parte, viendo que su situacion no admitia dilaciones, se ocupó en los preparativos de defensa, é instó á sus adictos á que se apresurasen á reunirse bajo sus banderas. Los parlamentarios, para privar á su soberano de toda esperanza de acomodamiento, le enviaron las condiciones con que consentirian tratar. Estas condiciones se reducian á diezinueve artículos que encerraban la abolicion total de la autoridad monárquica. El rey prefirió la guerra á una paz ignominiosa; y desde entonces, solo con las armas podia dirimirse la contienda.

La alta nobleza y una parte de la clase burguesa, temiendo una subversion total de todos los rangos y condiciones, tomaron la defensa del monarca. La reina Enriqueta, que habia pasado á Holanda, envió á su esposo armas y municiones. Lóndres y la mayor parte de las grandes ciudades se adhirieron al partido del parlamento y abrazaron con calor los principios democráticos, sobre los cuales estaban basadas sus pretensiones. Cada partido estaba ademas animado del entusiasmo relijioso. Los *Caballeros* se hacian un honor de defender los derechos de la Iglesia anglicana, y los *cabezas redondas* eran celosos partidarios del presbiterianismo.

Encuentros entre los realistas y los parlamentarios. — Cárlos, que no carecia de valor, desplegó por fin el estandarte real: partió de Sherewsbury á la cabeza de diez mil hombres,

y despues de apoderarse de Bambury y del castillo de Warwick, se adelantó hasta Oxford, donde fué recibido con trasportes de alegria. Asustadas las cámaras con este primer suceso del rey, le propusieron un arreglo; pero Cárlos, á su vez, ecsijia unas condiciones tan duras, que se indignaron los parlamentarios y las rechazaron. Durante el tiempo de las negociaciones, Essex, jeneral de los *cabezas redondas*, reunió veinticuatro mil hombres, y las hostilidades volvieron á principiar con furor. En un encuentro que tuvo lugar en Chalgrove, fué herido mortalmente el célebre John Hampden (1643). William Waller, que comenzaba á distinguirse entre los jenerales parlamentarios, batió al principio á los realistas en varios encuentros; pero sus primeras ventajas fueron seguidas de dos derrotas consecutivas. Despues de estos sucesos multiplicados, no pudiendo Cárlos determinar á todo su ejército á que marchase inmediatamente sobre Lóndres, donde todo se hallaba en confusion, y donde podia esperarse una victoria que terminase prontamente la guerra civil, emprendió el sitio de Glocester, que le ofrecia una conquista mas fácil: esta resolucion fué fatal á su causa. Glocester estaba defendida por una guarnicion y un jeneral decididos á sepultarse bajo las ruinas de la plaza antes que rendirse. Ya se hallaba en el último apuro, cuando se aprocsimó Essex con catorce mil hombres y obligó á retirarse al rey. No atreviéndose Essex á arriesgar una batalla contra las tropas reales, superiores á las suyas en caballería, se volvió por el mismo camino, despues de haber libertado á la ciudad sitiada, y apresuró su marcha hácia Lóndres. Al llegar al Newbury, encontró allí al príncipe Ruperto, sobrino del rey, que se le habia adelantado con una division del ejército real. El choque era indispensable; por ambas partes se peleó valerosamente; pero la noche terminó la accion, dejando indecisa la victoria.

La escocia se declara por el parlamento, y la irlanda por el rey.—El conde de Newcastle habia llegado á reunir en el Norte fuerzas considerables en favor del rey; pero bien pronto tuvo que habérselas con dos adversarios que principiaban entonces á distinguirse por su valor y por su pericia militar: estos eran el caballero Tomás Fairfax y Oliverio Cromwell. En

esta parte del reino, la fortuna contrapesaba tambien sus favores; y haciéndose mas dudosos cada dia los sucesos de la lucha empeñada, ambos partidos buscaron socorros. El parlamento recurrió á la Escocia, y Cárlos á Irlanda. A poco tiempo, se halló dispuesto para entrar en Inglaterra un ejército de mas de veinte mil covenantarios, mandados por el conde de Leven. El rey, por su parte, concluyó una suspension de ostilidades con el consejo de Kilkenny, que gobernaba la Irlanda, el cual llamó sus tropas, y un gran número de irlandeses católicos se reunieron al ejército real.

VICTORIAS DE LOS PARLAMENTARIOS. — Cárlos I, para facilitar los preparativos de la prócsima campaña, ideó el espediente de convocar en Oxford á todos los miembros de una y otra cámara que se habian declarado por su causa (1644). Acudieron allí gran número de pares; pero de los comunes apenas se presentaron la mitad. Este parlamento, para proporcionar al rey los medios de reclutar soldados, le concedió una suma de cien mil libras esterlinas, que debian ecsijirse á título de préstamo. Las tropas irlandesas, á las órdenes de lord Byron, obtuvieron al principio grandes ventajas en el Cheshire, y pusieron sitio á Nantwich; pero fueron prontamente dispersadas por el caballero Fairfax. Despues de haberse apoderado de Lincoln el conde de Manchester, juntó sus tropas á las de Fairfax y de Leven; estas fuerzas reunidas atacaron á York, y aunque la ciudad fué vigorosamente defendida por el conde de Newcastle, se hallaba ya en la mayor estremidad, cuando la aprocsimacion del príncipe Ruperto, con veinte mil hombres, introdujo la alarma entre los sitiadores. Los jenerales parlamentarios levantaron el sitio y tomaron posicion en los pantanos de Marston. El valiente Ruperto dió inmediatamente la órden de atacar, y cincuenta mil ingleses condenados á degollarse mútuamente, se lanzaron unos contra otros con furor. La victoria estuvo largo tiempo indecisa; pero despues de maravillosos esfuerzos de valor en ambos partidos, se declaró por el parlamento; el príncipe Ruperto perdió el campo de batalla y toda su artillería. Esta accion, en la cual desplegó Cromwell un raro talento militar y una resolucion estraordinaria, fué escesivamente funesta á la causa real.

Poco tiempo despues la ciudad de Newbury fué por segunda vez teatro de las sangrientas animosidades de la nacion inglesa. Los soldados parlamentarios ecsortándose mútuamente á reparar una derrota que acababan de sufrir, cayeron con impetuosidad sobre los realistas: estos, á pesar de su intrépida resistencia, fueron oprimidos por el número; y la noche, que sobrevino, los libró de una ruina completa. Cárlos se retiró á Oxford despues de haber abandonado su artillería y bagajes.

El buen écsito de esta jornada fué tambien en gran parte obra de Cromwell. Este hombre estraordinario era primo-hermano de Hampden y representante de Cambridje en el parlamento, al cual admiraba por la enerjía de su elocuencia. Era jefe de los *independientes* (1), secta presbiteriana que debia ocupar bien pronto ella sola la escena de accion, y habia llegado á adquirir, con su sagacidad y sus insinuaciones, mucha influencia en el ejército. Desde entonces su espíritu emprendedor ideó los proyectos mas atrevidos y peligrosos. Su natural le inclinaba á la magnanimidad y á la grandeza; pero poseia á fondo el arte de ocultar sus miras ambiciosas bajo la apariencia de la sencillez y de la moderacion. Amigo de la justicia, aunque su conducta la violaba constantemente; y dado á la relijion, aunque la hizo instrumento de su ambicion, sus crímenes tuvieron orijen en la sed del mando supremo que le dovoraba: si alguna cosa puede hacer olvidar por un momento el horror que impiran sus atentados, es el buen uso que hizo de una autoridad á la cual llegó por medio del fraude y la violencia.

Cárlos I, para satisfacer á su partido, que principiaba á cansarse de la guerra, consintió en

(1) El fanatismo de los independientes no admitia gobierno alguno eclesiástico; desdeñaba las fórmulas y los sistemas de fé, rechazaba toda especie de ceremonias, y confundia todos los rangos y los órdenes. El soldado, el negociante, el artesano, se entregaban cada uno á los trasportes de su celo, y guiado por la emanacion del Espíritu Santo, se abandonaba á su direccion interior. El sistema político de los independientes iba á la par con sus principios relijiosos; aspiraban á la total abolicion, no solo de la monarquía, sino tambien de la aristocracia. Su mácsima era, "que todo aquel que saca una vez la espada contra su soberano, debe al mismo tiempo arrojar la vaina."

entablar negociaciones con el parlamento (1645). Pero los comisionados presbiterianos presentaron en la conferencia proposiciones tan duras y vergonzosas, que le fuera imposible al rey el aceptarlas aunque se hubiese hallado prisionero y entre cadenas. Despues de veinte dias de inútiles contestaciones, se rompieron las conferencias, y volvieron á comenzar las hostilidades. Empeñóse en Naseby una accion decisiva, que fué tenazmente disputada. Cárlos desplegó en esta jornada el talento de un jeneral prudente, y el arrojo de un valiente soldado. Fairfax, Cromwell y Skippon, justificaron la reputacion que ya se habian adquirido. La infantería real fué derrotada, y Carlos se vió obligado á ceder al enemigo el campo de batalla y la victoria.

El parlamento, despues de haber hecho espirar en el cadalso al arzobispo Laud, preso en la Torre desde antes de la ejecucion de Strafford, estableció por último el gobierno presbiteriano en la Iglesia, en lugar de la autoridad episcopal. Los habitantes de cada parroquia se reunieron por mandato del parlamento, y elijieron los ancianos que dividieron con los ministros del culto la direccion de todos los intereses espirituales.

Carlos se refujia en el campamento escoces. — Retirado Cárlos en su querida ciudad de Oxford, se lisonjeó por algun tiempo de que las acaloradas contestaciones entre los independientes y los presbiterianos le suministrarian un medio de salvacion; pero cuando supo que Fairfax se aproesimaba con un ejército fuerte y victorioso, tomó la resolucion de refujiarse en el campamento de los escoceses, confiado en que sus primitivos súbditos, celosos presbiterianos, le defenderian contra los independientes (1646). Los jenerales escoceses se mostraron sumamente sorprendidos al verle aparecer. El parlamento inglés, informado de un acontecimiento tan imprevisto, pidió que le entregasen el rey. Aprovechando los escoceses esta ocasion para reclamar una suma considerable que decian deberles la nacion inglesa, contestaron que guardarian á Cárlos como fianza de esta suma. Despues de muchas discusiones consintió el parlamento en darles cuatrocientas mil libras esterlinas, y el desgraciado monarca fué entregado á sus mas implacables enemigos. Así se cubrió la na-

cion escocesa con la mancha indeleble de haber vendido á su rey por una suma de dinero. Algunos dias despues llegaron los comisionados ingleses, que recibieron al rey de manos de los escoceses, y le trasladaron á Holdenby, en el condado de Northampton. Sus antiguos servidores fueron despedidos, y se le prohibió toda comunicacion con sus amigos y su familia.

DISCORDIA ENTRE EL PARLAMENTO Y EL EJERCITO. — El poderio del parlamento fué de corta duracion: los presbiterianos conservaban aun la superioridad numérica en la cámara de los comunes; pero los independientes preponderaban en el ejército. Manifestáronse síntomas de sublevacion entre las tropas, y el parlamento envió á Cromwell, Ireton y Fletwood, para que se informasen de las causas de su descontento; pero como estos oficiales eran los promovedores secretos de los desórdenes que se les encargaba apaciguar, sus insinuaciones agravaron el mal en vez de curarle. Al parlamento de Westminster se opuso un parlamento militar (1647): establecióse un consejo compuesto de los oficiales superiores, á imitacion de la cámara alta; y para representar al ejército se elijieron en cada compañía dos soldados y dos oficiales subalternos llamados *promovedores*, que formaron lo que podia llamarse la cámara baja. Bien pronto dió este terrible tribunal un golpe que decidió la victoria á su favor.

Un cuerpo de quinientos caballos marchó á Holdenby, mandados por el portaestandarte Joyce: este oficial se presentó armado de pistolas al rey, y le intimó que era necesario partir inmediatamente. — ¿Adónde? dijo S. M.—Al ejército, replicó Joyce.—¿Por órden de quién? preguntó el rey. Joyce señaló á algunos de sus soldados, de alta estatura, bien formados y perfectamente equipados. «Vuestra órden, dijo Cárlos sonriendo, está escrita en bellos caractéres, que se hacen leer sin deletrear.» El rey conoció que la resistencia era inutil; así pues, se decidió á subir en el coche que le esperaba, y fué conducido al ejército que se hallaba en movimiento para Triplo-Heath, cerca de Cambridge. La llegada de Cárlos admiró á todos escepto á Cromwel, que fué quien aconsejó aquella empresa.

VIOLENCIAS DEL EJERCITO CONTRA EL PARLAMENTO.—El parlamento, que ya habia perdido to-

da su popularidad, vió entonces disputado su poder palmo á palmo por una faccion temible. En esta circunstancia, el ejército siguió esactamente el camino que las cámaras lejislativas le habian trazado en sus recientes usurpaciones sobre la corona. Las ecsijencias iban en aumento cada dia; apenas se hallaba satisfecha una pretension, la sucedia otra mas ecsorbitante. Los sediciosos de Lóndres instigados por los presbiterianos, no tardaron en presentarse en Westminster, y con sus amenazas y violencias obligaron á la cámara de los comunes á derogar varios decretos que habia espedido con respecto á la milicia y á las contribuciones. Al saber el ejército esta noticia, salió de Reading y se dirijió á la capital, con pretesto de protejer la libertad de las discusiones en el parlamento; pero apenas hizo su entrada triunfante en la ciudad, se consumó la servidumbre de las dos cámaras. Fueron espulsados once miembros de los comunes, como fautores de la sedicion, y puestos en acusacion siete pares: el correjidor de Lóndres, un sheriff y cuatro aldermanes fueron conducidos á la Torre; y todos los actos del parlamento despues del dia del motin, quedaron anulados.

Fuga de Carlos I: vuelve á ser prisionero. — Habiendo establecido su imperio sobre el parlamento y la capital los jefes del ejército, hicieron trasladar al rey al castillo de Hampton-court. Informado el monarca de las amenazas que proferian sin cesar los *incitadores*, tomó de repente la resolucion de evadirse. Abandonó secretamente su nueva residencia, y llegó sin obstáculo al castillo de Tichfield; pero como no confiaba en poder permanecer allí oculto mucho tiempo, se puso imprudentemente en manos de Hammond, gobernador de la isla de Wight, y ardiente partidario de Cromwell; dejóse conducir al castillo de Carisbroke, donde á pesar de las muestras de respeto que se le prodigaban, no estuvo menos prisionero.

Conducta de Cromwell. — Dueño Cromwell del parlamento, y libre de inquietudes con respecto al rey, trató de reprimir el espíritu sedicioso del ejército, que él mismo habia escitado con tanta maña, y publicó algunas órdenes para disolver la asamblea de los *incitadores*, cuyo nombre habian sustituido con el de *niveladores*; pero esta faccion respondió á su manda-

to con quejas y peticiones. Para esparcir el terror entre esta soldadesca indisciplinada, determinó Cromwell pasar una revista; en ella hizo prender á los cabezas de la sedicion, y á presencia de la tropa mandó fusilar uno de ellos en el acto: de este modo hizo entrar en la obediencia á los demas.

Cárlos I, deseoso de disipar los temores que contínuamente se alegaban para justificar la violacion de las leyes con respecto á su persona, ofreció desde su prision de Carisbroke, desprenderse de varias prerogativas, á condicion de que despues de su muerte volviesen á su sucesor; mas el parlamento, tomando el tono de vencedor, no respetó en sus negociaciones con el rey ni la justicia ni la razon. A instancias de los independientes y del ejército, ambas camaras dirijieron á Cárlos cuatro proposiciones con el título de *preliminares*, ecsijiendo, antes de tratar con él, su aprobacion positiva á estos cuatro artículos. Cárlos, como era consiguiente, desechó esta humillante y estraordinaria condicion. Al saber su respuesta, el partido democrático de la cámara baja se enardeció (1648): Cromwell, despues de haber ecsaltado con grandes elojios el valor y la piedad del ejército, esclamó: «Guardaos de descuidar la seguridad del reino, y que por ello se crean engañados los soldados. Guardaos (al decir estas palabras llevó con fiereza la mano al pomo de su espada) de reducirlos á la desesperacion y de obligarlos á buscar su salvacion por otro medio que el de su adhesion á vosotros.» Noventa diputados tuvieron aun valor para rebatir las amenazas de Cromwell; pero la mayoría decidió que no se recibirian mas mensajes ni cartas del rey, y que cualquiera que mantuviese relaciones con él sin consentimiento de las dos cámaras, seria declarado culpable de alta traicion: semejante acto destronó realmente al monarca.

Nueva guerra con los escoceses. — Entonces fué cuando los escoceses, que habian dado el primer golpe fatal á la autoridad real, se declararon repentinamente á favor suyo. Creyendo que el presbiterianismo, tan amado de ellos, se hallaba amenazado de una ruina cierta por la faccion de los independientes, levantaron un ejército de cuarenta mil hombres, y se unieron con los realistas del Norte de Inglaterra. Cromwell y el

consejo militar hicieron al momento sus preparativos de defensa con tanto vigor como habilidad; atacaron á los confederados en Preston, en el Lancashire, y los derrotaron á pesar de su valerosa resistencia. Cromwell supo aprovecharse de sus ventajas y penetró hasta Escocia, donde ejerció la mas severa venganza sobre los que habian tomado las armas en defensa de su lejítimo soberano.

Peticion del ejército para procesar al rey. — Estas multiplicadas victorias allanaron todos los obstáculos que se oponian á los independientes, y Cromwell hizo que el consejo de oficiales dirijiese á las cámaras una representacion, en la cual pedian el castigo del rey por la sangre derramada durante la guerra, y la disolucion del largo parlamento. Al mismo tiempo hicieron avanzar el ejército hasta Windsor, se apoderaron del rey, y le trasladaron al castillo de Hunt, situado sobre una roca solitaria en la costa del Hampshire, donde fué encerrado mas estrechamente que nunca.

Inutiles esfuerzos de las camaras, en favor de Carlos. — En tan inminente peligro, resolvieron las dos cámaras oponerse con todos sus esfuerzos á los sanguinarios intentos del ejército, que eran muy evidentes, y enviaron á los jenerales la órden de suspender su marcha á la capital; pero se las habian con hombres que no se dejaban intimidar con palabras: los jenerales entraron en Lóndres, y rodearon de tropas el parlamento. Cuando quisieron reunirse los comunes, el coronel Pride, á la cabeza de dos rejimientos, arrestó en el camino á cuarenta y un diputados del partido presbiteriano: otros ciento dieziseis miembros fueron escluidos de la cámara, en la cual no se permitió la entrada sino á los independientes mas fogosos. El pequeño número de independientes y puritanos que desde entonces compusieron el parlamento, recibió, por desprecio, el apodo de *Rump* (rabadilla).

El consejo de oficiales, para tranquilizar los ánimos, tomó en consideracion un nuevo proyecto, llamado la *Convencion del pueblo*, que no era otra cosa que un plan de república. En seguida resolvieron el proceso y ejecucion pública de su soberano; pero quisieron asociar el parlamento á esta inicua y criminal empresa. Oida la relacion de los comisionados de la cáma-

ra baja, Cárlos fué declarado culpable de alta traicion, por haber hecho la guerra al pueblo y al parlamento. Presentóse el bill á la cámara de los pares, y esta tuvo la suficiente enerjia para desecharle; pero tan débil obstáculo no arredró á los comunes; antes bien decidieron que estando reunidos en parlamento por el pueblo, de quien, despues de Dios, emana todo poder, tenian el derecho de hacer leyes sin el consentimiento del rey, ni de la cámara de los pares. Volvióse á leer el bill para la formacion del proceso á Cárlos Estuardo, y quedó aprobado.

Proceso del rey.—Dióse órden al jeneral Harrison, hijo de un cortante, y el mas furioso entusiasta del ejército, para que fuese con un cuerpo de tropas á buscar al rey y le condujese á Lóndres. Cárlos I, despojado de todas las insignias esteriores de la soberanía, compareció ante un supremo tribunal de justicia, compuesto de ciento treinta y tres individuos nombrados por la cámara de los comunes. Aunque debilitado Cárlos por su larga cautividad, no olvidó su calidad de hombre y de príncipe, y declaró con calma y dignidad que, no reconociendo la autoridad del tribunal, no podía someterse á su jurisdiccion. Conducido por tres veces á la presencia de sus jueces, otras tantas renovó su protesta: por último, en la cuarta sesion, resultando por las declaraciones de los testigos, que el rey habia tomado las armas contra las tropas del parlamento, se pronunció su sentencia de muerte. La única gracia que obtuvo de sus enemigos, fué un intervalo de tres dias entre la sentencia y la ejecucion, cuyo tiempo consagró á ejercicios de piedad y á conversar con sus hijos, los jóvenes duques de Glocester y de York, y la princesa Isabel, únicos miembros de su familia que habian quedado en Inglaterra.

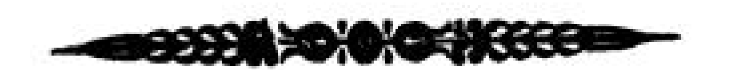
Ejecucion de Carlos I.—Elevóse el cadalso bajo las ventanas del mismo palacio de White-Hall. La mañana del dia fatal (9 de febrero de 1649) levantóse Cárlos muy temprano, se vistió con tanto cuidado y esmero como para concurrir á una grande solemnidad, y pidió que le asistiese en sus últimos momentos Juxon, obispo de Lóndres, de cuyas manos recibió la comunion. Cárlos salió á pie del palacio de San James, y atravesó el parque entre dos hileras de soldados: subió al patíbulo con

serenidad, y cuando se disponia á colocar su cabeza sobre el tajo, el virtuoso prelado le recordó enternecido que iba á pasar desde la tierra al cielo, donde hallaria la verdadera corona de gloria. «Sí, respondió el rey, voy á dejar una corona corruptible, por otra á la que no puede alcanzar corrupcion alguna, y que estoy seguro de poseer sin zozobras.» De un solo golpe fué separada su cabeza del cuerpo por un hombre enmascarado: otro, con igual antifaz, tomó la cabeza ensangrentada y la mostró al pueblo esclamando: ¡*Ved aquí la cabeza de un traidor*!

Imposible es describir el dolor, la indignacion y el asombro que se apoderaron de la nacion entera al saber esta horrible ejecucion: cada uno se reprendia amargamente el haber abandonado al rey ó haber servido á su causa con demasiada indolencia. El jeneroso Fairfax, sobre todo, que habia rehusado ser del número de los jueces, esperimentó los mas violentos remordimientos: estaba resuelto á arrancar á Cárlos del suplicio, ayudado de su rejimiento; pero el artificioso Cromwell, que tuvo conocimiento de su proyecto, persuadió al crédulo jeneral que el Señor habia desechado á Cárlos, y le empeñó á unir sus plegarias con las del hipócrita Harrison para obtener algunas luces del cielo en tan importante ocasion: entretanto rodó la cabeza del monarca.

ABOLICION DE LA DIGNIDAD REAL.—Pocos dias despues de terminado este terrible drama, el *Rump* abolió la cámara de los pares como inutil y peligrosa; la monarquía sufrió la misma suerte, y el gran sello fué sustituido por otro nuevo en el que se grabó la inscripcion siguiente: «Año primero de la restauracion de la libertad por la bendicion de Dios, 1648 (1).»

(1) El año inglés principiaba entonces el 24 de marzo, porque aun no se rejian por el calendario gregoriano: de consiguiente el 30 de enero de 1648, que fué el de la ejecucion de Cárlos I, corresponde para nosotros al 9 de febrero de 1649.



CAPITULO V.

República. — Campañas de Cromwell en Irlanda. — Cromwell disuelve el parlamento á fuerza armada. — Protectorado de Cromwell. — Estado de la Inglaterra á la muerte del protector. — Anarquía. — Jorje Monk. — Restauracion. — Cárlos II. — Quebrantamiento de las promesas de Cárlos. — Guerra con la Holanda. — Incendio de la Cité. — Paz con los holandeses. — Caida del ministerio. — Nueva guerra con la Holanda. — Acta del Test. — Bill del Habeas Corpus. — Sublevacion de los puritanos en Escocia. — Los Whigs y los Toris. — Conspiracion contra el duque de York y contra el gobierno. — Muerte de Russell y de Sidney. — Jacobo II. — Invasion y muerte de Monmouth. — Triunfo del partido católico. — Invasion del príncipe de Oranje en Inglaterra. — Fuga de Jacobo II. — Destitucion de Jacobo II y fin de la casa de Estuardo. — Guillermo III. — Paz con la Francia. — Nueva liga contra la Francia. — Reinado de Ana. — Guerra con la Francia. — Reunion de Inglaterra y Escocia. — Caida de Marlborough. — Paz con los franceses. — Jorje I. — Conspiracion contra el rey. — Jorje II. — Cárlos Eduardo en Escocia. — Conquista del Canadá.

REPUBLICA. — (1649) Grande fué la confusion en Inglaterra despues de la abolicion de la dignidad real. Cada ciudadano, por decirlo así, habia formado su plan de república, manifestando el mismo ardor para hacerle prevalecer, y aun imponerle á la fuerza. En medio de estas pretensiones rivales, la cámara de los comunes, volviendo á tomar un aspecto de autoridad legal, instituyó un consejo de Estado compuesto de treinta y seis miembros, al cual se encargó el poder ejecutivo. El primer cuidado de este consejo fué ecsaminar la conducta de los parlamentarios que se abstuviron de concurrir al proceso de Cárlos; muchos realistas, entre ellos el duque de Hamilton, el conde de Holland y lord Capel, pagaron con su cabeza la fidelidad á sus desgraciados príncipes.

CAMPAÑAS DE CROMWELL EN IRLANDA Y ESCOCIA. — Entretanto el jóven príncipe de Gales, heredero de la corona, tomó el título de Cárlos II: despues de haber andado errante por Francia y Holanda, pobre y des-

amparado, consiguió hacerse un partido poderoso en Escocia é Irlanda. Ormond, gobernador de este último pais por el rey, á la cabeza de dieziseis mil hombres tomó muchas plazas que ocupaban los parlamentarios, y amenazó á Dublin. Cromwell se hizo conceder el mando civil y militar de la isla sublevada, y pasó la mar con diezisiete mil hombres de tropas veteranas, dirijiéndose inmediatamente sobre Tredah, ciudad bien fortificada y defendida, la cual tomó por asalto y pasó á cuchillo toda la guarnicion, para obligar con este acto de rigor á que se sometiesen las demas ciudades. En menos de nueve meses sometió toda la Irlanda, y cuarenta mil de sus habitantes, reducidos á la desesperacion, huyeron a paises estranjeros.

Cromwell dejó la Irlanda para ir á buscar nuevas victorias en Escocia (1650), cuyo pais habia sacudido el yugo de los independientes ingleses y proclamado á Cárlos II. Este príncipe, privado de todo recurso, se habia trasladado á Edimburgo, donde tuvo que aceptar todas las condiciones que quisieron imponerle los partidarios del covenant. Cromwell ocupó el destino de Fairfax, que no queria combatir á los puritanos porque participaba de sus mismas opiniones, y marchó contra los escoceses á la cabeza de dieziocho mil hombres: atacólos en Dunbar, y despues de ponerlos en completa derrota, se dirijió sobre Edimburgo, de cuya plaza se apoderó. El año siguiente (1651) obtuvo nuevas ventajas, y gran parte de la Escocia estaba ya sometida, cuando la desesperacion sujirió á Cárlos una resolucion digna de un príncipe que combate por una corona: entró repentinamente en Inglaterra seguido de catorce mil escoceses entusiasmados. El infatigable Cromwell, dejando á Monk con siete mil hombres para acabar de reducir la Escocia, marchó sobre las huellas del ejército real con increible rapidez. Alcanzóle en Worcester, y atacó inmediatamente la ciudad por todos costados: las calles se cubrieron de cadáveres: murieron dos mil realistas, y quedaron prisioneros ocho mil. Cárlos, despues de haber dado pruebas de valor, se vió obligado á huir: anduvo sin parar veintiseis millas, conducido por el conde de Derby; llegó á los confines de Staffordshire, y en un cortijo llamado Boscobel, disfrazóse en traje de leñador y se subió á una encina, cu-

yas frondosas ramas le ocultaron por espacio de veinticuatro horas. Desde allí vió pasar por debajo de sus pies á muchos soldados que iban en su persecucion, y que espresaban enérjicamente el deseo que tenian de apoderarse de su persona. A este árbol le dieron desde entonces el nombre de *encina real*. Por último, despues de tomar diferentes disfraces, y de correr mil aventuras novelescas, Cárlos halló en el pequeño puerto de Shoreham, en Essex, un barco que le trasportó á la costa de Normandía.

Cromwell volvió triunfante á Lóndres despues de la victoria de Worcester. Nunca pareció tan temible el poder inglés á los estados vecinos, como en manos de la república. El célebre Roberto Blake, llevó la gloria naval á su apojeo, y aseguró la libertad de los mares contiguos á las islas británicas: en América redujo á la obediencia de Inglaterra muchas islas. Luego que Ireton y Monk, segundos de Cromwell, sujetaron, el primero la Irlanda, y el segundo la Escocia, el parlamento dirijió su atencion á lo esterior: publicó la famosa *acta de navegacion* (1652) que prohibia á las naciones estranjeras conducir á los puertos ingleses todo jénero que no fuese produccion de su pais, ó saliese de sus manufacturas. Este acta hizo estallar la guerra entre la Gran Bretaña y la Holanda, á quien heria mas particularmente. Blake, Monk y Dean sostuvieron en muchos combates el honor del pabellon inglés contra los almirantes Tromp y Ruiter, y obligaron á los neerlandeses á pedir misericordia. Despues de estos triunfos, todas las cortes de Europa reconocieron la república inglesa.

CROMWELL DISUELVE EL PARLAMENTO A FUERZA ARMADA. — Conociendo Cromwell que su poder empezaba á causar zelos al parlamento, creyó que era llegado el momento de dar rienda suelta á su ambicion (1652). Convocó, pues, una asamblea jeneral de oficiales y les obligó á pedir el pago de los atrasos del ejército, y la inmediata convocacion de un nuevo parlamento. Los comunes contestaron con acritud al consejo de oficiales, y declararon que cualquiera que en lo sucesivo se permitiese semejantes representaciones, seria declarado culpable de alta traicion. Furioso Cromwell con esta respuesta, se dirijió apresuradamente á Westminster, acompañado de tres-

cientos soldados, los colocó á la puerta, en el pórtico y en la escalera, y él penetró solo en la cámara; llenó de ultrajes al parlamento, echándole en cara su tiranía, su crueldad y su injusticia: en seguida dió una patada en el suelo, á cuya señal entraron sus soldados é hicieron evacuar el salon: Cromwell salió el postrero, hizo cerrar las puertas, metió las llaves en su bolsillo y se retiró á White-Hall. Al dia siguiente se veia sobre la puerta de la cámara de los comunes un letrero que decia: *Se alquila esta habitacion, sin muebles*. De este modo fué disuelto por uno de sus mismos cómplices aquel parlamento tan largo, que hizo derribar la cabeza de un rey, pretendiendo que habia violado los derechos de la nacion. Algo mas culpable era Cromwell con respecto á las libertades públicas.

Despues de tan audaz golpe de Estado, el consejo de oficiales, instigado siempre por Cromwell, elijió entre los sectarios de los tres reinos, anabaptistas, antimonianos é independientes, ciento cuarenta y cuatro personas, á las que invistió del poder soberano. Esta asamblea de fanáticos ignorantes empezó por buscar á Dios en sus plegarias; en seguida pensó en suprimir los estudios y las ciencias, y establecer las leyes de Moisés; pero de tantos planes estraordinarios, solo tuvo tiempo para concluir el que establecia la celebracion legal del matrimonio por sola la autoridad civil, sin intervencion alguna del clero. Apenas trascurrieron cinco meses despues de su instalacion, cuando este parlamento, objeto de la irrision pública, y al que pusieron por mote *el parlamento Barebone*, del nombre de un curtidor, que era el jefe, se vió precisado á resignar la autoridad en manos de los que se la habian conferido.

PROTECTORADO DE CROMWELL. — El consejo de oficiales redactó entonces una constitucion que conferia el poder lejislativo á un parlamento y un protector. En ella se establecia que los miembros del parlamento serian elejidos por el pueblo; que su mision duraria cinco años, á voluntad del protector; que este, investido del *veto* suspensivo, nombraria todos los empleos civiles y militares y gobernaria la nacion en los intervalos de las lejislaturas. Cromwell aparentó rehusar el protectorado, se hizo rogar de sus cólegas, y por último aceptó. En seguida convocó

el nuevo parlamento para el 3 de setiembre de 1654, aniversario de las batallas de Dunbar y de Worcester. En esta asamblea se manifestó un espíritu de libertad que la tiranía militar no pudo sofocar. Inmediatamente despues de su instalacion la cámara de los comunes entró en el ecsámen de la constitucion y del orijen del poder que el protector habia aceptado. Cromwell, viéndose en peligro, no vaciló; se trasladó á Westminster, prorumpió allí en ultrajes contra los diputados, tratándolos de parricidas por haber contestado su poder, y en seguida disolvió el parlamento (1655). Al año siguiente convocó otro nuevo, pero empleó todos sus esfuerzos para que los elejidos fuesen hechuras suyas. Esta asamblea dió principio á sus trabajos lejislativos pronunciando la destitucion de Cárlos Estuardo y de su familia. Dos diputados, el coronel Jephson y el alderman Pack, propusieron entonces formalmente investir al protector de la dignidad real: esta proposicion escitó al principio el mayor tumulto; pero los partidarios de Cromwell la sostuvieron con tanto calor, que consiguieron se nombrase una comision para que se entendiese con el protector y venciese sus escrúpulos. La oposicion que Cromwell temia no era la de los oficiales, sino la que hallaba en su propia familia; su yerno Fleetwood, y su cuñado Desborough le declararon que si aceptaba la corona, harian dimision de sus cargos, para no volverle á servir nunca; advirtiéndole ademas que una sublevacion jeneral del ejército seguiria á su admision. Despues de vacilar mucho tiempo, Cromwell se vió por fin obligado á rehusar la corona (1657). El parlamento, sin embargo, le concedió el derecho de nombrar su sucesor, y le asignó una renta perpétua para la conservacion del ejército y de la armada, y para la administracion civil. Algun tiempo despues, los defensores de las libertades públicas obtuvieron la mayoría en la cámara baja; y el protector, alarmado de la union que reinaba entre este partido y los descontentos del ejército, cerró el parlamento (1658).

La administracion de Cromwell fué firme y vigorosa: los embarazos interiores no disminuyeron en nada su atencion para los negocios estranjeros. Bajo su protectorado la Holanda fué humillada de nuevo; y los españoles, batidos en Dunes por las

tropas reunidas de Francia é Inglaterra, abandonaron á Dunkerque, que fué entregado por Mazarin á Cromwell: la Jamaica fué conquistada por Pen y Venables. Pero las turbulencias intestinas acibararon en parte la satisfaccion que causaban al protector las victorias esteriores de sus armas. Tenia que precaverse contínuamente de las amenazas de asesinato, y luchar contra los realistas y las diversas sectas, á las que habia comprimido pero no sojuzgado. Amenazado así á cada instante, y no viendo en torno suyo sino falsos amigos ó enemigos irreconciliables, la muerte, que tantas veces habia despreciado en el campo de batalla, estaba contínuamente presente en su imajinacion. Cada accion de su vida descubria sus terrores: nunca andaba un paso sin ir acompañado de guardias; llevaba una coraza debajo de sus vestidos y pocas veces dormia tres noches seguidas en un mismo aposento. Las inquietudes del alma no tardaron en debilitar su cuerpo, y su salud se quebrantó: atacóle una fiebre lenta que dejeneró en tercianas, las cuales presentaron síntomas peligrosos, y espiró el 3 de setiembre, á la edad de cincuenta y nueve años. Su hijo Ricardo le hizo magníficas ecsequias, y su atahud fué colocado en la capilla de Enrique VII, en Westminster. Dos años despues, fueron ecsumados sus restos de los sepulcros reales, y arrastrados á Tyburn, donde los colgaron en la horca.

Estado de la Inglaterra a la muerte del protector.— En la época que murió Cromwell, estaba rodeado de tantas dificultades, que se juzgó no hubiera podido mantener por mucho mas tiempo su administracion usurpada. Pero luego que vieron desaparecer aquella mano poderosa que dirijia el gobierno, todo el mundo esperaba la pronta disolucion de un edificio tan mal cimentado. Ricardo era jóven, sin esperiencia, y solo poseia las virtudes de la vida privada; pero el consejo le reconoció como sucesor de su padre. El nuevo protector se apresuró á convocar el parlamento, y todos los comunes de Inglaterra firmaron la obligacion de no hacer ningun cambio en el gobierno; pero el peligro debia venir de otra parte. Los principales oficiales del ejército, y á su frente el ambicioso Lambert y el devoto Fleetwood, querian apoderarse del gobierno. Dirijieron, pues, una representacion á la cámara,

en la que se quejaban de que la *antigua y buena causa*, como ellos la llamaban, la causa que les habia hecho tomar partido contra el rey, estuviese enteramente desatendida. Alarmados los comunes con estas cábalas del ejército, quisieron impedir las reuniones militares; pero se siguió un pronto rompimiento. Los oficiales se dirijieron tumultuosamente á casa de Ricardo, y le pidieron la disolucion de las cámaras: Ricardo carecia de resolucion y de firmeza para rehusarlo, y cerró el parlamento: poco tiempo despues él mismo abdicó el protectorado (1659).

Anarquia. — La autoridad suprema permanecia en el consejo de oficiales, y estos acordaron volver á llamar al parlamento *largo*. Solo se presentaron cuarenta diputados. Esta sombra de parlamento se creyó poderosa porque habia hecho decapitar á un rey. Su primer cuidado fué tratar de enfrenar el poder militar que le habia vuelto la vida; pero el anarquista Lambert, que acababa de conseguir una victoria sobre los realistas reunidos á los presbiterianos en las inmediaciones de Chester, volvió sus armas contra el indócil parlamento. Situó sus tropas en todas las avenidas de Westminster, y cuando los diputados se presentaron les impidieron el paso. Los oficiales se apoderaron otra vez de la autoridad suprema. Entonces se abandonaron los tres reinos á los mas tristes presentimientos: la nobleza temia un esterminio jeneral, y el pueblo una perpétua esclavitud.

Jorje monk.—En el momento en que el porvenir se presentaba bajo tan negros colores, la fortuna, por una revolucion inesperada, abrió de repente al jóven Cárlos un camino para subir al trono de sus mayores. Jorje Monk, que con su prudencia y lealtad debia restablecer la monarquía, gobernaba la Escocia desde que fué sometida bajo el mando de Cromwel: con su dulzura y su justicia consiguió tranquilizar aquella nacion revoltosa y conciliarse el afecto del ejército. Sin manifestar á nadie sus intentos, entró en Inglaterra á la cabeza de doce mil soldados viejos y marchó sobre Lóndres. Sabedor de que Lambert le salia al encuentro con sus tropas, Monk envió comisionados para tratar con el consejo de oficiales: su objeto era contemporizar, y detener los preparativos de sus adversarios. La nacion estaba sumerjida en una verdade-

ra anarquía. Entretanto que las fuerzas de Lambert se reunian en Newcastle, Haslerig y Morley se apoderaron de Portsmouth por el parlamento. El almirante Lawson entró en el Támesis con su escuadra y se declaró por la misma causa. La ciudad de Lóndres estableció una especie de gobierno aparte; y la débil mano de Fleetwood, investido del mando superior del ejército, no podia sostener por mucho tiempo un edificio que empezaba á desmoronarse por todas partes.

Informado Monk de la restauracion del parlamento, pasó el Tweed y continuó avanzando. En todo su tránsito vió correr los pueblos á su encuentro para suplicarle que se dedicase al restablecimiento de la paz y de la tranquilidad pública, y Monk afectaba no hacer caso de sus instancias. Llegado cerca de Lóndres, se declaró al principio por el parlamento *largo* y en contra de la junta de oficiales; mas luego que entró en la ciudad creyó que ya no debia disimular sus intentos: obligó al tiránico parlamento á pronunciar por sí mismo su disolucion y á mandar que se hiciesen elecciones jenerales. Es imposible describir los trasportes de alegría que se manifestaron en Lóndres al saber la acertada resolucion del jeneral: los realistas y los presbiterianos, olvidando su mútua animosidad, se unieron; y los fogosos republicanos, entre ellos Lambert y Vane, apelaron á la fuga.

Restauracion. — Luego que estuvo reunido el nuevo parlamento, elijió este por su presidente al caballero Harbottle Grimstone, conocido por su adhesion á la causa real. Asegurado entonces Monk de las disposiciones de los diputados, advirtió á los comunes que un oficial de la real casa, el caballero John Granville, solicitaba presentar unas cartas de su majestad: esta noticia escitó las mas vivas aclamaciones. Granville fué admitido inmediatamente, y leida con ansia la carta dirijida á los comunes, á la cual acompañaba una declaracion: esta contenia una amnistía jeneral y la promesa de la libertad de conciencia; aseguraba á las tropas el pago de sus atrasos, y el goce de la misma paga en lo sucesivo.

Los lores, que no podian ya dudar del espíritu que animaba al pueblo y á los comunes, se apresuraron á recobrar su antigua autoridad. Ambas cámaras asistieron á la proclamacion del rey, que se hizo con la mayor solemnidad en el patio de pala-

cio, delante de White-Hall, y de Temple-Bar. Enviáronse comisionados á Cárlos, que se hallaba en Holanda, para invitarle á que volviese á Inglaterra á tomar posesion del trono. El rey se embarcó en un navío de la armada inglesa, en La Haya, y desembarcó en Douvres, donde le recibió Monk, á quien él abrazó cordialmente. Hizo su entrada en Lóndres el 29 de mayo de 1660, dia de su cumpleaños, entre los gritos de alegría de aquel mismo pueblo que antes habia aplaudido la abolicion de la dignidad real. De este modo terminó la primera revolucion de Inglaterra.

CARLOS II.—(1660) Este príncipe tenia treinta años cuando subió al trono: admitió en su consejo á diversas personas de conocido mérito, sin hacer distincion de partidos: el caballero Eduardo Hyde, creado conde de Clarendon, fué nombrado canciller y primer ministro; el duque de Ormond, mayordomo mayor de la casa real; el conde de Southampton, tesorero mayor; y el caballero Eduardo Nicolás, secretario de Estado. Monk, en recompensa de sus señalados servicios fué creado caballero de la Jarretiera y duque de Albemarle.

QUEBRANTAMIENTO DE LAS PROMESAS DE CARLOS. — Pasadas las funciones de la restauracion, empezaron las venganzas. Los rejicidas que no habian salido del reino, engañados con el manifiesto real, se presentaron para acojerse á la amnistía; concedióseles en efecto á cincuenta y uno; pero veintinueve fueron juzgados, y condenados diez de ellos al suplicio, que sufrieron proclamándose mártires. En seguida se licenció al ejército, cuyo entusiasmo é indisciplina se temia, y se restableció el episcopado. Una tentativa de levantamiento hecha por los *millenarios*, hombres fanáticos que pensaban que Jesus debia reinar solo en la tierra por espacio de mil años, sirvió de pretesto para perseguir á las demas sectas. En Escocia se abolió el *covenant*, y los obispos volvieron á ocupar sus sillas (1661).

Un nuevo parlamento avanzó mas contra la libertad relijiosa: votó un *bill de uniformidad* que completó el triunfo del episcopado sobre el presbiterianismo (1662). Por este bill se mandaba que todo sacerdote que no hubiese recibido la ordenacion episcopal, estaba obligado á recibirla inmediatamente; que además debia aprobar todo lo

que contenia el libro de los rezos ordinarios, prestar el juramento de obediencia canónica, abjurar el pacto y liga solemne, y renunciar al principio que autorizaba á tomar las armas contra el rey. De este modo se desvanecieron las promesas de Cárlos en favor de la libertad de conciencia. En un solo dia, mas de diez mil ministros presbiterianos abandonaron sus beneficios y sacrificaron su fortuna á sus principios.

No bastándole á Cárlos para sus gastos y prodigalidades los subsidios concedidos por el parlamento, recurrió á una medida que empezó á hacer impopular su gobierno: vendió la ciudad de Dunkerque á los franceses por cuatrocientas mil libras esterlinas. Publicó en seguida una declaracion de tolerancia, bajo el pretesto de modificar los rigores del bill de uniformidad; pero su verdadero fin era procurar á los católicos el libre ejercicio de su culto, al cual siempre habia sido inclinado. Este acto, desaprobado por el parlamento, le indispuso con la nacion, cuya mayoría era protestante.

Guerra con la holanda. — (1665) La rivalidad comercial hizo estallar la guerra entre Inglaterra y Holanda: el mando de la armada inglesa se encargó al duque de York, hermano del rey, que se habia señalado en Francia bajo las banderas de Turena y de Condé. Opdam, almirante de la armada holandesa, no rehusó el combate; pero su navío se voló en lo mas fuerte de la accion, y desconcertados con este accidente los holandeses volvieron las velas hácia sus costas. Tromp, hijo del famoso almirante de este nombre, contuvo con sus naves el esfuerzo de los ingleses y protejió la retaguardia. Este encuentro costó á los vencidos diezinueve buques, unos apresados y otros echados á fondo.

En virtud de un tratado de alianza concluido con la Francia en 1662, los holandeses reclamaron el ausilio de Luis XIV; este mandó á su almirante el duque de Beaufort que se hiciese á la vela para la Mancha, y se reunió con la armada holandesa mandada por Ruyter y Tromp. La escuadra inglesa á las órdenes del duque de Albemarle y del príncipe Ruperto, solo se componia de setenta y cuatro velas; pero acostumbrado Albemarle á no contar el número de los enemigos, destacó al príncipe Ruperto para que se opusiera á los franceses, y él atacó á los holan-

deses en la altura de North-Foreland (1666). Esta batalla es una de las mas memorables en los anales marítimos, tanto por su duracion como por el obstinado encarnizamiento de ambas partes: despues de una lucha de cuatro dias con sucesos varios, los ingleses tuvieron que retirarse á sus puertos, y Ruyter fué á apostarse en la embocadura del Támesis. Allí volvió á empezar el combate con nuevo furor: en el primer choque murieron tres almirantes holandeses; el intrépido Ruyter sostuvo la pelea hasta la noche, que vino á terminar aquella carnicería, pero al dia siguiente, viendo su armada dispersa y su jente desalentada, se halló obligado á emprender la retirada, que efectuó con la mayor habilidad, y condujo su escuadra á los puertos de su patria. Desde entonces quedaron los ingleses dueños del mar.

Incendio en la Cité. — En medio de las calamidades de la guerra, hubo un incendio en la Cité (setiembre 1666) que consternó á los habitantes de Lóndres: á pesar de todos los esfuerzos empleados para contener los progresos de las llamas, se propagó con tanta rapidez que redujo á cenizas seiscientas calles y trece mil casas: duró el fuego tres dias y tres noches y solo pudieron cortarle á fuerza de derribar casas. El pueblo acusó de este desastre á los católicos, á quienes detestaba, pero sin la menor apariencia de prueba ni de verosimilitud.

Paz con los holandeses. — (1667) La Holanda hacia de nuevo sus preparativos para la guerra; pero Cárlos, que no era apasionado á la gloria, ni le atormentaba la ambicion, antes de empezar una guerra infructuosa y perjudicial, hizo proposiciones de paz á su adversario; se abrieron las conferencias, y despues de largas discusiones concluyeron el tratado, por el cual cada una de las dos naciones conservó sus posesiones recientemente adquiridas en ambos hemisferios.

Caida del ministerio. — Esta conclusion, tan poco honrosa, de la guerra, desagradó al pueblo inglés que echó la culpa al canciller Clarendon, á quien ya habia achacado la venta de Dunkerque á la Francia, y este ministro fué el objeto del odio mas encarnizado: el mismo rey, que tenia mas respeto que amor al canciller, y que, en medio de la disolucion que reinaba en su corte, sufria con impaciencia la

austera virtud é inflecsible dignidad de su ministro, contribuyó á su caida: ni aun el recuerdo de sus largos servicios pudo retardarla. Se le retiró el gran sello y se dió al caballero Orlando Bridjeman. Los comunes votaron contra él un acta de acusacion, y Clarendon, previendo que ni su inocencia ni sus servicios harian impresion alguna en el ánimo de los jueces prevenidos, se retiró á Francia, en donde solo sobrevivió seis años á la sentencia de destierro que contra él pronunció el parlamento, y allí concluyó la historia de las guerras civiles de su patria, cuya obra hace el mayor honor á su memoria.

Desde este momento el rey alejó de su consejo los hombres cuyo honor é integridad inspiraban confianza. Todo el gobierno se encargó á cinco personas: Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington y Lauderdale: á este nuevo consejo le llamaron *cábala*, porque las letras iniciales de los cinco apellidos componian la palabra inglesa *cabal*. Estos peligrosos ministros escitaron la desconfianza del monarca contra el parlamento, y le persuadieron á que reuniese en sí todo el poder; que se retirase de la triple alianza protestante recientemente concluida entre Inglaterra, Suecia y Holanda, y que se uniese con la Francia. La duquesa de Orleans, hermana del rey, acabó, con sus artificios, de hacerle olvidar todas las mácsimas del honor y de la política, y le indujo á firmar la alianza con Luis XIV contra la Holanda (1670).

Nueva guerra con la Holanda. — Declaróse de nuevo la guerra á la república bátaba con los mas frívolos pretestos: el manifiesto de Cárlos se quejaba, entre otros agravios, de los perjuicios causados á la compañía inglesa de las Indias Orientales, aunque esta compañía los negó. Mas franca fué, ya que no mas justa, la declaracion de la Francia, que solo dió por motivo de su agresion el desagrado que le causaba la conducta de los Estados. El pensionario Juan de Witt, trató de conjurar la tempestad antes que descargase sobre su patria, y se apresuró á equipar la armada, que se componia de noventa y una naves de guerra y cuarenta y cuatro brulotes, la cual, bajo el mando de Ruyter, se hizo á la vela y sorprendió las escuadras inglesa y francesa en la rada de Solebay, la primera á las órdenes del duque de York, y la segunda á las del conde de Estrees: la

victoria fué muy disputada, y el combate duró hasta la entrada de la noche: entonces se retiraron los holandeses, pero no los persiguieron sus enemigos: la pérdida fué casi igual de ambas partes (1672).

Luis XIV entró en Holanda á la cabeza de sus tropas, y tomó posesion del pais casi sin hallar resistencia. Los estados de Holanda enviaron sus embajadores á los dos monarcas para implorar su clemencia; pero habiendo combatido toda especie de transaccion el pensionario de Witt, demasiado obstinado en defender su sistema de libertad, se alborotó el pueblo holandés y le sacrificó á su furor. Despues del asesinato del virtuoso de Witt, fué elejido en su lugar el príncipe de Oranje, el cual resolvió continuar la guerra, desechando la soberanía de Holanda que le ofrecian los monarcas aliados.

El rey de Inglaterra obtuvo del parlamento un subsidio de sesenta mil libras esterlinas, y equipó una armada de noventa naves (1673). Habiendo hecho dimision de todos sus cargos el duque de York porque no quiso prestar el juramento del *Test*, que anulaba la declaracion de induljencia en favor de los católicos, de los cuales era celoso protector, se dió el mando de las fuerzas navales al príncipe Ruperto. Una armada tan formidable no produjo ningun resultado: despues de tres combates contra Ruyter, cuyo écsito fué dudoso, la escuadra volvió á los puertos de Inglaterra.

El parlamento manifestó su descontento; y Cárlos, conociendo que no debia esperar mas subsidios para la continuacion de una guerra tan impopular en sus estados, trató, por su parte, de hacer la paz con Holanda por medio del embajador español; firmóse en efecto con condiciones muy honoríficas para la Inglaterra, y fué publicada en Lóndres con grandes aclamaciones del pueblo (1674): mas no por eso dejó de conservar Cárlos relaciones secretas con la Francia, la cual continuó haciendo la guerra á la república bátaba. Los comunes, el ministro Shaftesbury, que antes habia sido ardiente promotor de la guerra, y la opinion pública, se pronunciaron decididamente contra la continuacion de las hostilidades entre Luis XIV y la Holanda, instando á Cárlos á que se declarase árbitro en aquella lucha. El rey pidió á los comunes sesenta mil libras esterlinas para emprender lo que ecsijian

de él: ya estaba para votarse tan crecido subsidio é iba á efectuarse el rompimiento con la Francia, cuando se supo la conclusion de la paz en Nimega (1678), por cuyo tratado adquirió Luis el Franco-Condado y muchas plazas importantes en Flandes. La Holanda descansó de sus largas guerras bajo el estatuderado del príncipe de Oranje, recien casado con María de Inglaterra, hija del duque de York.

Acta del test. — Las medidas adoptadas por Cárlos, aumentaban cada dia las prevenciones y desconfianzas de sus súbditos: el restablecimiento del papismo y de la monarquía absoluta, parecia ser objeto constante de sus esfuerzos. En medio de estas disposiciones hostiles del pueblo, esparcióse de repente el rumor de un complot tramado por los católicos. Un tal Tito Oates, el mas infame de los hombres, y que por sus desarreglos habia sido espulsado del colejio de jesuitas de Saint-Omer, delató, ó mas bien inventó una conspiracion, cuyos intentos eran matar al rey y dar la corona al duque de York, á condicion de que la recibiria como un don del papa, y consentiria en la total estirpacion de la relijion protestante. Esta conspiracion fué el objeto de todas las conversaciones y del terror público. El tesorero mayor Danby, enemigo de Francia y de los católicos, atizaba las revelaciones de Oates, é hizo prender á Colman, secretario de la duquesa de York: entre los papeles de este se halló su correspondencia con el P. Lachaise, confesor de Luis XIV, con el nuncio del papa en Bruselas, y con otros católicos estranjeros, cuyas cartas contenian algunos pasajes relativos á los sentimientos personales de Cárlos en favor del papismo y de la alianza con la Francia. Esto, y la muerte del sheriff Geoffrey, que fué el que recibió la declaracion de Oates, cuyo atentado se achacó á los papistas, aumentaron hasta lo sumo los terrores del pueblo. En medio de esta fermentacion de los ánimos se reunió el parlamento; el grito del complot resonó de la una á la otra cámara, y se presentó una peticion indicando un ayuno público, y solicitando que se desterrase de Lóndres á los papistas marcados. El rey, á pesar de no creer en la realidad del complot, juzgó necesario adoptar la opinion popular en presencia de ambas cámaras. Se introdujo un nuevo *Test*, que trataba á la relijion católica de idolatría,

y que todos los miembros que pusieran dificultad en adoptarle fuesen escluidos del parlamento. Presentábanse en multitud los delatores, entre ellos personas de distinguido rango. Montague, embajador que fué de Inglaterra en Francia, produjo ante la cámara de los comunes una carta del tesorero mayor Danby, refrendada por el rey, que contenia pruebas irrecusables de las intrigas de Cárlos con la corte de Francia. Los comunes decretaron inmediatamente la acusacion de Danby; los lores se opusieron á su arresto; la cámara baja insistió, y en esta discordia de las dos cámaras el rey prorogó el parlamento y despues le disolvió.

Sin embargo, la necesidad de metálico obligó al rey á convocar otro parlamento (1679). La nueva cámara de los comunes no se mostró menos opuesta á la corte que la anterior. Temeroso Cárlos de la tempestad que se formaba contra él, obligó al duque de York á salir de Inglaterra, para apaciguar al pueblo y á sus representantes quitándoles toda sospecha de la influencia de los papistas en los negocios públicos. El duque no rehusó obedecer; pero ecsijió una órden firmada por su hermano para que su ausencia no se mirase como una prueba de culpabilidad, y además que Cárlos declarase públicamente la ilejitimidad de Monmouth, uno de sus hijos bastardos, que aspiraba á sucederle en el trono. Cárlos hizo la declaracion que se le pedia, en pleno consejo, y el duque de York se retiró satisfecho á Bruselas.

Bill del habeas corpus. — A pesar de esta precaucion, no pudo obtener Cárlos la confianza del parlamento. Desde el principio de la lejislatura, los comunes reprodujeron la acusacion contra Danby, y fué encerrado en la Torre á pesar de la oposicion del rey. La misma cámara, animada por las intrigas de Shaftesbury, presidente del nuevo ministerio, votó un bill para escluir enteramente al duque de York de la sucesion á la corona: en él se decia que despues de la muerte del rey, ó por su abdicacion, la corona pasaria al heredero mas prócsimo; que si el duque de York se presentase en alguno de los tres reinos, seria declarado culpable de traicion, y los que sostuviesen sus derechos castigados como traidores y rebeldes. En seguida se ocuparon los comunes de las libertades de la nacion: escluye-

ron de su seno á todos los miembros que disfrutaban pensiones ó sueldo del gobierno; declararon ilegales las tropas permanentes y la guardia real, y votaron la famosa ley del *Hábeas corpus*, inapreciable garantía de la libertad individual, de que tanto se envanece la Inglaterra. Por esta ley ningun súbdito del reino puede ser deportado; el carcelero está obligado á presentar el acusado ante sus jueces cuantas veces sea requerido para ello; el motivo de la prision debe certificarse; y si un acusado está juzgado por un tribunal, no puede ser otra vez preso por la misma causa. Despues activaron los comunes los procedimientos contra Danby; pero empeñándose un debate entre estos y la cámara alta con motivo de la admision de los obispos al proceso, Cárlos se aprovechó de este incidente para cerrar el parlamento.

A pesar de la ausencia de las cámaras, los procedimientos contra los católicos acusados de conspiradores, continuaron sin interrupcion; el rey se vió obligado á ceder al furor popular: Colman, Whitebread, provincial de los jesuitas y otros muchos relijiosos de la misma órden, fueron condenados á muerte y sufrieron su sentencia protestando hasta el último suspiro que eran inocentes. La infamia de Oates, á quien llamaban el salvador de la nacion, fué recompensada con una pension anual de mil doscientas libras esterlinas.

Sublevacion de los puritanos en Escocia. — Los puritanos escoceses, que buscaban una ocasion para salir de la opresion en que jemian tanto tiempo hacia, aprovechándose del descontento de los ingleses, se sublevaron y asesinaron al primado Sharp, al que miraban como apóstata y como autor de sus largas persecuciones. Marchó contra ellos el duque de Monmouth con un cuerpo de caballería inglesa, y los atacó en el puente de Bothwell, entre Hamilton y Glasgow, donde habian tomado posicion los rebeldes en número de unos ocho mil, conducidos por sus predicadores. La artillería inglesa los derrotó inmediatamente: murieron mas de setecientos, y quedaron mil doscientos prisioneros: Monmouth los trató benignamente con objeto de hacerse partidarios, y obtuvo del rey una amnistía para todos los adictos al *covenant*.

Cárlos cayó enfermo en Wind-

sor y sus principales consejeros le obligaron, á despecho de Shafterbury, á llamar secretamente al duque de York para que pudiese hacer valer sus derechos contra los obstáculos que se le oponian. A su llegada encontró el príncipe á su hermano fuera de peligro; pero no desaprovechó el viaje: durante su corta permanencia en Windsor consiguió quitar al duque de Monmouth el favor del rey, que le ecsoneró del mando de las tropas; en seguida obtuvo permiso de retirarse á Escocia, bajo el pretesto de calmar los temores de la nacion inglesa, pero en realidad para atraer aquel reino á sus intereses.

LOS WHIGS Y LOS TORIS. — Los descontentos recurrieron á las peticiones tumultuosas para que el rey convocase el parlamento (1680). Los partidos, en su afan de injuriarse, inventaron en este año los célebres epítetos de *Whig* y de *Tory*, que por tanto tiempo han dividido y aun dividen á la Inglaterra. El partido de la corte echaba en cara á sus antagonistas su semejanza con los fanáticos de Escocia conocidos con el nombre de *Whigs* (pelucas): y el partido popular pretendia hallar alguna relacion entre los realistas y los papistas rebeldes de Irlanda á los que llamaban *Toris* (facciosos). El rey, despues de resistir largo tiempo, al fin accedió á la convocacion. Apenas se constituyeron los comunes, reprodujeron el bill de esclusion contra el duque de York. Las discusiones en ambas cámaras fueron muy acaloradas, y la de los lores desechó el proyecto por una mayoría considerable. Los comunes, para vengarse, volvieron á emprender la acusacion contra los lores católicos presos en la Torre. El vizconde de Stafford, á quien su edad y enfermedades hacian incapaz de defenderse, fué la primera víctima, y su sangre la última que se derramó con motivo de la conspiracion papista. Los comunes votaron aun otros muchos bills que manifestaban claramente sus disposiciones contra la corte; y aun en sus últimas declaraciones dejaron columbrar sus intentos de formar una asociacion contra el monarca. Cárlos se apresuró á disolver este parlamento y á convocar otro nuevo.

Para prevenir los desórdenes que acompañaban á las sesiones de las cámaras en Westminster, por la inmediacion de la revoltosa Cité, quiso que se abriese el parlamento en Oxford; pero

todos los representantes populares se presentaron en esta ciudad escoltados no solo por sus criados, sino tambien por sus amigos y partidarios; y mas parecia aquello una dieta polaca, que un parlamento regular (1681). La cámara de los comunes, compuesta casi enteramente de los mismos individuos, emprendió nuevamente la acusacion de Danby, las indignaciones de la conspiracion papista, y sobre todo el bill de esclusion. Cárlos perdió la esperanza de hacerlos mas moderados y disolvió otra vez el parlamento. Para no verse precisado en lo sucesivo á confiar al pueblo nuevas elecciones, resolvió establecer la mayor economía en su administracion evitando así el tener que pedir subsidios.

Luego que Cárlos se vió dueño del reino y que no tenia que temer los clamores de los comunes, llamó cerca de sí al duque de York (1682). Sin embargo, la autoridad absoluta del monarca no dejó de encontrar poderosos obstáculos, sobre todo por parte de Lóndres, que se hallaba en manos de los descontentos. El rey dió una órden para que la capital hiciese patente ante un tribunal la validez de sus prerogativas. La causa de Lóndres fué litigada por dos abogados contra el procurador y el solicitador jeneral; la sentencia fué de todo punto favorable á la corte, y los ciudadanos se vieron obligados á dirijir al rey humildes súplicas para obtener el restablecimiento de sus cartas, cuyo favor se les vendió caro: se ecsijió que el lord correjidor, los sheriffs y los aldermanes no pudiesen ejercer sus empleos sin la aprobacion del rey, y que estos funcionarios tuviesen el derecho de nombrar los demas majistrados de la Cité.

Conspiracion contra el duque de York y contra el gobierno. — Las otras ciudades del reino conocieron que era inútil luchar contra la córte, y la mayor parte de ellas consintieron en entregar en manos del rey sus franquicias municipales, cuyo restablecimiento les costó grandes sumas, y todos los oficios quedaron á disposicion del rey. Pero ecsitia un partido de descontentos que aun antes de estas injusticias habia formado un plan de oposicion contra la corona. Entre estos se contaban el duque de Monmouth, lor Gray, lor Russell, y el inquieto Shaftesbury, que era quien los incitaba. Ademas de los partidarios que se hacian en Lóndres, se esforzaron en

empeñar á la nobleza y habitantes de muchos condados á tomar las armas para reconquistar sus privilejios: ya iba á estallar la conspiracion cuando Russell hizo consentir á los demás conjurados en que se aplazase la esplosion. El impaciente Shaftesbury, irritado por esta dilacion, abandonó el proyecto y pasó á Holanda, donde murió á poco tiempo.

Despues de la partida de Shaftesbury, los conspiradores principiaron un proyecto regular de levantamiento (1683). Los principales jefes eran Monmouth, Russell, Essex, Howard, Aljernon Sidney y John Hampden, nieto del famoso jefe parlamentario del tiempo de Cárlos I; los cuales se pusieron en relacion con el conde de Arjile y los escoceses descontentos.

MUERTE DE RUSSELL Y DE SIDNEY. — Pero Keiling, uno de los conjurados, temeroso del écsito de su empresa, descubrió la conspiracion al secretario jeneral Jenkins, con objeto de obtener su perdon. Inmediatamente se dió órden de prender á los conspiradores: Monmouth se escondió; Russel fué encerrado en la Torre; Howard, hombre sin honor, viéndose descubierto, no vaciló en comprar su perdon vendiendo á sus cómplices, y por su denuncia fueron presos Essex, Sidney y Hampden. Los procedimientos judiciales principiaron por Russell; y el jurado le condenó á muerte, y sufrió su sentencia con valor. En seguida tocó el turno á Sidney, hijo del conde de Leicester, el cual tomó una parte muy activa en las guerras civiles del anterior reinado; y aunque se opuso constantemente á la usurpacion de Cromwell, despues de la restauracion quiso mas bien condenarse al destierro que someterse al gobierno de una familia que detestaba; por consiguiente la corte tenia grande interés en desembarazarse de un adversario tan pronunciado, y tambien fué sentenciado á muerte. En cuanto á Essex, le hallaron ahogado en su prision. Los oficiales encargados de verificar este accidente declararon que se habia suicidado con sus propias manos. Hampden, absuelto del cargo de alta traicion, fué condenado á una multa considerable.

Estos rigores no estaban de acuerdo con la dulzura bien conocida del carácter de Cárlos, y la nacion los atribuia al duque de York, en cuyas manos parecia haber resignado el rey, por su indolencia, las riendas del gobierno. Se dice que la violenta

imprudencia del duque, causaba al rey alguna inquietud, y que meditaba un nuevo plan de administracion: en efecto, estaba decidido á enviar á su hermano nuevamente á Escocia, á llamar á Monmouth, á convocar un parlamento y á deshacerse de los ministros que desechaba la nacion; pero en medio de estos sabios proyectos le acometió un accidente aplopético, consecuencia de su intemperancia, y murió á los cincuenta y cinco años de edad y veinticinco de reinado. Su muerte fué sentida de la nacion, que no podia odiar á un rey mas bien frívolo que perverso, y á cuyo sucesor temia.

Jacobo II. — (1685) El primer acto de Jacobo II fué declarar que conservaria el gobierno establecido en la iglesia y en el estado; pero no tardó en demostrar que su adhesion á las leyes no era sincera, imponiendo contribuciones sin el concurso del parlamento, y asistiendo públicamente á la misa, con las insignias reales. A pesar de su repugnancia personal, se decidió á convocar el parlamento; pero en su discurso de apertura manifestó á las cámaras claramente, que á la menor muestra que diesen de descontento, sabria usar de su prerogativa y dispensarse de una medida que él miraba como libre y voluntaria. La cámara baja, compuesta casi enteramente de toris, concedió al rey durante su vida todas las rentas que disfrutaba Cárlos II á su muerte. La de los lores no se mostró menos complaciente: esta se ocupó principalmente en hacer desaparecer las huellas de la famosa conspiracion papista, y Oates fué condenado, como perjuro, á una multa, á ser azotado y á prision perpétua. Los magnates papistas, entre ellos Danby, fueron absueltos de la acusacion presentada contra ellos.

Invasion y muerte de Monmouth. — El curso de los trabajos parlamentarios se interrumpió con la noticia que se esparció repentinamente de que el duque de Monmouth habia salido de Holanda con tres navíos y desembarcado despues en la costa occidental de Inglaterra. Este príncipe llegó á reunir mas de dos mil hombres y tomó el título de rey en Tauton: para no dar tiempo de concentrarse á las tropas reales, cayó sobre el jeneral Feversham, cerca de Bridgewater. Despues de tres horas de una vigorosa resistencia, los rebeldes fueron derrotados; perecieron cerca de mil

y quinientos. Monmouth apeló á la fuga y se disfrazó de aldeano para poder mejor ocultarse; pero al fin fué hallado en una zanja, cubierto de lodo, y estenuado de cansancio y de hambre. Escribió á Jacobo en los términos mas humildes, suplicándole no derramase la sangre de un hermano. El rey viéndole tan sumiso le hizo llevar á su presencia, lisonjeándose de que le haria confesar los nombres de todos sus cómplices; pero á pesar de su amor á la vida, este desgraciado príncipe no quiso comprarla con semejante infamia y se dispuso á morir con valor. Las muestras del afecto popular le acompañaron hasta el patíbulo.

A consecuencia de la invasion de Monmouth; el feroz coronel Firk y el implacable juez Jeffries, ministros de la venganza de Jacobo, hicieron sentenciar á muerte á mas de ciento y cincuenta personas en el Oeste de Inglaterra, y el conde de Argile que habia ido á sublevar la Escocia en favor de Monmouth, fué tambien preso y conducido á Edimburgo, donde murió en el cadalso.

Triunfo del partido católico. — Jacobo, lleno de seguridad é impulsado por su celo relijioso, propuso al parlamento que se dispensase á los católicos del *Test* protestante; pero las cámaras recobraron su independencia; resistieron, y el monarca las disolvió (1686). Jacobo, decidido á no abandonar su proyecto, ya que no le pudo hacer adoptar al parlamento, consiguió establecerle por medio de la autoridad judicial. En seguida cuatro lores católicos fueron admitidos en el consejo privado, y los protestantes de los tres reinos no tardaron en ver el poder civil y la autoridad militar en manos de sus mas temibles enemigos.

Todos los hombres sensatos que pertenecian á la comunion católica, reprobaban aquel sistema, cuyo écsito era fácil prever; pero Jacobo estaba enteramente gobernado por los imprudentes consejos de la reina y del jesuita Peters, su confesor; y no contento de conceder dispensas á los particulares, se atribuyó el poder de suspender, por una declaracion de induljencia jeneral, todos los estatutos que ecsijian la sumision á la relijion establecida. Envió asimismo al conde de Castlemaine á Roma en calidad de embajador estraordinario (1687) para dar la obediencia al papa y reconci-

liar la Inglaterra con la santa sede; pero el papa en vez de aprobar un paso tan precipitado, conoció que un proyecto concebido con tanta indiscrecion no podia tener dichoso fin, y recibió al embajador inglés con la mayor indiferencia. Sin embargo, su santidad envió á la corte de Inglaterra un nuncio que hizo su entrada pública en Windsor, con hábitos pontificales, contraviniendo al bill del parlamento que calificaba de alta traicion toda comunicacion con el papa.

El rey, para llegar mas pronto al fin que se proponia, publicó de su propia autoridad una declaracion de libertad de conciencia: seis obispos que se negaron á leerla en sus iglesias, despues del oficio divino, fueron conducidos á la Torre de órden de Jacobo; pero juzgados despues salieron absueltos, y su libertad fué un triunfo para toda la nacion: el ejército se dejó llevar del torrente jeneral y no quiso admitir la libertad de conciencia.

Algunos dias antes de la libertad de los obispos, la reina dió á luz un niño (1688); pero el odio contra el rey era tan violento, que la calumnia llegó á suponer en Jacobo la intencion de haber querido engañar al mundo con un hijo supuesto. El príncipe fué bautizado con el nombre de Jacobo, y mas tarde conocido bajo el título de pretendiente.

El rey solicitó el concurso del príncipe de Oranje, su yerno, para la revocacion de las leyes penales y del *Test*; pero Guillermo le contestó desaprobando altamente sus empresas contra la Iglesia anglicana: esta declaracion animó á los protestantes, y todos los ingleses volvieron sus ojos hácia la Holanda. Guillermo, cediendo á las instancias de los ingleses refujiados, se decidió á tomar la defensa de un pueblo que en su conflicto le miraba como su único protector, y dispuso una espedicion que se dirijia, al paracer, contra la Francia. Jacobo no vió otro medio de salvacion sino una pronta retractacion de las funestas medidas que le habian suscitado tantos enemigos interiores y esteriores; pero ya no era tiempo: el príncipe de Oranje habia publicado un manifiesto que se estendió por todo el reino, en el que enumeraba los infinitos sufrimientos de la nacion, y que para remediar estos males se disponia á pasar á Inglaterra con un ejército.

Invasion del principe de Oranje en inglaterra.—(1688) Guillermo desembarcó sin obstáculo en Torbay, el 5 de noviembre. Bien pronto se conmovió toda la Inglaterra; cada dia se manifestaban mas los progresos de la conspiracion universal en que la nacion habia entrado para oponerse á los intentos del soberano; pero el síntoma mas peligroso fué la desafeccion del ejército: todos los oficiales se manifestaron dispuestos á defender la causa de su patria y de su relijion. Lord Conbury se pasó al partido de Guillermo con tres rejimientos. Faversham rehusó sacar la espada, y lord Churchill (despues el célebre duque de Marlborough), que de simple paje llegó á ascender hasta el mando superior del ejército, y que debia toda su fortuna al afecto del rey, no temió, en este sensible estremo, abandonar á su protector.

Fuga de Jacobo II.—Jacobo no pudo contener sus lágrimas cuando supo que el príncipe Jorje de Dinamarca, su yerno, y Ana su hija querida, habian ido á reunirse con Guillermo. El último uso que Jacobo hizo de la autoridad real, fué dar órdenes para la convocacion del parlamento, y enviar tres comisionados para tratar con el príncipe de Oranje. Alarmado Jacobo de aquella defeccion casi jeneral, acosado además por sus propios temores y los de sus partidarios, tomó precipitadamente la resolucion de refujiarse en Francia; envió anticipadamente á la reina y al príncipe acompañados del conde de Lauzun, favorito de Luis XIV, y él se trasladó á Rochester, ciudad poco distante del mar; desde allí ganó furtivamente la costa, se embarcó en una fragata que le esperaba, y le condujo felizmente á Ambleteuse en la provincia de Picardía, desde donde marchó á San Jerman. En esta residencia recibió del monarca francés la jenerosa hospitalidad que una familia jacobita, propietaria del castillo de Lullworth, debia dar en nuestros dias á un nieto de Luis XIV, tambien proscrito por una insurreccion victoriosa.

Destitucion de Jacobo II, y fin de la casa de Estuardo.—Una asamblea nacional convocada en Westminster con el nombre de *Convencion*, votó al principio una accion de gracias al príncipe de Oranje por el servicio que acababa de prestar á la nacion, y en seguida declaró (febrero

de 1689): «que el rey Jacobo, habiéndose esforzado en destruir la constitucion del reino, rompiendo el contrato que ecsistia entre el rey y el pueblo, violando las leyes fundamentales por consejo de los jesuitas, y evadídose del reino, habia abdicado el gobierno, y por consiguiente el trono estaba vacante.» Entonces se votó el bill que conferia la corona al príncipe y á la princesa de Oranje; pero la administracion al príncipe solo. Despues de su muerte, el trono debia pertenecer á la princesa Ana. La Convencion unió á este reglamento una declaracion de las libertades legales del pueblo inglés, en la cual estaban por fin decididos todos los puntos contestados entre el rey y la nacion, y la prerogativa real reducida á justos límites y mas esactamente definida que nunca. Poco tiempo despues, una Convencion escocesa adoptó otra declaracion semejante, y Guillermo y María fueron proclamados en ambos reinos, jurando observar el *bill de derechos*. Tal fué el último acto de la revolucion de 1640.

Guillermo III. — (1689) Si la Inglaterra y la Escocia se apresuraron á reconocer á Guillermo de Oranje, la Irlanda en desquite, mas afecta al partido católico, se mostró poco dispuesta á someterse á un príncipe protestante. Esta isla, donde gobernaba el conde de Tyrconnel, celoso *jacobita*, se declaró abiertamente por el monarca fujitivo. Instruido Jacobo de estas disposiciones favorables, obtuvo de Luis XIV socorros de hombres y naves, y partió de Brest, despues de haberse despedido de su real huésped. Desembarcado en Kinsale, el 22 de marzo de 1689, hizo su entrada solemne en Dublin, entre las aclamaciones de la multitud, y en seguida marchó á sitiar á Londonderry, ciudad protestante, bajo cuyos muros perdió nueve mil hombres sin poderla reducir. No tardó en sometérsele casi toda la Irlanda, y era ya urjente para la Inglaterra oponerse á sus progresos. Guillermo envió contra Jacobo al duque de Schomberg con un ejército de diez mil hombres; pero las enfermedades que cundieron entre sus tropas, impidieron al jeneral ingles el emprender nada importante. Esta inaccion escitó el descontento de los comunes, y Guillermo se vió tan ostigado por los whigs y los toris, que estuvo tentado á abandonar la administracion del reino á su mujer la reina, y re-

tirarse á Holanda; pero cedió á las instancias de sus partidarios y se decidió á marchar él mismo á Irlanda para terminar mas brevemente la guerra. Luego que desembarcó, se dirijió hácia el rio Boyna, donde Jacobo ocupaba una posicion ventajosa; atacóle al instante, quedando la victoria por el ejército inglés, que derrotó completamente á los irlandeses y á los franceses sus ausiliares, y Jacobo apenas tuvo tiempo para llegar á Dublin, desde donde partió otra vez para Francia (1690).

Sin embargo, los jacobitas no se dieron por vencidos; la noticia de una victoria conseguida por la escuadra francesa sobre la anglo-holandesa, les volvió la esperanza, y la guerra continuó: Guillermo, despues de apoderarse de muchas fortalezas, encargó el mando de Irlanda al jeneral Ginckle, y se volvió á Inglaterra. Ginckle atacó á las bandas irlandesas reunidas á nuevos ausiliares franceses y les obligó á deponer las armas (1691). Cesaron las hostilidades, se abrieron negociaciones en Limerick, y se firmó una capitulacion en la cual se estipuló que los católicos irlandeses gozarian de la misma libertad que en el reinado de Cárlos II; que nadie seria perseguido por ninguna delito anterior, y que cada individuo tendria derecho á dejar la Irlanda y retirarse adonde le pareciese con su familia y bienes. En virtud de esta capitulacion, doce mil irlandeses quisieron mas bien abandonar su patria y emigrar á Francia, que reconocer á Guillermo.

Despues de la reduccion de Irlanda, Guillermo pasó á Holanda para concertarse con sus aliados. Desde el principio de su reinado habia formado una alianza ofensiva y defensiva contra la Francia, con el emperador, el elector de Brandemburgo y los estados jenerales de Holanda: esta alianza es conocida en la historia con el nombre de *liga de Augsburgo*. Luis quiso aprovecharse de su ausencia para hacer un desembarque en Inglaterra. Reunióse entre Cherburgo y La Hoga un cuerpo considerable de tropas francesas, al que se juntaron gran número de irlandeses y escoceses fujitivos, todos á las órdenes del rey Jacobo: el almirante Tourville con sesenta y tres naves, debia protejer el desembarque. Noticioso el almirante ingles de estos formidables preparativos, se reunió con la celeridad posible á la armada holandesa y se hizo á la

vela para Francia: descubrió al enemigo cerca de La Hoga, el cual se preparó inmediatamente á la batalla (19 de mayo 1692): despues de una lucha de doce horas fueron vencidos los franceses, que perdieron quince de sus naves: y Jacobo, viendo desvanecidas sus esperanzas, se volvió á San Jerman. La reina María murió poco tiempo despues de este nuevo desastre de su padre.

Paz con la francia. — Continuó la guerra en el continente por algunos años con sucesos varios, y por último se firmó la paz en Riswich el 20 de setiembre de 1697: por este tratado la Francia reconoció á Guillermo sin restriccion ni reserva, y se restableció la libertad de comercio entre las dos naciones.

Guillermo, á su regreso á Inglaterra, trató de dar mas fuerza á su autoridad: durante su lucha con la Francia se vió obligado á hacer algunas concesiones á las cámaras, porque necesitaba dinero: por eso consintió en el bill trienal, en virtud del cual el parlamento habia de ser convocado al menos una vez cada tres años, y su duracion no debia esceder de otros tres. Aunque libre de la guerra estranjera, queria conservar las tropas que se le habian concedido para sostenerla; pero los comunes decidieron que se licenciasen todas las tropas pagadas por la Inglaterra, escepto siete mil hombres, y que aun estas fuerzas deberian componerse de nacionales. Guillermo se indignó y rehusó al principio sancionar este bill; pero mejor aconsejado por sus ministros, accedió por fin á licenciar su guardia holandesa (1698).

Nueva liga contra la francia. — Estas alteraciones entre el rey y el parlamento, duraron hasta el fin de su reinado; pero se manifestaron mas violentas con motivo del tratado de particion de la monarquía española, concebido por Luis XIV y aprobado por Guillermo. Por este tratado, la España y las Indias Orientales debian pertenecer al hijo del elector de Baviera, á quien Cárlos II, no teniendo heredero directo, habia designado por sucesor suyo; el delfin, hijo de Luis XIV, debia poseer á Nápoles y Sicilia; y el archiduque Cárlos obtendria el Milanesado; pero habiendo muerto el príncipe de Baviera antes que el rey de España, se modificaron estas disposiciones testamentarias. Cárlos elijió por su heredero al duque de Anjou, nieto de Luis XIV; el monarca francés

aceptó la sucesion y se retiró del tratado de particion. Guillermo se irritó al saberlo; convocó las cámaras, y les hizo presente la conducta del rey de Francia, bajo el aspecto mas desfavorable. Los comunes desaprobaron altamente el tratado de particion, y manifestaron con enerjía su descontento por lo que se habia convenido sin su participacion: sin embargo, comprometieron al rey á continuar las negociaciones, y ofrecieron ayudarle á sostener el honor de la Inglaterra. Firmóse secretamente en La Haya una alianza ofensiva y defensiva entre Inglaterra y las Provincias-unidas. El emperador, que por su parte habia hecho proclamar rey de España al archiduque Cárlos, y enviado ya al príncipe Eujenio de Saboya á la conquista del Milanesado, no tardó en unirse á esta nueva liga contra la Francia (1701).

Entretanto, Jacobo II murió en San Jerman: Luis, que no ignoraba las intrigas de Guillermo para suscitarle enemigos, se apresuró á reconocer al príncipe de Gales como rey de la Gran Bretaña. Luego que se supo esta circunstancia resonó en toda la Inglaterra un grito de guerra contra la Francia. La ciudad de Lóndres hizo una manifestacion al rey, en la que le protestaba su ahdesion á su persona y la firme resolucion en que estaba de defender sus derechos á la corona: el parlamento votó subsidios y declaró culpable de alta traicion al pretendido Jacobo III; pero la muerte puso fin á los proyectos y á la ambicion de Guillermo: al trasladarse este de Kensington á Hamptoncourt, cayó su caballo, derribando al príncipe con tanta violencia, que se fracturó un hueso; cuyo accidente le fué fatal por su débil constitucion. La calentura le acabó el 8 de marzo de 1702, á la edad de cincuenta y dos años, habiendo reinado trece.

Guillermo dejó reputacion de profundo político y gran jeneral, aunque nunca fué popular, y pocas veces vencedor: su esterior era severo y sombrío, y solo manifestaba ardor en el campo de batalla: detestaba la adulacion, aunque le gustaba dominar: dejó ecsausta la Inglaterra de hombres y de dinero; pero los jenerosos esfuerzos que hizo para protejer la libertad de Europa contra los ambiciosos proyectos de Luis XIV, le merecieron el reconocimiento de los pueblos que gobernó. Empeñado en guerras contínuas no pudo protejer

las letras ni hacer florecer las artes, ademas de que tenia poco gusto por ellas.

Reinado de Ana. — (1702) Ana, hija segunda del rey Jacobo, y esposa del príncipe Jorje de Dinamarca, subió al trono en virtud del acta de 1689, con satisfaccion jeneral de todos los partidos. Su primer cuidado fué declarar á las cámaras que estaba decidida á conservar la relijion y las leyes establecidas, y á continuar los preparativos principiados por su antecesor. Declaróse pues la guerra á la Francia por la Inglaterra, la Alemania y la Holanda á un mismo tiempo. Marlborough, que gozaba entonces de gran favor, vió satisfecha su pasion por la gloria militar con el título de jeneralísimo de las tropas anglo-holandesas: pocos hombres eran mas dignos que él de semejante distincion: sereno en los peligros, infatigable en el consejo, fué para la Francia el adversario mas temible que la Inglaterra le suscitó desde los desastres de Crecy y de Azincourt.

Guerra con la Francia. — El jeneral inglés, con un ejército de sesenta mil hombres, en cuyas filas se contaban los mejores oficiales del siglo, entró en campaña por el mes de julio de 1702. Luis XIV le opuso al duque de Borgoña, su nieto, y á cuyas órdenes estaba el mariscal de Boufflers, oficial valiente y activo. Algunos dias bastaron á los aliados para conquistar la Güeldres española: los franceses, obligados á retroceder, se dirijieron al milanesado, adonde Marlborough no quiso seguirlos. Contento de terminar la campaña con la toma de Lieja, donde hizo un inmenso botin, dió la vuelta para Inglaterra: los comunes le acordaron un voto de gracias y la reina le creó duque. En el mar, las armas inglesas salieron igualmente victoriosas: despues de una vana tentativa contra Cádiz, el duque de Ormond desembarcó cerca de Vigo, mientras que la escuadra, á las órdenes del almirante Jorje Rooke, penetrando en el puerto, obligó á los franceses, que se habian refujiado allí, á quemar sus embarcaciones: ocho de ellas fueron incendiadas ó encalladas: los ingleses tomaron diez naves de guerra con once galeones y mas de un millon en metálico.

En 1703 Marlborough principió la campaña con la toma de Bonn, Huy, Limburgo y Güeldres; pero fué detenido en el curso de estas victorias por la in-

accion de los holandeses que empezaban á dejarse persuadir por el partido de Louvestein, siempre opuesto á la guerra contra la Francia. Desde el principio de la campaña siguiente, el jeneral inglés, determinado á dar un golpe decisivo, marchó en socorro del emperador con unos quince mil hombres de escelentes tropas: llegado á las márjenes del Danubio, deshizo un cuerpo de franceses y bávaros que le esperaban en Donawert; despues reunido al príncipe Eujenio, que rivalizaba con él en gloria y ciencia militar, atacó al mariscal de Tallard y al duque de Baviera, situados en una altura cerca de la ciudad de Hochstædt: la batalla fué muy encarnizada y la victoria quedó por los aliados: doce mil franceses y bávaros quedaron muertos en el campo ó ahogados en el Danubio, y trece mil prisioneros, entre estos el mariscal Tallard. Landau se rindió á consecuencia de esta victoria. Entretanto el almirante Jorje Rooke hizo una tentativa infructuosa sobre Barcelona, y en seguida tomó á los españoles la plaza de Jibraltar, la cual desde aquella época ha permanecido en poder de los ingleses. La campaña de 1705 ofreció pocos acontecimientos importantes: las victorias y los reveses fueron comunes.

En la primavera de 1706, Marlborough abrió la campaña con un ejército de ochenta mil hombres: esta vez tenia que habérselas con el mariscal Villeroy, favorito de Luis XIV y compañero de su gloria. Los dos ejércitos se encontraron en Ramilles, pueblo cerca de Tirlemon: los franceses fueron vencidos; perdieron unos ocho mil hombres entre muertos y heridos, y seis mil prisioneros. Con esta victoria quedó sometido todo el Brabante, y la Francia se consternó. En España parecian desesperados los asuntos del rey Felipe V: este príncipe trató en vano de tomar á Barcelona, que estaba por su competidor el archiduque Cárlos; y el conde de Galway, enviado por la reina de Inglaterra para ayudar al hijo del emperador en la conquista de la vasta monarquía española, habia entrado triunfante en Madrid. El príncipe Eujenio, que mandaba un ejército aleman en Italia, ganó la batalla de Turin y obligó á los franceses á evacuar el Piamonte. Marlborough fué recibido en Inglaterra como el libertador de la nacion, y las cámaras en recompensa de sus

servicios le dieron el castillo de Woodstock.

Reunion de Inglaterra y Escocia. — La reunion de los reinos de Inglaterra y Escocia, que la reina Ana tuvo la felicidad de efectuar por esta época, fué un acontecimiento mucho mas importante y glorioso que los triunfos mas brillantes de las armas inglesas. El tratado de union fué redactado por comisionados elejidos en los dos reinos, y despues de largas discusiones, le firmaron y presentaron á los parlamentos de las dos naciones. En él se estipulaba principalmente que la Inglaterra y la Escocia no formarian mas que un solo reino con el nombre de reino unido de la *Gran Bretaña*, y gozarian de los mismos derechos y privilejios; que la sucesion al trono volveria á la princesa Sofía, nieta de Jacobo I, y casada con el elector de Hannover; que la Escocia seria representada en el parlamento británico por dieziseis pares y cuarenta y cinco miembros de la cámara de los comunes, y que los demas pares conservarian sus títulos y privilejios. Este tratado tan sabio produjo la mas violenta efervescencia en toda la Escocia: los puritanos, unidos á los jacobitas, tomaron las armas, y el populacho de Edimburgo se entregó á los mayores escesos. En las cámaras fué ardiente la oposicion; pero la habilidad de los ministros ingleses triunfó de su resistencia, y por último ambos parlamentos aprobaron el tratado.

Despues de la batalla de Ramilles, el rey de Francia mandó escribir en su nombre á Marlborough, pidiendo la paz (1708); pero el duque estaba resuelto á continuar su buena fortuna, y desechó las proposiciones. Adelantóse con un ejército numeroso hasta Oudenarda donde los franceses habian tomado posicion, y tuvieron un encuentro terrible; el enemigo derrotado, se vió obligado á retirarse con pérdida de tres mil muertos y siete mil prisioneros. A consecuencia de esta victoria, Lilla, plaza la mas fuerte de la Flandes francesa, fué tomada despues de un obstinado sitio.

Las victorias reiteradas de los aliados en España y en el Piamonte, obligaron al rey de Francia á hacer nuevas proposiciones de paz; pero los aliados, arrogantes con sus victorias, presentaron condiciones tan ecsajeradas, que la Francia, á pesar de su desaliento, se preparó á hacer el último esfuerzo, y en-

vió á Flandes al mariscal Villars, que era la esperanza de su patria. El primer objeto de las operaciones del ejército aliado fué Tournay, cuya importante plaza, á pesar de su heróica resistencia, tuvo que rendirse. Poco tiempo despues se dió la sangrienta batalla de Malplaquet (1.° de setiembre 1709) en la que los franceses cedieron el campo, pero no sin haber vendido cara la victoria. Villars fué peligrosamente herido y el ejército ejecutó una brillante retirada, mandado por Boufflers: los vencedores perdieron mas de veinte mil de sus mejores soldados: en seguida se apoderaron de la ciudad de Mons.

Caida de marlborough. — No obstante, el crédito de Marlborough tocaba á su fin. Los toris, enemigos de los wighs, de los cuales era jefe este jeneral, obtuvieron la mayoría en el parlamento, y los escritores de aquel partido atacaron la avaricia del jeneral, su orgullo, sus intrigas, y su poder siempre creciente: una parte de sus quejas era verdadera, la otra ecsajerada. La reina, aprovechando esta ocasion, retiró su confianza á Sara Jennings, esposa de Marlborough, cuya conducta altanera le era ya insoportable: despues sacudió enteramente el yugo de los wighs, despidiendo á sus ministros y confiriendo todos los altos empleos á los toris mas pronunciados: y como era imposible quitar el mando á Marlborough mientras durase la guerra, resolvióse hacer la paz y se entablaron negociaciones secretas con la Francia (1711); pero bien pronto un acontecimiento importante permitió continuarlas abiertamente. Habiendo muerto el emperador José I, le sucedió el archiduque Cárlos, su hermano, á quien los aliados querian colocar en el trono de España. Los ministros Harley y Saint-John hicieron presente al parlamento lo peligroso que seria para el equilibrio europeo que la casa de Austria reuniese á su poder tan vastas posesiones como las de la monarquía española; y las cámaras los autorizaron para firmar los preliminares de un tratado de paz, á pesar de la oposicion del emperador y de los Estados de Holanda. Renováronse las recriminaciones contra Marlborough; y la reina, cediendo á los clamores del pueblo que pedia la caida de aquel que poco antes habia sido su ídolo, quitó el mando del ejército al ilustre jeneral, el cual ter-

minó su carrera gloriosa con forzar las líneas de Valenciennes.

PAZ CON LOS FRANCESES.—Despues de la separacion de Marlborough, se acordó una tregua entre Francia é Inglaterra (1712). Los aliados, aunque privados de la asistencia de los ingleses, continuaron la guerra con mas vigor; pero una señalada victoria, ganada por el mariscal Villars en Denain, salvó á la Francia y aceleró la paz, que por último fué firmada en Utrech, entre Francia, Inglaterra y Holanda (1713). Por este famoso tratado, al que el emperador no accedió sino un año despues, Felipe V fué reconocido rey de España, y renunció todos sus derechos á la corona de Francia. Luis XIV cedió á la Inglaterra la Acadia, la babía de Hudson y Terranova; abandonó la causa del pretendiente y reconoció la sucesion constitucional de la casa de Hannover; la España quedó desposeida de Jibraltar y de Menorca, y el emperador obtuvo el reino de Nápoles, el ducado de Milan y los Paises Bajos españoles. La mayor parte de este tratado se hizo en provecho de la Inglaterra; y aun obtuvieron sus plenipotenciarios que se demoliesen las fortificaciones de Dunkerque y que se cegase el puerto.

Libres ya los ingleses de sus enemigos esteriores, volvieron á principiar sus disputas interiores. Ana, cuya salud declinaba algun tiempo hacia, se vió tan aflijida con las intrigas de los partidos que pugnaban por subir al poder, que cayó súbitamente en un estado de insensibilidad letárjica. A pesar de todos los socorros de la medicina, la enfermedad hizo rápidos progresos y murió el 1.° de agosto de 1714, á los cuarenta y nueve años de edad, despues de haber reinado trece sobre un pueblo que habia llegado al mas alto grado de civilizacion. Su esposo el príncipe Jorje de Dinamarca, cuyas costumbres fueron muy apacibles, la precedió algunos años en la tumba. Ana, por su bondad y por la dulzura de su administracion, era llamada por el pueblo la *Buena Reina*: en ella terminó la línea de los Estuardos, cuyas faltas é infortunios no tienen comparacion en la historia.

JORJE I. — (1714) En conformidad al acta de sucesion, Jorje, hijo de Ernesto Augusto, elector de Hannover, y de la princesa Sofía, nieta de Jacobo I, fué proclamado rey de la Gran Bretaña é Irlanda, con el nom-

bre de Jorje I. Su edad madura (tenia entonces cincuenta y cuatro años), su esperiencia, sus numerosas alianzas, la tranquilidad de la Europa, todo concurria á prometerle un reinado dichoso y pacífico. Luego que llegó á Lóndres se apresuró á escluir á los toris de todo el gobierno, acojiendo muy favorablemente al duque de Marlborough, que volvió á tomar el mando del ejército. Olvidando que el rey que se adhiere á un partido, solo es soberano de la mitad de sus súbditos, únicamente admitió en los empleos á los jefes del partido whig, que no tardaron en dominar á la corte y al parlamento. Semejante parcialidad causó algun descontento en el pueblo; los toris se hicieron populares fiscalizando los gastos y defendiendo los intereses de la nacion. Hubo graves desórdenes en algunas ciudades, promovidos por los predicadores que proclamaban en sus sermones que la impiedad y la herejía iban á reaparecer bajo la administracion whig; pero el ministerio impuso silencio al clero, prohibiéndole toda alusion política en sus sermones. El rey convocó otro parlamento, en el cual continuaron dominando los whigs: apenas se constituyeron los comunes, por una proposicion de Walpole pusieron en acusacion á los ministros toris, Oxford, Bolingbroke y Ormond: el primero fué absuelto despues de dos años de prision; los otros dos se salvaron con la fuga.

Las turbulencias se hicieron de dia en dia mas frecuentes, y cada motin solo servia para aumentar la severidad de la lejislacion, que llegó hasta suspender el bill del *Habeas corpus*. No tardó en encenderse el fuego de la rebelion en Escocia: los toris de este pais se asociaron con los jacobitas; el conde de Mar proclamó al pretendiente en Castletown, tomó el título de lugarteniente jeneral de su majestad (1715), y en breve se vió á la cabeza de diez mil hombres bien armados y aprovisionados. El duque de Argyle, animado de un odio hereditario contra los Estuardos, con las tropas inglesas que se hallaban en el Norte de la Gran Bretaña avanzó contra los rebeldes; y aunque sus fuerzas eran una mitad menos que las de estos, los batió y dispersó en Dumblaine. La rebelion fué menos dichosa aun en Inglaterra: el jeneral Willis con siete mil hombres atacó á los insurjentes, que, bajo el mando de Forster, nombrado jeneral

por el pretendiente, se habian apoderado de Preston: el jeneral inglés cercó la plaza por todas partes y les obligó á rendirse á discrecion. Algunos jefes fueron pasados por las armas; otros enviados á Lóndres y conducidos por las calles encadenados y atados de dos en dos para amedrentar á su partido.

En esta situacion desesperada, el prentendiente resolvió arriesgar su persona en medio de sus partidarios, y atravesando la Francia disfrazado, se embarcó en Dunkerque y llegó á las costas de Escocia. El 5 de enero de 1716, hizo su entrada solemne en Dundee, y dos dias despues en Scone, donde tenia intencion de coronarse; pero esta ostentacion duró poco tiempo; pues informado el caballero de San Jorje de que Argyle iba á recibir considerables refuerzos de Inglaterra, reunió á sus principales partidarios y les manifestó que la falta de dinero, armas y municiones le obligaban á dejarlos, y se embarcó en un navío frances: con su marcha terminó la rebelion. Aunque desapareció el enemigo, el furor de los vencedores no se mitigó con la victoria: las leyes se ejecutaron en todo su rigor: los comunes decretaron la acusacion de todos los nobles que habian tomado parte en la rebelion: el conde de Derwentwater y lord Kenmuir fueron condenados á muerte y ejecutados. Mil desgraciados prisioneros, culpables solo de haberse dejado seducir, imploraron la clemencia del rey y fueron trasportados á la América del Norte. En estas circunstancias, los ministros quisieron aprovechar las buenas disposiciones del parlamento y asegurarse la mayoría, para lo cual hicieron pasar, despues de acalorados debates, un bill que estendia el término de la duracion de la cámara electiva á siete años, revocando el que prescribia la renovacion trienal.

Habiéndose apoderado de la Cerdeña el rey de España Felipe V, Jorje, que veia con zelos el desarrollo que iba tomando la marina española, concluyó con el emperador, la Francia y la Holanda, el tratado que se llamó *la cuádruple alianza*. El almirante sir Jorje Byng recibió órden de hacerse á la vela para Nápoles, amenazada entonces por el ejército español (1718). Cerca del cabo Faro descubrió la escuadra enemiga compuesta de veintisiete velas: trabóse un combate en el cual casi todas las naves españolas fueron des-

truidas ó tomadas. La fortuna se mostró igualmente contraria á Felipe en otra empresa que intentó á favor del pretendiente; pues habiendo encargado al refujiado Ormond que ejecutase un desembarco en Escocia con una armada de diez navíos, fué asaltada esta por una tempestad que la dispersó. Estos diversos descalabros obligaron á Felipe á hacer la paz y firmar la cuádruple alianza (1717).

En la misma época en que el escocés Law sumerjia á la Francia en la mayor ansiedad formando una compañía con el nombre de Banco del Misisipi, el pueblo inglés se dejó llevar de un proyecto enteramente semejante, designado con el nombre de Compañía del mar del Sur, cuyo proyecto hizo millares de desgraciados, y sus consecuencias se sintieron por largo tiempo (1721). Esta compañía obtuvo del gobierno el permiso para adquirir, por compra ó por suscricion, todas las deudas redimibles ó no redimibles de la nacion; y para atraer accionistas esparcieron la voz de que se les iba á conceder la parte mas rica del Perú; de este modo todas las clases y todas las profesiones se apresuraban á cambiar su dinero por papel, poseidas del furor del ajiotaje, y no se calmó hasta que se reconoció que las ventajas prometidas eran puramente imajinarias. El monarca y el parlamento participaron de la indignacion jeneral; y para restablecer el crédito público é indemnizar á las víctimas de aquellos hábiles estafadores, los directores de la compañía fueron arrojados de los bancos que ocupaban en ambas cámaras, y se les confiscaron todos los bienes y posesiones que habian adquirido durante la fiebre popular.

Conspiracion contra el gobierno. — El descontento ocasionado con estas calamidades públicas, dió al partido tory alguna esperanza. El duque de Orleans, rejente de Francia, informó al rey de una conspiracion tramada contra su persona y su gobierno (1722). Prendieron á varias personas de distincion, entre ellas á Francisco Atterbury, obispo de Rochester, y sin mas pruebas que unas cartas que se le interceptaron escritas en cifra, fué privado de su dignidad y desterrado del reino. A este proceso siguió el del canciller Maclesfield, que fué citado á la barra de la cámara alta, como culpable del mismo crímen que el anterior y de malversaciones: sentenciáronle á

una multa de treinta mil libras esterlinas y á permanecer preso hasta el completo pago de esta suma.

El tratado concluido con la España no tardó en romperse: el espíritu de comercio era tan ardiente que ninguna restriccion podia detenerle. Envióse una armada á la América del Sur para interceptar los galeones españoles; pero la mayor parte de los marineros perecieron de la intemperie del clima y de lo largo del viaje (1726). Para vengarse de estas hostilidades los españoles, emprendieron el sitio de Jibraltar; pero sin ningun resultado. En esta coyuntura la Francia ofreció su mediacion y consiguió renconciliar las dos partes.

En 1727 quiso Jorje visitar su electorado de Hannover, que hacia dos años no le habia visto: llegado á Osnabruck fué repentinamente atacado de perlesia, y murió á la edad de sesenta y ocho años, y trece de reinado.

Jorje ii. — (1727) Despues de la muerte de Jorje I, subió al trono su hijo Jorje II. La administraccion solo sufrió lijeras modificaciones, y el sistema político fué el mismo que el del anterior reinado. El cuidado del gobierno se confió particularmente á sir Roberto Walpole, celoso partidario de la casa de Hannover. Nombrado jefe de la tesorería, trató al principio de servir á su pais; pero hallando una fuerte oposicion, empleó sus esfuerzos en conservar su puesto mas bien que en hacerle honroso: corrompiendo á la cámara de los comunes, aumentó sus riquezas y su poder, porque estos votaban con mucho gusto los millones que debian partir con el ministro.

En los primeros años de la administracion de Walpole, gozaba la Europa de una paz tan profunda, que ningun acontecimiento hubo digno de la historia.

Despues del tratado de Utrech, no habian cesado los españoles de perturbar el comercio de la Gran Bretaña en la América del Sur, y las quejas de los comerciantes ingleses llamaron la atencion de la cámara baja. El ministerio, para corresponder al deseo jeneral, acordó usar de represalias; pero bien pronto estalló un rompimiento entre ambas naciones. El almirante Vernon, nombrado comandante de la flota enviada á las Indias Occidentales, atacó y destruyó todas las fortificaciones de

Porto-Cabello (1739). Este dichoso principio escitó en los comunes el deseo de proseguir la guerra con todo el vigor posible, y se equipó una escuadra que se hizo á la vela bajo las órdenes del comodoro Anson (1740). Este intrépido marino dobló el cabo de Hornos, atacó los establecimientos de los españoles en el mar del Sur, se apoderó de Acapulco, y volvió á Inglaterra con un rico botin, despues de haber triunfado de mil peligros y dado la vuelta al globo en el espacio de tres años y nueve meses. Por aquel mismo tiempo se envió una escuadra de mas de sesenta velas al mando de sir Chaloner Ogle para que se reuniese al almirante Vernon en la Jamáica. Las escuadras combinadas se dirijieron sobre Cartajena, en Nueva España, de cuya ciudad se apoderaron prontamente; pero las lluvias que siguieron y la division entre el almirante y el comandante de las tropas de desembarco, obligaron en breve á los ingleses á reembarcarse. Luego que se supo el mal suceso de esta espedicion en Inglaterra, se elevaron gritos de indignacion contra el ministro Walpole, el cual viendo el encono de la cámara, hizo dimision de todos sus cargos, y pocos dias despues el rey le dió el título de conde de Oxford (1741). Lord Carteret le sucedió en la confianza del rey.

Por la muerte del emperador Cárlos VI se encendió la guerra en el continente. María Teresa, hija de este monarca y descendiente de tantos emperadores, vió atacar sus estados á la vez por la Francia, la Prusia y la Baviera, y perdió en poco tiempo la mayor parte de su herencia; pero la Inglaterra, la Holanda, la Rusia y el Piamonte se declararon en su favor, y Stair, jeneral esperimentado, batió á los franceses en el pueblo de Dettingen, en Baviera (1743). La Francia, para hacer una diversion, resolvió practicar una incursion en Inglaterra, á cuyo fin llamó á Cárlos Eduardo, hijo del pretendiente, que vivia oscuramente en Roma. Las tropas destinadas á esta espedicion debian desembarcar en Dunkerque, pero la empresa se frustró por la aparicion de sir John Norris, que con una armada superior atacó á la francesa y la obligó á retroceder. El año siguiente (1744), las escuadras combinadas de Francia y España tomaron el desquite atacando con buen écsito á la armada inglesa en la altura de Tolon.

En el continente, las armas inglesas no eran mas dichosas. Los franceses reunieron un ejército de ciento veinte mil hombres en los Paises Bajos, al mando del conde de Sajonia, y en la primavera de 1745 atacó la ciudad de Turnay: los aliados, á las órdenes del duque de Cumberland, resolvieron salvar esta plaza arriesgando una batalla; marcharon contra el enemigo y le atacaron en el pueblo de Fontenoy: al principio pareció que la victoria seria de los ingleses porque durante una hora derribaron cuanto les resistia; pero espuestos por tres lados al fuego contínuo de la artillería francesa, se vieron obligados á retirarse. Los aliados dejaron doce mil hombres en el campo, y la victoria casi les costó otro tanto á los franceses, que se apoderaron de Turnay, y conservaron la superioridad todo el tiempo que duró la guerra.

Cárlos eduardo en escocia. — En los momentos en que la fortuna se mostraba contraria á los ingleses, Cárlos Eduardo resolvió hacer el último esfuerzo para recuperar la corona de sus mayores. Llevando consigo algun dinero, armas para dos mil hombres, y las promesas de la Francia que animaba su ambicion, se embarcó para Escocia, acompañado del marques de Tallibardine y algunos otros refujiados adictos á su causa, y abordó en la costa de Lochaber, al Oeste de Escocia; reuniéronsele algunos jefes de los montañeses, esparció proclamas por todo el reino, y á poco tiempo constaba ya su ejército de quince mil hombres. El jóven aventurero se apoderó de Perth, desde allí descendiendo de las montañas marchó sobre Edimburgo, donde entró sin resistencia: batió un pequeño cuerpo de tropas inglesas que quiso detener sus progresos en Preston-Pans; despues se detuvo en Edimburgo esperando socorros que no llegaron, en cuyo tiempo el ministerio inglés hizo sus preparativos para resistirle. Cárlos Eduardo resolvió hacer una entrada en Inglaterra y la efectuó por el Oeste, tomó á Carlisle, despues á Penrith, y no se detuvo hasta llegar á Derby, que solo distaba de Lóndres cien millas: si hubiera continuado marchando con la misma celeridad, ciertamente se hubiera apoderado de esta capital, donde reinaba el terror y la inquietud. El rey resolvió entonces salir á campaña, lo que sabido por los jefes montañeses quisieron volver á su pais, don-

de les era mas facil hacer la guerra. De paso batieron en Falkirk al jeneral Hawley que mandaba un cuerpo considerable de tropas regulares (1746); pero las victorias de Cárlos Eduardo tocaban ya á su fin. El duque de Cumberland, llamado de Flandes, tomó el mando de las fuerzas inglesas reunidas en Edimburgo, emprendió la persecucion de los rebeldes que se retiraron á su aprocsimacion, y alcanzándolos en la llanura de Culloden, á nueve millas de Inverness, fueron derrotados completamente por la caballería inglesa, dejando el campo cubierto de muertos y heridos en número de mas de tres mil. Así se desvanecieron las esperanzas del infortunado Cárlos Eduardo, que tambien fué herido, y despues del combate huyó con un irlandés que participó de todas sus desgracias. Anduvo errante algunos meses por los horrorosos desiertos de Glengary, no teniendo otro abrigo que las cavernas, y perseguido por las tropas del vencedor, que ofreció treinta mil libras esterlinas al que le prendiese muerto ó vivo; por fin halló medio de embarcarse abordo de un corsario de San Maló que se hizo á la vela para Francia y le trasportó á Morlax. Despues de haber corrido la sangre de sus partidarios en el campo de batalla, muchos de sus oficiales y jefes la derramaron en los cadalsos; los rebeldes que pertenecian á las clases inferiores fueron deportados en gran número á la América del Norte, y otros obtuvieron su perdon. Tal fué la última tentativa de los Estuardos para recobrar el trono.

Entretanto que los franceses obtenian señaladas ventajas en los Paises Bajos, dos armadas que destinaban una para atacar las colonias inglesas de América, y la otra para operar en las Indias Orientales, fueron embestidas por Anson y Warren, que les tomaron nueve naves. Poco despues el comodoro Fox se apoderó de muchas embarcaciones con ricos cargamentos que habian salido de Santo Domingo (1747). Despues de estas victorias, y derrotas sucesivas, las potencias belijerantes conocieron que se habian debilitado sin obtener ninguna ventaja, y celebraron un congreso en Aix-la-Chapelle, donde concluyeron un tratado de paz, cuyas condiciones preliminares fueron que se devolverian todas las conquistas hechas durante la guerra, y que la demolicion de las

fortificaciones de Dunkerque, prescrita por el tratado de Utrech, se llevaria á efecto (1748).

Con todo la guerra volvió á empeñarse entre Inglaterra y Francia con motivo de la Nueva Escocia, rejion estéril de la América del Norte, sobre la cual querian hacer valer sus derechos los franceses por haber sido los primeros que la cultivaron. Los indios se aliaron con los que mas simpatizaban con su carácter, pues eran atrevidos, emprendedores y pobres. Los colonos ingleses, ricos y laboriosos, fueron atacados en varios puntos. Entonces pensó sériamente el ministerio inglés en protejer sus colonias. Cuatro espediciones se emprendieron á la vez en favor de la América, pero sin resultado. El enemigo se apoderó de varios fuertes situados sobre el Niágara. Dióse entonces la órden de apoderarse de todas las embarcaciones francesas donde quiera que las hallasen, y bien pronto los puertos ingleses se llenaron de barcos capturados. A consecuencia de estas hostilidades, se declaró formalmente la guerra por ambas partes (1756). La armada francesa sitió á Menorca, y se apoderó de ella á vista del almirante Byng, que habia acudido apresuradamente con diez navíos para salvar la fortaleza sitiada. El pueblo inglés se enfureció contra el almirante, el cual á su llegada á Inglaterra fué juzgado en Portsmouth por un consejo de guerra, que le declaró culpable de no haber hecho todos sus esfuerzos para alejar al enemigo, le condenó á muerte y la sentencia se ejecutó.

La guerra no estendia sus furores únicamente en América y en la India, donde los franceses se apoderaron de Chandernagor, sino que tambien ardia en el continente, donde el rey de Prusia acababa de aliarse con la Inglaterra contra el Austria, la Francia y la Rusia. Un ejército inglés invadió el Hannover y atacó en Hastenbeck al duque de Cumberland. Circunvalado el jeneral inglés en las inmediaciones de Staldes, reducido á la alternativa de batirse ó morir de hambre, solicitó la mediacion de Dinamarca, y obtuvo la famosa capitulacion de Closter-Seven, por la cual su cuerpo de ejército depuso las armas. Todo el Hannover se sometió á la Francia, que dirijió sus tropas victoriosas contra el rey de Prusia (1757).

Conquista del Canadá. — En América la fortuna se mostró mas favorable á la Gran Breta-

ña; el jeneral Abercromby se apoderó de Luisburgo, y el coronel Forbes obligó á la guarnicion francesa á abandonar el fuerte de Duquesne. El año siguiente el jeneral Wolf, encargado de la conquista del Canadá, atacó á los franceses en las alturas que dominan á Quebec: Wolf venció, pero murió en la accion, igualmente que el jene- Montcalm su adversario. Quebec se rindió, y desde este momento el Canadá perteneció á la Inglaterra (1760). No fué menos dichosa en la India la Gran Bretaña: los ingleses tomaron la plaza de Pondichery, y el comercio de la Francia en la costa de Coromandel fué estinguido. La marina inglesa, dueña del mar, atacó todas las posesiones francesas y se apoderó del fuerte Luis ó Senegal, de Guadalupe y de las Antillas.

En Europa no se mostraba tan constante la victoria á los ingleses y sus aliados: las campañas de 1759 y 1760 fueron una série de victorias y derrotas; pero cuando la guerra estaba en todo su vigor, un acontecimiento imprevisto aflijió á la nacion inglesa. El rey Jorje II murió repentinamente de un derrame sanguíneo en el corazon (25 de octubre 1760): tenia setenta y siete años, y reinó treinta y tres. Este príncipe no poseia cualidades brillantes, y para tener tiempo de gobernar sus dominios alemanes, abandonó la administracion de la Gran Bretaña á sus ministros. Bajo su reinado, que fué una era notable de prosperidad material y de poder marítimo para la Inglaterra, las cámaras instituyeron la milicia, arreglaron el comercio de cereales, las esportaciones é importaciones del reino, reprimieron la piratería y mejoraron el sistema electoral.

FIN DEL TOMO VIJESIMOCTAVO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA DE INGLATERRA.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXIX.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.

MADRID:
Imprenta de D. R. Campuzano, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1844.

Se hallará en Madrid, Galería de cristales de S. Felipe Neri, tienda tercera de la izquierda, entrando por la calle Mayor.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO VI.

Jorje III. — Rebelion de los Estados Unidos de América. — Guerra con los franceses. — Reunion de los parlamentos de Inglaterra é Irlanda. — Batalla naval de Trafalgar. — Nuevo ministerio. — Bloqueo continental. — Recomposicion del ministerio. — Enfermedad de Jorje III. — Paz jeneral. — Tratado de la Santa Alianza. — Alborotos en Inglaterra. — Bombardeo de Arjel. — Jorje IV. — Proceso de la reina Carolina. — Jorje Canning. — Emancipacion de los católicos. — Daniel O'Connell. — Guillermo IV. — Consecuencias de la revolucion de julio. — Reforma electoral. — Tratado de la cuádruple alianza. — Vitoria I Alejandrina, actual reina de la Gran Bretaña é Irlanda. — Guerra con los chinos. — Cuestion de Taiti.

JORJE III. — (1760) Este monarca, nieto de Jorje II, é hijo de Federico, príncipe de Gales, y de Augusta, princesa de Sajonia-Gotha, tenia veintidos años cuando fué llamado á tomar el cetro de la Gran Bretaña: como era de un carácter franco y amable se hizo muy popular. El alma de la administra-

cion en esta época, era William Pitt, despues conde de Chatham, que desempeñaba el ministerio de la guerra, y resolvió proseguirla con vigor en el continente. La Francia, que tenia necesidad de descanso para reparar su marina y sus ejércitos, propuso la paz y se abrieron negociaciones (1761). Pitt supo que el duque de Choiseul, primer ministro de Luis XV, concluia al mismo tiempo con la España el tratado conocido con el nombre de *Pacto de familia*, y tuvo bastante influencia en el consejo para hacer desechar las demandas de la Francia; pero cuando propuso declarar la guerra á España para humillar, decia, á toda la casa de Borbon, cuyo poder combinado podria ser causa de la ruina de Inglaterra, encontró tal oposicion en sus colegas que se vió obligado á hacer dimision de su ministerio. Le sucedió el conde de Egremont, opuesto al rompimiento con España; pero antes de concluirse el año, el nuevo ministerio tuvo que adoptar la opinion que habia combatido. Cárlos III, rehusó con altaneria reconocer las disposiciones del tratado que le ligaban á la Francia, y se le declaró la guerra. Esta lucha, que no fué mas que una série de reveses para la España, solo duró un año (1762). Triunfante la Inglaterra en mar y tierra, solo le faltaba concluir felizmente la guerra de Alemania y gozar, por fin, de sus conquistas. Las potencias rivales suyas se mostraron favorables á su deseo. Los plenipotenciarios de la Gran Bretaña, de España y Francia, reunidos en París, firmaron los preliminares de la paz, por cuyo tratado la Francia perdió la Acadia, el Canadá, la Dominica, Tabago y el Senegal; pero recobró á Guadalupe, la Martinica y sus posesiones en la India. La Inglaterra se hizo ceder además Menorca, la Florida y Pensacola. Esta paz, que fué seguida de un tratado entre el rey de Prusia y María Teresa, proporcionó á la Gran Bretaña tal acrecentamiento de poder comercial, que desde entonces pudo ser justamente llamada reina de los mares.

Era urjente para el ministerio reparar el desórden de la hacienda, y á fin de disminuir las cargas de la metrópoli, lord Grenville resolvió hacer pesar una parte de ellas sobre las colonias de América. En consecuencia hizo adoptar un bill que establecia el impuesto del timbre en aquellas provincias leja-

nas (1765). Luego que se tuvo conocimiento de esta medida, por todas partes se organizó un sistema de oposicion: numerosas publicaciones salieron de la prensa para incitar á la resistencia. En Boston quemaron las casas de los ajentes ingleses y destruyeron sus propiedades: formáronse asambleas provinciales y cada una envió un diputado á Nueva-York, á fin de resolver de comun acuerdo las medidas que debian adoptarse. Este congreso, que se puede considerar como base de la confederacion americana, declaró que las colonias no admitirian el timbre, y que los jéneros ingleses no serian recibidos en los puertos americanos. La cesacion de las relaciones comerciales entre las dos rejiones, obligó al ministerio á revocar el acta del timbre (1766).

En 1767, William Pitt, que estaba animado de mejores disposiciones en favor de las colonias, entró en el ministerio como lord del sello privado. Sir Cárlos Townsen, canciller del echiquier, siempre preocupado con la idea de socorrer al tesoro, aprovechándose de una indisposicion de su colega, hizo pasar un bill que establecia un impuesto sobre el té en América. Pitt, viendo perdida su influencia, volvió á entrar en la vida privada, y lord North que sucedió á Srafton, como lord de la tesoreria, principió desde entonces su larga y despótica carrera de primer ministro (1770).

Rebelion de los Estados Unidos de America. — El bill que establecia el impuesto sobre el té en América fué recibido como el acta del timbre. El pueblo tomó la patriótica resolucion de abstenerse de una bebida cuyo uso era universal. En 1773, la llegada de tres navíos cargados de té, que la compañía de las Indias Orientales obtuvo permiso para esportar libre de derechos, aumentó la fermentacion hasta tal punto, que habiéndose negado los capitanes á volverse con sus cargamentos, una multitud armada se precipitó sobre las embarcaciones, y arrojó al mar las cajas del té. Para castigar la insurrecion de los habitantes de Boston, el parlamento ordenó que se cerrase el puerto, retiró la carta de la provincia y volvió á la corona la posesion de sus antiguos derechos, á pesar de la viva oposicion del jóven Cárlos James Fox, que en esta ocasion importante apareció por la primera vez á la cabeza de la falanje anti-ministerial, y desde enton-

ces fué el antagonista declarado de la corte. El ataque dirijido contra la provincia de Massachussets, cuya capital era Boston, se tuvo por jeneral, y convocaron un nuevo congreso en Filadelfia (setiembre de 1774). Cincuenta y un representantes de las trece provincias acudieron á esta asamblea memorable, que al separarse publicó una declaracion de derechos, en la cual aun estaba reconocida la autoridad del rey. Un descendiente del célebre Guillermo Penn y el sabio Benjamin Franklin pasaron á Inglaterra á presentar á Jorje III una esposicion en que pedian paz, libertad y seguridad. En vano, en la cámara alta, lord Chatham apoyó esta peticion con su elocuencia y talento: los dos delegados fueron despedidos como enviados de un pueblo sublevado. La provincia de Massachussets instituyó un cuerpo de milicia y compañías prontas á marchar á la primera señal.

GUERRA CON LOS AMERICANOS.— El jeneral Gage, que mandaba en Boston envió un cuerpo de mil hombres para que destruyesen un almacen de armas y municiones que los sublevados habian establecido en Concord (1775). Los ingleses lo consiguieron, pero á su vuelta fueron atacados por las compañías del pais, y hubieran perecido todos á no llegarles á tiempo un refuerzo numeroso: con todo murieron trescientos ingleses, y este combate fué la señal de la guerra.

El congreso reunido en Filadelfia, que tomó el título de *Representantes de la América del Norte*, conoció que era necesario dar á las milicias una direccion uniforme y un jefe, y fué elejido Jorje Washington, de la Virjinia, que se habia distinguido combatiendo contra los franceses en el Canadá. Washington, animado del patriotismo mas desinteresado, no dudó en cargar con la inmensa responsabilidad que se le ofrecia; tomó el mando de las tropas que sitiaban á Boston, y bien pronto obligó á los ingleses á evacuar esta plaza (1776).

El congreso de Filadelfia resolvió entonces proclamar la independencia de la América setentrional, y el 4 de julio de 1776, adoptó por unanimidad el célebre manifiesto que constituia en nacion libre y en república las trece colonias inglesas, con el nombre de Estados-Unidos de América.

Despues de esta declaracion que produjo un entusiasmo uni-

versal, llegó de Inglaterra un cuerpo de veinte mil hombres; el jeneral Howe tomó la ofensiva y entró en Nueva-York, mientras el jeneral Clinton se apoderó de Rhode-Islande. En la campaña siguiente los independientes fueron batidos, y los ingleses entraron triunfantes en Filadelfia. La causa de la nueva república parecia perdida, cuando el inglés Burgoyne, que salió de Quebec con un ejército de diez mil hombres, fué envuelto por el jeneral Gates en Saratoga y le obligó á deponer las armas. Esta victoria reanimó á los americanos y permitió al ejército del Norte reunirse con el de Washington.

Entretanto la Francia, á consecuencia de una negociacion hábilmente dirijida por el doctor Franklin, se declaró por la república naciente y concluyó con ella un tratado de alianza (1778); y el jóven Lafayette, seguido de otros muchos oficiales de distincion, fué á ofrecer á los independientes su espada, su fortuna y su vida. Luego que se supo este tratado en Inglaterra, todos los partidos se unieron: el mismo lord Chatham, atacado de una enfermedad mortal, se hizo llevar á la cámara de los lores para declarar que mientras tuviese un soplo de vida no consentiria que su patria fuese humillada por los Borbones; y á pocos dias murió. Declaróse, pues, la guerra á la Francia: las hostilidades entre ambas naciones principiaron por la batalla naval de Ouessant, en que despues de un sangriento combate, las dos escuadras tuvieron que volver á sus respectivos puertos. En seguida se apoderaron los ingleses de Pondichery y de Santa Lucía, y los franceses de San Vicente y de Granada (1779). La España reconoció tambien la independencia de los Estados-Unidos, y sus naves unidas á las de la Francia, bloquearon á Gibraltar y amenazaron á la Inglaterra con una invasion. El almirante sir Jorje Rodney atacó y deshizo la armada española en el cabo de San Vicente; y luego se dirijió á las Indias Orientales, donde dió tres combates al almirante francés; pero estos encuentros no tuvieron resultado alguno.

En la campaña de 1779, los independientes americanos habian esperimentado una série de reveses que empezaron á desalentar á los soldados, cuando llegó el jeneral Rochambeau con un socorro de seis mil franceses, y Washington pudo tomar entonces la ofensiva. Al mismo

tiempo se asoció un nuevo enemigo á la liga contra Inglaterra: este era la Holanda, que hacia mucho tiempo que proveía á los americanos de armas y municiones. La guerra principió entonces con mas vigor en las colonias del Sur: el inglés Cornwallis, obligado á retroceder, se retiró á la Virjinia y se fortificó en York-Town. Washington, Rochambeau y Lafayette marcharon en su seguimiento y le atacaron en York-Town. Cornwallis tuvo que capitular, y su cuerpo de ejército depuso las armas (1781).

La Inglaterra perdió desde entonces toda esperanza de recobrar la América. Lord North, obstinado partidario de la guerra, presentó su dimision, y el ministerio se reconstituyó enteramente. El marqués de Rockingham, el conde de Shelburne y el jóven Cárlos Fox fueron los principales miembros del nuevo gabinete. La paz era jeneralmente deseada, y se envió á lord Grenville á París con plenos poderes para tratar con la Francia y la América; pero á pesar de estas negociaciones continuaron las hostilidades. Los franceses se apoderaron de San Cristóbal y de Monserrat en la América inglesa; las islas de Bahama se rindieron á los españoles, y la Jamáica fué amenazada por la escuadra franco-española que llevaba á bordo veinte mil hombres de desembarco. En esta circunstancia, el almirante Rodney sostuvo dignamente el honor de las armas inglesas: batió completamente cerca de la Dominica á los franceses mandados por el conde de Grasse, al cual hizo prisionero. Rodney volvió á Inglaterra, donde recibió las gracias de las cámaras y la dignidad de lord (1782). En este tiempo el almirante Howe y el intrépido jeneral Elliot, obligaron á los franceses y españoles á levantar el bloqueo de Jibraltar, incendiando las baterias flotantes del injeniero de Arson. Los franceses eran mas felices en la India; el bailio de Suffren consiguió algunas ventajas sobre la armada inglesa, y secundado por el sultan Tippou-Saëb, se apoderó de algunas ciudades importantes.

Independencia de los Estados-Unidos.—Entretanto, vuelto Fox al ministerio, despues de una corta ausencia, emprendió de nuevo su plan favorito, la paz jeneral. Las negociaciones de París llegaron á su término, y el 3 de setiembre de 1783, se firmó un tratado entre todas las potencias belijerantes. Se reco-

noció la independencia de los Estados-Unidos; á España se le devolvieron Menorca y la Florida; la Holanda cedió á la Gran Bretaña á Negapatuam en la India: la Francia fué la que menos ventajas obtuvo: solo se le devolvieron Gorea y algunos establecimientos en la India. Tal fué el resultado de una guerra que duró siete años, costó á la Inglaterra mas de cuarenta mil soldados y aumentó su deuda pública con ciento cincuenta mil libras esterlinas.

Terminada la guerra americana, el gobierno inglés se ocupó en destruir los graves abusos introducidos en la compañía de las Indias. Anteriormente habia Fox presentado un bill para este objeto, que fué desechado por su complicacion. En 1784, William Pitt, hijo de lord Chatham, fué nombrado primer lord de la tesorería y canciller del echiquier, aunque solo tenia veinticuatro años de edad: este grande hombre de estado hizo adoptar tres bills que sometian las operaciones de la compañía á la revision del gobierno.

En 1787 sintió Jorje III los primeros accesos de aquella enajenacion mental que aflijió el resto de sus dias. Este acontecimiento esparció la mayor ajitacion entre el pueblo, y cuando se trató del nombramiento de rejencia del reino, se empeñaron los mas acalorados debates en las dos cámaras. Fox queria que fuese confiada al príncipe de Gales; Pitt, al contrario, sostenia que solo al parlamento pertenecia el derecho de proveer á la vacante del trono. Prevaleció la opinion de Fox; pero antes que se votase el acta de rejencia, el rey recobró su salud (1789).

GUERRA CON LOS FRANCESES.— La revolucion francesa de 1789 tuvo al principio grande eco en Inglaterra, donde los periódicos ensalzaron por mucho tiempo el valor del pueblo francés. La oposicion parlamentaria abrazó con calor la defensa de aquel gran movimiento nacional; pero despues de la muerte del desgraciado Luis XVI, cuando la Francia se entregó á los sangrientos escesos del terror y proclamó mácsimas subversivas de todo gobierno monárquico, el ministerio inglés se asustó. Pitt prohibió las sociedades populares de Lóndres y de otras ciudades que parodiaban los clubs de los jacobinos franceses, y pidió la suspension del bill del *Habeas corpus*. Burke compuso un libro, no muy moderado, en defensa de

la dignidad real; Tomás Payne compuso los *Derechos del hombre* para refutarle, y fué acusado ante el tribunal del Banco del rey, y condenado. El embajador francés Chauvelin recibió órden de salir inmediatamente de la Gran Bretaña: la Convencion, mirando la despedida de su encargado de negocios como un acto de hostilidad, declaró la guerra á Jorje III y al estatuder, que accedieron inmediatamente á la famosa coalicion de Pilnitz.

Un ejército inglés mandado por el duque de York, hermano del rey, se reunió á las tropas de Prusia y del Austria en los Paises Bajos. Los aliados se apoderaron de Condé y de Valenciennes; pero se frustró una tentativa del duque de York sobre Dunkerque. En 1794 los ejércitos coaligados sufrieron algunos golpes: el jeneral Jourdan los batió completamente en Fleurus. Los ingleses conservaban en el mar su superioridad. Howe destruyó enteramente la armada francesa mandada por el almirante Villaret-Joyeuse, que salió de Brest para escoltar un convoy considerable. La mayor parte de las colonias francesas en la India y en América fueron invadidas: la isla de Córcega se sometió á los ingleses; pero en 1796 volvió á entrar bajo la dominacion de la Francia.

En el continente, aprovechándose el jeneral Pichegrú de un invierno rigoroso (1795), atravesó el Meusa sobre el yelo y obligó á los ingleses á reembarcarse. Los holandeses, cuya mayoría soportaba á duras penas el yugo del estatuder, recibieron á los franceses como sus libertadores y hermanos, y se unieron á ellos contra la Inglaterra. La España trató tambien con la república; y la Prusia, retirada de la coalicion, permaneció neutral. Pero Pitt estaba demasiado obstinado en su odio contra la Francia y disponia de bastantes recursos para pensar en la paz. La guerra civil encendida en la Vendee por los realistas se habia estendido hasta la Bretaña. El gobierno inglés tomó á su sueldo los rejimientos emigrados del príncipe de Condé, reunió en cuerpo los jentilhombres franceses refujiados y los embarcó en una escuadra con ochenta mil fusiles, cañones y municiones. Desembarcaron en la bahía de Quiberon: los emigrados se apoderaron del fuerte de Pentiebre; pero el intrépido jeneral Hoche los atacó con tanta impetuosidad, que en un momento los derrotó completamente. La ma-

yor parte quedaron prisioneros, y la capitulacion otorgada por el jeneral republicano no pudo salvarlos del suplicio decretado por la terrible Convencion.

El écsito desgraciado de esta espedicion hizo impopular al ministerio. Pitt, estrechado por la voluntad de la nacion y por la oposicion parlamentaria, á cuyo frente se hallaba Sherindan, se decidió á abrir negociaciones para la paz. Lord Malmesbury fué enviado á París (1796): este diplomático llevaba órden de no acceder á la paz sino con la condicion de que los Paise Bajos serian restituidos al Austria. El Directorio estaba poco dispuesto á abandonar una posesion que la Francia miraba como la principal de sus conquistas, y rompió las conferencias: de consiguiente continuó la guerra. La España, aliada de la Francia, equipó una armada de veinticinco buques; sir John Jervis la atacó en el cabo de San Vicente, tomó cuatro naves y obligó á las restantes á refujiarse en el puerto de Cadiz (1797). La Holanda, otra aliada de la república francesa, sufrió tambien grandes pérdidas.

A pesar de estas victorias, la Inglaterra estaba lejos de gozar de la calma interior: el acrecentamiento de la deuda pública habia alarmado á la nacion: una insurreccion de la marina vino todavía á agravar la situacion. Las tripulaciones de la escuadra de la Mancha resolvieron no hacer servicio alguno hasta que el ministerio satisficiese á sus reclamaciones, que eran el aumento de paga y la abolicion del reclutamiento de marineros. Pitt las satisfizo sobre el primer punto, pero fué inecsorable en el segundo. Un tal Ricardo Parker, principal autor de la revuelta, y nombrado almirante por sus compañeros, fué preso y ahorcado en Lóndres: este acto de severidad deshizo la insurreccion.

Reunion de los parlamentos de Inglaterra e Irlanda.—En esta época llegó á ser la Irlanda un manantial de embarazos para el ministerio. Hacia mucho tiempo que la fermentacion era grande en este pais, donde los católicos soportaban con impaciencia la opresion en que vivian. A instigacion de la república francesa se sublevaron varios condados (1798), y reunidos los insurjentes á un cuerpo de tropas francesas que habia desembarcado en sus costas, obtuvieron algunas lijeras ventajas; pero atacados por Cronwallis, virey de la isla, se vieron obli-

gados á deponer las armas, igualmente que sus ausiliares. A consecuencia de esta victoria Pitt resolvió llevar á cabo lo que ya habia intentado, de unir el parlamento de Irlanda al de Inglaterra. Esta medida que quitaba al pais su última libertad, fué combatida enérjicamente por muchos miembros del parlamento de Dublin; pero el oro y las promesas ganaron á la mayoría y se efectuó la reunion lejislativa de los tres reinos (1799).

Entretanto el Directorio habia decretado la famosa espedicion de Ejipto: el jeneral Bonaparte fué elejido para dirijir esta lejana empresa, y se embarcó en Tolon con treinta mil veteranos del ejército de Italia. Apenas pusieron el pie los republicanos en la tierra ejipcia, el almirante Nelson atacó á la armada francesa anclada en la rada de Aboukir: la lucha fué horrible; en ella murió el almirante Brueys, y quedaron en poder de los ingleses once navíos y dos fragatas enemigas. El valiente Nelson, á quien el rey de Inglaterra hizo baron del Nilo en premio de su victoria, vino en seguida á bloquear á Malta, la cual habia sido tomada por Bonaparte en su travesía de Francia á Ejipto: la ciudad capituló y la guarnicion fué trasportada á su patria. La república francesa tomó el desquite de estas victorias de los ingleses en el Mediterráneo, sobre un ejército anglo-ruso desembarcado en Holanda: el jeneral Brunet batió completamente al duque de York en Berghen y le obligó á deponer las armas (1799).

Guerra con la india. — En este tiempo, Tippou-Saëb, en la India, instigado por Bonaparte, tomó las armas contra la Gran Bretaña: el jeneral Harris salió de Madrás con veinte mil hombres, penetró en los estados del sultan y marchó sobre Seringapatnam su capital. En un asalto terrible en que la artillería incendió el palacio imperial, el desgraciado príncipe cayó gloriosamente cubierto de heridas. Su muerte terminó la guerra, y el Mysore fué repartido entre la Compañía de las Indias y sus aliados.

Despues de estos combates, la Francia y la Inglaterra, cansadas de tantos sacrificios, sentian la necesidad de la paz. El inflecsible Pitt hizo su dimision, y Addington, que le sucedió, se puso de parte de los que deseaban la paz. Entonces se concluyó el célebre tratado de Amiens (1802), por el cual la Inglaterra restitu-

yó á la Francia y á sus aliados todas las conquistas que habia hecho durante la guerra, escepto la isla española de la Trinidad, y los establecimientos holandeses en Ceilan. El Ejipto entró bajo el dominio del Gran Señor; Malta fué devuelta á sus caballeros, y los franceses evacuaron los estados de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Con todo, esta paz no fué mas que un armisticio. Bonaparte, devorado de una ambicion jigantesca y nombrado primer cónsul, solo pensaba en estender el poderío francés. La reunion del Piamonte á la república, y la invasion de la Suiza por un ejército francés con el pretesto de restablecer la concordia entre los cantones, provocaron las reclamaciones de la Gran Bretaña: Bonaparte recibió mal las amonestaciones del embajador Wintworth. La Inglaterra, no pudiendo permanecer inmóvil espectadora de las invasiones de su rival, mandó embargar todas las embarcaciones que se hallaban en sus puertos con pabellon francés (1803). La Francia respondió á esta medida declarando prisioneros á todos los ingleses que residian en su territorio; y reuniendo al mismo tiempo Bonaparte un ejército de ciento cincuenta mil hombres en las costas de la Mancha, amenazó á la Inglaterra con una invasion. Siendo pues inminente la guerra, Addington no era el ministro que convenia para sostenerla con vigor; de consiguiente se llamó otra vez á Pitt (1804).

Batalla naval de Trafalgar. — Este enemigo implacable de la Francia, despues de haber aumentado las fuerzas británicas, mantuvo con el oro de su pais la liga de las potencias del Norte de Europa contra Bonaparte, que ya era emperador de los franceses, con el nombre de Napoleon I. La España, que en vano habia pedido satisfaccion por la pérdida de varias de sus embarcaciones cargadas de riquezas, apresadas por el capitan Moor á su vuelta del rio de la Plata, declaró la guerra á la Gran Bretaña. Las escuadras combinadas de Francia y España, fueron atacadas en el cabo de Trafalgar por el almirante Nelson, y los ingleses obtuvieron una victoria decisiva que aniquiló los restos de la marina francesa (octubre de 1805). Nelson pagó con su vida el triunfo que proporcionó á su patria, y el almirante español Gravina tambien fué herido mortalmente.

Napoleon habia reunido un inmenso ejército en Boloña con objeto de hacer una invasion en Inglaterra; pero en el momento de ejecutar este gran proyecto, supo que los rusos y austriacos marchaban contra la Francia. Inmediatamente se dirijió á Alemania, y despues de haber derrotado á los emperadores de Austria y Rusia en Austerlitz (diciembre de 1805), les obligó á pedir la paz y á reconocerle como emperador. Pitt sintió tanta pena por el rompimiento de la coalicion, que habia sido obra suya, que cayó enfermo y murió poco tiempo despues (enero de 1806), á los cuarenta y siete años de edad.

Nuevo ministerio. — Muerto Pitt, se formó un ministerio de la oposicion, compuesto del lord Eskine, del conde de Fitz-Williams, de lord Grenville, de lor Howik y del ilustre Fox, que luego que se instaló hizo adoptar á las cámaras un bill que inmortalizará su nombre, el bill que prohibió el tráfico de negros; pero este amigo de la humanidad, este Mirabeau de la Inglaterra, debia cesar bien pronto de hacer oir sus jenerosos acentos; atacado de una enfermedad, espiró á la edad de cincuenta y ocho años (setiembre de 1806): su muerte fué jeneralmente sentida.

Bloqueo continental. — La Prusia estaba entonces unida á la Inglaterra y á la Rusia para combatir á la Francia. Napoleon deshizo sucesivamente á los prusianos y á los rusos (1807) y obligó al emperador Alejandro á firmar la paz de Tilsitt. Desde Berlin, en donde habia entrado triunfante, lanzó aquel famoso decreto que cerraba todos los puertos del continente á las naves de Inglaterra: todos los aliados de la Francia accedieron de grado ó por fuerza á esta medida conocida con el nombre de *bloqueo continental*. No habiendo querido el rey de Portugal renunciar á la alianza inglesa, Napoleon hizo invadir su reino por un ejército francés. Entretanto una escuadra inglesa forzó la entrada de los Dardanelos y destruyó la armada otomana, sin poder separar al sultan de su alianza con Francia. Una espedicion hecha para quitar el Ejipto á los turcos no tuvo mejores resultados: y el jeneral Whitelocke, encargado de la conquista de Buenos Ayres, tuvo que abandonar esta ciudad despues de haberla tomado.

Recomposicion del ministerio. — El ministerio, animado de las

jenerosas inspiraciones de Fox, y queriendo entrar en la carrera de las mejoras que este habia abierto, propuso un bill para que los católicos fuesen admitidos á todos los empleos del ejército de mar y tierra (marzo de 1807). El rey, con pretesto de permanecer fiel á su juramento, desaprobó esta medida, y los ministros presentaron su dimision: fueron reemplazados por el duque de Portland, el elocuente Perceval, lord Eldon, lord Castlereagh, y sir Jorje Canning. La primera medida adoptada por el nuevo ministerio reveló la marcha que este se proponia seguir. En represálias del bloqueo continental prohibió á todas sus embarcaciones frecuentar los puertos de Francia y de sus aliados, é intimó á las pontencias marítimas que optasen entre las dos naciones. Habiéndose manifestado indeciso el rey de Dinamarca, inmediatamente marchó una escuadra inglesa para atacar á Copenhague; el monarca se negó á entregar sus navíos de guerra; la ciudad fué bombardeada durante tres dias, y por último se rindió: sus navíos fueron presa del vencedor y conducidos en triunfo al Támesis. Semejante violacion del derecho de jentes escitó la indignacion de la Europa.

Entretanto la Inglaterra principiaba á sentir los efectos de una medida que debia herirla en el corazon: su comercio y su industria perecian por falta de salida. Semejante estado no podia durar mucho tiempo sin producir una crísis interior. Los acontecimientos de la península española dejaron entrever al ministerio alguna esperanza de arruinar el poderío de la Francia. Cárlos IV, rey de España, tenia una querella con su hijo Fernando: elijieron por árbitro á Napoleon y se trasladaron á Bayona, donde fueron retenidos como prisioneros (1808). Cárlos abdicó en favor del emperador de los franceses, el cual dió el trono de España á su hermano José. Indignados los españoles se declararon en favor de Fernando, y corrieron á las armas. Un cuerpo de ejército francés, á las órdenes del jeneral Dupont, fué deshecho en Bailen. La ocasion pareció favorable al ministerio inglés, y envió á Portugal un ejército de diez mil hombres á las órdenes de sir Arturo Wellesley (despues lord Wellington). El jeneral Junot atacó á los ingleses en Vimiera, pero fué batido tan completamente, que se vió obligado á firmar la capitulacion de Cintra,

en virtud de la cual su cuerpo de ejército fué trasportado á Francia.

Napoleon, para vengar las derrotas de sus jenerales, entró él mismo en la península con un poderoso ejército. Las victorias de Tudela y Somosierra le abrieron el camino de Madrid, adonde condujo á su hermano José (diciembre de 1808). Con la noticia de estas victorias, el ejército inglés que marchaba hácia Madrid, retrocedió, y en su retirada fué batido por el mariscal Soult; perdió su jeneral y se embarcó en la Coruña.

Entanto que Napoleon se hallaba empeñado en la península, el Austria volvió á tomar las armas contra él. Con la velocidad del rayo marchó Bonaparte á Alemania (1809), batió al enemigo en diferentes puntos y se apoderó de Viena: el Austria, vencida, pidió y obtuvo la paz. Para hacer una diversion favorable al Austria, la Inglaterra habia embarcado cincuenta mil hombres que debian apoderarse de la isla de Valcheren. Esta espedicion bombardeó á Flesinga que se rindió; pero fué menos dichosa en las aguas del Escalda; Anveres y todos los demás puntos que atacó le opusieron una vigorosa resistencia, y la peste la obligó á volver á Inglaterra. En esta ocasion estalló la desunion en el ministerio. Lord Castlereagh y Canning tuvieron un desafío y presentaron su dimision. M. Perceval fué nombrado primer lord de la tesorería en lugar del duque de Portland. En compensacion de la desastrada espedicion de Valcheren, las armadas inglesas se apoderaron de la Martinica y de Guadalupe, de las islas de Francia y de Borbon, de Amboina y de Banda.

Despues de la partida de Napoleon, los ingleses, reunidos á los españoles, tomaron la ofensiva en la península. Sir Arturo Wellesley ganó contra el rey José la sangrienta batalla de Talavera, cuya victoria le valió la dignidad de par y el título de vizconde de Wellington. En la siguiente campaña (1810), los franceses recibieron numerosos refuerzos: despues de tomar varias plazas, invadieron la Andalucía y sitiaron á Cadiz, donde se hallaban reunidas las córtes españolas, trabajando en formar una constitucion para su pais. Esta héroica ciudad detuvo la marcha de los vencedores. El mariscal Massena batió á Wellington en Almeida; pero á su vez fué vencido en Busaco y o-

bligado á abandonar el Portugal (1811). El teniente jeneral Graham venció al mariscal Victor en Barrosa. Lord Beresford dió al mariscal Soult la batalla de la Albuera, en que ambas partes se atribuyeron la victoria; Suchet batió al jeneral español Blacke y se apoderó de Valencia.

Enfermedad de Jorje III.— Al principio del año 1811, Jorje III recayó en la funesta enfermedad cuyos primeros síntomas habia esperimentado veinte años antes. La direccion de los negocios fué entonces definitivamente confiada al príncipe de Gales, que tomó el título de rejente. Ningun cambio hubo en la administracion ni en el ministerio hasta el año siguiente, que lord Castlereagh fué nuevamente llamado al consejo, al mismo tiempo que los lores Grey y Grenville. Pocos dias despues de esta revolucion ministerial, habiendo sido asesinado M. Perceval por un negociante al entrar en la cámara de los comunes, fué nombrado primer lord de la tesorería el conde de Liverpool (1812).

Los desastres de los ejércitos franceses en Rusia volvieron el ánimo y la esperanza á los adversarios de Napoleon: los ingleses y los españoles redoblaron sus esfuerzos para espulsar al rey José de la península ibérica. Wellington, despues de haberse apoderado de Badajoz y de Ciudad-Rodrigo, y ganado la accion de Salamanca, entró en Madrid; pero obligado á abandonar esta capital, se retiró á Portugal. Los franceses veian cada dia disminuirse sus filas por la obstinada résistencia de la España entera levantada contra ellos; y Napoleon, ocupado en la guerra del Norte, no podia enviar nuevos ejércitos en su ausilio. Wellington, habiendo recibido refuerzos, continuó la campaña (1813): batió completamente al mariscal Jourdan en Vitoria, y los franceses principiaron ya á retroceder. El mariscal Suchet todavía hizo sufrir un descalabro á sir John Murray delante de Tarragona; pero este suceso no detuvo la retirada de los franceses. El jeneral Graham tomó á San Sebastian, Pamplona capituló, y las tropas de Wellington no tardaron en presentarse en el territorio francés.

Por otra parte, la liga formidable de todos los soberanos del Norte, que el ministerio inglés habia conseguido reunir contra el dominador de la Europa, invadió la Francia. Napoleon, a-

bandonado de todos sus aliados, sostuvo con la sola bravura de los soldados nacionales esta memorable campaña, en la que brillaron sus talentos militares con todo su esplendor (1814). Batió tan completamente á los aliados en diferentes puntos, que se abrieron negociaciones para la paz; pero no tuvieron resultado. Los aliados entraron en la capital de Francia (31 de marzo) y declararon que no querian tratar con Napoleon. El senado destituyó entonces al emperador y proclamó á Luis XVIII.

Entretanto un cuerpo inglés, desembarcado en los Paises Bajos, sitió inútilmente á Anveres, defendida por el valiente Carnot, y fué rechazado vigorosamente por el jeneral Maison. En el Mediodia Wellington, llamado á Burdeos por los realistas, para marchar libremente tuvo que dar al mariscal Soult la sangrienta batalla de Tolosa, cuya victoria le costó mas cara que una derrota.

Paz jeneral. — Por último, el 30 de mayo, se firmó en París un tratado entre las potencias aliadas: todas las antiguas dinastías destronadas por Napoleon volvieron á tomar posesion de sus estados: Malta, la isla de Francia, Tabago y santa Lucía se dejaron á la Inglaterra. La Holanda y la Béljica reunidas formaron un reino destinado á servir de barrera contra la Francia, que fué reducida á los límites que tenia antes de la revolucion de 1789. De este modo vió la Gran Bretaña destruido el poderío de su rival, y este abatimiento era obra suya; pero para conseguirlo tuvo que aumentar su deuda con sesenta y siete millones quinientas mil libras esterlinas; y su miseria interior era tan grande que las clases obreras se habian sublevado en varias ciudades manufactureras.

En este año cesó tambien la guerra entre la Inglaterra y los Estados-Unidos, que duraba desde 1811, y cuyo orijen fué la sujecion que los americanos sufrian por la interrupcion de su comercio con Francia; hasta que cansadas ambas partes de una lucha ya sin objeto, firmaron el 24 de diciembre de 1814, el tratado de Gante.

Tratado de la santa alianza. — El 1.° de marzo de 1815, Napoleon salió de la isla de Elba que le habia sido señalada para su retiro, y volvió á subir al trono de Francia. Inmediatamente las potencias aliadas reunidas en Viena, le declararon e-

nemigo y perturbador del jénero humano, y reunieron sus esfuerzos para concurrir á la paz jeneral. En menos de seis semanas, el jenio de aquel grande hombre improvisó un ejército de ciento veinte mil hombres, y atacó súbitamente á los prusianos é ingleses en Ligny, consiguiendo la primera ventaja; pero al dia siguiente (18 de junio) tuvo lugar la batalla de Waterloo, que fué el mayor desastre de los tiempos modernos: la defeccion de algunos franceses y las tropas de refresco de Wellington decidieron la victoria en favor de los aliados. El ejército imperial fué destruido despues de haber hecho prodijios de valor. Napoleon dejó el campo de batalla y volvió á París, donde depuso segunda vez la corona: confiando en la lealtad británica se embarcó en el navío inglés *Belerofonte*, y escribió al rejente pidiendo la proteccion de un enemigo jeneroso; pero la lealtad que invocaba se desmintió en esta ocasion; el ministerio inglés le declaró prisionero de las potencias aliadas y le hizo trasportar á la isla de Santa Elena, donde espió durante seis años, bajo la vijilancia de los ajentes ingleses, aquella gloria que tantas lágrimas habia costado á los pueblos, y murió el 5 de mayo de 1821. Despues de la batalla de Waterloo, los aliados decidieron la ocupacion de la Francia durante cinco años por un cuerpo de ejército de cada una de las potencias belijerantes. Algun tiempo despues firmaron aquella famosa acta que calificaron de tratado de la *Santa Alianza*.

Alborotos en inglaterra. — En todos los puntos de Inglaterra reinaba la mayor angustia á causa de los numerosos esfuerzos que habian hecho para sostener la guerra continental (1816), y la escasez de trigo, cuya cosecha faltó casi en toda la Europa, agravó mas y mas su situacion. Las clases obreras, reducidas á la desesperacion por falta de trabajo, formaron reuniones tumultuosas, y el gobierno, para apaciguar estas turbulencias, recurrió á la suspension del bill del *Habeas corpus*, é hizo ajusticiar á los principales autores de la formidable revuelta de Spafield. Estas medidas restablecieron el órden pero no remediaron la miseria.

Bombardeo de arjel. — En esta época fué enviado lord Exnouth con una armada para evitar las depredaciones de los piratas berberiscos sobre el co-

mercio de las naciones de segundo órden. El dey de Arjel contestó á las intimaciones de la Inglaterra haciendo asesinar á los pescadores de coral reunidos en el cabo de Bona: entonces la escuadra de lord Exmouth, reunida á los navíos holandeses del almirante Van-Capellen, bombardeó á Arjel, incendió la mayor parte de la ciudad, destruyó la marina del dey y le obligó á firmar la paz.

La tranquilidad pública estaba contínuamente amenazada en los condados manufactureros, por las numerosas reuniones de las clases obreras escitadas por oradores demagójicos. Convocóse una de estas reuniones el 18 de agosto de 1819: mas de cien mil radicales acudieron á ella, hallándose á su frente el atrevido reformador Hunt. Situado el orador popular en una tribuna improvisada, apenas principió á arengar á la multitud, cuando un escuadron de húsares cargó sobre aquellos hombres indefensos, mató gran número de ellos, hirió mas de cuatrocientos, dispersó los restantes, y prendió á Hunt y á los que le rodearon para defenderle: los principales promovedores fueron juzgados en York y condenados á prision. Para evitar la repeticion de semejantes desórdenes, el parlamento declaró ilegal toda reunion que no fuese presidida por la autoridad local.

El 29 de enero de 1820, Jorje III terminó su penosa ecsistencia en el castillo de Windsor: este rey, que poseia grandes virtudes privadas, llevó á la tumba el sentimiento de sus pueblos: tenia ochenta y dos años y reinó sesenta. Sucedióle el príncipe de Gales con el nombre de Jorje IV.

Jorje iv. — (1820) Apenas fué proclamado Jorje IV, se descubrió una conspiracion tan odiosa como insensata. Muchos individuos oscuros, á cuyo frente se hallaba un tal Thistlewood, oficial que fué de uno de los rejimientos de las Indias Orientales, formaron el proyecto de asesinar á los ministros en un banquete que debia darles su colega lord Harrowby, destituir al rey y proclamar un gobierno dirijido por los radicales. Denunciados por un espía de la policía que se habia introducido entre ellos, fueron arrestados en una taberna once de los conspiradores, bien provistos de armas para ejecutar su crímen. Thistlewood y cuatro de sus cómplices fueron condenados á

muerte; los otros seis deportados por toda su vida.

PROCESO DE LA REINA CAROLINA. — A poco tiempo otro acontecimiento no menos importante llamó la atencion pública. Desde 1814, la esposa del príncipe rejente, á consecuencia de escandalosas desavenencias, suscitadas por su conducta demasiado lijera, habia abandonado la Inglaterra y viajaba por el continente, acompañada de aventureros italianos, entre los cuales sobresalia el ex-postillon Bergami. Luego que supo la elevacion de su marido al trono, se dispuso á volver á Inglaterra para revindicar sus derechos. En vano le propusieron el rey y sus ministros una pension de cincuenta mil libras esterlinas si consentia en no tomar el título de reina y continuaba permaneciendo en el continente: desembarcó el 6 de junio, y al dia siguiente entró en Lóndres, en medio de las aclamaciones de la multitud que la saludó como reina, á pesar de que su nombre estaba escluido de la liturjia. El rey envió un mensaje á las cámaras para informarlas de la conducta de aquella que queria participar del trono, y para pedir la disolucion de su matrimonio. Los lores decidieron en sesion secreta que ellos juzgarian el negocio. Carolina elijió por su abogado á M. Brougham. Despues de tres meses de escandalosos debates, no habiendo obtenido la tercera lectura del acta de acusacion mas que una mayoría de nueve votos, los ministros no quisieron llevarla ante la cámara baja, porque temian una fuerte oposicion, y abandonaron una causa que habian seguido con tanto calor. Esta retirada, á los ojos de los partidarios de Carolina era una prueba de su inocencia. Sin embargo, poco tiempo despues consintió en recibir la pension que se le habia ofrecido, y los ministros obtuvieron que su nombre no fuese restablecido en la liturjia (1821).

JORJE CANNING. — En el trascurso del año 1821, Jorje IV visitó la Irlanda, sus estados de Hanover y la Escocia: hallándose en este último pais, recibió la noticia de la muerte del marqués de Londonderry (lord Castlereagh). Este hombre de estado, á quien la santa alianza habia hallado tan dócil á su voluntad, puso fin á sus dias abriéndose la arteria carótida con un cortaplumas. El majistrado encargado de averiguar las causas de su muerte declaró que aquel suici-

dio habia sido un efecto de demencia; pero mas bien puede creerse que el motivo fué el desaliento y el embarazo de su situacion política. Jorje, cediendo á la opinion pública, elijió para remplazar á un ministro tan impopular, á sir Jorje Canning, cuyo mérito conocia, aunque no le perdonó el haberse mostrado hostil al bill de acusacion contra la reina. Canning, que acaba de ser nombrado gobernador jeneral de la India, no dudó en renunciar á una fortuna cierta por encargarse de la direccion de los negocios de su pais (1822), á los que hizo seguir una marcha enteramente liberal. El congreso de Verona reveló el cambio efectuado en la política de Inglaterra. Las potencias del Norte decidieron en él que entrarian en España cien mil franceses para restablecer el gobierno absoluto de Fernando VII y destruir la Constitucion de 1812; Wellington, representante de la Inglaterra, segun las instrucciones que tenia, protestó contra esta intervencion (1823). En 1825 se abolió la esclavitud en las colonias inglesas: el año siguiente se firmaron tratados de comercio con las nuevas repúblicas de la América del Sur, y la independencia de Colombia, de Méjico y de las provincias de la Plata fué definitivamente reconocida por la Gran Bretaña.

Emancipacion de los católicos. — En 1824 se principió á formar en Irlanda la *Asociacion Católica*, á cuyo frente se hallaban algunos abogados de Dublin y el famoso Daniel O'Connell. Esta asociacion llegó á ser tan poderosa que despertó los temores del gobierno. Propúsose un bill pidiendo su abolicion, el cual fué vivamente combatido por Brougham y defendido por Canning; pero la discusion hizo conocer que el ministro estaba á favor de la emancipacion de los católicos, y que esta gran medida era el objeto de su carrera política. Entonces sir Francisco Burdett presentó una proposicion para que se declarase á los católicos elejibles para todos los empleos: Canning sostuvo el bill con su acostumbrada elocuencia, y los comunes le adoptaron; pero le desecharon los lores.

Habiendo terminado el parlamento su sesta lejislatura, se hicieron las elecciones jenerales bajo la influencia de las dos grandes cuestiones que estaban al órden del dia; la ley sobre cereales y la emancipacion (1826). A la apertura del nuevo parlamento, el ministerio presentó á

las cámaras los tratados entre Inglaterra y Portugal; D. Miguel, sostenido por la España absolutista, acababa de usurpar la corona á su sobrina Doña María de la Gloria, á favor de la cual habia abdicado su padre D. Pedro, emperador del Brasil. El parlamento declaró que el apoyo prestado á D. Miguel por Fernando VII establecia el *casus fœderis*, y el ministerio envió inmediatamente al Tajo un navío con tropas de desembarco. La enfermedad y retirada del anciano lord Liverpool ocasionaron la dislocacion del ministerio. Canning, encargado de recomponer el gabinete, se dirijió á los whigs y á los toris moderados, y formó lo que él llamó un ministerio de coalicion. A consecuencia de la defeccion de gran número de miembros del parlamento, que se asustaron del sistema liberal del primer ministro, la oposicion tory formó la mayoría. Los lores, despues de una enmienda de Wellington, modificaron la ley sobre cereales, y establecieron una especie de impuesto sobre los granos estranjeros. La cámara de los comunes desechó el bill de emancipacion por una mayoría de cuatro votos. Estos golpes acabaron de arruinar la salud de Canning, ya muy quebrantada con las luchas anteriores, y falleció en 1827: su muerte fué sentida no solo por la Inglaterra sino por la Europa entera. El último servicio que este grande hombre prestó á la causa de la humanidad, fué la conclusion de un tratado entre Inglaterra, Francia y Rusia, por el cual estas potencias reconocieron la independencia de la Grecia, y se obligaron á hacer cesar las hostilidades entre las partes belijerantes. Irritado el sultan con esta intervencion favorable á los helenos, á quienes miraba como súbditos rebeldes, rehusó someterse al armisticio que querian imponerle las potencias aliadas, y mandó á Ibrahim-Bajá que continuase la guerra de esterminio que durante dos años hacia en la Morea. El 20 de octubre de 1827, las escuadras francesa, inglesa y rusa, entraron en el puerto de Navarino, donde habia anclado una armada ejipcia. Tratábase de obligar á Ibrahim á respetar el armisticio. La escuadra inglesa destacó una chalupa para ir á parlamentar, y un brulote turco hizo fuego sobre ella: esta agresion fué la señal de un combate que duró cuatro horas y que terminó por la destruccion completa de la armada ejipcia. Este atrevido golpe de mano,

que ocasionó un estrepitoso rompimiento entre la Puerta y la Rusia, aseguró la libertad de la Grecia.

Lord Goderich, elejido por el rey para continuar el sistema de Canning, se disgustó bien pronto de los embarazos que le suscitaba la oposicion tory, y presentó su dimision de primer lord de la tesorería. Wellington se encargó de recomponer el gabinete, del cual habia de ser jefe, y, reconociendo el imperio de las circunstancias, formó un ministerio misto, en el que quedaron los wigs Huskinson y Palmerston (enero de 1828). A la apertura del parlamento, lord Jonh Russel propuso un bill para abolir el acta del *Test* y la de corporacion, que obligaba á todo funcionario, antes de ejercer algun empleo, á comulgar segun el rito de la iglesia anglicana. Este bill fué adoptado por ambas cámaras. No sucedió lo mismo con la proposicion de sir Francisco Burdett en favor de la emancipacion, pues aunque la adoptaron los comunes, fué nuevamente desechada por los lores.

Daniel o'connell. — Esta segunda negativa ecsasperó á los irlandeses: la asociacion levantó la cabeza á despecho de la ley que la habia disuelto. Habiendo hecho dimision de su cargo un diputado del condado de Clare, fué elejido en su lugar el *gran promovedor* O'Connell. Lord Anglesey, lugarteniente de Irlanda, que se esforzaba en calmar la efervescencia de la asociacion con medidas conciliadoras, fué remplazado por el duque de Northumberland. O'Connell clamaba contra la intolerancia y la tiranía, y era tal su influencia sobre la asociacion, que si él hubiese querido entonces, toda la Irlanda hubiera corrido á las armas. El ministerio comprendió, por último, que ya no era tiempo de contemporizar: Wellington y Peel, modificando sus opiniones personales, inclinaron al rey á que relevase á los católicos de su incapacidad civil. En consecuencia, al principiar la lejislatura de 1829, el lord canciller presentó á la cámara de los comunes el bill de emancipacion, al mismo tiempo que propuso medidas para disolver la asociacion irlandesa. Despues de algunos debates borrascosos, el bill triunfó de todas las resistencias que halló en los comunes y fué adoptado por una mayoría de trescientos veinte votos contra ciento cuarenta y dos. Presentado en la cámara de los lores fué vivamente combatido

por todos los representantes del torismo, de la aristocracia y del clero; pero los esfuerzos de Wellington consiguieron una mayoría de ciento cuatro votos, y fué sancionado por el rey.

Despues de la adopcion del bill, O'Connell se presentó en la cámara de los comunes como diputado del condado de Clare; mas habiéndose negado á prestar el juramento de supremacía y abjuracion prescrito por la ley, fué anulada su eleccion. Volvió á Irlanda, donde le recibieron con el mismo entusiasmo, y salió reelejido por una gran mayoría.

Le emancipacion estaba muy distante de satisfacer las ecsijencias de la oposicion y la necesidad de reforma que atormentaba á los tres reinos. La muerte del rey vino á complicar la situacion (1830). Jorje IV sucumbió á una osificacion de los vasos del corazon: tenia sesenta y ocho años de edad, y habia reinado once. Este príncipe fué modelo de urbanidad y amaba las letras y las artes; los hombres que las cultivaban disfrutaron frecuentemente de la jenerosidad del monarca.

Guillermo iv. — (1830) Enrique Guillermo, duque de Clarence, hermano de Jorje IV, le sucedió con el nombre de Guillermo IV. Las funciones de almirante que habia desempeñado distinguidamente y el apoyo que acababa de prestar á la causa de los católicos, le habian adquirido cierta popularidad. Con todo, conservó el ministerio de su predecesor; y la oposicion, que se habia lisonjeado al principio de que hallaria un apoyo en el nuevo rey, comprendió que le era preciso continuar sus ataques contra una administracion que ya habia hecho vacilar. El rey envió un mensaje anunciando la disolucion del parlamento: los wigs clamaron contra esta medida que calificaron de inoportuna, y lord Grey pidió que el parlamento continuase reunido hasta que este proveyese á la tutela de la princesa Vitoria, hija del duque de Kent, y heredera única de la corona despues de la muerte del rey. Esta proposicion causó violentos debates; pero los ministros vencieron y el parlamento fué disuelto.

Consecuencias de la revolucion de julio. — Entretanto que la Inglaterra se preparaba á la lucha electoral, la revolucion de julio estalló en Francia y conmovió la Europa. En ninguna nacion se sintieron sus consecuencias mas violentamente que

en Inglaterra. Por todas partes hubo reuniones para dirijir felicitaciones al pueblo de París, y se abrieron suscriciones en favor de los heridos de *la gran semana*. Las elecciones, hechas bajo la influencia de este acontecimiento, fueron enteramente favorables á los wigs. Sin embargo, el ministerio tuvo el talento de reconocer inmediatamente el gobierno francés, producto de las barricadas. El rey, en su discurso de apertura, anunció su buena intelijencia con el rey de los franceses; pero Wellington declaró que no consentiria en ninguna reforma electoral. Esta declaracion aumentó la irritacion del pais: la Irlanda, apoyada en el ejemplo de la Béljica, hizo oir las palabras de *reforma radical* y de *llamamiento de la union*, y se formó una asociacion anti-unionista, que fué preciso disolver por la fuerza.

En Inglaterra tambien hubo en muchos condados sublevaciones de obreros que querian aumento en los jornales. En medio de esta fermentacion, los ministros pretendieron haber descubierto una conspiracion contra la vida de Wellington, y se aprovecharon de esta ocasion para impedir que el rey y la reina asistiesen al banquete de Guild-Hall, que á cada advenimiento ofrecia el cuerpo municipal. La oposicion se quejó de que el ministerio intentaba separar al monarca de la nacion; y habiendo conseguido en la votacion de los presupuestos dejar en minoría al ministerio, este tomó el partido de retirarse. Desde entonces la reforma electoral estuvo al órden del dia. El monarca encargó á lord Grey la formacion de un ministerio que pudiese conjurar la borrasca que amenazaba á la Inglaterra. Lord Grey, deseando hacer triunfar los principios que sostenia por espacio de treinta años, elijió sus colegas entre los whigs aristócratas y los toris moderados: M. Brougham fué nombrado lord canciller; lord Althorp canciller del echiquier; los lores Melbourne, Palmerston y Goderich secretarios de Estado; el marqués de Landown presidente del consejo; y lord Grey primer ministro.

El nuevo ministerio se ocupó al principio de hacer adoptar un bill, por el cual se nombró á la duquesa de Kent rejenta y tutora durante la menor edad de su hija: en seguida prorogó el parlamento al 3 de febrero (1831), declarando que aquel intervalo le era indispensable para prepa-

rar la gran medida de la reforma parlamentaria que le servia de enseña.

Reforma electoral. — Terminado el plazo, lord Russel sometió á la cámara de los comunes el bill propuesto por el ministerio: los toris, previendo que su derrota estaba prócsima, reunieron todas sus fuerzas para alejarla, é hicieron esfuerzos inauditos de elocuencia; y á pesar de los conatos no menos grandes de los whigs, el bill fué desechado por una mayoría de 299 votos contra 291: el ministerio no tenia otra alternativa que retirarse ó disolver la cámara. El rey comprendió que arriesgaba su corona si no se asociaba mas francamente á sus ministros; se presentó en persona al parlamento, y anunciándole que su intencion era consultar á la nacion sobre una medida lejislativa tan importante, disolvió la cámara y convocó otra para el 14 de junio. Esta decision real fué acojida en Lóndres y en las principales ciudades del reino con brillantes iluminaciones.

La lucha empeñada entre los toris, que se llamaban *conservadores*, y los whigs, que tomaron el título de *reformistas*, hicieron las elecciones tumultuosas: la victoria fué vivamente disputada; al cabo triunfó el partido popular y los ministros obtuvieron una cámara que dos meses despues votó el bill de lord John Russel; pero fué desechado por los lores. El rey prorogó el parlamento, anunciando que el bill seria reproducido.

Los comunes, irritados por la negativa de la cámara alta, y para impedir que se retirasen los ministros, votaron que habian merecido bien de la patria. El pueblo manifestó su descontento atacando las casas de los lores que habian votado contra el bill: la ecsasperacion no fué menor en las provincias que en Lóndres; pero en ninguna parte fueron mas temibles los escesos del populacho que en Bristol: quitó las autoridades civiles y militares, abrió las cárceles, é incendió todo un cuartel; fué preciso desplegar una fuerza armada considerable para hacer entrar en su deber á estos hombres ébrios y cubiertos de sangre: hubo mas de cien muertos y heridos.

El parlamento, prorogado para el mes de octubre, no se reunió hasta el de diciembre: lord John Russel reprodujo el bill, en el que habia hecho algunas mejoras con respecto á los pormenores. La cámara de los comu-

nes, despues de una discusion de dos meses (marzo de 1832), le adoptó por una mayoría de trescientos cincuenta y cinco votos contra doscientos treinta y nueve. Inmediatamente fué sometido al ecsámen de los lores; pero á la segunda lectura ya conocieron los ministros que no obtendrian la tercera si no se creaban nuevos pares; el rey no aprobó esta medida, y presentaron su dimision. La retirada del ministerio produjo una sensacion desagradable en la cámara de los comunes, y á consecuencia de una proposicion que hizo uno de sus miembros, la cámara dirijió al rey una peticion suplicándole que no elijiese sus ministros sino entre los hombres favorables á la reforma. Las peticiones de las reuniones de las provincias no fueron tan respetuosas : en ellas espresaban claramente su intencion de abolir la cámara alta y negarse á pagar toda contribucion, si la nacion no obtenia una pronta satisfaccion. Guillermo, imajinando que solo un ministerio tory seria capaz de vencer la resistencia de los lores, sondeó á los hombres de este partido; pero las demostraciones de la opinion popular fueron tan enérjicas, que ni lord Wellington ni sir Roberto Peel se atrevieron á encargarse del poder: lord Grey fué nuevamente llamado con facultad de hacer cuanto juzgase conveniente para asegurar la adopcion del bill. Los lores se sometieron por último á la necesidad; muchos de la oposicion se retiraron para dejar al ministerio la mayoría que necesitaba. En fin, el 4 de junio de 1832, fué adoptado el bill con algunas lijeras modificaciones, á que los comunes asintieron. Inmediatamente recibió la sancion real y se promulgó como ley del Estado. Despues se adoptaron otros dos bills relativos al sistema electoral de Escocia é Irlanda.

Tratado de la cuadruple alianza. — Con motivo de la guerra civil de España y de Portugal, en cuyas dos naciones dos tios disputaban la corona á sus dos sobrinas, la Inglaterra y la Francia se declararon á favor de las dos reinas, y para espulsar del territorio portugués á D. Miguel y á D. Carlos, formaron en 1834 el tratado llamado de la cuádruple alianza entre Portugal, España, Francia é Inglaterra. Esta última se comprometia, por el artículo tercero, á cooperar por su parte con una fuerza naval para secundar las operaciones y deter-

minaciones necesarias al cumplimiento de los acuerdos insertos en el tratado.

En lo restante del reinado de este monarca, lo mas notable que ocurrió en Inglaterra, fué la autorizacion que concedió al gobierno español para que tomase á sueldo los súbditos ingleses que quisieran alistarse voluntariamente para hacer la guerra en España á favor de la reina Isabel, cuyos derechos le disputaba su tio D. Cárlos María Isidro. Al mismo tiempo que el gobierno inglés suspendió en favor de la reina de España todas las leyes que prohiben el levantamiento de tropas inglesas para pelear en favor de otros estados que no sean los suyos, proporcionó al gabinete de Madrid cuantos recursos estuvieron en su mano, como armas, municiones, barcos de trasporte, etc., etc.

No fué esto solo lo que el gobierno inglés hizo en favor de la España; sino que se interesó su filantrópia en la causa de la humanidad, horrorizada por los torrentes de sangre que se derramaban en la lucha empeñada en las provincias vascongadas, porque era una guerra á muerte en que no se daba cuartel. El ministerio inglés comisionó á lord Elliot para que pasase á dichas provincias y procurase inspirar sentimientos mas humanos á los dos partidos belijerantes, y en efecto consiguió que asintieran á firmar el tratado conocido con el nombre de Elliot, en el cual se estipulaba la conservacion de los prisioneros, y las condiciones con que habian de hacerse los canjes.

Guillermo VI murió el 20 de junio de 1837, y le sucedió su sobrina

VITORIA I ALEJANDRINA.—Esta princesa, que actualmente reina, nació en 24 de mayo de 1819, y subió al trono del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda con jeneral aplauso de sus pueblos. En 1840, contrajo matrimonio con el príncipe Alberto Francisco de Sajonia Coburgo Gotha, de cuya union ha tenido un príncipe y dos princesas.

Los dos acontecimientos mas notables del reinado de Vitoria I han sido la guerra de los ingleses con los chinos en 1849, la cual no terminó hasta 1845 (1), y la cuestion de Taiti, que pudo haber producido un rompimien-

(1) Véase el tomo XXII de esta obra, páj. 93, donde se hace relacion de la guerra de la China.

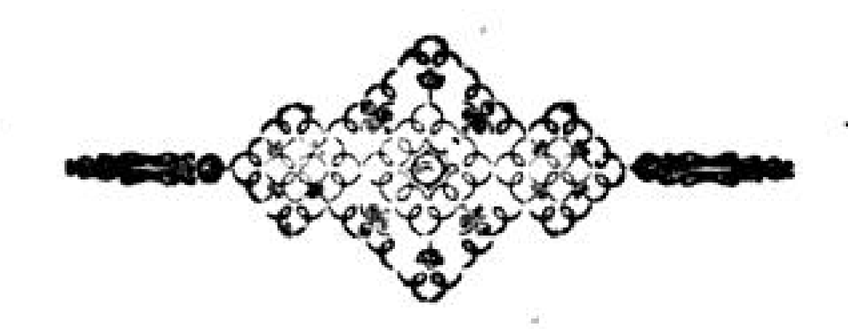
to con la Francia y alterado la paz europea.

CUESTION DE TAITI. — (1844) Taiti es una de las islas de la Sociedad, descubierta por el español Quirós en 1606, visitada por Bougainville en 1768, y por Cook al siguiente año; pero ni los franceses ni los ingleses hacian gran caso de este pais hasta que la sociedad de las misiones de Lóndres envió algunos misioneros en 1797, que principiaron á civilizar el pais. El rey Pomaré II abandonó su relijion idólatra y se hizo bautizar en 1803 á sí y á sus súbditos, y dos años despues, apenas quedaba huella alguna de la antigua relijion; pero los misioneros no se contentaron solo con convertir á los indíjenas, sino que quisieron gobernarlos, y en 1821 se apoderaron del heredero del trono que sufrió el yugo de los luteranos, lo mismo que dos reinas que le sucedieron en el trono.

En 1836 envió la Francia dos misioneros á Taiti, y apenas desembarcaron, los luteranos amotinaron contra ellos á los habitantes del pais, y estuvieron muy espuestos á ser asesinados. Los salvó el encargado de negocios de Francia, que fué asesinado poco despues. El gobierno frances, para vengar el ultraje hecho á su pabellon, envió al capitan Dupetit-Touars, que llegó á Taiti en la fragata Venus, entró en la bahía de Papeiti, destruyó gran parte de la poblacion con su artillería y ecsijió que cualquiera frances, fuese sacerdote ó seglar, pudiese habitar libremente en las islas; que se le pagase una multa de dos mil dardos, y que se hiciese un saludo al pabellon frances. La reina Pomaré, que odiaba á los ingleses porque la tenian en tutela, se apresuró á aceptar estas condiciones; pero luego que la fragata Venus se retiró de aquellas aguas, el cónsul ingles Pritchard hizo revocar el tratado. Los franceses se presentaron de nuevo á ecsijir satisfaccion, y la reina Pomaré, deseosa de librarse de la tutela de Pritchard, pidió el protectorado de la Francia, que le fué concedido (1843). Las intrigas de los ingleses consiguieron indisponer con el capitan Dupetit-Touars á la reina Pomaré, la cual, sin cuidarse del protectorato, enarboló su propia bandera. Mr. Dupetit-Touars se dirijió á Taiti, desembarcó sus tropas, destronó á la reina y tomó posesion de la isla á nombre de la Francia, enarbolando su pabellon. El cónsul ingles protestó contra la toma de posesion

de los franceses y esparció proclamas para amotinar el pais, por lo cual fué desterrado de la isla por los franceses.

Interpelado el gabinete inglés en las cámaras, acerca de estos acontecimientos, contestó sir Roberto Peel «que estaba decidido á pedir al gobierno francés una satisfaccion cumplida por el insulto grosero y el hecho indigno de haber atropellado á un ajente británico, que en aquellas islas representaba al gobierno de su pais.» Estas espresiones tan duras del jefe del gabinete inglés, hicieron concebir sérios temores de un rompimiento entre ambas naciones, y tuvo á la Europa en espectativa por algun tiempo; pero se ha compuesto el negocio amistosamente y la paz no se ha alterado. Lord Aberdeen ha ecsijido en nombre de su gobierno á la Francia que desapruebe la conducta de sus ajentes en las islas de la Sociedad, que destituya á MM. de Bruat y d' Aubigny, y que pague una indemnizacion á M. Pristchard por los perjuicios que ha sufrido. El gobierno francés ha convenido en todo menos en separar del mando de aquella estacion á sus oficiales de marina, y la Inglaterra se ha dado por satisfecha. Así ha terminado una cuestion que pudiera haber causado una guerra jeneral si el rompimiento entre la Francia y la Inglaterra hubiese llegado á verificarse. Sin embargo, estas dos naciones rivales, á pesar de las relaciones amistosas que conservan, por la prudencia de ambos gobiernos, se odian mútuamente, pero se temen al mismo tiempo y ninguna quiere ser la primera en romper.



CAPITULO ADICIONAL.

ESCOCIA E IRLANDA.

Escocia — Antiguos habitantes, gobierno, costumbres y trajes. -- Malcolmo I, Indulfo, Dufo, Culno.—Kenetho I, Constantino y Grimo, Malcolmo II.—Duncan I, Macabeto — Malcolmo III. — Duncan II. — Edgardo, Alejandro, David. — Malcolmo IV. — Guillermo, Alejandro II. — Alejandro III. — Interregno. — Juan Bailleul. — Roberto Brucio. — David II. — Roberto II. — Roberto III. — Jacobo I. — Jacobo II. — Jacobo III. — Jacobo IV. — Jacobo V. — María Estuardo. — Jacobo VI. — Reunion de las coronas de Inglaterra y Escocia. — Escocia, desde sus tiempos primitivos hasta su reunion con la Inglaterra. — Idioma y literatura inglesa.

ESCOCIA.

Antiguos habitantes, gobierno, costumbres y trajes. — Sería muy difícil determinar cuáles han sido los antiguos habitantes de Escocia. Este pais ha podido ser poblado por la Inglaterra como mas cercana. Cubierto entonces de los galos, pictas y jermanos, podrian acaso haber venido de otras naciones á habitar este pais y se habrian naturalizado en él. Lo mismo se puede decir de las bahías que cortan la Escocia, anteriores á la irrupcion de los daneses y de los noruegos, porque los antiguos anales dicen que estos encontraron jigantes. La impresion de las costumbres antiguas se ha conservado entre los habitantes de las montañas, que estaban divididos por tribus muy afectas á sus jefes, cuyas pretensiones adoptaban sin ecsamen, y á los cuales seguian ciegamente á la guerra, lo que ha hecho frecuentes y perjudiciales las revoluciones de los señores. Ha costado mucho trabajo á los reyes hacer infundir á los habitantes de este pais la idea de una obediencia debida á otros que á los jefes de las tribus: en cuanto á las costumbres, su vida es frugal, y se visten con sencillez: la moderacion en estas

dos necesidades de la vida es respecto á los escoceses, segun su historiador Buchanau, una virtud de todos los tiempos. Sus manjares ordinarios son la pesca y la caza: hacen cocer esta con la piel de los animales que han matado: en la caza apagan la sed bebiendo la sangre de su presa. En los convites beben el caldo de los manjares y la leche fermentada guardada largo tiempo: los vestidos desproporcionados les agradan mas que los otros, y en otro tiempo preferian lo colorado y lo blanco; sin embargo á ellos les gusta el color moreno, y en particular el verde de la oruga, cuya planta usan mucho, pues de sus hojas forman la cama, asi por su flecsibilidad, como porque creen tiene la propiedad de absorver la traspiracion, de dar tono á los nervios y vigor para todos los ejercicios.

Sus vestidos esteriores son muy largos, y por lo regular se reducen á piezas de tela sin cortar, con las cuales se cubren durante sus viajes, ó cuando van al ejército: duermen pacíficamente envueltos en esto especie de capas, aunque cargadas á veces de nieve, y caladas por las lluvias frias de sus climas. Se complacen en el descuido y en el desórden de sus muebles, y si se le presenta una cama adornada con colchones y almohadas, la levantan y se echan en tierra para no perder, segun dicen, la costumbre de la austeridad nacional.

Sus armas defensivas y ofensivas son un casco de hierro y una cota de malla que baja hasta los talones: para atacar se sirven del sable, del hacha, de flechas dentelladas y barbadas. No usan tambores; sus trompetas son de hueso, que producen un sonido muy agudo, y en jeneral aman mucho la música. Las cuerdas de una especie de lira comun entre ellos son de nervios, ó de alambre: las hacen resonar con el arco, ó con la uña, la cual dejan crecer espresamente, y sobre estos instrumentos despliegan todo su lujo, adornándolos de oro, de pedrerías, y de todo lo que tienen mas precioso. Se acompañan con la voz, y cantan las hazañas de sus héroes, ejecutadas en lo antiguo por sus jefes. Estas poesías, aunque destituidas de gracia, estan llenas de fantasía, y ofrecen muchas veces imájenes sublimes. Los escoceses, como pescadores, pastores á cazadores, son groseros, pero francos en la amistad, fieles en sus matrimonios, relijiosos se-

gun sus luces, y mas felices en sus cuevas y bosques que los que habitan en las ciudades bajo sus techos labrados, y sobre la pluma, donde se adormecen entre la perfidia y la blandura.

Se tienen noticias acerca de la historia de Escocia, como unos trescientos años antes de nuestra era vulgar. Entonces los habitantes atacados por los pictas y por los jermanos, no pudiendo convenir entre sí sobre la eleccion de un jefe, hicieron venir uno de Irlanda llamado *Fergus*: le nombraron rey, y se ofrecieron á conservar este título á su posteridad. Bajo el gobierno de estos príncipes los escoceses rechazaron á los romanos, los cuales lejos de poderlos subyugar, se vieron precisados á hacer contra ellos un terraplen. Setecientos años despues de este primer *Fergus*, se conoció en Escocia otro monarca del mismo nombre que limpió su reino del resto de estos conquistadores, que se habian introducido allí. Los dos Fergus, tan distantes el uno del otro, pasan por los fundadores del trono de Escocia, y Kenetho, que reinaba hácia el año 820, ó 110 años despues de la fundacion, pasa por el restaurador; porque volvió á la corona su brillo oscurecido, tanto por las divisiones intestinas, como por las invasiones de los estranjeros, y es considerado como el rey sesenta y nueve.

Malcolmo i, Indulfo, Dufo, Culno. — A Kenetho sucedieron seis príncipes buenos y malos, felices ó perturbados por intrigas que ocasionaron querellas, venganzas, asesinatos, y otros sucesos de los que se hallan en todas las historias. El último de estos reyes se hizo monje, á ejemplo de algunos de sus predecesores. Buchanan advierte que los obispos, menos celosos entonces de riquezas y de honores que de ciencias y de santidad, no tenian asiento fijo, y predicaban indistintamente en todos los lugares. El principal fin de su mision era la reforma de costumbres, entonces depravadas; y queriendo favorecerles Malcolmo I, fué asesinado despues de algunos años de un reinado bastante feliz. Indulfo, persiguiendo con demasiado ardor á los enemigos que habia vencido, cayó muerto herido de una flecha; y Dufo (967), hijo de Malcolmo, recobró la sucesion que Indulfo habia interrumpido. Era un escelente príncipe, y fué asesinado como su padre por haber tratado de reprimir las veja-

ciones de los nobles, opresores del pueblo, y en su lugar elijieron á Culno (972), hijo de Indulfo, que vengó la muerte de Dufo; mas despues de haber reinado los primeros años con sabiduría, se dejó arrastrar de tales desarreglos que arruinaron su salud, y le hicieron digno de desprecio. Se trató de quitarle la diadema; pero con la muerte se ahorró esta infamia.

KENETHO I, CONSTANTINO Y GRIMO, MALCOLMO II. — La memoria de las virtudes de Dufo hizo llamar el trono á su hijo Kenetho, quien sostuvo durante casi todo su reinado la guerra contra los daneses, que se habian establecido en los cantones de Escocia. En una batalla que hubo entre los dos pueblos, los escoceses, derrotados por los daneses huian en desórden, y habiéndolo advertido un paisano llamado Hayo, que trabajaba en sus campos, acompañado de sus dos hijos tan fuertes y valientes como él, se armaron de lo que encontraron á la mano, y todos tres aguardaron á los que huian en una estrechura. Se empeñaron en detenerlos, les suplicaron, les amenazaron, y en fin les hicieron ver con valentía que querian ser para los pusilánimes peores que los daneses. Los mas tímidos que se precipitaban con el tropel se detuvieron, y los mas valientes que se dejaban arrastrar por la multitud, se juntaron con los tres labradores. Como el miedo habia aumentado el peligro, la confusion habia hecho creer mayor la victoria; pero los prófugos, habiendo vuelto la cara al enemigo, dieron con impetuosidad sobre él, y ganaron la batalla.

El rey ofreció al labrador y á sus hijos vestidos soberbios para una entrada triunfante que les señalaba; pero ellos rehusaron estos vanos adornos, y en medio de los señores que les hacian obsequios, parecieron con sus vestidos ordinarios, mas apreciables por su sencillez que lo habrian sido por una rica magnificencia. Hayo llevó sobre el hombro su temible yugo, y en premio se le dió el campo mas fértil de la Escocia, que sus descendientes han poseido por largo tiempo. Se añadieron á esto los títulos de nobleza, y por armas tres escudos, emblemas de los tres defensores de la patria; pero el yugo, instrumento de su victoria, y el sello de su honorífica profesion, fué olvidado.

Se ha visto que la sucesion al trono no estaba fijada en la lí-

nea directa; al contrario, parece que se trataba de cruzar las líneas colaterales, y por lo regular era el hermano ó el sobrino quien heredaba, en perjuicio del hijo. Kenetho se propuso variar este uso, y á fin de esperimentar menos obstáculos hizo envenenar á Malcolmo, su pariente mas cercano, de una edad madura, y jeneralmente estimado, á fin de que su hijo Malcolmo, de corta edad, se encontrase desembarazado de un rival. Dió al mismo tiempo cuantos pasos contempló necesarios para hacer erijir en ley el objeto de sus deseos, y salió con la empresa. Hasta entonces la conducta de Kenetho habia sido pura é irreprensible; pero la ambicion y el amor desarreglado de su posteridad le hicieron manchar con un crímen muchos años de virtud. Se arrepintió, y pasó con sus remordimientos una vida tan desgraciada que la terminó un asesinato.

Tampoco supo trasladar pacíficamente la soberanía á su hijo Malcolmo, pues Constantino, tio del príncipe, y Grimo, hijo de Dufo, se apoderaron cada uno de una parte de Escocia (976) y dejaron poco pais al hijo de Kenetho: mas habiendo llegado este á la edad de los combates, hizo la guerra á sus rivales con sucesos tan completos y favorables, que sus competidores se vieron reducidos á cederle el trono, y desaparecieron (993); pero sus partidarios le tendieron redes, y fué víctima de los asesinos sin dejar hijos varones.

Duncan I, macabeto.—Dos de sus hijas, casadas con grandes señores de Escocia, tenian cada una su hijo. El de la primojénita, llamado Duncan (1025), sucedió á su abuelo: era indolente y perezoso, faltas ambas muy perjudiciales en tiempos de revolucion. Atormentado por los partidos confió el cuidado de sus negocios á su primo Macabeto, quien los dirijió muy bien, y triunfó de las facciones; pero con el buen écsito le vino el deseo de recojer el fruto, y asi es que hizo asesinar á su primo, se apoderó del trono, y procuró asegurarse en él persiguiendo á los que se hubieran podido oponer á su usurpacion (1030). Sin embargo, escaparon de sus garras Malcolmo y Donaldo, hijos del príncipe asesinado, y se salvaron en Inglaterra. El usurpador dió á conocer entonces sus cualidades, que habrian podido honrar á un rey lejítimo: publicó leyes sabias, las hizo

observar, y se preció de justiciero para con todos. Esta conducta apreciable no impidió que se levantasen descontentos, y la facilidad que habia hallado Macabeto para sublevar á los grandes contra su primo le hizo temer de ellos; mas para quitarles la ocasion de perjudicarle, trató de obstruirles los medios, persiguiéndolos, apoderándose de sus castillos, ofendiéndolos con afrentas, y envileciéndoles á los ojos del pueblo para ponerlos en estado de no poder formar partidos.

Uno de los mas maltratados, llamado Macdufo, despues de haber padecido mucho tiempo se salvó en Inglaterra, donde encontró al jóven Malcolmo, hijo del difunto monarca Duncan. Ecsortóle á vengar la muerte de su padre, y á recobrar la corona de que se habia apoderado Macabeto, y le mostró el camino al trono, trazado, por decirlo asi, por los vicios que hacian odioso al usurpador. El jóven príncipe habia sido buscado muchas veces por ajentes secretos de su tio, que por el ansia de la diadema se habian empeñado en llevarle á Escocia para entregarle al tirano, y tratando de saber si Macdufo era tambien uno de aquellos traidores encargados de hacerle caer en el lazo, le respondió: «No ignoro lo que tú me dices del usurpador; pero tú, que me incitas a correr detras de una corona, no me conoces, y yo debo confesar que me siento dominado de las pasiones que han perdido muchas veces á los reyes, especialmente del amor desenfrenado á las mujeres y de la avaricia. Me oculto al presente; pero cuando la autoridad soberana me permita entregarme á mis inclinaciones, conozco que no me podré contener, y en vez de proporcionarme una ventaja, como vosotros decís, me habreis precipitado sin duda en el abismo.»

—«Esa pasion de que me hablas, tan desenfrenada, al secso femenino, puede ser moderada, replicó Macdufo, por medio de un matrimonio con una princesa amable. En cuanto á la avaricia es regular os falte si cesa la necesidad y viene la abundancia.» — «Es preciso decirlo todo, contestó el príncipe; yo no siento en mí aprecio alguno por la virtud. Como juzgo de los demas por mí mismo, no me fio de nadie ni me creo obligado á guardar mi palabra.»

—«¡Oh mónstruo! esclamó Macdufo· mónstruo digno de ser

echado á los desiertos mas horribles.» Se iba despues de esta esclamacion, y le detuvo Malcolmo diciéndole «que su indignacion, espresada con tanta franqueza, lejos de desagradarle, le daba la mejor opinion de él: que le habria sido dificil poner su confianza en un hombre que hubiese creido poder conciliarse con los vicios que manifestaba; pero que su franqueza le inspiraba seguridad.» Se esplicaron ambos y estuvieron bien pronto de acuerdo. Se realizaron los medios de acierto que ofrecia Macdufo, y cuando Malcolmo se manifestó al pueblo, este tan cansado como los grandes, abandonó á Macabeto y corrió apresuradamente delante del nuevo rey. Era natural que un tirano detestado acabase desgraciadamante, y su muerte fué acompañada de circunstancias que atestiguaron que la divina venganza tomó allí parte: circunstancias horrendas y sobrenaturales, mas propias, dice Buchanan, para figurar sobre el teatro que para describirlas en la historia, fueron las ocurridas; y se dice que le hirió un rayo, y que espiró entre horribles dolores.

Malcolmo III. — (1057) Malcolmo, puesto sobre el trono con aplauso del mayor número, esperimentó inquietudes de parte de los descontentos. Sabedor de que uno de ellos habia formado una conspiracion contra su vida, y que se habia de ejecutar en una emboscada, tomó el monarca al culpado consigo bajo pretesto de dar un paseo, dirijiéndole á un valle separado, y estando solo con él le recordó amistosamente sus beneficios, le reconvino por sus funestos designios, y echando mano á la espada le dijo: «Si tú quieres á costa de mi vida reinar, en vez de perseguirme como asesino, atácame como hombre de valor, y obten por él la corona que me querias quitar por traicion.» El conjurado sorprendido de admiracion se echó á sus pies, y el monarca le perdonó. Habiéndose hecho público este acto de jenerosidad, atrajo á todos los demas á sus deberes, de que no volvieron á separarse. Reinó este príncipe mucho tiempo con fama, y pereció por un esceso de confianza. Sitiaba á una ciudad que le habian tomado: la guarnicion, aunque reducida á una estremidad, se negó á entregar las llaves á otro que al rey en persona. Se acercó este á los muros y se presentó sin pre-

caucion para recibirlos; pero un soldado que habia allí oculto le dió una lanzada y lo traspasó. Eduardo, su hijo primojénito, queriendo vengar la muerte de su padre acometió á los traidores, y recibió tambien una herida mortal.

DUNCAN II. — (1084) Este doble accidente volvió á perturbar el reino: quedaban al rey tres hijos lejítimos, y uno bastardo llamado Duncan: los tres primeros Edgardo, Alejandro y David, eran muy jóvenes para remplazar á su padre. Se presentó Donaldo su tio, y hermano de Malcomo; pero el bastardo Duncan manifestó sus pretensiones con demasiada firmeza para no hacer abandonar el partido de su tio. Durante la disputa la viuda de Malcolmo, temerosa por sus hijos, se salvó con ellos en Inglaterra. Duncan conservó quince ó dieziseis meses el título de rey, y una precaucion que tomó para asegurarle fué precisamente lo que se le hizo perder. Esta precaucion consistió en buscar la alianza del rey de Noruega, que compró con condiciones perjudiciales al honor de su reino. Los grandes descubrieron este vergonzoso tratado, y la indignacion que les causó les hizo renunciar á la obediencia de Duncan.

EDGARDO, ALEJANDRO, DAVID.— Fueron á buscar en su asilo á Edgardo (108.), hijo primojénito de Malcolmo, y volvió con sus dos hermanos. No hallándose Duncan en estado de resistir se retiró á Noruega; Edgardo reinó en paz y murió sin hijos. Alejandro, su sucesor, privado tambien de su posteridad, dejó el trono á David (1114), su último hermano, cuyo reinado fué dilatado y ventajoso á la Escocia. Los autores no discrepan sobre las alabanzas que merecen estos tres hermanos por su sabiduría, su prudencia, justicia, y demas virtudes que heredaron de Malcolmo su padre; pero varían sobre lo que se debe pensar acerca de su liberalidad para con el clero, pues unos la alaban, y otros la censuran con rigor. La censura de estos últimos es justa si se atiende á que estos príncipes estendieron su jenerosidad hasta el punto de despojar la casa real de sus bienes en favor de la Iglesia.

David tuvo la desgracia de sobrevivir á un solo hijo, cuyas bellas cualidades hicieron sentir su muerte tanto á la Escocia como á su padre. El buen rey, aunque oprimido con este golpe, quiso en una asamblea je-

neral que convocó al efecto consolar á sus vasallos aflijidos, y les habló de este modo: «Lo que ha sucedido es la suerte comun: la vida es una prenda, un préstamo que es preciso devolver pronto ó tarde. Poco importa el momento en que la deuda será ecsijida. Cuando vemos morir á un hombre de bien ¿por qué nos aflijimos? El no nos deja sino para ir á su verdadera patria, adonde le seguiremos bien pronto. Si mi hijo ha hecho el primero este viaje, tiene la ventaja de ver el primero á mis virtuosos hermanos y demas parientes, y de gozar mas pronto de su compañía. Dejemos pues nuestras quejas y sentimientos, no sea que continuándolas parezca que no nos conmueve nuestra pérdida, sino que sentimos la felicidad de mi hijo. Os lo suplico por él y por mí, y os lo pido por sus hijos.»

Malcolmo iv.—(1143) En efecto, habia dejado tres: Malcolmo, el primojénito, sucedió á su abuelo David. La buena educacion que habia recibido, y los frutos que produjo dieron grandes esperanzas, que no fueron desmentidas. Sin embargo, sus virtudes civiles y relijiosas le hicieron temer demasiado la guerra, y el candor de su carácter le espuso á ser engañado por Enrique II, rey de Inglaterra. Este monarca le atrajo á su corte con pretestos encubiertos bajo la apariencia de amistad. Luego que le tuvo á su disposicion le llevó á pesar suyo á una espedicion contra la Francia, á fin de hacerle perder la buena armonía que conservaba con los franceses, y privarle de los socorros que podia sacar de este reino cuando Enrique quisiera invadir la Escocia, cuyo proyecto meditaba. Este consentimiento forzado de Malcolmo le privó insensiblemente del amor de sus vasallos, y los indujo á una rebelion, de la cual se aprovechó Enrique como se esperaba. Sin embargo, los escoceses abrieron los ojos, se compadecieron de la debilidad del jóven monarca, y manifestaron el deseo de verle sentado en el trono por un matrimonio que le diese herederos. El piadoso Malcolmo declaró acerca de esta proposicion que tenia hecho voto de virjinidad, el cual no podia ser desagradable á Dios, porque le hizo en el vigor de la juventud, y su divina Majestad le habia concedido la gracia de no quebrantarlo, y de prepararle herederos. Murió soltero á los veinticinco años.

GUILLERMO, ALEJANDRO II. — Estos herederos de que hablaba Malcolmo eran sus dos hermanos, de los cuales le sucedió Guillermo (1157), que era el mayor. Fué llevado, como su hermano, á una espedicion contra la Francia: vuelto á su reino resolvió vengarse de esta afrenta, y recobrar los cantones que el inglés habia invadido; pero cayó en una emboscada, y le condujeron segunda vez á Francia, donde estaba Enrique. Este monarca puso á precio la libertad del escocés, la cual no se le concedió hasta que confirmó las usurpaciones de Enrique. Las turbaciones que ocurrieron en Inglaterra presentaron á su vez al rey de Escocia la ocasion de recobrar lo que se habia visto precisado á abandonar: por este medio dejó su reino un poco restaurado á su hijo Alejandro, que le sucedió. Un tratado arregló los derechos disputados entre las dos coronas, y proporcionó al nuevo monarca un reino tan tranquilo, como podia serlo en un pais lleno de señores turbulentos.

ALEJANDRO III. —(1243) La misma convulsion se hizo sentir en el reino bajo el gobierno de su hijo, llamado como él Alejandro. Habiendo ceñido á los dieziseis años la diadema de su padre, fué mas feliz que él, porque la Inglaterra era gobernada por un príncipe débil: se le devolvieron todas las posesiones usurpadas en tiempo de sus antecesores, y los sucesos de Alejandro contra el estranjero afirmaron su autoridad sobre sus vasallos. Su matrimonio con la hija del rey de Inglaterra apaciguó durante su vida las querellas entre las dos naciones. Alejandro tuvo que sentir de parte del clero, demasiado ambicioso, del papa y de sus codiciosos legados, cuyos rayos, aunque lanzados sin fundamento, conmovieron lo bastante para que abandonase todas sus pretensiones á fin de obtener la paz. Este príncipe publicó leyes muy sabias: habia dividido su reino en cuatro partes, y residia tres meses en cada una: durante esta época los mas pobres de sus vasallos tenian el derecho de presentarse á él y los escuchaba con bondad: los grandes de una provincia le acompañaban con sus vasallos armados hasta la provincia vecina, donde era recibido del mismo modo. Vivia en medio de sus pueblos sin serles gravoso, y sus vasallos le amaban por sus buenas prendas; pero un accidente funesto acabó

sus dias, cayendo del caballo y rompiéndosele la cabeza. Su muerte fué llorada de todo el reino.

INTERREGNO. — A la pena de perder tan buen príncipe se añadió la inquietud sobre el estado en que dejaba la Escocia, porque se habia estinguido toda la línea masculina de sus reyes. No quedaba mas que una nieta de Alejandro, que estaba en la cuna, y nacida de su hija, que murió esposa del rey de Noruega. A fin de estinguir hasta las chispas que podian encender la discordia entre los dos reinos, pidió Eduardo, rey de Inglaterra, á la pequeña princesa en matrimonio para su hijo tan niño como ella. La proposicion fué aceptada; pero los embajadores enviados á Noruega para traer esta prenda de paz y de union, encontraron que la muerte acababa de frustrar las esperanzas de los dos pueblos. Entonces se presentaron multitud de pretendientes al trono: los principales eran Juan Bailleul y Roberto Brucio, ambos descendientes de una nieta del rey difunto, y que representaban derechos que embarazaban á los escoceses. Los rivales tenian cada uno tan gran número de partidarios, que despues de contínuos choques, que duraron muchos años, juzgaron los estados á propósito remitir la decision del litis á Eduardo, rey de Inglaterra. Este monarca creyó la ocasion favorable para hacer de la Inglaterra y de la Escocia un solo reino, reunion que habian intentado muchas veces inutilmente sus predecesores, y que él deseaba con ardor. Empleó todos los medios de una falsa política, sembró la division entre los grandes, indispuso á los unos con los otros, alejando siempre la decision bajo diferentes pretestos; mas convencido por la repugnancia que encontraba de que no lograria su fin, resolvió contentarse con una parte, y limitó su pretension á un homenaje y á otros derechos útiles. Con estas condiciones ofreció secretamente la corona á Roberto Brucio, cuyo derecho parecia el mas dudoso, persuadido de que este señor no titubearia en fijar la incertidumbre de sus esperanzas á este precio; pero encontró un príncipe magnánimo que le respondió con valor: «El deseo de reinar no es en mí tan vivo que le sacrifique á la independencia de mi corona, y á la libertad de mis pueblos.» Juan Bailleul no fué tan escrupuloso, y aceptó la

proposicion de Eduardo, quien le proclamó rey.

JUAN BAILLEUL. — (1292) De la mala fé de Eduardo, que habia abusado de la confianza de los escoceses, resultó lo que sucede regularmente en los grandes injusticias. Entre los señores convocados para la instalacion del nuevo rey, unos se negaron á firmar el convenio de Bailleul, y otros no pusieron su nombre sino violentados ó por fuerza. El monarca mismo se vió precisado para obtener la estimacion de sus pueblos á renunciar al empeño vergonzoso que habia contraido, y manifestó su retractacion al rey de Inglaterra. Este acto de firmeza encendió la guerra, que fué desgraciada para Bailleul, el cual cayó en poder de Eduardo y le confinó á los estados de Francia, donde pasó una vida poco honorífica, mientras que muchos valientes escoceses, abandonados por la principal nobleza, se empeñaron en sacudir el yugo del inglés, que los grandes sufrian con una paciencia vergonzosa.

El jefe de estos hombres valientes se llamaba Guillermo Vallaceo, de buena familia, aunque falta de bienes de fortuna. Sus padres le habian criado en el odio contra los ingleses, que la perfidia de su rey hacia aborrecibles á muchos patriotas. Vallaceo reunió un buen número de los mas irritados y valientes, y estrechó de tal modo á las guarniciones inglesas, que las victorias que logró le valieron el nombramiento de virey, no por los grandes, que le tenian envidia, sino por el pueblo. Eduardo tuvo á menos ir en persona contra semejante jefe, y envió jenerales, que, aunque de mérito, fueron batidos y derrotados, pues en un solo dia este salteador, como le llamaba Eduardo, consiguió tres victorias.

Llegando la fuerza á ser inútil, y tomando esta guerra un carácter serio, recurrió el rey de Inglaterra á las ofertas y promesas como á los demas medios de seduccion, que hizo presentar á Vallaceo por los primeros personajes de la nacion á quienes habia atraido á su partido; entre ellos Roberto Brucio hijo del monarca prisionero, y Roberto el competidor de Bailleul. Eduardo habia atraido á la corte á este jóven príncipe despues de la muerte de su padre, y le tenia vacilante entre la esperanza de obtener el cetro de Escocia si se mostraba dócil á su voluntad, y el temor de verse privado

de él si manifestaba claramente sus deseos. Para mantenerle en este estado de incertidumbre que le hacia dependiente, le insinuaban los ministros ingleses que Vallaceo estendia sus pretensiones hasta el trono.

Despues de una victoria importante que consiguió este jeneral, le pidió Brucio una conferencia que tuvo efecto al frente de sus tropas, mediando un arroyo entre los dos. El príncipe le manifestó que estaba admirado de que por la débil esperanza del favor popular hiciese tales movimientos y se espusiese á tales peligros; «porque, añadió, aunque estermineis á todos los ingleses, no espereis jamas que los grandes de Escocia consientan en reconoceros por su soberano.» Vallaceo respondió: «Jamas me he propuesto semejante premio de mis trabajos. El cetro no es el objeto de mis deseos, ni conviene á mi fortuna; pero viendo que tú, á quien es debido el trono, abandonas debilmente á nuestros conciudadanos, y los dejas espuestos, no á las cadenas, sino al hacha de un enemigo cruel, he tomado su causa en mi mano, y mientras que me quede un soplo de vida defenderé sus bienes y su libertad. Respecto de vosotros que preferís la seguridad de una vergonzosa servidumbre á los peligros de una honesta libertad, seguid la fortuna, supuesto que ella sola merece vuestra atencion. En cuanto á mí, yo moriré libre en mi patria, con la gloria de haberla defendido hasta el último estremo.»

Esta esperanza del desgraciado Vallaceo no se realizó. El rey de Inglaterra le rodeó de traidores que le entregaron, y en lugar de obrar jenerosamente Eduardo con un hombre de tal mérito, le hizo dar azotes, como á un malvado, y degollar en la gran plaza de Lóndres, A fin de sujetar para siempre la Escocia á su cetro se propuso borrar hasta la memoria de lo que habian sido los escoceses; para lo cual abolió sus antiguas leyes, y no se juzgó ya sino por las de Inglaterra. Sustituyó á los ritos escoceses la liturjia inglesa: los diplomas, los tratados y los actos mas respetables fueron sacados de los archivos y destruidos; el usurpador no dejó subsistir un monumento ni aun una piedra que pudiese recordar los hechos capaces de resucitar en los corazones la antigua magnanimidad de la nacion. Creyó el tirano haber disipado por este medio todo jérmen de revolucion,

tanto mas, cuanto que habia hecho trasportar á Inglaterra las principales familias que se guardaban á su vista. Roberto Brucio y los demas señores sospechosos eran detenidos en la corte para poderles espiar desde cerca. Estas precauciones no impidieron que los mas fatigados de la esclavitud que tanto gravitaba sobre sus cabezas, se conjurasen para sustraerse á la tiranía. Se aprovecharon de un dia de invierno en que la nieve cubria la tierra, hicieron herrar sus caballos al reves, para que sus pisadas engañasen á cuantos quisiesen perseguirlos, y lograron así llegar sin trabajo alguno á Escocia, en donde se habia formado secretamente un partido dispuesto á recibirlos.

Roberto brucio. —(1309) Este príncipe fué proclamado rey; pero aunque tenia muchos partidarios, tambien habia una faccion contraria suya, que unida á los ingleses le redujo á estremos crueles. No solamente fueron inútiles sus primeros esfuerzos, sino que parecia que todas las desgracias se reunian contra él. Tuvo el sentimiento de ver á sus tropas dispersadas, á sus amigos muertos, y él mismo se vió precisado á huir de retiro en retiro: ya solo, ya seguido de un compañero, recorria los bosques y se escondia en las cavernas; jamas se creia en seguridad sino cuando podia pasar por lo que ya no era. Su diadema, que mas bien le servia para señalar su cabeza á los asesinos, que para ser respetado y protejido, fué teñida con la sangre de sus cuatro hermanos y otros muchos de su familia, sin distincion de mujeres y niños, que perecieron víctimas de la crueldad de los ingleses.

Encontró en fin un asilo bajo el techo agreste de un anciano caballero, donde permaneció algunos meses. Como no se oyó hablar mas de él, le creyeron muerto: los ingleses empezaron á olvidarse de este enemigo, y á portarse con fiereza é insolencia, compañeras inseparables de la seguridad. Roberto, aprovechándose de su descuido, volvió á presentarse, y se introdujo por sorpresa en una ciudadela importante. Este golpe repentino y ruidoso despertó á sus partidarios, que acudieron en tropel á su rededor, y bien pronto se encontró al frente de una tropa de soldados valientes, resueltos á vencer ó á sepultarse bajo las ruinas de su patria. Los destacamentos que los ingleses enviaron contra él fueron des-

truidos, y entonces se resolvieron á entrar en Escocia con un ejército formidable, tanto por el número, como por la esperanza del botin. Roberto les opuso otro no tan numeroso, pero inflamado del ardor que inspira la necesidad de defender sus hogares, y de salvar lo que mas se ama.

Apenas entraron en Escocia los ingleses, cuando acometió á Roberto una enfermedad, que por algun tiempo se creyó mortal, y aun no habia empezado su convalecencia cuando se encontraron los dos ejércitos. El monarca, lejos de huir del combate, sin dejarse intimidar por los numerosos batallones, manifestó á sus tropas un aspecto sereno y un rostro firme. Se hizo llevar á caballo, sosteniéndole los soldados, y marchó á la cabeza: animados los escoceses con este espectáculo, cayeron con impetuosidad sobre el enemigo, y lograron una victoria completa.

Desde este momento su vida no fué mas que una série de prosperidades. Es preciso confesar que Brucio las mereció, y que si la fortuna le permaneció fiel, lo debió á su prudencia y á su buena conducta, con las que supo fijar su inconstancia. Buchanan, que no pasará ciertamente por panejirista de los reyes, hace de él este retrato: «Roberto Brucio se hizo célebre por todo jénero de virtudes: sería dificil encontrar desde los tiempos heróicos un príncipe que se le asemeje: valiente en la guerra, era un modelo de moderacion y de justicia en la paz. Aunque sus victorias inesperadas, despues que la fortuna satisfecha de sus desgracias se cansó de perseguirle, le hacen un príncipe asombroso, todavía es mas admirable en la adversidad que en la prosperidad. ¿Qué valor no fué necesario para no atemorizarse con tantos males como caian sobre él á la vez? Su mujer cargada de cadenas; sus cuatro hermanos, príncipes valientes y animosos, cruelmente asesinados; casi todos sus amigos aflijidos al mismo tiempo con toda especie de calamidades; los que habian podido escapar de la muerte desterrados y despojados de sus bienes; el mismo Brucio privado no solamente de un rico patrimonio, sino tambien de su reino por el monarca mas poderoso y mas hábil de su siglo. Con todo eso, aflijido al mismo tiempo por una multitud de males, en medio de las sombras de la muerte que una enfermedad grave le hacia esperar, no desconfió en recobrar su corona.

Jamás dijo ni hizo cosa que fuese indigna de un rey. Como Marco Bruto y el segundo Caton, no cargó sobre sí mismo las manos homicidas: no se dejó dominar, como Mario, de la cólera, ni ejerció contra sus enemigos una cruel venganza. Al contrario, despues de haber reconquistado su reino se portó con los que le habian hecho mayor mal, no como enemigo reconciliado, sino como rey.» Hasta el último estremo y en las angustias de una enfermedad dolorosa que le condujo al sepulcro, fué su única ocupacion la felicidad de sus pueblos. Roberto dejó este reino, que le habia costado tanto, á un hijo de ocho años, lo cual causaba inquietudes; pero las sosegó como pudo, nombrándole un tutor tan escelente, que despues de su muerte los estados confirmaron su disposicion, y aun establecieron tambien, conforme á su voluntad, que si este hijo llegaba á morir sin sucesion, pasaria la corona á Roberto Estuardo, hijo de su hija.

David ii.—(1329) David Brucio fué, conforme á la voluntad de su padre, coronado con permiso del papa, á quien se le pidieron con el fin de dar mayor autenticidad á la ceremonia. Esta precaucion no impidió que el derecho del jóven monarca fuese contestado é impugnado así por los ingleses, los cuales fomentaban entre sí el derecho de los Bailleul, dispuestos á oponerse á los Brucios, como por los escoceses descontentos ó arrastrados del deseo de sacar mayor ventaja de las revoluciones. Los vasallos fieles de David, creyendo que la presencia de un niño les podia ser mas perjudicial que útil, le enviaron á Francia con su madre, y libres ya de este cuidado se batieron con valor contra los ingleses y sus compatriotas infieles.

De vez en cuando enviaban comisionados á su jóven rey para saber por sí mismos qué esperanzas podrian concebir de él. Cuando le creyeron en estado, si no de favorecerles, al menos de dar con su presencia una preponderancia á su partido, le atrajeron á él. David combatió con ellos cara á cara y con buen buen écsito; pero en una batalla decisiva fué su ejército enteramente destruido por Filipina, reina de Inglaterra, mientras que el rey hacia la guerra en Francia. Eduardo, feliz con su mujer y tambien con su hijo, vió en sus cadenas á Juan rey de Francia, hecho prisionero

por Eduardo, llamado por sobrenombre el príncipe *Negro*, y á David rey de Escocia hecho prisionero de su esposa. Razones políticas abreviaron al cautiverio de David, el cual volvió libreá su reino, y legobernó con prudencia, aunque duramente, porque las circunstancias ecsijian severidad. El capricho revoltoso de los grandes no pudo ser domado sino por la estincion de muchas familias. David murió á los cuarenta y siete años, mas temido que amado, con la reputacion de un príncipe hábil, cuya fortuna hizo traicion muchas veces á su capacidad.

Roberto II. — (1370) David no dejó hijos; y segun lo dispuesto por Roberto I, su padre, pasó el cetro á Roberto, hijo de su hermano: por él subió al trono de Escocia la familia de los Estuardos. Este príncipe amaba mucho la paz, pero sus vasallos no siempre le permitieron seguir su inclinacion. Eran entonces los tiempos de la caballería, y los nobles se habrian creido deshonrados si hubiesen disfrutado de una tranquila indolencia en sus castillos. Provocábanse mútuamente unos á otros, y el deseo de gloria era en ellos el móvil principal de sus combates; pero el pillaje era el verdadero aguijon de los vasallos que ellos atraian para que los siguiesen. Ingleses y escoceses se provocaron tambien en todo este reinado con sucesos varios, pues las leyes de la caballería eran observadas con mucho rigor entre los nobles, y cualquiera que no hubiese cumplido fielmente las condiciones del cartel, ó que por su palabra hubiese salido libre, y no hubiese vuelto á ponerse en el dia ó plazo determinado á disposicion del vencedor, habria sido para siempre despreciado y desterrado. La caballería mantenia asi en un estado perpétuo de guerra á la nacion.

Eduardo sufria esta manía porque no la podia destruir; pero procuraba poner un freno por medio de treguas que concedia ya á unos ya á otros de los mas ardientes rivales. Los cuidados que se tomaba mantuvieron por algun tiempo en su reino la buena policía á pesar de los obstáculos que oponia la locura de aquella época. Este monarca es célebre por la constancia en sus resoluciones y la fidelidad en su palabra. La alianza de los franceses, ya antigua y confirmada por su predecesor, que habia sido educado entre ellos, le sirvió para desterrar entera-

mente á los ingleses de Escocia; pero si el valor de los aliados le fué útil, su carácter turbulento, y el precio ecsajerado que ecsijian, le presentaron grandes ó invencibles obstáculos.

ROBERTO III. — (1390) Cuando murió Roberto II solo tenia un hijo llamado Juan; pero los estados le hicieron tomar el nombre de Roberto, sin duda por la atencion que habian merecido todos los reyes que gobernaron con este nombre. Las inclinaciones de este príncipe eran pacíficas como las de su padre: confió tambien la direccion del ejército á su hermano, llamado como él Roberto, y al cual dió el título de gobernador del reino. Se cree que el gobernador, conociendo el cáracter de su hermano, habia concebido ya el proyecto de apoderarse de la autoridad soberana, y la escesiva confianza del monarca le suministró los medios de poner en práctica este criminal designio; pero otra diversa imprudencia del rey aceleró y facilitó su ejucucion.

Parece que el monarca, débil é indolente, no sabia tomar ni aun para su familia la autoridad que conviene á un padre y á un rey. Todos se quejaban de los desórdenes de David, su hijo primojénito; pero mientras vivió la reina, señora de mérito, el jóven príncipe contenido por los consejos y firmeza de su madre, se habia reducido á ciertos límites; mas cuando esta murió, soltó la rienda á todas sus pasiones, seducciones, violencias y muertes, pues en nada reparaba para apoderarse de las mujeres y de las doncellas que le agradaban. Cansado el rey de las quejas que de todas partes le enviaban, y no encontrando arbitrios para que su hijo volviese á sus deberes, escribió á su hermano para que le tuviese en su compañía, y le arrestase hasta que pudiese contar con la enmienda.

Contento el gobernador con tener tan bello pretesto para deshacerse de su sobrino, en vez de cuidar de su enmienda le encerró en una ciudadela con la firme resolucion de hacerle morir de hambre. El suplicio del desgraciado jóven duró mucho por la compasion de una jóven hija del carcelero, y la de una mujer que era su nodriza. La primera le mantuvo algun tiempo con galletas delgadas, que ocultaba debajo de su sombrero cuando iba á visitarle. La segunda le obligaba á chupar su leche por medio de una cañita que le introducia por una rendija de la

pared. Ambas fueron descubiertas, y castigadas con pena de muerte: tambien el desgraciado príncipe, privado de estos socorros, murió despues de haberse roido los brazos con rabia y desesperacion. El rey supo la muerte de su hijo primojénito, y aunque se le ocultaron las circunstancias terribles, no dejó de averiguar lo bastante para creer que fué por culpa de su hermano; y temiendo no sobreviniese igual desgracia á su segundo hijo Jacobo, le envió á Francia. Una tempestad le arrojó sobre las costas de Inglaterra, y aunque el inglés no estaba á la sazon en guerra con la Escocia, retuvo sin embargo en su poder al príncipe como prisionero. Herido de esta nueva como de un rayo el triste padre, cayó sin conocimiento en brazos de los que le rodeaban, y este primer accidente fué seguido de una enfermedad de debilidad, durante la cual aborreció todo alimento. La consuncion que le mortificaba le puso horrible, y le daba la figura de un cadáver antes de su muerte; espectáculo que movia á compasion, porque habia sido el hombre mas hermoso del reino, y uno de los mas amables.

Jacobo i. — (1424) Los estados confirmaron al gobernador la autoridad de que disfrutaba. Se advierte que no se apresuró á reclamar á su sobrino: por otra parte los ingleses le guardaron voluntariamente como una prenda de la paz de que necesitaban, porque estaban en guerra abierta con la Francia. Por esta causa, durante la administracion del gobernador no hubo mas que hostilidades pasajeras y poco importantes entre las dos naciones inglesa y escocesa. El rey de Inglaterra se arrepintió despues de la buena educacion que dió á su jóven prisionero: dispuso que á su presencia hiciese la primera campaña contra la Francia, y le trataba con mucha distincion en su corte.

Muerto el gobernador, que reinó quince años bajo el nombre de su sobrino, los estados reconocieron á su hijo Morducio, en quien no se encontraban ni las cualidades de un administrador, ni las de un padre de familia. Su incapacidad y sus defectos desagradaron á los señores escoceses, y les obligaron á pedir su rey. Encontraron á los ingleses tanto mas prontos á devolverle, cuanto que creian haber inspirado al jóven monarca, por su educacion, disposiciones favorables para su nacion. A fin

de unirse á él por vínculos mas fuertes le dieron en matrimonio una bella inglesa á quien amaba.

Jacobo volvió acompañado de su esposa á Escocia despues de diezi ocho años de ausencia, y ambos consortes fueron recibidos y coronados en medio de los trasportes de alegría del pueblo, que rebosaba de contento por verse con su rey lejítimo. Esta gran satisfaccion duró poco, porque en todo cuanto los ingleses habian hecho por el rey de Escocia aparentando jenerosidad, no habian olvidado sus propios intereses. El monarca habia tenido precision de obligarse á pagar una fuerte suma, tanto por sus alimentos como por su rescate de prisionero; y para cumplir con su obligacion tuvo que imponer nuevas contribuciones á sus pueblos. Los impuestos concedidos fueron cobrados con una dureza que causó murmuraciones, y ocasionó revueltas que apoyaron algunos grandes. Jacobo se apoderó de los jefes, cuya sangre corrió sobre los cadalsos. En cuanto á los actos de justicia severa, se le censura el haber añadido circunstancias bárbaras, por ejemplo, enviar á su propia tia la cabeza ensangrentada de su marido y de sus hijos. Intentaba no solamente castigar así á sus parientes por haber fomentado la rebelion, sino tambien esperaba que esta mujer altanera, en el primer trasporte de su cólera, dejaria escapar palabras que manifestarian de un modo claro el autor de la conjuracion; pero se engañó, porque ella se contuvo, y dijo solamente con una tranquilidad afectada: «Si ellos eran culpados, el rey ha hecho justicia.»

Es cierto que los escesos que cometian tales jefes de partido, conspiradores y otros, ecsijirian acaso y autorizarian tales actos de rigor. Uno de estos hombres feroces, impaciente de las quejas de una viuda, á quien habia despojado de sus bienes, irritado de las amenazas que hacia á cada instante de irse á quejar al rey, la hizo clavar herraduras en las plantas de los pies como á un caballo, diciendo que lo hacia asi para que sintiese menos la aspereza del camino. Cuando se curó esta mujer presentó sus plantas al rey, y este mandó traer al culpado, le hizo herrar del mismo modo, y pasear tres dias por las calles de la capital.

El monarca empleó contra los salteadores de caminos un medio puesto ya en prática con buen écsito por su padre: consistia en

deshacerse de los unos por medio de los otros: como se reunian por familias y robaban de concierto, la division del botin escitaba muchas veces entre ellos quejas que no se terminaban sino por odios sangrientos. Roberto envió á sus acantonamientos comisionados, los cuales en vez de reconciliarlos estaban encargados de fomentar sus odios por motivos de pundonor. Se les irritó tan bien, que ellos consideraron como una proposicion muy digna de su valor la que se les hizo de juntarse en el mayor número que pudiesen, y terminar sus querellas en el palenque en un combate á todo trance.

La lid se empezó á presencia del rey y de su corte. Dieron, en número de trescientos por cada parte, el espectáculo de una batalla que el encarnizamiento hizo dejenerar en una especie de matanza, en la cual los heridos y estropeados no obtenian gracia alguna, quedando vivos únicamente dos de una parte y uno de otra. Jacobo, hijo de Roberto, se valió de esta astucia de su padre con igual écsito, y esta matanza jurídica restableció por algun tiempo la calma en los cantones que infestaban aquellos bandidos.

Roberto trabajó en suavizar las costumbres de sus vasallos, inspirándoles amor á las ciencias. Los persuadió con su ejemplo para que conociesen que este gusto no era incompatible con los ejercicios militares, única ocupacion de que los escoceses se gloriaban entonces. Reformó los pesos, las medidas y la moneda, y por este medio dió alguna actividad al comercio. La emulacion de los estudios, que hizo florecer entre el clero y en los monasterios, fué muy útil á la relijion. Roberto, sóbrio y modesto, se opuso al lujo y á los banquetes demasiado suntuosos que duraban hasta la noche, y de los cuales se habia hecho costumbre. Reprimió tambien muchos desórdenes, mas no logró reducir á sus vasallos á la antigua moderacion.

Estas reformas, aunque sabias, escitaron murmuraciones, y uno de sus parientes, que hacia mucho tiempo que buscaba la ocasion de usurapar el trono, la creyó llegada viendo el descontento de algunos, y tomó tan bien sus medidas, que al frente de una tropa de conjurados pudo acometer al rey estando desarmado en el aposento de la reina. Esta princesa se arrojó delante á parar los golpes que dirijian á su es-

poso, y recibió muchos; pero á pesar de sus esfuerzos el rey recibió veintiocho heridas, muchas de las cuales eran mortales, y espiró bajo del puñal de sus enemigos.

Los conjurados, que creian al rey aborrecido, se admiraron de la indignacion que estalló por todas partes: olvidáronse los defectos del monarca para no pensar sino en sus grandes cualidades y en sus virtudes: sus vasallos sintieron mucho la muerte de este príncipe, herido traidoramente á la edad de cuarenta y cuatro años, y cuando la policía establecida en su reino por sus cuidados y sus trabajos empezaba á ofrecerle una época de tranquilidad. Los asesinos fueron todos castigados con el último suplicio. El del jefe duró tres dias con las invenciones de crueldad, que se podrian tolerar únicamente si pudiesen llegar á ser un freno para el crímen.

Jacobo ii. — (1460) Su hijo Jacobo apenas tenia siete años. Durante su menor edad se dividió la autoridad entre dos personajes de las familias mas ilustres, á saber: Alejandro, al cual se confió el cuidado de la guerra con el título de virey; y Guillermo, ya canciller, que cuidaba de la policía. Este fué encargado tambien de la educacion del rey, y de la guarda de su persona. La reina, con quien no se contó para estas disposiciones, se ofendió de ello: introdújose con el canciller con buenos modos, y cuando él lo pensaba menos le quitó á su hijo con la anuencia del virey. Avergonzado el anciano ministro de ser el juguete de una mujer, se manejó de tal manera que recobró su pupilo, y contra la esperanza de los que tenian interes en que estuvieran desunidos los dos jefes del gobierno, se reconciliaron entre sí, y su administracion dirijió al rey hasta el momento en que pudo tomar el timon del gobierno. La reina madre los dejó dueños de su hijo y del reino, porque se habia vuelto á casar con un señor jóven que mereció todas sus atenciones.

Puede juzgarse del modo de administrar justicia por los dos hechos siguientes, el uno del tutor, y el otro de su educando. Habia un señor jóven muy rico y acreditado, cuyos procederes altivos manifestaban mucha ambicion. Estaba, como suele suceder, mezclado en acciones licenciosas, que sirvieron al ministro de pretesto para llamarle

á la corte. Vino con la seguridad de su edad juvenil: el rey le recibió bien y le admitió á su mesa; pero mientras el imprudente celebraba una acojida tan lisonjera, el canciller le hizo separar de la presencia del monarca, llevar á una prision, y degollar sin forma de proceso. Como la juventud es naturalmente inclinada á la compasion, Jacobo dejó escapar algunas lágrimas sobre la suerte del desgraciado; pero el canciller le reconvino con aspereza acerca de esta muestra de ternura, manifestándole que cuando se trataba de un hombre que podia llegar á ser perjudicial, la humanidad debia ceder á la política. Jacobo se acordó demasiado de esta leccion en un caso casi del todo semejante. Instaba mucho á un señor poderoso para que desistiese de una alianza formada con otro para defender ciertas prerogativas. El aliado se defendia diciendo «que el honor no le permitia romper un tratado confirmado por su juramento.» — «¿No lo quieres tú? respondió el monarca irritado. Está bien; pues yo mismo le romperé.» Al decir estas palabras le atravesó con su puñal el pecho, y cayó muerto á sus pies.

Se concede por otra parte á Jacobo II nobleza en los sentimientos, mucho valor contra los enemigos obstinados, y clemencia para con los vencidos. Acaso las continuas guerras que ocuparon su reinado, y los principios duros inculcados por la educacion del canciller, endurecieron su carácter. Murió á los veintinueve años de un tiro que recibió delante de una plaza que sitiaba. Cuando ocurrió este accidente llegaba la reina al campo de su esposo, y sin sorprenderse juntó los jefes del ejército, les presentó su hijo, que tenia solos siete años, y le hizo proclamar rey. La muerte de Jacobo II se ocultó á la guarnicion enemiga, porque mejor instruida habria podido continuar defendiéndose; pero creyendo que se entregaba al monarca difunto, remitió las llaves al niño.

Jacobo iii. — (1479) Su madre obtuvo la tutela hasta la época en que se congregaron los estados. Estos confiaron el gobierno á un consejo compuesto de señores de todos los partidos que se habian declarado despues de la muerte del rey. La educacion del jóven monarca Jacobo, la de sus dos hermanos Alejandro y Juan, y la de sus dos hermanas, fué confiada á la rei-

ne; pero es cosa admirable que reinase la concordia entre los individuos de un consejo tan estravagantemente compuesto. Despues de algunas turbaciones bien pronto sosegadas, disfrutó la Escocia por seis años de una tranquilidad perfecta. Cuando el rey cumplió los trece años le persuadieron los aduladores que ya tenia edad para gobernar por sí mismo, y le incitaron á hacer muchas cosas no solamente sin que las supiesen los rejentes, sino á veces contra su voluntad. Los lisonjeros le arrancaron del poder de los tutores, que no pudiendo resistir mas se retiraron, pero los reemplazó una faccion dominante, é hizo que los estados, compuestos de sus partidarios, elevasen á su jefe el duque de Altona á la dignidad de virey, con plenos poderes hasta que Jacobo cumpliese veintiun años; pero los mismos artificios que habian librado al jóven monarca de una faccion, le pusieron en poder de otra. El duque de Altona se habia apoderado de Jacobo por la adulacion y una absoluta complacencia á la voluntad del monarca; mas luego que se vió dueño de su espíritu, cesó de adularle en sus vicios y en sus pasiones. La faccion contraria persuadió al rey que el no ceder en todo á sus deseos era quererle sujetar; con lo que hicieron aborrecible al pedagogo, y Jacobo no solamente retiró su favor al duque su cuñado, sino que por divorcio le quitó su mujer, de la cual habia tenido dos hijos, á saber: Jacobo y Grecina, y la casó con un tal Amilton, de quien tuvo tambien otros dos, Jacobo y Margarita, y él mismo casó con una hija del rey de Dinamarca.

Viciado Jacobo con la adulacion, sufria con enojo las contradicciones y con mas impaciencia la censura, la cual le infundia una terrible aversion á los grandes señores, á quienes su nacimiento y clase autorizaban á veces para darle consejos; pero él los desechó con modales ásperos, y ellos se retiraron resentidos de su conducta. Entonces llegó á ser la corte un mercado ó plaza, donde se vendian públicamente los empleos y las dignidades civiles y eclesiásticas. Entre los personajes perjudiciales que el rey admitió cerca de su persona, se cuentan los adivinos y los pretendidos hechiceros, en quienes tenia grande confianza. Le predijeron que seria asesinado por sus vasallos, y esta amenaza, á la cual dió crédito, le hizo sospechoso y cruel. Se

rodeó de jentes de la mas baja esfera, como de las que menos tenia que temer: un albañil llegó á ser su ministro, y un cantor ingles su favorito preferido, á quien colmó de riquezas y condecoró con sus órdenes.

Semejantes preferencias suscitaron violentas murmuraciones. Juan, hermano del rey, fué puesto en una prision, y le cortaron las venas por haber hablado libremente. Alejandro, tambien hermano suyo, encerrado en la ciudadela de Edimburgo, acaso no habria evitado el sufrir una suerte igual, si no hubiese hallado medio de salvarse; en su evasion se cita una circunstancia que le hace honor. Su camarero, enviado delante por su amo para reconocer la cuerda por la cual debia bajar, la encontró corta, y al caer se quebró una pierna. El príncipe bajó, y temiendo que si encontraban allí al criado le castigarian su fidelidad, le tomó sobre sus hombros, y le llevó por bastante espacio de camino hasta que llegó al navío que le recibió. Tantas violencias cansaron la paciencia de los grandes. Una guerra contra los ingleses les presentó ocasion de reunirse en cuerpo de estados. Los indignos cortesanos que tenian al rey como cautivo, parece que temian vivamente el fin de esta asamblea, y no era sin razon, porque encontrándose los señores con fuerza agarraron á estos favoritos y los entregaron al pueblo: este, irritado de la alteracion de monedas, de la carestía de víveres, y de otras calamidades que le aflijian, hizo pronta justicia á los que creyó ser sus autores. Mató á unos, colgó á otros, y los que no perecieron se vieron precisados á huir. Los grandes perdonaron al rey bajo la palabra que les dió de mudar de conducta; pero no la cumplió sino con su hermano Alejandro. Este príncipe, socorrido de los ingleses, entre quienes se habia salvado, favorecido de muchos escoceses, cuya amistad le habian conciliado sus desgracias, se encontraba en estado, si hubiese querido, de destronar á su hermano; pero él no hizo uso de sus fuerzas, y le dejó jenerosamente la corona. El agradecimiento para con Jacobo, fué formarle un proceso, que le obligó á huir segunda vez á Inglaterra, desde donde pasó á Francia, y allí murió dejando dos hijos, Alejandro y Juan.

El rey perdió á su mujer, que segun la opinion pública, contribuia á contenerlo todavia dentro de algunos límites. Libre ya

de este freno, se abandonó de nuevo á los aduladores y á los adivinos. Estos, para hacerle que aborreciese á la nobleza, le pronosticaban siempre empresas funestas de los nobles. Volvieron, pues, á comenzar sus terrores y con ellos sus crueldades, tanto que le obligaron á tomar la resolucion de librarse de una sola vez de todos sus temores por medio de una matanza jeneral. Habia inventado un pretesto para atraer á los principales nobles á la ciudadela de Edimburgo, donde habitaba. Su intencion era hacer allí asesinar á todos, y comunicó su proyecto á uno de ellos que creia serle adicto; pero desconfiando este de un príncipe de tal carácter, y temiendo ser envuelto en la matanza, reveló el secreto á los demas.

Advertidos del lazo, les fué fácil evitarle; mas no contentos con estar á la defensiva, se presentaron en actitud hostil, y á fin de dar mayor consideracion á su causa, nombraron comandante al hijo del rey, á cuyas órdenes se pusieron. El padre, advirtiendo que no era el mas fuerte, hizo proposiciones; pero los grandes declararon abiertamente que no escucharian promesa alguna mientras que el monarca no renunciase la corona y la diese á su hijo. No hubo, pues, medio de avenencia: llegaron á las manos, y Jacobo pereció en la batalla: unos dicen que por el hierro de los conjurados; otros que por la mano de asesinos pagados por su propio partido. Solo tenia treinta y cinco años.

Jacobo iv. — (1488) El ejército victorioso declaró tirano al monarca vencido; y los jefes de la insurrecion tuvieron suficiente autoridad para hacer decidir en los estados de la asamblea, por medio de la influencia que tenian, que los que habian levantado el estandarte contra el rey se habian hecho beneméritos de la patria, y que jamás serian perseguidos por esta accion. La decision no agradó á toda la nobleza, y de la diversidad de opiniones tuvieron orijen las querellas que perturbaron la juventud de Jacobo IV. Llegando este al trono á la edad de quince años mostró suma prudencia, y sin aprobar la revolucion contra su padre, parecia haberse olvidado de que ecsistian culpados en ella. En cuanto á sí mismo jamás se tuvo por inocente del todo en haber favorecido á los rebeldes, pues cuando les prestó su nombre se obligó por una especie de voto á hacer, cuando le fuese posi-

ble, una peregrinacion á Jerusalen en espiacion de su culpa; y para prueba de que no lo olvidaba, llevó sobre sus carnes, mientras vivió, una cadena de hierro que aumentaba cada año con un anillo mas.

La hermosa presencia de Jacobo IV, ventaja que en un príncipe no es digna de despreciar, inclinaba á los corazones en su favor, y su espíritu vivo y alegre los atraia. Todo le salia bien, y llegó á decirse de él que la fortuna parecia estar á sus órdenes; bien que la dominaba por sus bellas cualidades de accesible, justo, severo contra los malos, aunque enemigo de los suplicios, y tan asegurado de la pureza de sus intenciones que escuchaba sin alterarse, así las censuras de los malos como las reconvenciones mas amargas de sus amigos. No se le tacha otra cosa que sus modales demasiado populares, y una familiaridad que desdecia de su dignidad.

La única falta importante que cometió fué castigada cruelmente. Hacia la guerra á los ingleses, como era costumbre entre los dos pueblos, y aunque el número de sus soldados era inferior, creyó poderlo suplir con el valor de su nobleza, de la cual se componia casi todo su ejército. Hallándose en presencia del enemigo se resolvió á dar la batalla á pesar de los consejos y de las súplicas de los jefes mas esperimentados; acaso fué la vergüenza de su obstinacion y los remordimientos que de ello sintió, lo que causó su muerte. El valor, como se le habia predicho, hubo de cerder al número, y viendo desordenado su ejército se precipitó entre los batallones enemigos, y desapareció. No habiéndose hallado su cuerpo, los escoceses, que le amaban, se empeñaron en sostener por mucho tiempo que no habia muerto, que acaso habia ido á cumplir su voto á Jerusalen, y que se le volveria á ver algun dia. Cuando pereció acababan de empeñarle sus grandes gastos, mas fastuosos que útiles, á imponer tributos estraordinarios. Tenia solos cuarenta años, y dejó de Margarita su esposa, hermana de Enrique VIII, rey de Inglaterra, dos hijos, de los cuales el mayor no tenia mas que dos años.

Jacobo v. — (1513) Por un testamento hecho antes de entrar en campaña, Jacobo IV habia nombrado por rejente á la reina, mientras no se casase; y aunque esto era contra la costumbre del reino, sin embar-

go las batallas habian destruido tantos nobles, que no hubo quien se opusiese á esta última disposicion, y se dejó á la reina en posesion de la autoridad; mas apenas pasó un año cuando se volvió á casar. Bien hubiera querido conservar la rejencia; pero hizo muy débiles esfuerzos para ello, y sin aparentar pena vió pasar la tutela á un tio segundo de sus hijos, al que nombraron virey. Este llamó á la corte á un bastardo de Jacobo IV, de mas edad que los hijos lejítimos, cuyo príncipe ha sido conocido con el nombre de conde de Murray, muy célebre por el gran papel que hizo en las turbaciones que ajitaron el reino.

No duró mucho la indiferencia de la reina por la rejencia, porque algunos consejeros interesados la persuadieron que no debia haber renunciado tan fácilmente la autoridad, y la animaron para que la recobrase. La reina se dispuso á seguir este consejo; pero advertido á tiempo el virey se apoderó del jóven monarca, cuya guarda habia sido confiada á la madre, é hizo que condujesen decentemente a esta princesa á Inglaterra al lado de su hermano Enrique VIII. La rejencia, objeto contínuo de la envidia, era ansiada por todos los príncipes de la sangre, los cuales eran muchos y se creian igualmente dignos, de suerte que la menor edad de Jacobo V puede ser considerada como una lucha perpétua entre sus parientes, ó como una querella de familia, en la cual los pueblos se veian precisados á tomar parte, aunque el écsito les fuese bastante indiferente.

Todos estos parientes no se perdonaban entre sí mismos, y mientras duró la menor edad del príncipe, y aun despues de estar ya en disposicion de tomar las riendas del gobierno, fué la Escocia como un suplicio manchado con la sangre de la principal nobleza. Las puertas de las ciudades, y las horcas de los campos cargadas de cabezas de proscritos, presentaban un horrible espectáculo. No es pues de admirar que educado Jacobo V en medio de estas alternativas sangrientas, hubiese contraido el carácter sombrío que se le atribuye. No pensó en casarse Jacobo hasta los veintiseis años, y se habria aprovechado de esta vida favorable á sus pasiones, si el bien de su reino no hubiese ecsijido que le dejase herederos lejítimos. Enrique VIII, su tio,

le proponia una de sus hijas, y era posible que este matrimonio reuniese bajo de su mando los dos cetros de Inglaterra y Escocia, porque la posteridad de Enrique, á pesar de todos sus matrimonios, amenazaba ruina. Estas conveniencias no prevalecieron por el temor de tener un dueño absoluto en un suegro tal como Enrique VIII, y asi no admitió á su prima, sino que casó con Magdalena, hija de Francisco I. Yendo á buscarla él mismo á Francia reparó en María, hija del duque de Guisa, viuda del de Longueville, de una hermosura admirable, y Jacobo, en su interior, se la destinó por esposa en el caso de que le faltase Magdalena, cuya salud no era muy segura. En efecto, murió al cabo de dos meses, y el rey de Escocia casó con María, que era sobrina del famoso cardenal de Lorena, de una familia que se jactaba de un afecto esclusivo á la relijion católica. Aunque esta hacia algun tiempo que esperimentaba varias alteraciones en Escocia, sin embargo era siempre la dominante. Jacobo habia sido educado en su seno, y se manifestaba muy afecto á ella; y esta era una de las razones que le habian impedido contraer una alianza con el rey de Inglaterra, Enrique VIII, que se habia separado de sus primeros principios.

Es probable que las ecsortaciones y la liberalidad del clero escocés contribuyesen á hacer preferir el matrimonio de la princesa de Lorena; pero Enrique VIII se ofendió de esto, y bajo otros pretestos declaró la guerra á su sobrino. Jacobo admitió el desafio, y se presentó con valor en las fronteras al frente de treinta mil hombres. No esperando los ingleses tal esfuerzo, hicieron una retirada, y el rey de Escocia se apresuró á perseguirlos; pero quedó sorprendido al ver que la nobleza se negó á obedecerle. Estaba esta muy envidiosa del favor que el monarca concedia al clero, ó por mejor decir, codiciosa de los bienes de la Iglesia; pues la mayor parte de los nobles habia abrazado ya las opiniones de los sectarios, y miraba las riquezas eclesiásticas como una presa segura en el caso de mudar de relijion, así como habia sucedido en Inglaterra.

La separacion de la nobleza no solamente impidió á Jacobo aprovecharse de su primera victoria, sino que tambien le atrajo algunos reveses; y como era sensible, valiente y tenaz, se a-

poderó de él la melancolía, de modo que le causó una calentura que le condujo al sepulcro. Mientras luchaba con ella le dijeron que su mujer acababa de parir: preguntó con vehemencia si era hijo ó hija; le dijeron que hija, á lo que replicó el príncipe con tristeza: «¡Conque niña!» y dejándose caer sobre su cama, añadió: «La corona viene de una mujer, y por una mujer se retirará: muchas calamidades estan reservadas á este pobre reino: Enrique se le apropiará, ya sea por las armas ó ya por un matrimonio.»

Sobrevivió Jacobo pocos dias á esta prediccion, y murió á los veintinueve años de edad, sin haber disfrutado del cetro mas que las penas; porque no conoció el brillo ni el placer, si es que tiene alguno. Desde su juventud vivió errante, ó en las fortalezas cercadas de murallas como prisiones, ó en palacios destruidos ó despojados muchas veces de lo necesario por las diferentes facciones. El furor de las guerras civiles habia hecho á los hombres tomar un aire atroz, y parecia que todos los que se acercaban al príncipe no se arrimaban sino para ecsijir de él venganzas. En su corte, los nobles altaneros, divididos en facciones, hacian temer por su semblante amenazador rompimientos funestos: tales eran los cortesanos que rodeaban la cuna de la desgraciada María Estuardo.

MARIA ESTUARDO.—(1542) Luego que pasó el tiempo de la lactancia, María Estuardo fué enviada á Francia para que la educasen en la corte de Enrique II, con Francisco, su hijo primojénito, que era quien se la destinaba por esposo. Por lo que dejamos dicho de la menor edad de los reyes anteriores, se puede juzgar de las turbaciones que ajitaron la de María Estuardo. La rejencia se disputó entre los concurrentes como un privilejio de sangre ó una renta de la familia. Lejítimos y bastardos la pretendian igualmente; la reina se apoyaba tan pronto en unos como en otros, y al fin cansada de ser el juguete y el pretesto de las facciones, abandonó el timon del estado á quien le quisiese gobernar. A la tempestad levantada por la ambicion y la envidia se añadian las borrascas escitadas por el fanatismo relijioso: el catolicismo luchaba contra la reforma con una desventaja conocida, y la nave del estado, batida por estas olas, estaba de continuo á pique de romper-

se. Tal era la situacion del reino cuando María Estuardo vino á tomar el gobierno despues de la muerte de Francisco II, que la dejó viuda á los dieziocho años. María partió de Francia con presentimientos dolorosos, presajios de sus futuras desgracias. Esta jóven reina llegaba á Escocia adornada de dos coronas, y con justas pretensiones á otra tercera; mas Isabel que la llevaba, habia visto con temor á su prima tomar el título de reina de Inglaterra de resultas de la muerte de Enrique VIII; jamás la perdonó esta ostentacion de sus derechos, y se propuso no despreciar cosa alguna que los pudiese hacer valer. Las disensiones relijiosas que perturbaban la Escocia sirvieron oportunamente para su venganza, pues ganó el afecto de los protestantes, y les hizo sospechosa su soberana. Como esta era de la sangre de los Guisas y sobrina del cardenal de Lorena, rayo de los anti-católicos, no fué dificil hacerla un objeto de alarma para ellos. Estos nuevos evanjelistas, como sucede al principio de las reformas, aparentaban una austeridad sombría, de la cual no se podia apasionar la jóven reina, alegre por naturaleza, y educada en una corte idólatra de los placeres. Unas veces se reia y otras se indignaba de ver aquella severa afectacion en los modales; pero esto agradaba al pueblo, mientras que el carácter alegre de la reina y su lijereza, aunque inocente, eran para los protestantes un motivo de escándalo, y este fué el orijen de una aversion decidida entre la soberana y sus vasallos. Para hacer cesar las injustas murmuraciones pretestadas con el celibato de una princesa de esta edad y de este carácter, la aconsejaron que se casase, y lo verificó con su primo Darnley. Isabel, que se habia apropiado el derecho de mezclarse en todos los negocios de Escocia, manifestó no agradarle este matrimonio: de la poca justicia de sus quejas se infiere que no se habia propuesto otro fin que el de conservar con su prima un pretesto de desavenencia. No dejaba esta de tener un partido poderoso en Inglaterra, que trabajaba en hacer declarar á María heredera presuntiva de la corona, y lo habria logrado á pesar de las intrigas y de la mala fé de Isabel, si María Estuardo no se hubiese desacreditado con sus partidarios por su conducta.

El casamiento de María fué tan precipitado, que seducida

por las prendas esteriores de lord Darnley, no notó al principio que las cualidades de su corazon no correspondian con los encantos de su persona: era violento, insolente é ingrato; dado á los placeres mas groseros, era incapaz de un amor tierno y delicado. María, en los primeros trasportes de su pasion, le confirió el título de rey, y unió el nombre de su esposo al suyo en todos los actos públicos; pero cuando descubrió en él tantos vicios y debilidades, conoció su imprudencia en prodigarle tantos beneficios, y resolvió ponerles término. Indignado Darnley con este cambio de conducta, juró vengarse de todos los que sospechase que tenian la culpa. Habia entonces en la corte un piamontés, llamado David Rizzio, á quien la reina dió el empleo de secretario para los negocios de Francia, y poseia su confianza: el favor de que gozaba le habia hecho tan insolente, que se habia atraido el odio de toda la nobleza. No fué dificil á los amigos de Darnley persuadirle que Rizzio era el autor de la indiferencia de la reina para con él, y aun de escitar los zelos en su alma. Darnley, engañado con pérfidos consejos, autorizó el asesinato: los conjurados, entre los cuales se hallaban lord Ruthven y Jorje Douglas, entrando precipitadamente en el aposento de la reina, se arrojaron sobre el que ellos llamaban traidor, y le dieron cincuenta y seis puñaladas: la sangre del desgraciado cubrió los vestidos de María, que, indignada de accion tan desleal, juró vengarse y no olvidar jamás aquel ultraje (1566).

Los conjurados, despues de haber andado errantes algun tiempo por Inglaterra, en la indijencia y el oprobio, imploraron la proteccion de Bothwell, nuevo favorito de la reina: este señor consiguió calmar el resentimiento de María, que solo contra su esposo conservaba un deseo implacable de venganza; sin embargo, le permitió tener una habitacion en el palacio de Edimburgo, donde la reina á poco tiempo dió á luz un hijo: sir James Melvil fué despachado inmediatamente para llevar esta dichosa noticia á Isabel, que luego que supo el nacimiento del príncipe, cayó en una profunda melancolía, y dijo á uno de su comitiva: «¡La reina de Escocia es madre, y yo no soy mas que un árbol estéril!»

Entretanto que María y Darnley parecian reconciliados, se preparaba una horrible catás-

trofe. Darnley cayó enfermo en Glasgow: la reina marchó en busca suya, le manifestó mucha ternura, y le condujo á Edimburgo: allí, con pretesto de que la multitud de jente que atrae la corte, ocasionaba un ruido que podria perjudicar á su convalecencia, le trasladaron á una casa aislada lejos del palacio, en la que María continuó dándole pruebas de su afecto, y aun pasó muchas noches en una habitacion debajo de la de su esposo; pero el 9 de febrero de 1567, le dijo que aquella noche iba á dormir á palacio porque tenia que asistir al casamiento de una de sus damas. Serian cerca de las dos de la mañana cuando la ciudad de Edimburgo se alarmó por una conmocion espantosa, que luego se supo habia sido producida por una esplosion de pólvora que voló la casa en que se hallaba Darnley, y que el cadáver de este príncipe habia sido hallado en un campo inmediato. El conde de Bothwell fué tenido jeneralmente por autor de este crímen, y el conde de Lenox, padre de Darnley, intentó una acusacion contra él; pero los jueces dieron en este proceso el veredicto que se les obligó á pronunciar: declararon inocente al acusado. Poco tiempo despues, habiendo ido María á Stirling á ver á su hijo, Bothwell reunió un cuerpo de ocho mil caballos, con pretesto de dar caza á los malhechores que infestaban los campos; y colocado en emboscada, esperó el retorno de la reina, se apoderó de su persona y la condujo á Dunbar. La admiracion del pueblo fué grande cuando María hizo publicar que ninguna violencia le habian hecho, y que consentia en aceptar la mano de Bothwell, aunque estaba casado con otra mujer.

Tantos crímenes y desórdenes indujeron á los escoceses á sublevarse: lord Hume, con ochocientos caballos, embistió á la reina y á Bothwell en el palacio de Boetwick: Bothwell halló medio de escaparse y pasar á Dinamarca, donde murió miserablemente diez años despues; pero la reina no tuvo otro recurso que entregarse ella misma en manos de los lores confederados, que la condujeron á Edimburgo en medio de los insultos del populacho: al dia siguiente fué enviada con buena escolta al castillo de Lochleven, donde sufrió nuevos dolores y humillaciones. El conde de Murray, su hermano, jefe del partido protestante, fué declarado

rejente, y la infortunada princesa, temiendo por sus dias, firmó un acta de abdicacion en favor de su hijo, que fué unjido y coronado con el nombre de Jacobo VI, y el conde de Morton prestó el juramento en su nombre (1568).

No obstante, María se evadió del castillo de Lochleven; reuniéronse gran número de señores en su defensa, con un ejército de seis mil hombres: el rejente juntó tropas apresuradamente y vinieron á las manos en Langside, cerca de Glasgow; el combate fué sangriento y los defensores de la reina enteramente derrotados; María huyó aceleradamente del campo de batalla con poca comitiva, y llegó á las fronteras de Inglaterra: en su desesperacion, á pesar de los consejos de sus mas fieles amigos, resolvió buscar un asilo cerca de la reina Isabel, y despachó un correo para anunciarla su llegada é implorar su proteccion.

Esta resolucion fué el cúmulo de su imprudencia, si es cierto que durante los dias felices de su reinado en Escocia, desde que su prima se habia metido á darla consejos, le habia respondido con una carta irónica, referida por muchos historiadores. María hablaba á la reina de Inglaterra sobre las licencias de su vida privada, sobre su apariencia de virtud, y aun sobre las imperfecciones corporales, cosas que las mujeres no perdonan. Añádase á esto que María poseía las gracias verdaderas que Isabel no tenia sino en pretension, que los derechos de la primera á la corona de Inglaterra eran claros por su nacimiento, y los de la segunda susceptibles de contestacion por su bastardía. Estos motivos de odio y de zelos esplican suficientemente la conducta de la princesa inglesa con respecto á su prima.

La política de Isabel no la permitió entonces manifestar su mala intencion contra María, y mandó que se la recibiese en sus estados con todos los respetos debidos á la clase de una reina; pero cuando la princesa refujiada pidió á su protectora licencia para irla á visitar, la delicadeza de Isabel no permitió conceder á su parienta este favor hasta que se justificase de la muerte de su marido. La reina de Escocia salió mal de las conferencias entabladas para aclarar este hecho, pues sus abogados en vez de responder directamente á las acusaciones, como debian, viéndose reconvenidos eludieron la

respuesta con decir «que siendo reina era independiente, y por consecuencia no debia reconocer tribunal alguno:» escepcion que sirvió de pretesto á Isabel para encerrar á su prima.

Esta detencion ilegal chocó á la fiereza de los escoceses, y los mismos ingleses se irritaron de ver tratar así á la que debia haberse sentado sobre el trono, ó que á lo menos era su heredera presuntiva. Se formaron conspiraciones para librarla, y y la presa dió oidos á una de ellas, pero de otras no tuvo mas que noticias, y aun estas las adquirió á veces por lo que se la dijo en la acusacion. Cada descubrimiento servia á Isabel de nuevo pretesto para agravar la prision de su prima, la cual era trasladada de una á otra, entretanto que aquella hacia correr sobre los cadalsos la sangre de los cómplices verdaderos ó imputados, á fin de que el castigo del crimen asegurase á los ojos del pueblo la complicidad de su parienta.

Hubo un tiempo en que María Estuardo escribia á su prima, solicitando su piedad por cartas espresivas; mas viendo que sus súplicas eran contestadas con desprecio y altivez, desistió de sus instancias y se conformó con su suerte. Isabel se cansó tambien de dar á las dos naciones el espectáculo de una reina acusada, no convencida, y sin embargo privada de su libertad, no tanto por el mal que habia hecho, como por el que podia hacer. En fin, despues de diezinueve años de cautiverio, se formó una conspiracion, en la cual se reunieron todos los agraviados, é hicieron tentativas para sublevar el reino de Inglaterra; sedujeron á muchos grandes, tuvieron intelijencia con los príncipes estranjeros, y especialmente con el rey de España y el papa, enemigos declarados de Isabel, y atentaron contra la vida misma de esta princesa.

Se citaron muchos escritos en apoyo de esta acusacion, y algunos testigos; pero María Estuardo en todo aquello que miraba á la conspiracion contra la tranquilidad del reino, respondió friamente, «que no habia podido impedir á los que la tenian buena voluntad ó afecto, que diesen de ello pruebas, procurando sacarla del cautiverio: que ella misma se creia autorizada por derecho natural para buscar todos los medios posibles de recobrar su libertad.» En cuanto al proyecto contra la vida de Isabel, lo negó formal-

mente María, y sostuvo que eran falsas las cartas que se le presentaban á este fin, como escritas por ella: que los testigos que se la oponian, ó eran supuestos, ó se les habia arrancado la declaracion por el temor del tormento, y pidió que se los presentasen, esperando que no tendrian valor para sostener sus declaraciones en su presencia.

Se la respondió que la ley sobre los crímenes de alta traicion no permitia acceder á esta peticion; y dándola por convencida, fué condenada á perder la cabeza, cuya sentencia firmó Isabel despues de vacilar algun tiempo. María Estuardo sufrió la muerte con valor: dijo, y se puede creer que asi lo pensaba, que la muerte era para ella un beneficio que la libraba de todas sus miserias. Vivió cuarenta y cinco años, de los cuales si se rebaja el tiempo de su infancia y el que pasó en Francia, se puede decir que fué infeliz mas de la mitad de su vida. Ninguna princesa la escedió en gracias ni en finura; mas tampoco la igualó en imprudencia. Fué castigada por un crimen que tal vez no cometió, pero la Providencia la reservaba despues de diezinueve años de sufrimiento este castigo, si no del homicidio, á lo menos de su indiferencia en el ecsecrable atentado ejercido contra su marido.

Jacobo VI. —(1567) El reinado de Jacobo VI debe comenzar desde el momento en que su madre abdicó y renunció en él la corona, cuando no tenia todavia dos años. Los estados nombraron rejente y tutor al conde de Murray, tio bastardo de su madre, quien en las diferentes catástrofes de su sobrina, aparentó contra ella el rigor de un censor severo, pero manifestó mucho respeto por su sobrino. Sus pasos tortuosos, y sobre todo su tolerancia en dejar á María Estuardo en prision, cuando con un poco de firmeza habria podido libertarla, han hecho creer que no le desagradaba tener distante este obstáculo, esperando hacer desaparecer cuando quisiese el que un débil niño le oponia; pero fué asesinado Murray, por una queja particular, en medio de sus proyectos, si los formó. Habiendo salido Jacobo de sus manos, pasó su menor edad en las de otros muchos, que se disputaron y quitaron alternativamente la rejencia.

Llegó á la mayor edad y no por eso fué mas independiente, pues las pretensiones de las familias, las del clero puritano,

las intrigas de Isabel, y la autoridad que ella se habia abrogado en todos los ramos del gobierno, le mantenian en una dependencia perpétua; de modo que apenas se atrevió á quejarse del asesinato jurídico de su madre. La reina de Inglaterra le respondió por un escrito altivo y pedantesco, que contenia muchas menos escusas que consejos de portarse mejor que la desgraciada María Estuardo. El temor de irritar á una princesa déspota de quien dependia su fortuna, porque podia darle la corona de Inglaterra, ó privarle de ella, le hizo sufrir esta afrenta con tanta mas paciencia, cuanto que despues de alguna murmuracion entre los escoceses, el rey los encontró poco dispuestos á fomentar con los efectos los esfuerzos de su resentimiento.

Reunion de las coronas de Inglaterra y Escocia. — Accedió, pues, con respeto á la voluntad de Isabel, por cuya muerte llegó á ser soberano de Escocia y de Inglaterra. Obtuvo Jacobo sin oposicion esta corona por ser nieto de Margarita, hija primojénita de Enrique VIII: esto sucedió en el año 1603, por lo cual se reunieron los dos reinos, que desde este príncipe no han formado mas que uno. La Escocia ha encontrado en esta reunion la doble ventaja de verse libre de las contínuas guerras que por precision tenia que sostener contra la Inglaterra, y las guerras civiles que los señores, demasiado poderosos para ser contenidos por su rey, no dejaban de suscitar en su seno con grande perjuicio de los pueblos.

Como la suerte de los príncipes de la casa de Estuardo es un fenómeno tan singular, no será fuera de propósito reunir aquí bajo un solo punto de vista sus principales circunstancias, usando del pincel de un autor diestro en las descriciones. El primero de los reyes de Escocia llamado Jacobo, despues de haber estado dieziocho años prisionero en Inglaterra, murió asesinado por mano de sus vasallos. Jacobo II pereció á los veintinueve años en una batalla contra los ingleses. Jacobo III, preso por su pueblo, fué muerto por los revoltosos en una batalla. Jacobo IV desapareció en un combate que perdió. Su nieta María Estuardo, despues de haber estado diezinueve años presa y debilitada, fué degollada en Inglaterra. Cárlos I, nieto de María, vendido por los escoceses y sentenciado á muerte por los ingleses, pereció en un

cadalso. Jacobo, su hijo, segundo de Inglaterra y sétimo de Escocia, fué echado de sus reinos, y hasta el nacimiento le disputaron, para colmo de sus desgracias. No trató de subir al trono de sus padres sino para hacer perecer en los suplicios á sus amigos; y asi se ha visto que el príncipe Cárlos Eduardo, en quien se reunieron las virtudes de sus padres y el valor de su abuelo materno Juan Sobieski, ejecutó muchas hazañas, y sin embargo sufrió infortunios increibles. Una série de desgracias persiguió por espacio de cuatrocientos años á la casa de Estuardo.

IRLANDA.

La isla de Irlanda presenta la figura de un huevo, salvas sus irregularidades, que forman una multitud de bahías: su estension es como la mitad de Inglaterra: la tierra, muy fértil, abunda en todo jénero de producciones: los pastos forman su principal riqueza: no carece de minerales: el hierro y el plomo se encuentran fácilmente: hay grandes lagos, bellos rios, fuentes termales y petrificantes: montañas poco elevadas y llenas de árboles: se encuentran lobos, mas no animales venenosos, pues se dice que mueren de repente al instante que los llevan allí.

Los irlandeses son altos y robustos: sus anticuarios los hacen descender de los españoles que arribaron á esta isla mil años antes de Jesucristo, mandados por un jefe llamado Milesio, por lo cual los llamaron milesianos. Confiesan, sin embargo, que hallaron allí otros habitantes, y aun jigantes, tambien idólatras, que ademas del sol, la luna y los otros astros, adoraban los utensilios de las casas y de la labranza, en memoria sin duda de los que los habian inventado. A este culto sucedió la relijion de los druidas, que tal vez la tomaron de los galos trasladados á su pais. Tuvieron poetas como los escoceses, cuyas composiciones se cantaban: sus matrimonios se hacian en público con ceremonias propias para inspirar respeto á esta union: la música estaba muy honrada, y se disputaban el premio en las fiestas públicas; por eso tambien los que sobresalian en los ejercicios militares obtenian las coronas. Suponen haber tenido sus anales setecientos años antes de Jesucristo, y que la nacion mantenia hombres recomendables por sus virtudes para formar dichos anales, cuyas obras se sujetaban al ecsámen de

la asamblea jeneral. Sus escritores nos presentan antes de nuestra era comun una lista de setenta y seis reyes, que citan por sus nombres y sobrenombres, esplicando sus jenealojías; pero se ven bien embarazados para encontrar algunos hechos que merezcan colocarse en la historia.

Hácia el año 70, cuando dominaba todavía la tribu milesiana, se suscitó una guerra civil entre nobles y plebeyos. Los primeros decian descender de jefes y soldados españoles que habian conquistado la isla: tenian bajo su yugo de hierro como vasallos y esclavos al resto de la nacion, compuesto de artesanos y trabajadores descendientes de los primeros habitantes, ó de otras razas entregadas á las artes mecánicas que sucesivamente se habian establecido en Irlanda. Como el número de plebeyos sobrepujaba al de los nobles, venció á estos y los arrojó con su rey de aquellos estados; pero los vencedores no pudieron convenirse jamás sobre el gobierno que elijieron. Despues de muchos años de turbaciones los plebeyos volvieron á llamar á los descendientes de los nobles y al heredero de su rey, el cual repusieron en el trono.

Se encuentra en el testamento de un rey del segundo siglo, una enumeracion de legados que dan á conocer las artes de utilidad y de lujo que á la sazon se conocian en Irlanda, porque dejaba á sus hijos, entre los cuales habia dividido su reino, navíos de carga, y escudos en sus cajas guarnecidas de brocados de oro y de plata: les dejó tambien espadas con puños de oro de un trabajo esquisito; carros con sus mulas; copas de oro; cubetas de madera de tejo; cincuenta caballos pios con sus bridas y brocados de bronce; mesas de madera fina para jugar; tableros de damas y de ajedrez; todo esto cincelado, guarnecido y dorado; cincuenta bolillas de metal con los tacos de la misma materia; mesas para jugar á estilo de los atletas (vendrian á ser una especie de villares, para los cuales estaban destinados estos instrumentos pesados); sobretodos de seda de diferentes colores, especialmente azafranados; banderas militares bordadas de oro; calderas de cobre; caballos de regalo en gran número, enjaezados, y cien vacas con pintas blancas y con sus terneros, uncidas de dos en dos bajo su yugo de metal. Se omiten los utensilios de la casa y labranza,

verdaderas riquezas, porque son comunes á todos los tiempos y á todos los paises.

Si los reyes de Irlanda no hubiesen dividido entre sus hijos mas que sus tesoros, su monarquía habria formado una union terrible; pero separaron sus provincias para hacer mayorazgos á sus hijos. Acaso establecieron entonces alguna subordinacion entre estos príncipes, y aun dependencia con respecto al primojénito ó á aquel que poseyese la parte principal. Tambien seria bueno advertir que la Irlanda se gobernó por mucho tiempo como la Alemania. El monarca que dominaba en la capital era tenido por emperador, y los demas como electores. Habia asambleas jenerales, en las cuales se trataban los negocios comunes. Tan dificil seria desarrollar el caos de las filiaciones de estos príncipes, como molesto al lector la repeticion contínua de las guerras que se hacian, y que no son por lo regular sino invasiones y salteamientos. Los demas hechos de estos reinados presentan pocas cosas de importancia.

El cristianismo penetró en Irlanda á principios del siglo II. Se describe esta relijion tan floreciente, que la isla suministró un gran número de santos, los cuales se repartieron en Inglaterra y hasta en Francia. Hay pocos reinos donde los monasterios se hayan multiplicado tanto, ni poblado mejor, especialmente en tiempo de la predicacion del célebre S. Patricio, apóstol de los irlandeses. Se puede juzgar del celo del pueblo, por lo que sucedió á Ongo uno de sus reyes. Estándole bautizando el obispo, se apoyó en su báculo, que tenia una punta de hierro con la que hirió el pie del rey, y este permaneció inmóvil, sin dar señal alguna de dolor en todo el acto. «¿Por qué no os habeis quejado? dijo el obispo, admirado, cuando advirtió su distraccion.» — «Yo creia, respondió el rey, que esto hacia parte de la ceremonia.»

A mitad del siglo IX hicieron los daneses en Irlanda una irrupcion, y se apoderaron de una parte del pais. Turjesio, su jefe, á fin de asegurar su conquista, estableció en cada territorio un capitan, en cada monasterio un abad, en cada lugar un sarjento, y en las principales casas un soldado, todos dinamarqueses. Malaquía, uno de los príncipes de los cantones subyugados, se encontró sujeto como los demas á esta vergonzosa servidumbre, y sin embargo se tuvo por feliz,

con tal que el estranjero le dejase disfrutar de su castillo, donde le honraba alguna vez con su presencia. Turjesio, en una de estas visitas, vió á Melcha, hija de Malaquía, y se enamoró de ella; manifestó claramente al padre el deseo de poseerla como una de sus concubinas. El irlandés, que no se habria negado á un matrimonio lejítimo, se horrorizó de esta proposicion, y disimulando pidió al tirano solamente que permitiese á su hija tomar por compañeras quince jóvenes bellas de su nacion. Esta disposicion convenia maravillosamente á Turjesio, que tenia quince capitanes, á quienes podia regalarlas. Concedida la condicion, Malaquía disfrazó de doncellas á quince jóvenes sin barba, y los armó de puñales. Asi que los introdujo con los dinamarqueses, matan cada uno al suyo, se reunen con Melcha, la libran de los grandes esfuerzos del infame Turjesio, á quien prendieron y pasearon con ignominia por los principales lugares de su tiranía, precipitándole por último en un lago. Por todas partes mataron á los dinamarqueses, y Malaquía, cuya astucia habia producido esta revolucion, subió al trono, en el cual se sostuvo su familia hasta el segundo Malaquías á principios del siglo XI.

Los daneses sostenian siempre la guerra con los reclutas que enviaban á Irlanda. Malaquía II, como que carecia de talentos militares, no pareció á los irlandeses propio para gobernarlos en un tiempo en que era necesario estar siempre en guerra contra los estranjeros. Se le hizo entender que se debia contentar con su pequeño reino paterno, sin tratar de conservar la principal corona que le daba un derecho sobre los demas reyes. Consintió en lo que inútilmente habria tratado de impedir, y le nombraron un sucesor llamado Brieno. El nuevo rey tuvo una asamblea jeneral para sancionar las leyes sabias que publicó: restableció las antiguas escuelas públicas, fundó otras nuevas, hizo levantar fortalezas, construyó puentes y calzadas, se aplicó á poner floreciente el comercio, y á fin de quitar en las familias la confusion que causaba la identidad de los nombres, mandó que los padres, hijos y parientes fuesen distinguidos con los sobrenombres.

Mientras que empleaba sus cuidados en estas instituciones útiles, la imprudencia de uno de sus hijos fué causa de que se

formase contra él una coligacion de otros muchos reyes. Este jóven habia insultado á uno de ellos en la misma corte de su padre, y acaso Brieno no tuvo la firmeza necesaria para hacer reparar la injuria. Los demas monarcas tomaron por su cuenta el desagravio, y se vino á las armas. Malaquía, que habia sido destronado, levantó tropas como los demas, y avanzó hasta el campo de batalla; pero durante la accion quedó tranquilo, sin declinar ni hácia uno ni hácia otro partido. Esta neutralidad no fué indiferente, sino muy útil á los confederados, los cuales ganaron la victoria. Brieno sobrevivió poco á la deshonra de su destruccion, y á la liga de los reyes de Irlanda, reconciliada con Malaquía por su inaccion: le repuso sobre el trono principal de que se le habia hecho bajar, y llevó esta corona con la reputacion de un buen príncipe, hasta que murió en el año de 1022. Desde este príncipe no ha habido en Irlanda monarca que verdaderamente dominase sobre los demas; y los mismos que en algunas comarcas han llevado la diadema, son conocidos con un término irlandés, que significa *rey con oposicion*. Sin embargo, al fin del siglo XII se ve en la corte un rey poco mas ó menos dominante: llamábase *Roderik-O-Conor*. Durante su reinado, Derforquilla, hija del rey de Midia, fué obligada por su padre á dar la mano á Roinrko, rey de Befny; pero ella reservó su corazon á Dermod, hijo del rey de Lajenia. Cuando su mismo amante llegó á ser rey por la muerte de su padre, se aprovechó ella de la ausencia de su marido, y dispuso que Dermod la condujese como por fuerza á Lajenia. Roinrko se dirijió á Roderik para que le ayudase á tomar venganza de tal afrenta: para ello juntó á los demas reyes, y reunidos cayeron sobre el raptor: Derforquilla fué apresada y confinada en un convento; y Dermod, privado de su reino, buscó un asilo entre los ingleses.

Hacia mucho tiempo que estos vecinos ambiciosos proyectaban la conquista de Irlanda, en donde tenian ya establecimientos. Dermod ofreció á Enrique II, que reinaba entonces, hacerle homenaje de sus estados si le ayudaba á recobrarlos, y el inglés aceptó la proposicion enviando tropas á Irlanda; pero á su entrada en esta isla le hizo ver que no se contentaria con solo el vasallaje de un príncipe. Dos bulas del papa, que hizo pu-

blicar, le mandaban reformar las costumbres de los irlandeses y sostener la relijion cristiana, sin embargo de estar allí mas floreciente que en Inglaterra; pero estas bulas no fueron mas que un pretesto y un medio de invasion, de lo cual sacó Enrique las mayores ventajas.

Los reyes irlandeses, bajo las órdenes de Roderik, se reunieron contra Dermod y contra el rey de Inglaterra; pero este los dividió con proposiciones pérfidas. Los que se sometian al homenaje eran tratados favorablemente, y sus estados gozaban de la mayor tranquilidad, mientras que los de sus vecinos eran destruidos por el hierro y por el fuego. Despues de haberlos cansado así, el rey de Inglaterra les ofrecia la salvaguardia de su proteccion, la que compraban con el homenaje. Roderik se encontró por algun tiempo solo para sostener la independencia de la corona; pero cedió al fin, y por su sumision se hizo Enrique señor soberano de Irlanda en el año de 1172. Sin embargo, solo á la larga, y á medida que se han ido estinguiendo las familias reales, es como los ingleses han gozado de una autoridad sin límites, que todavia tiene sus contestaciones.

Los reyes de Inglaterra han puesto en práctica cuantos medios han podido para sujetar á los irlandeses, pueblo feroz y celoso de su independencia, y á falta de reyes les han dado príncipes, duques, grandes justicieros, y últimamente un virey. Se han valido hasta de la persecucion y de la anarquía, habiendo tambien adoptado los ministros ingleses la idea de no hacer justicia al ofendido, y salvar al culpado. El rey reprendió en una ocasion á uno de ellos porque no habia castigado un detestable asesinato, y le respondió: «Dejad á los rebeldes que se maten; mientras que se batan entre sí no os haran la guerra, y es mas ganancia para vuestro tesoro.» Si se hubiese de medir la sangre que ha hecho verter Isabel, la que ha corrido con la cuchilla de Cromwell, los arroyos que han demarrado los políticos en defensa de su relijion y de los partidarios de la casa de Estuardo, todos prontos á sacrificarse por esta desgraciada familia, nos admiraremos de que la nacion irlandesa no haya sido esterminada; pero á pesar de la identidad del soberano, y de los intereses comerciales y civiles comunes á los dos pueblos, ha quedado entre ellos

un odio nacional que se da á conocer por lás espresiones, y á veces hasta por las miradas.

Si los irlandeses se mantuvieron pacíficos en el reinado de Cárlos II, la historia de los siglos pasados nos presenta este pais envuelto en sangrientas guerras con la Inglaterra, y en contínuas discordias y revoluciones interiores; y no es menos triste el cuadro que ofrece en nuestros dias, del que daremos un breve apunte.

Luego que enfermó el rey Jorje III, suplicaron los irlandeses al príncipe de Gales tomase el título de rejente de Irlanda; mas éste, si bien agradeció su respetuoso recuerdo, dejó de acceder á su solicitud por haberse restablecido el rey. Para granjear el afecto de los irlandeses concedió el parlamento grandes privilejios á los católicos, cuales fueron la facultad de contraer matrimonios con los protestantes, su admision á votar para las elecciones de miembros del parlamento, y la supresion de algunas leyes dirijidas á negarles la participacion de ventajas comerciales y fabriles, y de otros beneficios comunes á la sociedad, de los cuales habian sido escluidos anteriormente. A favor de estas providencias esperaba el gobierno inglés destruir todos los elementos de discordia que ecsistian en aquella isla, y conservar en ella una tranquilidad sólida y duradera, cuando á fines del siglo pasado estalló una horrorosa revolucion, fraguada y dirijida por el partido llamado *Irlandeses unidos*, y que trataban de establecer la independencia del pais. Corrieron á las armas y emprendieron una guerra contra sus dominadores, sobre los que obtuvieron al principio algunas ventajas; mas luego fueron derrotados y decapitado el jeneral insurjente Bagnenal Harvey, que con otros jefes habia sido hallado oculto en una bodega. Estallaron otras muchas insurrecciones igualmente sangrientas, que siempre fueron apagadas por la prudencia, valor y recursos de los ingleses. Figurándose estos que podria evitarse la renovacion de tales calamidades, reuniendo en uno los parlamentos de ambos reinos, se hizo la proposicion que fué desechada por la cámara de los comunes de Irlanda. Repetida despues, fué admitida en la cámara de los lores, sin oposicion, y en la de los comunes por una mayoría de cuarenta y dos votos. A pesar de estas nuevas relaciones de armo-

nía no se sosegaron las ánimos de los inquietos irlandeses, porque no fueron aquellas del agrado del pueblo en jeneral. Se aprovecharon de esta contraria prevencion los directores de la pasada revolucion, para formar otra tan furiosa como aquella; mas habiéndoseles volado un depósito de armas y municiones antes que hubiese madurado su plan, tuvieron que apresurar la esplosion. El motin principió en Dublin á 23 de julio de 1803, y sus primeros tiros fueron dirijidos contra el castillo. El haberse detenido el inmenso tropel para asesinar al lord Justicia y á su sobrino, que hallaron por casualidad en su tránsito, salvó el castillo de las manos de los rebeldes, porque el tiempo que perdieron en cometer aquel atentado, bastó á la guarnicion para ponerse sobre las armas, y aun para tomar la ofensiva; de suerte que cojidos y decapitados muchos de los revoltosos, quedó restablecida muy pronto la calma.

Tantas insurrecciones apagadas con facilidad, y tantas tentativas malogradas, debieran haber hecho desaparecer de Irlanda todo jérmen revolucionario; mas no ha sido asi á pesar de los esfuerzos, esmero y vijilancia del gobierno. Una de las poderosas razones que impiden su tranquilidad es la diferencia de relijion, y el choque de las opiniones, de donde provienen las mas de las conmociones de nuestros dias, conducidas á tal punto de irritacion y tenacidad, que han empeñado sériamente la atencion del parlamento.

IDIOMA Y LITERATURA DE LAS ISLAS BRITANICAS.

La primitiva lengua de los habitantes de las islas británicas fué la céltica, que nunca sirvió para las ciencias ni para las letras: las únicas producciones en este idioma fueron los cantos de los bardos, de los cuales los mas célebres son los de *Osian*, que se colocan en uno de los primeros siglos de la era cristiana.

Bajo la dominacion de los romanos, aquellos que aspiraban á cierta instruccion, aprendian la lengua romana. Despues de la caida del imperio de los césares, los diferentes pueblos que se fijaron en Inglaterra importaron al mismo tiempo sus idiomas: primero los sajones, despues los daneses, en seguida los normandos; hasta que por último la influencia de la lengua francesa dió al carácter actual al idioma inglés que se usa en

el dia en la mayor parte de Inglaterra y en las llanuras de Escocia.

La antigua lengua céltica se conserva aun, mas ó menos modificada, en las provincias de Gales y de Cornuailles, en las montañas de Escocia y en las campiñas de Irlanda: el dialecto celta usado en Inglaterra, se llama *kimrick*; el de Escocia lengua *gálica*: y el de Irlanda lengua *ersa* ó *írica*: estos tres dialectos difieren esencialmente entre sí.

La lengua inglesa propiamente dicha, que en el dia es una de las mas cultivadas del mundo, no tomó parte en las letras hasta el siglo XIV, y la edad de oro de la literatura inglesa fué en el reinado de Ana, de la casa de Estuardo, al principio del siglo XVIII. El primer poeta inglés que tuvo alguna celebridad fué *Jeofredo Chaucer*, muerto en 1400. En el siglo XVI, *Edmundo Spenser* se distinguió igualmente como poeta. El XVII fué ilustrado por el jenio de *Shakespeare* (muerto en 1616) y de Milton (que falleció en 1674).

En el siglo XVIII la influencia de la literatura francesa dió un nuevo carácter á la literatura inglesa. El célebre poeta *Dryden*, abrió con buen écsito la nueva escuela: despues de él aparecieron *Pope* y *Thomson*; este último autor del poema de las estaciones: *Young* publicó sus lamentos ó *pensamientos nocturnos*.

Los poetas mas ilustres del siglo XIX son: *Cowper*, poeta lírico y didáctico; *Wordsworth*, conocido por sus baladas; el inmortal lord *Byron*, cuyo nombre ha resonado en toda la Europa; *Campbell*, *Southey*, y *Coleridge*, célebres en el jénero descritivo; *Tomás Moore*, irlandés, jenio de primer órden; en fin *Jorje Crabbe*, el mas popular, tal vez, de los poetas ingleses modernos, por la verdad en sus descriciones de las escenas de la vida vulgar.

No cuenta la prosa menos autores célebres que la poesía. Despues de la lengua francesa, que le ha servido de modelo, la inglesa es la que se espresa en prosa con mas precision y claridad, y no hay ciencia alguna en cuyo estudio la literatura inglesa deje de presentar en el dia obras profundas. No es posible que podamos nombrar aquí todos los autores que han ilustrado la lengua inglesa: nos limitaremos á citar aquellos que mas han contribuido á formar el estilo, y cuyas obras han tenido la mayor

aceptacion asi en Inglaterra como en el resto de la Europa. Estos son: en el siglo XVII, *Bacon*, el filósofo *Hobbes* y el orador *Aljernon Sidney*: en el siglo XVIII, en las ciencias el gran matemático *Isaac Newton*; el filósofo *Locke*, el naturalista *Humphry Davy*, y el sabio *Johnson*; en historia *David Hume*, *Robertson* y *Gibbon*; en política, *Roberto Walpole*, *Edmundo Burke*, *Chatam*, *Fox*, *Pitt*, *Sheridan*, etc.; en las bellas letras, sobre todo, en las obras de imainacion, *Steele*, *Addison*, *Swift*, *Richardson*, *Fielding*, *Sterne* (mas conocido con el nombre de *Yorick*), *Smollet*, y *Goldsmith*: por último, en el siglo XIX, *Walter Scott*, y su dichoso imitador *Eduardo Bulwer*. Dos prosistas célebres de la misma escuela, *Washington Irving* y *Cooper*, no son ingleses, sino ciudadanos de los Estados Unidos.

FIN DE LA HISTORIA DE INGLATERRA.

LIBRO DUODECIMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Situacion jeográfica de Francia. — Clima y terreno. — Montañas. — Rios. — Canales. — Producciones naturales. — Habitantes. — Idioma. — Relijion. — Universidades y colejios. — Constitucion y órdenes del estado. — Medidas, pesos, cronolojía, monedas. — Industria y comercio. — Fuerzas de mar y tierra. — Division política y judicial. — Division de la Francia por provincias. — Division por departamentos. — Posesiones francesas en Africa, Asia y América.

Situacion jeografica de Francia. — La Francia está situada en la zona templada del hemisferio setentrional, entre los 42° 19' y 51° 6' de latitud Norte; los 5° 56' de lonjitud Este, y los 7° 9' de lonjitud Oeste del meridiano de París. Su mayor lonjitud de N. á S. (de Dunquerque á Perpiñan) es de doscientas veinticinco leguas: su mayor anchura de E. á O. (de Estrasburgo á Brest) es de doscientas seis leguas; y su menor latitud, entre la Rochela y el Puente de Beauvoisin, es de ciento sesenta y tres leguas. La superficie total del suelo es de veintiseis mil setecientas diez leguas cuadradas.

Confina por la parte del N. con la Mancha y el paso de Calais, que la separan de la Inglaterra; con la Béljica, el gran ducado de Luxemburgo, el gran ducado del Bajo Rhin y el círculo del Rhin, el mar de Alemania y el reino de los Paises Bajos: por el E. con el gran ducado de Baden, la Suiza y el reino de Cer-

deña: por el S. con el Mediterráneo y los Pirineos que la separan de España; y por el O. con el Océano Atlántico y parte de la Mancha.

CLIMA Y TERRENO. — Aunque el horizonte de Francia no es tan despejado como el de España, sin embargo, sus estaciones son benignas, su aire en lo jeneral saludable y suave, con particularidad en lo interior. En las provincias del N. llueve con abundancia, y así son allí los prados muy lozanos. En muchos parajes de los Pirineos apenas se ve el sol en el invierno.

El terreno de Francia es llano en lo jeneral, y las hermosas montañas y colinas del Languedoc, Provenza, Delfinado y Aubernia, cultivadas hasta las cimas, cubiertas de vides, olivos, árboles frutales y sembrados: las hermosas casas de campo y rústicas habitaciones de labradores esparcidas por toda su estension, le dan un aspecto muy agradable.

MONTAÑAS. — Las principales montañas de Francia son los Alpes, que la dividen de la Italia, y los Pirineos que la separan de España; el monte Jura que sirve de límites con la Suiza, el Cevennes, el Pui de Doma y otras. Los Alpes se parten en dos ramales: el uno se estiende hácia el N., forma el Jura, y continúa hasta Mont-Tonerre por los departamentos del Rhin superior é inferior: el otro ramal, de mucha mas elevacion, jira hácia el S., y se estiende hasta el Mediterráneo. De la parte de allá de los Pirineos se desgajan diferentes ramales con varias direcciones. El Jura es un punto avanzado, y sus picos mas elevados son el Reculet y Dole. La gran cadena del monte Cevennes se dilata desde N. á S., estendiendo sus ramales hácia el E. y O.: su parte setentrional se llama Pui de Dome, y la meridional Cantal: los montes de Oro estan en el centro; la cima mas elevada, que es la de Pui de Lansi, tiene seis mil trescientos pies sobre el nivel del mar; Cantal seis mil doscientos, y Pui de Dome cinco mil. En la estacion del invierno se mueven en estas montañas terribles huracanes y ventiscas muy peligrosas, que arrebatan las nieves de una parte á otra, y causan á veces algunos estragos. Tambien hay muchos bosques; los principales son el de Orleans, que en varias épocas ha servido de guarida á los ladrones; los de Fontainebleau, Saint-Germain, Marli, Compie-

gne, Villers-Cotteret, Couci, etc.

Rios.—Los rios principales de la Francia son el Loira, el Ródano, el Sena y el Garona. El Loira nace en el monte Gerbier al N. del Languedoc, jira hácia el N., vuelve al Occidente, y entra en el Océano mas abajo de Nantes, despues de un curso de ciento setenta leguas, y de habérsele unido por la parte del N. el Loiret, el Seure y el Mayena, y por la del S. el Allier, el Cher, el Indre y el Vienne. El Ródano brota en el monte de la Fourche, cerca de Grinessel en Suiza, se dirije hácia el S. cruzando por el lago de Jinebra, y desagua en el Mediterráneo despues de un curso de cien leguas, y de haber recibido por la parte del N. el Saona, mas abajo de Leon, y al E. el Isera, Durance y otros. El Sena tiene su orijen en la llanura de Langres, casi en el centro del departamento de la Costa de Oro: se dirije hácia el N. O., y desagua en la Mancha por Havre de Gracia, despues de ciento treinta y siete leguas de curso, y haber recibido las aguas del Aube, el Marne y el Oise por la parte del N., y el Yonna por la del S. El Garona nace en el valle de Aran, en España; corre hácia el N. O.; luego que se reune con el Dordoña, mas abajo de Libourne, toma el nombre de Jironda, y forma un brazo de mar por su mucha estension; y á las ciento dieziseis leguas de su orijen, desagua en el Océano, habiendo recibido antes las aguas del Lot, rio considerable, que tiene el mismo orijen que el Dordoña, en las montañas de Auvernia, del Fram que sale del Cevennes, del Arriege que baja de los Pirineos, y de otros menos caudalosos. Corren tambien otros muchos rios por toda la estension de este pais, entre ellos el Charenta, que sale de la cercanía de Havre de Gracia, y se pierde en la bahía de Vizcaya, por Rochefort; el Somma, que tiene principio en el departamento de Aisne, y desagua en el canal Inglés mas abajo de Abbeville; el Var, que baja de los Alpes, separa la Francia de la Italia, y entra en el Mediterráneo al O. de Niza, y el Adur, que nace en los Pirineos y desemboca en el Océano, cerca de Bayona.

En la Besse hay un lago, que arrojando en él una piedra hace un ruido como el de un trueno. Cerca de Alegre, en la cima de una colina, hay otro lago que, segun dicen, no tiene fondo.

Canales.—El mayor de los canales de Francia es el del Languedoc, que abre la comunicacion entre el Océano y Mediterráneo: su construccion duró catorce años: principia en el golfo de Leon, es alimentado por el estanque de San Ferreol, y entra en el Garona un cuarto de legua mas abajo de Tolosa; su anchura es de ciento cuarenta y cuatro pies, con seis de profundidad, y cincuenta y cinco leguas de largo. El canal de Briare proporciona la comunicacion entre el Loira y el Sena. El de Borgoña une el Saona con el Yonna. El de Dijon, ó del centro, une al Saona con el Loira; y corre dieziocho leguas; su principal ventaja es la comunicacion que abre con el Mediterráneo por el Ródano, y con el Océano por el Loira. El canal de Beaudaire junta el Garona con el Ródano, y el de Orleans el Loira con el Sena.

Producciones naturales. — Puede dividirse el pais de la Francia en cuanto á su fecundidad en cinco partes ó rejiones, que todas en jeneral suministran cuantos frutos, granos y demas producciones son necesarias para la vida y el regalo, pues los que no se crian en unos parajes se encuentran en otros con abundancia; y con la comodidad que les proporcionan los canales y rios caudalosos que bañan su suelo, se trasportan económicamente de unos parajes á otros. Lo que presta mas utilidad son los vinos de Champaña, Borgoña, Jironda y Gascuña. Abunda aquel terreno en plantas botánicas, que reunidas á las de los Paises Bajos, segun estaban antes, pasaban de cuatro mil setecientas cuarenta y ocho sus especies diferentes, segun afirma Mr. Caudolle: entre estas clases de plantas se veia una gran variedad de flores curiosas, yerbas aromáticas, plantas balsámicas, y de calidades singulares y saludables. En la Alsacia, Borgoña y los Pirineos hay muchos bosques que producen buenas maderas de construccion naval y civil. Sobre los Landes, entre Burdeos yBayona, se crian muchas plantas, pinos y otros árboles que dan grandes porciones de resina, de la que hacen candelas para el alumbrado, de cuya triste y económica luz se sirven especialmente los pueblos situados en las faldas de los Pirineos.

En Francia hay algunas minas poco productivas. Se dice que en el Lauguedoc se encontraron algunas vetas de oro y plata, en

Bretaña y en otras partes indicios de estaño. Las de Palahuen y Huelgoet, en la Bretaña, producen mucho plomo: en los Alpes marítimos, en las montañas de los Vosges, y en los departamentos de Losier y Ardeche hay plomo y cobre. Hace poco tiempo que se descubrió en Saint Laurent una mina de estaño y plomo; en Picardía se encuentra vitriolo; en Aveiron alumbre ; en los Pirineos buenos mármoles; cerca de los Limojes esmeraldas; en el departamento de Aisne ambar pajizo á poca profundidad, y en varios sitios muchas clases de pedrería. El salitre es muy comun en todo el reino: tambien se halla el zinc, el mercurio, la magnesia, el cobalto, antimonio, carbon de piedra y varios metales y minerales; pero todos ellos muy escasos, escepto el fierro, porque hay dos mil fábricas en toda la Francia.

Las principales aguas minerales son las de Bareges, al pie de los Pirineos, en la frontera de España, y las de Bañeras á poca distancia de aquel sitio. Son tambien muy celebradas las aguas de Forges en el departamento del Sena inferior; las de Saint-Amand curan los males de piedra, obstrucciones y otras enfermedades. Las hay tambien en Vichi-Bourbonne, Passi, Plombieres y en otras partes. Cerca de Aigne, en Pui de Dome, hay una fuente de calidad venenosa, que hierve á borbollones, haciendo gran ruido.

La Francia cria buenos caballos en Normandía, Limosin y Poitou: por todo el reino abunda el ganado: el de pelo tiene carne muy sabrosa, y el lanar muy inferior. Los merinos de España que en diferentes ocasiones se llevaron á quel pais, han dejenerado notablemente, y nunca han producido una lana tan perfecta como en el nativo. Entre los animales montaraces se encuentran osos, leones, gatos , garduñas , raposos, martas, etc.; tambien diferentes cabras monteses, gamos, corzos, ciervos, liebres, conejos, erizos, arminios, ratones, musgaños y otros muchos de que estan llenos los Alpes, los Pirineos y demas montañas. El castor habita en las islas del Ródano: las abejas forman un artículo importante de industria: se coje tambien mucho pescado.

Habitantes.—Aunque la conformidad de las instituciones civiles y la comunidad de intereses políticos hayan confundido íntimamente en una sola nacion

á los habitantes de Francia, aun se reconocen por todas partes las huellas de sus diferentes oríjenes. Los franceses propiamente dichos, habitan el centro del pais hasta el Norte. En la Normandía, la belleza de las formas de los habitantes, prueba evidentemente su descendencia de los antiguos normandos. En Alsacia, Flandes y parte de la Lorena, la poblacion desciende de los jermanos. Los bretones, como su nombre lo indica, son de igual orijen que los antiguos habitantes de la Gran Bretaña, y particularmente de los del pais de Gales. En el mediodia los gascones, son de orijen español, y los provenzales de orijen italiano. Estas distinciones resaltan mucho mas por los diferentes dialectos de la lengua.

Los rasgos principales que caracterizan á los franceses son la viveza, el buen humor, la humanidad, el porte afable con los estranjeros, la vanidad nacional, el orgullo de su mérito, la singular inclinacion á las diversiones y placeres sociales, la ostentacion de finura y la refinada galantería. Algunos los censuran de poca sinceridad; pero este juicio debe mas bien atribuirse á la desconfianza que inspiran sus afectadas cortesías y cumplimientos, que á lo razonable de la crítica. Poseen los franceses tan bellas prendas y y tanta nobleza de ideas, que serian superiores á las demas naciones si se desprendiesen de aquel carácter voluble, inclinado á la novedad, poco reflecsivo, ardiente y precipitado, con que se han distinguido en todos tiempos. Las mujeres ejercen el mayor influjo en la sociedad, y gozan de una gran celebridad por su brillante educacion, tierna sensibilidad, dulzura de costumbres, agudeza de espíritu, aseo, pulcritud y donaire: sus atractivos físicos no son tan encantadores como los morales; pero la elegancia de sus trajes y el esquisito gusto que tienen para adornarse, dan el mayor realce á sus gracias naturales.

Idioma. — La lengua francesa, que se distingue por su dulzura, por su claridad y precision, se deriba del celta, del latin y del tudesco, y en la actualidad se halla mas estendida que lo que haya podido estarlo el latin. Ademas de este idioma nacional, que usan todos los hombres instruidos, se hablan en Francia diferentes lenguas y dialectos. El pueblo de Bretaña se sirve aun en el dia del bajo breton, y muchos autores

pretenden que es con mas ó menos alteracion, la lengua de los celtas: los habitantes de las comarcas vecinas á los Pirineos, hablan el vascuence, que no tiene analojía con ninguna otra lengua del mundo: los gascones usan una lengua particular, asi como los provenzales: en Alsacia y gran parte de la Lorena, el pueblo habla el aleman: por último, en las fronteras de Béljica se usa el valon, dialecto corrompido de la antigua lengua francesa, inintelijible para un francés de nuestros dias.

Relijion. — La relijion dominante, ó mas bien la de la gran mayoría, es la católica, apostólica, romana. Bajo este concepto se divide la Francia en ochenta diócesis, de las cuales catorce son arzobispados, y sesenta y seis obispados. Cada diócesis comprende uno ó varios departamentos, escepto los de Reims y Cholons-sobre-el-Marne que están en un mismo departamento, y los de Aix y Marsella que se hallan en igual caso. Los arzobispos no tienen superioridad alguna de direccion sobre los obispos: su poder se limita, como el de estos, á sus respectivas diócesis. Sin embargo, cada arzobispo forma una provincia eclesiástica, compuesta de cierto número de obispos sufragáneos, ó subprovincias; pero esta division no tiene efecto alguno político.

La relijion católica tiene en Francia seis facultades de teolojía, establecidas en diferentes capitales. Los estudios eclesiásticos se hacen en los grandes seminarios que están bajo la inspeccion de los obispos. El número de pequeños seminarios autorizados en las ochenta diócesis, asciende á ciento veintiuno.

La carta francesa concede el libre ejercicio de todos los demás cultos. El protestantismo tiene en Francia unos cuatro millones de adictos: en el mediodia son casi esclusivamente protestantes calvinistas, y en Alsacia luteranos. Los primeros tienen una escuela de teolojía en Montauban; pero ordinariamente van á estudiar á Jinebra. Los judíos no se toleraban en Francia antes de la revolucion de 1789, mas que en Alsacia, Metz y Burdeos; en el dia gozan en toda la nacion de los derechos de ciudadanos franceses. Su número asciende á unos sesenta y cinco mil prócsimamente. Los demas cultos tienen pocos sectarios: sin embargo, algunos pueblos del Bajo Rhin y

de los Vosges, estan habitados por anabaptistas.

UNIVERSIDADES Y COLEJIOS. — Actualmente hay en Francia veintiseis universidades, llamadas academias; cada academia se compone de un rector y dos inspectores, y comprende varias facultades. La jurisdicion de cada academia se estiende á uno ó mas departamentos, y le está encomendada la vijilancia sobre los colejios comunales, instituciones y pensiones particulares, escuelas cristianas y escuelas primarias. Cada facultad se compone de un decano, que es el jefe, y de cierto número de profesores. La reunion de los rectores, inspectores jenerales de academia, decanos de las facultades, profesores de las mismas, y de los colejios reales, representa lo que se llama la Universidad de Francia, á cuya cabeza está el ministro de instruccion pública.

La universidad divide la instruccion pública en tres clases: instruccion primaria, instruccion secundaria, é instruccion superior. La instruccion primaria ha hecho grandes progresos en Francia en estos últimos tiempos: actualmente se cuentan unas cuarenta y cinco mil escuelas esparcidas en todo el reino. La instruccion secundaria se da en los colejios reales, en los colejios comunales, y en los establecimientos particulares autorizados por el gobierno, que ascienden á unos mil trescientos.

Los colejios reales se mantienen á espensas del Estado y hay en ellos algunas plazas dotadas para los alumnos.

Los colejios comunales se sostienen á espensas de las municipalidades, y su número asciende á cerca de trescientos treinta.

La enseñanza superior pertenece á las facultades. Hay en Francia nueve facultades de derecho; tres de medicina: ocho de ciencias y seis de bellas letras.

CONSTITUCION Y ÓRDENES DEL ESTADO. — La constitucion actual de Francia es la de una monarquía limitada por las disposiciones de la Carta, y por la cooperacion simultánea de dos cámaras lejislativas, la *de los pares* y la *de los diputados*. Segun la Carta, todos los franceses son iguales ante la la ley, y admisibles á todos los empleos y dignidades, contribuyendo indistintamente cada uno segun su fortuna, á las cargas del estado. Cada cual profesa libremente su relijion y obtiene para su culto igual proteccion. Sin embar-

go, el estado solo mantiene al clero católico y al de las demas comuniones cristianas.

Desde 1830, el jefe del gobierno, Luis Felipe I, de la casa de Orleans, tiene el título de *rey de los franceses*: su hijo lleva, no el título de *delfin*, como antes acostumbraban los herederos del trono, sino el de *duque de Orleans*, como se titulaba su padre antes de su advenimiento al trono.

Desde el año de 1831, dejó de ser heritaria la dignidad de par. El número de pares es ilimitado, y su nombramiento pertenece al rey. Los príncipes de la sangre son pares por derecho de nacimiento.

La cámara de diputados se compone de cuatrocientos cincuenta y nueve individuos, cuyo encargo dura cinco años, y son nombrados por los electores de los departamentos.

El rey convoca y disuelve ambas cámaras. Las atribuciones de las cámaras consisten en votar las nuevas leyes, los cambios ó modificaciones que se introducen en las antiguas, el presupuesto del estado, y fijar las contribuciones anuales; pero es necesario la sancion real para dar fuerza legal á las decisiones de las cámaras.

La persona del rey es sagrada é inviolable; sus ministros son responsables de todos los actos del gobierno; y solo al rey pertenece el poder ejecutivo.

La nobleza, asi la de antiguo orijen como la creada por Napoleon, no tiene otro privilejio que el de usar de sus títulos y de sus armas; pero estos títulos distintivos no dan ninguna ventaja legal.

Las órdenes de la antigua monarquía, como la del *Espíritu Santo* y la de *San Luis* fueron abolidas por la revolucion de 1789. En 1802, creó Napoleon la órden de la *Lejion de Honor*. Bajo la restauracion se restablecieron algunas de las antiguas órdenes, y se conservó la de la Lejion de Honor; pero á la imájen de Napoleon se sustituyó la de Enrique IV. La revolucion de julio de 1830, no conservó mas que la órden de la Lejion de Honor, pero creó la *cruz de Julio*, para todos los que se distinguieron durante los tres dias.

MEDIDAS, PESOS, CRONOLOJIA, MONEDAS. — La revolucion de julio derribó el antiguo sistema de pesos y medidas; sustituyóle otro nuevo, incontestablemente superior por la regularidad y esactitud de sus divisio-

nes; pero se cometió la falta de elejir denominaciones enteramente nuevas, tomadas de las lenguas muertas y fundadas sobre abstracciones; de consiguiente, no podian llegar á hacerse populares.

Las mismas reformas sufrió el calendario; se conservó la division del año en doce meses; pero estos recibieron nombres nuevos, con relacion á las cualidades climatéricas ó productivas que los distinguen, á pesar de que estas cualidades no son las mismas para todas las partes de la Francia: ademas, estos nombres terminaban de tres en tres meses por ciertas sílabas que indicaban la estacion del año á la cual pertenecia cada mes. Así que, los tres meses de la primavera se llamaban *jerminal, floreal, y prairial*, del 21 de marzo al 18 de junio: los tres meses de estío se denominaban, *messidor, thermidor*, y *fructidor*, del 19 de junio al 16 de setiembre: los tres meses de otoño eran *vendimiario, brumario*, y *frimario*, del 22 de setiembre al 20 de diciembre: y por último, los tres meses de invierno se llamaban *nivoso, pluvioso*, y *ventoso*, del 21 de diciembre hasta el 20 de marzo. El año principiaba el 1.° de *vendimiario*, 22 de setiembre de nuestra cronolojia. Los seis dias que mediaban entre el último de fructidor, y el 1.° de vendimiario (desde 16 al 22 de setiembre) no se contaban en ningun mes y se llamaban *dias complementarios*, porque entonces cada mes no tenia mas que treinta dias.

La antigua division de los meses en semanas, cedió tambien á la de las tres *décadas* (cada una de diez dias) por mes: cada décimo dia se llama *décadi*, y era dia de fiesta y de descanso: los domingos y las demas fiestas cristianas no fueron reconocidas por la república. Igualmente se cambiaron los nombres de los dias, designándolos segun el órden de su sucesion, por *primidi, duodi, tridi*, etc., hasta el *décadi*. Por último, la Era no se contó desde el nacimiento de Jesucristo, sino desde el año de 1793, que fué el de la muerte de Luis XVI, y se contó como el primero de la Era republicana. Sin embargo, toda esta cronolojia, á la cual no podia acostumbrarse el pueblo, fué de corta duracion: Napoleon la suprimió el 1.° de enero de 1806, para restablecer el calendario cristiano.

El sistema y las denominacio-

nes de pesos y medidas, introducidos en tiempo de la república, son los únicos que se emplean en las relaciones oficiales; pero en la vida comun ha prevalecido siempre el antiguo sistema. Segun el nuevo sistema, el *metro* (es decir, la décima-millonésima parte de un cuadrante de la tierra, que equivale á poco mas de tres pies) es la unidad normal para la definicion de todas las medidas de lonjitud. Se han establecido unidades normales análogas para todas las nociones principales de magnitud: la *área* para la estension; la *estera* para la medida cúbica; el *litro* para los líquidos, y la *grama* para los pesos. Los diferentes grados de medida y de peso se designan por ciertas sílabas tomadas del latin y del griego, añadidas á las unidades normales. Las sílabas griegas indican los grados ascendentes, como *deca*, para diez; *hecto* para ciento; *kilo*, para mil; y *myria*, para diez mil. Las sílabas latinas indican los grados descendentes, y son: *deci*, para diez; *centi*, para ciento; y *milli*, para mil. Asi, por ejemplo, *decalitro* significa diez litros, y *decelitre* la décima parte de un litro. Todas estas denominaciones se oyen rara vez de la boca del pueblo, que siempre dice *pie*, *pulgada*, *libra*, *pinta*, *legua*, etc.

Tambien el sistema monetario está basado en el sistema decimal; pero se han conservado las denominaciones que estàban en uso. La unidad normal es el *céntimo*, cuyo valor esiguo está representado por una pequeña moneda de cobre: cien céntimos hacen un *franco*. En seguida va el *sueldo* ó cinco céntimos de cobre; los *dos sueldos* ó diez céntimos, de cobre ó plata de baja ley. El sueldo se divide tambien en cuatro *liares*. Las monedas de plata son: El *cuarto de franco*, el *medio franco*, el *franco*, y la pieza de *cinco francos*, es decir, de quinientos céntimos, ó de cien sueldos. Tambien hay piezas de quince y de treinta sueldos, y de dos francos. Con respecto á las monedas de oro, solo se conocen en Francia dos especies, que son las de veinte francos, llamadas tambien *napoleones de oro*, y las de cuarenta francos, ó *dobles napoleones*.

INDUSTRIA Y COMERCIO. — Desde treinta años á esta parte, ha tomado la industria francesa un magnífico vuelo. Las manufacturas y los procedimientos mécanicos se han multiplicado con una rapidez admirable; y

sus productos actuales, variados hasta lo infinito, no solo igualan, sino que sobrepujan en ciertos jéneros á los que salen de los demas talleres estranjeros. En donde se notan los grandes progresos de la industria francesa es en la fabricacion de cachemires, relojería, hilados de algodon, en los tintes, en el papel pintado, en la esplotacion de minas de ulla y de hierro, en el tallado de cristal, y en la fabricacion de toda clase de armas.

Las manufacturas de seda, introducidas en el reinado de Luis IX, llegaron al mayor grado de perfeccion y conservaron todo su brillo hasta principio de la revolucion, en cuya época se contaban empleados en los diversos ramos de industria fabril mas de dos millones de hombres; y aunque las fábricas decayeron por un efecto de las discordias en que estuvo envuelta la Francia, han vuelto ya adquirir todo su esplendor. En la actualidad se fabrican toda clase de tejidos de seda en Leon y en Tours; en Mompeller pañuelos y cubiertas de la misma especie; en Ruan terciopelos y otros artefactos; paños muy finos en Louvier, Sedan, Carcasona y en otras muchas partes; tejidos de cáñamo, paños y papel en Limojes; telas de seda, algodon y lienzo en Nimes; espejos en Sangobaria; y lienzos en Bretaña. En todo el reino de Francia hay repartidas muchas fábricas de papel, jabon, aguardiente, salitre, relojeria, joyería, quincallería, porcelana, cristales, armas, y de todo cuanto puede necesitarse.

Los productos de la industria, reunidos á los del suelo, son en Francia el objeto de un gran comercio interior y esterior. Esta nacion tiene relaciones comerciales con todas las demas partes del mundo; pero mas notablemente con la Inglaterra y los Estados-Unidos de América. El comercio de importacion es principalmente de caballos y bastias de carga, pescados, seda cruda, lana, madera para tinte, plomo, estaño, cobre, oro y plata, jéneros coloniales y bebidas. Los artículos esportados son: vinos , aguardiente, encajes, paños, telas de seda y otros tejidos, papel, libros, muebles, y toda especie de objetos de moda.

Ejercito de tierra. — Con respecto á la parte militar, la Francia está repartida en veinticinco divisiones. Cada division tiene un estado mayor, la gobierna un teniente jeneral, y la

administra un intendente militar: se compone de cierto número de departamentos ó subdivisiones, en cada una de las cuales hay un mariscal de campo y un subintendente. En todas las divisiones militares hay consejos de guerra permanentes, y un consejo para la revision de sus sentencias.

El efectivo jeneral de las tropas de todas armas del ejército de tierra ascendia en 1836 á doscientos setenta y ocho mil ciento cuarenta hombres, y el número de caballos á cincuenta y un mil doscientos setenta y seis. El grado mas elevado en el ejército de tierra es el de mariscal de Francia, cuyo número no puede pasar de doce.

Marina. — El personal del ejército de mar es de cincuenta mil hombres prócsimamente. Las fuerzas navales en tiempo de paz, consisten en cuarenta navíos, cincuenta fragatas y doscientos veinte buques de guerra de menor fuerza, entre ellos cuarenta barcos de vapor.

El grado mas alto en la marina es el de almirante, que corresponde al de mariscal en el ejército de tierra, y solo hay tres en Francia. Los grados inmediatos inferiores son los de vice-almirante y contra-almirante: el primero corresponde al de teniente jeneral, y el segundo al de mariscal de campo.

Con respecto á la marina está dividida la Francia en cinco distritos, que se sudividen en cuarteles. En cada distrito hay un prefecto marítimo, encargado de la administracion de varios puertos.

Division politica y judicial. —La antigua division del pais, en treinta y dos provincias, fué abolida por la asamblea constituyente en 1789. Estas provincias, reunidas en diferentes épocas á la monarquía francesa, y gobernadas en parte, hasta dicha reunion, por sus propios soberanos, conservaban siempre, á pesar del tiempo trascurrido, el recuerdo de su pasada independencia, y muchos vestijios de sus antiguas instituciones. La asamblea constituyente, con objeto de estinguir aquellos recuerdos y hacer desaparecer estos vestijios, inspirando á los franceses una sola nacionalidad, abolió de un golpe la antigua division provincial, y le sustituyó la de departamentos.

En el dia se divide la Francia en ochenta y seis departamentos, cuyos nombres fueron tomados, ya de las montañas que

en ellos se encuentran, ya de los rios que los riegan.

Los departamentos están administrados por prefectos, que se entienden directamente con los ministros de la corona. Cada departamento se divide en varios distritos ó subprefecturas. Los subprefectos están bajo la direccion inmediata de los prefectos. Los distritos se subdivide en cantones que comprenden cierto número de comunes ó municipalidades. Cada municipalidad está administrada por un ayuntamiento (*consejo municipal*) que en el dia se nombra por eleccion, á cuya cabeza se halla un correjidor (*maire*) con uno ó varios adjuntos escojidos entre los miembros del mismo consejo.

La division principal por departamentos ha servido de base á toda la organizacion actual de Francia. Asi que, para la administracion de justicia se divide el reino en veintisiete tribunales reales, cada uno de los cuales, escepto el de Bastía, comprende varios departamentos y recibe la apelacion de las sentencias pronunciadas en materia civil y criminal por los tribunales de primera instancia de su jurisdicion.

Los departamentos se subdividen tambien en distritos judiciales, que tienen jeneralmente la misma estension que los distritos de la subprefectura, y estan sujetos á la jurisdicion de los tribunales de distrito ó de primera instancia. Por último, cada uno de estos distritos comprende tantos juzgados de paz como cantones administrativos tiene. El juzgado de paz, que forma el último grado de la jerarquia judicial, se compone de un solo juez.

Ademas de todos estos tribunales, hay uno supremo, llamado tribunal de casacion, que reside en París, y está encargado de mantener la unidad de la jurisprudencia en toda la estension del reino. Este tribunal no conoce precisamente en el fondo de los negocios, sino que solo vela porque la ley nunca sea violada ó mal aplicada.

DIVISION DE LA FRANCIA POR PROVINCIAS. — Antes de hacer la descricion de Francia por departamentos, presentaremos su antigua division por provincias. Aunque esta division no tiene ningun carácter oficial, importa conocerla por su valor histórico y porque las obras de estadística y de historia, particularmente las escritas antes de 1789, hacen mencion de ellas á cada paso.

Dividíase antes la Francia en treinta y dos gobiernos ó provincias, de las cuales seis estaban situadas al Norte, seis al Este, seis al Sud, seis al Oeste, y ocho en el centro.

Las provincias situadas al norte eran: Flandes, su capital Lila; Artois, su capital Arras; Picardía, su capital Amiens; Normandía, su capital Ruan; Isla de Francia, su capital París; y Campaña, su capital Troyes.

Las seis del Este eran: Lorena, su capital Nanci; Alsacia, su capital Estrasburgo; el Franco Condado, su capital Besanzon; Borgoña, su capital Dijon; el Leonesado, su capital Leon; y el Delfinado, su capital Grenoble.

Las seis del Sud eran: Provenza, su capital Aix; el Languedoc, su capital Tolosa; el Rosellon, su capital Perpiñan; el Condado de Foix, su capital Foix; la Guyena y la Gascuña, su capital Burdeos; y el Bear, su capital Pau.

Las seis del Oeste eran: Santonje y el Angumoes, sus capitales Saintes y Angulema; el Aunis, su capital la Rochela; el Poitou, su capital Poitiers; Bretaña, su capital Rennes: el Anjou, su capital Anjers; y el Maine, su capital Mans.

Las ocho del centro eran: el Orleanesado, su capital Orleans; Turena, su capital Tours; Berry, su capital Bourges; el Nivernesado, su capital Nivers; el Borbonesado, su capital Moulins; la Marca, su capital Gueret; el Lemosin, su capital Limojes; y la Auvernia, su capital Clermont-Ferrand.

A estas treinta y dos provincias hay que añadir todavía la Córcega, su capital Bastia, que formaba tambien un gobierno; y el condado de Aviñon, su capital Aviñon, enclavado en Francia, y que fué cedido por el Papa en 1791.

Division por departamentos. —La Francia está dividida en la actualidad, como ya hemos dicho, en ochenta y seis departamentos que son los siguientes:

1.° *Departamento del Ain*, fronterizo á Italia; recibe su nombre del rio Ain, que le atraviesa. Su capital es Bourg.

2.° *Departamento del Aisne*, llamado asi por el rio Aisne que le atraviesa: está formado de porciones del territorio de Campaña, de Picardia y de la Isla de Francia. Su capital es Laon.

3.° *Departamento del Allier*, que toma su nombre del rio que le atraviesa. Confina al Nordeste con el Loira, y está formado del

antiguo Borbonesado, que hacia parte del Leonesado. Su capital es Moulins.

4.° *Departamento de los Alpes bajos*, fronterizo á Italia: toma su nombre de la parte de los Pirineos que le separan del Piamonte. Su territorio pertenecia á la alta Provenza. La capital de este departamento es Digne.

5.° *Departamento de los Alpes altos*, que tambien recibe su nombre de la parte de los Alpes que le separa del Piamonte. Está formado de parte del alto Delfinado y de la Provenza. Su capital es Gap.

6.° *Departamento del Ardeche*, que recibe su nombre del rio que le atraviesa de Norte á Mediodia. Está formado del antiguo Vivares, que hacia parte del Languedoc. Privas es su capital.

7.° *Departamento de las Ardenas*, fronterizo con la Béljica, que toma su nombre de los bosques que cubren su parte setentrional. Su territorio pertenecia á la Campaña. La capital de este departameuto es Mesieres.

8.° *Departamento del Arriege*, llamado asi por el rio del mismo nombre que le atraviesa de Mediodia á Norte: confina por el Mediodia con los Pirineos, que le separan de España. Está formado del antiguo condado de Foix y de algunas porciones de la Gascuña. Su capital es Foix.

9.° *Departamento del Aube*, que toma su nombre del rio que la recorre al Nordeste. Su territorio está formado de la Campaña propiamente dicha. La capital de este departamento es Troyes.

10. *Departamento del Aude*, que toma su nombre del rio Aude que le riega de Oeste á Este. Su territorio pertenecia al bajo Languedoc. Su capital es Carcasona.

11. *Departamento de Aveiron*: toma su nombre del rio que le atraviesa de Este á Oeste. Está formado del Rouergue, que estaba comprendido en la Guyena. Su capital es Rodez.

12. *Departamento de las Bocas del Ródano*: toma su nombre de las diversas embocaduras que el Ródano tiene en su territorio. Este departamento está formado de la baja Provenza. Su capital es Marsella.

13. *Departamento de Calvados*, sobre la Mancha, con la cual confina al Norte: toma su nombre de un grupo de rocas elevadísimas que hay en el mar, á poca distancia de la costa, en-

tre las cuales encalló en 1588 el navío español nombrado Calbados, que hacía parte de la Escuadra que Felipe II enviaba á Inglaterra. Este departamento está formado del territorio de la baja Normandía. Su capital es Caén.

14. *Departamento de Cantal,* que toma su nombre de una alta montaña que se eleva en su centro. Está formado del territorio de la alta Auvernia. Su capital es Aurillac.

15. *Departamento del Charenta,* cuyo nombre toma del rio que tiene en él su orijen y le recorre casi en todas sus partes. Su suelo, desigual y entrecortado por colinas, formaba antes el Angumois y una parte de la Santonge. Su capital es Angulema.

16. *Departamento del Charenta inferior,* en el golfo de Gascuña: toma su nombre del rio Charenta, que desemboca en el Océano por Roquefort. Su territorio está formado de la Santonge y del Aunis. La capital de este distrito es la Rochela.

17. *Departamento del Cher,* que recibe su nombre del rio que le atraviesa de Mediodia á Norte: está formado del alto Berry y del bajo Borbonesado. Este departamento, el mas central de la Francia, tiene por capital la ciudad de Bourges.

18. *Departamento de la Correze,* llamado así del rio del mismo nombre que le atraviesa. Está formado del bajo Limosin. Su capital es Tulle.

19. *Departamento de Córcega:* está formado de la Isla de Córcega, situada en el Mediterráneo al mediodia de Provenza, y separada de la Cerdeña por el Estrecho de Bonifacio. Su capital es Ajaccio.

20. *Departamento de la Costa de Oro,* que debe su nombre á una cadena de colinas que se estiende hácia el Sudeste, y que produce los vinos de Borgoña mas estimados. Su territorio está formado de una parte de la Borgoña. La capital de este departamento es Dijon.

21. *Departamento de las Costas del Norte:* toma su nombre de las costas que le limitan en toda su lonjitud setentrional sobre el canal de la Mancha. Está formado del territorio de la alta Bretaña. Su capital es Saint-Brieux.

22. *Departamento de la Creuse:* toma su nombre del rio que le atraviesa de Mediodia á Noroeste. Está formado de la provincia de la Marca. Su capital es Gueret.

23. *Departamento del Dordoña*: llamado así del rio que le atraviesa de Este á Oeste. Su territorio está formado del antiguo Perigord. La capital de este departamento es Perigueux.

24. *Departamento del Doubs*: toma su nombre del rio que le atraviesa y le sirve de confines al Sudeste. Está formado del Franco Condado, y del Condado de Montbeliard. Su capital es Besanzon.

25. *Departamento del Droma*: llamado así de un rio que le atraviesa de Este á Oeste. Está formado del bajo Delfinado. Su capital es Valence.

26. *Departamento del Eura*: toma su nombre de un rio que le atraviesa de Sud á Norte. Su territorio está formado de algunas partes de la alta Normandía. La capital de este departamento es Evreux.

27. *Departamento del Eura y Loira*: llamado así de los dos rios que le riegan. Está formado del pais de Chartrain y del Perche, en el Orleanesado. Su capital es Chartres.

28. *Departamento de Finisterre*: llamado así por su posicion estrema al Oeste de Francia. Forma una península bañada al Norte por la Mancha, al Oeste y al Sud por el Océano. Comprende el territorio de la baja Bretaña. Su capital es Quimper.

29. *Departamento del Gard*, que debe su nombre al rio, Gard ó Gardon que le riega. Su territorio está formado de parte del bajo Languedoc. Su capital es Nimes.

30. *Departamento del alto Garona*, que debe su nombre al rio que le atraviesa en toda su lonjitud. Su territorio hacía parte del Languedoc, y su capital es Tolosa.

31. *Departamento del Gerse*: llamado así del rio que le recorre de Mediodia á Norte. Está formado de varias partes de la Gascuña. Su capital es Auch.

32. *Departamento de la Jironda*, que toma su nombre de un rio que le atraviesa y se arroja en el Océano. Su territorio está formado de varias partes de la Guiena. La capital de este departamento es Burdeos.

33. *Departamento del Herault*, que toma el nombre de un rio que le atraviesa de Norte á Sud, y cuyo territorio está formado de una parte del Languedoc. Su capital es Monpeller.

34. *Departamento del Ille y Vilaine*, surcado por dos rios de los cuales toma su nombre. El territorio de este departamento,

perteneció á la alta Bretaña. Su capital es Rennes.

35. *Departamento del Indra*: llamado así del rio del mismo nombre que le atraviesa. Está formado de algunas partes del bajo Berry y de la Turena. Su capital es Chateauroux.

36. *Departamento del Indra y Loira*: llamado así del rio Loira que le atraviesa, y del Indra, afluente del Loira. Su territorio está formado principalmente de la Turena. La capital de este departamento es Tours.

37. *Departamento del Isera*, cuyo nombre toma de un rio que le atraviesa por el centro. Su territorio pertenecia al antiguo Delfinado. La capital de este departamento es Grenoble.

38. *Departamento del Jura*: toma su nombre de las elevadas montañas que le separan de la Suiza. Está formado de la parte meridional del Franco-Condado. Su capital es Lons-le-Saulnier.

39. *Departamento de las Landas*, llamado así de la dilatada llanura arenosa y estéril que cubre la mayor parte de su territorio al Oeste sobre el Océano. Está formado de la parte Oeste de la Gascuña. Su capital es Mont-de-Marsan.

40. *Departamento del Loira y Cher*, que toma su nombre de estos dos rios que le riegan, uno al Norte, y otro al Sud. Está formado de varias partes del Leonesado. Su capital es Blois.

41. *Departamento del Loira*, que toma su nombre del rio que le atraviesa. Está formado de parte del Leonesado y del Forez. Su capital es Montbrison.

42. *Departamento del Alto Loira*: llamado asi del rio del mismo nombre que tiene su nacimiento en él. Está formado de la alta Auvernia y del Velay, en el Lacguedoc. Su capital es Le-Pui.

43. *Departamento del Loira Inferior*: toma su denominacion del rio que tiene en él su embocadura en el Océano. Está formado de una parte de la alta Bretaña. Su capital es Nantes.

44. *Departamento del Loiret*, que debe su nombre á un pequeño rio que entra en el Loira, mas abajo de Orleans. Está formado del Orleanesado propiamente dicho. Su capital es Orleans.

45. *Departamento del Lot*; cuyo nombre está tomado del rio que le atraviesa. Su territorio está formado del Quercy que dependia de la Guiena. La capital de este departamento es Cahors.

46. *Departamento del Lot y Garona,* que toma su nombre de estos dos rios que le riegan. Está formado del Agenois en la Guiena. Su capital es Agen.

47. *Departamento de la Locera,* que toma su nombre de una de las mas elevadas montañas de los Cevennes. Está formado del Gevaudan en el Languedoc. Su capital es Mende.

48. *Departamento del Maine y Loira,* llamado así del Loira que le atraviesa y del Mayena que viene del Norte, y se llama Maine en Angers. Su territorio está formado del alto y bajo Anjou. Su capital es Angers.

49. *Departamento de la Mancha,* que toma su nombre de la Mancha que le baña al Oeste, al Norte y en parte al Este. Está formado de porciones de la baja Normandía. Su capital es Saint-Ló.

50. *Departamento del Marne,* llamado así del rio que le atraviesa. Está formado de varias partes de la Campaña. Su capital es Chalons-Sur-Marne.

51. *Departamento del Alto Marne,* llamado así del rio que tiene en él su nacimiento. Está formado de porciones de la Campaña, de la Lorena y de la Borgoña. Su capital es Chaumont.

52. *Departamento del Mayena,* que toma su nombre del rio que le atraviesa de Norte á Sud. Su territorio está formado de parte del Maine y del Anjou. La capital de este departamento es Laval.

53. *Departamento del Meurta,* cuyo nombre está tomado de un rio que le atraviesa. Forma su territorio una parte de la Lorena. La capital de este departamento es Nancy.

54. *Departamento del Meusa,* que debe su nombre á un rio que le atraviesa. Está formado de porciones de la antigua Lorena. Su capital es Bar-le-Duc.

55. *Departamento del Morbihan*: recibe su nombre del canal que sirve de entrada al Golfo de Vannes. Su territorio está formado de parte de la baja Bretaña. Su capital es Vannes.

56. *Departamento del Mosela,* cuya denominacion recibe del rio del mismo nombre que le atraviesa. Está formado de una porcion de la Lorena, y de algunos paises alemanes. Su capital es Metz.

57. *Departamento del Nievra,* que toma su nombre de un rio que desagua en el Loira. Está formado del antiguo Ni-

vernesado. Su capital es Nivers.

58. *Departamento del Norte,* llamado así por su posicion al Norte de Francia. Su territorio está formado de la antigua Flandes francesa. La capital de este departamento es Lila.

59. *Departamento del Oisa,* cuya denominacion toma del rio Oisa que le atraviesa. Está formado de porciones de la isla de Francia. Su capital es Beauvais.

60. *Departamento del Orna,* llamado así del rio del mismo nombre que tiene en él su orijen. Está formado de porciones de la Normandía y del Maine. Su capital es Alenzon.

61. *Departamento del Paso de Calés,* que recibe su nombre de un pequeño brazo de mar que le separa de la Inglaterra. Está formado de varias partes del Artois y de Picardia. Su capital es Arras.

62. *Departamento de Pui de Dome*: debe su denominacion á una elevada montaña de la cordillera de los montes Dome, que está situada en el centro de su territorio. Está formado de la parte Norte de Auvernia. Su capital es Clermont.

63. *Departamento de los Bajos Pirineos,* que recibe su nombre de la posicion que ocupa al pie de la parte de los Pirineos mas prócsima al mar. Su territorio está formado del Bearn y de la baja Navarra. La capital de este departamento es Pau.

64. *Departamento de los Altos Pirineos,* que tambien toma su nombre de la posicion que ocupa al pie de la parte de los Pirineos mas distante del mar. Está formado de algunas porciones de la Gascuña. Su capital es Tarbes.

65. *Departamento de los Pirineos Orientales,* llamado así porque está limitado al Sud por la parte mas oriental de los Pirineos. Está formado del Rosellon. Su capital es Perpiñan.

66. *Departamento del Bajo Rhin*: toma su nombre del Rhin, que le baña al Este, y de su posicion sobre dicho rio relativamente al departamento del Alto Rhin. Su territorio está formado de la baja Alsasia y de algunas fracciones de la Lorena. La capital de este departamento es Estrasburgo.

67. *Departamento del Alto Rhin*: llamado así de la posicion que ocupa sobre dicho rio, que le separa del gran Ducado de Baden. Está formado de la alta Alsacia y del pais de Mulhausen. Su capital es Colmar.

68. *Departamento del Róda-*

no: recibe su nombre de este rio, que corre al Este y le sirve de límites. Está formado del antiguo Leonesado. Su capital es Leon.

69. *Departamento del Alto Saona,* que recibe el nombre del rio que le atraviesa. Está formado de una parte del Franco Condado. Su capital es Vesoul.

70. *Departamento del Saona y Loira,* cuya denominacion debe á estos rios, de los cuales el primero le atraviesa, y el segundo le baña al Oeste. Está formado del Maconesado y del Charolado, que pertenecieron á la antigua Borgoña. Su capital es Macon.

71. *Departamento del Sarta,* cuyo rio le atraviesa. Está formado de varias partes del Maine y del Anjou. Su capital es Le Mans.

72. *Departamento del Sena,* cuya denominacion toma del rio que le atraviesa de Sudeste á Nordeste. Este departamento está formado de la Isla de Francia. Su capital, y tambien de todo el reino, es París.

73. *Departamento del Sena Inferior,* que toma su nombre del mismo rio que termina en él su curso y desemboca en el canal de la Mancha. Está formado de la alta Normandía. Su capital es Ruan.

74. *Departamento del Sena y Maine,* llamado así de estos dos rios que le atraviesan. Está formado de varias porciones de la Isla de Francia y de la Campaña. Melun es su capital.

75. *Departamento del Sena y Oisa,* cuyos dos rios le dan su nombre. Está formado de parte de la Isla de Francia y del Orleanesado. Su capital es Versalles.

76. *Departamento de los dos Sevres,* que toma su nombre de estos dos rios que le atraviesan: el Sevres Nantés al Norte, y el Sevres Niortés al Sud, cuyas denominaciones reciben de las ciudades de Nantes y Niort, por donde pasan. Su territorio está formado de una parte del antiguo Poitou. La capital de este departamento es Niort.

77. *Departamento del Somma,* cuyo rio le atraviesa de Este á Oeste. Está formado de una parte de la antigua provincia de Picardía. Su capital es Amiens.

78. *Departamento del Tarna,* cuyo rio atraviesa su territorio, que está formado del alto Languedoc. La capital de este departamento es Albi.

79. *Departamento del Tarna*

y Garona, cuyos dos rios le riegan. Este departamento está formado de porciones de la Guyena, de la Gascuña y del Languedoc. Su capital es Montauban.

80. *Departamento del Var,* que toma su denominacion de este rio que le atraviesa. Está formado de la baja Provenza. Su capital es Draguiñan.

81. *Departamento de Vaucluse,* que toma su nombre de la célebre fuente situada en las inmediaciones de Aviñon. Su territorio pertenecia al antiguo condado de Venaissin. Su capital es Aviñon.

82. *Departamento de la Vendée,* que toma su nombre de un pequeño rio que le atraviesa. Su territorio está formado de una parte del antiguo Poitou. La capital de este departamento es Borbon-Vendée.

83. *Departamento del Viena,* nombre de un rio que le atraviesa de Sud á Norte. Está formado del antiguo Poitou. Su capital es Poitiers.

84. *Departamento del Alto Viena,* llamado así del rio Viena que tiene en él su nacimiento. Está formado del alto Limosin y de la baja Marca. Su capital es Limojes.

85. *Departamento de los Vosges,* que debe su nombre á su posicion relativa con la montaña de los Vosges. Está formado de algunas porciones de la Lorena y del pais de los Vosges. Su capital es Espinal.

86. *Departamento del Yonna,* que toma su nombre del rio que le atraviesa. Está formado del Auxerrois en Borgoña y del Senonnais en Campaña. Su capital es Auxerre, que se halla casi en el centro del departamento, sobre el Yonna, á cuarenta y dos leguas de París. Es ciudad muy antiquísima, y hace un comercio considerable de maderas y vinos.

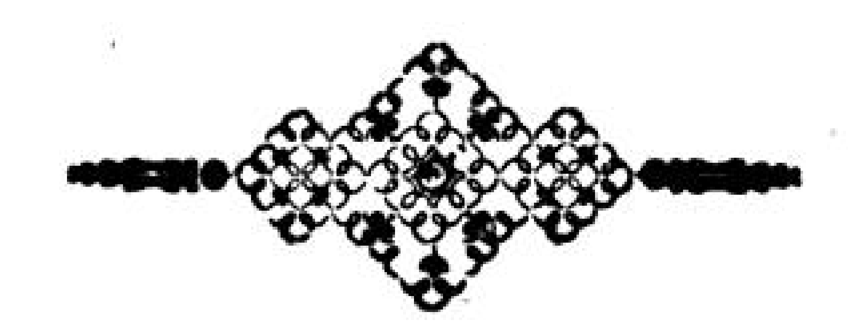
Posesiones francesas en Africa, Asia, y America. — La Francia posee fuera de Europa las colonias y establecimientos siguientes:

En *Africa*: Arjel y su territorio en el Mediterraneo; el distrito de San Luis y la Isla de Gorea en el Senegal; la Isla de Borbon en el Océano índico, y la Isla de Santa María cerca de la Costa Oriental de Madagascar.

En *Asia é Indostan*: Pondichery y Karikal sobre la costa de Coromandel; Yanaon en los Circares setentrionales y varias factorias en la costa de Bengala; Mahé y su territorio, y el establecimiento de Calcuta en

la costa de Malavar; Surate en el golfo de Cambaya y las factorias de Mascata y de Moka en Arabia.

En *America*: La Martinica, Guadalupe, Las Santas, Maria Galanda, la parte oriental de la Isla de San Martin, los islotes de San Pedro y de Miguelon, en la Isla de Terranova, y la Guyena francesa.



CAPITULO II.

Primeros pobladores de Francia. — La Galia subyugada por los romanos. — Invasion de los francos. — Clodoveo, primer rey de la raza Merovinjia. — Sucesores de Clodoveo. — Mayordomos de palacio. — Reyes holgazanes. — Cárlos Martel. — Pipino el breve, primer rey de la raza Carlovinjiana. — Carlo Magno. — Luis I el Debil. — Cárlos II el Calvo. — Luis II. — Luis III, Carloman, Cárlos el Gordo. — Cárlos IV el Simple. — Hugo Capeto, primero de esta raza. — Roberto II. — Enrique I. — Felipe I. — Luis VI, el Gordo. — Luis VII. — Felipe II. — Luis VIII, llamado el Leon. — Luis IX. — Felipe III el Atrevido. — Felipe IV el Hermoso. — Luis X. — Felipe V el Largo. — Cárlos el Hermoso. — Felipe VI. — Juan II. — Cárlos V.

PRIMEROS POBLADORES DE FRANCIA. — Los franceses suponen que Gomer, hijo de Jafet, es su primer padre; que los celtas vinieron por la Jermania y poco á poco fueron poblando aquel pais. Parece que la relijion de este patriarca fue la primera en Francia, y la conservaron por mucho tiempo en su sencillez, pues es admirable la semejanza que se nota entre las prácticas y usos relijiosos y domésticos de los judios, con los de los antiguos gaulas, los anatemas, las festividades, los sacrificios y la jerarquía de los sacerdotes; bien que con los diferentes cultos de los estranjeros, corrompieron la relijion, y bajo diferente nombre daban á sus dioses los mismos atributos que á los de los romanos. Cuando éstos condujeron sus ejércitos á las Galias ya encontraron allí el uso de los sacrificios y del incienso; pero sin templos, pues sustituian á estos los bosquetes sagrados, entre cuyos árboles era la encina la preferente en la veneracion. Sin embargo, han quedado monumentos ajigantados que se cree haber estado destinados al culto relijioso. El que se halla mas bien conservado ecsiste en Inglaterra, donde se dice que estuvo radicada por mucho tiempo la relijion de los gaulas: es-

te monumento ó edificio forma un círculo que se compone de piedras enormes unidas con crapas y coronado de un arquitrabe: da indicios de haber estado cubierto, y en medio está colocada una piedra mayor que las demas, la cual sería el altar, y en todas ellas se advierten señales de escultura: se confunden en las conjeturas que se forman sobre por qué medios llegaron estas grandes piedras á un sitio en donde no hay otras semejantes; y no admira menos el cómo pudieron levantarlas y colocarlas. A ciertas distancias se advierten unos montecillos mas ó menos elevados: en las escavaciones que se han hecho allí han encontrado restos de huesos, utensilios domésticos, armas, y aun adornos de mujeres, lo que hace conjeturar que fueron sepulcros.

Los druidas eran los jefes de la relijion de los gaulas; formaban un órden distinto, y en todos los negocios así jenerales como particulares, tenian influjo sus decisiones: en cuanto á su antigüedad tienen la misma que los bracmanes de la India, los magos de Persia, los caldeos de Babilonia y Asiria, y finalmente la de las sectas mas antiguas de la filosofía. Tenian el derecho de nombrar las autoridades anuales de cada ciudad, y sin su consentimiento no podian estos reunir el consejo; de modo que eran los druidas dueños del gobierno en la realidad. Su jefe se nombraba el *Gran Druida*, cuya residencia era, segun los modernos, en los bosques de Chartrain, cerca de Dreux. Lo soberano y estenso de su poder se infiere porque era un órden que tenia colejios y escuelas, y presidia á la educacion de la juventud, á la que enseñaba todo, menos el ejercicio de las armas. Estaban ellos y sus discípulos esentos de la guerra y de todo tributo. Este órden no se contraía á tal ó cual familia, ni aun á la nacion, pues cualquier hombre podia entrar en él, siendo aprobado por la sociedad. La eleccion del Gran Druida se hacia á pluralidad de votos; y si en este caso se suscitaban disputas, las decidia la espada.

Las poesías en que constaban sus misterios, las aprendian de memoria: crecieron tanto estas con el tiempo, que apenas podrian aprenderlas en veinte años; bien que no les embarazaban los cuidados domésticos, porque los bienes eran comunes, y profesaban el celibato. Los principales fundamentos de su

relijion eran el culto de los dioses, la privacion de todo mal, y una intrepidez suma en la ejecucion de sus empresas, con cuyos principios era probable que adelantase mucho una sociedad compuesta de hombres hábiles. Creian en la vida futura, cuyo util dogma enseñaban al pueblo con el mayor esmero. Los historiadores antiguos les aplican todas las ciencias, y con particularidad la de pronosticar, y la medicina; y para dar mas opinion á los que se dedicaban á esta, la ennoblecían con prácticas supersticiosas, como eran consultar la situacion de los planetas para aplicar los remedios; cojer las yerbas, con la particularidad de que algunas habian de arrancarse con una mano y no con la otra; vestirse de blanco é ir descalzos, con otras ceremonias pueriles; mas los que tenian sujetos asi á los demas hombres, conocian lo útil que les era todo esto.

Tenian un respeto relijioso á cierta planta parásita que está pegada á varios árboles, á la cual y á otras algunas se las da este nombre porque se alimentan y nutren de sustancia ajena; y la que mas honraban con una especie de culto, era la que cojian pegada á la encina, cuyo acto era una de sus principales solemnidades, repartiéndose los druidas por los montes para buscarla, con previa preparacion de ayunos y ceremonias espiatorias, y usando de un cuchillito de oro: el jefe de los druidas era el que la separaba, á cuyo acto iba descalzo, vestido de blanco y acompañado de las druidas jóvenes que la recibian debajo del árbol en un lienzo. A esta planta atribuian las mas grandes virtudes, mirándola como remedio universal.

Las druidas formaban tres clases: la primera se componia de las que guardaban virjinidad perpétua: la segunda de las casadas; pero se obligaban á las leyes, pues solo una vez al año veian á sus esposos para tener hijos; y la tercera de una clase libre de la sujecion de las otras; mas estaban destinadas á servirlas. Gozaban las sacerdotisas de un gran poder en la nacion, y concurrian y aun presidian á los consejos. Se asegura que ejecutaban el principal papel en los actos mas solemnes y horrorosos de la relijion de los gaulas, cual era el de los sacrificios humanos.

Para estos sacrificios se vestian las druidas de blanco, se descalzaban, y se ceñian un cin-

turon de metal: se apoderaban del infeliz que las entregaban, al cual arrojaban al suelo, le llevaban arrastrando hasta el pie de una encina, en donde habia una tarima sobre la cual se hallaba la sacerdotisa que debia hacer el sacrificio: esta introducia un cuchillo en el pecho de la víctima, y por el modo de correr la sangre inferia sus pronósticos. Las otras druidas asistentes abrian los cadáveres, miraban las entrañas, y de esta inspeccion inferian lo venidero y formaban sus profecías, que comunicadas al ejército ó al consejo, eran miradas con una credulidad reverente. Los prisioneros de guerra eran los que regularmente destinabaná este odioso rito; y á falta de ellos echaban mano de otros infelices indicados por la inspiracion ó por la suerte. En estas horribles funciones tenian los druidas parte con ellas, y aun se dice que prolongaron tan abominable supersticion para hacerse temibles.

El órden de los *bardos* era otro de los mas estimados entre los gaulas; su ocupacion consistia en cantar las alabanzas de los guerreros al son de los instrumentos. Los héroes que celebraban dodian contar con la inmortalidad de la fama; é iban con el ejército para ecsaminar de cerca las hazañas que debian celebrar. Sus poemas eran tenidos por admirables. Los bardos animaban con su gritería á los que peleaban, y en el sonido de la voz daban á entender si la victoria se inclinaba á ellos ó si á los enemigos. Los *vates* eran una clase de poetas ó cantarines inferiores á los bardos. Los gaulas no honraban menos á la elocuencia que á la poesia, representando su poder con el emblema de un Hércules armado; pero que su fuerza no consistia solamente en las armas, sino tambien en la armonía de su voz, que representaban con unas cadenillas que terminaban en los oidos de los que escuchaban, y estas cadenillas estaban flojas para significar que le seguian con libertad los que le escuchaban.

Los gaulas tuvieron reyes antes de la invasion de los romanos; pero por esta época se dividieron en repúblicas, en cuyo estado los encontró César cuando entró en las Galias. Estas repúblicas eran, unas aristocráticas, otras democráticas y tora mistas: cada una de ellas ocupaba un distrito, y elejian anualmente el majistrado para los negocios públicos, y un jefe

para la guerra. Los distritos formaban una junta jeneral cada año, y en ella se arreglaban todos los asuntos pertenecientes á las naciones aliadas. Los mismos territorios gobernados por reyes, se sometian á este reglamento, y seguramente se habria salvado la Galia si en tales reuniones hubiese reinado siempre el amor al bien público; pero los romanos introdujeron entre ellos la ambicion y fomentaron los partidos. Decian con Tácito: «Si no quieren ser nuestros amigos, esten por lo menos desunidos entre sí, pues la fortuna no puede hacernos mejor servicio que el de dividirlos.» En esta especie de gobiernos republicanos habia una ley que mandaba que todo particular que supiese alguna cosa concerniente al intéres público, debia noticiarla á los majistrados, sin manifestarla al pueblo, quien solo debia saber lo que los majistrados tuviesen por conveniente; por cuyo medio se evitaban las deliberaciones precipitadas á que suele dar lugar la impetuosidad del pueblo.

El desafio era no solamente costumbre, sino una ley superior á todas: un gaula condenado por un tribunal podia apelar á su espada y obligar á su contrario á presentarse en la palestra, en donde se batian por un simple pundonor ó por fijar la suerte en las materias oscuras: esta manía era comun en ambos secsos y proveniente del desprecio que hacian de la muerte. Se quitaban la vida cuando por vejez, enfermedad ó heridas se veian reducidos á vivir sin honor. Cuando tenian que hacer retiradas, mataban á los heridos que no podian llevarse, y estos les daban las gracias. El segundo Brenno, habiendo sido herido peligrosamente, reunió su ejército, le nombró jefe, y dió órden á este para que le quitase la vida á él y á todos los heridos y enfermos, á fin de que pudiese conducir los otros á su pais. Veinte mil de aquellos infelices fueron muertos en esta ocasion. Las mujeres despreciaban tambien la muerte: peleaban con sus maridos, y aun contra ellos mismos, si huían, para obligarlos á volver al combate. Mário acababa de vencer á los gaulas, y persiguiéndolos le hicieron frente las mujeres armadas de espadas y hachas, y vió que descargaban golpes sobre los vencedores y vencidos. Hallándose en estado de no poderse defender mas, pidieron tres cosas al romano:

que no las hiciese esclavas, que respetase en ellas las leyes de la castidad, y que se las emplease en el servicio de las vírjenes vestales. Mario las negó esta pretension, y al dia siguiente las encontró colgadas de los árboles y manchadas de la sangre de sus hijos, á quienes habian muerto. El mismo César fué testigo en dos ocasiones, de iguales actos de desesperacion: en la primera se hicieron degollar por mano de los jóvenes que habian quedado en el campo, los cuales se mataron despues unos á otros: en la segunda, no habiendo podido las mujeres evitar su cautiverio, se precipitaron todas en el rio. Finalmente, habiendo propuesto á unas mujeres de los gaulas que elijiesen ser vendidas ó muertas, escojieron sin detenerse el último partido; pero como se hubiese desechado esta eleccion y las pusiese en venta, se dieron todas la muerte despues de haber hecho lo mismo con sus hijos.

Como la esclavitud contribuia mucho en los gualas de ambos secsos para tomar estas resoluciones desesperadas, y era un estado horrible el que les traia la privacion de la patria, de los bienes, la separacion de sus esposos é hijos, y de todo lo que mas amaban, no se detenian en sacrificar sus vidas por la libertad, la cual no era en ellos una palabra vaga, sino un amparo contra todos los males; por eso preferian los gaulas á la pérdida de su libertad, la muerte.

La disciplina militar de los gaulas era muy imperfecta: contaban solamente con el número, y dejaban las demas ventajas para los enemigos: siendo la guerra su pasion dominante, desconocian el arte de poner sitio. Ya fuese por amor á sus antiguos usos, ó por despreciar á las demas naciones, no se advertia que estando habituados á las armas fuesen mas hábiles en la defensa; pero en los ataques, y principalmente en las invasiones, eran temibles. Habian adquirido tanta reputacion en este último punto, que los que en el imperio romano estaban esentos de ir á la guerra por ser ancianos ó sacerdotes, apreciaban mas este privilejio cuando amenazaba alguna irrupcion de los gaulas. Tenian canciones guerreras, y las hacian aprender á los niños para inspirarles desde su infancia el gusto de las armas.

Su lengua, que era el antiguo celta, dura aun al norte del pais

de Gales, en la Bretaña baja, en Irlanda, en las islas de Man y Anglesei, y en Vizcaya. Parece dura á los estranjeros; pero se dice que es enérjica y concisa. Es de admirar que quede señal de ella habiendo hecho los romanos tantos esfuerzos para estinguirla y sustituirla con la suya, á fin de destruir la antipatía que los druidas sostenian contra ellos, y el de estinguir los sacrificios sangrientos que les daban tanto poder.

A este efecto formaron los conquistadores academias en Leon, Burdeos, Tolosa, Narbona y Marsella, poniéndolas tan florecientes que en tiempo de Tiberio se contaban cuarenta mil estudiantes en Autum. La escritura en los gaulas fué muy tardía y muy corta: se ignora cuáles fueron sus circunstancias propias; pero cuando empezaron á tener familiaridad con sus vencedores, escribieron su lengua en caractéres griegos y romanos.

En las inscriciones encontradas en París, se prueba que tenian los gaulas compañías de comercio, y que se hacía por mayor. Entre los grandes y personas principales de los gaulas era la caza su ocupacion dominante, y los cazadores celebraban anualmente una fiesta en honor de Diana con muchas ofrendas y convites. Como honraron tanto este ejercicio, despreciaron la agricultura, y á los que tenian precision de aplicarse á ella. La clase de los cazadores era la de guerreros, y se acostumbraban á las carreras á pie y á caballo, y á sufrir en caso necesario una vida dura y frugal. Los jóvenes debian usar un cinto de una lonjitud fija, y si engrosaban de modo que fuese preciso alargarle, se les imponia una multa.

Elójiase mucho la hospitalidad de los gaulas, pues se disputaban el honor de recibir á los estranjeros, castigándose el homicidio de uno de estos con mas rigor que el de un gaula. Eran humanos y compasivos fuera de la guerra, y tan fieles que los emperadores romanos tuvieron una guardia de gaulas. Sus vestidos eran muy fáciles de quitar y poner, compuestos de solo una chupa y un calzon. Usaban del cabello largo, unos brazaletes en las muñecas, y mas arriba del codo, ya de oro, ó ya de cobre segun sus riquezas. El ropaje de los druidas era blanco y largo; pero se ignora cuál fuese la forma del de las mujeres. La poligamia no era

permitida entre ellos, y tenian sobre las mujeres el derecho de vida y muerte.

Admira la fecundidad de estas si se forma juicio por las emigraciones, pues la Galia inundó la Italia con inumerables bandadas de guerreros, que amontonados unos con otros la ocuparon casi toda. De este punto salieron torrentes de ellos, que recorrieron y asolaron muchos paises del Asia; y otras columnas menores, aunque de mucha consideracion, se esparcieron por España, y llegaron al Africa: podrá graduarse la inmensa poblacion de los gaulas por las colonias que formaron, y el número admirable de hombres que componian sus ejércitos.

Bajo la conducta de Bellovero salió la primera colonia de gaulas en el año 2377, y estableció á los habitantes de Languedoc y el Delfinado en las llanuras del Piamonte y la Lombardía. Crionis condujo á los que habitaron entre el Sena y el Loira al pais de Mántua, á la Carniola y á los territorios de Venecia. Los langreses y otros vecinos sus asociados, ocuparon el pais de Novara, las orillas del Pó, la tierra de Plasencia, Ravena y Bolonia. Brenno se apoderó de Roma en el año 2614 con un ejército de meldeses y senoneses. Los gálatas obligaron á toda la Italia á coligarse contra su invasion, y esta liga formó un cuerpo de ochocientos mil hombres. En los ejércitos de Anníbal hallaron los romanos en contra de sí á los gaulas. Macedonia, Tracia, Dalmacia, la Prepóntide y la Grecia fueron inundadas por inumerables gaulas, conducidos por otro Brenno, Beljio y Celetrio, que combatieron, perecieron, ó se mezclaron con los habitantes en tanto número, que algunas veces conservaron su nombre en los paises estranjeros, como aconteció con los *galo-griegos*.

La galia subyugada por los romanos. — Tuvieron los romanos que valerse de un medio para sujetar á los gaulas, y fué trazar un camino á propósito para que transitasen por él con rapidez sus ejércitos en caso necesario: á esta obra se le dió tanta importancia, que á Mario, que fué el que la empezó, le honraron con el triunfo, haciendo lo mismo con Escaura que la concluyó; pero estas precauciones no impidieron las derrotas sangrientas que sufrieron los romanos en las Galias: y lo mas notable en la de Cepion y Man-

lio fué que, despues de la victoria, los gaulas juraron sacrificar á sus dioses los despojos, y mataron todos los prisioneros, ahogaron todos los caballos, y arrojaron al Ródano el oro y la plata, sin embargo de ser una riqueza que les pertenecia. Este tesoro le habia robado Cepion en la ciudad de Tolosa, donde los gaulas le tenian depositado, y pertenecia á la confederacion de los mismos gaulas: se asegura que consistia por lo menos en cien mil libras de oro, é igual número de plata.

Los esclavos que se rebelaron contra Roma y la hicieron temblar bajo el gobierno de Espartaco, eran la mayor parte gaulas, y su antigua preocupacion de deshonra en volver á su pais como esclavos, habiendo salido como soldados, les obligó á no seguir á aquel jefe que les prometia llevar á su pais, y perecieron con Espartaco cuarenta mil gaulas; este fué el preludio de la horrorosa carnicería que se ejecutó despues en las Galias. César derrotó cerca del monte Jura á Orjetorix, hizo cautivas á su mujer y a su hija, matando ciento treinta mil hombres: venció á Ariovisto en las orillas del Sena; y á Galba, rey de Soisons, en las del Aisne: el primero dejó su hija y sus dos mujeres con un inmenso botin en poder de César; en el ejército del segundo se dice que fué tanto el número de los muertos, que los cadáveres sirvieron de puente á los que huyeron. Los del Vermandés, despues de una vigorosa defensa, se rindieron, y muchas pequeñas repúblicas hicieron lo mismo: estas victorias, acompañadas de la suavidad, ecsortaciones y rigor, ayudaron al jeneral romano á subyugar á los gaulas, sobre lo cual se refiere el cruel ejemplo que dió muchas veces cortando el brazo derecho á los prisioneros de los paises que temia se le rebelasen.

De este modo atroz vino á ser la Galia una provincia romana sujeta á los *hachos*, de lo que se quejaban sus diputados en Roma. Semejantes escesos justifican el aborrecimiento de los gaulas á la esclavitud, y los grandes esfuerzos que practicaron contra los romanos para sostener su libertad. De tiempo en tiempo volvian á levantarse del estado de abatimiento en que se encontraban, apareciendo entre ellos algunos guerreros que los sacaron de la opresion. Suministraron tam-

bien jefes al imperio; pero las victorias los debilitaron tanto como sus derrotas, y con ellas se facilitó á los francos la conquista que hicieron de la Galia cuando la invadieron en el año 406 de la era cristiana.

Invasion de los francos.—En este tiempo salió una multitud de bárbaros de los dilatados montes de la Jermania bajo el mando de Faramundo, los cuales con el nombre de francos inundaron las Galias, y en vez de establecer allí sus habitaciones, se contentó dicho jefe con llevar á sus campamentos todas las riquezas de aquel pais. Los sucesores de este, Clodion (año 427,) Meroveo (448,) y Childerico (456,) hicieron igualmente lijeros acometimientos, poseyendo poco territorio en la Francia.

Clodoveo.—(481) Este fué el primero que uniendo á una política sagaz una guerra feliz y bárbara, se radicó sólidamente en aquellos paises en el siglo V, siendo la primera rama de los reyes de Francia, que se la nombró *Merovinjia*.

Contribuyeron para la guerra de Clodoveo dos cosas muy contrarias, á saber: la relijion y la crueldad. Ganó á los obispos y al clero, que tenian grande influencia en los pueblos, dejándoles sus leyes y costumbres y haciéndose cristiano. Al mismo tiempo se apoderó con la astucia y con la fuerza de los estados de los príncipes que tenia alrededor, haciendo asesinar al rey de Colonia, Sijeberto, por su propio hijo Clodovico, al que hizo castigar despues por sus mismos criados. Con el pretesto aparente de vengar aquellas muertes, se presentó en las fronteras, y no sospechando los vasallos que él hubiese tenido parte en ellas, se le sometieron. Cararico, rey de los morinos, y su hijo, se ordenaron sacerdotes por mandato de Clodoveo; pero temiendo despues que tratasen de recobrar la corona, aunque el sacerdocio les separaba de ella, los mandó asesinar. Con su propia mano quitó la vida á Renacario, rey de Cambray, y á su hermano Riciario, vendido por sus oficiales, á quienes pagó la traicion en cobre dorado en lugar de oro, diciéndoles con ironía, que era la moneda propia para los traidores.

Sucesores de clodoveo (511).—Despues de tantos crímenes y afanes para formar un reino grande, hizo al tiempo de morir cuatro pequeños, que repar-

tió con títulos de reyes entre sus hijos, á saber: el reino de Metz, el de Orleans, el de Paris y el de Soisons.

Su viuda Clotilde fué nombrada tutora de los menores: esta era hija de Childerico rey de Borgoña, á quien su hermano Gundevaldo habia hecho asesinar para quitarle sus estados. Armó Clotilde á sus hijos contra su tio. Clodomiro, que era el mayor, ayudó á su madre en las venganzas, pues habiéndose apoderado de sus primos los hizo arrojar á un pozo, y Clotorio, padre de estos, asesinó á los hijos del bárbaro á presencia de su abuela Clotilde, madre del asesino. En aquel tiempo no bajaba ningun soberano del trono sino para encerrarse en un monasterio ó para la sepultura.

Se advierte que entre los hijos y nietos de Clodoveo solo Teovaldo ó Tivaldo, rey de Metz, juzgó que los talentos militares no debian ser las únicas virtudes de los reyes: dedicóse, pues, á gobernar bien, y dió á sus pueblos leyes prudentes. Se le atribuye el apólogo siguiente que manifestó á sus ministros reunidos: «Un hombre tenia vino esquisito en una vasija muy ancha y con cuello estrecho; la dejó abierta y se introdujo en ella una serpiente que bebió tanto, que no podia salir, y el dueño del vino observando los esfuerzos de la serpiente para conseguirlo, la dijo: «Miserable animal: para salir por un cuello tan estrecho no hay otro remedio que vomitar.» El apólogo no gustó á los ministros del siglo VI.

Por este tiempo se dejaron ver las dos famosas rivales Bruneguilda y Fredegunda, de las cuales la primera era española, casada con Sijeberto rey de Austrasia; la segunda, hija de un paisano de Picardía, fué primero manceba y despues esposa de Childerico rey de Soisons: llegó esta á una elevada fortuna logrando de su amante la muerte de Galsvinta, hermana de Bruneguilda, y casada con Childerico, de lo que resultó un odio irreconciliable entre estas dos mujeres. En ambas se reconocieron grandes talentos, iguales inclinaciones á la guerra, y aun las mismas felicidades en aprovecharse de la ocasion para conseguir sus empresas. Aunque Sijeberto y Childerico eran hermanos, los enemistaron sus mujeres y los armaron uno contra otro. Viendo Fredegunda que

su marido era el menos fuerte, hizo asesinar á Sijeberto, habiendo tomado tambien sus medidas que se apoderó de su cuñada Bruneguilda, y la tuvo presa en París hasta que Childerico la envió á Ruan para que allí se la custodiasen. Este príncipe tenia un hijo llamado Meroveo, el cual yendo á una espedicion pasó por Ruan, y viendo á la cautiva se enamoró de ella y le dió la mano de esposo en presencia de Pretextato, obispo de aquella ciudad. Irritada Fredegunda con este triunfo de su rival, hizo pasar á Childerico á Ruan, separaron á los dos esposos y desterraron á Bruneguilda á Austrasia, en donde tuvo ella medios para sublevar contra su suegro á los principales austrasios, á quienes persuadió que tan luego como su esposo Meroveo los viese en campaña, marcharia á ponerse á su cabeza, como descontento que estaba: verdaderamente se preparaba esta espedicion á la vuelta de la de Poitou; pero antes de que aquella tuviese efecto, fue asesinado Meroveo. Como ya habia hecho Fredegunda algunas tentativas contra su cuñado Sijeberto, no se dudó qué mano habia dirijido el golpe que previno las intenciones de su yerno.

Este príncipe tenia otro hermano llamado Clodoveo, hijo de Andovera, mujer de Childerico. Fredegunda aborrecia á Clodoveo, y no podia considerar sin despecho que aquel príncipe ocuparía el trono que tuvo destinado para sus hijos, que ya habian muerto. Tan estremadamente se dió á conocer la envidiosa pesadumbre de Fredegunda y sus deseos, que un malvado de aquellos desmoralizados, que rara vez faltan en las cortes, acusó á Clodoveo de haber dado veneno á los tres hijos de la reina; con cuyo motivo prendieron al príncipe, le formaron una especie de proceso, y mientras que le instruian le encontraron muerto con un puñal al lado, sin duda para aparentar que él mismo se habia asesinado. Despues, temiendo Fredegunda que Childerico llamase á la reina Andovera, á quien manifestaba no tener olvidada, hizo que tambien la quitasen la vida. De este modo se encontró Childerico al arbitrio de una mujer tan ambiciosa y cruel, que le habia hecho perder toda su familia. Por último, el mismo Childerico, vol

viendo de una cazería, fue asesinado, y esta maldad se atribuye igualmente á Fredegunda, asegurándose que la cometió para evitar el castigo de los amores que tenia con otro, y su esposo habia ya advertido.

Por todos estos sucesos se creería que esta mujer poco amada de los vasallos de su esposo, estaba perdida, espuesta á las furias de Bruneguilda, que á la sazon se habia hecho poderosa en Austrasia; pero sin otra defensa que un niño de cuatro meses, último fruto de su matrimonio con Childerico, se puso en manos de Gontrano, rey de Orleans, tio y padrino de Clotario su hijo: este los tomó bajo su proteccion, y aunque molestó á la madre con la memoria de la muerte de Childerico, cuyos autores quiso descubrir, ella se evadió con sagacidad haciendo recaer las sospechas sobre un señor que habia sido su favorito, y por creerla ya sin influjo la dejó. Así consiguió Fredegunda que la declarasen inocente, despues que satisfizo su venganza: sin embargo, Gontrano mortificó á esta ambiciosa con lo que mas sentia, pues al jóven Clotario le nombró un consejo: y la madre, irritada con este golpe dado á su autoridad, se retiró al castillo de Vernevil.

En aquella soledad maquinó Fredegunda la muerte de Pretextato, aquel obispo de Ruan, que habia casado á Bruneguilda con Meroveo. Aunque con disimulo formó tambien emboscadas á Childeberto, rey de Austrasia, y á la que era su rival. Gontrano sacó de aquel retiro á Fredegunda, llevándola con Clotario su hijo; y habiendo acometido á este príncipe una grave enfermedad, hizo su madre tantos votos por su salud, y tan grandes dádivas á las iglesias, que la hicieron recomendable su reputacion.

Muertos Gontrano de Orleans y Childeberto de Austrasia, las dos rivales, que cada una dominaba en su corte como madre y abuela, se hallaron en disposicion de acometerse personalmente. Formaron ejércitos, y antes de venir á las manos andaba Fredegunda de fila en fila llevando á su hijo en los brazos, con lo cual infundió tanto valor á sus tropas que obtuvieron una victoria completa, é indudablemente habria traido fatales consecuencias á Bruneguilda si no hubiese muerto poco despues Fredegunda, dejando la escena de los crímenes o-

cupada por su rival. Esta era abuela de Teodoberto y de Tierri, reyes de Metz y de Borgoña, y para que no la interrumpiesen en el gobierno, les permitia y aun les proporcionaba ella misma todo jénero de diversiones lícitas ó ilícitas. Dejó que Teodoberto se casase con una criada, por parecerla que de este modo podria mandar al marido por medio de su mujer; pero la reina, temiendo las astucias de su suegra, dispuso que la separasen de la corte. Luego que llegó Bruneguilda á Borgoña, arrepentida de aquel casamiento, hizo lo posible para que el rey de Borgoña no se casase; pero los señores consiguieron á fuerza de representaciones que se resolviese á tomar esposa. Como eran tan conocidos el jenio y el comportamiento de la suegra, el rey de los visigodos dió su hija á Tierri con la condicion de que jurase que la princesa nunca decaeria de la clase de reina; mas no llegó á serlo, porque Bruneguilda logró que la futura esposa no agradase á su nieto, por lo cual no se verificaron las bodas, y al cabo de un año, que se pasó en desagradables dilaciones, se restituyó á España la pricesa. Estas intrigas de Bruneguilda son nada en comparacion de otros manejos: para sostenerse esclusivamente en la autoridad, escitó guerras entre sus nietos, y dispuso dar muerte violenta ó envenenó á los jenerales que no eran de su faccion. En una de estas guerras cayó Teodoberto en poder de Tierri, quien le entregó á su suegra, y recordando ésta que la habia arrojado de su corte por agradar á su mujer, le hizo inutilizar para conservar el cetro, cortándole el cabello; mas discurriendo despues que para quitar toda pretension era el mejor medio la muerte, le dió veneno, y aun se dice que tambien lo habia preparado para Tierri, con el objeto de enseñorearse de los dos reinos; pero la evitó cometer este nuevo delito una disenteria que quitó la vida á Tierri. Por la muerte de los reyes Merovinjianos no se veian entonces grandes mudanzas, pues los mayordomos del palacio tenian toda la autoridad: aunque meros oficiales domésticos, solo les faltaba para reyes el título, y á veces daban en su nombre disposiciones que no se atrevian los soberanos á repugnar. En la administracion de justicia presidian ellos, decidian en los negocios de la guerra y de la paz; y entre-

tanto que los ociosos monarcas se entorpecian con los placeres, los mayordomos del palacio conducian á los franceses al combate. Uno de estos jefes del palacio del rey de Austrasia, llamado Garnier, despues de muerto Tierri continuó la guerra que este príncipe hacia á su primo Clotario, rey de Borgoña.

Bruneguilda creyó que Garnier no era bastante dócil, y escribió á uno de sus oficiales para que le matase. Habiendo leido el oficial la carta, la hizo pedazos; pero despues los juntaron y se los llevaron á Garnier, quien lo participó á los otros señores, y convinieron todos en que la reina fuese entregada á Clotario, como se verificó.

Este príncipe, recordando el ódio de Fredegunda, su madre, contra Bruneguilda, despues de haberla reconvenido dándole en rostro con todos sus delitos; la entregó á los verdugos. Pusiéronla sobre un camello, la pasearon por todo el campo, donde sufrió los insultos de los soldados, y últimamente la ataron del cabello, de un pie y una mano á la cola de un caballo cerril, que escapando á galope la despedazó. Entre las cosas buenas que hizo Bruneguilda se cuentan los caminos de los romanos, que restableció, y otros que mandó construir de nuevo, y conservan aun el nombre de *Calzadas de Bruneguilda*.

Clotario II (613) reunió bajo de su dominio todos los estados de Clodoveo, aumentó los jefes de palacio y los puso tambien en Austrasia, Borgoña, Neustria, y en Aquitania: formó parlamentos ambulantes, é incurrió como Clodoveo en el error de dividir sus estados entre sus dos hijos Dagoberto y Chariberto; pero la suerte remedió su imprudencia con la muerte del último. Dagoberto (618) se aprovechó de todo lo que poseia su hermano, y quitó la vida á su sobrino Childerico para disfrutarlo con seguridad. La corte de este príncipe era de una magnificencia pasmosa: entraban en ella las riquezas del Oriente por las relaciones con Constantinopla, y las de Italia por las incursiones que hacian los franceses en aquellos ricos paises, de los que, aunque fuesen espelidos, siempre regresaban cargados de despojos.

Tras de estas riquezas vino la corrupcion de las costumbres; Dagoberto (626) se casó con tres mujeres sin contar las concubinas. Al gran fausto a-

compañaba el orgullo: habiendo hecho los esclavones algunas correrías en varios territorios de Francia, presentó Dagoberto sus quejas al rey de los invasores por medio de su embajador, quien soberbio con el poder de su amo, habló altivamente al monarca; y este, que de comerciante francés habia llegado á ser rey de aquellos paises, contestó con prudencia, prometiendo tomar las medidas oportunas para sostener la amistad entre las dos naciones. El enviado replicó con grosería: «¡La amistad! ¿acaso puede haberla entre los cristianos siervos del verdadero Dios, y unos perros paganos como vosotros?» «Pues si somos perros, repuso el rey, os haremos ver que tenemos dientes.» Efectivamente, se lo hicieron conocer de tal modo, que el monarca francés se arrepintió de haberles ultrajado.

Mayordomos de palacio. — El mismo error que su padre, cometió Dagoberto, repartiendo el reino entre sus dos hijos Sijeberto y Clodoveo II (638). Puede decirse que con estos dos principes y sus sucesores reinaron mas bien los mayordomos del palacio que los soberanos. Dos de estos jefes se disputaron el poder, trastornaron las córtes, truncaron las sucesiones de los príncipes, y batallaron entre sí. Por un raro acontecimiento se vieron reducidos al estado monacal, y á su pesar vistieron el hábito relijioso en la abadía de Uxeuil, en donde vivieron por algun tiempo como puede presumirse de semejantes rivales. Por medio de ardides favorables á ambos, volvieron desde el cláustro al palacio, del cual habian sido arrojados, y continuaron persiguiéndose: Ebroin que llegó á ser el mas fuerte, hizo sacar los ojos á Lijer; pero él fué despues asesinado.

Reyes holgazanes. — Este tiempo fué el de los reyes llamados holgazanes, porque efectivamente lo fueron mas que sus antecesores: Pipino de Eristel (690) gobernó toda la Francia siendo solo un simple mayordomo de palacio; pero era mas bien rey que los cuatro monarcas que conoció progresivamente en el trono, y bajo cuyos nombres reinó. Su poder estuvo á punto de aniquilarse con su muerte por dejar un solo hijo lejítimo, muy jóven, á la tutela de su viuda; pero otro mayor llamado Cárlos Martel, que le habia nacido de una concubina, sostuvo las pretensiones de su padre. Encontró un enemigo

digno de su valor en Childerico II, el cual no quiso recibirle por mayordomo de palacio, é intentó sacudir el imperioso yugo de semejantes ministros. Este príncipe no debe contarse entre los reyes holgazanes, pues le faltó mas bien la fortuna que la resolucion. Los señores franceses no le favorecieron, porque querian mejor un jefe del palacio, por mirarle como igual, que un soberano á quien tenian que reconocer como superior.

CARLOS MARTEL. — Este llegó á ser mayordomo, y á mandar como sus antecesores. Principió su gobierno con victorias ganadas á los vecinos de la Francia y á los estranjeros que intentaron invadirla, y derrotó á los sarracenos en los campos de Poitiers (732). Habiendo quedado vacante el trono por muerte del monarca que le ocupaba, no se atrevió Cárlos Martel á tomar la corona, temiendo hallar obstáculos en la envidia de los señores franceses; pero tampoco permitió que pasase á otra cabeza, y continuó gobernando como soberano, sin titularse rey. Su hijo Pipino, llamado el Breve (741) por su pequeña estatura, observó en los franceses un decidido afecto hácia la familia de Clodoveo, y colocó en el trono á Childerico III (743) descendiente de este rey; pero considerando que su poder estaba bien asegurado despues de siete años de pruebas, y no teniendo ya recelos de la aficion de los pueblos por la conocida incapacidad de Childerico, encerró en un monasterio al monarca y á su hijo, todavía jóven. Este se crió oscuramente, y hubo de vivir poco, pues no se oyó hablar mas de él. En el año 750 se concluyó la familia de los Merovinjios que habian reinado doscientos setenta años.

PIPINO. — (752) Era este de un vigor admirable, sin embargo de que su estatura no pasaba de cuatro pies y medio. Tuvo noticia de que algunos señores se burlaban de su talla, y en el espectáculo de un combate que se presentó á la vista de toda la corte entre un leon y un toro, al tiempo que aquella fiera habia derribado á este é iba á degollarle, dijo Pipino á sus cortesanos: «¿Quién de vosotros va á libertar al toro?» Callaron todos, y notándolo el rey continuó: «Será preciso que yo vaya;» y bajando al mismo tiempo á la plaza, cortó de un tajo la cabeza al leon y de un revés la del toro.

Este rasgo de fuerza y valor

fué sin duda el que le adquirió el afecto de aquella nobleza belicosa; pero el poder de Pipino se afianzó mas bien con su conducta discreta. Manifestó mucha sumision á la autoridad de los papas, y este buen ejemplo fué útil para los grandes, porque viendo ellos que el rey se convenia con las resoluciones del papa, no se atrevian á contrariarlas. Cuando quiso usurpar el trono al débil Childerico, propuso este problema político: «¿Conviene juntar el poder con el título de rey, ó agregar el título de rey al poder?» La contestacion fué como él apetecia y conforme á la razon, suponiendo que no se haya separado el poder del título por astucia ó por fuerza; pero los pueblos no ven las cosas tan de cerca cuando se creen persuadidos.

Pipino tuvo la astucia de ganarlos con demostraciones de confianza; hizo celebrar frecuentes juntas de la nacion, en las cuales comunicaba sus intentos de una manera conforme á sus fines, y luego que oia la decision, se tomaba, como obligacion de su dignidad, el encargo de ejecutarla, dejando á la junta el honor de haber arreglado y establecido los proyectos. De este modo era él en la apariencia solo un ministro ejecutor de la voluntad del pueblo, haciendo siempre la suya: y con estas asambleas, ó con las guerras que emprendia, tenia á la Francia en contínua actividad. Mientras subyugaba á la Aquitania y á la Baviera, vencia á los sajones, hacia respetable el nombre francés en Italia, y aun dictaba leyes á la misma Roma. Como sus vasallos veian que hasta el mismo papa imploraba su proteccion, no tenian tiempo para pensar en conspiraciones ni para fraguar tramas contra su autoridad y su vida. Si se quiere dar á Pipino el nombre de usurpador, fué, de todos los que merecieron este nombre, el que vivió mas tranquilo hasta su muerte, causada por una enfermedad á los cincuenta y cuatro años: y para ilustrar su memoria no necesitó del epitafio que pusieron sobre su sepulcro, donde se leia: *Aquí yace Pipino, padre de Carlo Magno.*

Carlo magno. — (768) Este príncipe era diferente á su padre en la estatura, pues dicen que tenia mas de siete pies de alto: su complecsion robusta, su aire majestuoso, alegre y afable al mismo tiempo. Sus do-

minios se estendieron desde el mar Báltico hasta los Pirineos, y desde el canal de la Mancha al Mediterráneo, incluyendo la Italia. Pasaba rápidamente de un confin á otro, y su residencia no fué fija, porque tenia palacios hácia el Norte, en el centro y al Mediodia, en los que habitaba segun la necesidad; cuyo método era útil á los pueblos, porque de este modo adquirian sucesivamente las riquezas de la corte, y eran menos vejados de los subalternos por la vijilancia del gobierno. Consistia el gran talento de Carlo Magno en saber elejir sus ministros y jenerales, y dirijirlos en las campañas: era igualmente recomendable como lejislador y como guerrero, pues dictó leyes cuya prudencia es admirable, y en todo el universo resonó el ruido de sus armas victoriosas.

Estas leyes se llaman capitulares, porque están repartidas en capítulos: se formaban en las juntas jenerales con el dictámen y consentimiento de los señores y de los prelados que concurrian. Para estas juntas se reservaba el lujo y los placeres; pero fuera de ellas era el monarca sóbrio en la mesa, y modesto en los vestidos.

De esto puede formarse juicio por las leyes suntuarias conservadas en las capitulares. Carlo Magno, en la sancion de una ley, unia el ejemplo á la reconvencion. Habiendo notado que los cortesanos se acostumbraban á usar vestidos de seda con pieles de mucho valor, y viéndolos un dia que estaban adornados así, dispuso una cacería en que los hizo correr por campos y bosques con vientos y lluvias fuertes. A la vuelta no les permitió que mudasen de vestidos: cada uno se presentó á la lumbre, pero sin atreverse á arrimarse demasiado por no esponer las sedas y las pieles de sus trajes. «Amigos, estais muy mal, dijo el emperador; vosotros os hallais penetrados del frio, mientras que yo con este manto de piel de carnero, que vuelvo segun viene el aire, conservo mi vestido tan hermoso como cuando salí, y así me caliento á mi gusto. Avergonzaos, y aprended á vestiros como hombres: dejad la seda y los ricos adornos para las mujeres, ó reservadlos para los dias de ceremonia que es cuando deben llevarse por solo ostentacion.

Carlo Magno estuvo en guerra mientras duró su reinado: sujetó la Aquitania en varias ve-

ces, y cuando creia ser ya dueño absoluto de ella, se presentó un duque anciano á batallar con él, despues de haber vivido veinticinco años en un monasterio; pero le hizo volver de nuevo al cláustro.

Por dos veces recorrió Carlo Magno la Italia como vencedor: en Roma recibió la corona imperial, y quitó el trono á Didier, rey de Lombardía, enviándole con su familia á Francia para que muriese en una prision. Bajo sus órdenes no fueron los franceses tan felices en España, pues tuvo que retirar su ejército con mucho trabajo, y casi destruido en Roncesvalles, en donde hicieron grandes esfuerzos el famoso Rolando, llamado Roldan, y otros varios que le acompañaban. Tasillon, duque de Baviera, á quien en otra ocasion habia perdonado porque se sometió al homenaje, volvió nuevamente á la guerra; pero le confinó á un monasterio con toda su familia, cuyo jénero de castigo era el mas pequeño que daba Carlo Magno á los reyes que vencia; y el silencio que se advierte sobre los que encerró en esta especie de sepulcros, nos hace presumir que Carlo Magno les obligaba á hacer largas penitencias.

Aun con todas las virtudes que adornan la memoria de este príncipe, no sabemos cómo se le podrá llamar clemente, pues sus ejecuciones sanguinarias contra los sajones estremecen: de estos hizo degollar hasta cuatro mil quinientos despues de una victoria: á los idólatras les proponia la muerte ó el bautismo, de modo que solo se convertian por no perder la vida; y cuando se alejaba el vencedor volvian al culto de sus dioses. A fuerza de destierros ó de muertes estableció Carlo Magno el cristianismo en Sajonia. Sus victorias, el eco de su fama, y la felicidad de sus armas no impidieron que los normandos, moravos y dinamarqueses entrasen en algunas ocasiones por sus fronteras; pero siempre los rechazó haciéndolos retirar á sus paises y reduciéndolos á mantenerse en la defensiva.

Estas ocupaciones bulliciosas le dejaban todavía tiempo para otras de mas sosiego, aunque no menos penosas, como son las del gobierno. Carlo Magno ecsaminaba las leyes de los pueblos que conquistaba antes de consentir el uso de ellas, y su principal cuidado era con respecto á la relijion: por su parecer adoptó el clero el canto ro-

mano en los divinos Oficios; y estableció en los grandes monasterios y en los cabildos, escuelas de gramática, aritmética y demas ciencias que se conocian entonces. En su palacio se reunia una especie de academia, en la cual tomó cada individuo el nombre de algun célebre antiguo, como el de Platon, Aristóteles, Ciceron, Agustino, Horacio, etc.; pero Carlo Magno escojió para sí el de David. Esta idea, que en nuestro siglo abundante en ciencias se tendrá por una puerilidad, podia en aquel tiempo servir para animar á las jentes, porque se necesitaban medios estraordinarios para desterrar la estupidez.

Un órgano que habian enviado á Pipino desde Constantinopla, causó grande admiracion, y no les hizo menor impresion un reloj que llevaron á Carlo Magno los embajadores de Persia. Carlo Magno concibió el proyecto de juntar las aguas del Rhin con las del Danubio, para establecer la comunicacion del Océano con el mar Negro; y aunque no lo logró por carecer de máquinas y otros efectos que aun no se habian inventado, para la ejecucion de tan vastas obras, es preciso reconocer que fué un príncipe que se interesaba en la felicidad del jénero humano. Ninguna clase de trabajo útil se ocultaba á su atencion, y asi se lee con gusto que ecsaminaba las menores circunstancias de las ocupaciones de los labradores, averiguando la naturaleza de las tierras, sus productos, y el número de sus ganados; y aun se internó al conocimiento de las labores y adornos de las mujeres de sus palacios. Tuvo sucesivamente cinco esposas lejítimas, y siendo induljente en sus amores, no fué severo con los de otros. Era accesible, afable, y sabia disfrutar las dulzuras de la vida particular sin ofender á su dignidad. Vivió setenta y un años, y reinó cuarenta y siete.

Luis I el debil.—(814) Carlo Magno habia asociado al imperio á su hijo Luis el *Débil*. Este fue enviado á Aquitania para instruirse en el modo de gobernar, y su porte fué tan bueno, que sabiendo su padre su apreciable conducta, no pudo menos de decir: «Doy gracias á Dios de »que este jóven es todavia mas »prudente y mas hábil que yo.» No se realizaron tan buenas esperanzas, pues la historia de Luis el *Débil* apenas es otra que la de sus defectos, entre los cua-

les puede contarse el estrépito que causó con motivo de la conducta de sus hermanas, con las que habia sido su padre demasiado induljente. Luis, á quien se le conocia un hijo bastardo, hizo prender públicamente á los amantes de estas princesas, y á ellas las encerró en conventos, en donde vivieron como penitentes. Semejante castigo hizo pública la deshonra de la familia imperial, y Luis sostuvo con rigor este carácter cruel en la ocurrencia con Bernardo, rey de Italia. Este príncipe era hijo de Pipino, primojénito de Carlo Magno, quien por mediacion de Luis le dió el reino de Italia; pero murió antes que su padre, y por consiguiente los estados de Magno correspondian á Bernardo, como representante del primojénito de aquel: sin embargo, Carlo Magno, cuando murió, dejó el imperio á su hijo segundo Luis, desatendiendo el lejítimo derecho de Bernardo: este manifestó sus pretensiones á su tio, y aun se armó para sostenerlas, contando para la empresa con los principales ministros de su abuelo, entre ellos á Teodulfo, obispo de Orleans. Viéndose Bernardo abandonado, pasó á implorar la clemencia de su tio. Luis le reconvino por su ingratitud, y le envió á la asamblea jeneral para que le juzgase. Le condenaron á muerte con sus cómplices, y Luis solo redujo el castigo de la mayor parte de los obispos á la deposicion de sus dignidades; pero á los legos les hizo sacar los ojos. Bernardo murió tres dias despues, y á sus tres hermanos los encerraron en monasterios.

A Luis el Débil le estuvo siempre remordiendo esta accion, lo que manifestó en muchas ocasiones, y con particularidad en sus desgracias; pero no se advierte que hubiese rehabilitado á los hermanos de Bernardo, aunque sí dió señales claras de arrepentimiento por haber castigado con penas corporales y destierros á los obispos, abades y otros magnates del clero, cómplices de Bernardo; pues en una junta de obispos que se verificó en Artiñi, les pidió perdon y penitencia. Ademas de esto llamó á su lado á los clérigos sospechosos, enemigos reconciliados, admitiéndoles en su consejo, entre los cuales era uno Vala, célebre abad de Corbia, y de aquí le provinieron todas sus desgracias.

Su mujer, llamada Hermen-

garda, le dejó al morir tres hijos en edad perfecta; y Luis, sin saberse el motivo y sin reflecsionar que si se casase de nuevo podria tener hijos que con el tiempo pidiesen su parte, dividió sus estados, dando á Pipino la Aquitania, á Luis la Baviera, y á Lotario el primojénito lo asoció al imperio. Llegó el caso que debia haber previsto, pues Luis se casó con Judit, princesa de Alemania, tan galante y hermosa como él devoto: tuvo de ella un hijo llamado Cárlos, quien causó grandes inquietudes á los tres del anterior matrimonio, y no sin motivo, pues Judit habia procurado que á su hijo se le diese parte en los bienes de su padre; y siendo pocos los que habian tocado á Pipino y á Luis para quitarles alguna porcion, puso sus miras en los de Lotario, y á fuerza de instancias le hizo asentir á cierta desmembracion que daba al jóven Cárlos una estension considerable en el centro de la Francia, desde el rio Loira hasta el Mosa. Sin embargo todavía quedaba á Lotario, cuando muriese su padre, una gran parte, á saber: casi toda la Alemania, la Italia y la Lorena. Para segurar mejor sus estados, tuvo Lotario la precaucion de no atenerse á solo el nombramiento de emperador, y viviendo su padre se hizo consagrar en Roma.

Las intrigas de Judit introdujeron en la corte de Luis el mayor desórden. Bernardo, conde de Barcelona, habia sido llamado como ministro, y como era jóven y hermoso se supuso que ocupaba otra plaza. Noticioso Lotario de estas murmuraciones, creyó que tenia derecho para arreglar la casa de su padre, y se presentó con un ejército: sus hermanos le acompañaban con la esperanza de lograr una nueva distribucion que, en perjuicio de Cárlos, fuese ventajosa á ellos; y como el emperador no se encontraba en estado de hacer una gran resistencia, se entregó á sus hijos. Los hermanos menores se retiraron dejando á Lotario, hermano mayor, el cuidado de realizar sus proyectos.

Viendo á Luis el Débil sometido en Attigni á penitencia pública, hacia concebir esperanzas de que haria dimision sin repugnancia, pues su mujer era la única que podia empeñarle á mantenerse firme. Lotario tuvo la fortuna de que cayese en sus manos con su hijo, y la declaró que de ningun modo podria

evadirse de la muerte sino tomando el velo y consiguiendo de su esposo que se cortase el cabello y se retirase á un convento mientras durase su vida, con cuyas condiciones la dió libertad.

Parece que no cumplió con esactitud su comision con respecto á su esposo; pero efectuó la mitad tomando el velo, por lo que creyó Lotario que todo lo demas se arreglaria por sí mismo. Hizo convocar una gran junta en Compiegne, en la que se presentó Luis su padre muy abatido, confesó sus faltas, y protestó la rectitud de sus intenciones; pero cuando esperaban que tan humilde confesion finalizaria con renunciar el trono, dijo, con mucha sorpresa de Lotario, que en lo sucesivo gobernaria con mas prudencia; y la asamblea, mas sorprendida que el hijo, rogó al padre, que habia hablado de pié á un lado del trono, que le volviese á ocupar; con este acontecimiento no tuvo el hijo mas arbitrio que el de reconciliarse, lo que no fué difícil con respecto á Luis; pero Lotario, menos injénuo, se valió de la reconciliacion para una nueva ofensa, pues encerró á su padre en un monasterio: de donde salió poco tiempo despues, por que un monje llamado Gombaldo le facilitó medios de salvarse, y reunió á favor del emperador un gran partido de señores, que habiendo celebrado una junta en Nimega, le rehabilitaron. Tomó nuevamente posesion de sus estados del centro, y llamó á su mujer; pero no la admitió hasta que hizo juramento de estar inocente de los delitos que la imputaban, y haberse obtenido la dispensacion por la toma del velo.

Judit llamó otra vez á su ministro Bernardo, de lo que resultaron nuevos clamores y alborotos. Pipino de Aquitania dejó descontento la córte de su padre, adonde habia ido á pasar algun tiempo, y se armó con el pretesto de querer reformar los abusos; por lo cual el emperador le declaró rebelde, dando sus estados al hijo de Judit.

Este castigo hizo temer á Lotario y á Luis de Baviera que su madrastra, unida con su anciano esposo, los despojase al uno despues del otro, por lo cual se unieron y cayeron con todas sus fuerzas sobre el emperador. Sobornaron despues las tropas de este, y en una junta que hicieron celebrar precipitadamente depusieron á su padre, enviaron al príncipe Carlos á un convento y á su madre á otro. Pipino y Luis se volvieron, dejando á su

hermano Lotario todo lo demas, como mas interesado que ellos en desposeer al padre hasta del título de emperador. Lotario hizo convocar una junta solemne en una iglesia de Compiegne, en la cual se presentó su padre como delincuente: le leyeron una memoria con diferentes artículos de acusacion, y sin oir sus descargos le despojaron de los ornamentos imperiales con las ceremonias humillantes que se usaban en las degradaciones, le vistieron un hábito de penitente, arrojó con su misma mano su espada al pie del altar en señal de renuncia, y su propio hijo le hizo encerrar en la abadía de san Medardo de Soisons, espiado de monjes, á quienes habia encargado que por modo de conversaciones le diesen ideas que le separasen de toda esperanza y adoptase el partido de abrazar la vida monástica, pues que la emperatriz despues de haberse hecho relijiosa habia muerto: últimamente le dijeron que á su hijo Cárlos le habian cortado el cabello y obligado á hacerse monje. Pero no faltó entre aquellos relijiosos uno que le consolase secretamente, y que desengañándole de aquellas tristes mentiras le inspirase valor para no dejarse sorprender. La humildad, paciencia y resignacion del recluso llamaron la compasion de los buenos monjes del monasterio, y esta se propagó entre los grandes, quienes pesarosos de haber concurrido con su inaccion á una injusticia tan grande, se coligaron y formaron un ejército. Lotario acudió desde Italia; mas viéndose con pocas fuerzas y temiendo que sus hermanos se le adelantasen, fué personalmente á sacar á su padre de Soisons, llevándole á San Dionisio, donde le dejó libre con su hijo Cárlos. Judit se le presentó de nuevo: una junta de obispos le absolvió restituyéndole públicamente la corona y la espada; y no pareciéndoles esto bastante, celebraron en Tionville otra junta mas considerable, en la cual se declaró nulo cuanto se habia obrado en Compiegne.

Volvió Lotario á pedir perdon á su padre, y lo consiguió. Judit aprovechó aquel momento de tranquilidad y de prosperidad que habia conseguido su esposo, y logró que hiciese un nuevo repartimiento de sus estados: el monarca dió á Lotario la Italia con título de emperador, á Pipino la Aquitania, á Luis la Jermania y la Sajonia, y á Cárlos la Francia, propia-

mente dicha, con la Borgoña. Bien se advierte que Cárlos no fué tratado mal; pero todavia sobrevino al padre otro disgusto. Pipino, descontento con esta determinacion, se sublevó y murió en la revolucion, y el soberano quitó por castigo la Aquitania á los dos hijos de Pipino, añadiéndola á las posesiones de Cárlos. Luis de Baviera, en vez de adoptar el partido de sus sobrinos contra un abuelo tan tolerante con su mujer, no pensó sino en apropiarse sus despojos, cercenando cuanto pudo de la Aquitania para aumentar lo de Baviera. Como el emperador lo sufria con paciencia, dió alientos á Luis para que amenazase los estados de su padre, y estando ya en las orillas del Rhin se puso el emperador al frente de sus tropas y salió al encuentro á su hijo. Aunque el piadoso monarca sentia entrar en campaña en tiempo de cuaresma, porque ordinariamente lo dedicaba á la oracion, al ayuno y al retiro, sin embargo se determinó, y á pesar de su quebrantada salud dejó su corte en Aix-la-Chapelle, y se adelantó para pasar el Rhin; pero habiéndose aumentado su enfermedad, se detuvo en una isla, donde sin temor notó que se acercaba la muerte. Hizo su testamento, en el cual destinó para las iglesias y para los pobres una parte de las joyas, separando algunas para Lotario y para Cárlos: un obispo le hizo observar que no hacia memoria de Luis el de Baviera, y que acaso podria provenir la omision de algun resentimiento contra él, debiendo perdonarle como cristiano; y respondió el moribundo: «Yo le perdono de todo corazon, pero advertidle que él debe pensar en pedir á Dios perdon, y en acordarse que ha sido la causa de que mis canas bajen con dolor al sepulcro.» ¡Reflecsion tierna y digna de que se imprima en los corazones de los padres y de los hijos!

Luis el Débil, digno de este nombre si entendemos por debilidad el hábito de dejarse gobernar, falleció á la edad de sesenta y dos años, y deberia haber reservado para sus hijos la crueldad con que trató á su sobrino Bernardo: tambien deberia haber castigado los delitos de Pipino de Aquitania con el despojo de sus hijos, de los cuales el mayor se llamaba Pipino como su padre. Poseia Luis el Débil todas las virtudes sociales, y aunque parece que fué

muy aplicado á la astronomia, no pudo evitar las desgracias que le ocurrieron en la tierra, por lo que podria comparársele con aquel astrónomo que por ir mirando y considerando el cielo, cayó en un pozo. Creyendo Lotario que los títulos de primojénito y de emperador le daban derecho sobre sus hermanos Luis el de Baviera y Cárlos, ostentó una superioridad que les desagradó. Dió á su gravedad el colorido de que estaba obligado á protejer á sus sobrinos, hijos de Pipino rey de Aquitania. Los dos hermanos de una parte, y el tio con los sobrinos por otra, se dieron una balla en los campos de Fontenai, que fué de las mas memorables que se refieren en la historia, pues perecieron en ella cien mil hombres; y despues de haberse derramado tanta sangre se avinieron entre sí los hermanos, lo cual pudieran haber ejecutado antes, porque Lotario conservó su imperio de Italia, Luis la Jermania, de donde le vino el nombre de *Jermánico*, y Cárlos los mismos estados que antes tenia en el centro con la Neustria. Como á Lotario habian servido de pretesto los intereses de sus sobrinos para la guerra, los abandonó facilmente: ellos emprendieron la defensa de la Aquitania como su patrimonio; pero Cárlos los hizo prisioneros, los encerró en un monasterio, y se hizo dueño de aquel reino.

Carlos II el calvo. — (840) En cuantas empresas formó este príncipe contra su familia fué afortunado: se aprovechó de las disensiones de sus sobrinos para apoderarse de lo que le acomodó de sus estados, por cuyo medio consiguió ser el mas poderoso de los descendientes de Carlo Magno, y tomar como este el título de emperador. En su reinado entraron en Francia los normandos en gran número y con mas frecuencia que antes. A estas inundaciones contrapuso diques de plata, pues la primera vez les dió siete mil libras, y en la segunda cinco mil; mas como esto no era rechazarlos sino engreirlos para que volviesen á ecsaminar si habia quedado mas lastre para sus navíos, no dejaron de acudir en su tiempo y en el de sus sucesores.

Por entonces vivia un señor distinguido llamado Roberto el *Fuerte*, quien tenia estados suficientes para hacerse temer, y Cárlos se los aumentó, por una mala política, en el centro de sus dominios. Con el objeto de

separarle de las relaciones que tenia con Salomon, duque de Bretaña, le dió el ducado de Francia ó el gobierno, si no fué la soberanía del pais situado entre el Sena y el Loira, sin prever que tal jenerosidad podria ser perjudicial algun dia á su familia. Cárlos, nombrado el *Calvo*, murió á los cincuenta y cuatro años de edad: hizo celebrar con frecuencia concilios, ó por mejor decir asambleas mistas, en las cuales se formaron útiles reglamentos conocidos con el nombre de Capitulares. Con el uso de trasladar obispos de unas catedrales á otras, se hizo dueño de ellos mas que sus predecesores, pues así conseguian pasar de un obispado inferior á otro mas opulento. Se ignora si sería falta de política ó costumbre de aquel tiempo, lo que causó que sus hijos no fuesen mas obedientes á él que lo habian sido para Luis el Débil sus hermanos. Cárlos, su primojénito, á quien habia dado el reino de Aquitania, sin embargo de haber muerto jóven, vivió lo bastante para acreditar su desobediencia. Otro llamado Carloman, con sus frecuentes rebeliones puso á su padre en el compromiso de encerrarle y privarle de la vista. Su hija Judit no observó la mejor conducta, pues llegando á enviudar de un rey de Inglaterra, se volvió á casar con el hijo primojénito de su marido, cosa que causó escándalo en el orbe cristiano; y despues de haberle enterrado, volvió á Francia siendo aun jóven, y siguiendo sus galanteos se dejó robar por Balduino conde de Flandes, lo que consintió Luis su hermano mayor. Cárlos se vió precisado á perdonar iguales desaciertos en Riguilda, su segunda mujer; y acaso fueron estas intrigas las que aceleraron su muerte, aunque se dice que un médico judío llamado Sedecias le dió veneno, sin que se hable de que á Sedecias se impusiese castigo alguno, ni aun se le buscase.

Luis II. — (877) A Cárlos el Calvo sucedió su hijo llamado Luis el *Tartamudo*: este rey, con el objeto de asegurar su sosiego, proveyó con abundancia obispados, abadías y otros empleos honoríficos y de utilidad, á todos los grandes que se le presentaron al principio, y los que acudieron tarde murmuraban, no de la prodigalidad, sino de no ser participantes, por lo cual se enojaron, y no querian reconocerle; pero al fin se sujetaron

con la calidad de que les repartiese los restantes, y es cuanto puede decirse de un reinado de tres años.

Luis III (879), Carloman (882), Carlos III el Gordo (884). — Luis II dejó dos hijos, el uno llamado Luis, y el otro Carloman: el primero murió de una enfermedad, y el segundo de un accidente, dejando este á su mujer en cinta. Cárlos el *Gordo*, primo hermano de ambos, rey de Alemania y reconocido por emperador, fué admitido por los señores de Francia como rey ó como tutor del póstumo Cárlos, que nació de la viuda de Carloman. Cárlos el *Gordo* se manifestó muy inferior á lo que se esperaba de él, porque era anciano, melancólico, visionario, devoto, dado á las mujeres débil de cabeza, sin resolucion ni valor. Mientras duró su gobierno sitiaron á París los normandos, á quienes hizo retirar á fuerza de dinero; y por el desprecio que de él se hacia sin disimulo, tuvo que abandonar la Francia y volverse á Alemania, en donde cayó enfermo, y le abandonaron de un modo que jamás se ha visto, porque le faltó aun lo necesario. Sus criados le dejaron; y hasta su mujer, que súponia subsistir vírjen, fué la primera que le desamparó. Habria muerto de hambre si el arzobispo de Maguncia no hubiera sabido casualmente su enfermedad, y Arnaldo, rey de Baviera, consignó á este emperador las rentas de tres ó cuatro pueblos para que pudiese subsistir.

Los señores de Francia dieron la corona á Eudo, hijo de Roberto el *Fuerte*, por haberse señalado en el sitio de París, hasta que el hijo de Carloman llegase á la edad competente; pero colocado ya Eudo en el trono no quiso cederle al póstumo Cárlos.

Carlos IV el simple.—(898) Este príncipe ocupó el trono por muerte de Eudo, y cedió á los normandos la Neustria, llamada por esta razon Normandía. Tuvo Cárlos el *Simple* un hijo, que fué Luis IV, llamado de Ultramar, por haberse salvado su madre con él en Inglaterra para evitar la desgraciada suerte que habia esperimentado su marido. Queriendo Roberto quitar la corona á Cárlos el Simple, que no carecia absolutamente de valor, procuró este sostenerla valerosamente contra aquel, cuyo derecho fundaba en la muerte de su hermano Eudo. Despues de haberle vencido Cárlos, le aban-

donó sus estados por un miedo indiscreto, y se puso en manos de Heberto, conde del Vermandes, el cual le tuvo en prisiones hasta que murió.

Mientras tanto Hugo el Grande, que era de la familia de Eudo, manejó las riendas del gobierno; y para atraerse á los señores les dió muchos estados con cargo de homenaje y reconocimiento, y desde esta época principiaron los feudos en Francia. Hugo, porque no se atrevió á ser rey dejó que Raul su pariente tomase el cetro. Luis volvió de Inglaterra á disputarle la corona, y Hugo sostuvo la apariencia de rey que habia creado, pues él se titulaba duque de Francia y de Borgoña, conde de de París y de Orleans, en lo que se descubre que el reino que Luis solicitaba, y en el cual entró á pesar de los esfuerzos de Hugo, era muy reducido.

Luis dejó el reino á su hijo Lotario, y este á Luis V, nombrado el *Ocioso*, que lo disfrutó solo un año por haber muerto envenenado por su mujer; y dicen que lo mismo sucedió á su padre. Con estos finalizó la familia de los Carlovinjios, que duró doscientos treinta y siete años.

Hugo capeto —(987) Parece que cuando murió Luis V estaba todo dispuesto en términos que Hugo Capeto, hijo de Hugo el Grande, biznieto de Roberto el *Fuerte*, no hizo mas que presentarse para ser proclamado. Sin embargo de la afortunada concurrencia de circunstancias que le colocaron en el trono, todavía no fué esto suficiente para que dejasen de decir que habia tenido parte en la acelerada muerte de su antecesor; y viviendo entonces un hijo de Luis el de Ultramar, llamado Cárlos, duque de Lorena, á quien pertenecia la corona, la reclamó y sostuvo su derecho; pero no eran iguales sus fuerzas á las de Hugo Capeto, que antes de ser rey era ya duque de Francia, conde de Orleans y de París, y cuñado de los duques de Borgoña y Normandía. Cárlos fué hecho prisionero, y murió en este estado: unos dicen que un hijo suyo le sucedió en Lorena, y otros, cuya opinon es la mas jeneral, afirman que no dejó sucesion.

Hugo Capeto gobernó con una gran prudencia entre muchos grandes señores que se envidiaban los unos á los otros, y á quienes el rey dejaba pelear sin tomar parte en sus querellas. Este monarca determinó

hacerse consagrar y á su hijo Roberto igualmente. Reinó Hugo nueve años, y dejó sus estados tan pacíficos como si los hubiese gobernado su familia mucho tiempo. Era político, y valiente en las ocasiones. Se presume que le llamaron Capeto porque tenia la cabeza muy gorda, cuyo nombre quedó á su descendencia.

Roberto II. — (996) Su hijo Roberto, colocado en el trono, ofrece un fenómemo singular, porque en la historia le vemos tratar como á santo, y al mismo tiempo le escomulgaron, en términos que los prelados, los señores y toda su corte huian de él como si estuviese apestado, porque no queria retirar de sí á una viuda llamada Berta, con quien estaba casado, habiendo sido padrino de un hijo suyo en el bautismo, cuyo impedimento, por falta de dispensacion, anulaba el matrimonio. Berta no era jóven ni hermosa, pero por su buen carácter acomodaba á Roberto, que era en su casa piadoso y amante de la paz. La escomunion le proporcionó á Constanza para esposa: esta era hermosísima; pero muy soberbia, caprichosa y tan altiva que el desgraciado monarca no tuvo un instante de sosiego con ella. Se empeñó en gobernar, y sin embargo de los grandes esfuerzos que hizo Roberto para que no le dominase, gobernó ella.

Roberto siguió el ejemplo de Hugo Capeto su padre, haciendo consagrar y reconocer por rey á un hijo suyo, viviendo él; y la imperiosa Constanza se alegró mucho de que su esposo admitiese en la autoridad un rival á quien ella presumia manejar, si Roberto resistia su voluntad. Empezó, pues, á doctrinar á su hijo, inclinándole á que atrajese á sí el poder de que pensaba ella aprovecharse; pero no encontrando en el jóven la docilidad que esperaba, le maltrató de manera que le precisó á abandonar la corte, y aun á tomar las armas. El padre, sabedor de la causa de la rebeldía de su hijo, en lugar de usar de la fuerza contra él, le buscó, le redujo y le trató tan bien, que le constituyó en la clase de un amigo que le ayudase en el gobierno.

Este hijo murió por desgracia, con lo cual empezaron las nuevas pretensiones de la madre, la cual queria que no le sucediese Enrique sino Roberto el menor, porque esperaba acomodarle á sus ideas; pero el padre no se acobardó é hizo coronar á

Enrique. Constanza negoció mucho para enemistar á Roberto contra su hermano, mas no consiguió dividirlos; y viendo fallidas sus esperanzas concibió un odio mortal contra los dos, en términos que los obligó á dejar la corte: el padre los volvió á buscar, los aconsejó, y los puso en paz en cuanto fué posible con una mujer semejante. No hay duda que Roberto se santificó en el ejercicio de la paciencia, en cuya virtud puede ponérsele por modelo á muchos maridos. Era muy esacto en los oficios de la iglesia, y en ella se cantan todavía himnos compuestos por él. Asistió en compañía de Constanza á los suplicios de los herejes maniqueos que quemaron vivos en Orleans. No admitió la corona imperial ni el reino de Italia: murió á los sesenta años de edad, siendo sentido jeneralmente, pues los que asistieron á sus funerales decian llorando: «Hemos perdido nuestro padre que nos gobernaba en paz, y bajo cuyo mando estaban nuestros bienes seguros;» y lo que decian los asistentes lo repetia toda la nacion desde lejos, pues jamás ha habido un príncipe mas jeneralmente alabado.

Enrique i.—(1031) Constanza no habia apurado toda su maldad con su marido, y le quedaba alguna para su hijo Enrique; pues desesperanzada de gobernar, escitó á su hermano Roberto contra él, y tuvo el gusto de ver que cada uno buscaba alianzas para pelear contra el otro; pero tambien tuvo la rabia de ver que se reconciliaron entre sí. Para lograrlo cedió Enrique el ducado de Borgoña á su hermano. La reina fué tambien comprendida en la composicion, y no teniendo ya otros arbitrios para enredar, murió.

Enrique imitó en la política á su padre y á su abuelo, dejando que los señores se destrozasen entre sí con guerras, mezclándose poco en las querellas de unos y otros. Sin embargo reconociéndose con mas fuerzas que Hugo Capeto y Roberto, castigó á algunos indóciles, dando principio por los mas débiles. El primer ejemplar que se conoce del castigo del crímen de felonía, con la confiscacion de tierras y su reunion á la corona, es en tiempo de este rey. Se dice tambien que de él tienen orijen las guerras duraderas que han ocurrido entre los reyes de Francia y los duques de Normandía, desde donde han seguido despues casi siempre con Inglaterra.

En la que suscitó Constanza á su hijo Enrique, pidió este ausilio á *Roberto el Diablo,* duque de Normandía, llamado así por los estragos que hizo en Francia, quien creyó que para espiarlos deberia hacer una peregrinacion á la Tierra Santa, y al tiempo de marchar recomendó al rey de Francia su hijo Guillermo; pero Enrique, en lugar de ausiliar á este contra las empresas de los normandos, parece que fomentó á los descontentos, y ocasionó al jóven Guillermo muy penosas dificultades; de lo que provino el odio entre los dos príncipes, en el cual se interesaron despues las naciones. Enrique tuvo cuidado de dejar á su hijo consagrado por rey, aunque era de poca edad, y murió despues en la de cincuenta años, por haber tomado una medicina sin precaucion. Se debe á este rey *la tregua del Señor,* ó la ley que prohibia los desafíos desde el jueves hasta el domingo, por respeto á los misterios que en estos dias obró Jesucristo. Esto es todo cuanto pudieron hacer por entonces las autoridades civil y eclesiástica reunidas, contra el frenesí de los duelos de todas clases.

Felipe i. — (1060) Este príncipe no pasaba de ocho años, y su padre le puso bajo la tutela de su cuñado Balduino, conde de Flandes, quien le crió con sumo cuidado. Segun parece Felipe no era falto de entendimiento; pero mal arreglado, y poco delicado en la probidad, pues toda su vida usó de astucias, alabándose de su habilidad en ellas cuando le salian bien, y por el contrario, decaia de ánimo y se confundia cuando le salian mal, por cuyas cualidades se atrajo el desprecio de sus vasallos y el odio de los príncipes vecinos. Una burla insolente pudo costarle cara: estaba siempre en guerra ó negociando la paz con Guillermo, duque de Normandía, el que conquistó la Inglaterra; y cuando le ponia en estado dudoso, dando ausilio fraudulentamente á los hijos rebeldes del normando, se gloriaba el francés del triunfo de sus astucias; mas luego que Guillermo sabia sus maniobras y le amenazaba con la venganza, Felipe le aplacaba con sumisiones falaces, aunque con intencion de volverle á dar sentimientos.

Guillermo era hombre muy grueso; estaba en cama en una ocasion de resultas de cierta indisposicion y trataba de salir á campaña; Felipe en jénero de burla dijo á sus cortesanos:

«¿Cuándo parirá ese hombre preñado?» El duque, á quien contaron este dicho, contestó aludiendo á la ceremonia de las mujeres que llevan una vela á la iglesia cuando salen á misa: «Presto me levantaré del sobreparto, y será tanta la luminaria que presentaré al rey de Francia, que se arrepentirá de su chiste.» No fué menos esta luminaria que el incendio de Nantes, ciudad que pagó la chanza indijesta de su rey; y fué fortuna de Felipe que el duque sobreviviese poco á su venganza cruel, pues tenia un buen ejército. Con esta muerte se abrió el camino á las intrigas del cauteloso jenio de Felipe, quien tuvo el gusto de enredar á los príncipes normandos unos contra otros, introduciendo la cizaña entre los hermanos, y proporcionándose con tales desavenencias, bien manejadas, el medio de que le cediesen algunas plazas por reconciliarlos; pero despues de hacer la paz le quitaban á él á veces mucho mas en castigo de sus intrigas.

Era Felipe I poco delicado, segun se verá en los hechos siguientes. Hacia mucho tiempo que se habia casado con Berta, de la cual tenia muchos hijos de crecida edad, y habiéndose cansado se apartó de ella pretestando el parentesco. Le propusieron una hija del conde Rujero, hombre muy rico, quien la envió á su futuro esposo con un soberbio tren, y cuantiosa suma de dinero: Felipe se apoderó de todas las riquezas que llevaba, y devolvió la condesa á su padre. Hay quien dice que la llamó únicamente por lograr sus despojos. Despues de tal accion, que podríamos llamar una estafa, no nos maravillaremos de ver en él otra accion de hombre sin honor, como fué una sorpresa que hizo á un marido desagradable. El conde de Monfort tenia una hija que se llamaba Bertrada, la mas hermosa mujer de Francia, la cual se casó con Foulques conde de Anjou, á quien por su humor acre llamaban *Requin*: se habia prestado Bertrada á esta union con mucha repugnancia y solo por atencion á su familia, á lo que se añadió el que su esposo no supo despues agradarla. Con motivo de haberse separado Felipe de Berta, se deslumbró Bertrada con el atractivo de la corona, y tomó secretamente determinaciones con el rey; este pasó con amistad política á visitar al conde de Anjou, quien le recibió bien; pero el rey le quitó la mujer en agradecimiento. En esto

habia que vencer dos dificultades para vivir tranquilo con ella, pues era forzoso que la iglesia aprobase los dos divorcios. En el largo tiempo que duraron las negociaciones, vivian los dos amantes matrimonialmente, pero escomulgados; y la muerte de Berta estinguió una dificultad. Fué necesario reducir al conde de Anjou; pero aun volvió á ver al amigo infiel sin manifestar mucho su resentimiento. Entonces pudo ya el soberano rendirse á los pies de su Onfala, y pasar el resto de sus dias con ella, abandonando todos los cuidados del gobierno en su hijo Luis el *Gordo*.

Luis, llamado el *Gordo*, fué el blanco en quien puso la vista su madrastra, pues Bertrada, celosa é imperiosa, persiguió á su hijastro intentando quitarle la vida con veneno, para que recayese la corona en sus hijos propios; pero no habiendo sido suficiente la dosis, sanó por la habilidad de un médico que le suministró oportunamente un contraveneno. Luis perdonó á su madrastra, la cual vivió con él en muy buena armonía, y se creyó que su arrepentimiento fué verdadero. Desde este tiempo tuvo Felipe poca intervencion en los negocios de su reino y en los de sus vecinos. Murió á los cincuenta años de edad, siempre sumiso esclavo de Bertrada.

Luis vi. —(1103) A este príncipe le habia asociado su padre al trono haciéndole tambien consagrar; pero Luis se hizo coronar segunda vez. Este se dedicó á hacer que reconociesen los derechos de su cetro todos los señores de su corte, como eran los condes de Nantes, de Corvelle, de Couci, de Monfort y otros, cuyos feudos estaban en la estension del dominio real ó la atravesaban. Este dominio estaba reducido entonces á París, Orleans, Melum, Estampes, Compiegne, Bourges, y otras pequeñas ciudades: considerando lo estrecho de estos límites, admira al ver que Luis el Gordo fué al frente de doscientos mil hombres contra el emperador Enrique V, quien traia contra la Francia todas las fuerzas de Alemania; pero parece que en tales ocasiones se reunian al rey de Francia sus principales vasallos los duques de Borgoña y de Aquitania, los condes de Champaña y de Flandes, con otros de esta clase, y así podia decirse que el rey de Francia era un monarca poderoso. No era ya su defensor el duque de Normandía, porque co-

mo llegó á ser rey de Inglaterra, pensó solamente en reducir al de Francia ensanchándose él por el continente; pero Luis le oponia fuertes obstáculos. Tenia por ministros cuatro hermanos llamados Garlandas, y ninguno favorito, pues decia que el rey no debe tener otro mas que su pueblo: este solo dicho hace su elojio, por lo que es inutil decir que fué un escelente rey. Vivió sesenta años.

Luis VII. —(1137) Luis el Gordo se habia criado en la abadía de san Dionisio, y allí educó á su hijo Luis llamado el *Jóven* por distinguirle de su padre. Aquellos grandes monasterios eran las escuelas de la juventud noble, y en ellos se encontraban hombres de un relevante mérito y la honra de aquel siglo. Sugero, abad de san Dionisio, fué un gran político, ministro prudente, amigo y consejero de los reyes: san Bernardo, abad de Claraval, de brillante injenio, de elocuencia dulce, que tenia los oidos de los que le escuchaban pendientes de su lengua. Por este tiempo vivia Abelardo, castigado por sus amores y escritos, y que estraviado por la metafísica y la confusion de una dialéctica abstracta, cayó en la herejía y sufrió la humillante retractacion pública.

San Bernardo predicó la cruzada y la persuadió. Los que descreditan la buena fé de los reyes de aquel tiempo, suponiendo que el objeto de animar las peregrinaciones era por debilitar á los vasallos, no tienen razon, pues en la primera cruzada no se encuentra idea política, y sí el entusiasmo con que la corte y todo el reino tomó la cruz como por una inspiracion repentina, y hasta la misma reina con sus principales damas se cruzó. Leonora llevó en dote á Luis el ducado de Guyena y el condado de Poitou; fue á la Tierra Santa acaso mas por diversion y curiosidad que por celo, y habiendo llegado á Antioquía encontró Leonora en el monarca de esta ciudad un cristiano que la agradó, así como en el sultan de Ejipto Saladino un mahometano que la interesó; y Luis, á quien no agradaba tanta afabilidad, la separó de Antioquía, llevándola á Jerusalen para que cumpliese sus devociones, y cuando volvió á Francia la repudió, restituyéndola las hermosas provincias de su dote. Leonora se las dió con su mano seis semanas despues á Enrique conde de Anjou, duque de Nor-

mandía y heredero del reino de Inglaterra. Cuando este subió al trono se encontró dueño de los ducados de Normandía y Guyena, y de los condados de Anjou, Poitou, Turena y Maine, que le hacian tan poderoso en Francia como el mismo rey.

Luis es reputado por un monarca piadoso y casto, y en verdad que si hubiera tenido menos escrúpulo habria encontrado medio para deshacerse de Leonora, sin dejar escapar de sus manos un dote de tanta consideracion. Murió este príncipe á la edad de sesenta años.

FELIPE II. — (1180) Luis VII tuvo de su tercera mujer á Felipe II, cuyo sobrenombre fué *Augusto*, quien le sucedió. La historia de este príncipe es de guerras sin otro fin que el de sujetar á su corona todo lo que la habian quitado, por cuyo medio volvió á reunir la Normandía que hacia trescientos años que se habia separado; adquirió tambien á Anjou, Maine, Poitou, Turena, la Aubernia, el Vermandes, el Artois y otras muchas ciudades inmediatas.

Aunque fué prudente se dejó guiar de las ideas de aquel siglo haciendo un viaje á la Tierra Santa, en donde estuvo solo el tiempo preciso para hacer ver que cumplió su promesa. El mismo capricho de su padre en divorciarse de su esposa tuvo este príncipe con la suya, Injerberga, habiendo estado escomulgado por esta razon tres ó cuatro años; pero viendo que esta conducta se miraba con seriedad en su reino, y que ya se murmuraba en los pueblos, pidió que su divorcio se juzgase en una reunion de obispos; pero mientras que estos discutian sus opiniones, ya fuese por temor, ya por remordimientos de su conciencia, ó finalmente por no haber tratado bien á una esposa paciente y devota que se habia ganado la estimacion pública, se llevó á Injerberga á su palacio, en donde vivió siempre bien con ella. Este príncipe dió privilejios á las ciudades, las adornó y las organizó con leyes de policía, fomentándolas en cuanto permitian las artes que entonces estaban en su infancia; de modo que puede llamársele el padre de las ciudades. En la batalla de Bovines consiguió la victoria derrotando con peligro de su vida al emperador Othon, que tenia fuerzas superiores, y con este triunfo coronó sus hazañas militares. En los años que suce-

dieron á esta victoria se ocupó siempre Felipe en las virtudes pacíficas y de utilidad para su reino, y así era temido, respetado y amado. Murió á la edad de sesenta años, y despues le tributó la voz pública el sobrenombre de Augusto.

Luis VIII. — (1223) Este príncipe sucedió á su padre, y le llamaron el *Leon*, para esplicar su gran valor en los combates. Su prueba principal fué contra los albijenses que eran unos herejes libertinos é inhumanos; pero los que batallaban con ellos no eran menos, esceptuando á Luis por su pureza de costumbres y fidelidad en puntos de relijion. Murió de edad de treinta y nueve años, y dejó un hijo en la de doce á la tutela de la virtuosa reina doña Blanca de Castilla, su madre.

Luis IX. — (1226) La rejencia de esta princesa honró mucho á su espíritu por su firmeza y política, dirijiendo los acontecimientos con mucha enerjía. Hizo que los señores se mantuviesen en su deber, aunque creian que por el gobierno de una mujer podrian volver facilmente á su antigua autoridad; pero ya con la fuerza, ya con la mansedumbre, reprimió á unos y ganó á otros, y aunque trataron de inculcar sospechas de galantería en su edad de cuarenta años, no perdió su opinion, pues lo único que se reprendió en su conducta, fué solo una prueba de la lijereza y perversidad en los juicios de los cortesanos. El conde Tibaldo de Champaña la acompañaba bastante y la queria; pero la reina le toleraba porque presumió la seria peligroso el chocar con él: aparentaba que asentia á los consejos de un legado del papa, y le admitia con frecuencia; pero la reina dejaba que murmurasen y obraba mostrándose indiferente á las hablillas del pueblo: los acontecimientos la justificaron mas que todas las medidas que podria haber tomado para acallarlas. Aunque intentaban desacreditar sus acciones con dañadas calumnias, seguia Blanca educando á su hijo con una gran piedad en los preceptos de la virtud, y aun por esto decian que queria educar mas bien un monje que un monarca, por continuar ella gobernando en su nombre. Cuando san Luis se casó era aun muy jóven, y la reina temerosa de que los esceses le debilitasen, templaba el comercio de los dos esposos, lo que atribuian á recelo que te-

nia la madre de que la reina jóven llegase á imperar demasiado en el corazon de su esposo; pero las dañadas interpretaciones que se dieron á estas prudentes precauciones, no lograron separar á su hijo de la madre, porque con la felicidad de su gobierno le habia infundido tanta estimacion y ternura que nunca flaquearon.

Aunque á esta educacion la llamaron monacal, no causó debilidad en el soberano, ni defecto en el gobierno del reino; pues era devoto sin supersticion, respetaba la dignidad de los pontífices, y sabia distinguir entre el imperio y el sacerdocio, tratando bien al clero y arreglándolo: no quitaba los bienes de la Iglesia, pero con su socorro ausiliaba al estado. Los efectos de la rijidez con que le educaron en los principios de la relijion, fué hacerle inflecsible en los de la justicia, que administraba por el estilo de los patriarcas debajo de una encina, cuya sombra favorecia á los clientes en la puerta de su palacio. No habia temor en tomarle por juez aun en los pleitos en que tenia interés su patrimonio real. Los señores de Inglaterra tomaron por árbitro á san Luis en la causa mas interesante, en la cual se trataba de fallar entre ellos y su rey, y observaron su decision. Se le debe escusar en las dos cruzadas de su tiempo, porque ademas de ser la manía de aquel siglo, obró en ellas con cuantos preparativos y precauciones le parecieron convenientes para lograr un buen écsito; y aunque fueron desgraciados por la peste que sobrevino á las tropas, y él dió en manos de los infieles, se mostró constante y magnánimo aun entre las cadenas, haciendo su virtud respetable. Murió de peste en una espedicion contra Tunez, á los cincuenta y seis años de su edad.

Si alguno discurriese que la devocion apocó su espíritu, vea los establecimientos de san Luis, y leerá en ellos cuántas instituciones civiles hicieron florecer el reino. Las instrucciones que dió á su hijo Felipe, son un modelo de cuanto debe saber un príncipe. Fué un guerrero valiente, sin alteracion é infatigable, buen hijo, buen esposo, buen padre, soberano justo y compasivo. Con tales cualidades estaba de mas el dictado de Santo, si este no significase que Luis IX poseia cuantas virtudes pueden juntarse en la debilidad humana.

Felipe III. — (1240) A este príncipe, hijo de san Luis, le

llamaron el *Atrevido*, porque estando prisionero con su padre entre los sarracenos, tuvo espíritu para castigar á un soldado insolente por haberle faltado al respeto. Siguió las mismas huellas que su padre, y en lo militar tuvo muy buenos aciertos para reprimir á sus mismos vasallos y á sus enemigos. Se le critica sobre los favores que dispensó á Brosse, á quien elevó desde la clase de barbero á la dignidad de mayordomo mayor; y tambien se censura á la reina por el suplicio de horca que dió á este valido, pues se cree fué mas por venganza que por justicia; y aunque Brosse no gozaba de estimacion, ninguno aprobó que se le castigase por una culpa de que no hubo otra prueba que la simple delacion de una falsa beata. En el reinado de este príncipe, fué la horrible carnicería que se conoce con el nombre de *Vísperas Sicilianas*; y aunque le llaman el *Atrevido*, no la vengó. No era desafecto al dinero, pero fué muy detenido en el gravámen con tributos, los cuales se cobraban con justicia y moderacion. Falleció de cuarenta y un años de edad, y en su reinado cesaron las cruzadas, habiendo empezado tambien á perder alguna cosa de su esplendor la caballería, la cual usaba entonces tales ceremonias, que se asemejaba á una institucion relijiosa. Los caballeros eran en aquel tiempo unas personas á quienes desde la infancia les imponian dos obligaciones muy opuestas, á saber: el amor de Dios y el de las damas, teniendo que guardar igual fidelidad á uno que á otras. Luego que llegaban á edad de poder llevar el escudo y el morrion, y despues de haber pasado por las graduaciones de *garzon, page, doncel*, nombres casi sinónimos, que indicaban el primer aprendizaje de las armas, se les concedia la graduacion de escudero, la cual les autorizaba para emprender las hazañas que les adquiriesen el grado de caballero. Luego que les creian dignos de tal título, se reunian los caballeros del territorio, y en toda la noche que precedia á la ceremonia, el candidato, que habia ayunado todo el dia, escuchaba el oficio con devocion, y á esto llamaban *velar las armas*. Se bañaba y confesaba para purificarse de toda mancha interior y esterior: el caballero mas antiguo ó mas distinguido por su mérito, le daba un golpe con la espada en las espaldas, y le abrazaba diciendo: «*Yo te hago caballero*;» y la da-

ma de mas respeto le ceñía la espada; las jóvenes le ponian las espuelas y el talabarte, que tal vez habian bordado ellas.

En este estado podia ya el caballero ir á correr el mundo, á desafiar con lanza á todos los que encontraba de su órden, y batallar hasta matarlos si no confesaban que la dama del que acometia era la mas hermosa de todas las hermosas, aunque nunca la hubiesen visto. A estos caballeros les recibian bien en los castillos aunque no los conociesen, y si iban heridos cuidaban de ellos las damas y doncellas, que se preciaban de saber remedios y recetas á propósito para tales ocasiones. Aunque muchas veces sucediese á la compasion la ternura, observaban siempre la mas pura conducta, sin embargo de la intimidad que enjendra el trato. Con ser las prácticas respetuosas de la caballería tan diferentes de nuestras costumbres, nada hay mas semejante á lo que nos dicen las antiguas novelas. Los torneos mantenian la institucion de la caballería, pues proporcionaban combates en que se adiestraban y daban á los grandes señores las ocasiones de ostentar su magnificencia.

Felipe iv. — (1285). Era este príncipe de un personal agraciado y de bello rostro, cuyas cualidades le dieron el nombre de *Hermoso*. En sus tratados era cauteloso, y en sus palabras poco fiel, lo que le ocasionó muchas guerras y causó la enemistad entre él y Bonifacio VIII, la cual llegó á tal estremo que escandilizó, porque habiéndole escrito el papa que solamente un insensato podria dudar del derecho de pedirle cuenta de su conducta, y aun correjirle, le contestó con el mayor desprecio. No estando conformes los cardenales en la eleccion del que habia de suceder á Bonifacio VIII, la remitieron á tres prelados, de los cuales era uno Beltran de Got, arzobispo de Burdeos; se avistó el rey con él prometiéndole los votos de los otros dos electores, pero fué con ciertas condiciones que le significó, añadiendo otra que reservaba en su pecho, y se cree fué la destruccion de los *templarios*, sin duda porque estos poseian inmensas riquezas, y aun se presume que fué este su mayor delito. Es innegable que con la libertad militar se pudiesen haber introducido vicios y abusos reprensibles entre estos caballeros, y es tambien posible

que una juventud infatuada concibiese en sus escesos de alegria prácticas ridículas y absurdas; pero no es presumible que toda la corporacion de los templarios, tanto viejos cuanto jóvenes, las tuviesen como leyes, ni que recibiesen á los pretendientes en aquella órden con ritos abominables y anticristianos.

Sin embargo, casi todos fueron acusados de tales delitos, sin esceptuar al gran maestre y los primeros oficiales, sujetos de mucha gravedad. Los dieron tormentos, prometiéndoles la vida si confesaban: con efecto confesaron y fueron quemados vivos hasta cincuenta de ellos, confiscándoles los bienes, de los cuales el papa y el rey se tomaron lo mejor, distribuyendo el resto entre los caballeros que despues se llamaron de *Malta*. Aquellos infelices puestos al pie de la hoguerra emplazaron á sus enemigos para que compareciesen ante el tribunal de Dios, señalando al papa dos meses de término y al rey cuatro: con efecto, á esta época fija, comparecieron los dos ante el tribunal divino. Si no se probaron evidentemente las maldades que atribuian á los templarios, fué aquel Felipe IV un juez inícuo: murió á la edad de cuarenta y seis años, deshonrado en su misma familia; pues las mujeres de sus tres hijos fueron acusadas de adulterio, cuyo delito se califica por el castigo que dieron á sus amantes.

Luis x. — (1314) A este príncipe llamaron *Hutin*, que significa *Amotinado*; sin duda hubo de ser muy terco en sus caprichos, de lo cual se puede dar la siguiente prueba. Se amotinó contra toda la nacion y la corte sobre el negocio de Enguerando de Mariñi, ministro de hacienda, que incurrió en el aborrecimiento de Cárlos de Valois, tio del rey, por no haber querido prestarse á las dilapidaciones de este príncipe; y habiéndole acusado de infidelidad en su encargo, se vió que las faltas de que le convencieron eran inevitables en aquel empleo, y que apenas merecian reprension; pero sin embargo, por la influencia del tio con su sobrino le condenaron á muerte, y aunque todos suplicaron por él, porque le creian inocente, se ejecutó la sentencia. Despues tuvo Cárlos muy grandes remordimientos, dando en su última enfermedad evidentes muestras de arrepentimiento. Se sospecha que á Luis le dieron

veneno, y murió á los veinticuatro años de edad. Juan I reinó pocos dias, y le sucedió

FELIPE V EL LARGO. —(1316) Parece que este príncipe tuvo la misma muerte que su padre. Por entonces corria la voz de que administraban venenos, y acusaron á los judíos de haber emponzoñado las fuentes, los pozos y aun los rios, por cuya razon quemaron y mataron á millares de ellos.

CARLOS EL HERMOSO.— (1322) Aunque Felipe el Largo y Luis Hutin no murieron sin sucesion, sucedió en la corona Cárlos el *Hermoso*, porque los dos anteriores solo habian dejado hijas, y se determinó en los estados que el reino de Francia no podia recaer en hembras por ser feudo sálico. Estos tres príncipes estuvieron casi siempre escasos de hacienda, por lo cual agotaron todos los medios de adelantarla. A los judíos obligaban á comprar la facultad de poseer tierras; á los contribuyentes ricos les hacian adquirir la nobleza para obtener privilejios; el precio de las monedas fué alterado y disminuido, y finalmente hizo Cárlos el Hermoso que los usureros vomitasen sus caudales. Casi todos estos logreros eran lombardos, que estafando al pueblo habian reunido riquezas considerables; pero el rey los hizo ir á Italia tan miserables como habian venido; castigo bien merecido para tales malvados. Cárlos falleció de treinta y cuatro años de edad, dejando en cinta á la reina.

Entretanto que esperaban el parto, hubo muchos debates sobre la rejencia entre Felipe de Valois y el rey de Inglaterra; este se engreía con la esperanza de que el que la obtuviese lograria el trono si la reina paria hembra. Eduardo era el pariente mas inmediato, como sobrino del rey difunto, proveniente de una hermana; Felipe no era tan cercano, pero su parentesco procedia de varon, como hijo de Cárlos de Valois, y el parlamento le adjudicó la rejencia. Habiendo parido la reina una hija, adquirió Felipe la corona; y este fué el principio del reinado de los Valois: llamáronle el *Afortunado*, no porque su reinado fuese favorecido de la fortuna, sino por haber llegado al trono desde tan lejos.

FELIPE VI. — (1328) Este príncipe tuvo tres guerras muy funestas, la una de ellas en Bretaña, cuya provincia sirvió á los

reyes de Francia y de Inglaterra de teatro para enseñarse á darse golpes de mayor entidad. La otra guerra fué en Flandes, en donde un fabricante de cerveza, que se llamaba Jacobo de Artebelle, gobernaba casi como soberano por la menor edad de su duque. Felipe obtuvo una gran victoria contra los flamencos, habiéndoles impuesto un gran tributo que juraron pagar al rey de Francia.

Eduardo no estaba conforme con la resolucion de dar el trono de Francia á Felipe de Valois, por lo que se creia con derecho de reclamar la corona. Artebelle imajinó un medio para ecsimir del tributo á sus compatriotas, y para ello, sin que se percibiese faltar á su juramento, indicó al rey de Inglaterra que tomase el título de rey de Francia. Este nuevo soberano condonó á los flamencos la deuda, por lo cual se declararon á su favor. Eduardo no manifestaba sin bastante timidez esta pretension, pero la sostuvo con atrevimiento luego que se empeñó en la guerra, la cual fué la tercera que aflijió al reinado de Felipe, pues tomó un aspecto fatal por la gran derrota de Cresi, que fué el orijen de todos los males que apuraron á la Francia en el tiempo de los desafortunados sucesores de Valois. Sin embargo logró la fortuna de añadir á la corona el Delfinado, con la cualidad de que los primojénitos de los reyes de Francia habian de llamarse Delfines, lo que se ha practicado despues. Felipe estaba viudo y tambien su hijo mayor Juan, por lo que pidió para este príncipe á Blanca, hermana del rey de Navarra. Luego que llegó esta le pareció al monarca sumamente hermosa, prendándose de ella de tal modo, que aun teniendo ya cincuenta y seis años no titubeó en casarse con una princesa de solos diezisiete; pero murió al año siguiente.

Juan II. — (1350) Tenia este príncipe cuando subió al trono cerca de cuarenta años, y el título de duque de Normandía. Como su padre le habia empleado en los negocios del reino, y mandó muchas veces los ejércitos con fortuna, se esperaban grandes ventajas en su gobierno; pero desgraciadamente sucedió al contrario, pues empezaron las desdichas por la batalla de Poitiers, que se perdió por culpa suya. El príncipe de Gales, llamado el *Negro* por el color de sus armas, logró una victoria completa haciendo pri-

sionero al rey de Francia, de lo que se orijinaron muchos alborotos y desórdenes que espusieron al reino á su perdicion.

Con este motivo cayó el gobierno en manos del hijo primojénito del rey Cárlos, entonces Delfin, que tenia la edad de quince años. Ademas de los partidos opuestos que le rodeaban, era este príncipe el blanco de Cárlos el *Malo*, rey de Navarra, su cuñado, quien le envidiaba la rejencia. La mas profunda malicia con el mas grande talento se reunian en el navarro: este ganó la amistad de los partidos con su elocuencia vehemente y rápida, seduciendo á los populares con la esperanza de que serian depositarios del poder. La junta de los estados jenerales, en la que se habian congregado de buena fé, se convirtió despues en intrigas, formando un partido que maquinó la variacion del gobierno, colocando el supremo poder en el estado jeneral, y dejando al rey un título nominal; pero esta proposicion que hicieron los de París no fué bien admitida.

La capital estuvo por espacio de dos años en la mas horrorosa confusion, pues tan pronto dominaba Cárlos el *Malo*, como le espulsaban, y con estas alternativas ocurrian muertes en uno y otro partido. Las cárceles, llenas de los que llevaban los unos, ó hechas asilo de los que se refujiaban en ellas, fueron violentadas y bañadas de sangre. Un preboste de los comerciantes de París, llamado Marcelo, se hizo dueño de todo el poder, y ninguno contaba con la seguridad de su vida si no tremolaba el color de su divisa. Tuvo el atrevimiento de matar á dos mariscales de Francia á la vista del Delfin, y este príncipe esclamó: «¿Me quereis matar á mí?» «No: respondió Marcelo; y asi para vuestra seguridad tomad mi sombrero.» El Delfin lo recibió con mucha docilidad, considerándose dichoso, pues con aquella divisa podria librarse de la ferocidad del pueblo. Cárlos el *Malo* estaba casado con la hermana del Delfin, y este no se libertó de la perfidia de su cuñado sin quedar con signos de ella, porque se asegura que el navarro le envenenó, y que con la violencia de la ponzoña se le cayeron el cabello y las uñas. Sin duda habria muerto á no haber encontrado un médico muy hábil que le salvó la vida; pero quedó con un temperamento muy débil.

Desde la capital se estendió el desórden á las provincias, y por todas partes tomaron las armas los paisanos. Muchos motivos concurrieron para aquella sublevacion; el enfado de ver triunfantes á los ingleses sus rivales, la indignacion contra los grandes que permitian que el rey Juan, á quien amaban, permaneciese en las prisiones, y sobre todo el deseo de vengar el mal trato que sufrian de la nobleza, la cual estafaba á los labradores sin decoro alguno para mantener su fausto, añadiendo la burla á la tiranía, porque entre ellos llamaban al paisano *Santiago el buen hombre*; pero estos buenos hombres se cansaron de sufrir y de verse abatidos; se armaron con los utensilios de su oficio, con palos y todo cuanto hallaron á mano, saquearon los castillos y degollaron las familias nobles que pudieron. A esta especie de tropa llamaron la *jaquería* y viendo los nobles que el peligro era jeneral, se armaron para defenderse en comun, y castigaron con crueldad á aquella multitud indisciplinada, la cual se fué estinguiendo con las derrotas y matanzas. El Delfin, aunque tan jóven, tomó mucho ascendiente con su prudencia; abrió los ojos al pueblo, inclinó los espíritus á la moderacion, y aun supo aquietar á su cuñado. Trató la paz con los ingleses en Bretiñi, y aunque no fué muy ventajosa, logró bastante solo con hacerla. El rey Juan volvió dejando en rehenes dos hijos suyos con los ingleses hasta la completa ejecucion del tratado.

Reflecsionando sobre la conducta de este monarca desde su vuelta al gobierno, se deducirá la consecuencia de que fué mayor la indiferencia con que miró el reino, que el regocijo de verse en libertad; pero estaba resentido del poco interés que los grandes habian mostrado acerca de su persona mientras duró su prision. Los estados jenerales atendieron mas á aprovechar la ocasion de restrinjir la autoridad real, que á restablecerle en el trono. Como encontró que los negocios habian sido bien manejados por su hijo, dejó á este la continuacion de ellos, y solo se presentaba en los actos de lucimiento. Bien querria haber borrado con alguna hazaña estrepitosa la vergüenza de su prision; pero era irresoluto. Con este objeto tomó la cruz, aunque se indica tambien otro motivo de utilidad en su devocion.

Los soldados despedidos de resultas de la paz, se reunieron ba-

jo la direccion de algunos jefes que ellos mismos nombraron, y cometieron muchos desastres: se pusieron el nombre de *tardevinisteis*, manifestando en esto que solo habian llegado á espigar despues que otros habian recojido la abundante cosecha. Un jefe se nombraba *el amigo de Dios, y enemigo de todo el mundo.* Cuando los jefes se vieron ya con bastante dinero se retiraron á gozar de sus riquezas, y dejando sus compañías no formaban ya cuerpos, pero quedaron muchos soldados errantes, los mas perjudiciales de toda la Europa.

Cuando el rey Juan tomó la cruz fué con la intencion de reunirlos todos y llevarlos como jeneralísimo de los ejércitos cristianos, para que ejerciesen su valentía, y satisficiesen su codicia, por cuyo medio los separaba del daño que hacian en su pais; pero tan buen proyecto no llegó á verificarse, porque un hijo del rey que se habia quedado en Inglaterra en rehenes se escapó antes de cumplir las condiciones del tratado: queriendo el padre hacerle volver se le resistió, y Juan creyó debia ir él mismo á sustituirle, por lo que murió en Inglaterra. Parece que volvieron á llamarle, pero lo mas verosimil es que no cedió, y que quiso mas bien cumplir fielmente su palabra. Decia Juan que si la buena fé se perdiese, deberia hallarse en el corazon de los reyes. Le apellidaron con el nombre de *Bueno*, á pesar de sus desgracias é imprudencias.

CARLOS V. — (1365) Este príncipe mereció el sobrenombre de *Prudente*, porque sus acciones probaron que le merecia. Ejecutó lo que no pudo hacer su padre por haber muerto. Limpió la Francia de los ladrones que la destruian con el nombre de *malandrines* ó *grandes compañías*, arrojándolos hácia España como langostas impelidas del viento, bajo la conducta del célebre Guesclin.

Habiéndose dirijido esta multitud hácia Aviñon, se atemorizó el papa, y por un cardenal que les envió les preguntó quiénes eran, y adónde iban, y respondió Guesclin que eran treinta mil cruzados que marchaban á hacer guerra, y que pedian la absolucion de sus pecados, y doscientas mil pesetas para el viaje. La primera se les concedió prontamente, pero en cuanto á la segunda se regateó mucho. Finalmente, el papa impuso una contribucion á los de Aviñon,

y lo que produjo se llevó á Guesclin; mas este contestó que no era aquello lo que él entendia, y que no habia venido allí á saquear á los pobres sino á los ricos; que se volviese aquel dinero á los que lo habian suministrado, y que el papa y los cardenales les diesen lo que habian pedido. El papa se vió precisado á acceder á todo, y despues recibieron la absolucion con grande humildad.

Con esta emigracion consiguió Cárlos limpiar su reino de jente malvada, restablecer la policía y las buenas costumbres, y hacerse un aliado fiel de Enrique, conde de Trastamara, quien en agradecimiento de haber sido colocado en el trono por Guesclin, envió al rey de Francia una escuadra para socorrerle contra los ingleses. Este soberano estuvo en guerra contra estos isleños mientras duró su reinado. Se vieron en campaña cinco ejércitos; reconquistó sus provincias, unas enteramente y otras en parte, con muchas ciudades importantes. Guesclin debe contarse entre sus buenos jenerales, y el rey le hizo condestable, porque él mandaba rara vez los ejércitos: y así decia Eduardo, que aunque no habia otro rey que se armase menos que él, ninguno le habia dado mas que hacer. Consultaba con gusto públicamente; pero decidia solo en su despacho secreto, pues decia que en los negocios de estado podian ser las razones públicas, siempre que las decisiones fuesen secretas.

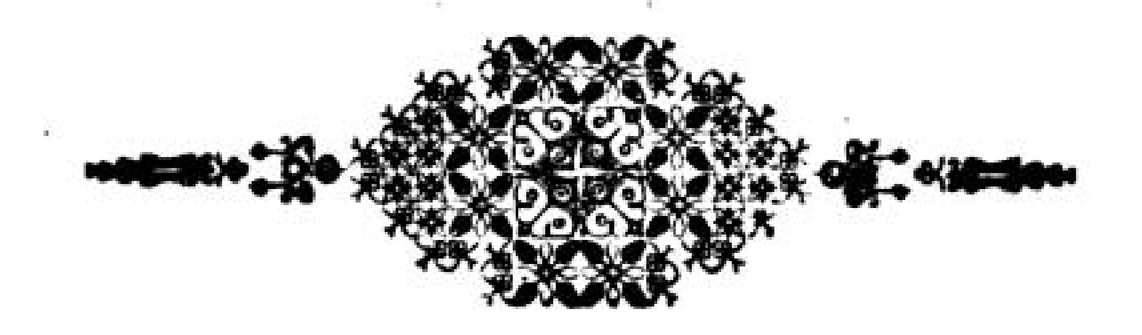
En este reinado se disputaron la Bretaña la condesa de Monfort y la de Pentievre mientras duraba la prision de sus maridos, y aun despues de su muerte, que acaeció bajo las banderas de los reyes de Francia y los de Inglaterra. Hubo otras muchas guerreras que atacaban y defendian las ciudades. Una de estas damas detuvo las fuerzas del condestable delante de Fontenai-Lecomte, habiéndose espuesto como un simple soldado. Era jóven y hermosa; y cuando llegó el caso de capitular, le hizo presente Guesclin con galantería, que las condiciones las dejaba á su arbitrio. Este hombre famoso no sabia leer, porque la ignorancia era comun en aquel tiempo, y asi un jefe de la Rochela se aprovechó de ella con destreza: los ingleses sostenian la ciudadela, cuyo jefe, aunque francés, por inclinacion tenia buena correspondencia con el comandante;

le convidó á comer con él en la ciudad, y al tiempo de sentarse á la mesa entraron una carta del rey de Inglaterra para el comandante: este la reconoció, y persuadido de que era de su rey, y no sabiendo leer, pidió al jefe de la Rochela que le espresase su contenido: el paisano astuto que habia prevenido al mensajero con una carta antigua y esperaba aquel suceso, leyó en lugar del contenido una órden supuesta del rey de Inglaterra para que sacase del castillo la guarnicion con el fin de hacer la revista: el comandante obedeció, y viendo el jefe que las tropas estaban fuera, se apoderó de la ciudadela.

Cárlos V trabajó mucho para alejar de su reino la ignorancia y sustituirla el gusto de las ciencias, concediendo distinciones á los que las cultivaban, los cuales se llamaban en aquel tiempo *clérigos*. Algunos murmuraban, pero Cárlos les respondia: «Los clérigos ó la ciencia nunca serán honradas con esceso; pues mientras sea apreciada la sabiduría en mi reino, habrá prosperidad, y si se desprecia decaerá.» Efectivamente, la Francia ha adquirido una especie de dominio sobre las demas naciones por las ciencias y por las armas. Se puede considerar á Cárlos V como fundador de la magnífica biblioteca de París: su padre Juan le dejó unos veinte volúmenes, y él añadió novecientos; cantidad escesiva para aquel tiempo en que no se conocia el arte de la imprenta. El mejor regalo que podia hacérsele era un libro, y su principal gusto y descanso era la conversacion sobre las ciencias.

Su temperamento débil no le permitia los ejercicios violentos que usaban sus antecesores, por lo que permanecia gustoso dentro de su palacio, y en él era accesible á todos; aunque circunspecto en su carácter, no despreciaba una prudente alegría: era modesto en el vestido, gustaba del aseo en su corte, y en las ocasiones le agradaba la magnificencia. Era muy fiel y arreglado en las prácticas de la relijion y en su vida privada: en las desgracias espedia sus órdenes con la propia serenidad que en las prosperidades. En Juana de Borbon consiguió una esposa digna de él, piadosa, limosnera, prudente, ejemplo y vivo modelo de buenas costumbres y virtudes para las hijas de los señores que en aquel tiempo se criaban en la corte.

A la edad de cuarenta y cuatro años murió Cárlos V estando el reino tranquilo, bien disciplinadas las tropas, la real hacienda en muy buen estado, y llenas sus tesorerías, sin embargo de haber sido el mas liberal de los monarcas; pero su jenerosidad era una especie de tráfico con los pueblos. Por ejemplo, daba terrenos al condestable, este los vendia é invertia el dinero en premios para la tropa, en reanimar á los paises destruidos con la guerra, en sostener las familias nobles y los edificios de utilidad. Esto lo sabia el rey, por cuya razon cuando ya se habia gastado el precio de aquellos terrenos cedia otros. De este modo conseguia que circulase el dinero, reanimaba la industria, y los pueblos podian pagar las contribuciones; y sin embargo, habiendo sido tan cuidadoso en moderarlas, al morir tuvo escrúpulo por las que habia impuesto, y encargó á su sucesor que las disminuyese.



CAPITULO III.

Cárlos VI. — Demencia de este rey. — Cárlos VII. — La Doncella de Orleans. — Luis XI. — Cárlos VIII. — Luis XII. — Francisco I. — Enemistad de Francisco I con el emperador Cárlos V. — Batalla de Pavia. — Enrique II. — Francisco II. — Cárlos IX. — Enrique III. — Enrique IV. — Luis XIII. — Luis XIV. — Luis XV.

CARLOS VI. — (1380) Tenia este príncipe solos doce años cuando murió su padre, y el duque de Anjou su tio se apoderó de la rejencia, en cuya autoridad se aprovechó de los derechos que le dió Juana, reina de Nápoles, cuando le adoptó por hijo. Tomó los tesoros del rey difunto que ascendian á muchos millones, habiendo tambien robado cuanto pudieron otros dos tios del monarca, que fueron los duques de Borgoña y de Berri; de modo que solo el duque de Borbon se portó segun correspondia á su clase, entregándose con el mayor esmero á la educacion del jóven monarca; pero todos sus buenos deseos fueron inútiles, porque el duque de Borgoña, compañero suyo en el encargo, acomodándose al jenio de su pupilo, favoreció su desenfrenada inclinacion á los placeres.

El duque de Anjou reunió el mas brillante ejército de cuantos jamás salieron de Francia para Italia, y todos le vieron marchar con la misma alegría que se advierte cuando se ve ausentarse un ladron que se lleva el robo. El duque de Borgoña tomó el mando y redujo á su sobrino á hacer la guerra en Flandes, aunque los naturales de aquel pais no tenian otro delito que no querer tolerar las esac-

:

ciones de su rey, suegro del duque de Borgoña. Por este motivo salió otro ejército de Francia á lidiar sobre unos intereses totalmente estraños. Igualmente fué forzoso enviar tropas al Languedoc, á cuyo gobierno habia ido el duque de Berri, y no querian recibirle por haber esperimentado ya sus vejaciones viviendo aun el difunto rey. Este prudente monarca, por complacer á sus pueblos, habia mandado venir á su hijo; pero el sobrino le envió muy bien armado y temible. Cárlos VI era sumamente desgraciado por verse en la precision de sufrir los efectos de la codicia de sus tres tios.

Teniendo dieziocho años se casó con la princesa Isabel de Baviera, y su hermano el duque de Orleans con Valentina, hija del duque de Milan. En este estado intentó el rey salir de la tutela de sus tios, y para el efecto juntó un consejo é hizo declarar en él que queria gobernar por sí mismo en adelante. Con este motivo se desvaneció la autoridad de todos: llamó á los ministros que habia tenido su padre, y mudaron de aspecto todos los negocios. El jóven monarca se dedicó al alivio de sus pueblos, limitó los gastos necesarios, cercenó los supérfluos, y tomó á su cargo la reparacion de los agravios. Era familiar con decoro, muy afable, y gustaba mucho de tratar á todos con la mayor cortesía; por lo cual encantados los pueblos de sus buenas cualidades le dieron el nombre de *muy amado*. Los planes de guerra que algunas veces se le advertian, y de guerras caballerescas, como eran ir á pelear con los turcos, y á sosegar los diferentes partidos que tenian al papa fuera de Roma, daban márjen para temer que se dedicase á esta pasion en perjuicio de su reino; pero sus ministros le contenian. Estos no pudieron sin embargo oponerse á la venganza justa de un asesinato vil, cometido casi á su misma vista.

El duque de Orleans, de conducta desarreglada, procuraba ocultar sus desórdenes á la vista de su jóven esposa; pero esta, sabedora de ellos, le reconvino, y habiéndola hecho confesar que aquellas noticias se las habia dado Pedro Craon, su favorito, le arrojó de su corte. Era Craon uno de aquellos hombres peligrosos que se arrimaban á los príncipes jóvenes, pródigo, atrevido y sin principios. El condestable Oliverio

Clison, hombre de un jenio grave y arreglado, habia procurado apartar al duque de aquel hombre pernicioso, pero no pudo conseguirlo. De estas honradas dilijencias tuvo Craon noticia, y creyendo que podrian haber contribuido á sus desgracias, por sola esta sospecha se puso á la cabeza de muchos asesinos en París, acometió al condestable, le dejó por muerto, y se fugó á Bretaña, en donde el duque, enemigo del condestable, le recibió gustoso.

El rey de Francia, irritado con semejante atentado, pidió que se le entregase el asesino, á lo que se resistió el duque; pero Cárlos poniéndose al frente de sus tropas se preparó para obligarle á obedecer. El duque de Bretaña tenia en la corte un gran partido, y entre otros estaban á su favor los duques de Borgoña y de Berri, quienes procuraban separar de esta guerra á su sobrino, sin embargo de que le seguian. Al llegar á Mans le acometió una calentura; sus tios le aconsejaron que se detuviese allí, pero continuó su marcha. Estando su salud en tan mala disposicion, y despues de haber caminado muchas horas en uno de los dias mas calorosos de agosto, el príncipe, que iba en su caballo como adormitado, notó con sobresalto que le despertaban, y que de detras de un árbol salió un hombre de mala traza cubierto de andrajos, se arrojó á la brida del caballo, y le gritó con voz terrible: *Detente, rey, ¿adónde vas? traicion te han hecho*: y al punto desapareció. Podria creerse por este suceso que tanto los tios como los que no querian esta guerra, habian apostado allí aquella fantasma; pero no previeron sin duda las funestas consecuencias de su estratajema. Luego que pasó el primer temor que causó aquella vision continuaron la marcha. Un escudero que llevaba una lanza se durmió sobre el caballo y la dejó caer, de modo que dió sobre el capazete de otro que iba detras del rey. Al oir el sonido volvió la cabeza, y viendo aquella lanza como enristrada contra él, se arrojó impetuosamente sobre el escudero, le mató, y como un loco corrió por todas partes hiriendo á diestro y siniestro, hasta que se le pudo sujetar. Volvieron á llevarle á Mans, en donde estuvo aletargado dos dias sin poderse adivinar en qué pararia aquel estraño accidente.

Mientras tanto tomaron la autoridad los duques de Berri y de Borgoña, en perjuicio del duque de Orleans, bajo el pretesto de ser este muy jóven. Ocultaban al rey todos los negocios y los dirijian por sí mismos, por la debilidad que habia causado en el entendimiento del rey aquel accidente; y esto mismo servia de pretesto para multiplicarle las diversiones, con el fin de disiparle la melancolia que le tenia oprimido.

Entre las funciones que para este fin se dispusieron, lo fué una mascarada de seis sátiros, los cuales para señalar la desnudez tenian solo una tela esactamente ceñida sobre el cutis, y un baño de pez para sujetar la lana que figuraba el pelo. El rey era uno de ellos y todos estaban unidos con una cadena. El duque de Orleans acercó sin reflecsion una hacha encendida á uno de ellos para reconocerle. Se pegó fuego á su vestido y se comunicó á los demas con tanta rapidez, que se abrasaron cuatro y murieron á los dos dias: otro, por su fortuna, encontró una cuba de agua y se arrojó dentro; y al rey, cuando ya le iba alcanzando el fuego, le libertó la duquesa de Berri apagando la llama con sus ropas, y envolviéndole en ellas. Desde este acontecimiento hasta la muerte del rey, tuvo este siempre tres ó cuatro ataques cada año, que le duraban unos mas que otros con diferentes síntomas: se notaba que la víspera del dia en que le daba el insulto estaba pesado é inquieto; al despertar por la mañana se ponia furioso ó lelo; tan pronto se sentia violento y ardiente, como triste ó melancólico; entonces lloraba, y algunas veces retozaba y jugaba como un niño; y cuando estaba asi á nadie conocia sino á la duquesa de Orleans, su cuñada, sin querer tomar cosa alguna como no fuese de su mano. Por entonces se dijo que esta habia envenenado al rey para que la autoridad pasase á su marido: otros sospecharon que esta preferencia se debia á condescendencias criminales; pero de las manias de un loco nada puede saberse. La reina y las tias de Berri y de Borgoña manifestaron envidias por la predileccion con que el rey particularizaba á su cuñada, y sus esposos tomaron á su cargo las disensiones de sus mujeres, de lo cual procedieron las discordias que causaron tantos albo-

rotos en el reino. Reflecsionando sobre el principio, ninguno se admirará de los sucesos estraños de aquel infeliz reinado. El duque de Orleans, valido del influjo de su mujer, en uno de los buenos intervalos del rey se hizo declarar teniente jeneral y gobernador del reino, en las recaidas de su hermano. El duque de Borgoña se opuso á esta declaracion, y los rivales se previnieron para emprender las hostilidades; pero el duque de Borbon las tuvo suspensas mientras duró la mayor locura del rey; y restituido este á una mediana salud, declaró nulo lo que habia hecho á favor de su hermano, concediendo á su tio toda la autoridad. El duque de Orleans se aprovechó de otro acceso que sobrevino á su hermano para que le repusiese en su empleo, en lo cual le ayudó su cuñada la reina. La condescendencia entre estas dos personas sostenia, no sin escándalo, su autoridad, y las daba una especie de derecho, de que se aprovechaban para robar al pueblo.

Habiendo muerto el duque de Borgoña, dejó sus estados á Juan *Sin miedo* que así le llamaban. Este era tan avaro como su padre, y aspiró á tener parte en el gobierno; mas la reina y Orleans querian escluirle. Los dos cuñados se conducian con mucha imprudencia, sin escusar bajezas ni vejaciones para juntar dinero, y parece que la reina lo remitia á Alemania para irse allá si el rey llegaba á morir. El duque de Orleans compraba posesiones, no sastisfacia las deudas, sostenia una corte brillante al tiempo que varias veces faltaba lo necesario en la del rey y sus hijos. El desgraciado monarca, que advirtió aquellas maniobras, en un lúcido intervalo, creó un consejo que gobernase el reino durante la *ausencia* del rey: asi llamaban, por decoro, á los accesos de su locura.

Esta precaucion no apagó los alborotos ni puso silencio á los atrevimientos, y el nuevo duque de Borgoña, por rivalidad de amor y de poder, hizo asesinar al duque de Orleans, su primo. Confesó su delito en público; pretendió justificarse, y logró que el rey le absolviese, sosteniéndole en París despues que hizo salir á la reina y á los hijos de Orleans con todos sus partidarios. Volvieron despues todos estos á la capital, en donde eran los mas fuer-

tes, é intimidada la corte por el favor que los parisienses manifestaban al duque de Borgoña, se retiró á Tours. La muerte de la heredera de Orleans proporcionó una composicion: Juan dió algunas disculpas á su primo el nuevo duque de Orleans; y la reina, aunque muy irritada por el castigo de Montaigu, á quien el duque de Borgoña habia quitado la vida por ser afecto á esta princesa, se sosegó por la cesion que la hizo de una parte de los bienes confiscados al difunto. El duque de Borgoña logró que le confiasen la educacion del Delfin, perjudicando al duque de Berri, quien en venganza resucitó las quejas del asesinato de Orleans: imploró justicia, levantó tropas, y avanzó á París. En esto volvió el rey á otro lúcido intervalo y calmó la tempestad que iba á causar muchos estragos: alejó de la corte á los rivales, quitó el gobierno de París á su tio el duque de Berri, confiriéndoselo al conde de San Paul, segun lo solicitaban los habitantes. A este capitan lo habian separado del gobierno de Jénova, y vuelto á reintegrar en él. Se dijo que los jenoveses no le apreciaban por ser muy del gusto de sus mujeres. El nuevo gobernador no tomó medidas benignas como correspondia para establecerse sólidamente en su empleo; y sin contar con la obediencia del paisanaje, que manifestaba afecto al duque de Borgoña, estableció un cuerpo militar de quinientos verdugos, que apenas vieron las armas en sus manos cuando intimidaron á toda la ciudad, la cual se dividió en tres facciones: á la del duque de Orleans llamaban de los *armañacs*, por el nombre del conde de Armañac, suegro del duque, el cual llevaba una banda blanca con la cruz de San Jorje; la de los *borgoñones* usaba una banda roja con la cruz de san Andrés; y la tercera, nombrada de los *cabochianos* por su jefe Caboche. A esta última, que era volante, la temian, y era llamada alternativamente por las otras dos. Estaba sedienta de robos y de sangre, designaba los latrocinios y muertes, los ordenaba, los ejecutaba, y hacia que dominase la faccion á que se agregaba.

El duque de Borgoña casó á su hija con el Delfin Luis, que empezaba ya á tomar algunos conocimientos en los negocios.

Advirtiendo que se acerca-

ban á París los duques de Orleans y de Berri, y notando que en la capital eran muy poderosos los armañacs, bajo la direccion del conde de San Paul, apeló á su suegro para que sostuviese su causa. El borgoñon fué con un cuerpo muy considerable de ingleses; pero Juan *Sin miedo* no hizo mas que acercarse, porque le llamó á Flandes una revolucion, y mientras estaba espuesto París á ser víctima de los armañacs, volvió el rey de su demencia y reunió un ejército, arrojó á su tio y á su sobrino hasta que se refujiaron en Bourges, donde los sitió. Allí se vieron oprimidos, y aunque con pocas fuerzas, no hicieron la menor proposicion de paz, confiados en un cuerpo de seis mil ingleses que esperaban, y así cada faccion traidora á la patria, no se detenia en entregarla á sus enemigos, con tal de que estos la ayudasen á destruir á su rival. El temor de los ausiliares obligó al rey á recibir en su gracia á los duques de Berri y de Orleans; por lo que los ingleses, advirtiendo que no les pagaban, se desquitaban robando.

El rey volvió á recaer en su locura: el Delfin tomó el manejo de los negocios, y aunque era yerno del duque de Borgoña, que habia regresado á París, determinó evadirse de su dominio, y le pidió que tuviese la condescendencia de nombrar comandante de la Bastilla á Desesarts, sujeto de su confianza. El maligno borgoñon firmó la patente del gobierno; pero apenas habia entrado Desesarts en el castillo, cuando le acometió una multitud de jente, partidarios de Caboche y de Juan de Troya, otro jefe partidario del duque de Borgoña. El Delfin rogó á su suegro que ahuyentase aquellos malvados, y aunque asintió á ello ,fué preciso que el Delfin entregase á Desesarts, á quien quitaron la vida para escarmiento de los audaces conspiradores contra el duque. Los cabochianos se derramaron por la ciudad matando á cuantos el borgoñon señalaba como sospechosos, en términos que hasta el Delfin y el duque de Berri tuvieron que tomar la banda roja para asegurar sus personas. Semejantes violencias despertaron á los vecinos de París del letargo que los tenia sobrecojidos, y aunque con mucha efusion de sangre, arrojaron de la capital á los cabochianos. Los que quedaron de es-

tos malvados marcharon á Flandes con el duque de Borgoña, y entonces se declaró París contra él tomando las armas y sujetándose á las reglas militares.

El borgoñon volvió á amenazar y llegó hasta las murallas de París, presentándose á las mismas puertas; pero, contra sus esperanzas, vió que ninguno se puso á su favor, y tuvo que retirarse. El rey recapacitó, le persiguió, y aun despues le concedió la paz porque le precisaba defenderse de los ingleses que habian desembarcado en Francia con unas fuerzas considerables. Era muy superior el ejército que el rey le opuso, pero por los malos comandantes, fué deshecho y puesto en huida en Azincourt, cuya derrota fué, por las críticas circunstancias, mayor desgracia que las que se esperimentaron en Creci y Poitiers. El borgoñon para volver al favor del rey se aprovechó de esta desgracia, intentando restituirse á la corte protejido de su yerno el Delfin Luis; pero murió este en la flor de su edad, unos dicen que envenenado, otros que asesinado, y otros lo atribuyen á sus muchos escesos, sin embargo de su buen temperamento. Entonces consiguieron la preponderancia los armañacs; pero les duró poco, pues el borgoñon conquistó el corazon del nuevo Delfin Juan, el que murió demasiado temprano para vigorizar en París la faccion borgoñona, bien que la dieron nueva fuerza las intrigas de la corte.

Cárlos, que despues ocupó el trono, sucedió al Delfin Juan. Puso su confianza en el condestable de Armañac, quien viendo la estrema escasez del reino, amenazado nuevamente por los ingleses, aconsejó al Delfin que se apoderase del tesoro de su madre Isabel, que era muy considerable, y asi lo hizo. Esta accion fué muy sensible á la reina, y dejando á su esposo con su hijo, se retiró á Vincennes, en donde tuvo una corte lucida y elegante. El condestable se aprovechó de uno de los lúcidos intervalos del rey, y le dijo que no debia tolerar lo que pasaba: fué á Vincennes, mandó arrestar y decapitar á un hombre de quien se sospechaba ser amante de la reina, y á esta la desterró con su hija menor Catalina á Tours. Semejante afrenta, en la cual creyó cómplice á su hijo, sin embargo de que era un niño, enfureció á Isabel y apeló al ausilio de Juan Sin miedo. Este la sacó del destier-

ro y la aconsejó que resucitase una órden por la que el rey la habia declarado rejente del reino. Isabel tomó por esta razon el título y autoridad de rejente, fijando su residencia en Troyes y creando un parlamento y un canciller, y tambien nombró por condestable al duque de Lorena en lugar de Armañac.

Estos acontecimientos hicieron temer un cisma político en el estado, por la potestad que se habia tomado la reina acompañada de las autoridades que la podian hacer respetable. Se intentaron negociaciones de paz, en las que se mezcló el legado del papa, y mientras se trataba esta se introdujeron en París por sorpresa hasta ochocientos borgoñones, á los que se unió el populacho, forzaron las cárceles y mataron á todos los que se habian refujiado en ellas: quitaron la vida á Armañac, y dificultosamente se salvó el Delfin. Con esta noticia se apresuraron á ir á la capital la reina y el duque de Berri; pero no tardaron en verse muy apurados por el espíritu de sedicion que reinaba en ella. A todo rico lo representaban partidario de Armañac, lo robaban y asesinaban sin misericordia, pues la canalla sin freno se habia entregado á todo jénero de escesos: llevaban delante al verdugo, que tuvo la desvergüenza de tocar la mano del duque de Borgoña, quien se vió precisado á tolerarlo. Entretanto hicieron entrar tropas en la ciudad, y con ellas se restituyó el buen órden. El Delfin se retiró á Poitiers, donde estableció un parlamento compuesto de los consejeros que habian huido de París: nombró un canciller y se declaró rejente ínterin durase la demencia de su padre.

Mientras tanto la reina Isabel, siempre enfurecida contra su hijo, trataba con el rey de Inglaterra que se habia introducido hasta Nantes; y para conseguir su socorro y que la repusiese en la autoridad absoluta, le ofreció la mano de su hija Catalina con otras condiciones ventajosas, las cuales aun no le parecieron suficientes al inglés: el duque de Borgoña tenia en su mano la balanza para obrar entre los dos contratantes, y Enrique no le halló en la disposicion que deseaba para favorecer sus deseos, que no se dirijian á menos que á hacerse dueño de la corona de Francia con la mano de Catalina. Imajinando Enrique que no necesitaba al borgoñon, le hizo des-

precio; y Juan Sin miedo, resentido de este ultraje, prestó oidos á las solicitudes del Delfin que le ofrecia la reconciliacion. Propuestos los preliminares, se citaron los dos príncipes á Montereau donde se tratarian las últimas proposiciones, y á la vista del mismo Delfin le asesinaron en la conferencia. El príncipe negó haber tenido parte en aquella muerte, y protestó que se habia ejecutado sin su anuencia; pero por mas negativas que hiciese, París y toda la Francia se sublevaron contra tan pérfida accion, y por momentos tomaron actividad los asuntos del rey de Inglaterra, adelantando en ellos mas de lo que podria haber logrado con muchas victorias. Se ajustó un tratado en el que se convino que Enrique IV casaria con Catalina, que gobernaria en clase de rejente el reino de Francia mientras viviese Cárlos, y que despues de su muerte le sucederia en el trono. Este tratado fué aprobado como por un entusiasmo jeneral por el parlamento, las provincias y ciudades del reino y todos los cuerpos, habiéndolo admitido tambien el nuevo duque de Borgoña Cárlos el Temerario. Los demas príncipes de la sangre estaban prisioneros en Inglaterra de resultas de la batalla de Azincourt, y al Delfin se le declaró enemigo de la patria é incapaz de suceder en el trono.

Se suscitó nueva guerra entre el Delfin, que tenia pocos partidarios, con algunas provincias del Mediodia, y entre Enrique, á quien apoyaban las fuerzas inglesas, el duque de Borgoña, los parisienses, las ciudades principales del reino, y el odio de la reina madre contra su hijo. En este estado ¿quién no contaria por cierta la ruina del Delfin, y por segura la victoria del inglés? Pero Enrique IV murió á los treinta y seis años de edad, dejando un niño de cuatro meses, hijo de Catalina, á quien llamaron Enrique V; y dos meses despues murió de edad de cincuenta y cuatro años el poco afortunado Cárlos VI. Su fortuna fué no conocer los desastres de su reino. Por la menor edad de Enrique V se confirió la rejencia al duque de Besfort, hermano de Enrique IV, por no haberla querido admitir el de Borgoña. El Delfin Cárlos de Valois se hizo proclamar rey en sus provincias, y fué reconocido en su pequeña corte, tan limitada, que por burla le llamaban el

nombre de rey de villorrios.

Cárlos vii. —(1422) Desde este pequeño estado al de un soberano que no reconoce en su reino otros límites que los antiguos, hay gran diferencia; y asi Cárlos VII, á quien se llamó el Victorioso, tardó quince años en subir al trono. Tambien le apellidaron el Bien servido, y efectivamente lo fué porque premiaba con nobleza. Tenia veinte años, y aunque al principio siguieron su fortuna pocos señores, estos eran valientes, fieles y muy celosos: tambien le llegaron socorros estranjeros del rey de Escocia y del duque de Milan, con cuyos ausilios y los voluntarios franceses que pudo reunir, sostuvo la campaña. Sus caudales eran muy pocos, por lo cual en un principio no tuvo otros soldados que los que quisieron contentarse con las esperanzas de adquirir gloria.

El carácter franco y cariñoso de Cárlos VII era muy á propósito para las circunstancias: su jenio igual, aunque inclinado á las diversiones, no temia el trabajo, y con el mismo cuidado y gusto que preparaba una fiesta, se ocupaba en las disposiciones y preparativos de un combate. En cierta ocasion de las mas críticas, despues de una pérdida considerable, figuraba á uno de sus jenerales el plan de una diversion que imajinaba dar á su amiga Inés Sorel. «¿Qué te parece, dijo al anciano guerrero?» Y este respondió: «Me parece que nadie puede perder su reino mas alegremente.»

Se supone que á esta favorita la debió mucho, porque estando él contento con la parte del reino que los ingleses le dejaban, habria subsistido en la indolencia si Inés no le sacase de ella despidiéndose de él un dia, y diciéndole: «Yo estoy destinada para un rey; y pues que vos os convenís con dejar de serlo, yo me voy á buscar un monarca en otra parte.» Semejante amenaza, hecha con oportunidad, le dió la enerjía que muchas veces le faltaba. Como que su carácter era tranquilo y moderado, necesitaba que le estimulasen; pero en los casos de importancia ninguno de sus guerreros le podia disputar la palma del honor. Mas de una vez se le vió en el punto mas avanzado sobre las filas de los enemigos y en las brechas; pero su ardor se mitigaba por la mucha superioridad de los ingleses. Estando ya casi para perder á

Orleans, sitiada por los enemigos cuya plaza era la única que le prometia un punto de apoyo en el centro del reino, se hallaba espuesto á verse reducido al mayor estremo; y acaso sin mas asilo que las montañas del Delfinado, que era su mayorazgo antes de ser rey. En tan apurada situacion solo un milagro, ó una singular y feliz estratajema, salvó á Orleans, y aseguró el trono á Cárlos VII.

La doncella de Orleans. — No sabemos la causa que escitó á cierta heroina á acometer una empresa tan arriesgada; lo cierto es que una aldeana jóven, de edad apenas de veinte años, que se llamaba Juana, y era natural de Arc, aldea de Lorena, se presentó al gobernador de Dom-remi rogándole que la enviase al rey, porque Dios la habia revelado que si ella mandaba las tropas reales, estas harian levantar el sitió de Orleans; pero el gobernador la despreció. Volvió á suplicarle, y admirado de sus instancias la envió al rey custodiada por dos caballeros. El viaje era sumamente peligroso por un pais que todo estaba ocupado por los ingleses; pero ella aseguró que sería feliz, y asi se verificó. Luego que llegó á la corte la llamó el rey á su presencia, habiendo antes consultado á su consejo. El rey tenia un vestido sencillo, y se confundia entre su comitiva; pero ella le distinguió, y dirijiéndole la palabra dijo: «Que se la habian encargado dos cosas solamente: hacer levantar el sitio de Orleans, y llevar al monarca á Reims para ser allí consagrado.» Sufrió Juana un grande ecsámen sobre su mision por los doctores y teológos, cuyo dictámen la fué favorable. Pusieron á sus órdenes un gran convoy, le introdujo en Orleans, é hizo tantas salidas, y con tantas ventajas, que los ingleses se vieron precisados á levantar el sitio. Por este triunfo la dieron el nombre de la Doncella de Orleans.

Marchaba á caballo vestida de hombre, y puesta al frente de las tropas atacaba á los enemigos con una estremada intrepidez: demostraba gran piedad, mucha modestia y un juicio y continencia tales, que jamás se sospechó de ella la menor liviandad. Luego que se consiguió esta victoria, propuso Juana el viaje de Reims, al cual se opuso la mayor parte de los jefes del ejército por parecerles imposible el paso; pero ella salió garante del écsito. Superó to-

dos los inconvenientes, dispersó las tropas enemigas, de parte de Dios mandó abrir las puertas de las ciudades, entró en Reims, donde hizo que se consagrase el rey, y pidió licencia para retirase porque ya habia concluido su mision. Imajinando que su presencia era aun necesaria, la detuvieron, y solo con un gran sentimiento subsistió allí, vaticinando un écsito funesto. Así sucedió, pues los ingleses la prendieron, la formaron causa suponiéndola hechicera, y fué quemada viva en Ruan. La infeliz sufrió tan atroz suplicio con mucho valor, sosteniendo hasta la última hora que no era culpada del delito que la imputaban. Esta doncella debe contarse entre las víctimas inocentes sacrificadas al resentimiento ó á razones políticas. Parece imposible que Cárlos ignorase la desgraciada suerte que preparaban á esta heroina, y no es menos admirable que no la hubiese prevenido con la amenaza de usar de represalias con los prisioneros que tenia en su poder.

Desde el momento en que Cárlos VII se consagró, fué su reinado una cadena de victorias, pues arrojó de la Francia á los ingleses, y tuvo la fortuna de introducir la policía en su reino, enviando á cultivar las tierras á los soldados, que con la guerra civil se habian hecho ladrones. Por este medio, sin echarlos del reino como se habia ejecutado antes, se libertó de ellos, y los hizo útiles. Dió buen órden á todos los ramos de la administracion, restableciendo la hacienda pública y la disciplina, de modo que se le debe llamar un gran rey.

A este monarca sucedió lo contrario que á otros, porque su reinado no se inquietó al principio cuando vacilaba, sino cuando se juzgaba estar mas seguro, pues al cabo de diezisiete años de victorias le asaltó una faccion peligrosa, nombrada la *Praguería*, palabra cuyo orijen se ignora. Su principal fuerza fué haberse agregado á ella Luis el Delfin, hijo de Cárlos, á quien sujetó su padre, y le perdonó como á la mayor parte de sus cómplices.

Fué Cárlos poco afortunado como hijo y como padre, porque siendo hijo de Isabel de Baviera, fué detestado y aborrecido por esta madrastra, quien si hubiera podido le habria despojado; y asi no se le puede reconvenir por su indiferencia en la muerte de una mujer que hasta el se-

pulcro la acompañó el desprecio y el odio público. Fué poco dichoso como padre, porque su hijo necesitó su perdon por sus delitos, pues supo que intentaba darle veneno, y fué tanto lo que esta consideracion ocupó su espíritu, que de miedo estuvo sin comer muchos dias, y cuando se le venció para tomar algun alimento fué ya tarde, porque el estómago no pudo ejercer sus funciones, y murió á los sesenta años de edad.

Luis xi. — (1461) Este Luis, aquel hijo que acibaró los últimos años de su padre, no pudo ocultar su alegría cuando supo la muerte del rey. Se hallaba fuera del reino bajo el pretesto de temer algun castigo de parte de su padre; pero era al contrario. Vino á Francia, y entrando en el reino se hizo consagrar: algunos le tienen por gran político, pero ó es equivocada la significacion de este término, ó no es fácil fijar una idea cierta. Si se entiende esta voz por un príncipe que se conduce siempre por sendas tortuosas, tomando por base de su conducta el disimulo, y que se dedica á armar emboscadas, aun cuando en ellas sea envuelto, le conviene á Luis el término de político, y aun se le puede añadir mucho mas, como es el arte de disponer sus venganzas y de hacerlas crueles: entonces será el retrato de Luis XI muy semejante al orijinal.

Cuando subió al trono se acercaba á los cuarenta años, y cual otro Tiberio habia estado este príncipe tascando el freno, y esperando el supremo poder: á fuerza de pesadumbres quitó la vida á su padre, se deshizo de todos los ministros de este, llamó á los que Cárlos habia desterrado, y adoptó un gobierno muy diferente. Cuando para evitar la ira de su padre se vió precisado á huir, mereció grandes favores á Juan, duque de Borgoña, por haberle recibido este con mucha atencion, y en agradecimiento de tal favor se unió con el heredero de Borgoña, conde de Charolois, llamado despues el *Temerario*, que era tan mal hijo como él. Sentado en el trono de Francia, siguió la correspondencia con este Cárlos mientras pudo mantener la enemistad entre padre é hijo; pero cuando vió que se reconciliaron se declaró enemigo de ambos.

Nada le parecia mal cuando imajinaba lograr sus fines. El duque de Saboya le habia hecho buenos servicios mientras que sublevaba al Delfin contra su

padre, y en agradecimiento se empeñó Luis en que se casase con la heredera de Bretaña; y no pudiendo conseguirlo del breton, le llamó á su corte con cierto engaño para dar tiempo á proporcionar el robo de la hija, que por una casualidad no lo consiguió. Este mismo duque de Saboya, enemistado con su hijo, pidió á Luis que mediase para la reconciliacion, y este monarca inclinó al hijo para que pasase á ver á su padre, empeñando su palabra como salvoconducto: le oyó, y le hizo encerrar. Inclinado siempre á la traicion, habia tomado ciertas medidas para (aun estando en paz) prender al duque de Borgoña y al de Charolois; pero no le salieron bien por indiscrecion de uno de los comisionados para la ejecucion.

Esta dañada conducta, capaz de infundir recelos no solo á los estranjeros sino tambien á la grandeza del reino, trajo la guerra que se llamó *del bien público*, ó de los que intentaban comprometer al pueblo con pretesto de buscar sus ventajas, y en la realidad era por ambicion ó resentimientos. Los duques de Borgoña y de Bretaña con casi todos los señores que habian compuesto la corte anterior, se hallaban á la cabeza, y cerca de París se dió una batalla, á la que siguió cierta composicion, en la que se hicieron infinitos tratados, pues se realizaron con cada uno de los jefes que habia separado con arte, y el rey concedió á cada uno lo que quiso; pero lo que otorgaba á uno era contra lo que habia concedido al otro, por cuyo medio astuto se guareció Luis con las razones que necesitaba para ejecutar sus fines. Manifestó un gran deseo del bien público nombrando con esplendor comisionados que reformasen los abusos. Este plan fué una especie de inquisicion que le sirvió mucho contra los señores que se habian sublevado, pues citándolos como culpados en las vejaciones, enmascaró su venganza con apariencias de justicia.

Convocó los estados jenerales para que confirmasen todo lo que habia hecho, encargando que se formasen reglamentos en favor de los pueblos. En esta asamblea se unió la Normandía á la Francia para siempre. Satisfecho de que todo le salia bien siempre que lo manejaba por sí mismo, en lo que concibió grande idea de su capacidad, tuvo la vanidad de avistarse con el conde de Charolois, siendo ya duque de Borgoña, para arreglar

cierto convenio que ecsijia destreza y astucia, y en su proyecto intentaba engañar á Cárlos el *Temerario*. Esta reunion se verificó en Perona, situada en los estados de Borgoña, en donde para aparentar confianza se presentó Luis sin guardia. Mientras estaban conferenciando, los de Lieja, á quien el rey habia ganado sin señalarles el momento crítico de romper, se sublevaron y destrozaron la guarnicion borgoñona. Instruido el duque del feo proceder del rey, le mandó arrestar, y le tuvo tres dias preso en la torre del castillo. Para salir de aquel mal paso en que él mismo se habia metido, se sometió á toda especie de bajezas, y no lo consiguió sino á fuerza de sacrificios, y obligándose á pasar con el duque á Lieja, no solo para ser testigo del castigo de sus protejidos, sino para cooperar á él con sus propias tropas. La vergüenza de esta imprudencia le sirvió de confusion toda su vida, pues hasta los parisienses burlones enseñaron á sus cotorras á repetir *Perona, Perona*; hasta que sofocado el monarca, hizo que se matasen en todas partes aquellos animales habladores.

Parece justo que quien gustaba tanto de engañar, fuese tambien engañado. Muchos ministros le fueron infieles, y el mas notable fué su mayor confidente el cardenal de la Balúe, quien sostenia correspondencia con el duque de Borgoña; pero habiéndolo descubierto el rey, le encerró en el castillo de Loche, colocándolo en una jaula de hierro, cuyo castigo lo aprobaron todos por haberle inventado el mismo cardenal y haberlo hecho sufrir á otros; mas el tal inventor estuvo allí once años.

La muerte libertó á Luis de los príncipes que le causaban mas estorbo, de su hermano que se cree haber muerto envenenado, y de Cárlos el Temerario, que igualmente pereció en una batalla cerca de Lorena. Se dice que el rey habia ideado darle veneno, y que el duque le pagó en la misma moneda; sospechas poco honoríficas para estos príncipes. El duque de Borgoña dejó una hija sola, y el rey se aprovechó de su menor edad para usurpar lo mejor de sus estados apeteciendo mas deberlo á las armas y á la astucia, que al casamiento que podria haber negociado del Delfin, su hijo, con aquella heredera.

Tratando de averiguar la causa de esta preferencia, se presu-

me hallarla en el mismo carácter de Luis, quien temia que viviendo él se hiciese su hijo muy fuerte con tal alianza.

Desde que fué dueño de los negocios, sujetó demasiadamente á los señores y á todos los cortesanos: con sus miradas hacia temblar á aquellos contra quienes las dirijia; y de su carácter vengativo y cruel es buen ejemplar el suplicio de Jacobo de Armañac, duque de Namur, aunque á la verdad hombre abrumado de delitos; pero que habria quedado esento de castigo si el rey no se le hubiese dado solo por ofensas personales: le hizo degollar, y mandó que sus hijos estuviesen en el cadalso para que cayese sobre ellos la sangre de su padre. ¡Accion la mas inhumana y atroz!

La vida particular de Luis era triste y severa; se asegura que le gustaba la jente del estado medio; pero su principal favorito era Oliverio, llamado el *Gamo*, que habia sido su barbero. Con esta clase de hombres usaba de mas familiaridad que la que convenia; y si por ello se le hacia alguna reconvencion, era su respuesta una mácsima verdadera, pero que no entendia bien su aplicacion : *cuando el orgullo va delante, cerca vienen caminando la perdicion y la vergüenza.* El vestido con que se presentaba infundia poco respeto, pero daba temor, que era cuanto él apetecia. Sus ministros tenian poco que hacer, porque decia que él llevaba en su cabeza todo su consejo.

Se asegura que era facil en hablar de todos menos de los que le eran temibles, porque su carácter fué bastante medroso. De la pusilanimidad provenia su supersticion, la cual ninguno la manifestó con mas esterioridades y menudencias de devocion que él: jamas quiso jurar sobre la cruz de san Lo, porque estaba creido que los que faltaban á este juramento morian dentro del año; y como siempre juraba y prometia cuanto le acomodaba, estando dispuesto siempre á no cumplir su palabra, no queria esponerse; pero con mucha facilidad y gusto juraba sobre una imájen de la Vírjen, hecha de plomo, que llevaba en el sombrero. Hallándose en la última enfermedad, se hizo rodear de reliquias que mandó llevar de todas partes, hasta la santa Ampolleta que trajo de Reims. En aquella ocasion estaba muy valida la reputacion de santo á favor de san Francisco de Paulá, y como en el concepto de Luis de-

bia hacer milagros todo santo, le llamó para que lo sanase; pero no se contentó con la oferta que le hizo el santo de pedir á Dios por su salud, porque el enfermo no queria oraciones. Murió de edad de sesenta y un años.

Ya hemos visto que fué mal hijo y mal marido, pues para Catalina de Saboya no tuvo ni aun las atenciones esteriores que podrian haberla hecho sufrir con paciencia sus caprichos é infidelidades. Para su hijo fué un padre indiferente, porque le hizo criar lejos de su persona y muy raras veces iba á verle. Pocos dias antes de morir le hizo llamar y le dió consejos dignos de un monarca virtuoso y prudente: «Que amase la paz, que viviese en buena armonía con sus vecinos, y que tratase á sus vasallos con dulzura y equidad.» A Luis XI le favoreció la casualidad, porque los que podian haberle hecho frente y contener su escesiva codicia y ambicion, fallecieron antes que él, y se aprovechó de sus despojos con varios pretestos que soldó como quiso. Es muy raro, dice cierto historiador, que diese realce á su autoridad real, cuando su jénero de vida, su carácter y todas sus acciones debieran haberle envilecido. Reunió á su cetro el Anjou, el Maine, el Barois, la Provenza, casi todo el Artois, varias ciudades de la Picardía, el Rosellon, la Cerdania y el condado de Bolonia.

Carlos viii. — (1483) Como este príncipe era mayor de edad, no tuvo rejencia propiamente; pero segun la disposicion de Luis XI se puso la autoridad en poder de Ana de Baujeu, su hija, hermana del nuevo rey. Luis de Orleans y el duque de Borbon, como príncipes de la sangre y los mas cercanos, trataron de disputar esta tutela: madama Baujeu apeló á los estados jenerales, y estos la confirmaron su autoridad, cuya decision da honor á la eleccion de Luis, y al objeto que le inclinó á ello, pues en verdad esta princesa gobernó con bastante prudencia.

Creyeron que debia darse una satisfaccion al público con el castigo de tres favoritos insolentes; y á Oliverio el Gamo, que desde barbero llegó á ser conde de Melun, le ahorcaron por delito de adulterio y homicidio: á Juan Doyac, que igualmente habia ascendido desde baja esfera á una dignidad en el parlamento, y se habia enriquecido, además de haberle azotado por las calles

de París, le cortaron una oreja y la lengua, y le enviaron á Auvernia, en donde habia estado de gobernador. En Monferand, su patria, le cortaron la otra oreja, y volvieron á azotarle; pero tenia tan ocultos sus tesoros, que no se los pudieron descubrir. Jacobo Coctier, que era el tercero, y á quien Luis XI no se atrevia á negar lo que le pedia, ni á castigar sus insolencias, se contentaron con desterrarle, y rescató sus riquezas con una gran multa.

El duque de Orleans no estuvo sujeto mucho tiempo á la resolucion de los estados, pues trabajó cuanto pudo para apoderarse de la autoridad, y aun con este fin levantó tropas; pero lo que mas le incomodaba á madama de Baujeu era que este príncipe, dotado de prendas muy amables, tenia mucho crédito con el jóven rey. Sin embargo, logró separarle, y él se retiró á Bretaña, dejando encargado al duque que adoptase sus querellas. Se dió una batalla que perdió el duque de Orleans, quedando prisionero. Despues de tres años fué el rey en persona á sacarle de la torre de Bourges, donde estaba encerrado, y le encargó que tratase su casamiento con Ana, heredera de Bretaña.

A esta princesa la habian pretendido muchos, y el mas privilejiado habia sido el duque de Orleans; pero este por buscar la tranquilidad de la Francia y de la Bretaña tuvo la jenerosidad de reducirla á que casase con Cárlos VIII. Este jóven, de buenas intenciones, se dejaba conducir con facilidad de proyectos falsos. Le inclinaron á la conquista del reino de Nápoles, en la intelijencia de que le correspondia como heredero de la casa de Anjou, y que por otra parte era un objeto de gloria interesante á un príncipe jóven, que debia emprender alguna hazaña ilustre. Lleno Cárlos de estas ideas reunió un ejército, atravesó sin la menor oposicion la Italia, entró en Roma triunfante, subyugó el reino de Nápoles, á escepcion de una sola ciudad, y sin embargo de que cuando volvia le acometieron los príncipes de Italia, que se habian coligado con un formidable ejército, los derrotó, y entró triunfante en Francia, pero arruinado. A pesar de aquellos sucesos proyectaba otra espedicion contra Nápoles, de donde habian arrojado á todos sus soldados; mas habiéndole asaltado un accidente murió á los veintiocho años de edad, con

el nombre de afable y civil.

Luis xii. — (1498) Luis XII, duque de Orleans, estaba amenazado por las intrigas de la corte, y temia su prision: cuando ocurrió la muerte de Cárlos VIII sin dejar hijo varon, le abrió el camino al trono de Francia: era hermano de Cárlos VI, el asesinado por el duque de Borgoña, y nieto del duque de Orleans. No hizo Luis XII mutacion alguna en la corte de su predecesor, quedándose con los ministros que habia tenido aquel. No se vengó de los que le habian tratado mal antes de ser rey, porque decia: «No corresponde al rey de Francia castigar los agravios hechos al duque de Orleans;» y así es que todos poseyeron libremente sus empleos y bienes, de modo que se puede decir que nada habia desaparecido sino la persona de Cárlos VIII. Su viuda, Ana de Bretaña, despues de un año, que por bien parecer se dejó pasar con las formalidades necesarias para separar á Juana hija de Luis XI, con quien siendo duque de Orleans se habia casado contra su gusto, volvió á subir al trono y al lecho del nuevo rey. Aun en la guerra imitó á su antecesor, porque la llevó á Italia, no como rey de Nápoles, cuyo derecho supuesto de heredero de la casa de Anjou despreció, sino como representante de Valentina de Milan, su abuela, heredera de este ducado.

Luis XII se hizo temible á las repúblicas de Jénova y de Venecia, pues humilló y sometió á la primera, haciéndola recibir leyes severas: la segunda, abandonada de sus aliados, fué acometida por una liga, cuya cabeza principal era el rey de Francia, habiendo evitado Venecia su ruina á fuerza de sacrificios y humillaciones. Contribuyeron á esta guerra los papas Alejandro VI y Julio II; pero Luis XII se mantenia siendo tan pronto enemigo como reconciliado, y no usó contra ellos de todo su poder, porque Ana de Bretaña su esposa intercedió; y así por su mucha condescendencia se perdieron en Italia las conquistas que habia hecho la Francia á costa de mucha sangre y dinero.

Esta fué la única falta de Luis XII, pues por lo demás era compasivo y afable, y ninguno respetó mas que él la libertad de sus vasallos. Sería muy bueno que los que ejercen autoridad para condenar á prisiones, hubiesen esperimentado

antes, como este rey, las penas, disgustos é inquietudes de un preso. Tambien se notó de estraño su casamiento á la edad de cincuenta años, con María, hija de Enrique VIII, rey de Inglaterra, que tenia solos diezisiete años; pero no tardó en sufrir la pena de esta falta, porque le hizo mudar totalmente su método de vida. Acostumbrado á comer á las ocho, le era forzoso hacerlo al mediodia, y cuando antes se acostaba acaso á las seis de la tarde, tenia que verificarlo muchas veces á media noche. Semejantes condescendencias con la jóven esposa, le arrastraron á la sepultura dos meses despues de su enlace. Fué Luis XII demasiadamente económico, sobre lo cual los cortesanos codiciosos le inventaron sátiras, y aun le representaron en el teatro; pero en lugar de enfadarse por ello dijo: «Mas quiero que mis vasallos se rian de mi economia, que el que lloren de ver que los despojo.» Disminuyó las contribuciones en mas de la mitad, sin haber vuelto á establecer otras. Finalmente, si alguna murmuracion ó crítica mereció Luis XII, quedó sepultada con la relacion del pregonero público al tiempo de anunciar su muerte: «Rogad á Dios por el buen rey Luis, padre del pueblo.» Esta es seguramente la mejor oracion fúnebre que puede hacerse.

Francisco i. — (1515) Este príncipe, su sucesor, venia del mismo tronco: el duque de Orleans y Valentina de Milan estaban distantes de la corona un grado mas que Luis XII, que murió sin hijos. Era de un carácter apasionado á las armas y caballeresco: hacia vanagloria de desafiar los peligros y esponerse á las aventuras sin premeditar las consecuencias y riesgos. Casi al tiempo de subir al trono se le presentó la ocasion de acreditar su valor contra los suizos. Estos habian hecho una irrupcion en Francia reinando Luis XII, y salieron de allí bajo la condicion de darles cierta cantidad de dinero; y cuando Francisco pasó los Alpes para ir á tomar el Milanesado, los encontró muy descontentos, por lo que hubo en Mariñan una batalla sangrienta que duró dos dias; y aunque salió la Francia mas ventajosa que los suizos, aprendieron en ella las dos naciones á mirarse con respeto: desde entonces tuvo Francisco I compañias de suizos en sus tropas. Dejó seguro el Milanesado con buenas guarnicio-

nes, y se volvió triunfante.

ENEMISTAD DE FRANCISCO I, CON EL EMPERADOR CARLOS V.— Su ambicion y sus victorias le estimularon á pretender la corona imperial; pero Cárlos V, que negociaba mejor, la obtuvo, y este fué el orijen de la enemistad que se profesaron estos dos príncipes, casi iguales en edad y poder. Por las continuadas prosperidades del emperador, se advierte cuánto puede mas la prudencia que el valor sin consejos. Todo venia bien á Cárlos para dar en rostro á su enemigo, y mas de una vez quitó á Francisco los aliados que podian serle fieles por su mismo interés, entre los cuales fué uno Enrique VIII, rey de Inglaterra. Este y el francés se habian jurado amistad sincera en una entrevista que se celebró por entonces con mucha magnificencia, y el sitio de esta reunion se llamó *el campo de la tela de oro*; pero el juramento y afecto entre estos dos príncipes casi nunca se sostuvieron contra las diestras solicitaciones de Cárlos V.

Una de las mas grandes desgracias de Francisco I, y que le atrajo otras muchas, fué la desercion del condestable de Borbon. Se dice que madama de Angulema, madre del rey, precisó al condestable á dejar la Francia, porque en un viaje que hizo á la corte en tiempo de Luis XII le agradó mucho; y cuando ella se vió, digámoslo así, en el trono con su hijo, se figuró que Borbon no dudaria en aceptar su mano; pero además de no admitirla dió para negarse motivos que ofendian la hermosura y carácter de la princesa, quien aunque nada jóven, sintió la crítica de sus gracias, y así convirtió su amor en un odio violento. El rey su hijo tuvo la flaqueza de no reprimir los efectos de este aborrecimiento, el cual se dirijia á perder al condestable con una injusta acusacion.

Borbon se pasó al servicio del emperador, lo que fué muy sensible á Francisco I, porque perdió en él al gran capitan que le era útil en las guerras contra Cárlos V. El rey avanzó con felicidad á Italia y sitió á Pavía: los jenerales del emperador no tenian tropas bastantes para sostener la ciudad, que ya estaba á pique de rendirse; pero el condestable los ausilió con doce mil alemanes que habia reclutado á sus espensas. Aunque la prudencia dictaba al rey que se retirase, este formó punto de honor sobre la toma de la ciu-

dad; y á pesar de los buenos consejos y reflecsiones que le dió Mr. de Latrimoville, no quiso oir con docilidad sus discretas advertencias, y esperó al enemigo, que le venció y le hizo prisionero. Cárlos V no manifestó mucha jenerosidad, pues ecsijió por su libertad mas promesas que las que creia que el rey habia de cumplir cuando se viese libre. Las infracciones de este tratado y las bravatas y desafios entre los dos, fueron causa de nuevas guerras; pero estos procedimientos, que aun entre particulares son reprensibles, no impidieron á Cárlos V el fiarse de la palabra de Francisco, á quien habia insultado, para atravesar la Francia solo con un salvoconducto suyo, ni que fuese brillantemente recibido y tratado con amistad. El emperador faltó á la palabra de dar la investidura del ducado de Milan al hijo segundo del rey, y con este motivo se emprendió una nueva guerra; pero como ya se iba apagando el ardor de ambos rivales, se amortiguó tambien la guerra, y Francisco I, que en todo su reinado nunca habia estado en paz, se encontró en ella al tiempo de morir, que fué á la edad de cincuenta y tres años. Este monarca magnífico y jeneroso, mereció el honorífico título de padre y restaurador de las letras.

Enrique II. — (1547) Este príncipe tenia veintinueve años cuando subió al trono, y su amiga Ana de Poitiers, duquesa de Valentinois, tenia cuarenta y siete, y sin embargo supo esta ganarle el corazon hasta la muerte con gran disgusto de su esposa Catalina de Médicis, que se hallaba aflijida con la pena de verse desposeida del amor de su marido, y que el dominio estaba en manos de otra. Trece años duraron las guerras esteriores de la Francia en este reinado, al mismo tiempo que en lo interior se disfrutaba una paz constante á pesar de las intrigas de la corte, y de haber sido forzoso perseguir á los protestantes, en lo que dió ejemplo Francisco I, y tambien se arrepintió; pero Enrique II no apartó la vista del horrible espectáculo de quemar vivos á muchos sectarios, y aunque le conmovieron los lamentos de estos infelices, no dejó por eso de espedir contra ellos terribles edictos, con lo cual se fomentaban el odio y el furor, que causaron despues guerras civiles crueles y encarnizadas. El rey fué herido con una flecha en un ojo ce-

lebrándose un torneo, de cuyas resultas murió á la edad de cuarenta y dos años. Si se hubiese de aplicar á este príncipe algun carácter, deberia ser el de inconstante en sus planes políticos, permitir mundanzas perniciosas en los negocios, y haber admitido con facilidad las ideas del último que le hablaba. Y sin embargo era cortés, afable, leal, caballero y valiente como su padre.

Con él remató aquella institucion que produjo los Pothon, los Lahire, los Bayard, y otros muchos caballeros llamados *Caballeros sin miedo y sin defecto*, palabras que ellas solas dicen las prendas que constituyen á un caballero, cuales son el valor y el conjunto de todas las virtudes sociales. No fué tanto la muerte de Enrique II la que destruyó la sociedad caballeresca, como el uso de las armas de fuego, con el cual varió totalmente el modo de atacar, la defensa particular, y el órden de los combates.

Francisco II. — (1550) Fué todo el reinado de este príncipe una conspiracion: tenia diezisiete años, y los Guisas, rama segunda de la casa de Lorena, le casaron con María Estuardo, su sobrina, y se tomaron toda la autoridad. El rey de Navarra, y Condé, príncipe de Borbon, buscaron medio de tomar en ella alguna parte, y apoyados de Coligni y otros descontentos formaron el plan de apoderarse del rey, que se hallaba en el castillo de Amboise, para gobernar en su nombre. Esta conspiracion se descubrió, y tres de sus cabezas principales fueron castigadas á presencia de la reina madre y de las damas de la corte: ademas fueron ahorcados ó degollados hasta otros mil doscientos de ellos; de modo que corria la sangre por las calles de Amboise. Se formó causa al príncipe de Condé y al rey de Navarra: el primero fué condenado á muerte; pero contra el segundo no resultó cargo alguno. Ya iban á ejecutar la sentencia de Condé, y por falta de pruebas intentaban asesinar al de Navarra, cuando repentinamente ocurrió la muerte de Francisco II, siendo de edad de dieziocho años. La conspiracion de Amboise fué el principio de la guerra civil que devoró á la Francia por tiempo de cuarenta y cinco años, y la que formó una línea de demarcacion entre católicos y reformados, nombrados protestantes ó hugonotes, de cuyas resultas

hubo en la corte muy á las claras dos facciones, y en el reino dos partidos muy distinguidos.

CÁRLOS IX. — (1554) La muerte repentina de Francisco II varió en un momento el aspecto de la corte, pues la reina, madre de Cárlos, despreciada de los Guisas durante su autoridad, fué obsequiada de estos porque conocian su dominio sobre su hijo, constituido en la edad de solos diez años; pero ella no se dejó engañar, y por medio de indicaciones y apariencias dulces fué separando las cabezas del partido, y asi logró gobernar tranquilamente. Esta especie de calma no era grata á Francisco de Guisa, quien se hizo nombrar jefe de los católicos; y como la guerra le era necesaria, la principió quitando la vida á los protestantes mientras estaban oyendo el sermon en Vassi. Sus contrarios aceptaron este desafio, rompieron la guerra con furor, quitaron la vida á Antonio, rey de Navarra, cuando sitiaba á Ruan y asesinaron á Guisa junto á las murallas de Orleans, estándola estrechando. El príncipe de Condé fué hecho prisionero y herido en la batalla de Dreux. Estas dos muertes y la prision de Condé facilitaron la paz que manejó Catalina, é hizo con condiciones equitativas; pero fué de poca duracion, porque Condé adelantaba poco con ella, y asi es que con Coligni proyectó sorprender la corte estando en Mouseaux; mas esta se puso en salvo en París. Hubo una gran batalla en la llanura de san Dionis, que no fué decisiva, pero el condestable de Montmorenci, comandante del ejército católico, murió en ella. Se hizo nuevamente la paz y tampoco fué estable. En Jarnac se dió una batalla, en la que el príncipe de Condé quedó herido, y despues fué asesinado en el campo á sangre fria. Coligni puso á salvo las reliquias del ejército protestante, con las cuales volvió á presentarse en Montcontour, donde fué derrotado; pero su retirada se hizo como si hubiese vencido. En estas dos batallas comandaban á los católicos Enrique, duque de Anjou, hermano de Cárlos IX, que despues le sucedió con el nombre de Enrique III, y el príncipe Enrique de Bearne, hijo de Antonio y de Juana de Navarra. Este se ensayaba entonces en las armas á vista de Coligni. A pesar de las victorias de los católicos, consiguieron los reformados una honorífica paz.

Viendo que no era posible des-

truirlos á la fuerza, determinó Catalina con su consejo deshacerse de otro modo de ellos. Trajeron con maña á la corte á los jefes principales de los reformados con pretesto del casamiento del príncipe de Bearne con Margarita, hermana de Cárlos IX. La reina Juana, que fué en persona á llevar á su hijo, murió casi repentinamente, y se duda si fué con veneno; de manera que los jefes protestantes nada recelaron de este suceso, y así se dejaron sorprender todos ellos en París y los asesinaron en el año 1572, noche de san Bartolomé, y lo mismo sucedió en todo el reino con las mayores barbaridades.

Cárlos IX dictó contra el rey de Navarra, su cuñado, y contra el príncipe de Condé, una cruel sentencia, concebida en tres palabras, á saber: *misa, muerte* ó *Bastilla*. Creyó el rey que habiendo estos doblado la cerviz y que teniendo sujetas las cabezas principales habia esterminado aquel partido; pero fué al contrario, porque se sostuvo en las provincias y encontró muy pronto favorecedores en la corte, de donde habian salido el de Navarra y Condé. Francisco, duque de Alenzon, el último de los hermanos del rey, ausiliado de los reformados, intentó ecsijir algunas gracias, de modo que los revoltosos, á quienes creyó Cárlos destruir bañándose en su sangre, se presentaron de nuevo como espectros espantosos cerca de su sepulcro. La reunion se habia hecho en Normandía, y Cárlos, para no dar en sus manoss se vió obligado á escapar del castillo de San Jerman, en donde esperaba la muerte por su enfermedad. Murió con crueles dolores, á los veinticuatro años de edad.

Enrique III. — (1574) Se hallaba Enrique en Polonia, cuya corona se le habia entregado con mucha complacencia de su hermano Cárlos, quien se alegró de ver distante de su persona al objeto de sus zelos. Se colocó la corona de Francia en su cabeza á los veintitres años, laureada ya con muchas victorias, y su madre, mientras él venia, gobernó con mucha destreza. Luego que llegó Enrique, demostró muy buena idea en la administracion por una figurada neutralidad entre los partidarios y por sus firmes resoluciones y aplicacion al despacho de los negocios, cuyas buenas disposiciones duraron poco.

Los reformados presumian con fundamento contra él, y le figu-

raban cómplice en la carnicería de San Bartolomé, por lo cual no se fiaban de su aparente neutralidad ni de su fidelidad en cuanto á cumplir sus palabras, porque conocian su inconstancia y carácter variable, que les esponia á ser engañados. No se equivocaron en verdad, pues la reina madre, que solo aspiraba á gobernar, logró que su hijo se fastidiase del gobierno: le presentó ademas placeres para adormecerle en la indolencia, favoreciendo y aun estimulando sus pasiones con una tolerancia indigna, no solamente de una madre, sino tambien de una mujer honrada; de modo que se llegó á creer que en sus escesos ultrajaba á la naturaleza, y sus desórdenes llegaron á tal estremo, que públicamente llamaban galanes á sus favoritos.

Intentó Enrique ganar el afecto de los católicos con demostraciones aparentes, y con este objeto formó cofradías de penitencias y asociaciones familiares, que distinguió con los colores blanco, azul y negro. Asistió á las procesiones descalzo con un saco y una capucha en que ocultaba la cabeza; pero los jefes de los católicos descubrieron su afectacion publicando su torpeza. Tambien tuvieron por sospechosa la relijion de Enrique, haciendo ver que el sosiego con que permitia vivir á los protestantes no procedia tanto de temor de sus fuerzas, como de afecto que les profesaba. Los jefes católicos eran los dos hijos del duque de Guisa, que fué asesinado en Orleans, de los cuales uno era cardenal, muy osado en los consejos, el otro un guerrero intrépido, y el tercero, llamado duque de Mayena, figuraba poco por ser jóven. Con motivo de la indolencia del rey, con la presuncion de que este por sus escesos no tendria sucesion, y notando que el duque de Alenzon, soltero, era el único que andaba al lado del rey, no dudaron que el duque de Guisa aspiraba á la corona con el apoyo de los católicos, perjudicando en esto al rey de Navarra, heredero presuntivo, y que estaba por el partido protestante. Enrique III favoreció sin pensarlo esta proteccion con su conducta imprudente.

Dejó que los protestantes le tomasen algunas plazas fuertes, que les fueron á propósito para asegurarse contra las espediciones de los católicos; estos dijeron tambien que tenian necesidad de asilos, y habiéndoselos negado se creyeron en el

caso de reunirse con juramento en defensa de su relijion, que se presentaba abandonada por el rey; y de esto nació *la liga ó la santa union*. Enrique en vez de reprimirla, permitió que se estableciese, y cuando ya la vió fortificada pensó que seria el mejor medio de destruirla hacerse cabeza de la liga, pues asi se enteraria de los secretos y modificaria los movimientos; pero los Guisas le dejaron solo una autoridad aparente, limitada á lo que rigorosamente era preciso para dar con su nombre á la liga el tono de lejitimidad. Enrique III habria querido sostener en balanza estas dos ligas, pues él llamaba igualmente liga á la de los reformados, porque tenian plazas fuertes, tropas y jefes; mas los católicos nunca le consintieron la potestad de hacer la paz, y á su pesar le obligaron á la guerra; pero como no la hacia con el rigor que apetecian los coligados, pusieron estos su confianza en los Guisas, precisando al rey á dejar la capital. Estando prócsimo á ser depuesto en los estados de Blois, ó acaso para sufrir mas funesta suerte, los hizo asesinar.

La liga se hallaba tan bien establecida, y el pueblo tan firmemente persuadido y declarado en favor de ella, que aquellos asesinatos lejos de restituir á Enrique su poder, le espusieron al mayor peligro, pues en una conjuracion jeneral de los católicos se encontró el rey casi solo, perseguido por estos y abandonado de los protestantes. Con la desgracia se despertó en él su antiguo valor. El duque de Mayena, jefe del partido de los Guisas, que habia sustituido á sus hermanos, persiguió á Enrique III, le obligó á huir, y lo encerró en los arrabales de Tours; pero cual un animal furioso que se vuelve contra los cazadores que le apuran, así salió contra los de la liga; los destrozó y les obligó á retirarse y dejarle franco el paso para reunirse con el rey de Navarra. Hacia mucho tiempo que este príncipe le aconsejaba que no se fiase de la liga, y ofrecia ausiliarle. Atacado con rigor de los coligados bajo las banderas de Enrique, los habia destrozado en Contras; pero despues de aquella victoria se mantenia perplejo en los paises montuosos de Francia, que le parecieron mas á propósito para estar á la defensiva, esperando ansioso las resoluciones de la liga contra él, sin

dudar que los Guisas dirijian todos sus tiros en contra de su persona desde que por la muerte de Alenzon era heredero del trono. Tuvo noticia de que habian muerto á este rival suyo, y observó la modestia de no manifestar su alegría, contentándose con ofrecerse nuevamente á Enrique III. Este no se resolvia, temeroso de que si se unia á los reformados confirmaba la voz que se habia esparcido de ser adicto á su secta; pero estando reducido á un pequeño número de vasallos leales, determinó llamar al rey de Navarra, y este llegó á tiempo oportuno de ayudarle á retirar los coligados de las murallas de Tours.

El príncipe le dijo lleno de valor y entusiasmo: *Vamos á París*; y marcharon inmediatamente. Esta capital estaba gobernada por los *dieziseis*, esto es, estaba dividida en igual número de cuarteles; los que eran jefes de cada uno de ellos se juntaban, y bajo el influjo de los jefes de la liga daban sus decisiones, que obedecian todos los cuarteles. Mantenian al pueblo en sus ideas los oradores, que regularmente serian los predicadores. Se publicaban edictos á gusto del partido sin permitir otros. El furor contra Enrique III era terrible en París, y con la noticia de la muerte del duque de Guisa declararon que el asesino habia caido del trono, borrando su nombre de las oraciones públicas, y aun se decia que el quitarle la vida sería una accion meritoria: no faltó quien por lisonjear á la duquesa de Monpensier, hermana de los Guisas, tomó á su cuidado semejante delito y lo ejecutó. Herido Enrique por este asesino, murió cerca de París á la edad de treinta y nueve años: le adornaban las bellas cualidades de elocuente, valiente y popular.

Enrique IV. — (1589) Sobre el derecho de este príncipe á la corona no hubo dificultades, aunque habian mediado trescientos treinta y tres años entre él y Roberto, hijo sesto de San Luis, y señor de la baronía de Borbon, de cuyo tronco descendia: sin embargo, como era protestante, se valieron de esta ocasion muchos señores católicos para abandonarle, con cuya desercion se vió obligado á levantar su campo de París, y perseguido del duque de Mayena, se retiró á Normandía, con la intencion de pasar á Inglaterra si le apuraban

mucho; pero aventuró antes una batalla en Arque y salió victorioso, alentándose con este motivo para volver á París; Mayena le atacó con otro nuevo ejército en las llanuras de Ivry, y fué vencido segunda vez. Enrique se acampó enfrente de París, y se habria apoderado de la ciudad por hambre, si hubiera negado el paso á una muchedumbre de ancianos, niños y mujeres que el gobernador, duque de Nemours, precisó á salir para economizar los víveres: esta induljencia no fué bien mirada de los jenerales del rey; pero algunos historiadores dicen, que Enrique queria mas bien esponerse á la crítica de todo el mundo, que á los remordimientos de su corazon.

Es bien sabido que la fermentacion de las guerras civiles pierden su fuerza muy pronto, si los estranjeros no acuden á darlas fomento. Los reformados habian pedido ausilio á los alemanes, y los coligados á España. Su rey Felipe II, conociendo que si tomaban á París se veria aniquilada la liga, envió al duque de Parma en su socorro, el cual hizo levantar el sitio, con cuyo motivo se retiró Enrique dejando libre el curso á las intrigas que confundian la capital. Los *diezíseis* dominaban en ella con tal despotismo, que irritaban al duque de Mayena. Habian mandado ahorcar por sopechas á dos respetables majistrados; pero Mayena, en venganza, hizo ahorcar á cuatro de los *diezíseis*, con cuya accion se disiparon, y París quedó en calma, divertido con el espectáculo de los estados, que figuraban haberse reunido allí. Felipe II aspiraba á que se declarase reina de Francia á la infanta su hija; pero no encontró dócil al duque de Mayena, y Enrique IV desconcertó los planes volviendo á la relijion católica, de la que hizo profesion pública. Sin embargo, esta novedad no bastó para que se le pusiese desde luego en la posesion del todo de su reino, viéndose precisado á vencer por fuerza algunas provincias, y otras se sometieron voluntariamente. Aunque descontentos los reformados, por su conversion, se sosegaron con un edicto que se publicó en Nantes. Los señores que le habian seguido en sus desgracias fueron los mas difíciles de contentar, y como nunca se consideraban bastante recompensados, murmuraron y amenazaron, por lo cual se vió el

rey en la precision de hacer un ejemplar con el que parecia mas peligroso, y Biron fué el que pagó con su cabeza la mala direccion de sus medidas.

Enrique IV tuvo cuatro amigas conocidas, y todas, sin contarse las ocultas, le dieron hijos. Es bien sabido que al morir iba á poner en convulsion toda la Europa por cierto galanteo. Sin embargo de que su barba estaba ya blanca, se prendó de la jóven Montmorenci, esposa de su primo el príncipe de Condé. Este sacó á su mujer de la corte, y se refujiaron entre los españoles. Enrique se creyó insultado por esta proteccion, y principió con actividad los preparativos de una gran guerra, aunque se presume que figuró distintos pretestos para ella. Seguramente que tales flaquezas le harian despreciable en su posteridad, á no oscurecerlas con las prendas de un buen rey, como son los talentos militares, el arte y el deseo de hacer felices á sus pueblos, y finalmente con la discrecion en elejir ministros.

Sin embargo de que Enrique IV era de buen carácter, familiar y franco, le acometió el puñal de dos asesinos, y á los cincuenta y ocho años de edad murió á manos de otro tercero. Se puede tener por una mancha en la reputacion de Enriqueta Barsac, su amiga, y en la de su esposa María de Médicis, que se dude cuál de las dos fué la que armó la mano del asesino. Se tiene por cómplices á algunos señores á quienes colmó este príncipe de beneficios; y aunque otros suponen que el golpe le provino de la corte de España, pudo suceder muy bien que el delicuente fuese un malvado fanático sin cómplices, como él mismo dió á entender. Llamaron á este príncipe Enrique el Grande, y el siguiente verso, que todos han aprobado, le puede servir de epitafio: *Fué padre y vencedor de sus vasallos.*

Luis xiii. —(1610). El reinado de este príncipe puede dividirse en tres épocas: la de María de Médicis su madre, la del condestable de Luines, y la del cardenal de Richelieu. La madre reinó bajo la direccion de Concini y de Leonor de Galigaye. El primero de estos era un caballero pobre de Florencia, que habia venido á Francia en compañía de la reina á buscar fortuna, que en efecto logró por el casamiento que hizo con Leonor, hija de un artesano de Florencia, la cual habia ido con

María en clase de doncella inferior, y consiguió ser su favorita. La reina ejerció la rejencia de su hijo cuatro años, y este subió al trono á la edad de nueve; pero aunque llegó á la mayor edad continuó gobernando ella, rodeada de intrigas y de cábalas.

Los príncipes de Condé y de Soisons estaban al frente de una muchedumbre de descontentos, y al principio arrestaron á Condé; despues le pusieron en libertad y reclutó tropas, mas la muchedumbre no esperaba tanto de la fuerza, como de negociantes secretos que tenia junto al rey: estos hicieron creer al jóven príncipe que la discordia se orijinaba por la obstinacion de su madre en mantener á un favorito indigno, y se convino en que sacrificasen á Concini, que habia ascendido á mariscal de Francia sin el menor mérito ni servicios militares, y su destino se le confirió á Vitri, capitan de guardias, en premio de haberle asesinado. Enviaron á la reina en clase de prisionera al castillo de Blois; á Leonor la quitaron la vida como hechicera, y dieron todos los bienes de esta á Luines, que habia sido el motor de la intriga.

Este tenia dos hermanos, llamados Brantes y Cadenet, simples nobles de Provenza, que servian en la guardia del rey, cuyos destinos y favor habian conseguido con juegos pueriles; y de este modo, sin que la reina ni su favorito desconfiasen de ellos, tomaron mucho ascendiente sobre el corazon del jóven rey. Cuando principiaba la rebelion que afirmó á Luines en la autoridad, eran inumerables las intrigas en la corte, y estas fueron el camino para lograr fortuna, aunque no todos la conseguian. Un tal Gignier se propuso figurar cierta conspiracion, y fué á manifestarla á Luines, creyendo que le premiaria; pero este ecsaminó el asunto, y averiguó la falsedad. Estrechó al delator para que revelase el motivo de aquel caso, y viéndose apurado le respondió: «Advirtiendo yo que la moda es la intriga, forjé una para ver de adelantar, y desgraciadamente no me ha salido bien.» A Gignier se le figuró esto solo una burla, pero le costó la vida.

La reina madre tuvo en su destierro muchos mas partidarios que Luines, al mismo tiempo que este escitó la envidia por sus muchas riquezas y poder. Luines y sus hermanos se apoyaron por casamientos que hi-

cieron con señoras muy principales; pero los descontentos pusieron en libertad á la reina dándola un ejército, y Luines, cuyo carácter era dulce y pacífico, se concertó con ella, la cual volvió á la compañía de su hijo, y tomó otra vez ascendiente en los negocios. Con el objeto de cortar las intrigas y entretener á Luis que manifestaba apetecer la guerra, Luines, aunque amigo de la paz, dió que sentir á los reformados, hasta que estos tomaron las armas. El jóven rey principió con ardor el nuevo camino que se le abria, en el cual se distinguió. Entretanto ganó Luines la espada de condestable, sin mas derecho lejítimo que el que Concini y Vitri habian tenido al baston de mariscal. A su dignidad unió el condestable los sellos, de modo que todo el poder estaba reunido en él: mas no le duró mucho tiempo, pues murió cuando iba á ser precipitado por haber perdido el favor.

María de Médicis se hizo dueña arbitraria del consejo, en el cual introdujo á Richelieu, obispo de Luzon, por haber ayudado á la reconciliacion con su hijo y con Luines. El sagaz prelado, usando de su política, observó la conducta de sus compañeros; y averiguando que trabajaban únicamente por ganarse la confianza del rey, los dejó que se arruinasen entre sí: cuando vió que se habian debilitado en número y en fuerza, los desechó del consejo, colocándose en su lugar, y acompañando la basa de su poder con algunos endebles puntalillos que pudiese quitar si le estorbaban. Algunos dan á este ascendiente un orijen mas decente que las astucias de corte, pues aseguran que ganó la confianza de Luis por su estimacion, orijinada por haber visto el príncipe su esactitud, su juicio, un sistema de gobierno bien organizado, miras prudentes y medios proporcionados, pues le esplicaba las causas y los motivos, procurándole tambien los aciertos.

Con esta conducta hizo al rey dueño de los protestantes de Francia, y sofocó la semilla de las guerras civiles con la toma de la Rochela. El mar se pasmó al verse contenido por un dique, y sufrió un freno que desde el tiempo de Alejandro no habia tenido. A los ingleses que intentaban oponérsele, los hizo correr hácia su isla por los alborotos que formó en ella, y condujo á Luis victorioso á Italia. La casa de Austria, que antes

habia sido agresora, se vió obligada á mantenerse á la defensiva. Floreció el comercio, la potestad real se fortificó y se hizo respetar. Los pueblos arrojaron la tiranía de los señores, y obtuvieron su libertad: los castillos de estos se demolieron, las ciencias abatidas en el tiempo de las guerras civiles volvieron á su esplendor, sirviéndolas de asilo suntuosos edificios; y últimamente, la Francia, esqueleto consumido, agotado de hombres y dinero, volvió á su robustez.

La reina madre tenia en su mano el goce de todas estas ventajas que Richelieu la proporcionaba; pero los envidiosos de este protejido la preocuparon contra él, persuadiéndola á que un hombre que la era deudor de su poder, estaba obligado á obedecer todo lo que ella dispusiese, bueno ó malo, y que cualquier resistencia, por pequeña que fuese, era una ingratitud y una afrenta. La dijeron tambien aquellos aduladores que estaba en su mano derribar el coloso que ella misma habia levantado. La reina se lisonjeaba de lo mismo, y aun blasonaba diciéndose á sí misma: «El ídolo que yo he formado le sabré destruir.» Y en efecto, María principió sus intrigas, proponiéndose malquistar al cardenal en el ánimo de su hijo.

Como se trataba de crédito, de autoridad, de perder todo su poder, Richelieu no conocia lenitivos. Por el ascendiente que gozan las almas grandes sobre las débiles, despues de un corto eclipse volvió á tomar mas influjo que nunca en el corazon del rey, el cual le mandó hacer cuantos sacrificios fuesen necesarios para mantener su poder. Arrestaron á la reina madre, la cual por no entrar en composicion se fugó á Alemania, en donde se oscureció en la pobreza, y por mas súplicas y humillaciones que hizo para conmover al ministro inecsorable, no pudo conseguir ni aun el permiso de volver á Francia, y murió en el destierro y la miseria. A la reina jóven la hicieron sospechosa de haberse prestado á las ideas de su suegra, por lo que siempre la miró el rey con frialdad, y si llegó á ser madre fué resultado de alguna sorpresa casual de la indiferencia con que la trataba su esposo. Gaston, hermano del rey, se vió esclavizado en la corte por haber sido condescendiente con los enemigos de Richelieu, y la fuga que hizo para librarse de las cade-

nas y tomar las armas, fué causa de haberse desacreditado totalmente para con su hermano, y no volver á su favor sino por intercesion del prelado. El conde de Soisons, príncipe altivo y contrario peligroso, se vió obligado á rebelarse; pero se precavieron las consecuencias con su muerte, ya por efecto de casualidad, ó amañada en el campo de batalla. Solamente Condé tuvo idea para librarse de la desgracia, y fomentar su casa, autoridad y riquezas por alianzas con el orgulloso cardenal, el cual no perdonó á ninguno de los señores que le fueron contrarios, ó conceptuó por tales. Hasta Puylaurent, favorito de Gaston, que se habia casado con una sobrina del prelado, fué arrestado por sospechas de no ser enteramente adicto á su tio, y murió en la cárcel. Montmorenci se armó en favor de Gaston, en lo que fué culpable, pero tambien habia librado de la muerte á Richelieu cuando el puñal estaba levantado contra él; sin embargo no consiguió gracia, y murió en un cadalso. Por unas culpas que apenas deberian castigarse con una multa, condenaron al mariscal de Marillac; pero su delito verdadero fué que en una reunion de enemigos del prelado se trataba del modo de deshacerse del ministro, y la opinion de Marillac fué que se le presentase en juicio, creyendo que en su grande administracion no faltaria algun yerro que fuese bastante para condenarle á muerte; pero Richelieu le aplicó la pena del talion.

Ultimamente consiguió arrancar del corazon del rey todo el afecto y bondad que prodigaba á su favorito Cinqmars, que era un jóven mas atolondrado que perverso, pero anhelaba por ser rival de Richelieu en la estimacion, por cuyo delito le cortaron la cabeza, habiendo sucedido lo mismo á su amigo Dethou, aunque sin haberle probado crímen alguno. Nadie dejó de atribuir al cardenal estas muertes, porque luego que falleció este, hizo el rey poner en libertad á todos los presos, y llamó á los que estaban desterrados, con cuya accion se probó que hasta entonces habia reinado el ministro. Antes de medio año de la muerte del cardenal, falleció Luis, á los cuarenta y dos años de edad. Llamaron á este rey el *Justo* y el *Severo*, aunque parece que le convino mejor el de *Severo*.

Luis xiv. — (1643) Nació este despues de veintitres años

de un matrimonio sin fruto, y cuando sucedió á su padre tenia la edad de cinco. Los parlamentos declararon á la reina por rejenta; y Ana de Austria, sin embargo de estar tan ofendida del cardenal Richelieu, tomó por ministro al cardenal Mazarino, hechura de su perseguidor: este acontecimiento causó admiracion en toda la Francia, de modo que dijo un poeta: *el mundo es una obra escénica*: y segun esta idea se vió en el reinado de Luis XIII la trajedia mas completa de catástrofes sangrientas. En el tiempo de Mazarino se notará el juego de pasiones menos violentas por los autores de la *honda*. Casi todo el reinado de Luis XIV puede pintarse como un espectáculo de grandes máquinas dispuestas para sosprender, pero en que al fin no quedan mas que los despojos de una majestad teatral, y desaparece la ilusion. Luego que cesó el miedo que habia inspirado el espantoso Richelieu y se aclaró la melancólica sombra que la severidad de Luis habia esparcido en su córte, se llenaron de esperanza todas las personas que habian sido perseguidas por adictas á la reina, ó por otros delitos de casi igual especie. Como estas personas se llamaron *las importantes*, tanto hombres como mujeres se creyeron con facultad de mezclarse en los negocios, y que deberian atenderse sus pareceres; pero cansada la reina envió á las mujeres á sus paises, y se libertó de los hombres arrestándolos por algunos meses. La reina Ana de Austria se alteró por las representaciones del parlamento con motivo de ciertos impuestos; y este tribunal orgulloso tomó por promesa inviolable el decoro con que la reina prometió tratar á las cámaras del parlamento, y que se gobernaria por el consejo de este. Como la reina habia seguido poco tales consejos, ellos los elevaron á sentencias, que fueron anuladas por la reina, dando en esto lugar á murmuraciones; y el pueblo se descontentó tomando por suya la causa de los majistrados, y demostrando disposiciones para sostenerlos. El duque de Enghien, héroe coronado de laureles en la edad de veintidos años, se presentó para reprimir al paisanaje indomable. El príncipe y los oficiales, orgullosos por haber sido útiles á la reina, tomaron un aire altivo, y por esto los llamaron *Señoritos*.

La reina, lejos de premiar estos servicios, se disgustó con ellos y castigó el atrevimiento. Esta firmeza la atribuyeron á los consejos de Mazarino, y todos los partidos reunidos ó separados se declararon contra él, siendo el blanco de los tiros de los descontentos. La faccion mas contraria se llamó de la *honda* y se dividió en grande y pequeña. Todas las facciones conservaron sus nombres durante los alborotos, aunque muchas veces mudaron de interes, pues hubo una *honda* que favoreció á Mazarino.

Mientras duraban las intrigas domésticas, se ejecutaba la guerra felizmente contra los españoles en las fronteras. El jóven monarca al paso que iba creciendo daba mayores esperanzas: el reino estaba bien gobernado y gozaba de tranquilidad en lo interior. Mazarino evitaba diestramente los ataques de los envidiosos; pero tenia uno con quien no podia reconciliarse, porque aspiraba á ocupar su lugar derribándole. Este era Gondi, coadjutor de su tio, obispo de París y despues cardenal de Retz, el cual era el alma de todas las intrigas contra Mazarino.

Con motivo de haber traido Mazarino de Italia una hermana, una cuñada y una multitud de sobrinos, suministró indiscretamente un pretesto á las dañadas intenciones de sus enemigos, quienes creyeron que habia llamado á aquellas familias para enriquecerlas, y las representaron en los periódicos como una carga del estado, al mismo tiempo que se pedian nuevos impuestos. El parlamento se negó á rejistrar estos edictos. La Corte se empeñó en ello, y el parlamento insistió, declarando al cardenal por perturbador de la tranquilidad pública y enemigo del estado. Salió la corte de París y sitió la ciudad, aunque despues se hizo la paz. Condé y sus hermanos, jefes de las tropas del sitio, pusieron un precio muy alto al servicio que habian hecho, por lo cual Mazarino los mandó arrestar, y los parisienses se alegraron mucho; pero habiendo tomado la *honda* nuevas fuerzas, se vió obligado el cardenal á poner en libertad á los encarcelados, y á salir del reino. Hubo en Paris fuegos artifiales por el regreso de los príncipes. Una composicion concedió á Mazarino el permiso para volver, pero se descompusieron segunda vez. La corte se vió espuesta á que la encer-

rasen en la capital, pero se puso en salvo. Proscribieron á Mazarino poniendo á precio su su cabeza con alegria de los parisienses, por lo cual se escapó del reino segunda vez. La corte anduvo vagante por las provincias, en las cuales reunió un ejército, que tambien aumentó Mazarino con un buen cuerpo de tropas que envió de Alemania. El parlamento, para sostener las resoluciones que habia dado, hizo tambien reclutas, de modo que al frente de los muros de París habia cuatro ejércitos, y sin embargo no hubo mas que un combate muy funesto para Condé, en el cual habria perecido este príncipe si no le hubiesen salvado por compasion los parisienses, quienes le acojieron en sus muros, aunque despues le obligaron á salir del reino; y de este modo volvió á entrar Mazarino triunfante de todos sus enemigos: los parisienses le recibieron con muchas demostraciones de alegría, habiéndole tambien felicitado el parlamento entero que, formado, le hizo los elojios mas pomposos. Prendieron al cardenal de Retz; pero se fugó de la prision, y perdiendo el obispado de París pasó una vida oscurecida en una ciudad pequeña de Lorena. Desde este tiempo logró un triunfo perpétuo Mazarino durante su vida, que concluyó en el año 1659 con el tratado de los Pirineos, por el que dió la paz á Europa antes de morir.

Es preciso que nos figuremos las circunstancias de aquel tiempo para formar idea del entusiasmo de la nacion en los años brillantes del reinado de Luis XIV. Este jóven príncipe lleno de gracias, servido de las artes y favorecido de las victorias, parece que nació para dictar leyes al mundo entero. Obligó á España á abrir el paso á sus embajadores, y aunque Roma se atrevió á hacer frente á sus arrogantes pretensiones, la impuso él cláusulas humillantes. A peticion suya, equivalente á un mandato, se estinguió la guardia de corsos, y una columna formada en el palacio de los Césares justificó la superioridad de la Francia. Luis impuso á España unos derechos que podrian haberse disputado; pero sus ejércitos, que siguieron á los negociadores en el año 1668, abreviaron las discusiones y lejitimaron sus pretensiones con el tratado de Aix-la-Chapelle.

Como estaba acostumbrado á vencer á los reyes se incomodó de que una república le resistiese: esta fué la Holanda que sufrió la pena de su atrevimiento viéndose muy espuesta á su ruina, si no la hubiese sostenido la Inglaterra: toda la Alemania se declaró á su favor: la España, aunque abatida, tambien hizo esfuerzos; de modo que casi toda la Europa se coligó contra una potencia agresora, cuyo objeto y miras se ignoraban.

Luis se opuso contra todos sus enemigos, y en el año de 1678 dictó las condiciones de la paz de Nimega, que tambien fué brillante; pero no tan imperiosa como la de Aix-la-Chapelle. Previendo ó intentando una nueva guerra, mantuvo fuerzas que le sirvieron despues para humillar á Arjel, y á Jénova. En vano clamaban los arjelinos con súplicas que fueron desatendidas hasta que pusieron en libertad á los franceses y prometieron no volverlos á esclavizar. Maltratada Jénova con las bombas, detuvo la guerra á costa de remitir á su dux á la corte de Francia para disculparse con humildad.

La guerra volvió á empezar, quedó destruido el Palatino, y los desastres de aquel infeliz pais fueron la señal de la reunion de toda la Europa contra los franceses, cuyo nombre daba horror. Luis XIV se sostuvo; pero sufrió tales pérdidas, que su marina quedó destruida en la Hogue y las costas se vieron infestadas. Los ingleses hicieron desembarcos, y sus bombas, cuyo uso en el mar habian descubierto los franceses, arruinaron el Havre é incendiaron á Dieppe; mas entretanto conseguia Luis victorias por tierra. Fleuro y Stenikerque, Mons y Namour, campos de sus truiunfos y trofeos de su gloria, dieron bastante testimonio de su superioridad; pero los ejércitos numerosos que formaba, causaban la despoblacion del reino y el hambre, pues aun en medio de la grandeza y lujo de la corte de Luis, sentia este que se acercaba la carestía, y los pueblos empezaron ya á no elojiarle y á murmurar; cuya melancólica situacion le costó sacrificios en Risvik (año de 1697) por la necesidad de disponerse para la guerra sobre la sucesion al trono de España.

No importaba mucho á los franceses que le ocupase un Borbon; pero Luis y su consejo en lugar de hacer pacífica-

mente una division, prefirieron adoptar el testamento de Cárlos II, por el que daba la España al duque de Anjou, y con presente tan funesto recibir el hambre, la despoblacion y otras plagas que aflijieron los reinos de Alemania y Flandes, los cuales habiendo sido teatros de los triunfos de los franceses, fueron tambien sus sepulcros, porque Tallard cayó prisionero en Hochster con cuerpos enteros de tropa, en las mismas llanuras donde Villars habia destrozado á los enemigos. Villerroi perdió un ejército entero en Ramillies, habiéndose inundado los campos españoles de sangre francesa. Hasta la guerra civil desplegó sus furores, para que no faltase calamidad alguna á la Francia: por la imprudencia de revocar Luis en aquellas circunstancias el edicto de Nantes, se rebelaron los protestantes. Su valor y constancia sostuvieron la adversidad, y con ellos cansó la resistencia de sus enemigos, y desarmó su odio con sus desgracias. Villars, vencedor en Denain, hizo que se concluyese la paz de Utrecht en el año 1713 y 1714: y este mismo aseguró en Rastadt la paz de Europa con el príncipe Eujenio, su digno competidor.

Despues de verse en las mayores estremidades, obligado á abandonar á su nieto, y casi precisado á la triste promesa de dar dinero y tropas para destronarle, vió asegurada la corona de España en la cabeza de este príncipe. Su reino, desmembrado por las conquistas que sus enemigos habian hecho en él, volvió á su ser, pero debilitado y desnudo. Si se reprende en Luis XIV la escesiva ambicion, que causó tantas desgracias á la Francia; su aficion á la guerra, que derramó tanta sangre; el lujo y suntuosos edificios, que agotaron tantos tesoros sacados de los pueblos por imposiciones, tampoco se le debe negar la estimacion por otras loables prendas que le distinguieron entre los soberanos.

La enerjía de su gobierno deshizo las conspiraciones que no se volvieron á ver mas. En la eleccion de ministros y en dar á cada uno los destinos propios á su carácter, manifestó su sabiduría. Las ciencias y las artes florecieron en su reinado. El comercio interior y esterior, la comunicacion por canales, y los caminos, merecieron su atencion. Creó la marina mili-

tar, limpió los puertos, fortificó las fronteras, sostuvo las colonias, hizo reformas en las leyes, y estableció la policía. La poesía, la elocuencia en el púlpito y en los tribunales llegaron á la perfeccion durante su reinado. Para estender los conocimientos animó los viajes y las investigaciones históricas. Se reunian bajo su protecion en su propio palacio los sabios de todas clases, á quienes mantenian con nobleza. Y finalmente en su tiempo se enriqueció la Francia con las cosas mas primorosas, habiendo llegado á ser para las demas naciones la escuela del buen gusto, de la urbanidad, y de todo cuanto hay útil y agradable.

Era este principe uno de los hombres mas hermosos del reino, amaba y tambien era amado de todos; pero no se preciaba de fiel ni aun con sus mas queridas, pues su esposa María Teresa de Austria merecia disfrutar su afecto por sus gracias, su virtud y su ternura, y sin embargo la privó de su derecho lejítimo; pero tuvo el cuidado de observar con ella algunas atenciones que la hicieron menos sensible la inconstancia de un esposo. Disputó con los parlamentos y los sujetó por el miedo; pero era la desgracia que luego que cesaba la opresion se sublevaban. Fue su reinado el que mas duró y el mas glorioso despues del de Carlomagno. Murió á los setenta y siete años.

Luis xv. — (1715). Cuando subió este príncipe al trono hubo mudanzas en todo, pues las costumbres, opiniones y relaciones políticas variaron, no porque desagradasen al nuevo rey las antiguas, sino porque recayó la autoridad en el duque de Orleans, sobrino de Luis XIV, á quien nunca miró con aprecio; y por esta razon el rejente tuvo tambien el gusto particular de variar cuanto el antiguo monarca habia hecho.

Dió un nuevo y diferente aspecto á la corte, y en lugar de la austeridad grave que se usaba en ella, se sustituyó la lijereza y disipacion: aun de la relijion, que se habia practicado muy escrupulosamente, quedó solo lo que de ningun modo pudieron estinguir por miedo al público. Luis XIV no habia tenido mas relaciones con los ingleses que las indispensables, pues desconfiaba de ellos y los consideraba enemigos naturales de la Francia. El rejente, en contraposicion, se entre-

gó totalmente á ellos, dejándose conducir por sus consejos para obtener su favor si el nuevo rey llegase á faltar.

Hubo sospechas de que el regente pensaba sentarse en el trono perjudicando á la rama de España; pero es una calumnia lo que se dice de haber intentado dar veneno á su pupilo, pues aunque escrupulizaba poco en punto de costumbres, no se le creia capaz de una accion tan inicua; cuya prueba es el no haberla ejecutado. Puede ser que esta maldad la intentasen jentes perversas que le acompañaban, por figurárseles que llegarian á ser dueños despóticos en Francia bajo el gobierno de un rey que no cuidase de la sujecion: pues tenian la esperiencia de que siendo de mas capacidad que ellos, les dejaba gobernar para entregarse mejor á las diversiones.

Este duque de Orleans murió repentinamente, y fue sustituido por el de Borbon Condé, quien como un particular codicioso, pretendió enriquecerse con lo que restaba ó no habia destruido el sistema anterior. No era popular ni tenia la familiaridad y hombría de bien que habian hecho tolerar las faltas del rejente. El pueblo murmuró, y él se desentendió creyendo que el rey, cuando llegase á la mayor edad, le sostendria, porque se juzgó necesario á un príncipe á quien procuraba diversiones; pero se encontró burlado por un jóven de diezisiete años y un anciano de setenta y tres. Como quien despide á un criado sin decir por qué, quitó Luis del ministerio á su pariente, haciendo lo mismo despues con sus ministros. Fleury, preceptor del rey, entró á ocupar el destino de Borbon Condé.

Se considera á este cardenal como á un hijo privilejiado de la naturaleza. Un historiador dice que hasta la edad de setenta y tres años se le tuvo por el hombre mas amable y social, y que en aquella edad, en la cual los ancianos suelen retirarse del mundo, tomó él el manejo del gobierno: todos le tuvieron por el hombre mas prudente del mundo, y conservó la cabeza sana y capaz para los negocios hasta los noventa años. Tomó por basa de su sistema de gobierno la paz interior y esterior. Este proyecto fué muy laudable, porque con la paz todo se consigue; pero no siempre se toman bien los medios, aunque

las intenciones sean buenas.

Presumiendo que los ingleses podrian ser los únicos que perturbasen la paz esterior que él apetecia, manifestó demasiado el temor de descontentarlos, y conociéndolo ellos empezaron á pedir, y Fleury asintió hasta el estremo de arreglar á sus imperiosas pretensiones las fuerzas marítimas. Por otra parte en los ahorros consiguientes á este objeto, complacia él á su natural economia, por cuyo medio vivió con tranquilidad en esta parte; pero cuando las ocurrencias suscitaron la guerra, la marina antigua que quedaba, y la que se aumentó, no pudieron resistir á la inglesa, que se hallaba en todo su vigor.

Igualmente se engañó Fleury en la esperanza que tenia de la paz interior, cuyo dictámen fundaba en las medidas que habia tomado. La causa de la turbacion fueron los eclesiásticos, porque una parte de ellos era opuesta á la opinion que el ministro queria hacer prevalecer. Quiso dominar á sus contrarios con la autoridad, y deseoso de estinguir las opiniones hizo prisiones, destierros y proscriciones, dando los destinos á solos los que aceptaron ó firmaron las fórmulas prescritas. Como el manifestar esta sumision era mas fácil que estudiar y arreglar la conducta, la juventud tomó el camino menos trabajoso. La decencia esterior se relajó, y los modales del siglo se introdujeron en los cláustros. A los estudios útiles sucedieron los conocimientos vagos y superficiales. El cardenal permitió á muchos obispos residir en la corte, y las reuniones del clero dieron motivo para que algunos manifestasen sus talentos sobre el gobierno y administracion, por lo cual los llamaron *obispos administradores*. Aunque Fleury procuraba la seguridad del santuario librándolo de los golpes de sus enemigos, decayó la relijion. Podrian hacerse algunas reflecsiones sobre su conducta con los parlamentos, señalada con el sello de su acostumbrada timidez. Sufrió que estos cuerpos diesen á sus representaciones una publicidad peligrosa, con la se acostumbraron los pueblos á tomar conocimiento en los negocios del gobierno, y á no respetar su autoridad. Fleury, al principio de su gobierno, dió una grande idea de su ciencia diplomática, y de su destreza en el modo de negociar,

reuniendo la Lorena á la Francia; cuyo objeto habia sido intentado inutilmente por espacio de bastantes siglos. Con el propio arte evitó muchas indicaciones de guerra que procuraban los intrigantes de la corte, y al fin no pudo evitar esta plaga, pues al morir dejó á la Francia empeñada en empresas hostiles que miraba él con repugnancia.

Luis se ganó la estimacion de los franceses por el valor que manifestó cuando llegó la ocasion. Despues de haber hecho grandes hazañas militares en Flandes, iba á buscar los enemigos que se acercaban á Francia por la parte de Alemania, cuando cayó enfermo en Metz. No es facil de pintar la consternacion de todo el reino por este acontecimiento; pero aun es mas difícil de espresar las señales de alegria que por todas partes se manifestaron con la noticia de su restablecimiento. «Tal es, dice un historiador, el pueblo francés; porque en sus afectos procede siempre con entusiasmo, y en el amor es tan escesivo como en el odio.» A este rey dió la aclamacion jeneral el nombre de *muy amado*. Luis sobrevivió como él decia, para gobernar; pero lo que hizo fué mudar de ministros como de amigas. Por lo jeneral no entraban en el manejo del gobierno por el talento ni por los aciertos, sino por la mas ó menos condescendencia con los caprichos del monarca. El mejor ministro para él era el que librándole de inquietudes y cuidados le facilitaba los placeres y la indolencia. Se dice que conociendo la miseria de los pueblos los compadecia, y hubiera querido remediarla; pero presumia no poderlo conseguir por sí mismo, porque no se creia rodeado de personas honradas que le ayudasen á intentarlo; pues tenia la desgracia de juzgar á todos destituidos de probidad. ¿Provendria esto de su misma conciencia, ó de que le habian engañado muchas veces? Llegó á temer el dedicarse á los negocios, y aun tambien le cansaban los placeres, si no los avivaban con alguna cosa estraordinaria. Dejó á su nieto una corte adornada de un fausto destructor, la real hacienda arruinada, y el reino secretamente alborotado y descontento. La murmuracion é inquietud era tan jeneral, que amenazaban tempestades que vendrian á ser muy temibles por la disolucion del estado. Aunque el soberano

prevía estas desgracias, lejos de dedicarse á remediarlas se entregó á los placeres de tal modo, que parecia estar diciendo á la revolucion: *espera á que yo haya muerto*. Eran en este príncipe muy buenos los principios de la relijion: su inclinacion á los placeres, y al ascendiente que estos tenian sobre él, jamas se los borraron. Adornado del brillo de las ciencias, que tanto prosperaron en el reinado anterior, no se dejó deslumbrar y las favoreció con discernimiento, aunque los escritores de todas clases no tuvieron la mejor acojida en él; pero atendia con nobleza á las empresas literarias, cuya utilidad le hacian conocer. Fué feliz en la guerra por tierra, pero en el mar casi siempre le fué funesta, pues los ingleses consiguieron ventajas con sus escuadras. Luis el *muy amado* murió de edad de sesenta y cuatro años (1774), sin haber tenido mas que un hijo, llamado Luis, Delfin de Francia, el cual habia muerto antes que el padre, dejando tres hijos y una hija.

FIN DEL TOMO VIJESIMONONO.

INDICE

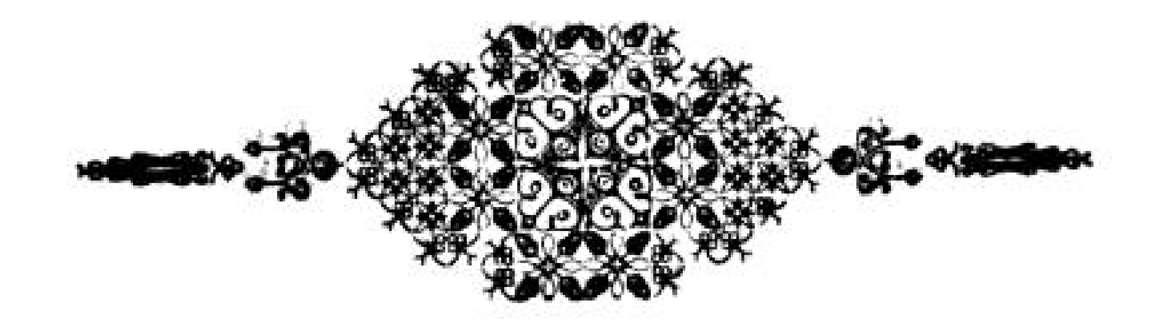
DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

LIBRO DUODECIMO.

HISTORIA DE FRANCIA.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXX.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.

MADRID:
Imprenta de D. R. Campuzano, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1845.

Se hallará en Madrid, calle de la Gorguera, núm. 7.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO IV.

Luis XVI. — Asamblea de los notables. — Asamblea constituyente. — Alborotos en París. — Escesos del populacho en Versalles. — Abolicion de la nobleza. — Fuga del rey. — Asamblea lejislativa. — Ataque de las Tullerías. — Prision de la familia real. — Convencion francesa. — Proceso de Luis XVI. — Muerte del rey. — República. — Declaracion de guerra de Inglaterra y las provincias unidas contra la Francia. — Muerte de la reina María Antonieta. — Robespierre. — Dimision del jeneral Bonaparte. — Es nombrado jeneral del ejército de Italia. — Derrotas de los Austriacos. — Fundacion de la república cisalpina. — Paz de Campoformio. — Directorio. — Nueva declaracion de guerra de las potencias aliadas contra los franceses. — Estincion del Directorio, y formacion del Consulado.

Luis xvi. — (1774) Este príncipe, hijo mayor del Delfin difunto, heredó el trono de su abuelo, y recibió la corona en unas circunstancias muy fatales. Un accidente funesto, en el cual perecieron muchas personas, acaecido en una funcion que se hizo cuando se casó con María Antonia de Lorena, hija de la emperatriz reina de Hungría, dió principio á los tristes vaticinios de las jentes propensas á los presajios. Sin embargo, el rey comenzó su gobierno con una prudencia capaz de

desvanecer las ideas de aquellos pronósticos, pues discurriendo que su crianza habia sido separada de los negocios, y hallándose en la edad de veintidos años, conoció que era de absoluta necesidad buscar un conductor que le dirijiese en el laberinto del gobierno, y con efecto le tomó.

El negocio mas árduo del reinado de Luis XV habia sido sus contínuos debates con los parlamentos, los cuales le habian molestado con representaciones activas y coaliciones intimidantes. Luis les habia contestado abatiéndolos, anulando sus determinaciones, desterrándolos, y aun se puede decir que tenian sobre sus cabezas un anatema cuando murió este príncipe.

No hubiera sido acaso mala política haber aprovechado aquellas circunstancias para refrenar la autoridad de estos cuerpos, ya fuese dando tono á las variaciones introducidas en su rejimen, ó ya dejándoles privados del poder con ciertas restricciones que les debilitasen cuanto conviniese; pero Luis apreció mas la opinion pública que el interes de su propia autoridad, decretando el regreso del parlamento, cuya providencia fué una de las primeras de su reinado.

Todos los pueblos y especialmente París, se alegraron mucho de esta determinacion. A esta gracia habia precedido la esencion de los derechos que se llamaban *del suceso alegre*, con los cuales se habian enriquecido sus tesorerías. Este edicto fue el primero: por otro hizo libres á los siervos de las tierras dominales, aboliendo tambien la cruel ley que gravaba con la mancomunidad á los pecheros en el pago de las contribuciones; suprimió las corbeas y estinguió la nombrada *cuestion preparatoria*. Con tales testimonios de beneficencia se dió á conocer la bondad del nuevo monarca, y se concibieron esperanzas de buen gobierno.

Luis XV habia sostenido con severidad la prohibicion de libros que se oponian á la relijion, sin tolerar que sus autores, aunque fuesen célebres, residiesen en Francia; pero Luis XVI levantó las proscriciones, y el jefe de estos atrevidos escritores, vuelto á Francia, fue acojido con entusiasmo por los muchos que seguian sus opiniones. Estas fueron el asunto ordinario de las conversaciones, haciéndose en ellas muy

comun la discusison sobre los derechos que semejantes obras atribuyen al pueblo, y cuyos principios son poco favorables á los soberanos. Todo esto y la sublevacion de la América inglesa contra su metrópoli, para obtener la libertad, y á quien ausiliaron los franceses, estendió y acreditó los principios republicanos qué causaron la guerra entre ellos, en la cual la Francia tuvo tambien parte.

La nacion francesa la hizo voluntariamente, con la intervencion de algunos particulares, antes que el rey. Con este motivo dejó su patria una juventud que ansiaba la gloria; hasta los militares fueron á enseñar la disciplina y preparar para la victoria á los cuerpos anglo-americanos, á quienes las compañías de negociantes surtieron tambien de cuanto necesitaban, por el cebo de las ganancias, porque el rompimiento con la metrópoli hacia muy lucrativas las mercaderías para los que las llevasen á aquellas colonias. Los que critican como error esta condescendencia de Luis, con la efervescencia de sus vasallos, no podrán menos de conceder que continuando los ingleses secreta y públicamente sus vejaciones con los franceses en ambas Américas y en los mares, autorizaron á estas para usar de represalias.

De aquí se siguieron entre las dos naciones desabrimientos que terminaron en una declaracion de guerra, en la que consiguieron los franceses privar á sus antiguos rivales de gran parte de sus fuerzas, y procurarse una alianza duradera con un estado que no podia avenirse con la Inglaterra. De esto resultó que los ingleses concibieron un resentimiento y un ardiente deseo de venganza.

Luis XVI determinó hacer una paz poco ventajosa en 1783 por el desórden en que la hallaba su real hacienda: la habia recibido de su predecesor en muy mal estado; y su principal objeto cuando subió al trono, habia sido restablecerla. En su edicto para la esencion del derecho llamado del *suceso alegre*, se espresó en los términos siguientes: « Entre los diferentes gastos que sufre el tesoro público, hay algunos necesarios que deben conciliarse con la seguridad de nuestros estados; otros que provienen de franquicias susceptibles acaso de moderacion; pero que han adquirido derecho en el órden de la justicia por una antigua posesion, y que por otra par-

te solo permiten economias particulares; y finalmente, hay algunos que pertenecen á nuestra persona y á la grandeza de nuestra corte. Sobre estos últimos podremos seguir con mas prontitud los impulsos de nuestro corazon, etc.»

Asamblea de los notables. — Algunas reducciones graduales hubieran disminuido insensiblemente la desproporcion que resultaba entre las rentas y el gasto, cubriendo el déficit que le abrumaba, el cual causó todas sus desgracias: los ministros, á quienes progresivamente encargó el manejo de la real hacienda, principiaron por indicar la necesidad de tales reformas, y el medio mas á propósito para equilibrar el gasto con las rentas. Para decidir sobre este punto, convocó el rey una asamblea de notables (1787) que se compuso de príncipes y de diputados elejidos entre la primera nobleza, del clero superior, de los parlamentos y de las provincias. Era preciso creer que unas personas ricas por sus empleos, pensiones, y sobre todo por sus bienes territoriales, interesados mas que todos en aliviar al tesoro público, del cual debia provenir la seguridad de todos los manantiales de su riqueza; no se detendrian en sacrificar unos privilejios que el pueblo aborrecia por serles sumamente gravosos. En esta asamblea se propuso una imposicion territorial que gravitase proporcionalmente sobre los bienes de los contribuyentes, sin esceptuar la nobleza ni el clero: esta proposicion causó terribles altercados que finalizaron con una absoluta negativa. Los notables estaban entonces muy agenos de pensar que la no cesion de una pequeña parte, pudiera hacerles perderlo todo.

Disuelta la asamblea de los notables sin haber producido fruto alguno, y creyendo el ministro sacar mejor partido con el parlamento, dispuso y se le remitieron edictos sobre la imposicion territorial, añadiendo el derecho de *timbre*, los cuales hizo el rey rejistrar en su presencia; pero el parlamento los reclamó diciendo que en Francia era privativo de los estados jenerales el derecho de establecer nuevos impuestos (opinion que trajo tan graves consecuencias) y pidió la convocacion de dichos estados. El voto del parlamento vino á ser el de la nacion entera, y el rey la ofreció solemnemente que convocaria los

estados. En fecto, en 1789 los reunió con el fin de obtener de los dos primeros órdenes, lo que los notables habian negado, y para apurarlos sobre esto determinó, contra el dictámen de convocar otra asamblea de notables, dar al estado llano una fuerza que contrabalancease la de los otros dos, lo que creyó conseguir poniendo en esta última clase un número de diputados igual al de las otras.

Pero, segun lo habian previsto los que querian abatir á los dos primeros órdenes, duró muy poco la igualdad de votos, y muy pronto ganó la pluralidad el estado llano, al que se unieron al momento algunos individuos del clero inferior, y despues gran número de nobles escojidos de las provincias, hombres de talento, y otros ambiciosos ó descontentos.

Asamblea constituyente.— Entonces los estados jenerales tomaron el nombre de *Asamblea nacional*, cuya variacion de nombre no era indiferente, porque sabiéndose hasta dónde se estendian los derechos de los estados jenerales, podrian encontrar inconvenientes las innovaciones que premeditaban; al mismo tiempo que una asamblea nacional, institucion totalmente nueva, se podia autorizar á su gusto con todo el poder que la acomodase. El primer trabajo que adoptó esta asamblea, fué la formacion de una constitucion, y con este motivo tomó el nombre de *Asamblea constituyente*, habiendo servido de pretesto para la empresa el supuesto de que un imperio de mil y cien años de antigüedad, no tenia constitucion. Entonces se dividió la asamblea en diferentes facciones. Los que sostenian la prerogativa real se llamaron *aristócratas*, ó amigos de los grandes: los que intentaban limitarla *demócratas*, ó amigos del gobierno popular, y de aquí tuvieron orijen la persecucion contra los nobles, los incendios de los castillos, los tumultos en los campos y ciudades, y otros infinitos escesos.

Alborotos en paris. — Lo mas singular en este caso fué el repentino armamento de todo el reino en un solo dia ó casi en un momento. Mientras tronaba el cañon contra la bastilla, corrian por todas las calles tropas de la jente mas soez que se presentaba en todas las plazas gritando *á las armas*, y anunciando que los salteadores querian robarlo todo. Este fué el

medio de sublevar al populacho, formando cuerpos de bandidos y asesinos con jefes que los capitaneaban y animaban á todos los escesos, siendo lo mas raro que tales jentes se armasen á vista de los majistrados, sin que estos hiciesen oposicion, y de las tropas todavia fieles que tampoco se pusieron en movimiento.

Tratando de averiguar el principio de tales movimientos, y cómo pudieron organizarse, se presume que fué la venganza del duque de Orleans, descontento de la corte, por el maligno placer que encontraba en molestarla, y acaso por la esperanza de arrojar del trono á su pariente y sentarse en su lugar.

Hay quien dice que para lograr este objeto dedicó casi todos sus bienes, que eran inmensos; se duda tambien si la Inglaterra le ayudó con dinero para pagar al populacho, duda que pasa casi á evidencia si recordamos que al principio de las inquietudes pidió el ministro Pitt, y le concedió el parlamento, un millon de libras esterlinas, sin que se le pudiese obligar á dar cuenta de su inversion.

Despues de la toma de la Bastilla, en que hubo tan terribles crueldades que no podian imajinarse del pueblo francés, pasó á Versalles una muchedumbre armada con intencion de llevar al rey á París y retenerlo allí como un escudo contra las hostilidades que decian amenazar á la capital. Tranquilo el rey con su concieneia limpia, y superior á los temores que su familia le presentaba con la mayor vehemencia, se confió del pueblo, fue bien recibido, y oyó por última vez el grito alegre de los franceses, el grito lisonjero de *viva el rey*.

Este habia publicado en una sesion real un edicto del que se esperaba el mejor suceso, pues en él limitaba principalmente los derechos que habia ejercido hasta entonces el poder soberano con respecto á los impuestos, y ofrecia convocar los estados en ciertas y determinadas épocas; pero vió con gran dolor que desecharon este medio conciliador, disgusto que le hizo temer otros mayores que no tardaron; y viendo tambien que los escritos públicos que seducian la opinion nacional se desencadenaban abiertamente contra sus hermanos, les permitió salir de Francia. Con ellos marcharon varios majistrados y señores que temian ser sospechosos al pueblo, y este fué el principio

de la emigracion que llegó á ser moda.

La asamblea constituyente proseguia sus trabajos para formar la constitucion, y cada artículo cuya aprobacion pretendian, costaba al monarca las mayores penas, ya dudando, ya dilatando, ó ya rehusando la sancion. Los jefes de las facciones estaban sobresaltados de verle en Versalles espuesto á la fuga y á internarse en las provincias donde pudiese formar ejércitos y con ellos venir á disolver los estados jenerales; para evitarlo resolvieron encerrarle en París.

ESCESOS DEL POPULACHO EN VERSALLES.—En una funcion que se graduó de borrachera, se arrojaron sus guardias con imprudencia á hacer protestas de su amor y fidelidad al soberano, cuyo acontecimiento sirvió de pretesto para sospechar algun proyecto contra la asamblea; y varios rejimientos traidos á Versalles sirvieron de alarma. Una tropa de furiosos que salieron de la capital, se arrojó al camino de aquel real sitio blandiendo armas de todas clases, y sus horribles gritos anunciaron su llegada: insultaron el palacio; se esparcieron por todo él, y mataron á cuantos guardias quisieron defender las puertas. Hacia algunos dias que la asamblea disputaba con el rey sobre la sancion de algunos artículos, y se la arrancaron con el acero de aquellos verdugos que asesinaban á sus guardias; y aun se le obligó á que regresase con su familia á París, lo que verificó acompañado de tan terrible escolta, haciendo su entrada entre una multitud de picas, horcas, y de cuantos instrumentos de muerte pudo inventar la furia. Sin embargo, fué muy bien recibido en la casa de ayuntamiento, y desde allí se le condujo con demostraciones de amor ó de compasion á las Tullerías, en donde permaneció con su familia, y donde á poco tiempo se estableció igualmente la asamblea.

ABOLICION DE LA NOBLEZA.—Algunos dias despues se verificó la estincion de la nobleza, anulando todos los títulos, privilejios y distinciones de sus clases; y tambien se destruyó el cetro, declarando que su patrimonio quedaba á disposicion de la nacion, el cual se señaló como hipoteca de un papel moneda que llamaron *asignados*, cuyos papeles distribuyeron pródigamente al pueblo, y llegaron á ser el principal instrumento de la revolucion.

La real magnificencia y aparato que circundaba el palacio de las Tullerías no era bastante para distraer al rey de los recelos y tristes pesares que le aflijian: á cada momento le apuraban nuevas inquietudes, de las cuales era la principal la emigracion y la guerra estranjera.

Los emigrados se habian repartido por todos los reinos, y en ellos se valian de cuantos resortes se les presentaban para armarlos contra la Francia, acompañando sus esfuerzos con amenazas contra los revolucionarios, que decian tenian preso al rey; lisonjeando á las naciones, con la facilidad de la empresa, algunas se coligaron para hacer una invasion en Francia á favor del monarca; pero este padecia entretanto la repercusion de tales medidas. Se las imputaron como delito propio por las amenazas de los emigrados, suponiendo que estos procedian de órden suya; y aunque era muy sabido que el rey deseaba evitar la guerra estranjera, engañaron al pueblo diciéndole que si los enemigos invadian la Francia era á instancia del rey, ó cuando menos con su aprobacion. Los primeros triunfos de los aliados irritaron á los franceses, á quienes la necesidad de defenderse les inspiró una enerjía á que debieron victorias asombrosas; pero estas mismas dieron á la faccion enemiga del trono una fuerza irresistible, y fueron tal vez las que animaron á sus gefes á escesos que acaso, sin ellas, no hubieran ejecutado.

Fuga del rey. — El cúmulo de representaciones que hicieron al rey en 1791, dirijidas á limitar su autoridad, con mas audácia de lo que él habia previsto, le resolvieron á evadirse de ellas con la fuga que llegó á emprender despues de diferentes tentativas inútiles, siendo su idea llegar á una de las fronteras en donde se proponia reunir un ejército para volver á la capital á deshacer la asamblea y recobrar la autoridad que le habian quitado; pero en el camino le detuvieron, le condujeron ignominiosamente á París, y solo por haber aceptado la constitucion ratificándola en todas sus partes á presencia de los diputados de toda la Francia, pudo evitar la pérdida total de sus derechos. Este acontecimiento fué la última obra de la asamblea constituyente, á la cual reemplazó el primero de octubre la *lejistativa*, que no fué menos embarazosa que la otra para el rey, porque aunque la

primera le habia dado muchos disgustos en la formacion de la constitucion, la segunda no le dió menos haciéndole continuar su ejecucion.

Asamblea lejislativa. — Al tiempo de abrirse las sesiones de los estados jenerales se habian formado ciertas juntas ó sociedades que se componian de diputados especialmente del comun, que se llamaron *Clubs*, y se reunian para conferenciar con anticipacion las proposiciones que se habian de hacer en la asamblea. Estas sociedades continuaron en París despues que la asamblea se trasladó á Versalles: los diputados que las compusieron solos al principio, permitieron despues la entrada á toda la multitud de intrigantes que aspiraban á darse á conocer. La faccion de los *Jacobinos*, que tomó este nombre por el sitio de su reunion, absorvió paulatinamente todas las demas. Tanto por el número, el entusiasmo y talento de algunos de sus individuos, como por la reunion de los demas clubs que á su ejemplo se formaban en las provincias, vino á ser la sociedad madre, y tal su poder, que impuso á la misma asamblea leyes que no se atrevia á desechar. De esto provino el entorpecimiento que desacreditó á la asamblea lejislativa, á la cual hicieron espectadora de asesinatos que duraron tres dias contra los traidores de Orleans, á quienes habian tomado bajo su proteccion; y últimamente, fueron infinitas las atrocidades que por todas partes se cometieron de órden de los jacobinos, conocidas con los nombres de *ahogamientos, fusilamientos,* ó *metralladas*, que espresaban las clases de muerte que hicieron sufrir á una multitud de desgraciados; pues la guillotina, cuyo instrumento fué inventado para abreviar los suplicios, no era bastante para saciar la ira de unos hombres tan sedientos de sangre.

Entre ellos se distinguieron los *sans-culottes* (*descamisados*) que eran la hez del populacho, que se honraba con los andrajos de su miseria y con tan despreciable nombre, como habian hecho los holandeses con el de *gueux* ó *mendigos* en el principio de su revolucion: estos se adornaron la cabeza con un gorro oscuro, y los *sans-culottes* lo hicieron con un gorro encarnado, que fué la señal decisiva de los patriotas mas ecsaltados, y era muy peligroso no levantar esta que ellos nombraban señal de patriotismo; como

tambien el no imitar el asqueroso traje, y el lenguaje grosero de aquellos frenéticos. En los estragos que hicieron, y que se conservarán en la memoria de sus furores por mucho tiempo, se conocerá el aborrecimimiento que tenian á todo cuanto estaba fuera de sus conocimientos. Los depósitos de las ciencias y artes, los monumentos de magnificencia y gusto, instituidos por el respeto relijioso y el amor filial; nada perdonaron. Las tropas de ignorantes fanáticos, con el hacha de hierro y la llama en la mano, se repartieron por todo el reino, derribaron, abrasaron y destruyeron todo cuanto se les figuró que era capaz de representar las insignias de la nobleza y del clero que querian aniquilar. Aunque la capital haya podido subsanar estas pérdidas con las inmensas riquezas de los paises conquistados que han llevado á ella, las provincias llorarán siempre el despojo de aquellas grandes obras que adornaban sus paseos, plazas, templos y aun sus mismas casas.

Todos estos desastres se practicaron á la vista, y mientras duró el entorpecimiento de la asamblea lejislativa. Por medio de esta hacian los jacobinos pedir al rey la sancion de las penas que imponian á los emigrados y á los eclesiásticos, á quienes llamaban refractarios porque se habian negado á prestar un juramento que repugnaba á sus conciencias.

El rey daba á entender que todo aquello escedia de los límites de la ley, á la cual deseaba ceñirse; pero obstinados los jacobinos en arrancar por la fuerza lo que de otro modo no podian conseguir, se reunieron á la municipalidad de París que los protejia, y juntos con los mas revoltosos de los arrabales y populacho, con el cual se mezclaron tambien á aquellas mujeres que eran el desecho de los mercados y del libertinaje, se armaron todos de guadañas, hachas y tridentes: esta numerosa gavilla conducia doce cañones, y el dia 21 de junio (1792) se dirijieron con gritería hácia las Tullerías. Aunque esto no se habia previsto, mandó el rey que les abriesen las puertas, y le pidieron con bastante osadía cierta sancion que el monarca les negó con mucha afabilidad, haciéndoles ver con bondad y dulzura las razones que tenia para ello. Aquellos furiosos se aplacaron enteramente, porque el el rey tuvo la política de aceptar

el gorro encarnado que le presentaron; de modo, que los que llevaban intenciones hostiles, se volvieron sosegados y casi arrepentidos.

Si acaso llevaban los directores ó instigadores el proyecto de arrastrar al rey á alguna violencia, de la cual podrian despues formarle un cargo criminal, los burló este suceso; pero no tardaron en buscarse el completo logro de sus inicuas ideas. Discurriendo que el haberse malogrado aquella empresa consistió en no haber colocado á la cabeza del populacho unas tropas regladas que animasen á aquella gavilla ignorante, y que sufriese el fuego si se llegaba á tal estremo, corrijieron este defecto en otra espedicion que acordaron para el 10 de agosto, dia fatal, que debia decidir de la ruina del trono, y por consiguiente de la vida del soberano.

Ataque de las Tullerias.— Hácia el Mediodia de la Francia se habian reunido cuadrillas de individuos acostumbrados á los robos y asesinatos, y que al mismo tiempo eran soldados atrevidos, con el nombre de marselleses, á quienes llamaron á París para formar la vanguardia en el ataque que habian meditado contra el palacio de las Tullerias; pero la corte, instruida del proyecto, se previno con varias, compañías de suizos, cuyas filas se aumentaron considerablemente con militares nobles, y otros que tambien acudieron para aquel momento decisivo.

El rey bajó á las cinco de la mañana, pasó revista á los suizos, y señaló los puntos ó puestos que debian ocupar. La infantería y caballería de la guardia nacional formaba en la plaza y sus avenidas, dudosa del partido que deberia adoptar, aunque tambien se dice que el mayor número se inclinaba hácia el rey. No puede dudarse que á haber sabido que aquella multitud se habia de volver contra el palacio, hubiera sido temeridad intentar resistirla, y asi lo hicieron presente al rey; pero este, creyéndola fiel, y no teniendo tiempo para investigar mejor el estado de los ánimos, se retiró á la asamblea.

Como si la presencia del rey hubiera sido un dique para el furor del pueblo, apenas se retiró el monarca cuando principió el fuego de cañon y fusileria; pero de un modo desigual para los desdichados suizos, los cuales hallándose sin órdenes ni jefes, se retiraron á las es-

tancias del palacio, adonde los persiguieron encarnizadamente, hasta que les fué forzoso huir arrojando las armas; y por mas que imploraban gracia fueron asesinados con inhumanidad por un populacho feroz, que se repartió y llevó en triunfo los miembros palpitantes de aquellos desgraciados.

PRISION DE LA FAMILIA REAL.— El rey y su familia acudieron inmediatamente á la asamblea, la cual guardó silencio por algun tiempo; mas despues los hicieron retirarse para deliberar. El mismo dia se dió aquel infame decreto, cuyos dos primeros artículos se concibieron en los términos siguientes: «Primero: Se convida al pueblo francés para que forme una convencion nacional. Segundo: El jefe del poder ejecutivo queda provisionalmente suspenso de sus funciones, hasta que la convencion nacional haya determinado las medidas que crea debe adoptar para la soberanía del pueblo, y el reinado de la libertad y de la igualdad.» Comprendia tambien el decreto algunas leyes de policía para el réjimen que debia observar el gobierno mientras durase la suspension de la autoridad real. Tambien establecia que el rey y su familia habian de habitar el palacio de Luxemburgo; pero habiendo manifestado la municipalidad, encargada de su custodia, que las salidas de este palacio eran muchas para que ella las pudiese guardar y responder de un depósito de tan grande importancia, encerraron á la real familia en las torres del Temple.

CONVENCION FRANCESA.--(1792) Desde este momento fueron tantos los sucesos, y se multiplicaron tan rápidamente, que apenas se puede hacer de ellos una mediana relacion. La convencion, decretada el 10 de agosto, estaba ya en su ejercicio el 21 de setiembre. En la primera sesion que celebró abolió la monarquia, y proclamó la república. El 6 de diciembre decretó que se formase proceso al rey, el cual fué conducido á la barra el dia 11: ignoraba los cargos que se le iban á hacer, y sin embargo satisfizo á todos ellos con mucha claridad y discernimiento, y mas que todo con la mayor serenidad y sosiego. El 26 del propio mes, despues de haber oido la defensa que pronunció su abogado, la mayor parte de los miembros de la convencion dió muestras de inclinarse á la sus-

pension de la causa, y decretar que era bastante el tomar medidas de precaucion, hasta que toda la nacion manifestase sus intenciones sobre la suerte de Luis; pero los jacobinos mas atrevidos se arrojaron sobre el tribunal con amenazas y aun con violencias, hasta que consiguieron un decreto para que con suspension de todos los otros negocios, se continuase la causa hasta su terminacion difinitiva.

El dia 20 de enero de 1793 fué condenado á muerte Luis XVI por una muy pequeña mayoría de votos; y aunque por medio de sus letrados interpuso apelacion al pueblo, la declaró nula la convencion, mandando ejecutar la sentencia.

Muerte de luis xvi.—El 21, dia fatal, despues de un sueño que parecia no haberle turbado ni dado inquietud, el rey, á quien habian notificado su sentencia la víspera, se levantó á las seis de la mañana, oyó misa, comulgó, encargó á su ayuda de cámara su última despedida para su esposa y familia, y con señales de una calma envidiable, ocupándose solo en sus oraciones, anduvo todo el camino desde su prision hasta el cadalso, al que subió á la vista de inmensa concurrencia, rodeado de una guardia formidable, que se habia destinado para contener cualesquiera movimientos que se pudieran hacer en su favor. Colocado en el tablado, se adelantó á una estremidad de él para hablar; pero un redoble de tambores impidió que le oyesen. Entonces se volvió y se entregó á sus verdugos: cayó su cabeza, y todo aquel numeroso jentío se dispersó con un silencio estraordinario.

Tenia Luis XVI treinta y ocho años de edad, y su reinado duró dieziocho. Creemos que la posteridad no le juzgará por el testimonio de los escritos que abortan las facciones en los tiempos tumultuosos, ni confirmará los nombres odiosos que le han prodigado tales escritos. Era de un carácter bondadoso y humano; deseaba y procuraba con sinceridad la felicidad de su reino. Fué muy buen esposo, padre amable, y escelente amo: poseía bastantes conocimientos, y era amante de la lectura. En él finalizó la tercera dinastía de los reyes de Francia (la de los Capetos) y la monarquía, que hasta entonces habia durado muy cerca de once siglos.

Republica. — Apenas se ejecutó la fatal sentencia, cuando la Inglaterra y las provincias uni-

das declararon la guerra á la Francia. Dumourier, uno de sus jenerales, tomó á Breda y Jertruidemburgo, y despues dirijió sus miras contra Amsterdan, mas le rechazó el príncipe Federico de Brunswich, el cual hizo tambien levantar el sitio puesto á Maestrich por el jeneral Miranda. Estas victorias y las del Austria en las batallas de Eirlemont y Neervinden despertaron al gobierno francés, el cual receloso de Dumourier autorizó á una comision compuesta del ministro de la guerra Bournonville, y de Camus, Blancal, Lamarque y Quinette, para arrestar á todos los jenerales y oficiales de cuya fidelidad se dudase.

No habiendo logrado Dumourier ganar á esta comision, hizo prender á sus individuos y los envió á Tournay en rehenes por la familia real, que seguia presa; mas el ejército, que llegó á conocer las miras de su jeneral, le abandonó, y este tuvo que recurrir á la fuga para salvarse del furor de los franceses. Continuando el Austria sus victorias, la guarnicion de Condé se rindió al príncipe de Coburgo, y Valenciennes al duque de York: no tuvo igual resultado el sitio de Dunkerque, hecho levantar por el jeneral Honchard, al cual mandó decapitar la convencion por no haber hecho prisionera la mayor parte del ejército del duque de York.

En junio y julio se sublevaron las provincias meridionales, formándose otra liga con el nombre de *republicanismo confederado* en las ciudades de Marsella, Leon y Tolon. Pasó allá un ejército para calmarla; Leon resistió, Marsella cedió y Tolon se rindió al almirante inglés lord Hood (que cruzaba el Mediterráneo), con la condicion de que contribuyese á restaurar la constitucion de 1789. A Custine, comandante del ejército del Norte, le hicieron decapitar por sospechas de tener relaciones con los prusianos.

Muerte de la reina. — No satisfechos aun los revolucionarios con haber derribado en un patíbulo la cabeza de Luis XVI, hicieron comparecer á la reina María Antonieta el 15 de octubre ante el tribunal revolucionario, el cual la declaró culpada: en su virtud fué conducida al cadalso en la mañana del dia 16, y sufrió la ejecucion en el mismo sitio que su esposo y con igual serenidad.

Tiembla la pluma al describir los demas asesinatos y muer-

tes de este año. El 30 del mismo mes fueron guillotinados el famoso Brisot y veinte mas de la convencion. El 6 de noviembre sufrió igual suerte el duque de Orleáns, acusado de ambicion ó de aspirar á la soberanía. Abandonada Tolon por los ingleses, entraron los republicanos en la plaza el 19 de diciembre, y fueron inumerables las víctimas sacrificadas al furor de los vencedores. Ocioso es referir la fama que en la toma de esta plaza se adquirió Bonaparte, que entonces era comandante de batallon y de artillería.

Robespierre. — El año 1794 no cedió al anterior en desastres y sacrificios, pues la faccion de los hebertistas quedó destruida á últimos de marzo, cuando el sanguinario Robespierre empezó á usurpar su poder de tal modo, que llegó á haber ocho mil presos en las cárceles de París, y las personas decapitadas fueron inumerables, pues las conducian á centenares al patíbulo. De resultas de esto Tallien, Legendre y otros de la convencion depusieron á Robespierre, y le decapitaron con todos sus partidarios el 28 de julio.

Triunfos de los ejércitos republicanos. — Muchas fueron las victorias que en 1794 consiguieron los ejércitos de la república, pues el jeneral Jourdan ganó en Flandes la batalla de Fleurus: se le rindieron las plazas de Charleroy, Iprés, Brujas, Courtray y Ostende; el jeneral Clairfait fué derrotado, y puesto en fuga el príncipe de Coburgo; fueron tomadas las plazas de Bruselas, Amberes, Landrecy Quesnoa, Valenciennes, Condé y otras muchas.

Como las victorias se sucedieron unas á otras, los franceses, aprovechándose de los hielos, cruzaron á pie los rios Mosa y Vaal en número de setenta mil hombres, mandados por el jeneral Pichegrú, el cual apenas se movió sobre Waalmoden, situada entre Nimega y Arnheim, cuando todo cedió á la república; y rendida Utrecht el 16 de enero de 1795, Rotterdam el 18 y Dort el 19, entró Pichegrú en Amsterdan: á la sumision de la capital siguió la de todas las provincias unidas. Se convocó allí una asamblea de representantes, y se formó un gobierno muy parecido al francés.

Antes de la muerte de Robespierre, que puso fin al réjimen del terror, la convencion abolió las academias, las sociedades científicas y el culto cató-

lico, remplazándole con el que llamó *de la razon*: y para hacer desaparecer hasta los últimos vestijios del feudalismo, habia decretado la demolicion de todos los castillos y torres guarnecidos de almenas. Poco despues puso los monumentos públicos al cuidado de las autoridades locales, y esto fué causa de la destruccion de tantas obras maestras de arquitectura romana y gótica.

Dimision del jeneral Bonaparte.— Bien sabido es que los marselleses denunciaron á la convencion á Napoleon, nombrado en este año jeneral de artillería, porque quiso reparar los fuertes de San Juan y de San Nicolás, demolidos al principio de la revolucion, y que Bonaparte quedó libre por haber conocido la Francia que necesitaba de él en la campaña de Italia, donde obtuvo ventajas debidas á su habilidad, tal como la toma de Saorgio; pero disgustado porque en vez de premiarle le mandaron pasar al ejército de la Vandeé, renunció su comision y se admitió la renuncia.

La Prusia, que se habia reunido á la coalicion, y la España, que por defender al rey se habia empeñado en una guerra desgraciada, firmaron la paz con Francia en Basilea, la primera en 5 de abril (1795) y la segunda en 22 de julio.

Poco antes habia muerto de calentura el hijo del desgraciado Luis XVI en la prision del Temple, adonde habia sido conducido. Su hermana la princesa, que estaba en dicha prision, logró ser canjeada por los comisionados que Dumourier habia entregado al Austria, y por los dos embajadores Semonville y Maret, cojidos en territorio neutral.

Formada en este año por el gobierno británico una espedicion de los emigrados franceses, desembarcaron en Quiberon para reunirse á los insurjentes de la Vandeé; mas despues de varios encuentros fueron derrotados, y sus jefes fusilados.

Sitiando la plaza de Metz el ejército francés de Alemania, fué batido por los austriacos, precisado á repasar el Rhin y á hacer una suspension de armas por tres meses.

Bonaparte es nombrado jeneral del ejercito de Italia.— Desde el desastre de Robespierre y de la caida de los jacobinos, habia sido dirijida la convencion por partidos muy débiles; y como su objeto era establecer una constitucion, admitió en

21 de junio de 1795 la del año tercero, y publicó leyes adicionales, que, desechadas por las cuarenta y ocho secciones de París, produjeron la mayor fermentacion en los ánimos; la guardia nacional, compuesta de cuarenta mil hombres (muchos de ellos contrarevolucionarios) trató de resistir al gobierno, especialmente desde que este habia resuelto su disolucion. Nombrado Bonaparte para sacar á la convencion de este apuro, sosegó el tumulto y restableció el poder y la tranquilidad con la muerte de solos doscientos ó trescientos hombres. La importancia de estos servicios hizo que le nombrasen jefe del ejército del interior, y despues del de Italia.

Napoleon desplegó su jenio guerrero en la campaña de 1796, terminando en menos de un mes la guerra contra el rey de Cerdeña, el cual por las batallas que perdió de Millésimo, Dego, Mondovi, Montelermo y Monte-Notte, se vió precisado á admitir las condiciones que le quiso imponer el conquistador, siendo una de ellas la cesion de Saboya y Niza á la Francia.

Derrota de los austriacos.— Victorioso Bonaparte, derrotó en la batalla del puente de Lodi al jeneral austriaco Beaulieu, persiguió sus restos con parte de su ejército, y con la otra se adelantó hácia Milan, donde entró el 15 de mayo, quedando asi dueño de toda la Lombardía.

Terminado el armisticio del Rhin en 31 del mismo mes, el jeneral Jourdan se dirijió á lo interior del imperio, mientras que Moreau pasaba el Rhin por Strasburgo. Habiendo renovado ambos ejércitos las hostilidades, logró Moreau la victoria; pero tuvo que retirarse, en lo cual manifestó sus talentos militares.

El ejército imperial de ochenta mil hombres al mando del jeneral Wurmser consiguió al principio algunas ventajas, mas vuelto en si Napoleon batió al jeneral austriaco con tal denuedo en los combates de Salo, Lonato y Castiglions, que le obligó á retirarse al Tirol con cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres desordenados, únicos restos de aquel ejército tan formidable.

Reforzado Wurmser con veinte mil reclutas, trató de socorrer á Mántua bloqueada por Napoleon; mas este se adelantó al encuentro del enemigo, ganó las victorias de Roveredo, Basano y San Gregorio, se apoderó de Trento, y encerró á Wurmser

en Mántua, quedando de este modo Napoleon dueño de cuantos pasos conducian á Viena.

Fundacion de la república cisalpina.—Preocupado el emperador de Austria con las victorias que habia obtenido en Alemania, creyó lograr lo mismo enviando á Italia un numeroso ejército al mando del mariscal Alvinzi, con órden de socorrer á Mántua; pero derrotado Alvinzi en las batallas de Brento, Caldiero, Arcola y Rívoli, se entregó Mántua con veinte mil hombres á Napoleon, y este fundó entonces en Italia la república *cispadana* ó *cisalpina*, á la cual se agregaron algunos estados del papa, segun el armisticio de 23 de junio.

Aunque el archiduque Cárlos tenia á sus órdenes cincuenta mil hombres y esperaba que le llegase un refuerzo de cuarenta mil, Napoleon se atrevió á chocar con este jeneral, y le venció de tal modo en las batallas de Tagliamento y Saint-Michel, que cedió el campo y franqueó la entrada en Alemania á Napoleon, con el cual firmó el emperador por el inminente riesgo que le amenazaba, un armisticio en el mes de abril, y á continuacion los preliminares de la paz.

Paz de campoformio. — Los franceses, aprovechándose del gran tumulto ocurrido en Venecia con motivo de las mudanzas hechas por ellos, aboliendo el gobierno antiguo, y plantando el árbol de la libertad en la plaza de San Márcos, trataron de agregar este estado á la república cisalpina, cuando prevaleció el tratado de paz, hecho en Campoformio á 17 de octubre de 1797. Segun este, el emperador cedia á la Francia los Paises Bajos y demas dominios de Italia, recibiendo en cambio á Venecia, sus islas, y Dalmacia.

Directorio.—Casi al mismo tiempo ocurrieron en París nuevos disturbios entre los cinco miembros del directorio y el partido de la oposicion, al cual seguian Carnot, Bartelemi y la mayor parte del consejo de los *quinientos*; pero Barrás, Rewbel y la Reveillere permanecieron firmes en su opinion ayudados de las tropas.

Barrás y sus dos compañeros mandaron tener encendidas las mechas de los cañones á las tres de la mañana del 4 de setiembre (18 fructidor), y rodear con tropas el consejo. Quizas no hubieran cumplido las tropas las órdenes del directorio, á no haber llegado entonces el jeneral Augereau, enviado por Napoleon

para defender al directorio. Nombrado Augereau comandante de la decimasétima division militar, atrajo á su partido la guardía persuadiéndola que intentaba librar á la república de los realistas; entró en la sala y prendió al presidente Pichegrú, y diezioche de sus compañeros enviándolos á un encierro; disolvió la cámara y citó para otro tiempo y lugar á los representantes. Carnot se fugó; pero Bartelemí, Pichegrú, ciento cincuenta diputados del consistorio de los ancianos, y los mas de los redactores ó periodistas, fueron condenados á deportacion por la ley de 19 fructidor, y conducidos á la Cayena: se anularon las elecciones de muchos departamentos, y en lugar de Carnot y Bartelemí fueron nombrados directores Merlin de Duai y Francisco Neufchateau.

Este suceso aumentó la fuerza del directorio ó de Barrás, el cual trató de proporcionar ocasion de enriquecerse á los ejércitos de la república para asegurar su afecto.

Muerto el jeneral Duphaut en un motin de Roma, quitaron los franceses el gobierno de aquella ciudad, y deponiendo al papa establecieron una república.

Espedicion a Ejipto.—Es famoso el congreso que los representantes de los estados de Alemania celebraron á principios del año de 1798 en Ramstadt para establecer una paz sólida, sirviendo de fundamento el tratado de Campoformio. Despues preparó la Francia una armada para conquistar el Ejipto, atravesar el Mediterráneo, y embarcando allí sus tropas destruir el imperio de la Gran Bretaña en el Oriente. Fióse la empresa á Bonaparte y se embarcó con cuarenta mil hombres en Tolon el dia 31 de mayo de dicho año. El 11 de junio se apoderó esta armada de la isla de Malta por capitulacion, dejó allí cuatro mil hombres de guarnicion, y el 21 del mismo mes se embarcó para Alejandría, adonde llegó el 1.° de julio sin que la pudiese sorprender la escuadra del almirante Nelson que la seguia. Al principio fué Bonaparte feliz en su empresa, pues logró tomar por asalto aquella ciudad, y dirijiéndose al Cairo derrotó á Muratbey, que mandaba un gran cuerpo de mamelucos, y ganó la batalla de las *pirámides*, donde venció á veintitres reyes. Pero fué muy sensible para Bonaparte

la destruccion de su escuadra por el almirante Nelson; y conociendo que no podia ganar terreno, buscó medio para dejar el Ejipto con honor, quedando entretanto el ejército á las órdenes del jeneral Kleber.

La celebrada espedicion de Ejipto se deshizo como el humo: solo cuatro buques quedaron de la escuadra francesa; y las tropas, despues de una decorosa capitulacion, abandonaron aquel pais, embarcándose para Francia el 15 de octubre de 1801. Igual suerte esperimentó la guarnicion francesa de Malta, bloqueada estrechamente por los ingleses, que se apoderaron de ella. No tuvo mejor écsito la escuadra destinada contra Irlanda, pues los nueve buques de que se componia, cayeron en manos de los ingleses. Mas completo fué aun el triunfo, de las armas británicas en la India, porque inutilizados los esfuerzos del valiente jeneral francés Raymond, por su crítica muerte, vencido Tippo-Saib y sepultado entre las ruinas de su capital, todo cedió al poder de los ingleses, que se hicieron dueños de las escasas posesiones que quedaban á la Francia en aquellos paises.

Nueva declaracion de guerra de las potencias aliadas contra los franceses. — Los turcos reclamaron contra la Francia la infraccion de los tratados por el ataque de Ejipto, y unidos con Rusia é Inglaterra, declararon la guerra á los franceses. Se esperaba que el Austria se mezclaria tambien, cuando el directorio mandó al jeneral Jourdan cruzar el Rhin y obligar á la dieta de Ratisbona á detener la marcha de los rusos.

Las órdenes se cumplieron á principios de marzo de 1799, casi al mismo tiempo que Bernardote habia pasado el Rhin y puesto sitio á Filippeburgo, cuando ya Ney tenia sitiado á Manheim.

El Austria, segura del apoyo de la Rusia, mandó que el archiduque Cárlos pasára el Leck con su ejército y persiguiera á los franceses, los cuales habiendo derrotado al principio á los austriacos, en Schaffousa, camino de Suavia, hicieron muchos progresos en Italia; y ocupada la Toscana obligaron al rey de Cerdeña á retirarse á su isla dejando el Piamonte, y al de Nápoles á refujiarse en Sicilia, hasta que los franceses empezaron á esperimentar algunos reveses. El 25 de marzo derrotaron los austriacos cerca de Stockach al je-

neral Jourdan, el cual hubo de retirarse desordenadamente. Otras dos victorias consiguió el jeneral austriaco Kray en los dias 26 y 30 del mismo mes.

El mariscal Suvarow llegó el 14 de abril con la primera columna de tropas rusas, y así se aumentó la esperanza de los aliados, porque el 24, pasado el Oglio, batieron á los franceses, y cruzando el Adda Suvarow destruyó á Moreau en Casano, y el jeneral Serrurier tuvo que entregarse con tres mil hombres, así como Milan se sometió al vencedor. Peschiera capituló en 6 de mayo, y Pizzighetone el 10. Los austriacos entraron el 12 en Bolonia haciendo mil trescientos prisioneros, y el 23 tomaron á Ferrara. Igual desgracia persiguió á los franceses en el Piamonte por mas que se esforzaron Moreau, Macdonald y Joubert. Turin fué entregada el 27 de mayo, Mántua y Alejandría el 30 de julio. El 25 de agosto se dió la sangrienta batalla de Novi, en que los franceses perdieron mas de diez mil hombres, y los aliados, aunque vencedores, sufrieron tambien pérdidas considerables. De resultas de estos acontecimientos los franceses abandonaron la Italia, escepto Jénova y parte de su territorio. El jeneral Masena, á pesar de haber conseguido algunas ventajas en la Suiza, tuvo que retirarse y ceder el terreno al jeneral austriaco Hotze. Habiendo sabido el directorio de Francia que Suvarow marchaba á la Suiza para invadir la Francia por aquella parte, reforzó el ejército de la frontera, y Masena dió entonces á conocer sus talentos; pues para impedir la reunion de los rusos con los austriacos, atacó á estos últimos, los venció en varios choques é hizo muchos miles de prisioneros, habiendo muerto en una de las acciones el valiente jeneral Hotze. Derrotados los austriacos, se frustraron los planes del jeneral ruso, el cual para salvarse con su tropa hubo de retirarse á Alemania, sufriendo muchos trabajos en el tránsito.

Por esta época volvió Bonaparte de Ejipto, y viendo tan decaido el influjo del directorio por las desgracias ocurridas á la república, conoció cuán fácil le seria mudar el gobierno, y satisfacer sus miras ambiciosas.

Reunido el consejo de los *ancianos* el 10 de noviembre, decretó la traslacion del cuerpo lejislativo á Saint-Cloud, nombrando para ejecutar dicho de-

creto á Bonaparte, comandante de la decimasétima division militar. Apoyado este en la opinion pública, protejido por los demas jefes, atraidas á su favor todas las guardias, asi como Sieyes y Rojer-Ducos, renunciaron todos los directores, y Napoleon quedó único depositario del poder ejecutivo.

ESTINCION DEL DIRECTORIO Y FORMACION DEL CONSULADO. — Presentándose, pues, en Saint Cloud, entró Napoleon en la sala de los *quinientos* cuando intentaban obligar al presidente Luciano Bonaparte á que pusiera á votacion la proscricion de su hermano. Al ver entrar á Napoleon, se levantaron contra él doscientos ó trescientos diputados gritando: *muera el tirano, afuera el dictador*. Napoleon pudo retirarse protejido por sus granaderos, los cuales recibieron los puñales asestados contra él. Mas luego arengó á sus tropas, envió una compañía para salvar al presidente, y mandó á Murat que despejase el congreso; pero recibido con escarnio, se encargó la ejecucion al coronel Moulins, el cual formó su rejimiento en columnas cerradas, y á bayoneta calada dispersó al instante á todos los diputados, escepto unos ciento que se habian retirado con Luciano á la secretaría. Estos pasaron en seguida á participar al consejo de los *ancianos* la causa que hubo para disolver el congreso de los *quinientos*. Reunidos ambos consejos por la noche en otra sesion presidida por Luciano, decretaron la estincion del directorio y creacion del gobierno consular, nombrando provisionalmente tres cónsules, á saber: Napoleon, Sieyes, y Roger-Ducos: y se separaron los diputados citando á sesion para el 20 de febrero. Asi un solo hombre, con poca fuerza, trastornó la representacion nacional, y varió la forma de gobierno. La Vandée se pacificó entonces y se sujetó al gobierno consular por conocer que serian ya inútiles cuantas tentativas pudiesen hacer en favor de la dinastía destronada. Finalmente, el 24 de diciembre se publicó la constitucion del año 8, sin mas diferencia que la de nombrar cónsules á Cambáceres y Le-Brun, en lugar de Sieyes y de Roger-Ducos.

CAPITULO V.

Sitio de Jénova por el jeneral Melas.—Paso de los Alpes por el ejército francés. — Batalla de Marengo. — Paz de Amiens. — Vuelven á emprenderse las hostilidades. — Conspiracion contra el primer cónsul. — Napoleon proclamado emperador de los franceses. — Paz de Tilsit. — Guerra de España.—Campaña de Rusia. — Otra conspiracion contra Bonaparte.— Desgraciada retirada del ejército francés en Rusia. — Los ejércitos aliados invaden la Francia. — Napoleon depuesto del Trono, y confinado á la isla de Elba. —Luis XVIII, rey de Francia. — Napoleon huye de la isla de Elba.— Reinado de los cien dias. — Batalla de Waterloo. — Deposicion definitiva de Napoleon.

Sitio de Jenova por el jeneral Melas.—(1800) No habiendo tenido efecto las negociaciones entabladas por Napoleon con el Austria y la Inglaterra para establecer la paz, continuaron las hostilidades. El ejército francés mandado por Masena, que se hallaba aislado en el territorio de Jénova, fué atacado el 6 de abril por el jeneral Melas; y obligado á retirarse de Sabona y Vado, hubo de encerrarse dentro de los muros de Jénova, con los diez mil soldados que le quedaban. El jeneral Melas sitió la plaza; pero no pudo tomarla hasta que pereció de hambre y fuego la tercera parte de sus habitantes, se agotaron todos los recursos y provisiones, y el ejército francés quedó reducido á ocho mil soldados.

Paso de los Alpes por el ejercito frances.—Estaba reservado á Bonaparte el entrar en Italia por un camino inaccesible hasta entonces, pues con un cuerpo de tropas que reunió en Dijon, atravesó los Alpes el 6 de mayo por las escarpadas montañas de san Bernardo, y se presentó en la falda opuesta con la artilleria, bagajes y todo su

ejército. Inmediatamente principió las operaciones y con la mayor rapidez se apoderó de Milan, Pavía, Plasencia, Cremona y todo el curso del Pó. El jeneral Melas que creia imposible que un ejército pasase por sitio tan escabroso, se habia descuidado en guardarle; pero previendo, aunque tarde, el mal que le amenazaba, envió al Piamonte al jeneral Otto con treinta batallones, á los cuales derrotó Napoleon en Casteggio matándoles tres mil hombres y haciendo seis mil prisioneros.

Batalla de Marengo.—Reuniendo despues todas sus fuerzas Napoleon, como lo hizo el jeneral austriaco, tomó posiciones junto á Marengo, donde el 14 de junio tuvo lugar la famosa accion que tomó el nombre de aquel pueblo, en la cual sacrificando su vida el valiente Dessaix, que se arrojó impetuosamente sobre el enemigo, ganó Napoleon la mas gloriosa de sus batallas: perecieron en ella quince mil austriacos: y aunque no perdieron menos hombres los franceses, obtuvieron las mayores ventajas, porque al dia siguiente hizo Melas un armisticio con Bonaparte, y puso en su poder á Jénova y demas plazas fuertes de la Lombardía y Piamonte.

Igual fortuna tuvo en Alemania el ejército francés que en tres divisiones habia cruzado el Rhin por Kel, Brisac y Basilea, pues los austriacos tuvieron que retirarse á la línea de Stockach, donde se dió la batalla de 4 de mayo tan gloriosa como decisiva para la república.

Siguiendo en Alemania el armisticio de Italia, trató el jeneral austriaco de contener los progresos del jeneral Moreau: mas este despreciando las propuestas, destacó á Lecurbe hácia el Tirol para ponerse en comunicacion con Napoleon.

Aunque el conde de San Julian llegó á París con plenos poderes del emperador para hacer la paz, y de la cual fue preliminar el armisticio, no llegó á verificarse, porque la Inglaterra, aliada de Alemania, se negó á acceder al armisticio naval propuesto por Bonaparte sin que este renunciase socorrer al ejército de Ejipto y abaster la flota de Brest. Asi se malogró la negociacion y rompió el armisticio hecho con Napoleon, para cuya seguridad habia cedido el emperador las fortalezas de Ulma, Ingolstad y Filippeburgo.

El jeneral Moreau venció á

principios de diciembre á los austriacos en la batalla decisiva de Hohenliaden, poniéndoles fuera de combate veinticinco mil hombres, y tomándoles diez mil prisioneros con ochenta piezas de artillería. No mucho despues perdió en otra accion el archiduque Cárlos ocho mil hombres, y el resultado de todo fué el armisticio firmado en 27 de dicho mes de diciembre, y la paz de Luneville ajustada por el conde de Coblentz y por José Bonaparte en 3 de febrero de 1801. En este tratado se cedieron á la Francia las provincias Béljicas y todo el pais de la izquierda del Rhin; se ensancharon los límites de la república Cisalpina, y los duques de Toscana y de Módena tuvieron que renunciar sus ducados, y aceptar indemnizaciones en Alemania.

Dejándose arrebatar Napoleon de su ambicion, reunió en Bolonia (1801) y sus cercanias doscientos mil hombres, é hizo construir gran número de barcas planas para desembarcar en Inglaterra. Dos veces acometió Nelson á esta flotilla; pero una y otra se retiraron sin conseguir ventaja alguna. El jeneral Sahuguet mandó otra espedicion que salió para Ejipto con cinco mil quinientos hombres, aunque nada adelantó á pesar de que sus intentos se repitieron por tres veces, porque siempre se le opuso la escuadra inglesa. Napoleon hizo con el papa un concordato, y ofreció protejer á la Iglesia.

No hallándose satisfecha la ambicion de Bonaparte con el puesto de primer cónsul, se hizo nombrar el 21 de enero de 1802 presidente de la república Cisalpina.

PAZ DE AMIENS.—El 27 de mayo se firmó la paz de Amiens, por los plenipotenciarios de España, de Francia, de la república Bátava, y de la Inglaterra. Este tratado puso fin á la guerra de nueve años, y por él prometió la Gran Bretaña evacuar el Portoferrajo y todos los puertos del Mediterráneo y del Adriático; restituyó á la Francia y á sus aliados las posesiones y colonias conquistadas durante la guerra; y adquirió la isla de la Trinidad, y las posesiones holandesas de la isla de Ceilan: la república Bátava adquirió la soberanía del Cabo de Buena Esperanza: la Francia prometió evacuar el reino de Nápoles y los estados romanos, y restituir el Ejipto á la sublime Puerta; y se convino con Portugal á de-

marcar los límites de las Guayanas como antes de la guerra: la isla de Malta se restituyó á la órden de San Juan, cuyo gran maestre debia ser nombrado por los naturales que conservasen la lengua maltesa, quedando suprimidos los idiomas inglés y francés: esta isla debia ser evacuada por la Inglaterra en el término de tres meses, y quedar independiente bajo la garantia de las potencias contratantes, y de la Rusia, Austria y Prusia: por último, se estipularon indemnizaciones para la casa de Nassau; quedó reconocida la república de las Siete Islas, y se repartieron las pesquerias de Terranova como lo estaban antiguamente.

Ufano Napoleon con las ventajas de una paz tan favorable á la república, se hizo nombrar cónsul perpétuo; y para aparentar en esta eleccion popularidad, hizo recojer los votos de tres millones quinientos setenta y siete mil ochocientos ochenta y cinco ciudadanos, de los cuales solos doscientos nueve mil seiscientos veintiseis estuvieron negativos. Bonaparte señaló esta época con dos actos importantes, á saber: la amnistía á los emigrados, y el establecimiento de la Lejion de Honor.

Poco tiempo despues, se firmó la paz con la Puerta Otomana, en la cual los comerciantes franceses lograron se les asegurase la libre navegacion del mar Negro, permitiéndoles el paso por los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo.

Sin embargo de las ventajas de la paz casi jeneral recientemente firmada, el insaciable Napoleon habia impuesto nuevas leyes á la república Liguriana, cambiado en Italiana la Cisalpina, y para sostener su mediacion entre los suizos, acababa de enviar treinta mil hombres á aquel pais. Con el pretesto de enviar una espedicion contra la isla de Santo Domingo, que se habia sublevado el año anterior, armó buques en los puertos del Norte; pero en realidad, dichos preparativos se dirijian contra la Inglaterra. Esta potencia conoció al momento las intenciones de Napoleon, y rompió la paz en el mes de mayo (1803), tomando anticipadamente la ofensiva para no dar lugar al enemigo. El primer desastre que ocasionó este rompimiento á la Francia, fué la pérdida de Santo Domingo, porque los ingleses favorecieron á los negros de la isla, ya sublevados, y proclamaron su absoluta independencia.

Conspiracion contra el primer consul. —(1804) A principios de este año estuvo para estallar contra el gobierno consular, y en particular contra Bonaparte, una conspiracion fraguada en Inglaterra, para cuyo buen écsito no se dejó de derramar oro. Armáronse los emigrados realistas que residian en Lóndres: los autores principales de esta faccion eran en Francia Pichegrú y Georges, antes jefe de insurjentes en la Vandée, y tambien, segun muchos, el jeneral Moreau, que estaba retirado por no haber adulado al primer cónsul. La conspiracion fué descubierta, y los principales motores arrestados en medio de sus preparativos: á Pichegrú se encontró muerto en su cama, sin saberse el autor del homicidio. Georges y once cómplices fueron guillotinados; y á Moreau, condenado á dos años de encierro se le permitió marchar á América.

Por entonces, y á poca distancia de la frontera de Francia, arrestaron al duque de Enghien, que se habia acercado al teatro de la contrarevolucion para fomentarla: se le juzgó en una comision especial de guerra, se le condenó violentamente, y le fusilaron con igual celeridad.

Napoleon proclamado emperador de los franceses. —Vendido á Bonaparte el senado, espuso el peligro de la última conspiracion y la necesidad en que estaba de usurpar la dignidad imperial para asegurar de este modo su ecsistencia. Esto era lo que ansiaba aquel soldado tan ambicioso como afortunado, para el desenlace de su drama político, que habia sabido preparar con tanta destreza, perpetuándose el mando con títulos republicanos.

Sin embargo, antes de pasar adelante, quiso Napoleon saber el parecer de los principales gabinetes de Europa, y por medio de sus ajentes trató de esplorar cómo llevarian su ecsaltacion al trono. La Rusia, la Prusia y la Alemania, que por los derechos de la lejitimidad se hallaban interesadas en que fuese repuesto en el trono de Francia uno de los descendientes de Luis XVI, accedieron á las proposiciones de Bonaparte, tal vez porque concibieron esperanzas de engrandecerse ellas mismas, y consintieron que un usurpador se sentase en el trono de San Luis, con tal que se sustituyera al gobierno republicano un sistema monárquico. Asegurado, pues, Napoleon del beneplácito de las

marcar los límites de las Gua
yanas como antes de la guerr
la isla de Malta se restituyó á l
órden de San Juan, cuyo gra
maestre debia ser nombrad
por los naturales que conserva
sen la lengua maltesa, que
dando suprimidos los idioma
inglés y francés: esta isla debi
ser evacuada por la Inglaterr
en el término de tres meses,
quedar independiente bajo l
garantia de las potencias contra
tantes, y de la Rusia, Austri
y Prusia: por último, se esti
pularon indemnizaciones pa
la casa de Nassau; quedó rec
nocida la república de las Sie
Islas, y se repartieron las pe
querias de Terranova como
estaban antiguamente.

Ufano Napoleon con las ven
tajas de una paz tan favorable
la república, se hizo nombrar
cónsul perpétuo; y para apa-
rentar en esta eleccion popula-
ridad, hizo recojer los votos de
tres millones quinientos setenta
y siete mil ochocientos ochenta
y cinco ciudadanos, de los cua-
les solos doscientos nueve mil
seiscientos veintiseis estuvieron
negativos. Bonaparte señaló esta
época con dos actos importan-
tes, á saber: la amnistía á los
emigrados, y el establecimiento
de la Lejion de Honor.

...ada la gran batalla quedó al arbitrio ...l dictar la paz de ...ndiciones venta-

... febrero de 1808, ...cés mandado por ...lis se apoderó de ...es de varias dis- ...s tropas con las ...da por Napoleon ...uria de su reino ...refujió á Madrid, ...o se incorporó la ...rancia, y Roma ...ia. Napoleon lle- ...iembre á Erfurt, ...io para sus confe- ...i emperador Ale- ...los allí ambos em- ...estrecharon con ...istad, y en 12 de ...ron á Jorge III ... convidándole á ...l monarca in- ...á estas notas, y ...tado, Mr. Ca- ...s de los empe- ...f y Champag- ...arís.

...A.—En di- ...i estas nego- ...s aliados ha- ...s á los ple- ...les, á cuyo ...ado la In- ...oleon, en cuanto obtuvo el consentimiento de la Rusia para ejecutar sus planes contra España, volvió á París, é hizo saber al cuerpo lejislativo su prócsima salida para esta espedicion.

Resentido el emperador de Austria de los ultrajes recibidos de Napoleon cuando le desmembró de su imperio muchos dominios de Italia, Tirol y Austria Baja, y le ecsijió grandes subsidios, quiso aprovecharse de la guerra de España para recobrar estos estados, y asegurar su independencia; y puesto cada emperador al frente de sus ejércitos, emprendieron la lucha con la mayor resolucion; pero las victorias de Abensherg, Landeluit, Eskmuhl, Ratisbona, y sobre todas la de Wagran, ganada por Napoleon, obligaron al emperador de Austria á firmar en Viena á 16 de octubre (ó sea tres meses despues de comenzada la guerra), un tratado de paz con las mas duras condiciones.

En 1810 reunió el senado por su decreto de 17 de febrero todos los estados de S. S. al imperio francés. Y habiéndose propuesto Bonaparte privar del dominio temporal á los príncipes eclesiásticos, sin distincion, no pudo menos de opo... á que su tio el cardenal ...a-

marcar los límites de las Guayanas como antes de la guerra: la isla de Malta se restituyó á la órden de San Juan, cuyo gran maestre debia ser nombrado por los naturales que conservasen la lengua maltesa, quedando suprimidos los idiomas inglés y francés: esta isla debia ser evacuada por la Inglaterra en el término de tres meses, y quedar independiente bajo la garantia de las potencias contratantes, y de la Rusia, Austria y Prusia: por último, se estipularon indemnizaciones para la casa de Nassau; quedó reconocida la república de las Siete Islas, y se repartieron las pesquerias de Terranova como lo estaban antiguamente.

Ufano Napoleon con las ventajas de una paz tan favorable á la república, se hizo nombrar cónsul perpétuo; y para aparentar en esta eleccion popularidad, hizo recojer los votos de tres millones quinientos setenta y siete mil ochocientos ochenta y cinco ciudadanos, de los cuales solos doscientos nueve mil seiscientos veintiseis estuvieron negativos. Bonaparte señaló esta época con dos actos importantes, á saber: la amnistía á los emigrados, y el establecimiento de la Lejion de Honor.

Poco tiempo despues, se firmó la paz con la Puerta Otomana, en la cual los comerciantes franceses lograron se les asegurase la libre navegacion del mar Negro, permitiéndoles el paso por los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo.

Sin embargo de las ventajas de la paz casi jeneral recientemente firmada, el insaciable Napoleon habia impuesto nuevas leyes á la república Liguriana, cambiado en Italiana la Cisalpina, y para sostener su mediacion entre los suizos, acababa de enviar treinta mil hombres á aquel pais. Con el pretesto de enviar una espedicion contra la isla de Santo Domingo, que se habia sublevado el año anterior, armó buques en los puertos del Norte; pero en realidad, dichos preparativos se dirijian contra la Inglaterra. Esta potencia conoció al momento las intenciones de Napoleon, y rompió la paz en el mes de mayo (1803), tomando anticipadamente la ofensiva para no dar lugar al enemigo. El primer desastre que ocasionó este rompimiento á la Francia, fué la pérdida de Santo Domingo, porque los ingleses favorecieron á los negros de la isla, ya sublevados, y proclamaron su absoluta independencia.

Conspiracion contra el primer consul. — (1804) A principios de este año estuvo para estallar contra el gobierno consular, y en particular contra Bonaparte, una conspiracion fraguada en Inglaterra, para cuyo buen écsito no se dejó de derramar oro. Armáronse los emigrados realistas que residian en Lóndres: los autores principales de esta faccion eran en Francia Pichegrú y Georges, antes jefe de insurjentes en la Vandée, y tambien, segun muchos, el jeneral Moreau, que estaba retirado por no haber adulado al primer cónsul. La conspiracion fué descubierta, y los principales motores arrestados en medio de sus preparativos: á Pichegrú se encontró muerto en su cama, sin saberse el autor del homicidio. Georges y once cómplices fueron guillotinados; y á Moreau, condenado á dos años de encierro se le permitió marchar á América.

Por entonces, y á poca distancia de la frontera de Francia, arrestaron al duque de Enghien, que se habia acercado al teatro de la contrarevolucion para fomentarla: se le juzgó en una comision especial de guerra, se le condenó violentamente, y le fusilaron con igual celeridad.

Napoleon proclamado emperador de los franceses. — Vendido á Bonaparte el senado, espuso el peligro de la última conspiracion y la necesidad en que estaba de usurpar la dignidad imperial para asegurar de este modo su ecsistencia. Esto era lo que ansiaba aquel soldado tan ambicioso como afortunado, para el desenlace de su drama político, que habia sabido preparar con tanta destreza, perpetuándose el mando con títulos republicanos.

Sin embargo, antes de pasar adelante, quiso Napoleon saber el parecer de los principales gabinetes de Europa, y por medio de sus ajentes trató de esplorar cómo llevarian su ecsaltacion al trono. La Rusia, la Prusia y la Alemania, que por los derechos de la lejitimidad se hallaban interesadas en que fuese repuesto en el trono de Francia uno de los descendientes de Luis XVI, accedieron á las proposiciones de Bonaparte, tal vez porque concibieron esperanzas de engrandecerse ellas mismas, y consintieron que un usurpador se sentase en el trono de San Luis, con tal que se sustituyera al gobierno republicano un sistema monárquico. Asegurado, pues, Napoleon del beneplácito de las

principales potencias, quiso obtener el voto del pueblo, aunque vano y aparente, para lo cual hizo publicar un *senatus consulto*, proponiendo la creacion de la dignidad imperial hereditaria para Napoleon y sus descendientes naturales, lejítimos ó adoptivos. Todos los ciudadanos franceses fueron admitidos á votar, y del escrutinio resultaron mas de tres millones y medio de votos afirmativos, y solo dos mil quinientos cincuenta y ocho negativos. De consiguiente fué proclamado emperador de los franceses el 18 de mayo, y consagrado por el papa Pio VII, en la iglesia de nuestra Señora de París el 2 de diciembre del mismo año. A sus hermanos dieron el título de alteza imperial, á José el de grande elector, y á Luis el de condestable del imperio. Sus compañeros Cambáceres y Lebrun, que no se habian opuesto á su ambicion, merecieron ser condecorados con los títulos de archi-canciller y archi-tesorero del imperio.

En 1805 intentó Napoleon repetir el proyecto de invadir la Inglaterra: mas esta empresa se desvaneció con la derrota sufrida en Trafalgar por el almirante Villeneuve, con cuya escuadra se contaba para tamaño plan. En este año formaron la Rusia, Austria é Inglaterra una coalicion que disolvió Napoleon con la victoria de Austerlitz, orijen del tratado de Presburgo, que le fué muy favorable.

Las tropas rusas é inglesas evacuaron á Nápoles (1806), de cuyo estado fué proclamado rey José Bonaparte, y al mismo tiempo lo fué Luis en Holanda. Se formó en el Norte otra alianza contra Napoleon: salió este contra la Prusia, y dió la famosa batalla de Jena, con la cual se sujetó aquel reino. Napoleon persiguió á los rusos que iban á socorrer á la Prusia, los alcanzó en Pultusk y Golimuy, donde les dió una batalla de écsito dudoso. Los estados de Alemania, invadidos por Napoleon, se unieron á él, y en 1.° de agosto se abolió la constitucion Jermánica, estableciéndose la Confederacion del Rhin. Napoleon publicó en Berlin el ruidoso decreto que declaró las islas británicas en estado de bloqueo, base primera del sistema continental.

Paz de Tilsit. — (1807) Volvióse á abrir en este año la campaña: para entrar Bonaparte en Konisgberg dió la batalla de Eilo, que obligó á Benighen á retirarse sin emprender mas acciones, hasta que en junio llegó

Alejandro, y dada la gran batalla de Friedland, quedó al arbitrio de Bonaparte el dictar la paz de Tilsit con condiciones ventajosas.

El dia 1.° de febrero de 1808, un ejército francés mandado por el jeneral Miaulis se apoderó de Roma, y despues de varias disputas reunió sus tropas con las de S. S. Despojada por Napoleon la reina de Etruria de su reino y riquezas, se refujió á Madrid, y el 12 de mayo se incorporó la Toscana á la Francia, y Roma al reino de Italia. Napoleon llegó el 27 de setiembre á Erfurt, punto destinado para sus conferencias con el emperador Alejandro. Reunidos allí ambos emperadores, se estrecharon con vínculos de amistad, y en 12 de octubre escribieron á Jorge III de Inglaterra, convidándole á una paz sólida. El monarca inglés no contestó á estas notas, y su ministro de estado, Mr. Canning, escribió á los de los emperadores, Romanzof y Champagni, residentes en París.

Guerra de España.—En diciembre se cortaron estas negociaciones, porque los aliados habian escluido de ellas á los plenipotenciarios españoles, á cuyo favor se habia empeñado la Inglaterra; pero Napoleon, en cuanto obtuvo el consentimiento de la Rusia para ejecutar sus planes contra España, volvió á París, é hizo saber al cuerpo lejislativo su prócsima salida para esta espedicion.

Resentido el emperador de Austria de los ultrajes recibidos de Napoleon cuando le desmembró de su imperio muchos dominios de Italia, Tirol y Austria Baja, y le ecsijió grandes subsidios, quiso aprovecharse de la guerra de España para recobrar estos estados, y asegurar su independencia; y puesto cada emperador al frente de sus ejércitos, emprendieron la lucha con la mayor resolucion; pero las victorias de Abensberg, Landeluit, Eskmuhl, Ratisbona, y sobre todas la de Wagran, ganada por Napoleon, obligaron al emperador de Austria á firmar en Viena á 16 de octubre (ó sea tres meses despues de comenzada la guerra), un tratado de paz con las mas duras condiciones.

En 1810 reunió el senado por su decreto de 17 de febrero todos los estados de S. S. al imperio francés. Y habiéndose propuesto Bonaparte privar del dominio temporal á los príncipes eclesiásticos, sin distincion, no pudo menos de oponerse á que su tio el cardenal Fesch hereda-

se el gran ducado de Franfort, que el príncipe Cárlos, primado de la Confederacion del Rhin, le habia cedido para despues de su muerte.

Acaso fué esta la época de mas esplendor para Bonaparte, el cual para asegurar su fortuna trató de unirse con los mas estrechos vínculos á algun soberano poderoso de Europa que le sostuviese en cualquiera desgracia. Para desenvolver este plan, empezó divorciándose de su mujer Josefina Beauharnois, prévio su consentimiento, y la aprobacion de la familia imperial, á los cuales hizo creer necesitaba esta medida para dar un sucesor al trono de Francia. Ejecutado este primer acto con toda solemnidad, el príncipe Eujenio pidió formalmente al príncipe Esteremberg, embajador de Austria en París, la mano de la archiduquesa María Luisa, hija del emperador. Aceptada la proposicion, y firmado el contrato matrimonial, salió para Viena el príncipe Neufchatel á cumplir con las formalidades de estilo, y en su virtud se celebró en París la boda el 1.° de abril de 1810 con gran pompa y solemnidad.

Poco tiempo antes habia empezado Napoleon á desavenirse con su hermano Luis, rey de Holanda, el cual, para terminar la diferencia, pasó á París. Ya en 1.° de febrero habia enviado á Lóndres al negociante holandes Labouchere con proposiciones de paz, y para pedir á los ingleses que salvasen la Holanda de la incursion con que le amenazaba la Francia; mas con esta negociacion nada se adelantó. Y no pudiendo Luis obtener de su hermano los pactos decorosos que deseaba para el bien de su reino, abdicó en 1.° de julio la corona á favor de su hijo, esperando que mereceria mas condescendencia de parte de su tio, y estableció el consejo de rejencia, compuesto de la reina madre y de varios ministros; pero su cálculo le salió fallido, pues por decreto de 9 del mismo mes agregó Napoleon este pais definitivamente á la Francia.

En 1811 tuvo á bien Napoleon disminuir el rigor del sistema continental, permitiendo que los barcos neutrales introdujesen los jéneros coloniales bajo ciertas condiciones. Quejándose entonces las ciudades Anseáticas, por medio de una embajada, de lo perjudicial que les era su reunion al imperio francés, les contestó Napoleon que era un arbitrio adoptado por él á causa de la conducta que habia obser-

vado el gabinete británico, y que atenderia á la solicitud de dichas ciudades luego que conquistase la Inglaterra.

Habiendo la emperatriz dado á luz un niño en 20 de marzo, á quien llamaron *rey de romanos*, todos los embajadores felicitaron á Napoleon.

Entretanto la guerra de España seguia con el mayor calor, sin que las batallas perdidas y la mucha sangre derramada desanimase á los combatientes de una y otra parte; porque los franceses se hallaban entusiasmados con las victorias conseguidas anteriormente en otros paises, y los españoles defendian sus hogares é independencia contra el falaz usurpador. La Rusia, de acuerdo con la Inglaterra, hacia grandes preparativos de guerra para asegurar con ella una paz estable, quitando su influjo á la Francia: mas ésta, lejos de consentir en tal privacion, intentaba invadir la Rusia para hacer su monarquía universal. Con este objeto salió Napoleon con su esposa en diciembre á visitar las costas de Francia y Holanda, inspeccionar sus fortificaciones, y ponerlas en estado de resistir á todo desembarco que intentasen los ingleses mientras que él se ocupaba con sus tropas en lo interior del imperio ruso. Principió entre estos preparativos el año de 1812: el senado mandó poner en pie trescientas cohortes de la guardia nacional, y decretó que se levantase un ejército de ciento veinte mil hombres, tomados de las conscripciones de los años siguientes. Acostumbrado Napoleon á dar en todas sus empresas cierta satisfaccion al público, ocultaba con una falsa política sus miras ambiciosas. Asi antes de romper las hostilidades con la Rusia, propuso á la Inglaterra una paz que le parecia no seria admitida, como en efecto no lo fué, porque el gabinete de San James estableció por base principal la independencia de España bajo el gobierno de Fernando VII. Para seducir al emperador Alejandro le envió iguales propuestas, y hasta la correspondencia que sobre esto habia tenido con Inglaterra; pero estaba cierto de que la Rusia no accederia á sus intentos, ó ecsijiria condiciones que los impidiesen, y se verificó lo segundo, porque Alejandro puso como precisa condicion, la evacuacion de la Prusia por Bonaparte. Cumplidas estas formalidades, en mayo de dicho año marchó Napoleon con su esposa hácia Dresde,

adonde concurrieron los emperadores de Austria, el rey de Prusia y otros príncipes alemanes. Estos soberanos formaron un congreso, y el 22 de junio se publicó en él la guerra, que estaba ya mucho antes decretada.

CAMPAÑA DE RUSIA.—Napoleon, que podia disponer entonces de un millon de soldados, abrió esta campaña; mas en ella empleó solos cuatrocientos veinte mil, porque los demas estaban ocupados en la guerra de España, en la guarnicion de las costas de Francia y de los paises conquistados. El 24 del mismo mes de junio pasó con este formidable ejército el Niemen, y entró el 28 en Vilna; los rusos se retiraron; y los franceses, despues de lijeros combates, se apoderaron de Grodno, Minski, Bialistock, Novogrodek, Eslonin y Wileika. El 25 de julio se travó en Ostrowno una lucha parcial que duró hasta el 27, siempre con ventaja del ejército de Napoleon. El mariscal Oudinot llegó á las manos cerca del Dwina con el conde de Wigtenstein, cuya division obró separada del grande ejército ruso, mandado por el conde Barclay de Tolly. En Moilof se empeñó el mariscal Davoust con el príncipe Bragation para impedir que se reuniese con el grande ejército, y le obligó á retirarse; el campo atrincherado de Drisa, que se componia de ciento veinte mil rusos, fué abandonado, y en su vista el emperador Alejandro trasladó su cuartel jeneral á Gloubockoc; Murat cruzó el Dwina con su caballería el 20 de agosto; el virey de Italia y Davoust avanzaron hácia Mohilof y Polotsk. El ejército ruso de Wolhinia siguió haciendo correrías sobre el ducado de Varsovia, cuyos habitantes se habian unido á los polacos, esperando de Napoleon que los restableceria en sus antiguos derechos é independencia. El mariscal Macdonald puso sitio á Riga, y dadas diversas acciones con écsito variado, se retiraron los rusos á Smolensko, y los franceses entraron en Witepsk: dióse la batalla de Smolensko entre cien mil franceses y otros tantos rusos; de sus resultas entraron aquellos en la ciudad, y estos, despues de recibir otros golpes como los de Kramoa y Valontina, se retiraron á Moscow, habiéndose propuesto abandonar los pueblos y destruir las provincias, que es el medio mas seguro para hacer que perezca un ejército que se introduce en pais enemigo. Asi concertó el plan el astuto Alejandro, y se com-

prueba por la facilidad con que perdia posiciones que sin mucho trabajo podia defender, y que Bonaparte atribuia á temor ó cobardía de sus contrarios. Los franceses, avanzando con su acostumbrada rapidez, dieron la gran batalla de Mojaiski ó Borodino, cerca del rio Moscua, á veintiocho leguas de la capital, sangrienta por ambas partes aunque favorable á Napoleon, pues quedó dueño del campo, sacrificando cuarenta mil hombres, entre ellos cuarenta y tres jenerales. De resultas de esta accion el ejército francés entró en Moscow, ciudad que se incendió en la noche del 14 al 15 de setiembre por órden de su gobernador el conde de Rostopshein; continuando las llamas haciendo estragos horrorosos hasta el 18. Napoleon hubo de alojarse en el fuerte de Kremlin, que quedó ileso, y sus jenerales tuvieron que ocupar las pocas casas que se habian salvado del incendio. Kuttusof tomó una posicion ventajosa para defender los almacenes de Thula, y los demas cuerpos rusos trataron de cercar al ejército francés para quitarle todo medio de subsistencia. Ajustada la paz con Suecia, las tropas rusas de la Filandia desembarcaron en Riga y reforzaron al conde de Wigtenstein.

Otra conspiracion contra Bonaparte.—En este tiempo se tramó en la capital de Francia una terrible conspiracion contra Napoleon, por los ex-jenerales Mallen, Laborie y Guidall, cuyo plan era arrestar por sorpresa al ministro y prefecto de la policía, y al comandante de la plaza de París; esparcir con astucia la noticia alarmante de haber muerto el emperador, y enviar un correo en nombre de Cambáceres, cuya letra se supondría. Los conspiradores se habian propuesto sorprender á las autoridades imperiales, y obligar á Napoleon á abandonar su ejército y volverse á la capital, para armarle emboscadas en el camino y asesinarle; pero este plan tan descabellado se desconcertó, y arrestados sus principales cómplices en el mismo dia 23 de octubre, cuando se dieron á conocer, fueron condenados á muerte seis dias despues doce de los mas criminales, y sus bienes confiscados.

Ya habian empezado á tomar un aspecto sério los negocios de Napoleon, pues los rusos estaban decididos á destruir á sus invasores; el ejército del conde de Wigtenstein era temible; el

del jeneral Kuttusof, acantonado en Kaluga y Tulama, se aumentó hasta el número de doce mil hombres, y finalmente los rusos desembarcados en Riga y unidos á los suecos en número de sesenta mil, hicieron levantar el sitio de aquella plaza á Macdonald, y se dirijieron hácia la Lithuania; numerosos cuerpos de cosacos empezaron á inundar el pais, y nuevas tropas rusas llegaban á cada instante de todas las provincias á aumentar el ejército; mas entre los franceses escaseaban los víveres y se acercaba la rigorosa estacion del invierno.

Napoleon, viéndose en semejante estado, comisionó al conde de Lauriston á ver si podia ecsaminar las intenciones ó planes del jeneral Kuttusof; mas tuvo que volverse aquel diplomático sin adelantar cosa alguna. Yendo en aumento la penuria y desgracia de los ejércitos franceses, volvió Napoleon á enviar al mismo Lauriston para proponer un armisticio, ofreciendo abandonar á Moscow y retirarse á Wiasma, donde se estipularian las condiciones de la paz; mas recibió por contestacion que la Rusia estrañaba tales propuestas de un guerrero tan ilustre, cuando aun no se habia empezado á pelear.

Desgraciada retirada del ejercito frances. — Frustrado este plan, y temiendo Napoleon el descontento de sus tropas, salió de Moscow y se retiró á cuarteles de invierno en Polonia. Envanecidos los rusos con el buen écsito de su plan, se propusieron cortar la retirada al ejército francés, y aun se lisonjearon de apoderarse de Napoleon, para lo cual tomaron las medidas que creyeron oportunas. Las primeras divisiones francesas salieron de Moscow el 15 de octubre, y el 18 fué ya atacado y vencido el rey de Nápoles en Vinkovo, á veinte leguas de aquella capital. El 19 salió Napoleon de Moscow, y el mariscal Mortier, que cubria la retaguardia, voló el 23 el fuerte de Kremlin. Se travaron muchos choques que fueron sangrientos para los franceses, aunque los sostuvieron con su acostumbrado valor; pero contra la inclemencia del tiempo, falta de víveres é insurreccion jeneral del pais, era ocioso pelear. El mariscal Davous y el virey de Italia fueron derrotados en Wiasma por el jeneral Miboradawitsch, y al llegar el ejército francés al Veresina, todavía con bastantes fuerzas á pesar de los rigores del temporal y de las

muchas víctimas, se encontró cortado por los ejércitos del Dwina y de Woldinia mandados por el almirante Tchitschagot, los cuales se opusieron á que cruzase el rio; entonces Napoleon echó cuatro leguas mas arriba un puente, y verificó aquel paso de eterno luto para la Francia, pues se sacrificaron allí muchos miles de víctimas á la confusion y al desórden, porque rota la subordinacion militar, nadie pensó mas que en salvar su individuo; los mas fuertes destruian á los mas débiles: quedó obstruido el paso con la violencia de aquellas masas desordenadas y aglomeracion de carros, cañones y acémilas. La desorganizacion de este ejército acabó de destruir cuanto se habia salvado de los rigores del frio y de las repetidas batallas é infatigables choques con los cosacos. Reducido á una mitad el ejército, llegaron solos cuarenta mil hombres á Wilda, y estos tan abatidos y miserables, que desesperados se entregaron al desórden mas espantoso, no resistieron á los rusos, y abandonaron cerca de veinte mil entre heridos y enfermos, con sus equipajes, carruajes y tesoros, encomendándose á una fuga tan terrible, que al llegar al Niemen ya no se contaban mas que veintiun mil hombres, entre ellos apenas mil con armas, inclusas las guarniciones de los puntos por donde atravesaba el ejército fujitivo. Tambien los rusos, aunque acostumbrados á la estacion, no dejaron de tener sus quebrantos considerables, pues el ejército de Kuttusof, que al principio contaba ciento veinte mil hombres, se redujo á treinta y cinco mil. Apenas quedaban quince mil de los cincuenta mil mandados por Wigtenstein; y de un refuerzo de diez mil que venia de lo interior de la Rusia á Wilna, no llegaron mas que mil setecientos: sin embargo, los descalabros sufridos por los rusos fueron muy inferiores á los de los franceses, porque á estos costó dicha campaña unos doscientos mil hombres muertos, cien mil prisioneros, setenta mil caballos y mil cañones con todos sus trenes y pertrechos militares.

Llegando Napoleon á Malodeezno, resolvió el 3 de diciembre volver á París, y el 5, en Semorgovi, confirió el mando del ejército al rey de Nápoles, despues de haber arengado á los jenerales en una junta secreta, y prodigádoles elojios por sus hazañas. En seguida marchó

acompañado por Coulaincourt, cuyo nombre tomó en su acelerado viaje para salvarse de las asechanzas del enemigo, y llegó el 18 á la capital de Francia: reunió al instante en su palacio al senado adulador, el cual le felicitó por su regreso y le ofreció cooperar á que reparase sus pérdidas, para lo que decretó el 13 de enero de 1813 que se pusiesen á disposicion del emperador trescientos cincuenta mil conscriptos, que se remontase su caballería y trenes y que se le diesen fondos para una nueva campaña.

Napoleon pidió á todos sus aliados el completo de contingentes, y mientras se ocupaba en prepararse de esta manera, los rusos, acostumbrados á aquellos climas, ostigaban á sus enemigos y se burlaban de la estacion. Aunque retirándose los franceses del sitio de Riga obtuvieron algunas ventajas, eran estas de corto momento si se comparan con las pérdidas sufridas por su ejército en su centro y derecha, y asi hubieron de retirarse prontamente hácia el Niemen.

Habiéndose quedado el jeneral Yorch, que dirijia el ejército prusiano, de la otra parte del rio, y hecho con los rusos un convenio de neutralidad (que fué el preludio de su declaracion á favor de ellos), no obstante sus protestas dirijidas á Macdonald, de cuyo ejército formaba parte, declaró que los apuros de sus tropas y la imposibilidad de reunirse con él le habian precisado á proceder asi. Y aunque por el pronto condenó el rey de Prusia esta conducta, luego absolvió de todo cargo á dicho jeneral. Despues de haber sido vencido Macdonald por los rusos en Picktuponen y de estar estos apoderados de Tilsit, entró Murat en Konisberg, pero tuvo que evacuar aquella ciudad tan pronto como llegó el enemigo, el cual desde allí fué á sitiar á Dantzick y otras plazas. Segun llegaron á Berlin las primeras columnas de los franceses prófugos, salió con reserva el rey de Prusia de Postdam para Breslau, y publicó su alianza hecha con la Rusia por las injusticias de Napoleon é infidelidad en sus promesas. Al contrario, la fidelidad y adhesion del rey de Sajonia á Bonaparte no impidió que muchos de sus vasallos se incorporasen en las lejiones de estos. Suscitada en Duseldorf una insurreccion contra el partido francés, el duque de Mecklem-

burgo Schwerin se separó de la confederacion del Rhin, y lo mismo hicieron poco despues los demas príncipes alemanes, esceptuando la casa de Sajonia que guardó consecuencia hasta el fin. El emperador de Rusia llegó á Breslau, los franceses evacuaron á Dresde, ciudad que ocupaban los rusos, y el jeneral Blucher quedó hecho comandante en jefe de los ejércitos prusianos.

El principe Eujenio Bauharnois estableció su cuartel jeneral en Magdeburgo. Ocho mil suecos desembarcaron en la isla de Rujen, y el príncipe Kuttusof declaró disuelta en nombre de la Rusia y de la Prusia la confederacion del Rhin.

No contento Napoleon con haber obtenido ciento ochenta mil conscriptos, y formado cuatro lejiones de honor para atraer mas á su favor á las principales familias del imperio, salió de Saint-Cloud para el ejército, dejando confiada la rejencia á la emperatriz María Luisa. Murió á poco Kuttusof, y fué remplazado en el mando por el jeneral Wigtenstein: dánse las batallas de Lutzen, Wutzen, y Bautzen, gloriosas á los franceses. A estas acciones siguió la de Reichembac, menos importante, aunque notable por haber muerto en ella al mariscal Duroc una bala fria de cañon que le hirió en el vientre, mientras que hablaba en una colina con el jeneral Kingener, al cual tambien mató dicha bala. De resultas de estas acciones Napoleon entró en Dresde, y los aliados se retiraron de la otra parte del Elba. Los dinamarqueses se apoderaron de Hamburgo, aunque pronto cedieron aquella plaza á los suecos, que desembarcaron en Stralsund con el príncipe real Bernardotte. Trasladado por Napoleon su cuartel jeneral á Leignitz en Silesia, los franceses y dinamarqueses tomaron otra vez á Hamburgo: el ejército aliado se retiró á Schwidnitz, y mediando el emperador de Austria se abrieron negociaciones para la paz, de la que resuló el armisticio firmado en Poischuwtz, entre los aliados del Norte y Napoleon, que debia durar desde el 1.° de junio hasta el 20 de julio, y que fué prolongado hasta el 10 de agosto. Se tuvo en seguida el congreso de Praga, en el cual Napoleon habria logrado pactos muy ventajosos segun su situacion; pero la ambicion de conservar muchos estados usurpados, le privó

basta del imperio de Francia, que de otro modo le habria sido confirmado en la forma mas solemne. El emperador de Austria, que no habia perdonado medio alguno para que su yerno consintiese en una paz jeneral, se vió entonces precisado por las circunstancias y por los intereses del imperio á declararle la guerra. Los negocios de los aliados empezaron á tomar otro aspecto. Abriéronse de nuevo las hostilidades, y llegó á Berlin el jeneral Moreau agregado al ejército ruso. Napoleon encargó el mando del ejército de Lusacia á Macdonald, y volvió á Dresde, delante de cuya ciudad se presentó el grande ejército aliado que atacó á aquella capital: Moreau fué herido, y murió pocos dias despues. En los campos de Dresde los dias 26 y 27 de agosto se dió una batalla favorable á Napoleon, que obligó á los aliados á retirarse á Bohemia, despues de haber peleado con el mayor denuedo, y perdido cuarenta mil hombres; pero ni este descalabro, ni los choques menos importantes que despues se dieron en Dotma-Siedlitz y Leobau mejoraron la situacion de Napoleon, porque el Austria organizó un poderoso ejército á las órdenes del jeneral Schwaremberg. Napoleon dió parte al senado, el cual mandó en 7 de octubre otra conscripcion de doscientos ochenta mil hombres. La primera batalla de Leipsick se dió el 15 en Wachau: en ella se pasaron á los aliados dos rejimientos de caballería wurtemberguesa, otros dos sajones con siete batallones mas de infantería, y en la accion del 18 se pasaron tambien los restantes; mas á pesar de estas contrariedades y deserciones, salió victorioso Napoleon con tan considerable pérdida de sus contrarios, que se calculó en cincuenta mil el número de los muertos. Sin embargo de tan señalada victoria, la falta de municiones (que no pasaba de diez mil tiros de cañon), y la imposibilidad de proveerse de ellas, á no ser en Magdeburgo ó Erfurt, obligaron á Napoleon á retirarse hácia el último de dichos puntos. Esta es aquella retirada tan desastrosa, semejante á las ya referidas de Rusia, y en la cual habrian salido bien los franceses si los encargados de Napoleon para volar el puente sobre el Esler despues que pasasen todas las tropas, no hubiesen tenido la imprudencia de prenderle fuego tan pronto como se dió el

Primer ataque de Schwaremberg contra la retaguardia, dejando de este modo á la otra parte del rio los cuerpos del duque de Tarento y del príncipe Poniatowski, los cuales quedaron así cortados y hechos prisioneros ó anegados en el rio, entre ellos el desgraciado príncipe de Polonia. El rey de Sajonia, que habia quedado en Leipsick con un rejimiento para contener el primer ímpetu de las tropas aliadas, se unió á ellas, formando causa comun.

Los franceses, que habian quedado debilitados con tantas pérdidas, tuvieron que retirarse hácia el Rhin, sosteniendo contínuos choques parciales. Asi el duque de Cumberland entró en Hannover, y el emperador Alejandro con Schwaremberg en Francfort. El cuartel jeneral del virey de Italia se trasladó á Mántua por sus reveses en Dalmacia. Napoleon llegó á Saint-Cloud; el jeneral Gonviou-Saintcir capituló en Dresde con lo demas de su ejército: el jeneral austriaco Nugen desembarcó en Goro, y entró en Ferrara. Las autoridades francesas fueron arrojadas de Amsterdam, Utrech, Roterdan y otras plazas, que inmediatamente recuperaron los rusos. Los prusianos ocuparon al mismo tiempo á Zutpum, y los holandeses á Warden. Bernardotte estableció en Kiel su cuartel jeneral. Los aliados pasaron el Rhin por diversos puntos de la Alsacia; Napoleon, para contener sus progresos, comisionó á veinticinco senadores, que ecsaltando el espíritu público por todo su imperio, armasen los departamentos para defender la patria, é hizo acompañar esta citacion con órdenes muy rigorosas contra los que se negasen al servicio; pero los franceses, cansados del despotismo de Bonaparte, creyeron que habia llegado el momento de sacudir su yugo, y permanecieron quietos en sus hogares.

LOS EJERCITOS ALIADOS INVADEN LA FRANCIA.—(1814) Los ejércitos españoles y aliados, que con tanto valor y constancia habian peleado contra los franceses hasta que consiguieron arrojarlos de la península, despues de seis años de lucha, pasaron el Bidasoa el 7 de octubre, á las órdenes del lord Wellington: de manera que á principios de 1814 se vió la Francia invadida por todas partes. El príncipe Schwaremberg trasladó su cuartel jeneral á Montbelliard. Receloso Murat de la suerte que amena-

zaba á su cuñado, se separó de él, é hizo alianza con el Austria. La Dinamarca hizo lo mismo con la Suecia é Inglaterra, y los demas príncipes que permanecian fieles á la Francia observaron igual política.

Los aliados entraron en Nanci, y despues en Dijon: el emperador de Rusia llegó á Langres, donde se reunió con el de Austria y con el rey de Prusia. Nombraron á José Bonaparte segundo en el mando. Blucher peleó con Napoleon en Brienne, mientras que el jeneral Graham bombardeó á Amberes. Se principió el congreso de Chatillon, por el cual Napoleon habria podido conservar todavía su imperio, si se hubiese contentado con los límites que tenía la Francia en 1792; pero tardó poco en disolverse por sus demandas escesivas é imprudentes. Los aliados ocuparon á Rheims de Champaña. Llegaron los tres soberanos á Troyes: Schwaremberg mudó su cuartel jeneral á Sens: en Monmirail logró Napoleon derrotar al jeneral ruso Sacken: Hannover fué invadido por los dinamarqueses unidos con los aliados. A Fontainebleau llegó el hetman Platof con sus cosacos. Schwaremberg volvió á Troyes, y como hubiese sido arrojado de allí por Napoleon, tuvo que retirarse á Colombe; pero no tardaron mucho los franceses en retroceder hácia Sexanne. Al fin firmaron en Chaumont las cuatro grandes potencias un tratado, por el cual se obligó cada una á mantener en pie ciento cincuenta mil hombres por veinte años, para su defensa mútua, y este tratado se llamó de la *Santa Alianza*. Se estableció otra vez en Troyes el cuartel jeneral del Austria. El jeneral prusiano Bulow tomó á Soisons, y Blucher fué derrotado con bastante pérdida por Napoleon; mas Blucher, como valiente guerrero, se supo reponer de su pérdida, y apoderarse otra vez de la Ferté. Puesto por los tres grandes soberanos su cuartel jeneral en Nugent, sobre el Sena, sus tropas tomaron á Chatillon, y chocaron con el ejército de Napoleon en San Dizier. Colocado en Meaux el ejército grande, todas las tropas aliadas se acercaron á la capital, y conociendo Napoleon su gran peligro, en especial despues de todas las batallas de Champenoise y Bondi hizo salir de allí á la emperatriz María Luisa con su hijo, y dejó por gobernador á su hermano. El 30 de marzo se dió la última batalla de Mon-martre sobre París, de cu-

yas resultas tuvo que retirarse José, y el mariscal Marmont se ocupó mas en la capitulacion que en la defensa de la capital como deseaba Napoleon. Schwaremberg presentó á los habitantes de París una proclama: en ella les aseguraba el buen trato que recibirian los parisienses de los ejércitos aliados, y los miramientos y consideracion que tendrian con la Francia.

Napoleon depuesto del trono. — Asi que entraron en París Alejandro y el rey de Prusia, declaró el primero en nombre de las grandes potencias que no trataria con Napoleon ni con alguno de su familia: que respetaba la integridad de la Francia, cuyo reino debia ser fuerte para sostener el equilibrio de Europa, y previno al senado que declarase á Napoleon caido del trono con toda su familia. El 10 de abril se firmó el tratado de Fontainebleau, por el cual se concedió á Napoleon la soberanía y libre residencia en la isla de Elba con título de emperador, y á su mujer é hijo los ducados de Parma, Plasencia y Guastala.

Luis xviii.—(1814) En virtud de esta resolucion el conde de Artois entró solemnemente en París á 12 del mismo mes, y gobernó interinamente hasta el 3 de mayo, en cuyo dia el rey Luis XVIII, hermano del desgraciado Luis XVI, entró con pompa y aclamacion universal.

Luis XVIII tenia un jenio afable y benéfico; enseñado en la escuela de la adversidad adquirió los mas profundos conocimientos y virtudes; la esperiencia que le proporcionaron sus viajes, y sus veinte años de residencia en Inglaterra, le hacian apto para tomar las riendas del gobierno en este momento, cuando todavía estaban los ejércitos franceses muy entusiasmados con las conquistas de Bonaparte, para que se acostumbrasen á una vida pacífica, ó sea á la privacion de sus rentas, de su poder é importancia.

Luis XVIII, quiso hacer feliz á la Francia, pues conociendo que las ideas é intereses de la nacion habian cambiado enteramente y que no convenia restablecer el antiguo réjimen, dió á su pueblo una *Carta* constitucional el 4 de junio, en la cual garantía los derechos civiles, las personas y las propiedades de sus súbditos. Abolió lo que era incompatible con el réjimen monárquico; pero conservó cuanto le pareció útil y conveniente, sin atender á quién habia sido su autor. Confirmó la division departamental decretada por la

asamblea nacional el 15 de enero de 1790; restableció la antigua nobleza, conservando la nueva creada por Napoleon en la lejion de honor, que fué reorganizada con el título de órden real, y conservó en sus destinos á los jenerales que habian servido á Napoleon. A esta política franca y jenerosa del monarca, debió la Francia su tranquilidad y repentino engrandecimiento.

Napoleon huye de la isla de Elba.—(1814) A pesar del buen proceder de Luis XVIII, los amigos del caido emperador idearon otra revolucion para reponer en el trono á Napoleon. Este hombre estraordinario fué enviado á la isla de Elba á ejercer en ella su poder imperial; pero no contento con tan limitado mando el que habia sabido dictar leyes á todo el continente de Europa, convino con sus partidarios en hacer un desembarco en Francia, y usurpar otra vez la soberanía. Dispuesto el plan, se hizo á la vela en Puerto-Ferrayo á 26 de febrero de 1815, con novecientos soldados que componian su guardia, y desembarcó en Cannes el 1.° de marzo.

En el golfo de Juan logró burlarse de la vijilancia de las naves francesas é inglesas que se hallaban en crucero. Apenas supieron en Francia su desembarco, cuando sus muchos partidarios no pudieron ser contenidos por los realistas; de todas partes pasaban soldados á sus banderas, y se completó su triunfo con la desercion del mariscal Ney.

Este jeneral que habia ofrecido al rey enfáticamente traer al invasor en una jaula de hierro, apenas vió á Napoleon se pasó á él con todo el ejército, que sería de quince á veinte mil hombres. Llegó la declaracion del congreso de Viena, en el cual se obligaron todos á armarse contra Napoleon. Apoyado este en los públicos testimonios de su ejército, entró triunfante en la capital al eco de vivas iguales á los que el dia anterior se habian prodigado á favor del rey Luis XVIII, que habia salido de París la noche antes de la entrada de Napoleon, y se dirijió á Gante con algunos fieles súbditos y cinco mil soldados.

Reinado de los cien dias.—Napoleon habia logrado recuperar su imperio sin esperimentar contraste alguno, sino en los departamentos del Oeste, donde Angulema resistió varios choques parciales; pero estrechado por las tropas tuvo que retirarse á España, para donde salió tam-

bien su esposa embarcándose en Burdeos. Dueño otra vez de la Francia Napoleon, trató de asegurar su poder, á lo cual se dirijia aquella fiesta celebrada en mayo en el campo de Marte, cuyo lujo entusiasmó á los franceses, y les obligó á someterse otra vez á su despotismo. Se hicieron por ambas partes vigorosos preparativos. Napoleon saliendo de París el 12 de junio puso su cuartel jeneral en Beaumont. Igual movimiento hicieron desde Viena los emperadores de Austria, Rusia y el rey de Prusia, reuniéndose despues en Francfort sobre el Mein: el 15 trasladaron dicho cuartel jeneral á Manheim y se prepararon para una accion importante que deberia darse.

Batalla de waterloo.—Luego que Napoleon reunió entre Maubeuge y Beaumont cinco cuerpos de ejército y otras tropas, acometió el 15 á las de los jenerales Blucker y Wellington. Aunque en los dias 16 y 17 se dieron las acciones de Ligni y Fleurus, en las cuales obtuvo algunas ventajas, sin embargo todo lo perdió en la interesante del 18, llamada de Waterloo ó de la bella alianza, sostenida por Napoleon mucho tiempo con apariencia de buen écsito. La ruina de Bonaparte provino de haber separado este quince mil hombres del ejército de Ney sin anuencia suya, de la imprudencia de querer vencer de una vez y no en diversas, de los ejércitos prusianos y anglo-hannoverianos, de tardar demasiado el mariscal Grouchi que estaba de reserva, y finalmente de la llegada oportuna del jeneral prusiano Ziethen, verificada por donde Napoleon aguardaba el socorro. La confusion y desórden llegó á su colmo cuando Wellington rechazó una gran columna de dieziocho á veinte mil soldados de la guardia, enviada por su emperador á apoderarse de una colina, porque viendo el ejército desordenado á aquel cuerpo, que hasta entonces habian creido invencible, se entregó á la fuga imajinándose cortado. Así se derrotó un ejército de ciento treinta mil franceses, quedando tendidos en el campo treinta y seis mil de ellos, sin contar los prisioneros y desertores. Casi otros tantos perdieron los aliados, cuyo ejército de ciento cuarenta mil hombres, á saber: ochenta mil anglo-hannoverianos y sesenta mil prusianos, quedó muy destruido. Dejaron allí treinta y tres mil cadáveres, y entre ellos

muchos sujetos de alto rango.

De resultas de esta victoria los aliados se esparcieron por las provincias de Francia como un torrente: el jeneral bávaro Wrede pasó el Rhin por Manheim con cien mil hombres; el jeneral Hohenzollern atravesó el Uninga, y asi se encaminaron todos á la capital. Las últimas acciones perdidas por los franceses en Willerscottenets, Vertus, Plesis-Piguet, San Denis, Mont-martre y Belleville facilitaron otra vez la entrada á los aliados en París, la que verificaron el 6 de julio, mediante capitulacion, firmando antes un armisticio, y conviniendo en que el ejército francés se retiraria detras del Loira hasta que se ajustase la paz.

Deposicion definitiva de Napoleon. — Este emperador, que retirándose de la desgraciada batalla de Waterloo, llegó á París con mucha presteza, trató de persuadir al senado que le suministrase nuevos socorros; pero no solamente no los consiguió, sino que aquel cuerpo decretó su deposicion, á lo que hubo de resignarse sin que se le admitiera la renuncia que hizo á favor de su hijo, y no pudo obtener mas que dos fragatas aprestadas para pasar con seguridad á los Estados Unidos. Habiéndole interceptado toda comunicacion con París, se vió en la dura precision de ponerse en manos del capitan Maryland, comandante del navío inglés Belerofonte, implorando la proteccion del príncipe rejente de la Gran Bretaña.

Napoleon, considerado como prisionero de guerra por los aliados, fué conducido á la costa de Inglaterra donde no se le permitió desembarcar, sino que se le trasladó al navío Northumberland, el cual le condujo á Santa Elena, sin embargo de sus eficaces protestas contra tan repugnante determinacion.

En esta isla tuvieron fin los ambiciosos proyectos del gran guerrero, á quien sostuvo su filosofía hasta el 5 de mayo de 1821, en que falleció despues de seis años de confinamiento.

CAPITULO VI.

Restauracion de Luis XVIII.—Congreso de Aix-la-Chapelle.—Evacuacion del territorio francés por el ejército aliado.—Estado político de la Francia en 1818.—Alborotos en Francia.—Intervencion armada en España.—Cárlos X.—Espedicion á Grecia.--Espedicion de Arjel.--Revolucion de julio.-- Luis Felipe I, rey de los franceses.--Jornadas del 5 y 6 de junio de 1832.--Atentado de Fieschi.--Literatura francesa.

Restauracion de Luis XVIII.—En los primeros meses que siguieron á la segunda restauracion, formóse la Santa Alianza, y se firmó el tratado de 20 de noviembre de 1815, entre Austria, Rusia, Inglaterra y Prusia de una parte, y Francia de la otra, para asegurar las relaciones futuras con esta última potencia, sometida á los Borbones. Como consecuencia de dicho tratado, la Francia debia pagar una indemnizacion de setecientos millones de francos á las potencias aliadas, y mantener el ejército de ocupacion, compuesto de ciento cincuenta mil hombres. Por el mismo tratado perdió la Francia las dependencias que obtuvo en el convenio de 30 de mayo del año anterior, quedando reducida á los límites que tenia en 1792. Esta mudanza causó á la Francia una pérdida de poblacion, calculada en quinientas treinta y cuatro mil almas. La isla de Elba, patrimonio de Napoleon, fué cedida á la Toscana por el congreso de Vie-

na, de modo que el haberla abandonado el famoso guerrero por recobrar el trono de Francia, le constituyó en la clase de desterrado, dejando ya de ser un pequeño soberano. Las cuantiosas sumas que tuvo que pagar la Francia y la limitacion de territorio, no fueron las únicas pérdidas que sufrió esta nacion en la reaccion de 1815. Luego que los aliados entraron en París el 6 de julio, lo verificó Luis XVIII, volviendo á ejercer su autoridad soberana, no como en 1814, perdonando pasados estravíos y pensando únicamente en promover la felicidad de sus pueblos, sino vengando ofensas y resentimientos particulares, y premiando los servicios hechos á su persona; pues no podia menos de distinguir á los que le habian sido fieles, de los que habian conspirado contra su autoridad. Entre los condenados á muerte por desafectos al monarca, se contaron el célebre mariscal Ney, que se pasó con su ejército, como ya dijimos, á Napoleon; los hermanos Fauchet, el coronel Labedoyere y otros varios. Pero pasados los primeros momentos de efervescencia, se restableció en Francia la tranquilidad, y Luis XVIII se manifestó tan benéfico como lo habia sido al principio de su reinado, dirijiendo todos sus actos á la prosperidad de sus pueblos. Siempre recordarán las ciencias y las artes el fomento que debieron al real decreto de 21 de marzo de 1816, por el cual se dividió el Instituto francés en cuatro cuerpos, denominados academia francesa, academia de inscripciones y buenas letras, academia de ciencias, y academia de bellas artes. No se cifró el acierto de esta resolucion únicamente en la organizacion de estos cuerpos, sino en la buena eleccion de personas, desentendiéndose de sus opiniones políticas, y no teniendo presente mas que sus conocimientos en los respectivos ramos. Tambien se deben á este monarca las cátedras de las lenguas china y sanscrita, establecidas en el colejio real de Francia, y casi las únicas que ecsisten en Europa de idiomas tan poco conocidos.

La *Carta* otorgada al pueblo por Luis XVIII, si no terminó los partidos, al menos contuvo sus furores, y puede decirse que reconcilió la revolucion con la monarquía. Con respecto á las grandes potencias de Europa, la Francia no tenia, al consolidarse la restauracion, otras relaciones que las de una nacion

conquistada con sus vencedores: todo su interés se reducia á que se moderase el rigor de los tributos y el de la ocupacion estranjera. El modo de satisfacer las deudas del gobierno francés, reconocido por el tratado de 1814, debia llevarse á cabo, y si bien en aquel año parecia justo, ahora ya no lo era, porque aquellas deudas se habian contratado á nombre de un imperio estenso, y escedia las facultades de la Francia reducida á sus antiguos límites. El método de liquidacion acordado en el convenio de 1815 habia agravado la carga, y el resultado de las primeras operaciones de los respectivos comisionados, demostró la imposibilidad de cumplir los empeños contraidos en el crítico momento en que nada se podia rehusar. De manera que desde los principios de 1817 se vió obligado el gobierno francés á hacer reclamaciones á las potencias aliadas, manifestando las poderosas razones que tenia en su favor.

El emperador Alejandro, ecsaminándolas con atencion, se convenció de lo espuesto que era entrar en nuevas contestaciones y romper un tratado que podia ecsasperar á un pueblo contenido repentinamente, por lo cual invitó á sus aliados á hacer sacrificios y mantener el reposo de Europa.

Congreso de Aix-la-Chapelle. —(1818) La ocupacion estranjera y la liquidacion de la deuda, eran las dos cuestiones que inquietaban cada dia mas á los franceses; pero al fin se citaron las potencias interesadas para el congreso de Aix-la-Chapelle, en 1818, para terminar estos asuntos. A dicho congreso acudieron, no solo los plenipotenciarios de Francia, Austria, Inglaterra, Rusia y Prusia, sino tambien el rey de esta última nacion y los emperadores Francisco y Alejandro. En la sesion celebrada el dia 2 de octubre de dicho año, se decidió la evacuacion del territorio francés y de sus fortalezas. Poco despues, aunque hubo alguna oposicion de parte de los aliados, convinieron en que, una vez que el ejército de ocupacion cesaba á los tres años en lugar de los cinco que se habian prefijado, se redujesen los setecientos millones de francos por la contribucion de guerra, á doscientos sesenta y cinco, y con arreglo á estas bases se firmaron las actas el 9 de octubre, ratificándose el 18 por el gobierno francés.

Evacuacion del territorio frances por el ejercito alia-

no.—El duque de Wellington, á quien las altas potencias habian puesto á la cabeza del ejército de ocupacion, pasó á las tropas la revista de marcha á últimos de octubre, y la Francia se vió libre al cabo de tres años, del ejército estranjero que tanto la abrumaba.

El espectáculo que ofrecia la Francia en 1818 era poco lisonjero, asi para el gobierno como para los pueblos; porque, comó sucede en casi todas las crísis políticas, la intriga se presentó revestida de todas las apariencias de la adhesion. Los empleados manifestaban el mayor orgullo; disuelto el antiguo ejército, parecia que el nuevo solo se habia formado para crear oficiales y destinos; las leyes y los tribunales servian frecuentemente á las pasiones, y la miseria y el descontento se presentaban en un grado amenazador.

Sin embargo, la ordenanza de 5 de setiembre de dicho año, logró contener tantos males. El ministerio Decases, en union con las cámaras, conociendo el espíritu del siglo y que era en vano luchar contra él, cediendo al deseo jeneral dieron la famosa ley de elecciones, como base y garantía del gobierno. Desde entonces, cambió el aspecto de la Francia: reanimóse el valor y la buena armonía, restablecióse el crédito y la confianza, y aparecieron recursos que se creian agotados. El gobierno francés, vencidas las primeras dificultades de la dificil posicion en que se habia encontrado, hizo mudanzas y reformas en la administracion civil y militar, arregló la contabilidad del tesoro, puso en órden los subsidios, remplazó los comisarios de guerra por los intendentes militares, y redujo el cuerpo de oficiales de marina, que estaba escesivamente cargado de personas inútiles.

La entrada de Pasquier en el ministerio en 1819, hizo que el gobierno retrogradase en la marcha que habia adoptado; y aun fué mayor este retroceso cuando Richelieu formó por segunda vez parte del gabinete en 1820. Para asegurarse el ministerio el triunfo contra sus enemigos, revocó la ley de 5 de febrero de 1817, y dió nueva forma al sistema de elecciones de diputados, con lo cual logró su objeto por entonces.

Alborotos en Francia. — (1821) En marzo de 1820 estalló la revolucion en España, cuyos ecos se repitieron en el Piamonte, y conmovieron los espíritus en Francia. En 1821 hubo albo-

rotos y maquinaciones en diversos puntos, que no tuvieron resultado por la vijilancia del ministro Villele. Los motines mas sérios fueron los de Grenoble, donde se esparció la noticia de que Luis XVIII habia abdicado la corona: los sublevados se pusieron la escarapela tricolor, se armaron con lo que pudieron haber á la mano, y recorrieron las calles gritando *muera la carta violada*. En seguida obligaron al teniente rey á que enarbolase en el castillo la bandera republicana, y proclamase la constitucion de 1791. Entonces el rejimiento número 10, que se hallaba allí de guarnicion, se opuso á tales mudanzas, y cargando sobre los sublevados los disolvió y tuvieron que fugarse á los estados sardos. Estos alborotos, y otros ocurridos en 1822, decidieron al gobierno francés á oponerse á la revolucion de España, que ya trataban de combatir los soberanos de Rusia, Austria y Prusia.

INTERVENCION ARMADA EN ESPAÑA.—(1822) La Francia accedió, en el congreso de Verona, al plan de aquellas tres potencias, y tomó como limítrofe de España la parte activa. El primer paso del gabinete de las Tullerías fué reunir un ejército en los Pirineos, con el título de cordon sanitario, el cual protejia á los realistas de Cataluña, Aragon y Navarra; pero en 1823 el cordon sanitario se declaró ejército de ocupacion, y atravesó el Bidasoa el 7 de abril. Este ejército, compuesto de cien mil hombres al mando del duque de Angulema, traia á su frente las partidas realistas que se habian refujiado y armado en Francia, y anunció que venia á restablecer á Fernando VII en la plenitud de sus derechos. El ejército francés, apoyado por la mayor parte de los pueblos, enemigos entonces del nuevo réjimen de gobierno, siguió su marcha, que no fué contrariada por las tropas constitucionales, y llegó casi sin haber disparado un tiro hasta la vista de Cádiz, adonde se habian trasladado las córtes con el rey. Sitiaron y bombardearon la plaza, que se rindió por capitulacion, dejando marchar libremente al rey el 1.º de octubre.

El ejército de Angulema permaneció algun tiempo ocupando las principales plazas fuertes de España, hasta que el gobierno de Fernando pudo librarse de tan pesada carga. Los franceses, que habian entrado con mucho recelo en España, porque tenian

aun presente el valor que los españoles les opusieran pocos años antes para librarse del yugo que quisieron imponerles, celebraron con entusiasmo el feliz écsito de su campaña, debido no al valor de sus armas, sino á la predisposicion de los pueblos, porque puede decirse que se volvieron á su pais sin haber peleado. Desde esta época hasta la muerte de Luis XVIII, nada importante ocurrió en Francia.

Carlos x.—(1824) Muerto Luis XVIII, le sucedió su hermano Cárlos, el 16 de setiembre de dicho año; y aunque los napoleonistas anunciaban una revolucion al fallecimiento del monarca, el nuevo rey subió al trono con toda calma, y señaló el principio de su reinado con actos prudentes y jenerosos. Este monarca concedió la libertad de la prensa periódica francesa, y reconoció en 17 de abril de 1825 la independencia de la isla de Santo Domingo, bajo el nombre de república de Haiti, mediante una indemnizacion de ciento cincuenta millones para los antiguos colonos. Este fué el mejor partido que pudo sacarse de una colonia de hecho separada de la metrópoli, y que no podia recobrarse sino á costa de mucha sangre y sacrificios.

En el mismo año se adoptó un nuevo sistema colonial para la isla de Borbon, que despues se estendió á la Martinica, Guadalupe y Guayana, reducido á reconcentrar en los gobernadores y sus consejos privados la direccion de todos los asuntos de gobierno. Este sistema produjo escelentes resultados, pues aquellas islas, que antes eran gravosas á la Francia, proveyeron muy luego por sus propios medios á todos los gastos de su administracion.

En 1826 se ventiló en las cámaras francesas, á propuesta del gobierno, una cuestion sumamente trascendental é importante para el pais. Los emigrados realistas y los mayorazgos que durante la revolucion habian perdido sus propiedades territoriales, reclamaron sin cesar, cuando llegó la restauracion, que se les devolviesen sus bienes ó que se les indemnizase. El gobierno conoció la inmensa dificultad de reponer en el estado antiguo unas propiedades que se habian dividido y subdividido, pasando á diferentes manos, por título de herencias, compras, donaciones, etc.; mas como por otra parte no podia menos de premiar á los que se habian sacrificado por la cau-

sa de la monarquía, se decidió por las indemnizaciones. Presentó, pues, el gobierno á las cámaras un proyecto de ley sobre este asunto, que se discutió con mucho calor en pró y en contra; pero siendo por último desechado, cerró el rey las cámaras el 6 de julio.

ESPEDICION A GRECIA. — En 1827 la Francia, la Rusia y la Inglaterra firmaron un tratado de mediacion por la independencia de los griegos; pero no satisfecha con esto la primera de las tres naciones, quiso llevar mas adelante su proteccion y envió á la Morea un ejército de diez mil franceses, para que ocupase las plazas principales y pusiese á los griegos al abrigo de los ataques de los turcos. El jeneral Maison, encargado del mando de la espedicion, llegó al Peloponeso en 1828, y la Francia anunciaba anticipadamente los laureles que iban á recojer sus armas en aquel pais peleando contra los infieles, y ayudando á recobrar su independencia á un pueblo cristiano, tan respetable por sus pasadas glorias; mas no tardaron los franceses en reconocer el error en que estaban con respecto á los helenos; estos no conservaban ya ninguna de las virtudes que inmortalizaron á los antiguos griegos; eran únicamente unos pueblos indómitos, miserables y supersticiosos, entregados á la insubordinacion y al pillaje, discordes entre sí, y desafectos á los mismos que les dispensaban su proteccion. De manera que conociendo los franceses que aquellas jentes no eran dignas de sus esfuerzos y sacrificios, les retiraron su ausilio y regresó á Francia la mayor parte de la espedicion.

Con objeto de dar mayor ensanche á la floreciente colonia de la isla de Borbon, determinó el gobierno francés recobrar sus antiguas posesiones de Madagascar, invadidas por los ovas. En junio de 1829 salió de Borbon una escuadra al mando de Mr. Gourbeyre, que hizo saber á la reina de los ovas la comision que le habia confiado su gobierno, de hacer respetar las posesiones francesas de Madagascar. Interin contestaba la reina, la escuadra se apoderó de Teintinque, donde enarboló la bandera de su nacion el 18 de setiembre. Prepåráronse á la defensa los naturales del pais; pero las tropas francesas, aunque inferiores en número, muy superiores por su táctica y disciplina, tomaron á viva fuerza á

Tamatave en principios de octubre, y el 16 del mismo mes ganaron una reñida accion en Ivondrú, en la cual quedaron enteramente derrotados los ovas, que era el pueblo dominante entre los indíjenas.

ESPEDICION A ARJEL. — Otra espedicion mas considerable envió la Francia á las costas de Arjel contra el gobierno y piratas de aquella rejencia. Las causas que tuvieron los franceses para emprender esta guerra, fueron: el despojo que sufrieron de sus establecimientos en Caille, y cerca de Bona; las subidas arbitrarias que hizo el dey en la cuota que pagaba la Francia por la pesca del coral, contra lo que espresamente se habia estipulado; la escandalosa abolicion de este privilejio, mientras que el agraciado cumplia con el pago, aun de la escesiva cantidad ecsijida últimamente por el dey; y los insultos hechos por este al pabellon francés, especialmente en la persona de su cónsul, atreviéndose á ponerle las manos. La Francia pidió satisfaccion de estos y otros insultos bloqueando estrechamente á Arjel. Ademas de los agravios particulares que tenian que vengar los franceses se propusieron redimir al mismo tiempo á las naciones cristianas del vergonzoso tributo que pagaban á los arjelinos, limpiando el Mediterráneo de aquellos infames piratas.

El 8 de agosto de 1829 habia sido enviado como parlamentario el contra-almirante la Bretoniere, y fué recibido á cañonazos por el dey. Entonces el jeneral Bourmont, ministro de la guerra, salió de París, y reuniendo en Tolon una escuadra compuesta de cuatrocientos veinticuatro buques, con veintiseis mil hombres de marina y treinta y tres mil de desembarco, se hizo á la vela para Arjel, desembarcando en la playa africana el 14 de junio 1830. Bien pronto fueron arrollados los bárbaros, y la bandera blanca ondeó sobre la torre de Sidi-Ferruch ó Torreta-Chica. Los soldados franceses, animados de un ardor estraordinario, triunfan de los beduinos y de su caballería. Por último, el 4 de julio atacaron y tomaron el fuerte del Emperador, que domina á Arjel, y esta ciudad capituló al dia siguiente. En la Casanba ó palacio del dey encontraron cincuenta millones de francos, y el dey se retiró á Europa. Desde entonces permanecen los franceses dueños de

Arjel y otros puntos que despues tomaron, como Bona, Constantina etc., aunque siempre hostilizados por los árabes.

Esta brillante espedicion marítima, que en otras circunstancias hubiera podido hacer glorioso el reinado de Cárlos X, no pudo distraer enteramente, como lo esperaba el gobierno, la atencion de los franceses, que estaba fija en el interior. El descontento que les inspiraban los Borbones y la oposicion formidable que se habia manifestado en la nacion y en las cámaras, iban cada dia en aumento. El ministerio Martignac, que tan poco duró, fué remplazado por el de Polignac. Asustado sin duda Cárlos X, de las ecsijencias liberales de los diputados elejidos en 1827, habia creido que podria hacer frente á la tempestad y afirmar su sistema reaccionario confiando la direccion del nuevo ministerio á Polignac, cuyo solo nombre era una contrarevolucion; y la Francia supo con admiracion el nombramiento del ministerio de 8 de agosto de 1829. Habíanse formado ya asociaciones para negarse á pagar el impuesto, y la cámara de diputados, al abrirse la lejislatura, manifestó enérjicamente en un mensaje al rey, aprobado por doscientos veintiun votos, la repugnancia de la nacion hácia los nuevos ministros. En vano, pues, se habia aumentado la cámara de los pares hasta el número de trescientos sesenta y siete. La de los diputados, abierta el 2 de marzo de 1830, fué prorogada el 19 del mismo mes, y poco despues disuelta. Las nuevas elecciones fueron aun mas desfavorables al gobierno, y los periódicos de la oposicion se manifestaban cada dia mas violentos. Pero á pesar de los temores que habia inspirado el ministerio Polignac, aun no se habia separado de la senda legal, y la *Carta* no habia sufrido atentado alguno.

Revolucion de julio.— Como cada dia crecia la oposicion contra el gobierno, y Cárlos X estaba resuelto á sostener á los ministros, aparecieron de repente, el 26 de julio, tres ordenanzas ó decretos, refrendados por todos los miembros del gabinete y fechados del dia anterior. Uno de dichos decretos suspendia la libertad de la prensa periódica, otro pronunciaba la disolucion de la cámara de diputados antes de su apertura, y convocaba otra nueva; y el último restrinjia la ley electoral. Hasta enton-

ces, el pueblo, aunque dispuesto á resistir, solo habia opuesto una fuerza de inercía á las pretensiones de la corona; pero cuando vió principiar á barrenar la constitucion, y que no habia garantía alguna contra los atentados mas graves aun á esta misma ley fundamental, se lanzó á la lid resuelto á no dejar las armas hasta ver asegurada la inviolabilidad de la Carta. La capital de Francia pareció al pronto como aturdida de la audácia de los ministros; pero bien pronto el estupor y la consternacion del pueblo se convirtieron en indignacion y arrojo, promoviendo un motin que terminó por una revolucion. Por todas partes se formaron grupos amenazadores: los diputados que se hallaban en París, protestaron contra los decretos; los periodistas, sin hacer caso de las órdenes del gobierno, continuaron publicando sus periódicos; los redactores de los principales diarios, redactaron el 27 una protesta contra aquellos mismos decretos; y el tribunal de comercio del Sena, en un juicio contra un impresor, falló obligándole á continuar la impresion de un periódico. Mas el pueblo se habia armado ya; volvió á aparecer el uniforme de la guardia nacional, de aquella guardia nacional tan bruscamente disuelta por Cárles X. El gobierno, por su parte, habia nombrado á Marmont comandante de la primera division militar, con el encargo de reprimir toda resistencia: la tropa hizo fuego sobre el pueblo, y se empeñó el combate. El dia 28 se declaró á París en estado de sitio, y la lucha se hizo mas terrible; era un combate á muerte. Muchas fueron las personas que perecieron, víctimas de su fidelidad ó de su patriotismo. Desde los balcones y ventanas arrojaban sobre los soldados cuantos objetos ofensivos hallaban á mano, y la tropa contestaba con descargas de fusilería y artillería. Los paisanos construyeron en las calles hasta cuatro mil barricadas ó parapetos para impedir que la tropa avanzase: todo les servia de armas con tal de que pudiesen ofender á sus enemigos; algunos llevaban armas de fuego, otros una barra de hierro, un hacha, etc.; hasta las mujeres y los niños pelearon. Lafayette, á pesar de su avanzada edad, se puso á la cabeza de la guardia nacional, y algunos rejimientos de línea se pasaron á la parte de los paisanos. El ministro Polignac no prestó oidos á los ruegos de una diputa-

cion de hombres respetables, enviada por el pueblo para que recojiese inmediatamente los imprudentes decretos, y no quedó mas recurso á la corte, á los ministros y al resto de la guarnicion que retirarse á Saint-Cloud. El combate duró tres dias, y se contaron unos cinco mil hombres entre muertos y heridos. Mientras el pueblo, conducido por varios alumnos de la escuela politécnica, luchaba con ventaja contra la guardia real y los suizos, al grito de *viva la carta*, se organizó en las casas consistoriales una comision municipal que dirijió el movimiento. El dia 29 el pueblo victorioso quedó dueño de todas las posiciones, y la bandera tricolor ondeó sobre los edificios públicos. El movimiento de París se propagó inmediatamente á las provincias, y la revolucion se efectuó en toda la Francia.

La comision municipal nombró jefes para las diferentes administraciones, reorganizó la guardia nacional, y confirió el mando de ella á Lafayette. Un gobierno provisional declaró la destitucion de los ministros de Cárlos X. Estos sucesos despertaron los antiguos partidos, y unos querian la república, otros que se volviese á llamar á la familia de Napoleon. Para evitar los horrores de la anarquía, conocieron los franceses que tenian necesidad de un jefe, y elijieron á Luis Felipe de Orleans, por lugarteniente jeneral del reino. Cárlos X, que se habia retirado á Rambouillet, abdicó en favor de su nieto el duque de Burdeos, y el duque de Angulema siguió su ejemplo. El lugarteniente jeneral convocó las cámaras para el 3 de agosto, devolvió á la nacion la bandera tricolor, y en una proclama que dirijió al pueblo, declaró que *la carta seria en adelante una verdad*.

Obligado Cárlos X por los parisienses á alejarse de Rambouillet, se embarcó en Cherburgo para Inglaterra, desde donde pasó á Escocia, y últimamente á Bohemia.

Luis Felipe I, rey de los franceses.—Como á pesar de la abdicacion de Cárlos X, el trono habia sido declarado vacante de hecho y de derecho, la cámara de los diputados, despues de haber modificado la carta el 7 de agosto de 1830, llamó al trono al lugarteniente jeneral del reino, el cual prestó juramento á la carta, y tomó el nombre de Luis Felipe I, rey de los franceses, el 9 de dicho mes. Asi

terminó una revolucion que en tres dias derribó la rama primojénita de los Borbones, y llamó en su lugar á un príncipe sencillo en sus costumbres, el cual despues de haber tomado parte activa en las guerras de la primera revolucion, dando pruebas de su valor y patriotismo, tuvo que espatriarse para sustraerse al réjimen del terror. Habia vivido como hombre privado en Suiza, donde, bajo un nombre supuesto, fué preceptor de matemáticas; en el norte de Alemania, y en Sicilia. Desde su vuelta á Francia en 1814, se habia hecho notar como buen padre de familia, y protector de las artes y las letras.

La revolucion de 1830 es notable no solo por su corta duracion de tres dias, sino porque quedó pura de todo esceso. *Libertad, órden público y respeto á la propiedad*, fueron desde el principio de la lucha la seña y contraseña de aquellos valientes ciudadanos.

Durante el reinado de Cárlos X, tuvo que llorar la Francia la muerte de muchos personajes notables, entre ellos el jeneral Foy, orador y guerrero; el abate Feutrier, ministro de negocios eclesiásticos; Girodet, pintor de historia; Talma, Desangiers, y por último el grande amigo de la humanidad, á quien la Francia debe la introduccion de la vacuna, la fundacion de la escuela de artes y oficios de Chalons, y el establecimiento de las cajas de ahorros, el virtuoso é inmortal Larochefoucault-Lancourt.

Desde la revolucion de julio, la Francia no tiene una Carta otorgada, sino una Carta consentida por el pueblo, representada por la cámara de diputados y por el rey ciudadado, nombrado por esta misma cámara.

A pesar de haber sido grande, de corta duracion y esenta de todo esceso la revolucion de julio, no por eso ha dejado de tener enemigos ocultos ó públicos. Reconocida por las grandes potencias, ha tenido, sin embargo, dias bien amargos. Sus antagonistas quisieron aprovecharse del proceso formado á los ministros de Cárlos X, para sembrar las turbaciones y ensangrentar una revolucion única en la historia. De los siete ministros de Cárlos X, solo cuatro pudieron ser aprehendidos, y juzgados por la cámara de los pares, fueron condenados á prision perpétua. Los demas ministros fueron sentenciados, por contumacia,

á la misma pena. Sin embargo de la ajitacion que reinaba por fuera, y los gritos de muerte lanzados alrededor de la cámara por algunos fanáticos, la guardia nacional supo hacer respetar el santuario de la justicia.

Estas turbulencias parecia que tenian su orijen en el deseo de producir una contra-revolucion, ó de hacer que la revolucion se separase de la moderacion que formaba su carácter distintivo.

Jornadas del 5 y 6 de junio de 1832. — Esta opinion se confirmó con la revuelta de Leon, en noviembre de 1831, intentada por cuarenta mil obreros del arte de la seda, pues no fué la miseria la única causa que les movió á tomar las armas. La enerjia del gobierno supo triunfar de los revoltosos, como supo tambien hacerlo mas tarde en la misma ciudad y en otros puntos. En las jornadas de junio de 1832, se reconoció la alianza, fortuita si se quiere, de los carlistas con los republicanos. El dia 5 al conducir los restos mortales del jeneral Lamarque, que falleció del cólerra morbo, se oyeron gritos de *viva la república, abajo Luis Felipe*. Los dragones cargaron sobre el pueblo, y se empeñó un vivo tiroteo en varios puntos de París. El 6 la guardia nacional, ayudada de la de distrito y de la tropa de línea, atacó á los republicanos en sus atrincheramientos. De las muchas barricadas formadas por los sublevados, solo quedaba ya una en el claustro de Saint-Méry, defendida con el mayor encarnizamiento; pero gracias á la bravura de las tropas y á los estragos de la artillería, fué tomado este último asilo de los sublevados. Declaróse á París en estado de sitio, se licenciaron algunos cuerpos, y el 29, restablecida enteramente la tranquilidad, volvieron todas las cosas á su estado normal.

El 29 de noviembre del mismo año hubo otro principio de revuelta, pues cuando el rey salió de palacio para asistir á la apertura de las cámaras, le dispararon un pistoletazo que no le acertó; mas este suceso no tuvo ulteriores consecuencias.

Atentado de Fieschi.—Otras muchas veces han atentado los republicanos contra la vida de Fuis Felipe, pero siempre se ha salvado este monarca de las manos de sus asesinos. El mas horroroso de los atentados fué el de 28 de julio de 1835, cometido por el republicano Fies-

chi y otros cómplices. Construyeron una máquina infernal compuesta de multitud de cañones de fusil, la cual colocada en un balcon, disparó en el momento en que el rey pasaba revista á la guardia nacional. Varias personas de la real comitiva cayeron atravesadas por las balas, saliendo ilesos como por milagro, Luis Felipe y sus hijos. La infernal máquina reventó al disparar, é hirió á su bárbaro inventor que fué preso con otros cómplices, y murieron en el cadalso.

Poco tiempo despues de la revolucion de julio, la secta de los sansimonianos hizo una corta aparicion y quiso reformar la sociedad; pero el ridículo y la policía correccional la hicieron desaparecer enteramente.

La política francesa, con respecto al esterior, trató por medio de la ocupacion de Ancona, el 23 de febrero de 1832, de debilitar la grande influencia que el Austria tenia en Italia.

En 1832, despues de aflijir el cólera á Arjel y al mediodía de la Francia, desoló las provincias del norte y sud; pero si aquí, como en todas partes, los médicos franceses dieron pruebas de sus talentos, de su celo y filantropía, las turbulencias que en esta época tuvieron lugar en París, los absurdos rumores de envenenamiento que algunos malvados hicieron circular, y los deplorables asesinatos que fueron su consecuencia, manifestaron claramente que el pueblo no estaba suficientemente instruido; pero el gobierno francés ha hecho ya mucho con respecto á esto. La ley sobre la instruccion primaria, ámplia y liberal, votada por las cámaras, y los fondos destinados para la enseñanza, hacen esperar que cada pueblo de Francia tendrá los medios necesarios para dar á sus habitantes lo que el Estado debe á todos, que es la instruccion. En los estudios mayores se han introducido muchas mejoras y aun se esperan otras.

La Francia marcha en el dia á la cabeza del movimiento y del progreso, y debe permanecer por mucho tiempo al frente de la civilizacion. El estado de prosperidad y tranquilidad interior que disfruta, se lo debe á Luis Felipe. Aunque el principio democrático es el dominante en la nueva dinastía, y aunque ha dejado de ser hereditaria la dignidad de par, el gobierno francés, declarado por el *justo medio*, ha sabido hacerla

respetar y reducir las facciones á su principio político, que es la libertad bien entendida.

LITERATURA FRANCESA.

Seria hacer en estremo difuso este capítulo si quisiéramos hacer remontar el orijen de la literatura francesa á los tiempos en que el latin, introducido en las Galias por los conquistadores romanos, llegó á ser la lengua vulgar, la lengua relijiosa, la lengua política, y la lengua de los sábios. Tampoco nos ocuparemos de la época de los Carlovinjios ni de la de los trovadores; porque todos estos oríjenes son demasiado oscuros y estan muy ocultos para poder ser controvertibles; creemos, pues, que no debemos hablar de lo que se llama literatura francesa, hasta el siglo XIII.

SIGLO XIII.—A este siglo se refieren las canciones galantes de Thibault, conde de Champaña, que murió en 1253, y la célebre novela de la *Rosa*, cuya primera parte fué escrita por Guillermo de Lorris, hácia el año de 1250, y la segunda por Juan de Meung, hácia el de 1300, sin diferencia alguna notable. Esta última obra encierra curiosos detalles de las costumbres contemporáneas, en medio de multitud de alegorias, de recuerdos de la antigüedad, y de chanzonetas contra los frailes de aquel tiempo. Háse dicho con razon de esta obra estraña, que era muy buena para consultar en ella la historia de las costumbres, pero insípida para leerla.

SIGLO XIV.—El monumento mas curioso de esta época, son las crónicas de Juan Froissart (nacido en 1333 y muerto en 1419), porque es el que mejor considera la política, las costumbres, los gustos, la vida social y la poesía. El historiador (asi se titula él mismo) escribe su histotoria solo de oidas, y sin inquietarse por el método ni por la esactitud. Recorrió la Italia, la Inglaterra y la Escocia, y en todas partes fué su primer cuidado recojer relaciones de fiestas y cañas, combates singulares, historias sorprendentes, y consignarlas en sus crónicas. El estilo de Froissart carece de adornos, pero no siempre de interés.

SIGLO XV.—En 1445 apareció Felipe de Commines (muerto en 1509), muy superior á Froissart. Este cronista no asiste á los acontecimientos de su tiempo con la indiferencia que su antecesor; sino que los ecsamina,

los aprueba ó los condena, y siempre con la mas loable imparcialidad. Sus memorias abundan en pormenores llenos de interés acerca de Cárlos el Temerario, Luis XI y Cárlos VII, y su tono es casi siempre noble y de buen gusto. En cuanto al estilo, á pesar de las espresiones anticuadas ya en el dia, es notable por su claridad, precision y enerjia. Con respecto á lo demas, asi por el mérito de su obra, como por la época de su muerte, este historiador pertenece al siglo siguiente.

Entre sus contemporáneos puede citarse tambien á Marcial de Aubernia, autor de las *Vijilias de la muerte del rey Cárlos VII*; al secretario de la casa de Cárlos VI y de la de Cárlos VII, Alano Chartier (1386—1458), poeta tan latino como francés, que en su tiempo fué llamado el padre de la elocuencia francesa; á Clotilde de Surville, madre tierna, que canta á su primer hijo, para dormirle, unas estancias en que respira el mas puro amor maternal; y á Cárlos de Orleans (1391—1465), el último poeta del feudalismo, que fué educado por Valentina de Milan, su madre, en la admiracion esclusiva de la novela *la Rosa*, de la cual tomó la mayor parte de sus personajes alegóricos. Tambien debemos de recordar aquí un nombre que Boileau ha colocado sobre todos los nombres de aquella edad, el de Francisco Villon, el primero que en aquellos siglos groseros supo desembrollar el arte confuso de los romanceros antiguos, y el primero tambien que dejó la galantería caballeresca, las alegorías, la metafísica, todo el lenguaje del espíritu, para entregarse á una espresion verdaderamente francesa. Villon tuvo el gran mérito de ser un afortunado novador.

Siglo xvi. — Durante los tres siglos precedentes, la literatura francesa se formó lentamente, y la poesía quedó muy atras de la prosa. Pero ya hemos llegado á una época de desarrollo, en que los poetas y los prosistas de este tiempo van á abrir á sus sucesores el camino que deberán seguir y perfeccionar solamente.

En poesía los tres nombres mas respetables de este siglo son: Clemente Marot, Ronsard y Malherbe. El primero (1495—1544) introdujo un metro regular, y descolló en las epístolas, en las canciones y en las redondillas. Sus epígramas están llenos de

delicadeza y finura. La epístola á Francisco I, en la que refiere cómo ha sido robado por su criado, pasa por la obra maestra de este poeta.

Pedro de Ronsard (1521—1585), ha dejado muchos versos, los cuales no son todos igualmente dignos de la reputacion de su autor. Si en él se halla númen y entusiasmo, una imajinacion brillante y fecunda, tambien se nota prolijidad é hinchazon. Ronsard fué colmado de favores por Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, y sus contemporáneos le proclamaron el poeta por escelencia; pero si fué muy admirado durante su vida, despues de su muerte fué bastante desdeñado, gracias á Boileau. He aquí el juicio que de él hace Fenelon: «Ronsard emprendió mucho á la vez. No hizo mal en tentar algunos nuevos senderos para enriquecer nuestra lengua y desanudar nuestra versificacion; pero con respecto al idioma nada llega á conseguirse sin la aprobacion de los hombres para quienes se habla: jamas deben darse dos pasos á un mismo tiempo; es necesario detenerse tan luego como uno ve que no le sigue la multitud.»

Por último llegó Malherbe (1555—1628), el cual siguió el lenguaje de Villon y de Marot, pero ennoblecido y fecundado por el conocimiento de las literaturas antiguas. Este autor pudo fijar la teoría del lenguaje poético, por su erudicion y por su maravillosa aptitud de teórico mas bien que de poeta. Únicamente es sensible que jamas se haya despojado de cierto pedantismo doctrinal (por lo que le llamaban en la corte *el tirano de las palabras y de las sílabas*), y que siempre haya sido mas sensible á la pureza del lenguaje que á todo lo demas: una prueba de esto fué la respuesta que dió á su confesor, el cual ecsortándole á morir, le preguntó en términos poco escojidos si no esperaba la felicidad de otra vida: «No me hableis mas, replicó Malherbe; porque me disgusta vuestro estilo.»

Hácia el fin del mismo siglo, supo crear Maturino Regnier (1573—1613) entre los poetas una lengua enérjica y precisa, llena de naturalidad, de vivacidad y muy jovial. Ha dejado algunas epístolas y sátiras en las cuales brillan admirables versos; y segun Boileau, ha sido de todos los poetas franceses el que mejor ha comprendido las costumbres y

el carácter de los hombres.

En prosa, los dos nombres mas célebres de este tiempo son los de Babelais y Montaigne. El primero (1483 1553), vivo, atrevido, sarcástico y algunas veces cínico, lanzó contra su época la sátira mas violenta. El buen humor del autor de *Pantagruel* es inagotable, y su burlona filosofía ataca audazmente la ambicion de los príncipes, el abuso de la dialéctica, el charlatanismo de los médicos, la sensualidad de los frailes, todas las estravagancias y vicios de sus contemporáneos. La prosa propiamente dicha, principió con él, y es el primero de los prosistas en quien se manifiesta el espíritu francés, que se habia descubierto hacia mucho tiempo en los versos de Villon.

El segundo (1533 1592) es un profundo pensador, un filósofo en medio de las guerras políticas y relijiosas, un escritor admirable, que define él mismo su estilo de este modo en sus *Ensayos*: «El lenguaje que me agrada, asi sobre el papel como en la boca, es el lenguaje sencillo y natural; el lenguaje suculento y nervioso, conciso, menos delicado y pulido que vehemente y brusco; tan desviado de la afectacion como del pedantismo.»

Despues de estos autores, tambien debemos hacer mencion de Amyot (1513—1593), traductor de los *Hombres célebres* de Plutarco; de la Boétie (1530—1563), amigo de Montaigne y autor de un *tratado sobre la servidumbre voluntaria*; de Charron (1541—1603), á quien su libro sobre la *Sabiduria* aseguró un lugar distinguido entre los escritores de su época; de Du Bellay, autor de una *Ilustracion* de la lengua francesa; del historiador Brantome (1527—1614); y por último, del presidente de Thou (1553—1617), que escribió sin acritud como sin lisonja, la *Historia de su tiempo*, desde 1545 hasta 1607.

Siglo xvii, *ósiglo de Luis XIV.* —Ya hemos llegado á la época de mayor gloria de la literatura francesa. Balzac (nacido en 1594 y muerto en 1654) constituyó la prosa francesa, como Malherbe constituyó la poesia; pero estaba reservado á Pascal hacerla llegar hasta sus últimos límites. Rotrou (1603—1650), uno de los creadores del teatro francés, preparó el camino á Corneille. En este siglo del jenio, hay una multitud de nom-

bres grandes, de los cuales solo citaremos los mas ilustres.

En poesía, Racan (1589—1670), en el jénero pastoril; Chapelain (1595—1674), autor del poema de la *Doncella*, criticado con demasiada amargura por Boileau; Pedro Corneille (1606—1684), que es con Moliere, el nombre que mas descuella en este gran siglo; Moliere (1622—1673), el mejor pintor del corazon humano, mas poeta que Aristófanes, mas cómico que Plauto, y mas dramático que Terencio; Quinault (1635—1688), tan maltratado por Boileau, pero rehabilitado por Voltaire y por La Harpe; La Fontaine (1621—1695), cuyas fábulas son todas obras maestras; Racine (1639—1699), menos trájico que Pedro Corneille, pero mas elegante y constantemente mas puro; Tomas Corneille (1625—1709), heredero de un nombre demasiado grande: Regnard (1655—1709), el primero de los poetas cómicos franceses despues de Moliere; y por último Boileau (1636—1711), justamente apellidado el *Legislador del Parnaso*.

En prosa, el filósofo *René Descartes* (1595—1650), que desde la edad de diezinueve años tuvo bastante fuerza de espíritu para atacar á Aristóteles y emprender la creacion de una nueva escuela: su mas hermoso título de gloria es su discurso sobre el *método*. Blas Pascal (1623—1662), jénio admirable que reunió el don de las ciencias esactas y las mas bellas facultades de la imajinacion. A los doce años, por medio de signos, creó las matemáticas; á los dieziseis hizo el mas sábio tratado sobre los conos, que se ha visto desde los tiempos antiguos; á los diezinueve redujo á máquinas una ciencia que ecsiste toda entera en el entendimiento: demostró los fenómenos de la gravedad del aire y destruyó uno de los mayores errores de la antigua física. A los veintitres años, habiendo concluido de recorrer el círculo de las ciencias humanas, y notando lo efímeras que son, volvió su pensamiento hácia Dios. Sus cartas provinciales serán un eterno modelo de los chistes mas perfectos, como del mas irresistible razonamiento. Antonio Arnauld (1612—1694), teólogo profundo, y el mas atrevido defensor de los jansenistas; Nicole (1625—1695), autor de los *Ensayos de moral*; Lancelot (1616—1695), redactor de la *gramática jeneral*: todos tres de

la célebre casa de Puerto Real, que ha servido de refujio á tantos hombres de mérito. La Rochefoucauld (muerto en 1680), que dejó el libro de las *Mácsimas*; La Bruyère (muerto en 1696), autor de la obra titulada *Caractéres*, uno de los mas bellos monumentos literarios de su siglo. Madama de Sevigné (falleció en 1696), á quien sus *Cartas*, llenas de gusto y sensibilidad, han designado un lugar honorífico entre los escritores de este tiempo. El padre Malebranche (1638—1715), metafísico; Bourdaloue (1632—1704); Bossuet (1627—1704); Flechier (1632—1710); Fenelon (que falleció en 1715), y Massillon (muerto en 1742), que ilustraron su silla y elevaron á tanta altura la gloria de la Iglesia.

SIGLO XVIII. — La literatura, que habia sido bajo el reinado de Luis XIV casi esclusivamente moral, relijiosa y monárquica, perdió estos tres caractéres: la filosofía sustituyó á la moral, la libertad relijiosa á la relijion, y al respeto por el trono la burla hácia el monarca. Haremos mencion primeramente de Fontenelle (1657—1757), que perteneció tanto al siglo anterior como á este, y escribió las *conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*. En seguida nombraremos á los autores mas célebres de esta época siguiendo el órden necrolójico.

En poesía: Juan Bautista Rousseau (1669—1741), autor de las *Odas* y de las *Cantatas*: Crebillon (1674--1762), poeta trájico, autor de *Electra y Radamisto*; Marivaux (muerto en 1763), de un talento despejado, pero lleno de pretensiones; Luis Racine (1692—1763), autor de los poemas de la *Relijion* y de la *Gracia*; Piron (1689—1773), cuya obra maestra es la *Metromania*; Gresset (muerto en 1777) que escribió *Vert-Vert* y la comedia del *Malvado*; Malfilatre (1733—1767), y Gilbert (1751—1780), compañeros de talento y de infortunio; y por último Voltaire (1694—1778), que abrazó todos los jéneros con buen écsito, y por el cual fué casi constantemente ocupada la escena literaria desde 1706 á 1779.

En prosa: Vertot (muerto en 1735) y Rollin (1661—1741), historiadores; Le Sage (muerto en 1747), novelista agradable; Vauvenargues (que falleció en el mismo año), mas elevado en sus *Pensamientos* que La Rochefoucauld, pero menos picante que La Bruyere; el canciller de

Aguesseau (1668—1751), que honró á la vez la majistratura y las letras; Montesquieu, el verdadero hombre grande de esta época, contribuyó mas que otro alguno á hacer ver los defectos de su siglo, y los medios posibles de mejora. En sus *Cartas Persianas* ataca la mezquindad, las preocupaciones y los vicios de su época; y en su obra sobre las *Causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, demuestra las funestas consecuencias de un gobierno vicioso, y la influencia de las costumbres depravadas en la suerte de los Estados; y en su obra inmortal *El espíritu de las leyes*, depositó un tesoro de conceptos notables y de profundas miras sobre el organismo de una lejislacion razonable y consecuente. Juan Jacobo Rousseau (1712—1778), el mas elocuente de los escritores de este siglo; Condillac (1715—1780), y el naturalista Buffon (1707—1788).

El siglo XVIII terminó para la literatura francesa con la llegada de la revolucion. La mayor parte de los autores que fallecieron despues de esta época, habian asegurado ya su reputacion antes de la tormenta revolucionaria: tales fueron Andres Chenier (1763—1794), Barthelemy (1716—1795), que en su *Viaje de Anacarsis*, trazó con elevado talento el cuadro de las costumbres y del jénio de los antiguos; Raynal (1711—1796), el audaz autor de la *Historia filosófica de las Indias;* Beaumarchais (1732—1799), autor del *Fígaro*; el abate Delille (1738—1813); y finalmente Bernardino de San Pedro (1737—1814), cuyos *Estudios sobre la naturaleza* y *Pablo y Virjinia* deben ser colocados en el rango de las obras maestras del idioma francés.

Siglo xix.—Las mejores obras de la literatura llamada del *imperio*, son las de madama Stael y de Benjamin Constant. En nuestros dias, y sin esperar á que el tiempo haya confirmado su nombradía, pueden citarse los nombres del poeta Beranger; del cantor de las *Meditaciones*, Lamartine; de los historiadores Guizot, Agustin Thierry, Mignet y Thiers; de Armando Carrel, escritor político, del abate de la Mennais; del autor de *Nuestra Señora de Paris*, Victor Hugo, y de Alfredo de Vigny; de Pablo de Cook, novelista chistoso y picante; cuyas descriciones de París son admirables por la esactitud con que estan pintadas las costumbres y los sitios de la

gran ciudad; de Eujenio Sué, autor de los *Misterios de París* y del *Judio errante*, cuyas obras tanta nombradía han valido á este escritor; de madama Dudevant, que tan conocida es en el mundo literario bajo el nombre de Jorje Sand, y que manifiesta en todas sus novelas una alma tierna y apasionada. Otros muchísimos nombres pudiéramos citar que hacen honor á la literatura francesa; pero los omitimos por no ser prolijos. Sobre todos ellos descuella el de M. Chateaubriand, que así en Francia como fuera de ella, es tenido por el primero de los prosistas del siglo XIX.

FIN DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

HISTORIA

DE ESPAÑA,

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA NUESTROS DIAS.

LIBRO DECIMOTERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Descricion jeográfica de España.—Montes.—Rios y lagos.—Clima y producciones naturales.—Carácter de los habitantes.—Idioma.—Gobierno.—Ejército y marina.—Divisiones políticas.—Division actual de España.—Division eclesiástica.—Division judicial.—Division militar.—Posesiones españolas fuera de Europa.

Descricion jeografica de España. — Antes de referir los grandes sucesos que han influido sobre la suerte de esta nacion, y variado tantas veces su constitucion y su estado, debemos echar una mirada sobre este bello pais y considerarle por un momento bajo de su aspecto físico.

Colocada al Mediodia de Europa entre los grados 36 y 44 de latitud N., y entre los 8° 36' y los 21° lonjitud E., está cortada por los Pirineos á la parte del N., y por los dos mares, á saber, Mediterráneo y Océano Atlántico, y con Portugal forma una península que en su parte jeográfica describiremos en comun: su circunferencia es de unas seiscientas treinta leguas contando desde los Pirineos por Cataluña hasta el Estrecho de Jibraltar que la separa del Africa doscientas dos leguas; desde Ji-

braltar hasta el cabo de san Vicente setenta y dos; desde allí hasta el cabo de Finisterre en Galicia, ciento cuarenta; desde este punto á Fuente-Rabía, al pie de los Pirineos, ciento treinta y seis; y finalmente desde la estremidad occidental de estas montañas hasta el mar Mediterráneo, en el promontorio que se llamó Venus, y hoy cabo de Cruces, ochenta leguas. Contando solo el territorio que posée en la península la reina de España, es su estension de doscientas diez leguas desde Tarifa al cabo de Ortegal, y doscientas desde Finisterre hasta el cabo de Creus; y todo él comprende quince mil y cinco leguas superficiales.

Montes. - Numerosas cadenas de montañas seguidas de grandes riberas que parten el suelo fértil y delicioso de España, varían sus vistas y multiplican sus sitios pintorescos. Su dependencia es mas regular que lo que parece, si se atiende á solas las cartas jeográficas. Muchos troncos que salen de los Pirineos y forman brazos, atraviesan la Navarra y se dirijen hácir el O. por Vizcaya hasta el cabo Ortegal, dejando á la derecha la Cantabria, Asturias y parte de Galicia, mientras que otras ramas siguen la direcciono puesta; una de ellas con el nombre antiguo de *Idubeda*, y hoy de *Oca*, atraviesa Aragon y Cataluña, estendiendo sus ramas hasta los confines de Valencia y Murcia. De los mismos Pirineos se producen otros troncos, como los que se introducen en Cataluña y Aragon formando montañas y puntas escarpadas de una elevacion considerable; tales son las que separan á las concas de Urjel de la de Llobregat, y finalizan en el famoso Monserrat; las fragosísimas sierras de Ribagorza, las que se estienden hasta cerca de Barbastro, las que desde Huesca á las orillas del Alcandre y del Cinca rematan en el Ebro cerca de Mequinenza, las de Jaca, la Higa de Monreal, y otras al S. E. de Pamplona. La punta mas alta de estas cordilleras es el monte Perdido, que los aragoneses llaman Tres Sorores, situada en la frontera setentrional de Aragon, y se eleva doce mil trescientos sesenta y dos pies sobre el nivel del mar, segun el naturalista Ramon, y que desde los ocho mil setecientos ochenta y dos está cubierta de nieve todo el año. El Canigut, en la raya de Cataluña tiene diez mil noventa y dos pies de elevacion. Ademas

de estas ramificaciones está cortada la península por otras montañas, cuya direccion es casi siempre paralela de E. á O., aunque con mas frecuencia de Nordeste al Sudeste; figuran con los brazos de los Pirineos un entretejido que divide vastas llanuras, separadas entre sí de modo que forman sitios capaces de sostenerse y defenderse independientemente unos de otros. Mr. Ling, que logró conocerlas, las llamó montañas intermedias. Dos llanuras las mas altas de España estan encerradas entre las ramificaciones de los Pirineos, y las separan de las cadenas paralelas de que acabamos de hablar, y que toman alli su oríjen. La primera se estiende por una gran parte de Castilla la Vieja y de Leon, formando, por decirlo asi, un terrazgo de la cadena setentrional de los Pirineos. Tampoco se encuentran allí mas que montañas de poca elevacion, escepto en la orilla meridional del Ebro, cuya longitud sigue una cadena secundaria de las montañas de Vizcaya que hemos señalado, y es causa de que este rio tome una direccion casi opuesta á los demas. La otra llanura ocupa una gran parte de Aragon, y viene á ser otro terrazgo de los Pirineos. Al O. de estas dos llanuras se levantan otras dos cadenas, de las cuales una pasa á Monte-Rey, en Galicia, y la otra, separando la España de Portugal, toma cerca de la ciudad de Montealegre, donde está muy alta, el nombre de sierra de Jerres, y se une cerca de Braganza con otra cadena muy elevada que se llama sierra de Sanabria, y se pierde en las llanuras de Leon. Las dos orillas del Duero estan ocupadas por muchas ramas de montañas que nacen desde el terreno de Salamanca, y siguen la direccion del rio á Portugal. Allí se distingue particularmente la sierra de Mara que está al Mediodia de la ciudad de Amarante, y la sierra de la Estrella, que son los montes mas altos. Esta cadena enorme se estiende y atraviesa la península desde Zaragoza hasta Guarda, donde se subdivide en otras ramas que se pierden alrededor de Coimbra, cerca del Océano. La sierra de Gata, que se pierde hácia Castilla la Vieja, es una ramificacion, ó mas bien una continuacion de este tronco, atravesado por otro no menos considerable, que principia desde el territorio elevado y llano de Castilla la Nueva, forma el puerto de Somosierra y la cadena de Guarda-

mar, á la cual suceden por grados inferiores la sierra del Pico y la montaña de Griegos, y despues por Sudeste las de Plasencia y de Coria, seguidas de otras hasta Portugal, donde se reunen á una cadena de montes calcáreos que se estienden á lo largo de las costas desde Coimbra á Lisboa.

Las llanuras de Castilla, sobre las que está situado Madrid, y que se pueden considerar como un terrazgo de las montañas de Guadarrama, se levantan en su parte occidental, asi como lo demas de Castilla, y forman nuevas montañas que principian entre el Tajo y el Guadiana con el nombre de Montes de Toledo, rodean la Estremadura, pasan á Guadalupe, Puerto de Miravete, y forman una especie de encadenamiento con la de Estremoz en Portugal, donde bajan á medida que se acercan al mar.

Otra cadena inmensa, paralela á la anterior, atraviesa una gran parte de la península con el nombre de Montes Marianos ó Sierramorena; principia al confin de Murcia, atraviesa todo el Norte de Andalucía, se levanta á una altura considerable en las fronteras de Portugal, por cuyo pais se estiende, y aun se eleva mucho mas cerca del mar en la sierra de Toya, alrededor de Monguica. Lo mas particular de estas montañas en el territorio de Guadalcanal, es que sus cimas son todas redondas unas con otras sin esceder-se en altura, y en esto se diferencian de las demas de España, especialmente de los Pirineos. Abrazando de una mirada estos montes y la Sierramorena, podrian compararse (como dice Mr. Bouvle en su introduccion á la Historia natural) aquellos al mar ajitado violentamente, y estas á una cascada de agua que abrevia su curso. La ramificacion mas meridional de las montañas de España es la que atraviesa el reino de Granada, y conserva casi siempre la misma direccion que las anteriores. Estos montes son tan altos que sus cimas estan casi siempre cubiertas de nieve bajo el clima mas cálido de España; se dirijen hácia Málaga, Jibraltar y Tarifa con los nombres de Calpe y Avila. Por la parte occidental de este tronco se desgajan las montañas de Ubrique y Grazalema, cuyo mas alto pico es el de san Cristóbal, con otras sierras inferiores, que son las de Algodonales, Montellano, Gastor, y la mayor de todas la Ser-

ranía de Ronda, en cuya cima no se derrite la nieve á veces en todo al año. Las ramas setentrionales de esta gran montaña son las sierras de Moron y de Jeguar, la de Tolox y de Mijas, que pueden considerarse como sus apéndices meridionales.

El rio Guadaljoroe, que cruza esta cordillera, separa la Serranía de Ronda de la de Araiz, la cual se enlaza con la de Alhama por un conjunto de rocas que se nombran el Torcal, y está en Sierra Tejada, que son casi tan elevadas como la misma Serranía de Ronda.

Pero la mas majestuosa de todas las montañas de este tronco es Sierranevada, que domina un vasto horizonte, y que conserva siempre las nieves en los puntos situados sobre nueve mil ciento ochenta pies de elevacion, los mas altos de los cuales son el Mulahacen, de doce mil setecientos sesenta y dos pies, y el picacho de Veleta, que tiene doscientos sesenta y cuatro menos que el anterior. Esta sierra finaliza por Levante en la de Filabres, asi como las de Gador y Contraviesa, que componen las Alpujarras, se prolongan unas diezisiete leguas desde Motril á Almería, con once leguas de anchura; la de Contraviesa dilata sus lomas hasta perderse algunas en el Mediterráneo. Al N. de Adra está el Cerrajon de Murtas, de cinco mil trescientos diez pies y en su estremidad occidental la sierra de Lujar, de seis mil ochocientos sesenta y un pies de altura, cubierta de nieve la mitad del año.

Tal es la disposicion de las principales ramas de los montes del territorio español. En sus vastos vacíos, formados por los intervalos de estas alturas, corren muchos rios y arroyos, de los cuales bastará nombrar los principales para hacer una descricion completa del suelo de España.

Rios y lagos.—Los principales rios de España son el Ebro, el Duero, Miño, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, Cinca y Segre: este último baja de hácia los Pirineos en Cataluña, donde reune las aguas de muchos rios y arroyos, y despues pasa á tributarlas con las suyas en la raya de Aragon al Cinca, el cual tiene su nacimiento en el valle Gistan en Aragon, y despues de haberse fomentado con las aguas del Ara, el Esera, el Vero, el Alcanadre, el Isuela y el Segre, se reune con el Ebro asi como

tambien el Ega, el Aragon, el Gállego, el Huerva, y otros muchos.

Ebro: este rio tiene su orijen en las montañas de Asturias, al pie de una torre antigua llamada Fontibre, á una legua de Reinosa; es el mas famoso de los que desaguan en el Mediterráneo; sigue casi siempre, en un curso de ciento treinta y siete leguas, la direccion de los Pirineos; recibe muchos rios considerables de Vizcaya, Navarra, Aragon y Cataluña, pais que riega con sus aguas limpias; su embocadura en el Mediterráneo es un poco mas arriba de Tortosa. Los navíos grandes no pasan de esta ciudad á causa de las rocas y bancos de arena de que abunda su madre en muchos sitios.

El *Duero* nace al N. de la ciudad de Osma, en el lago á la altura de una montaña, baja despues á las llanuras de Castilla la Vieja, atraviesa los reinos de Leon y Portugal, y desagua en el Océano cerca de Oporto, en medio de unas rocas muy escarpadas. En su curso de ciento dieziseis leguas recibe por su derecha las aguas de los rios Bros, Usero, Rejas, Pilde, Esgueva, Pisuerga, Badajoz, Sequillo, Valderaduey y Esla; y por la izquierda las del Tera, Rituerto, Escalote, Manzanares, Pedrio, Riaza, Duraton, Cojeces, Eresma, Zapardiel, Tormes, Agueda, Coa, Tabora, Paiba, y otros.

El *Miño* nace en la parte setentrional de Galicia, y despues de un curso de cincuenta leguas entra en el Océano entre esta provincia y Portugal.

El *Tajo* tiene su orijen en los montes nombrados la Muela de San Juan, al confin de Castilla y de Aragon, cerca de Albarracin; se dirije al O., atraviesa Castilla y Estremadura, y despues de haberse enriquecido con las aguas de muchos rios en el espacio de ciento y ocho leguas que corre por España, entra en Portugal, y vierte en el Océano de Lisboa por una boca de tres leguas de ancho, en lo cual no le iguala otro rio de España: un poco mas abajo de su orijen, su anchura no es mas que de quince pies, á causa de pasar por entre dos rocas de cuatrocientos pies de altura cortadas en pico, de las cuales la una está cubierta de plantas aromáticas, y la otra, al contrario, no presenta mas que trozos de mármol calcáreo sin la menor vejetacion.

El *Guadiana* tiene su orijen en las lagunas de Ruidera, jira hácia el N. O. como unas ocho leguas, luego se sumerje por siete, y vuelve á parecer en el lago llamado Ojos de Guadiana; sigue con direccion al O. y desemboca en el golfo de Cádiz, habiendo recibido por su derecha las aguas del Rianzares, Jigüela, Zancara, Bullaque, Estena, Guadarranque, Guadalupejo, Ruecas, Alcollarin, Vurdalo, Aljucen, Lacara, Alcazaba, Jebora, Odejebe, Odiarca, Oeiras y Odeleite; y por su izquierda el Azuer, Jabaon, Zuja, Guadalmez, Guadajira, Olivenza, Alcarrache, Ardila, Limas y Chanzas, con otros menores.

El *Guadalquivir* tiene su nacimiento en Sierrasegura, poco distante de Sierramorena, desagua en Sanlúcar en el golfo de Cádiz, despues de una carrera de cien leguas; en las cuales recibe por su derecha las aguas del Guadalimar, Guadiel, Escobar, Jándula, Yeguas, Arenales, Guadalmellato, Guadabarbo, Guadiato, Bembezar, Guadalbacar, Galajagar, Viar, Huelva, y Guadiamar; y por su izquierda el Vega, Guadiana menor, Jandulilla, Ninchez, Torres, Guadalbullon, Arjona, Porcuna, Guadajoz, Jenil, Corbones, Guadaira y Tajerete.

El *Júcar*, el *Cabriel* y el *Gallo* nacen en los montes nombrados Muela de San Juan, al O. de Albarracin.

El *Segura* brota en las sierras de Alcaraz, corre por los campos de Murcia, Orihuela y Alicante, entrando en el Mediterráneo cerca de esta ciudad. Ademas de estos rios hay en España otros muchos de poca consideracion, y un infinito número de arroyuelos que los van acrecentando, cuyas aguas fertilizan las campiñas que atraviesan. Mas de treinta arroyos corren alrededor de Granada, y mas de ciento alrededor de Badajoz. Sevilla debe principalmente á la calidad de sus aguas la mucha estimacion de sus tabacos. Treinta y cinco rios entre grandes y pequeños forman el jardin de Valencia, y otros muchos atraviesan de varios modos las llanuras de Murcia, adonde conducen la fertilidad y el adorno. Cataluña está dividida por cincuenta y dos arroyos, y la provincia de Guipúzcoa por mas de veintiseis. Hay muchos que tienen calidades notables, y son saludables en ciertas enfermedades.

Las mas recomendables aguas

medicinales son las de Cestona, en Vizcaya, las de Alhama, Graena, Cásares, Carratraca, Marmolejo y Lanjaron en Andalucía; las de Bañola, Caldas de Mombuy y Olesa en Cataluña; las de Alanje en Estremadura; las de Alhama, Tiermes y Panticosa en Aragon; las de Caldas de Reis, de Cuntis y de Tuy en Galicia; las de Archena, Bussote y Fortuna en Valencia y Murcia; las de Arnedillo, Caldas, Ontaneda, la Hermida, Viesgo, Béjar y Ledesma en Castilla la Vieja; y las de Trillo, Sacedon, Solar de Cabras, Puerto Llano, Hervideros, el Molar, Fuente de Oro, Espinoso y Saelices en Castilla la Nueva.

En España hay pocos lagos de consideracion; uno está cerca de Antequera y sus aguas se convierten en sal con el calor del sol. El lago de Béjar en Castilla la Nueva cria muchas truchas. En el de la Albufera (reino de Valencia) se crian esquisitos arrozales, y se dice que anualmente deja de renta á la corona cuarenta y cinco mil duros. El de Corbion sobre el monte, del mismo nombre, trae su orijen del Duero, y es el mas considerable de España. Su profundidad es tanta, que en muchos sitios no se ha podido encontrar fondo. Tambien es famoso el de la montaña de Gredos, entre Avila y Talavera, en Castilla la Vieja. El de Sanabria, cerca de Astorga, tiene una legua de largo y media de ancho; su profundidad aun nos es desconocida. En las montañas de Cuenca se encuentran muchos lagos de una agua muy limpia, y abundantes de buenos pescados. El lago mas bello de España es acaso el de Zonar, cerca de Córdoba, á causa del agradable aspecto que ofrecen en el bello clima de Andalucía los magníficos edificios, risueños jardines y verjeles establecidos en parte sobre el mismo lago, y parte sobre sus orillas.

Clima y producciones naturales.—El clima varía segun la disposicion de las provincias; es cálido y seco en las llanuras meridionales, y frio y húmedo en las montañas del Norte. Los vientos marítimos refrescan el aire por las costas, pero tambien hacen á veces su temperamento variado y mal sano. El que viene de Africa y sopla en Andalucía produce los efectos mas dañosos: si no se preservan de él, calienta la sangre y puede causar la rabia: este viento tan temible se llama *solano*; pero en

cambio es el clima de la Andalucía y de las provincias vecinas el mas delicioso que se puede encontrar; el cielo es allí claro, sereno, y de un azul hermoso. Esceptuando algunas montañas áridas, el suelo por lo jeneral es muy fértil. Tales son las bellas campiñas de Lérida y Barcelona, las llanuras coloradas de Tarragona y Tortosa, los deliciosos cercos de Zaragoza y Talavera, el terreno fecundo de Barbastro, Tarazona, Calatayud y Daroca, los jardines encantadores de Murcia, el rico territorio de Málaga, los campos agradables de Antequera, los pastos pingües de Sevilla, los campos esmaltados con flores olorosas de Córdoba y del cabo de San Vicente, de Ronda y de Cuenca; el suelo variado y fértil de Nebrija, de Valladolid, Medina, Pamplona, Alava y otros muchos pueblos.

Las mas de las montañas estan cubiertas de espesos bosques: las de Segura llenas de pinos muy elevados; las de Guipúzcoa suministran escelentes maderas de construccion. Las palmeras, tan raras en otras paises, son abundantes en España; en las cercanias de Elche, en Valencia, se encuentra un número prodijioso. Las algarrobas abundan tanto en el reino de Valencia, que se mantienen de ellas las mulas y los caballos. Las provincias de Murcia, Granada y Andalucía abundan de morales; estas y las de Valencia, Sevilla, y Plasencia hacen grandes cosechas de limones y naranjas. En Córdoba los caminos estan guarnecidos de naranjos, cidras y granados; el ciprés en muchos puntos llega á una altura considerable. Málaga, Alicante, Ribadavia, Sevilla, Córdoba y Jerez son ya hace mucho tiempo famosas por sus escelentes vinos. Desde tiempos antiguos se alaban los olivos de España; de ellos hay bosques enteros en el reino de Sevilla y otras partes. Las higueras, los almendros y demas árboles frutales que hay en otros paises de Europa, son en España de una calidad superior; lo mismo sucede con los granos, el arroz y el maiz. En algunas partes de Galicia, Vizcaya y Valencia se hallan muchos campos cubiertos de cáñamo y de muy hermoso lino. Tambien son famosas dos grandes campiñas de Cataluña y la Mancha por el junco y esparto que producen, llamados por los romanos *yerba ibera*. Muchas montañas y valles estan cubiertos de plantas aromáticas que esparcen á lo lejos un olor delicioso.

Los autores antiguos hacen mencion de la abundancia de miel y de carnes: alaban mucho las bellas castas de ovejas y caballos españoles, tanto que dieron motivo para decir que estos se enjendraban del viento. Sin duda de la escelencia conocida de la lana ha tenido tambien oríjen la fábula de los ganados de Jerion, quitados por Hércules. Sería dificil encontrar en otra parte una pesca mas abundante que en los rios y costas de España. Desde el tiempo de los romanos se habia hecho famoso el mar de Cartajena por los pescados llamados *escombros*, cuyo nombre ha pasado á una isleta vecina. El lago de Coria y el golfo de Valencia abundan de anguilas, y la costa de Cataluña está guarnecida de finísimos corales. Los mares de Vizcaya, Galicia y Portugal proveen de sardinas y de salmones. En las costas de Vizcaya y de Andalucía hay nácar y otras conchas en abundancia.

Si rejistramos lo interior de España ¿en qué otro pais se encuentra tanto oro y plata? Su abundancia atrajo á los fenicios, cartajineses, griegos y romanos. Otra prueba de que abundaba el oro aun en tiempo de los godos son las multas impuestas por las leyes godas, y que consistian en libras de este metal. Abundan tambien el estaño, cobre, plomo y hierro en Vizcaya y Cuenca. Es famosa la mina de Almaden por el mercurio y cinabrio, el cobre de Riotinto, el vitriolo y antimonio de Santa Cruz de Mudela. A estas producciones podemos añadir las piedras preciosas. Tales son las amatistas de Murcia y Vich, los rubíes, esmeraldas y jacintos de Portugal, los crisólitos de Andalucía, las ágatas del cabo de Gata y las turquesas de Zamora.

Caracter de los habitantes.—Los Españoles, descendientes de los antiguos Iberos, con los cuales se mezclaron sucesivamente los celtas, los fenicios, los cartajineses, los romanos, los jermanos y los árabes, se hacen notar por su adhesion á la relijion, por su arrogancia nacional, y por su patriotismo. En jeneral son serios é intelijentes: sin embargo, hay diferencias muy pronunciadas entre los habitantes de las diversas provincias: el castellano viejo, orgulloso, sobre todo en su nacimiento, es poco laborioso y partidario obstinado de las antiguas tradiciones; el castellano nuevo, aunque dominado tambien por el espíritu nobiliario, muestra mas dis-

posiciones para la industria; el valenciano es activo; pero sombrio: jeneralmente se le tiene por falso; el murciano es invariable en sus usos; el andaluz, por su espíritu vivo, su galantería, su lijereza y su amor á los placeres, descubre su orijen árabe; los catalanes son los mas laboriosos y aguerridos entre los habitantes de la península; pero tambien sus costumbres son las mas toscas: los demas españoles apenas los miran como miembros de la misma familia; bien que los catalanes nunca dicen que son españoles: el aragonés se distingue por su arrogancia é indolencia; el navarro, mas activo, por su rudeza unida á la franqueza y á la probidad; los vascongados, por su espíritu republicano, pero son apreciables é industriosos; los asturianos, poco amables, pero fieles, emigran á las demas provincias para buscar en ellas ocupacion y despues volver á su pais con sus ahorros; y los gallegos estan reputados como los mas pesados y groseros de todos los españoles.

Idioma.—La lengua española, asi como la portuguesa, tiene su orijen del latin, cuyas primitivas formas fueron cambiadas bajo la influencia de las lenguas jermánica y árabe; la lengua española es la que predomina en el pais, aunque se han conservado hasta nuestros dias algunos idiomas particulares como el *vasco*, que se habla al pie de los Pirineos, y el *catalan*, que está en uso en Cataluña, en parte de Aragon y de la provincia de Valencia, el cual tiene mas semejanza con el provenzal del mediodia de la Francia, que con el español puro ó castellano, del que es un dialecto.

Gobierno.—El gobierno de España es monárquico constitucional. La ley fundamental del Estado es la Constitucion de 1837, la cual garantiza los derechos, de los ciudadanos. Las leyes se forman en las córtes, divididas en dos cámaras ó cuerpos separados, el *Congreso de Diputados* y el *Senado*. Los diputados son elejidos por los ciudadanos á quienes la ley concede este derecho; y los senadores son nombrados por la corona, á propuesta de los mismos electores.

La corona de España es hereditaria para ambos secsos, y el monarca tiene la prerogativa de convocar, suspender y disolver las cortes, asi como la de dar ó negar su sancion á las leyes votadas por ambos cuerpos colejisladores.

Los reyes de España llevan el título de *Majestad católica*; el príncipe heredero el de *Príncipe de Asturias*, y los demas príncipes y princesas, sean hijos, hermanos, hermanas, tios ó tias del rey, se llaman infantes.

EJERCITO Y MARINA. — Sin contar el estado mayor jeneral ni la administracion militar, el ejército español se compone actualmente de ciento treinta y cinco mil cuatrocientos treinta y ocho hombres, divididos en esta forma:

Infantería.

Dos compañías de Alabarderos.	224
Injenieros: un rejimiento compuesto de tres batallones.	2630
Treinta y un rejimientos de tres batallones. . .	68146
Cuatro cuerpos de un batallon cada uno. . . .	2388
Cinco compañías sueltas.	500
Cincuenta batallones de milicias provinciales.	36100

Caballería.

Un rejimiento de coraceros.	562
Once rejimientos de lanceros.	6182
Seis rejimientos de cazadores.	3372

Artillería.

Quince brigadas de á pié con 60 baterias. . . .	5910
Seis id. de á caballo y montaña con 24 id. . .	2625
Cinco compañías de obreros de á 75 hombres.	375
Una compañía de armeros.	125

Guadia Civil.

Treinta y cuatro compañías de infantería y nueve de caballería. .	5769
Total.	135438

La marina militar, que ha ido en contínua decadencia desde la guerra con los ingleses á principios de este siglo, se compone actualmente de tres navíos, seis fragatas, tres corbetas de guerra, dos idem de transporte, ocho bergantines, dos idem de transporte, dos bergantines-goletas, diez goletas, una idem de transporte, cuatro buques menores y seis vapores. Estos cuarenta y siete buques contienen cuatrocientos ochenta y tres caño-

nes, doscientos cuarenta y dos oficiales mayores y de guerra, doscientos cincuenta y dos oficiales de mar y maestranza, ciento sesenta guardias marinas, setecientos setenta y seis hombres de tropa, y tres mil ciento ochenta y dos marineros.

DIVISIONES POLITICAS.

I. La antigua España se dividió en tiempo de los romanos, primeramente en dos partes, con los nombres de Citerior y Ulterior: la primera comprendia todo el territorio ecsistente desde Mujacra, junto al cabo de Gata, en el Mediterráneo, entre los reinos de Granada y Murcia, las costas de este mar, los Pirineos, Fuente-Rabía, el Océano Cantábrico y el Occidental hasta la desembocadura del rio Duero, el cual formaba límites hasta su union con el Pisuerga y el Adaja, frente de Simancas; desde aquí salia una línea al puente del Arzobispo, en el Tajo, y luego otra que llegaba al Guadiana, hácia Almagro, desde donde jiraba otra hasta Mujacra, cerca del mismo cabo, que cerraba el término de esta España Citerior.

La Ulterior se componia de todos los demas paises de la península.

II. Tambien se dividió la España en tiempo de los romanos en tres partes principales; Lusitana, Bética y Tarraconense. La primera tenia por límites á la parte del N. el Duero, desde su embocadura, al S. el Guadiana, al Poniente el Océano, y á la parte del Oriente, desde el Duero, frente de Simancas, en la union de dichos dos rios, salia una línea que jiraba por Avila al puente del Arzobispo, y desde aquí otra con direccion á Almagro, hasta cerrar en el mismo Guadiana; de modo que la Lusitana poseía á Zamora, Salamanca, Avila, Plasencia, Coria, Trujillo, y todas las demas poblaciones situadas en este recinto.

La Bética tenia por límites al N. y Occidente el Guadiana desde cerca de Almagro hasta su entrada en el Océano, y tambien este mar; por el S. confinaba parte de la Bética con el Océano y parte con el Mediterráneo, hasta Mujacra, pasado el cabo de Gata, y desde aquí salia una línea que llegaba al referido rio Guadiana por frente de Almagro.

La España Tarraconense comprendia todo el resto del territorio de la península.

III. La España fué toman-

do nuevas formas al paso que se iba arrojando de ella á los sarracenos ó moros, y puede contarse dividida en cinco estados ó reinos principales, que despues se han subdividido en otras muchas partes, de que haremos una lijera mencion.

1.° *Portugal,* reino separado del dominio de España, fué una de estas cinco partes: su territorio se encierra entre el rio Miño, en Galicia, una línea que pasa cerca de Braganza, Miranda y rio Duero que sirve de raya hasta su union con el Agueda, que tambien forma límites cierto trecho, y despues sigue dicha línea por frente de Ciudad-Rodrigo al Tajo, que igualmente sirve de confin hasta donde se le une el Ponsul, y desde este punto continúa por frente de Portalegre, Elvas, Badajoz, Jerez y Nodar, á la estremidad del reino de Sevilla, donde revuelve al O. á unirse con el Guadalquivir, que sigue formando límites hasta su entrada en el Océano por Ayamonte.

2.° *Reino de Leon*: toma este nombre de la ciudad de Leon su capital: era parte de él toda la Galicia y Asturias con sus costas hasta el Puerto de Llanes; de Castilla la Vieja todo lo que se comprende entre el bosque de Pernía y el rio Carrion hasta llegar al Pisuerga y entrar en el Duero, cerrando el distrito la ribera del Hueva y Regamon, y una línea tirada entre Salamanca y Avila, que atravesaba las montañas hasta Portugal. Despues se juntó al reino de Leon casi toda la Estremadura.

3.° *Reino de Navarra*: es el pais de los vascones, que confina con los Pirineos, el rio Aragon ó Agra, el Ebro, y otro pequeño rio que entra en él por bajo de Calahorra: este reino parece que en lo antiguo fué mas estenso que al presente.

4.° *Reino de Aragon*: se comprendia en él la Cataluña y Valencia.

5.° *Reino de Castilla*: en esta parte se incluía algun terreno de las Asturias, Santillana y toda la Cantabria, Logroño y Viana; muchos territorios y ciudades de Castilla la Vieja, Burgos, Osma, Soria, Avila, Segovia, el reino de Toledo, la provincia de Cartajena, Murcia, Cuenca, la Mancha, y casi toda la Bética, hoy Andalucía.

DIVISION ACTUAL DE ESPAÑA.

La Monarquía española se halla actualmente dividida en distritos, provincias, diócesis, y

territorios de audiencias. Al frente de cada una de las cuarenta y nueve provincias en que está dividida la España, se halla como representante del gobierno un jefe político, que depende del Ministerio de la Gobernacion: un intendente de rentas, sometido al Ministerio de Hacienda, y encargado de la recaudacion é inversion de los fondos públicos. Las cuarenta y nueve provincias se dividen ademas en cuatrocientos setenta y dos partidos judiciales; y en cada pueblo que es cabeza de partido residen un juez de primera instancia y un administrador de rentas.

DIVISION ECLESIASTICA. — El territorio peninsular comprende ocho arzobispados que son: el de Toledo, Sevilla, Granada, Valencia, Santiago, Tarragona, Burgos y Zaragoza, de los cuales dependen como sufragáneos cincuenta obispados.

Ademas ecsisten los obispados de Uclés y Leon, pertenecientes á las órdenes militares, y los obispos llamados esentos de Leon y Oviedo. En los dominios españoles de América se cuentan el obispado de Puerto Rico, el arzobispado de Cuba, del cual es sufragánea la iglesia de la Habana; y en Filipinas el arzobispado de Manila, del que dependen los obispados de Nueva Segovia, Nueva Cáceres, y Cebú.

DIVISION JUDICIAL. — Ademas de los diferentes juzgados militares, eclesiásticos y de rentas, la justicia se administra en España por jueces de primera instancia, los cuales residen, como ya hemos dicho, en las cabezas de partido, y conocen en las causas civiles y criminales: de las providencias de estos tribunales se apela ante las audiencias del reino, que son trece, á saber: la de Madrid, la de Albacete, la de Barcelona, la de Burgos, la de Cáceres, la de la Coruña, la de Granada, la de Pamplona, la de Oviedo, la de Sevilla, la de Valencia, la de Valladolid y la de Zaragoza. Cada uno de estos distritos judiciales comprende varias provincias.

Las audiencias que hay fuera de los dominios peninsulares son: la de Mallorca, que comprende las islas Baleares; la de Canarias, la de la Habana, la de Puerto Príncipe, la de Puerto Rico, y la de Manila en Asia.

DIVISION MILITAR.—La España está dividida militarmente en catorce capitanías jenerales, de las cuales cada una comprende varias provincias, á saber:

I. *Capitanía jeneral de Castilla la nueva*. Comprende las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Cuenca y Guadalajara. Castilla la Nueva está situada en el centro de la península española, y forma una llanura elevada entre la sierra de Guadarrama y Sierramorena. Esta llanura es la mas estensa de España; pero en ella la vejetacion se resiente mucho de la falta de agua. El calor es aquí sofocante en el estío, y el frio bastante intenso en invierno. Los habitantes de Castilla la Nueva tienen un aire grave y casi solemne; son indolentes y poco activos; pero fieles, jenerosos y con suficiente disposicion para las ciencias: en esta provincia es donde se habla con mas pureza el español, y en ella se halla la capital de toda la monarquía, que es

Madrid: situada á la orilla izquierda del Manzares, en medio de una llanura arenosa y estéril, es la residencia del Monarca desde el tiempo de Felipe II. Esta villa está cercada de murallas poco gruesas, y forma un cuadro irregular que encierra unos 200,000 habitantes. Nada de lo que ennoblece los alrededores de una gran ciudad, le sirve, por decirlo asi, de introd[illegible]sas de recreo, jardines, parques, palacios, nada de esto se encuentra á las puertas de Madrid, que parece aislado en un vasto desierto: es necesaria toda la magnificencia interior de la villa para borrar la desfavorable impresion que se esperimenta al llegar á ella. Sin embargo, los hermosos paseos cubiertos de arbolados, que de poco tiempo á esta parte se han establecido alrededor de la capital, dan á la poblacion un aspecto mas agradable que antes. Madrid es una de las ciudades mejor construidas de Europa, y si no posee monumentos preciosos de arquitectura, al menos sus principales edificios están construidos segun el estilo moderno mas correcto. Sus calles son anchas y bien empedradas con hermosas aceras y buen alumbrado por las noches. Entre los edificios mas notables de Madrid, debemos citar el Palacio real, uno de los mas hermosos de Europa, aunque no está concluido y carece de parques y jardines: la casa de Correos, la Aduana y el Museo de historia natural son tambien notables por su arquitectura. Hay un considerable número de iglesias, pero muy pocas en que pueda admirarse su estension ó belleza; y casi

todas están adornadas de magníficos cuadros de las escuelas española, italiana y flamenca, aunque gran parte de estas riquezas han sido transportadas á Francia. Madrid posee tres teatros, el del Príncipe, el de la Cruz y el del Circo; pero el mas magnífico de todos, y que no se halla todavía concluido, es el de Oriente, espacioso y bien construido, en el cual celebra actualmente sus sesiones el congreso de Diputados. Tambien posee Madrid dos bibliotecas, la biblioteca real, que contiene mas de doscientos mil volúmenes, con ciento cincuenta mil medallas, é infinidad de manuscritos, y la de San Isidro: trece academias, el mas rico jardin botánico de toda la península, un conservatorio de artes y oficios, dos museos, uno de historia natural y otro de pintura y escultura; un colejio de medicina y cirujía, una universidad, infinidad de establecimientos de instruccion, y muchos y escelentes hospicios.

Los dos principales paseos de Madrid son el Prado y el Buen Retiro; el primero está formado de varias filas de árboles paralelas, y adornado de ocho hermosas fuentes. A un lado del Prado está situado el Retiro, cuyos vastos jardines sirven tambien de paseo público.

Fuera de la puerta de Alcalá, al Oeste de la poblacion y cerca del Retiro, se halla la plaza de toros, que es un inmenso anfiteatro. Las otras ciudades mas notables de Castilla la Nueva son:

Toledo, una de las antiguas capitales del reino, con unos 14,950 habitantes: está situada á la orilla del Tajo en un valle estrecho y cercado de rocas: sus calles son angostas y tortuosas. En la edad media era la ciudad mas importante de España, y muchos antiguos y magníficos edificios atestiguan aun en el dia su pasado esplendor. Su catedral es uno de los monumentos mas notables de arquitectura gótica, y encierra los sepulcros de muchos reyes antiguos. El Arzobispo de Toledo tiene el título de primado de España.

Alcalá de Henares, con 4,500 habitantes, cuya universidad, fundada por el cardenal Jimenez de Cisneros en 1490, fué en otro tiempo la mas célebre del reino. En esta ciudad nació Miguel de Cervantes Saavedra, el ilustre autor del Quijote.

Guadalajara, con 6,736 habitantes, importante en otro tiempo por sus fábricas de paños.

do nuevas formas al paso que se iba arrojando de ella á los sarracenos ó moros, y puede contarse dividida en cinco estados ó reinos principales, que despues se han subdividido en otras muchas partes, de que haremos una lijera mencion.

1.° *Portugal*, reino separado del dominio de España, fué una de estas cinco partes: su territorio se encierra entre el rio Miño, en Galicia, una línea que pasa cerca de Braganza, Miranda y rio Duero que sirve de raya hasta su union con el Agueda, que tambien forma límites cierto trecho, y despues sigue dicha línea por frente de Ciudad-Rodrigo al Tajo, que igualmente sirve de confin hasta donde se le une el Ponsul, y desde este punto continúa por frente de Portalegre, Elvas, Badajoz, Jerez y Nodar, á la estremidad del reino de Sevilla, donde revuelve al O. á unirse con el Guadalquivir, que sigue formando límites hasta su entrada en el Océano por Ayamonte.

2.° *Reino de Leon*: toma este nombre de la ciudad de Leon su capital: era parte de él toda la Galicia y Asturias con sus costas hasta el Puerto de Llanes; de Castilla la Vieja todo lo que se comprende entre el bosque de Pernía y el rio Carrion hasta llegar al Pisuerga y entrar en el Duero, cerrando el distrito la ribera del Hueva y Regamon, y una línea tirada entre Salamanca y Avila, que atravesaba las montañas hasta Portugal. Despues se juntó al reino de Leon casi toda la Estremadura.

3.° *Reino de Navarra*: es el pais de los vascones, que confina con los Pirineos, el rio Aragon ó Agra, el Ebro, y otro pequeño rio que entra en él por bajo de Calahorra: este reino parece que en lo antiguo fué mas estenso que al presente.

4.° *Reino de Aragon*: se comprendia en él la Cataluña y Valencia.

5.° *Reino de Castilla*: en esta parte se incluía algun terreno de las Asturias, Santillana y toda la Cantabria, Logroño y Viana; muchos territorios y ciudades de Castilla la Vieja, Burgos, Osma, Soria, Avila, Segovia, el reino de Toledo, la provincia de Cartajena, Murcia, Cuenca, la Mancha, y casi toda la Bética, hoy Andalucía.

DIVISION ACTUAL DE ESPAÑA.

La Monarquía española se halla actualmente dividida en distritos, provincias, diócesis, y

territorios de audiencias. Al frente de cada una de las cuarenta y nueve provincias en que está dividida la España, se halla como representante del gobierno un jefe político, que depende del Ministerio de la Gobernacion: un intendente de rentas, sometido al Ministerio de Hacienda, y encargado de la recaudacion é inversion de los fondos públicos. Las cuarenta y nueve provincias se dividen ademas en cuatrocientos setenta y dos partidos judiciales; y en cada pueblo que es cabeza de partido residen un juez de primera instancia y un administrador de rentas.

Division eclesiastica. — El territorio peninsular comprende ocho arzobispados que son: el de Toledo, Sevilla, Granada, Valencia, Santiago, Tarragona, Burgos y Zaragoza, de los cuales dependen como sufragáneos cincuenta obispados.

Ademas ecsisten los obispados de Uclés y Leon, pertenecientes á las órdenes militares, y los obispos llamados esentos de Leon y Oviedo. En los dominios españoles de América se cuentan el obispado de Puerto Rico, el arzobispado de Cuba, del cual es sufragánea la iglesia de la Habana; y en Filipinas el arzobispado de Manila, del que dependen los obispados de Nueva Segovia, Nueva Cáceres, y Cebú.

Division judicial. — Ademas de los diferentes juzgados militares, eclesiásticos y de rentas, la justicia se administra en España por jueces de primera instancia, los cuales residen, como ya hemos dicho, en las cabezas de partido, y conocen en las causas civiles y criminales: de las providencias de estos tribunales se apela ante las audiencias del reino, que son trece, á saber: la de Madrid, la de Albacete, la de Barcelona, la de Burgos, la de Cáceres, la de la Coruña, la de Granada, la de Pamplona, la de Oviedo, la de Sevilla, la de Valencia, la de Valladolid y la de Zaragoza. Cada uno de estos distritos judiciales comprende varias provincias.

Las audiencias que hay fuera de los dominíos peninsulares son: la de Mallorca, que comprende las islas Baleares; la de Canarias, la de la Habana, la de Puerto Príncipe, la de Puerto Rico, y la de Manila en Asia.

Division militar.—La España está dividida militarmente en catorce capitanías jenerales, de las cuales cada una comprende varias provincias, á saber:

I. *Capitanía jeneral de Castilla la nueva.* Comprende las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Cuenca y Guadalajara. Castilla la Nueva está situada en el centro de la península española, y forma una llanura elevada entre la sierra de Guadarrama y Sierramorena. Esta llanura es la mas estensa de España; pero en ella la vejetacion se resiente mucho de la falta de agua. El calor es aquí sofocante en el estío, y el frio bastante intenso en invierno. Los habitantes de Castilla la Nueva tienen un aire grave y casi solemne; son indolentes y poco activos; pero fieles, jenerosos y con suficiente disposicion para las ciencias: en esta provincia es donde se habla con mas pureza el español, y en ella se halla la capital de toda la monarquía, que es

Madrid: situada á la orilla izquierda del Manzares, en medio de una llanura arenosa y estéril, es la residencia del Monarca desde el tiempo de Felipe II. Esta villa está cercada de murallas poco gruesas, y forma un cuadro irregular que encierra unos 200,000 habitantes. Nada de lo que ennoblece los alrededores de una gran ciudad, le sirve, por decirlo asi, de introduccion; casas de recreo, jardines, parques, palacios, nada de esto se encuentra á las puertas de Madrid, que parece aislado en un vasto desierto: es necesaria toda la magnificencia interior de la villa para borrar la desfavorable impresion que se esperimenta al llegar á ella. Sin embargo, los hermosos paseos cubiertos de arbolados, que de poco tiempo á esta parte se han establecido alrededor de la capital, dan á la poblacion un aspecto mas agradable que antes. Madrid es una de las ciudades mejor construidas de Europa, y si no posee monumentos preciosos de arquitectura, al menos sus principales edificios están construidos segun el estilo moderno mas correcto. Sus calles son anchas y bien empedradas con hermosas aceras y buen alumbrado por las noches. Entre los edificios mas notables de Madrid, debemos citar el Palacio real, uno de los mas hermosos de Europa, aunque no está concluido y carece de parques y jardines: la casa de Correos, la Aduana y el Museo de historia natural son tambien notables por su arquitectura. Hay un considerable número de iglesias, pero muy pocas en que pueda admirarse su estension ó belleza; y casi

todas están adornadas de magníficos cuadros de las escuelas española, italiana y flamenca, aunque gran parte de estas riquezas han sido transportadas á Francia. Madrid posee tres teatros, el del Príncipe, el de la Cruz y el del Circo; pero el mas magnífico de todos, y que no se halla todavía concluido, es el de Oriente, espacioso y bien construido, en el cual celebra actualmente sus sesiones el congreso de Diputados. Tambien posee Madrid dos bibliotecas, la biblioteca real, que contiene mas de doscientos mil volúmenes, con ciento cincuenta mil medallas, é infinidad de manuscritos, y la de San Isidro: trece academias, el mas rico jardin botánico de toda la península, un conservatorio de artes y oficios, dos museos, uno de historia natural y otro de pintura y escultura; un colejio de medicina y cirujía, una universidad, infinidad de establecimientos de instruccion, y muchos y escelentes hospicios.

Los dos principales paseos de Madrid son el Prado y el Buen Retiro; el primero está formado de varias filas de árboles paralelas, y adornado de ocho hermosas fuentes. A un lado del Prado está situado el Retiro, cuyos vastos jardines sirven tambien de paseo público.

Fuera de la puerta de Alcalá, al Oeste de la poblacion y cerca del Retiro, se halla la plaza de toros, que es un inmenso anfiteatro. Las otras ciudades mas notables de Castilla la Nueva son:

Toledo, una de las antiguas capitales del reino, con unos 14,950 habitantes: está situada á la orilla del Tajo en un valle estrecho y cercado de rocas: sus calles son angostas y tortuosas. En la edad media era la ciudad mas importante de España, y muchos antiguos y magníficos edificios atestiguan aun en el dia su pasado esplendor. Su catedral es uno de los monumentos mas notables de arquitectura gótica, y encierra los sepulcros de muchos reyes antiguos. El Arzobispo de Toledo tiene el título de primado de España.

Alcalá de Henares, con 4,500 habitantes, cuya universidad, fundada por el cardenal Jimenez de Cisneros en 1490, fué en otro tiempo la mas célebre del reino. En esta ciudad nació Miguel de Cervantes Saavedra, el ilustre autor del Quijote.

Guadalajara, con 6,736 habitantes, importante en otro tiempo por sus fábricas de paños.

II. *Capitania jeneral de Cataluña.* Comprende las provincias de Barcelona, Tarragona, Lérida y Jerona. El principado de Cataluña está situado al Este del reino de Aragon, y como él se estiende hasta el pie de los Pirineos, cuya inmediacion contribuye á hacer el clima menos cálido y mucho mas variable que en las provincias del Mediodia. El suelo, bañado por infinidad de canales de todas dimensiones, y bien cultivado, produce en abundancia trigo, lino, cáñamo, frutas, etc. La industria y sobre todo la fabricacion de la lana, del algodon y del papel, está mucho mas adelantada que en el resto de España. Los catalanes aman el trabajo, son valientes, infatigables en la guerra, orgullosos de sus cualidades, y tienden obstinadamente hácia sus antiguas franquicias.

Barcelona, capital del principado, con una poblacion de ciento cuarenta mil almas, es una de las mas ricas y hermosas ciudades del reino, y la primera plaza comercial despues de Cádiz. Se halla situada sobre la costa, y ademas de estar bien fortificada tiene una buena ciudadela y el castilo de Monjuí que la domina. Su puerto es seguro pero poco profundo: las casas que le rodean forman el arrabal llamado *la Barceloneta,* habitado por marineros, pescadores, trabajadores, etc.

Los edificios mas notables de esta ciudad son: los viejos palacios de los antiguos condes de Barcelona y de los reyes de Aragon, la Bolsa, el Teatro y la catedral. Posee un colejio de medicina, otro de injenieros, fábricas muy considerables de seda, lana, y algodon, una fundicion de cañones, etc. El número de habitantes es de 140,000.

A unas ocho leguas al Norte de Barcelona está Mont-Serrat, montaña escarpada é inculta, en la cual se hallan una docena de ermitas y un monasterio muy frecuentado por los peregrinos que van á visitar la milagrosa imájen de la Vírjen que allí se venera.

Las ciudades mas notables del principado son:

Tarragona (11,500 habitantes), ciudad fuerte situada sobre una altura escarpada cerca del mar; posee algunas ruinas de construcciones romanas.

Reus (26,035 habitantes), á dos leguas y media del mar, debe su acrecentamiento á su industria, pues hace unos cincuenta años era solo un villorrio.

Igualada (14,000 habitantes), importante por sus manufacturas de armas.

Tortosa (16,000 habitantes), ciudad fortificada y comerciante, situada sobre el Ebro.

Lérida (15,000 habitantes), plaza fuerte cuya ciudadela está situada sobre una roca inaccesible.

Mataró (25,000 habitantes); *Olot* (16,000 habitantes), y *Manresa* (9,000 habitantes), ciudades cuya principal riqueza consiste en sus manufacturas de seda y algodon.

Jeróna (15,000 habitantes), *Figueras* (5,000 habitantes) y *Rosas* (1,800 habitantes) son ciudades fronterizas fortificadas y muy importantes.

Urjel (3,500 habitantes), tiene un castillo que defiende el paso de Puigcerdá por el camino á traves de los Pirineos.

Cardona, notable por la roca de sal jema que se halla en sus inmediaciones; esta roca tiene quinientos cincuenta pies de elevacion y una legua de circunferencia.

Entre Urjel y Foix (Francia) está situado el valle de Andorra, que tiene veinte y cinco leguas cuadradas y 15,000 habitantes, el cual hace algunos siglos que forma una república independiente y neutra. Los seis comunes que componen este pequeño estado estan gobernados por un consejo electivo y por dos jueces superiores de los cuales uno es nombrado por el rey de los franceses y el otro por el obispo de Urjel. La capital de esta república es Andorra, que tiene 2,000 habitantes.

III. *Capitania jeneral de Sevilla.* Comprende las provincias de Sevilla, Cádiz, Córdoba y Huelva. El territorio de esta capitania jeneral, llamado tambien reino de Andalucía, está atravesado en toda su lonjitud por el majestuoso Guadalquivir (el Betis de los antiguos) y se distingue entre todas las provincias de España por su hermoso clima y lozana vejetacion. La cordillera de Sierramorena le separa al norte de Castilla la Nueva y de Estremadura; y la de Sierranevada le separa, al Sud, de la provincia de Granada. El pais es rico en oro, plata, cobre y plomo; pero la mayor parte de sus antiguas minas están aun abandonadas. Sus habitantes, en gran parte de orijen bético ó morisco: se distinguen por su carácter vivo, amable, ardiente, pero lijero. Los caballos andaluces se cuentan entre

los mas estimables del mundo.

Sevilla, capital de la capitanía jeneral, se halla situada en el centro de una dilatada llanura, á la orilla izquierda del Guadalquivir, que la cerca desde la puerta llamada de la *Barqueta* hasta el edificio de San Telmo, y disfruta de un clima benigno y delicioso, escepto en el rigor del estío en que el calor es muy sensible. Esta ciudad es una de las mas antiguas é importantes ciudades de España, y está construida en su mayor parte segun el estilo árabe. Entre el gran número de hermosos edificios que contiene, distínguese la catedral, obra maestra, llena de magnificencia, ricamente adornada de estátuas, de cuadros y con ochenta y dos altares. En esta iglesia se vé un sepulcro elevado á la memoria de Cristóbal Colon, con una inscricion que dice: *A Castilla y Aragon otro mundo dió Colon*; pero este monumento sepulcral no contiene las cenizas del célebre navegante, que ecsisten en la iglesia de Nuestra Señora en la Habana. Tambien debemos citar la *Jiralda*, torre que tiene trescientos sesenta y cuatro pies de elevacion; la lonja, el teatro, el alcázar, palacio morisco perfectamente conservado; el acueducto árabe compuesto de cuatrocientos arcos, la fundicion de cañones y la fábrica de cigarros. Las murallas que rodean la ciudad y las torres que la defienden. pasan por obra de los romanos. Sevilla tiene una universidad, una academia de bellas artes y varias bibliotecas. La poblacion asciende á 91,360 almas.

A una legua de Sevilla se halla la villa de Santi-Ponce, donde aun se ven las ruinas de la antigua *Itálica*, célebre por haber sido la patria de tres emperadores romanos, Trajano, Adriano y Teodosio.

Las otras ciudades mas notables de esta capitanía jeneral son:

Cádiz (58,225 hab.), célebre en la antigüedad bajo el nombre de *Gades*. La posicion de esta ciudad es no solo de las mas bellas de Europa, sino tambien de las mas favorables al comercio. Sus alrededores, donde se encuentran todas las ventajas de la civilizacion, ofrecen por el aspecto risueño de sus pueblos, la riqueza de las ciudades y la importancia de los puertos que contienen, un notable contraste con el resto de España. Cádiz está construido en medio del mar, á la estremidad de la Isla de Leon. Entre esta isla y el

continente forma el mar un soberbio puerto, bastante capaz para contener las flotas reunidas de toda Europa, protejido de todas partes por las baterías de la isla y del lado opuesto. Divídese en bahía de Cadiz y bahía de Puntales. Entre las fortalezas se distingue el Trocadero; Puerto Real es notable por sus vastas salinas. La pequeña isla de la Carraca encierra el arsenal de marina, y los astilleros. El agua potable se lleva de la linda ciudad del *Puerto de Santa María,* cuya poblacion es de 17,581 almas.

El comercio de Cádiz con la América era en otro tiempo mucho mas estenso que al presente. Sin embargo, continúa siendo para la España el centro de los negocios coloniales. En esta ciudad se halla gran número de comerciantes franceses, ingleses y alemanes. Es el único puerto donde no pudieron penetrar los franceses en la guerra de la independencia, aun despues de un sitio de cerca de dos años. Las calles de la ciudad son estrechas, pero cómodas y formadas de bonitas casas.

Isla de Leon ó de San Fernando (18,100 hab.), es una ciudad comercial, situada á dos leguas de Cádiz.

Córdoba, situada en la orilla derecha del Guadalquivir, era ya floreciente en tiempo de los romanos. Fué la cuna de los poetas Séneca y Lucano. En la época de la dominacion de los moros era la capital del reino; pero de todo su esplendor pasado no le queda mas que su catedral, monumento único en su jénero, construido por los árabes, á los cuales sirvió de mezquita. Es un inmenso rectángulo, dividido interiormente en diezinueve naves, con ochocientas cincuenta columnas de mármol y cien capillas. La ciudad de Córdoba tiene 56,957 habitantes.

No muy distante de Córdoba se hallan las nuevas poblaciones de Sierramorena que son: la Carolina, la Carlota y la Luisiana, colonias alemanas que han hecho grandes servicios á la agricultura, cambiando aquellas comarcas desiertas en campos fértiles. Estas poblaciones contienen unos 8,000 habitantes.

Ecija (34,727 hab.) está colocada sobre el Jenil, y es importante por el cultivo del algodon.

Sanlúcar de Barrameda, con 17,000 habitantes, se halla en la embocadura del Guadalquivir, y en cierto modo es el puerto de Sevilla.

Carmona (20,296 hab.) está situada en una altura y rodeada de una fértil vega.

Osuna, (15,000 hab.) se halla situada al pie de una cadena de colinas en una llanura estensa cuyo terreno es de los mas fértiles de Andalucía. Su principal industria son los molinos de aceite.

Aljeciras (15,829 hab.) está situada á la orilla del mar en la costa occidental de la bahía de Jibraltar á legua y media de dicha plaza. En esta ciudad reside el comandante jeneral del campo de San Roque.

IV. *Capitanía jeneral del reino de Valencia.* Comprende las provincias de Valencia (reino), Alicante, Murcia (reino), Albacete y Castellon de la Plana. El reino de Valencia, situado al Sud de Cataluña, está formado de una costa larga y estrecha sin puertos practicables. El clima es benigno y agradable, los habitantes son alegres é industriosos; su infatigable actividad ha transformado esta provincia en un vasto jardin. La huerta de Valencia, regada por infinidad de acequias, es de una fertilidad admirable. En estas provincias abunda el vino; pero el mas estimado de todos es el de Alicante: ademas produce el pais granos, aceite, arroz, dátiles, higos y seda en abundancia, cuya fabricacion es la principal industria de los habitantes.

Valencia, capital de la provincia, está situada en una hermosa llanura sobre la orilla derecha del Turia: cuenta 115,714 habitantes, inclusos los cinco arrabales sumamente poblados que hay fuera de los muros. Las calles de esta ciudad son estrechas y tortuosas; y las dos ó tres plazas grandes que hay en ella son irregulares. Entre sus edificios mas notables deben citarse *El Real*, la catedral y la iglesia del *Temple*. Tiene una universidad, la mas frecuentada de España, una academia de nobles artes, un teatro anatómico y cinco hospitales. La fabricacion de la seda ocupa cerca de veinticinco mil obreros.

El puerto del Grao, á corta distancia de la ciudad, tiene una rada que sirve de puerto á Valencia.

Cuatro leguas al norte de Valencia, y cerca del mar, se halla la villa de Murviedro con 6,273 habitantes, notable por las ruinas que encierra. Está situada en el mismo terreno que ocupó la célebre Sagunto, que fué destruida por Annibal despues de

un sitio obstinado, en que los habitantes, reducidos á la desesperacion, pusieron fuego á la ciudad y se arrojaron en medio de las llamas. Entre las ruinas que aun se conservan y que atestiguan su grandeza pasada, se cuenta el teatro, el circo y muchas lápides y medallas. Tambien los árabes han dejado huellas de su presencia en esta comarca, pues aun se ven en el dia sobre las colinas que dominan la poblacion, los hermosos restos de siete fortalezas construidas por ellos.

Alicante, capital de la provincia de su denominacion, con 25,243 habitantes, está situada en el centro de la bahía de su nombre al pie de un cerro elevado. No tiene puerto propiamente dicho, sino una rada bastante segura. Los alrededores de la ciudad son áridos y de terreno salitroso. Es la ciudad mas mercantil de España despues de Cádiz y Barcelona, y su comercio consiste principalmente en pasas, aguardiente, vinos, seda y lana fina.

Reino de Murcia. Está situado al Norte de la provincia de Granada, y cortado en todas direcciones por los montes de Cuenca. A no ser por la estrema sequedad que se esperimenta en este pais y la indolencia de sus habitantes, pudiera ser uno de los mas productivos de España. Su clima es muy semejante al de Andalucía. El Valle del Segura, cuyo rio atraviesa por el centro de la provincia, debe citarse como el mas fértil y mejor cultivado.

Murcia (35,000 hab.) situada á orillas del Segura, es la capital, y está construida segun el estilo árabe: en el dia es importante por sus manufacturas de seda.

A nueve leguas de Murcia está la ciudad de Cartajena, situada en un anchuroso seno que forma el Mediterráneo en el campo de su nombre. Esta ciudad es plaza de armas fortificada con varios castillos y fuertes asi por la parte del puerto como en las alturas que la dominan: tiene 36,752 habitantes. Las medallas, inscriciones, estátuas anfiteatros y demas monumentos antiguos, que hoy ecsisten, recuerdan sus glorias pasadas.

Albacete, capital de la provincia de su nombre, está situada sobre el camino real de Valencia á Madrid, en una espaciosa llanura fortificada por las aguas de un canal muy copioso: el terreno produce granos, vino, patatas, azafran, etc. Su principal

industria consiste en la fabricacion de navajas, cuchillos y puñales. Tiene 11,374 habitantes.

Castellon de la Plana, capital de la provincia de su nombre, está situada en una llanura á una legua del mar. Lo ameno y templado de su término, la abundancia y variedad de sus frutos, las hermosas calles y edificios que tiene, la constituyen una de las mejores poblaciones de la provincia.

V. *Capitanía jeneral de Aragon*. Comprende las provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel. El reino de Aragon, situado al pie de los Pirineos, está atravesado por diferentes ramificaciones de dichos montes, entre los cuales forma un ancho valle el rio Ebro. La navegacion de este rio desde Tudela á Zaragoza se facilita por el canal imperial, contruido por Carlos V, que sirve al mismo tiempo para regar los campos inmediatos. El clima de Aragon es mas ríjido que el de Castilla. Las principales producciones del terreno son: el trigo, el aceite y las frutas: la industria está muy poco adelantada en este reino.

Zaragoza, que es la capital, se halla á la orilla derecha del Ebro y encierra 62,300 habitantes. Entre los muchos y magníficos templos que contiene Zaragoza, se distinguen el de nuestra Señora del Pilar, que es la catedral; la lonja, edificio suntuoso, reducido á un gran salon con su linterna, doble galeria de arcos y considerable número de columnas dóricas; la universidad literaria, y el teatro, que es uno de los mejores y mas cómodos por la anchura de sus corredores y elevacion en sus tránsitos. Esta ciudad abunda en paseos deliciosos. Sus principales manufacturas son las de seda y lana.

Huesca, capital de la provincia de su nombre, contiene 9,200 habitantes. Hay en esta ciudad una universidad, un seminario conciliar, otros dos colejios, un coliseo y una plaza de toros. El terreno produce trigo, cebada, avena, maiz, aceite, cáñamo y pastos.

Teruel, capital de la provincia de su nombre, estuvo antiguamente fortificada y aun conserva parte de sus viejos muros: sus calles son limpias y bien empedradas: el mejor edificio que tiene esta ciudad es el que fué colejio de la compañía de Jesus, y que en la actualidad sirve de seminario conciliar. La vega de Teruel, que

riega el rio Guadalaviar, está bien cultivada. La poblacion de Teruel se compone de 4,305 almas.

VI. *Capitania jeneral de Granada.* Comprende las provincias de Granada, Málaga, Almeria y Jaen. El reino de Granada está atravesado por Sierranevada y las Alpujarras, y bañado por el Mediterráneo. El clima en las costas de esta provincia es casi el mismo que el de Africa: hállanse en ellas, entre otras plantas propias de dicha zona, el algodonero, la caña de azúcar y las palmeras. Las Alpujarras suministran considerable cantidad de plomo.

Granada, capital del reino de su nombre, está situada al pie de Sierranevada sobre unas colinas bañadas por el Jennil y el Darro: fué muy floreciente en tiempo de los moros, durante cuya dominacion llegó á tener 400,000 habitantes; pero en el dia apenas cuenta 80,000. La ciudad puede dividirse en cuatro partes que son: la ciudad propiamente dicha con sus hermosos edificios, sus plazas públicas y seis fuentes; el antiguo palacio de la Alhambra, situado sobre una colina, y los dos arrabales el Albaicin y la Antequeruela, habitados en su mayor parte por los trabajadores en el arte de la seda y otros. Segun la costumbre árabe, todas las casas de alguna importancia tienen fuentes en sus patios que estan entoldados, formando estancias deliciosas para preservarse del calor en el estío. El punto mas interesante de la ciudad es la colina de la Alhambra, sobre la cual, ademas del palacio construido por Carlos V, que ya principia á arruinarse, está situado el famoso palacio de la Alhambra, antigua residencia de los reyes moros: este edificio es la mejor muestra que ecsiste de la arquitectura árabe. Aunque Cárlos V destruyó una parte de este monumento para emplear los materiales en la construccion de su palacio, aun queda bastante de él para escitar nuestra admiracion. Esteriormente nada tiene de notable sino el espesor de sus muros y la solidez de las torres de que está rodeado; pero el interior es admirable así por el esquisito gusto como por el lujo estraordinario de su construccion. Aun se ven dos vastos patios cuyo pavimento es de mármol, rodeados de columnas y decorados en su centro con magníficos estanques. Tambien se conserva gran parte de las habitaciones, los baños, la sa-

la de los Abencerrajes, el salon de oro, la puerta del santuario del Coran, la sala de las dos hermanas, etc.; donde estan desplegadas con profusion todas las riquezas de la pompa oriental. Mas arriba de este palacio y en la cima de la misma colina, se halla el Jeneralife, palacio de recreo, igualmente árabe, rodeado de jardines, adornado de estanques y fuentes. En la catedral de Granada se hallan enterrados en dos suntuosos sepulcros D. Fernando y doña Isabel en uno, y en el otro D. Felipe I y su esposa doña Juana la loca. La fértil vega de Granada, sembrada de multitud de poblaciones pequeñas, y regada por varios rios, produce toda especie de hortalizas y frutas esquisitas, lino cáñamo, seda, vino y alazor: en sus inmediaciones se encuentran muchos minerales, y una estraordinaria variedad de preciosos mármoles y jaspes.

Málaga, capital de la provincia de su nombre, está situada en la costa del Mediterráneo, en el centro de una ensenada que forman los montes que se hallan al Norte y Oeste. Esta ciudad cuenta 51,889 habitantes, inclusos los de la Alcazaba. Entre sus edificios mas notables deben citarse la catedral, obra suntuosa del órden compuesto, pero que aun se halla sin concluir; la aduana y el palacio episcopal. El puerto de Málaga es uno de los mas interesantes del Mediterráneo. La industria de los habitantes consiste en toda especie de artes y oficios, fábrica de jabon, sombreros, curtidos, loza, lana, hornos de fundicion de hierro, tejidos de seda de todas clases, etc., etc. En los alrededores de Málaga se encuentran muchos jardines, huertas, paseos, casas de recreo, haciendas y lagares. Su fértil vega de cuatro leguas de estension, y regada por el rio Guadalorce, produce toda especie de granos, legumbres, frutas, hortalizas, almendras, algodon, mucha cochinilla, azúcar y escelentes vinos. El comercio mas importante de Málaga es el de sus esquisitos vinos y ricas pasas que esportan para América y el estranjero.

Almería, ciudad capital de la provincia de su nombre, es puerto de mar, que fué muy floreciente en tiempo de los moros: carece de muelle; pero todavía se conservan algunos vestijios del que construyeron los árabes. Tiene 21,683 habitantes, una catedral, seis parroquias, un colejio y un castillo llamado la Al-

cazaba, obra tambien de los árabes. Toda la costa que se estiende desde Malaga hasta Almería, produce en abundancia jéneros coloniales.

Jaen, capital de la provincia de su nombre, se halla situada al pie de Sierranevada. Las calles de esta ciudad estan bien empedradas y limpias: tiene dos plazas principales, cuatro mas pequeñas, y dieziocho fuentes. Su catedral es magnífica, y ocupa el mismo sitio de la antigua mezquita de los árabes. En Jaen hay una biblioteca y un museo de pintura y escultura. Las murallas que rodean la ciudad, asi como el castillo y otras obras de defensa, fueron construidas por los árabes.

Las otras poblaciones mas notables de la capitanía jeneral de Granada son:

Andújar (12,000 habitantes), situada á orillas del Guadalquivír, en una llanura cubierta de viñas y olivares.

Baeza (14,265 habitantes), y *Ubeda* (15,774 habitantes), cuya principal industria es la cria del ganado caballar.

Velez Malaga (14,000 habitantes), puerto de mar.

Ronda (18,680 habitantes), está construida sobre una roca cortada en dos partes y abierta á pico, formando un canal de estraordinaria profundidad que sirve de cauce al rio Guadaira.

Motril (12,000 habitantes), villa marítima de mediana estension y mal construida, aunque notable por sus iglesias y otros edificios, así como por su industria y comercio.

VII. *Capitanía jeneral de Castilla la Vieja*. Comprende las provincias de Valladolid, Palencia, Salamanca, Zamora, Avila, Oviedo, y Leon. Castilla la Vieja está situada al Norte de Castilla la Nueva, y atravesada en todos sentidos por montañas. La agricultura, limitada á las llanuras, está poco floreciente: su comercio é industria son casi nulos. Los habitantes, son honrados, serios y reservados. La capital de esta capitanía jeneral y de su provincia es

Valladolid, ciudad situada en una estensa llanura y dilatado valle, á la orilla izquierda del rio Pisuerga: su clima es templado, aunque algo rigoroso y húmedo en invierno, y sujeto á muchas nieblas. Tiene unos 21,000 habitantes, una universidad, un colejio de artillería, una academia de nobles artes, un liceo artístico y literario, un teatro y varias fábricas, entre ellas una de fundicion de hierro

y otra de papel contínuo. Valladolid tiene ademas muchas iglesias, cuatro hospitales, un hospicio y un palacio real.

Entre los principales edificios de esta ciudad, merece el primer lugar su catedral, obra de Juan de Herrera, aunque la dejó sin concluir. El edificio de la universidad es escelente: su hermosa fachada está adornada de elegantes estátuas, que representan las ciencias. Valladolid tiene tres hermosos paseos, que son: el Campo grande, el prado de la Magdalena y el llamado del Espolon. La plaza mayor es notable por sus soportales sostenidos por altas y corpulentas columnas de figura cilíndrica, de una sola pieza de piedra cardenosa.

Palencia, capital de la provincia de su nombre, está situada á orillas del rio Carrion, en una espaciosa llanura: su clima es frio, pero saludable por la pureza de sus aires. La ciudad está rodeada de una muralla antigua: sus calles son estrechas, aunque claras, y jeneralmente rectas. Hay cuatro fuentes públicas y hermosos paseos. Tiene Palencia un seminario conciliar, una sociedad económica y un hospital. Su catedral es una de las mejores y mas hermosas de España. Esta ciudad encierra 10,813 almas. Su término produce muchos granos, y su principal industria consiste en las fábricas de lana de la Puebla.

Salamanca, capital de la provincia de su nombre, está situada á la orilla derecha del rio Tormes, sobre tres pequeñas colinas. El clima es frio y desigual, pero saludable. Su poblacion es de 13,686 habitantes. Las calles son malas en jeneral; hay muchos y buenos edificios, aunque algunos están arruinados. La iglesia catedral es magnífica y elegante, y de estilo semi-gótico. La universidad de Salamanca, fundada en 1239, ha producido muchos hombres grandes, y era tal su celebridad en otros tiempos, que de todos los paises de Europa acudian estudiantes á sus aulas; pero al presente apenas cuenta cuatrocientos alumnos. El término de Salamanca es fértil en granos y legumbres, y en él se cria mucho ganado vacuno, lanar, cabrío y de cerda.

Zamora, capital de la provincia del mismo nombre, cuenta 9,898 habitantes; y tiene iglesia catedral, tres hospitales, un hospicio y un palacio episcopal. Junto á este palacio se conservan aun los restos del que habi-

tó Don Rodrigo Diaz de Vivar, que aun hoy le llaman la casa del Cid.

Avila, capital de la provincia de su nombre, está cercada de murallas bien conservadas, que contienen 4,976 habitantes. Sus calles son poco rectas, pero estan bien empedradas y limpias: las casas presentan un aspecto triste á causa de la piedra negruzca de que están construidas. Esta ciudad tiene un palacio episcopal de buena construccion, un seminario, un hospital, una iglesia catedral, paseos y buenas fuentes. Su industria se halla al presente en la mayor decadencia, aunque en la real fábrica se conservan escelentes máquinas de hilar, cardar y tundir, con el movimiento del agua.

Oviedo, capital del principado de Asturias, está situada en una colina, resguardada por la cuesta de Naranco. Tiene 10,460 habitantes. Sus calles son buenas y entre sus principales edificios se distinguen la catedral, varios conventos de monjas, la universidad literaria, el castillo, las casas consistoriales, el hospicio, la casa del duque del Parque, donde está la fábrica de armas, la del marqués de Camposagrado y otras muchas. Oviedo tiene once fuentes públicas, buenos paseos y un teatro. Sus establecimientos científicos son: la universidad literaria, con una biblioteca, una escuela normal, seminario de maestros, y cuatro de primeras letras; una sociedad económica, y bajo su proteccion las cátedras de química y jeometria aplicadas á las artes, y una escuela de dibujo. El comercio de esta ciudad es muy limitado. Hay en ella cinco fábricas de curtidos y dos de sombreros. La principal riqueza de Asturias consiste en ganados, frutas y aceite.

Leon, capital de la provincia de su nombre, y antigua residencia de sus reyes, tiene unos 8,000 habitantes, y una iglesia catedral reputada por la principal de España. Sus calles son regulares, pero sus plazas imperfectas, escepto la plaza mayor que es hermosa, y forma un cuadro perfecto. El teatro de esta ciudad, aunque capaz y decente en lo interior, esteriormente es despreciable y está confundido con los demas edificios. La ciudad es abierta, pues la muralla que antiguamente la cercaba ya no ecsiste en su mayor parte.

VIII. *Capitanía jeneral de Galicia*. Comprende las provincias de la Coruña, Lugo, Orense

y Pontevedra. El reino de Galicia, al Noroeste de España, es muy montañoso, pero bien cultivado por sus habitantes. Los gallegos son sóbrios, activos y buenos soldados. Los que permanecen en el pais se ocupan asíduamente en la agricultura, en el comercio y en la cria de ganados; pero como la poblacion (mas numerosa relativamente que la de las demas provincias) escede á los recursos locales, cada año abandonan sus montañas mas de diez mil gallegos, que van á buscar trabajo á otros puntos de España ó Portugal; y luego que han ahorrado algun dinero, vuelven ordinariamente á sus hogares, y lo emplean en la compra de algunas tierras, ó en algun comercio.

Coruña, ciudad fuerte, capital de la provincia de su nombre, y residencia del capitan jeneral y demas autoridades superiores, contiene 15,415 habitantes. La poblacion se divide en dos partes que son la ciudad, situada en la parte alta, y en pescaderia, que ocupa la parte mas baja. Los principales edificios de la ciudad alta son la casa de la audiencia, la iglesia que fué de los dominicos y la colejial, de órden gótico. En la ciudad baja los edificios mas notables son la aduana, el teatro y la fábrica de manteles adamascados. Las calles son cómodas, aunque poco rectas. Uno de los mejores puertos de guerra de España es el de la Coruña: vése en él, sobre una altura, la torre de Hércules, que sirve de faro, cuya construccion han atribuido muchos anticuarios á los fenicios. Las producciones agrícolas del pais se reducen á algun trigo, maiz y mucha hortaliza: hay escelentes carnes y pescados esquisitos.

La principal industria de los habitantes es la fabricacion de lienzos y la pesca. En la fábrica de cigarros se emplean diariamente mas de dos mil mujeres.

Lugo, capital de la provincia de su nombre, está situada á la márjen izquierda del Miño, en un terreno llano y apacible, y contiene 7,209 habitantes. Las calles son bastante regulares, estan empedradas y limpias: hay dos plazas grandes de las cuales la mayor tiene unos soportales bien enlosados que sirven de paseo, diez plazas pequeñas y tres fuentes públicas de buena y abundante agua. A la orilla del rio hay unos baños minerales calientes, que conser-

van vestijios de suntuosos edificios antiguos: la calidad de sus aguas es tal que desde lejos se percibe el olor del azufre de que corren teñidas sus aguas. El terreno de Lugo produce en abundancia centeno, patatas, nabos, lino, algun trigo y buenas frutas: tambien abunda la caza, y el Miño abastece de sabrosos pescados. Hay hermosos prados en los cuales se apacienta y cria mucho ganado vacuno, caballar, mular, cabrío y lanar.

Orense, capital de la provincia de su nombre, está situada como la anterior á la izquierda del Miño, sobre un cerro pequeño. Las calles de esta ciudad son llanas en su mayor parte, bien empedradas y con hermosas aceras: sus edificios nada ofrecen de notable, escepto la catedral, de estilo gótico y de bastante regularidad en lo interior. Tiene esta ciudad unos 6,000 habitantes y un seminario conciliar incorporado á la universidad de Santiago, con todas las cátedras que prescribe el último plan de estudios.

A un cuarto de legua de la ciudad están los baños termales de las Caldas, y los de Mende, muy buenos para las enfermedades cutáneas y nerviosas; tambien hay una fuente llamada del Obispo, cuyas aguas curan las obstrucciones.

El terreno de esta provincia produce vino de buena calidad, trigo, centeno, maiz, y toda clase de frutas.

Pontevedra, capital de la provincia de su nombre, está rodeada de una antigua y gruesa muralla: las calles de esta villa son anchas, rectas, limpias y bien empedradas. Su poblacion no pasa de 4,200 habitantes, cuando antes contaba mas de 7,000. En los alrededores de la villa hay infinidad de quintas, caserios, huertas y paseos. Las otras ciudades principales de Galicia son:

Santiago (28,000 habitantes), situada en un terreno muy desigual, hace que sus calles y edificios presenten un gran desnivel. Hay en esta ciudad una catedral, dos colejiatas, una universidad con una magnífica biblioteca y un gabinete de física. Tambien hay muchas y abundantes fuentes de escelente agua. Entre los buenos edificios de que abunda esta ciudad, debemos citar principalmente la catedral, que tiene ciento ocho varas de largo y casi otro tanto de ancho, con seis naves, que forman una cruz; esta iglesia es muy frecuentada por todos los peregrinos de la

cristiandad que acuden á visitar el cuerpo del apóstol Santiago que se halla en ella.

Ferrol (13,384 habitantes), es el primero de los puertos de guerra de España: contiene el mejor arsenal del reino con un espacioso astillero y buenos diques. Esta ciudad, dividida en tres grupos de edificios, está defendida por un recinto fortificado, compuesto de un muro aspillerado con varios baluartes y baterías que pueden montar hasta doscientas nueve piezas de artillería. La campiña de sus inmediaciones es despejada y está cultivada con esmero.

IX. *Capitanía jeneral de Estremadura.* Comprende las provincias de Badajoz y Cáceres. La Estremadura, situada al Sud de la provincia de Leon, es una de las mas estensas de España; pero relativamente la menos poblada de todas. La sequedad que reina en esta comarca y los numerosos rebaños de ovejas que la recorren, impiden el desarrollo de la agricultura. Sus habitantes en jeneral son de un carácter reservado y sombrío; pero escelentes soldados.

Badajoz, capital de la provincia de su nombre, es plaza fuerte y está situada á orillas del Guadiana, á dos leguas de la frontera de Portugal. Las calles de esta ciudad son bastante buenas: tiene una iglesia catedral y varias casas de beneficencia. Su poblacion es de 12,688 habitantes, que se surten del agua de los aljives y cisternas por carecer de fuentes. El terreno es fértil pero la mayor parte de él está empleado en grandes dehesas para pastos: produce muchos granos, vino, aceite, frutas, hortaliza y toda especie de ganados. La principal industira de los habitantes es la fábrica de curtidos y de jabon: en el hospicio las hay de telas ordinarias.

Cáceres, capital de la provincia de su nombre, tiene 10,000 habitantes: el clima de esta ciudad es el mas templado y sano de toda la provincia: sus aires son puros, el invierno corto y las lluvias moderadas. Su campiña, regada por tres rios, es feraz y produce granos, frutas, legumbres y ganados; pero está ocupada en su mayor parte con dehesas para pasto del ganado vacuno y lanar. Uno de sus rios, que nace en el sitio llamado el Marco, tiene en sus orillas muchas huertas, molinos harineros, batanes, tenerías y fábricas de curtidos y sombreros. Las demas poblaciones

principales de Estremadura son las siguientes:

Mérida (4,890 habitantes), situada á orillas del Guadiana, fué muy célebre en tiempo de los romanos por su prosperidad. Entre los monumentos antiguos que atestiguan la grandeza de Mérida, se ven los restos de un anfiteatro, del circo, de la naumaquia, y el hermoso arco de Trajano.

Alcántara (3,000 habitantes), está situada en el declive que forman las colinas inmediatas á la márjen izquierda del Tajo. Esta villa es notable por su magnífico puente de granito, construido por los romanos sobre el Tajo, con seis arcos y doscientos pies de elevacion. El terreno produce algun trigo, vino y aceite, y se cria ganado lanar, vacuno y de cerda. Su industria son las fábricas de curtidos.

Plasencia (6,787 habitantes), está situada en la parte setentrional y mas elevada de la provincia, en una loma suave á la orilla derecha del rio Fertes y rodeada de altas montañas: está cercada de murallas muy antiguas y tiene un magnífico acueducto por donde bajan las aguas de muchos manantiales que nacen en una montaña, á mas de dos leguas de distancia, y surten á las siete fuentes que hay en la ciudad. El terreno produce granos, forrajes, hortalizas y frutas. Su industria consiste en las fábricas de curtidos, sombreros y tejidos de lana y cáñamo.

X. *Capitanía jeneral de Burgos.* Comprende las provincias de Burgos, Santander, Logroño y Soria.

Burgos, capital de la provincia de su nombre, está situada en una colina á la orilla derecha del rio Alazon, que la separa del barrio llamado *la Vega*, sobre el cual tiene tres puentes de piedra. Cuenta 12,000 habitantes: está cercada de murallas antiguas, con un castillo que la domina colocado en un cerro: tiene abundantes fuentes y sus calles son limpias y buenas. La catedral de Burgos es una de las mas sobresalientes de cuantas se conocen en el jénero gótico, así por su grandiosidad como por su esquisita ejecucion y primorosos adornos. Esta ciudad fué corte de muchos reyes y residencia de los condes de Castilla. Su clima es húmedo y de los mas frios de España; sin embargo, la campiña de Burgos es frondosa y amena, y produce abundante trigo, centeno, cebada, legumbres, lino, cáñamo, frutas, hor-

taliza, y toda especie de ganados. La industria de sus habitantes consiste en toda clase de artes y oficios, fábricas de curtidos, paños, bayetas, mantas, medias de lana y sombreros; tambien hay una fábrica de papel contínuo.

Santander, capital de la provincia de su nombre, es puerto y plaza de comercio: está situada esta ciudad en la costa del mar Cantábrico, al estremo N. E. de una península que forma el Océano. Cuenta 13,300 habitantes. El puerto, situado al E. de la poblacion, es de buen fondo, capaz, abrigado, cómodo y de fácil entrada. Lo mas notable de esta ciudad es la catedral, el muelle, el castillo de San Fernando, el hospital y la casa de caridad. Hay en Santander escuelas de dibujo, de comercio y de navegacion, varios establecimientos de instruccion primaria, un liceo y un teatro. Esta ciudad ofrece puntos de vista muy pintorescos, y en sus inmediaciones hay infinidad de caseríos.

Logroño, capital de la provincia del mismo nombre, está situada á la márjen derecha del Ebro, en una llanura deliciosa, con una fértil vega, bosques, huertas y jardines. Tiene 10,000 habitantes, un teatro, casa de beneficencia, espósitos y hospital, un instituto de segunda enseñanza, un seminario conciliar y un liceo. Las calles de esta ciudad son alegres, y algunas bastante anchas; se limpian y riegan con las aguas del arroyo Ireguas, conducidas por medio de acueductos. Contiene varias fuentes, un paseo llamado de los Muros, y una hermosa plaza que se titula del Coso. Lo mas notable de esta ciudad es la iglesia colejiata y el famoso puente construido sobre el Ebro en 1770, que tiene setecientos dieziseis pies de lonjitud, con doce arcos y tres fortalezas ruinosas. El terreno de Logroño produce toda clase de cereales, vino, aceite, y frutas.

Soria, capital de la provincia de su nombre, está rodeada de breñas escarpadas, y cercada de murallas de cal y canto bastante gruesas y elevadas. El clima es frio, pero sano, y en sus alrededores hay pocos árboles por haber sido destruidos sus montes. El alcázar que domina á la ciudad con sus castillos y torres está muy arruinado. El terreno produce granos y buenos pastos para ganado vacuno y lanar. La poblacion se compone de 5,413 habitantes, cuya industria se re-

duce al comercio de lanas, una fábrica de curtidos y otra de tintes.

XI. *Capitanía jeneral de las provincias vascongadas.* Comprende las de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa. Estas tres provincias, las mas setentrionales de España, forman un pais de unas trescientas noventa leguas cuadradas de estension, atravesado por las ramificaciones de los Pirineos, y limitado al Norte por el Océano atlántico. La agricultura y la cria de ganados solo es considerable en la provincia de Alava. Los vascongados se distinguen mucho de los demas españoles: provablemente son los verdaderos descendientes de los antiguos cántabros, tan famosos por su valor en tiempo de los romanos. Hablan, así como los navarros, un idioma particular, enteramente diferente de las lenguas española y francesa, llamada por ellos *escuarra* y vascuence en el resto de España. Los vascongados se asemejan á sus abuelos por su carácter festivo, su valor, su fuerza física, y su amor á la libertad. Su pais está muy bien cultivado, pero se ven en él pocas poblaciones, porque las casas están diseminadas á manera de cortijos ó casas de labranza, separadas unas de otras, y que desde tiempo inmemorial pertenecen á las mismas familias. Una constitucion liberal (sus fueros ó privilejios) y el desarrollo de la industria, han hecho este pais muy poblado y floreciente. Las minas de hierro de que abunda y sus considerables herrerías, son para ellos un manantial de riquezas, pues tienen tambien muchos puertos escelentes que favorecen su comercio.

Vitoria, ciudad fortificada, capital de la provincia de Alava, se halla situada á la falda y altura de una colina, en medio de una gran llanura. Su clima es benigno en el verano, pero muy frio en el invierno y sujeto á muchas nieblas. El caserio de la mayor parte de esta poblacion es antiquísimo y de mal gusto; pero la parte moderna es bonita y tiene edificios notables. La plaza nueva es toda de piedra de silleria, formando un cuadro de doscientos veinte pies, cuya línea divide en diezinueve arcos con un pórtico de quince pies de ancho y el pavimento de losa. Dentro de las murallas hay un hermoso paseo llamado *la Florida,* con árboles frondosos, cuadros de jardineria, asientos y estátuas de piedra; y otro

paseo fuera de la ciudad que llaman *el Prado*, donde jeneralmente celebran sus danzas los naturales del pais en los dias festivos. La poblacion se compone de 12,000 habitantes; y su término, abundante en aguas, produce trigo, cebada, avena, maiz, centeno, hortaliza, frutas esquisitas, caza y ganados. La industria de los habitantes de esta ciudad consiste en toda especie de artes y oficios, fábricas de curtidos, velas de sebo, sillas, catres de hierro y batería de cocina.

Bilbao, puerto de mar y capital de la provincia de Vizcaya, está situada en una pequeña llanura á la orilla del rio Nervion, que desagua en el mar en la villa de Portugalete, distante dos leguas de Bilbao. Esta ciudad está rodeada de montañas de bastante elevacion, y su clima es muy sano aunque húmedo. Es la poblacion mas bonita de España por sus calles y casas niveladas, su limpieza y su magnífico empedrado que se lava con las aguas del rio por medio de unos conductos, y no se estropea porque no se permite circular carruajes de ninguna especie. Hay en Bilbao escuelas gratuitas de dibujo, arquitectura, náutica, matemáticas, idiomas francés é inglés, cátedras de latinidad y varias escuelas de primeras letras.

Las inmediaciones de la ciudad, y particularmente la ribera de la ria, ofrecen una perspectiva pintoresca. El terreno produce trigo, maiz, castañas, nueces, vino chacolí, frutas y verduras. Su industria consiste en ferrerías, fábricas de curtidos, de papel, de hierro colado, de jabon, de anclas, de sombreros, de tabaco y de loza. Tambien hay muchos astilleros para la construccion de buques mercantes, maromas y jarcias.

San Sebastian, capital de la provincia de Guipúzcoa, es puerto y plaza fuerte: está situada en una planicie, que principiando á formarse por el N. al pie de una montaña medianamente elevada, sigue luego por E. y S. hasta que termina en el mar Océano cantábrico: el frente de tierra mira directamente á una ancha marisma que inunda el mar en sus crecientes, y por la cual corre el rio Urumea; esta marisma está cercada por unas lomas desiguales que dominan á la ciudad, de manera que distando solo poco mas de un tiro de fusil los dos brazos de mar, la poblacion y la montaña forman una perfecta península,

presentando á los que bajan de Hernani la agradable perspectiva de una ciudad flotante sobre las aguas del Océano. Esta ciudad fué destruida en 1813 por los ingleses, y reconstruida en 1816: sus calles tiradas á cordel, y sus casas iguales en altura y fachada, ofrecen cuantas comodidades pueden apetecerse; pero lo mas notable es la plaza que hay en el centro de la poblacion, cuyas casas están edificadas sobre cincuenta y tres arcos de medio punto que constituyen el primer cuerpo: la parte interior de los arcos forma unos espaciosos soportales bien enlosados que sirven de paseo en tiempo lluvioso y en las noches de verano: en estos soportales estan las principales tiendas. San Sebastian tiene 13,000 habitantes, cuyo comercio consiste en la importacion de jéneros de ultramar, y de manufacturas inglesas y francesas: el de esportacion es proporcionalmente mas corto, pues se limita á toda clase de fierros elavorados en Guipúzcoa. El puerto ó concha no es de gran capacidad ni muy seguro; en la entrada tiene bastante agua para navíos de guerra, pero luego va perdiendo el fondo. La plaza está cercada de gruesas murallas: el castillo de la Mota es un fuerte situado en la cima de un monte, cuyos muros son bastante gruesos, y aunque desiguales en su altura, tienen la suficiente para no temer que sean escalados: dentro de este fuerte hay un cuartel, un almacen de artillería, cuerpo de guardia, capilla, almacen de víveres, otras muchas habitaciones y una fuente abundante. Las inmediaciones de San Sebastian son amenas y frondosas y forman una vista pintoresca.

XII. *Capitanía jeneral de Navarra*. Este pais, que formaba en lo antiguo un reino independiente, es montañoso y está situado al pie de los Pirineos occidentales: su estension es de unas 330 leguas cuadradas, que contienen 221,728 habitantes. El clima es bastante rijido, y las viñas solo prevalecen en los valles que separan las montañas. Los navarros, de orijen vasco, son atrevidos é intelijentes: sus principales recursos son la agricultura y la cria de ganados.

Pamplona, capital de la provincia de Navarra, es plaza fuerte y está situada casi en el centro de la provincia sobre la marjen izquierda del rio Arga: su asiento es llano menos por la parte del Norte, por donde hay una bajada considerable hácia

el arrabal. A poco mas de media legua de distancia está rodeada de montañas, que forman lo que se llama la Cuenca de Pamplona, cuya circunferencia es de siete leguas, y en el centro se halla la ciudad. Esta no es muy populosa ni estensa, pues solo contiene 15,000 habitantes; y las fortificaciones, particularmente la ciudadela, entre la cual y la poblacion hay una espaciosa esplanada, aumenta considerablemente las dimensiones de la ciudad, que es una de las mas bellas de España. Hay en ella varias fuentes de buen gusto y muchos edificios públicos que contribuyen á hermosearla, entre los cuales deben citarse la casa de ayuntamiento, el hospital, la casa de la moneda, la de espósitos, los dos palacios y la catedral, en la cual está la sala llamada la *Preciosa*, en donde se celebraban las cortes del reino. La ciudadela fué construida en el reinado de Felipe II, bajo el modelo de la de Amberes, y tiene cinco baluartes llenos con flancos retirados y plazas bajas, rebellines, fosos, caminos cubiertos y todos los edificios necesarios á una defensa, como almacenes, hospitales, etc. Hay en Pamplona cátedras de latinidad, humanidades y retórica, escuela de dibujo y matemáticas y otros muchos establecimientos de instruccion pública. El comercio de esta ciudad consiste principalmente en la venta por mayor de jéneros de seda y lana, cuya mayor parte vienen de Francia é Inglaterra. Su industria se reduce á una fábrica de paños ordinarios y entrefinos que hay en el hospicio, dos tenerias, dos lavaderos de lana, dos de cera, una fábrica de cuerdas de guitarra y otra de loza ordinaria. La agricultura se halla en buen estado, y hacen rendir á la tierra tres ó mas cosechas al año. El terreno produce trigo, vino, hortaliza y legumbres.

Las otras poblaciones mas considerables de Navarra son:

Tudela (8,000 habitantes) está situada en el ángulo que forman los rios Ebro y Queiles: sus calles son estrechas y mal formadas, pero tiene escelentes vistas y paseos á orillas del Ebro, sobre cuyo rio y junto á la ciudad hay una isleta llamada la Mejana, que produce las frutas y hortalizas mas delicadas de Navarra. La industria de los habitantes se reduce á una fábrica de curtidos, otra de jabon, y otra de estracto de regaliz, que se esporta al norte de Europa.

Estella (6,000 habitantes) está situada en un valle fértil, regado por los rios Ega y Amézcua. La industria de los habitantes consiste en fábricas de lana, trujal, y batanes en las orillas del Ega. El terreno produce mucho vino y aceite, trigo, cebada, avena, maiz, lino, cáñamo, frutas, hortaliza y zumaque. Hay en su término caza menor y abundantes canteras de yeso.

Puente la Reina (3,345 habitantes), villa situada en una llanura entre Obanos y Mendigorría, en la confluencia del rio Obanos con el Arga, en el cual desagua. La industria de los habitantes se reduce á una fábrica considerable de aguardiente, dos molinos harineros y uno de aceite. La cosecha principal es de vino bastante bueno, que se esporta al Norte y á la América.

XIII. *Capitanía jeneral de las Islas Baleares.* Comprende un grupo de islas situadas en el Mediterráneo, al Sud de Cataluña y al Este del reino de Valencia, de las cuales las mas considerables son las de Mallorca, Menorca é Iviza. Los antiguos llamaron á las dos primeras *Islas Baleares* (cuyo nombre se ha dado despues á todas estas islas reunidas), que quiere decir islas de los honderos, porque sus habitantes se servian diestramente de la honda; cuya habilidad conservan aun los menorquines. La isla de Iviza y las demas islas pequeñas prócsimas á ella, se llamaron *islas Pithiusas*, es decir, islas de los Pinos. Los primeros habitantes conocidos de estas islas fueron los griegos y los rodios: sus colonias cayeron en poder de los cartajineses, y en seguida en el de los romanos. Los vándalos, los árabes, los franceses en el reinado de Carlomagno, los catalanes y los aragoneses, establecieron su dominacion en ellas; y por último los reyes de Aragon quedaron difinitivamente dueños de estas islas desde el siglo XIII.

Las islas Baleares están divididas en seis partidos, que son: Iviza, Inca, Manacor, Palma, Ciudadela y Mahon, los cuales comprenden 108 pueblos, y 229,197 habitantes.

La de *Mallorca*, que es la mayor de estas islas, dista treinta y tres leguas de Barcelona y cuarenta de Valencia: su estension es de unas veinte leguas cuadradas, con 135,000 habitantes. El terreno, aunque bastante montuoso hácia el Norte y Occidente, es fértil todo él, y está regado por muchos manan-

tiales y arroyos: abunda en trigo de buena calidad, en escelente vino, azafran y toda clase de ganados. Tambien hay caza menor y mayor; pero no se encuentran animales feroces. El clima es templado y sano. Los habitantes se asemejan mucho á los catalanes, cuya industria comercial imitan. El idioma del pueblo bajo es una mezcla del griego, del árabe, del limosin y del español. La capital de esta isla y de todas las Baleares es

Palma, situada en un golfo, en el cual hay un dique avanzado á mil quinientos pasos de distancia, que forma un puerto para los buques pequeños; los demas tienen que fondear en el puerto de Portopi que dista una media legua. En esta ciudad hay una audiencia y una universidad; es residencia de un obispo y del capitan jeneral. Tiene 23,500 habitantes. Su industria consiste en las manufacturas de seda y lana, y en bonitas obras de embutidos, que en su mayor parte son de raiz de nogal y de olivo.

Menorca, la segunda de estas islas en estension é importancia, está situada á nueve leguas al Nordeste de Mallorca; contiene 29,219 habitantes. El clima de este pais es mucho mas húmedo y frio que el de Mallorca. La agricultura está descuidada, y la mayor parte de los habitantes se mantienen de legumbres y pescados; los pobres comen las limazas, que se encuentran en gran número. El cultivo de las viñas se halla en un estado floreciente, y parte de ellas producen un escelente vino. La isla de Menorca abunda en conejos; suministra lana, miel, cera y escelentes quesos. Hay minas de plomo, canteras de hermoso mármol, y se encuentran en gran cantidad mariscos petrificados. Los habitantes se proporcionan sin trabajo la sal necesaria para sus usos domésticos: llenan de agua de mar los pequeños huecos de las rocas; el calor del sol hace evaporar el agua en el mismo dia, y al anochecer las mujeres y los niños van á recojer la sal para llevarla á sus casas. Hay en el centro del pais muchos lagos de agua salobre que abundan en pescados. Los naturales de Menorca, se distinguen por su carácter festivo y la vivacidad de su imajinacion; pero les domina la indolencia: todos los momentos que tienen de descanso, que son bastante largos, los emplean en bailar y cantar. Son muy hábiles en tirar con la honda y en las manio-

bras marítimas. La capital de esta isla es

Mahon, mas conocida con el nombre de Puerto-Mahon, es una ciudad poco estensa situada en un pequeño golfo que forma uno de los mas vastos y seguros puertos del Mediterráneo, cuya entrada está defendida por la fortaleza llamada de san Felipe, que es un cuadro regular de cuatro baluartes, rodeado de muchas obras esteriores, fuertes y reductos. Esta plaza importante está casi enteramente tallada en la roca y provista de minas y casamatas.

Iviza. Esta isla, poco menos estensa que la de Menorca, está situada á doce leguas de las costas de Valencia, y á diezisiete de Mallorca. Su suelo, aunque montañoso, es fértil, pero está poco cultivado: los habitantes se ocupan casi únicamente de la preparacion de una sal, notable por su blancura, y muy buscada, en particular por los suecos: sin embargo, cultivan las viñas y los árboles frutales. Una gran parte de la isla está poblada de pinos. Cuenta 18,952 habitantes.

La pequeña ciudad de Iviza, que es la capital de este partido, así como los demas puntos de la isla, solo tienen unos puertos medianos.

XIV. *Capitanía jeneral de las islas Canarias*. Las Canarias son un grupo de trece islas del Océano Atlántico, llamadas por los antiguos Afortunadas, y distante de las costas de Africa de veinte á ochenta leguas, que son: la Gran Canaria, Tenerife, Gomera, Fuerte-ventura, Lanzarote, Palma, Isla de Hierro, la Graciosa, Roca, Alegranza, Santa Clara, la de los Infiernos y la de los Lobos, de las cuales solo estan habitadas las principales. Están situadas, formando cadena de E. á O., entre los 27° 39′ y los 29° 26′ de latitud N.; y entre los 9° 38′ y los 14° 28′ de lonjitud O.; es decir, en los límites de la zona tórrida y templada. Jeneralmente son montuosas, gozan de un clima apacible y benigno, y producen cosechas importantes, sobre todo la de vino, que por lo esquisito se estrae para casi toda la Europa; tambien hay maiz, algarrobas, legumbres, naranjas, limones, frutas delicadas, dátiles, plátanos, cañas de azúcar, algodon, miel, cera y muchas yerbas medicinales y olorosas. Los pastos son escelentes para toda clase de ganados: en los montes hay mucha caza y las inumerables fuentes y arroyos que riegan el suelo, convidan al plantío de moreras y cultivo de la seda.

Los mares inmediatos abundan en pescados y mariscos delicadísimos, y la pesca y salazon forman un ramo precioso de ocupacion y subsistencia á sus habitantes, los cuales desde su infancia manifiestan la mayor predileccion por la marinería. La superficie de estas islas es de seiscientas noventa y tres leguas cuadradas, y su poblacion de 200,000 habitantes, jeneralmente bien formados, robustos, ájiles, valientes y despejados, que estan distribuidos en tres ciudades, nueve villas y quinientos sesenta y cinco lugares y aldeas. Estas islas fueron conocidas de los antiguos, pero olvidadas de los europeos hasta mediados del siglo XIV: sus habitantes, llamados entonces los guanches, no fueron completamente subyugados hasta el año 1497. Las mas considerables de las islas Canarias son: Tenerife, la Gran Canaria, Lanzarote, Gomera, Palma, Fuerte-Ventura y la de Hierro.

Isla de Tenerife: la mayor y mas poblada de las Canarias, y como el centro de este archipiélago, es de forma triangular, muy larga en la parte S. O., y estrecha en la de N. E., por cuyo lado es montuosa y árida, asi como casi toda la costa del E. En la parte S. O. se hallan varios picos volcánicos, de los cuales el mas considerable es el llamado Pico de Tenerife.

La capital de esta isla es Santa Cruz de Tenerife, que contiene de 8 á 9,000 almas. Su rada es muy segura, y capaz para diez ó doce navíos de guerra. Las calles de la ciudad son anchas y tienen aceras, aunque angostas; las casas son bien construidas y muy cómodas. Hay tres plazas principales, y en una de ellas una fuente que dá escelente agua: cerca de la fuente se vé un obelisco que termina con una estátua de la Vírjen, y adornado en su base con cuatro estátuas de reyes guanches.

Gran Canaria: esta isla mereció mas que otra alguna el título de afortunada cuando en tiempo de Augusto, Juba, rey de Mauritania, hizo reconocer sus costas. La total poblacion de esta isla es de 49,076 almas.

Su capital es la Ciudad de las Palmas, situada sobre la costa al N. E., con un puerto llamado la Luz. Está dividida en dos partes por un arroyo que la atraviesa, sobre el cual hay un puente de madera; por lo demas la poblacion es bastante bonita.

Lanzarote: esta isla tiene algunas laderas risueñas y valles

fértiles; sin embargo, en jeneral el terreno es seco y arenoso, y propio para los camellos, cuyo uso es allí muy comun. Su poblacion asciende á 23.451 almas.

La capital de esta isla es la ciudad de Tequise, situada en la parte setentrional, y compuesta de mas de doscientas casas.

Gomera: esta isla, situada al Oeste de la parte meridional de Tenerife, es muy pequeña, pero escelente porque todo abunda en ella. Hállanse numerosos manantiales de agua pura y cristalina. Podría sacarse el mejor partido si el cultivo de las tierras no estuviese tan descuidado. Hay en la isla una montaña muy elevada, poblada de pinos, cuya cima está cubierta de nieve en el invierno. Su poblacion asciende á unos 8,000 habitantes. La capital de esta isla es San Sebastian, sobre la costa oriental, donde á lo agradable de su hermosa situacion reune la ventaja de un buen puerto; es una villa pequeña, pero grata, y sus inmediaciones ofrecen todo cuanto puede ser necesario para la vida.

Palma: esta isla está situada al N. O. de Gomera y al N. de la isla de Hierro, y tiene la forma de un cono inverso. En el centro está el terreno muy elevado, y su cima cubierta de nieve una parte del año; casi todo lo demas está cubierto de pinares. Los parajes cultivados son muy fértiles, los habitantes residen casi todos en las costas, y se ocupan con utilidad en la pesca. La poblacion total de la isla asciende á unos 26,000 habitantes.

Su capital es Santa Cruz, ciudad poco estensa, situada en la costa oriental de la isla. Esta poblacion nada ofrece de interesante, aunque residen en ella las autoridades superiores de la provincia.

Fuerte-Ventura: esta isla es mas larga que la de Lanzarote, de la cual está separada por un canal de dos leguas de ancho; el terreno y el clima son iguales á los de esta última isla. Como el agua manantial es muy rara en Fuerte-Ventura, no puede considerarse como uno de los alimentos de la agricultura; pero en los años que las lluvias son abundantes, se recojen considerables cosechas de granos: tambien se recolecta ordinariamente mucho vino, aunque de inferior calidad al de las otras islas. La poblacion total de esta es de 8 á 10,000 almas, y su capital la

villa de Bitencuria, que nada ofrece de notable.

Isla de Hierro, la mas occidental de las Canarias, está situada al S. de Palma, y debe la celebridad de su nombre mas bien á su posicion que á sus ventajas como tierra habitable, pues apenas produce con que alimentar á sus habitantes; pero esta falta no debe atribuirse enteramente á la naturaleza, porque el terreno está mal cultivado. Su poblacion es de 4 á 5,000 almas. Esta isla no tiene ningun puerto de alguna consideracion; el que se halla al Este hácia el Norte de la costa, es el mas frecuentado.

Las cuarenta y nueve provincias en que está dividida la monarquía española, y que acabamos de describir, contienen prócsimamente 14.000,000 de habitantes.

Posesiones españolas fuera de Europa.—Ademas de las islas Canarias tiene la España fuera de Europa las posesiones siguientes:

En *Africa*: las ciudades de Ceuta, Melilla, Peñon de Velez, y Alucemas, frente á la costa de Andalucía; y las islas de Anabon, del Príncipe y de Fernando Po, aunque los españoles nunca han ocupado estas tres islas.

En *Asia*: las islas Filipinas, las Marianas, las Carolinas, las Bashis y la de Mindanao.

En *América*: las islas de Cuba y Puerto Rico, y algunas de las pequeñas Antillas, llamadas islas de la Vírjen, únicos restos de las inmensas posesiones que en otro tiempo tuvieron los españoles en esta parte del mundo.

Todas estas colonias estraeuropeas apenas cuentan 3.000,000 de habitantes, cuando las que poseia España en 1809 contenian 15.000,000.

CAPITULO II.

Primera época: España fabulosa, primitiva ó independiente.—Griegos.—Celtas.—Fenicios.—Segunda época: España cartajinesa.—Tercera época: España romana bajo el dominio de la república.—Guerra de Viriato.—Guerra de Numancia.

PRIMERA EPOCA.

ESPAÑA FABULOSA, PRIMITIVA Ó INDEPENDIENTE.—Se supone que Tubal, quinto hijo de Jafet, fué el primer poblador de España, segun lo afirman autores respetables. Su venida fué de resultas de la confusion de las lenguas, cuando por el año 131, despues del Diluvio universal, intentaron los hombres por consejo de Nemrod, descendiente de Cam, edificar la torre de Babilonia. Con tal confusion se esparcieron por todas partes, repartiendo la tierra del globo entre los tres hijos de Noé; y habiendo tocado á Jafet, que era el tercero, la parte setentrional del Asia, desde los montes Tauro y Amano con toda la Europa, se dividieron despues estos vastos paises entre sus cinco hijos, y cupo á Tubal la España, como la última del continente hácia donde el sol se pone.

Tubal pobló á España, la gobernó con suavidad y justicia, fundó en ella felizmente en aquel principio del mundo grosero la familia española y su valiente imperio, en donde siempre se han reproducido grandes y escelentes hombres, guerreros y sábios que han brillado en todas las carreras.

El punto de España donde Tubal fijó su primera residencia no se ha podido averiguar, pues unos dicen que en la Lusitania,

y otros que en la parte de los vascones, que hoy se llama Navarra.

El primero que puede contarse entre los reyes de España en los tiempos oscuros ó fabulosos es Jerion (año 1797 antes de Jesucristo). Luego que este entró en el pais, se prendó de él y de sus riquezas en ganados y oro, cuyo metal se encontraba en granos y terrones, porque los naturales no conocian su uso. Con tan grande opulencia Jerion se constituyó en un tirano contra los habitantes, que eran feroces y vivian esparcidos en aldeas sin conocer jefes ni gobierno alguno. Apoderado asi de todo el pais, edificó enfrente de Cádiz una fortaleza con el nombre de *Jerionda*: tambien fundó otra ciudad á la parte de los Pirineos, á la cual llamó Jerunda, que hoy es Jerona: con estas dos fortalezas creia abrazar todas las costas marítimas de España; pero esta seguridad le duró hasta que Osiris vino desde Ejipto á España á turbarle la paz. Osiris era enemigo de la tiranía, y viendo á los naturales en el miserable estado de la servidumbre, sufriendo todo jénero de vejaciones, reunió fuerzas, se dirijió contra el tirano, dió una batalla sangrienta en los campos de Tarifa, en la que murió Jerion, y fué enterrado en la entrada del estrecho de Jibraltar, donde estaba el pueblo de Barbate. Restablecida la paz, se compadeció Osiris de tres hijos pequeños que dejó Jerion; y creyendo que la tiranía del padre no seria motivo para hacerlos crueles, elijió personas que los dirijiesen, y gobernasen el reino en la menor edad: les dió buenos consejos sobre el modo de gobernar, y se volvió á Ejipto, de donde habia venido.

Luego que los Jeriones se encargaron del gobierno (año 1762 antes de Jesucristo), se olvidaron del beneficio que Osiris les habia hecho: trataron el modo de sacrificarle, y al efecto se valieron de su hermano Tifon, que deseaba reinar: le enviaron comisionados, quienes á fuerza de regalos y ofertas lograron concertar el asesinato, que se verificó con gran sijilo.

Oro, hijo de Osiris, vengó la muerte de su padre matando á Tifon, y habiendo descubierto la perfidia de los Jeriones, buscó fuerzas, y con la buena opinion que habia ganado, y el nombre de Hércules, reunió un grande ejército, y desembarcó en España: persiguió á los Jeriones hasta encerrarlos en Cádiz, don-

de se fortificaron, y Hércules los sitió; pero sintiendo la efusion de sangre, propuso á los sitiados que le enviasen á los que fueron causa del daño que él trataba de vengar, pues de este modo salvarian la sangre inocente. Propuso Hércules pelear él solo contra los tres Jeriones, uno tras de otro: aceptaron estos el desafio, y fueron vencidos y degollados por su competidor. Despues de esta victoria hizo Hércules arrojar piedras y materiales en la boca del Estrecho, y levantó dos montes, el uno en la costa de España, llamado Calpe, y el otro en la de Africa, nombrado Avila, los cuales se apellidaron despues *las columnas de Hércules*. Arreglados los asuntos de España, nombró Hércules por gobernador de ella á Hispalo (año de 1720), hombre de gran prudencia, y se marchó á Italia.

Hispalo reinó en España, y se dice que fundó á Sevilla, y que dejó un hijo llamado Hispano ó Hispalo, el cual reinó cuando murió su padre (año de 1703). A este se atribuye la fundacion de la ciudad de Segovia y su famoso acueducto, bien que se asegura haber sido obra del emperador Trajano: que el mismo Hispalo levantó en el puerto Brigantino, hoy Coruña, una torre con un espejo en que se veian las naves que venian á mucha distancia; pero se afirma que esta torre la erijieron los naturales en honor de Augusto Cesar.

Muerto Hispalo sin sucesion, volvió Hércules á España (año 1672), y gobernó con prudencia, fundando muchas ciudades, entre las cuales se cuentan Julia, Líbica y Urjel en los Pirineos, Barcelona y Tarragona. Hércules murió de avanzada edad, y le consagraron por dios los españoles: le levantaron un templo, y le erijieron sacerdotes que le hiciesen sacrificios. Unos dicen que este templo estuvo en Barcelona, otros que en Cádiz, y otros que en Tarifa, cerca del Estrecho de Jibraltar, cuya última opinion es la mas seguida.

Hércules falleció sin dejar hijos, pero habia nombrado á Hespero (año 1652) para que le sucediese: con su buena fama y la suavidad de su gobierno, se granjeó el afecto de los naturales; pero en breve se trocó su fortuna, porque Atlante, hermano suyo, vino desde Italia, se apoderó del reino, y le obligó á retirarse á aquel pais (año 1641 antes de Jesucristo).

Atlante ó Atlas, receloso de que su hermano volviese á España, aprestó un gran ejército de españoles y pasó á Italia, llevando como en rehenes muchas de las principales familias del pais; pero un fuerte temporal derrotó la flota, y arrojó sus naves á Sicilia, desde donde pasó despues Atlante á Italia.

Sículo ó Sicono (año 1631), su hijo, quedó encargado del gobierno de España, y muerto su padre, le sucedió en el reino. Deseoso de tomar posesion de los estados que su padre habia ganado en Italia, y de salvar las reliquias de su ejército, formó uno de jente escojida, que hizo embarcar y pasar con él á Italia, en donde emprendió la guerra; y despues de haber arreglado allí sus negocios, volvió á España; pero no sabemos mas sucesos suyos, ni si vivió mucho ó poco tiempo, como tampoco de otros que se supone haberlo sucedido.

Es muy dificil señalar las épocas en que reinaron todos los reyes que van citados; pero puede presumirse que los Jeriones ecsistieron en la cuarta ó quinta edad despues del diluvio: Sículo, mas de doscientos años antes de la guerra de Troya, en cuya época ó no mucho tiempo despues, arribó una gran flota á las costas de Valencia, y habiendo desembarcado las jentes que conducia desde el Peloponeso ó la Morea, fundaron á Sagunto, tres millas distante del mar: guarecidos con esta fortaleza, y ansiando el mucho oro y plata, que adquirian en cambio de quincalla y otras bujerías de muy poco valor, se atrevieron á internarse y á descubrir las costas comarcanas. Parece que donde hoy está la villa de Denia, construyeron un suntuoso templo á la diosa Diana, en el cual con el mayor aparato la tributaron sacrificios. Maravillados los naturales de tan estrañas ceremonias, y de la majestad del edificio, tuvieron á aquellos hombres por venidos del cielo.

Dicen que despues de la venida de estos, como unos ciento cincuenta años antes de la guerra de Troya, el otro Dionisio ó Baccho llegó á España, y en la embocadura del rio Guadalquivir fundó á Nebrija. Que Semele siguió á Dionisio, y habiendo entrado en España la limpió de las maldades y tiranías que afligian todo el pais. Que Milico, hombre muy rico y de mucha autoridad entre los españoles, dejó sucesores de su familia, que fundaron á Castulon cerca de Baeza.

Cuando Dionisio se marchó de España, dejó en ella dos de sus compañeros, el uno llamado Luso, de quien procedieron los lusitanos, hoy portugueses, y el otro Pan, á quien colocaron en el número de los dioses, y de él se dió al pais el nombre de Pania, al cual añadieron despues una letra, y se dijo Spania, que es lo mismo que España.

Jason Tésalo, despues de algunos tiempos se hizo corsario, para lo cual mandó construir una nave propia de aquellos tiempos, cuyo artífice se llamó Argos. Concluida la nave, y deseoso Jason de adquirir honras y riquezas, se embarcó en compañía de Hércules el Tebano, de Orpheo, de Lino, Cástor, Polux y otros muchos, y despues de varias aventuras vinieron á parar á la boca del Estrecho de Jibraltar sobre el monte Calpo, en donde parece que Hércules construyó un castillo, al que llamó Heracha, y ahora es Jibraltar. Desde aquel fuerte hacian correrías, robaban y peleaban con los españoles que les perseguian. Esta lucha duró algun tiempo, en el cual recojieron buenos despojos, con los que se embarcaron para Sagunto, en donde fueron bien recibidos de sus compatriotas los griegos. Desde aquel punto pasaron á Mallorca, mataron al rey, tomaron un gran número de hermosos bueyes, y se encaminaron á Italia.

Griegos.—Se dice que despues de la venida de Hércules y de la muerte de Milico, famoso por la invencion de cojer la miel, de donde le vino el nombre de Melícola, reinó en España Gargoris. En su tiempo ocurrió la guerra de Troya, despues de la cual las reliquias del ejército griego y troyano vinieron á España, y poblaron en ella diferentes puntos: que Teucro desembarcó en Cartajena, donde edificó otra ciudad, y desde allí pasó el Estrecho al cabo de san Vicente, paró en la Galicia, y fundó la ciudad de Hellene, que hoy se llama Pontevedra, y á Orense: que Tideo aportó á España; pero que habiéndole resistido los naturales, pasó á la parte de Lusitania, donde fundó la ciudad de Tuy en las bocas de los rios Miño y Lima: que Mnesteo, ateniense, desembarcó con una flota en Cádiz, y á la boca del rio Guadalete construyó una ciudad de su nombre, donde está el puerto de santa María, y entre los dos brazos del Guadalquivir edificó un templo que se llamó *Oráculo de Mnesteo*,

que fué de grande importancia para propagar en España la superstición de los griegos; y finalmente, que Ulises fué uno de los muchos que vinieron á España, y que en la Lusitania ó Portugal fundó la ciudad de Lisboa.

Avides, hijo de Gargoris, rey de los curetes en el bosque de los Tartesios, fué de mucho injenio, con el cual aventajó á los demas reyes sus antepasados: como sus vasallos eran bárbaros que vivian esparcidos por los campos, les aconsejó se reuniesen en forma de ciudades y aldeas para la seguridad recíproca, y de este modo losjuntó y estableció entre ellos el ejercicio de la policía, las artes y la industria: con este trato se fueron suavizando las costumbres bárbaras de aquellas jentes, restituyó el uso del vino, enseñó el modo de labrar los campos, que estaba olvidado, ordenó leyes, estableció tribunales y nombró jueces y majistrados. De este modo ganó las voluntades de los naturales y estranjeros, perpetuó su nombre y murió de una edad muy avanzada, dejando una gran fama. Se asegura que despues de mucho tiempo hubo en España una gran sequedad que duró por espacio de veintiseis años, la cual fué tan grande que se secaron todas las fuentes y rios, á escepcion del Ebro y el Guadalquivir. Por este suceso quedó España desnuda de la hermosura de sus árboles y yerbas, faltó el linaje de los reyes y de los grandes, y las jentes pobres, careciendo de víveres, se ausentaron de los paises marítimos: y añaden que despues de grandes vientos y lluvias que ocurrieron, se sazonó la tierra de tal modo que los que habian emigrado volvieron mezclados con otras naciones.

Celtas. — La noticia de la desolacion de España movió á compasion á los comarcanos, y pasado el daño vinieron muchos estranjeros que ambicionaban las grandes riquezas que en lo antiguo habian visto en ella, y asi se volvió á repoblar. Por la industria de estas jentes y su mucha jeneracion, se restituyó en poco tiempo la antigua hermosura, y se disipó la idea de tantos males como habian sufrido los españoles.

Los celtas se apoderaron de todo el pais de España que se estiende desde los Pirineos hasta el Ebro, y por la parte oriental del monte Idubeda. De estos celtas y de los españoles que se llamaban iberos, mezclados entre sí, resultó el nombre del Cel-

tiberia que se dió á una gran parte de España, en la que se multiplicó esta jente y dilató su dominacion hácia el Mediodia; de lo cual dan testimonio los nombres de Segobriga, Balsino, Ulcesia, y otros lugares distantes entre sí, cuya fundacion se atribuye á los celtíberos. Lo mismo sucedió á otros muchos pueblos de España, que despues tuvieron sus distritos señalados. Los rodios, que vinieron á España, se fortificaron y formaron puertos para guarecer sus flotas, y fomentar la contratacion con los naturales, especialmente en las faldas de los Pirineos. Se asegura que por este tiempo se prendió fuego á estos montes, y con la violencia del calor se derritieron las venas de oro y plata que habia en ellos, de suerte que corrieron arroyos de aquellos metales; los cuales, apagado el fuego, se cuajaron, y con su natural resplandor se admiraron los naturales: los menospreciaron por entonces por no tener noticia de su valor; pero las otras naciones se aprovecharon de la ocasion y vinieron con la codicia de recojer el oro y plata engañando á los españoles, ó haciendo que los cambiasen por dijes y otras bujerias.

Fenicios.—Afirman que los fenicios fueron los primeros hombres que con fuertes armadas se atrevieron al mar y vinieron á España en busca de las riquezas; pero se ignora el primer sitio donde arribaron, aunque algunos dicen que en Cádiz y Tarifa, en donde cambiaron el aceite que traian por el oro y plata del pais: esta flota parece fué capitaneada por Sicheo.

Los fenicios fundaron entre otros pueblos á Málaga y Abdera, con cuyo asilo se apoderaron de parte de la Bética, y ricos ya con el comercio de España, principiaron á pretender á las claras el señorío de toda ella; esto ocurrió cuando principiaban á fundar á Roma.

Los cartajineses aprestaron una grande armada, y con ella se dirijieron á España; de paso se apoderaron de la isla de Iviza, y aunque intentaron hacer lo mismo con las de Mallorca y Menorca, no lo consiguieron por la ferocidad de sus naturales; y perdida la esperanza, se hicieron á la vela con la idea de reconocer las costas de España, y con pretesto del comercio internarse ó apoderarse de algunos puntos; pero esta tentativa les salió mal, porque los saguntinos,

avisados de que las miras de los cartajineses eran quitarles la libertad, los ahuyentaron de sus riberas.

Por los años 132 despues de la fundacion de Roma, ó 620 antes del nacimiento de Jesucristo, segun varios autores, ocurrió la edad de *Argantonio*, rey de los tartesios, que dicen vivió trescientos años. Este tenia gran destreza en la guerra y una larga esperiencia en todo lo demas, por lo cual le encargaron los naturales el gobierno, confiados en que con sus esfuerzos y bellas disposiciones podrian rebatir á los fenicios, quienes ya habian introducido la discordia entre los españoles, y se habian apoderado de diversos pueblos. El nuevo rey llamó á los naturales, y reunidos formaron un ejército, dieron sobre los fenicios, mantuvieron su libertad, y aun se dice que Argantonio se apoderó de Andalucía.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, deseoso de vengarse de los socorros que los de Cádiz habian enviado á sus enemigos, vino á España y desembarcó en las vertientes de los Pirineos, desde donde corrió las costas y puertos hasta llegar á Cádiz; y habiéndose preparado los españoles para resistirle, resolvió el babilonio recojer todas las riquezas que pudiese, como lo hizo, y en el año 171 de la fundacion de Roma se retiró á su pais.

Muerto Argantonio hácia el año 200 de la fundacion de Roma, parece que los españoles para demostrar su amor y honrarle debidamente, le edificaron un solemne sepulcro, y á su rededor levantaron tantas pirámides de piedra como enemigos habia muerto él con sus propias manos en la guerra. Despues de la muerte de este rey quedó España como una nave sin timon, sufriendo grandes convulsiones, y aunque las guerras fueron variables, al fin perdieron en ellas la libertad, de lo que fué causa la venida de los cartajineses.

Por este tiempo habian aumentado su número, fuerzas y riquezas los fenicios, y recobraron de los españoles la isla de Cádiz; desde donde pensaban salir y apoderarse de Tierrafirme, para lo cual creyeron que seria lo mejor cubrirse con la capa de relijion, pidiendo á los españoles licencia para edificar un templo á Hércules, que en efecto les concedieron. Con este embuste formaron en poco tiempo una gran fortaleza en donde hoy está Medina-Sidonia, y

tambien levantaron otras ciudades y poblaciones desde donde hacian correrías, robaban ganados y hombres, y se apoderaron de Jerez, Arcos y Tarifa.

Resentidos los españoles de tantas injurias, determinaron hacer la guerra á los fenicios; buscaron capitanes que reuniesen soldados, y formando un ejército nombraron á Baucio por jeneral, y dieron sobre los fenicios que estaban descuidados, los vencieron, los saquearon todos sus bienes, tomándoles á la fuerza las ciudades y lugares en poco tiempo: hasta la misma Medina-Sidonia, donde se habian refujiado confiados en la fortificacion del templo, fué asaltada, incendiada con el mismo templo, y pasados á cuchillo todos sus moradores sin escepcion de persona alguna: de este modo quedaron muy pocos pueblos á los fenicios, quienes viéndose en tan mal estado pensaron dejar á España; pero despues resolvieron llamar en su ausilio á los cartajineses. Estos encontraron la ocasion que tantas veces habian deseado de entrar en España; equiparon una armada en Cartago, cuyo mando se dió al capitan Maharbal, y desembarcó en Cádiz, el año 236 de la fundacion de Roma.

Con esta franca entrada se atrevieron á recorrer las costas, robaron las naves de los españoles, saquearon los pueblos y campos, y construyeron fortalezas desde donde salian á hacer sus correrías. Irritados los españoles se reunieron en la ciudad de Turdeto, formaron un grueso ejército cuyo mando dieron á Baucio, quien se apoderó en una noche de la principal fortaleza de los enemigos, y pasó á cuchillo á cuantos habia en ella, á escepcion del jeneral cartajinés que escapó con algunos otros; pero Baucio los persiguió, los venció matándoles mucha jente, y volvió á la ciudad con los suyos cargados de despojos.

Viendo los cartajineses que por la fuerza no podian vencer á los españoles, apelaron al engaño, pretestando que habian venido solo á vengar las injurias hechas á los fenicios, y castigar á los que profanaron el sagrado templo de Hércules; que soltasen las armas y se hiciesen amigos, pues ellos harian lo mismo quitando las tropas de las fortalezas, y no permitirian que sus soldados hiciesen daño alguno. Los españoles respondieron con arrogancia que la guerra ó la amistad les eran indiferentes; que ni la temian ni la deseaban;

pero que no desecharian sus proposiciones siempre que las obras conviniesen con las palabras. Con esta entretenida ó jénero de tregua tuvieron tiempo de repararse los cartajineses y de fortificarse en las costas, poniendo guarniciones en los castillos, desde donde seguian sus robos, saqueos y estorsiones contra los comarcanos; y si se reunian los españoles para defenderse, se disculpaban atribuyendo el daño á la insolencia de los soldados, é indicando nuevos conciertos. Con estas intrigas engañaban á los inocentes y pacíficos españoles, y se propasaban á cometer nuevos daños en otros puntos; pero como estos males recaian sobre la jeneralidad, no se tenian por muy graves por cuanto no se mezclaban directamente los intereses particulares.

De este modo la neglijencia de los naturales y la muerte de Baucio, que ocurrió por este tiempo sin dejar sucesor conocido, fueron causa de que el poder de los cartajineses se aumentase.

Estos pretendieron entonces el señorío de toda España, y para conseguirlo acometieron á los fenicios que estaban en Cádiz: creyeron que tomada esta fortaleza podrian apoderarse de todo lo demas, y valiéndose de artificios é intrigas sembraron la discordia entre los antiguos isleños y los fenicios. Con tales marañas se granjearon el afecto de los naturales y desconceptuaron á los fenicios. Fué forzoso á estos tomar las armas, y acometiendo repentinamente á los cartajineses que estaban descuidados, hicieron en ellos una cruel carniceria, saquearon, incendiaron y talaron por todas partes las casas y campos que poseian. Sin embargo de estos desastres y daños que sufrian los de Cartago, se alegraban por tener en ello un pretesto para tomar las armas en su defensa, y arrojar á los fenicios de Cádiz, como sucedió, pues reuniendo sus tropas y ayudados de los españoles sus aliados, se resolvieron á presentar una batalla: no se atrevia el enemigo á venir al combate ni podia esperar convenio alguno; pero los cartajineses sitiaron la ciudad, y al cabo de algunos meses la tomaron por fuerza.

El daño que hicieron á los fenicios dió ocasion á los comarcanos para concebir un grande odio contra los cartajineses; murmuraban y se irritaban contra ellos, y de las palabras y a-

menazas pasaron á las armas; juntaron un grande ejército, pero antes de emprender la guerra intentaron algun convenio. Los cartajineses temian esponer su imperio al trance de una batalla, y así fueron los primeros á tratar de paz. Capitularon que ambas partes volviesen á la contratacion; que los cautivos fuesen puestos en libertad, y que se decretase un olvido perpétuo de todas las injurias pasadas.

Los cartajineses que residian en Cádiz (año 500) no tenian esperanza de ser socorridos de su metrópoli por los muchos apuros en que esta se hallaba, y asi con astucias, con finjidos beneficios y caricias trataron de ganar las voluntades de los españoles. Los que quedaron de los fenicios, contentos con la contratacion en que adquirian grandes riquezas, no procuraron ya recobrar el señorío de Cádiz, y de este modo fueron los cartajineses dominadores en España. No se sabe qué jénero de gobierno tuvo España por estos tiempos, aunque probablemente seria el mas prócsimo al estado de naturaleza; primero de familias, en seguida de pequeñas asociaciones ó tribus, despues formando estados mas estendidos; y por último confederaciones y grandes monarquías. Pero de su numerosa poblacion, cultura, artes, felicidad, etc., nada puede asegurarse, sino que cuantas noticias dan los historiadores sobre el asunto, no merecen otro concepto que el de meras conjeturas.

SEGUNDA EPOCA.

España cartajinesa. —(Año 501 á 210 antes de Jesucristo). El senado cartajinés, contento con los sucesos de España, envió á ella por gobernador á Saphon para que con maña se atrajese á los naturales. Lo hizo tan bien, que consiguió de ellos que le diesen tropas para resistir á los enemigos de Cartago. Relevado Saphon del mando, nombró el senado en su lugar á Himílcon, Hannon y Jisgon, los cuales llegaron con una armada que dividieron despues en dos espediciones, y Jisgon quedó gobernando en España. Himílcon salió de Jibraltar con su armada, (año 445 antes de Jesucristo), se dirijió hácia el cabo de San Pedro, enfrente de Cádiz, pasó por los tartesios, el rio Guadalete, bocas del Guadalquivir, de Guadiana, por el cabo de San Vicente, la embocadura del Tajo, donde está Lisboa, y desde allí si-

guió reconociendo todas las riberas y territorios comarcanos hasta el cabo de Finisterre, y de todas las demas de Galicia, Asturias y Bayona, en cuya penosa navegacion entonces ocupó dos años.

Hannon salió al mismo tiempo de Cádiz con su flota, y tomó el rumbo hácia el cabo de Espartel: su navegacion fué mas larga y famosa, pues recorrió todas las costas del Africa, dobló el cabo de Buena-Esperanza, y aun llegó al mar Rojo, desde donde se dice envió mensajeros á Cartago por tierra. Esta navegacion duró cinco años, al cabo de los cuales volvió Hannon á España, y juntándose con Himílcon, marcharon á Cartago, quedando Jisgon en el gobierno.

Annibal vino á relevar á Jisgon, y luego que llegó á Cádiz parece que se mezcló en cierta desavenencia que ocurrió entre los naturales, y sufrió un gran daño, que dicen le costó la vida (año 431 antes de Jesucristo).

Despues transcurrió mucho tiempo sin que ocurriesen en España cosas dignas de referirse, y como los cartajineses estuvieron entretenidos en diferentes guerras, dejaron gozar á los españoles de una gran paz por espacio de muchos años.

En el de 236 antes de Jesucristo volvió á pensar el senado de Cartago sobre los asuntos de la península, y nombró por gobernador de ella con autoridad suprema á Amílcar Barca, el cual vino á España con su hijo primojénito Annibal, de edad de nueve años, habiéndole hecho antes jurar sobre los altares de sus dioses que vengaria á su patria contra los romanos: luego que llegó á Cádiz le dieron la enhorabuena los turdetanos que se habian conservado en la amistad de los cartajineses, y le ofrecieron todas sus fuerzas, con cuyo ausilio recobró Amílcar no solo lo que antes habian poseido los cartajineses, sino que se apoderó tambien de toda la Bética; y en el año siguiente se hizo dueño de todas las costas de los bastetanos, donde al presente está la ciudad de Murcia, cerca de Sagunto.

Amílcar deseaba apoderarse de esta ciudad, pero era preciso buscar algun pretesto, y asi persuadió á los turdetanos que edificasen una ciudad en el término de Sagunto, que es Teruel. De este principio resultó la desavenencia de las dos ciudades, y dió á Amílcar el motivo que buscaba para quitar la libertad á los saguntinos.

En el año 231 recorrió las riberas hasta los Pirineos, y se dice que fundó á Barcelona; pero otros lo atribuyen á Hércules el Libio. Con motivo de haberse sublevado la Bética, pasó Amílcar á sosegarla, y fué muerto en una batalla que dió á los naturales.

El senado nombró en su lugar á Asdrúbal, quien habiendo llegado á España, la encontró sosegada, y construyó á la ribera del mar una ciudad que llamó Cartago la Nueva.

Avisados los romanos de cuanto pasaba en España, ardian de envidia; pero acordaron el disimular por entonces, y Asdrúbal, que tambien penetraba sus ideas, deseaba hacerles la guerra, á cuyo efecto se preparaba con cautela. Procuró negociar en Cartago que le enviasen á Anníbal, y habiéndolo conseguido, le nombró su lugar-teniente. Cuando Asdrúbal se disponia para principiar las hostilidades, le atajó la muerte que le dió un esclavo junto al altar donde estaba sacrificando, en venganza de la que él habia hecho dar á Tago su señor (año 220).

Con la muerte de Asdrúbal recayó todo el gobierno de España en Anníbal, que tenia veintiseis años; y sin detencion acometió á los carpetanos, reino de Toledo, á los olcades, ahora Ocaña, y en el año 217 sitió á la famosa ciudad de Sagunto, situada donde al presente está Murviedro, en las cercanías de Valencia. Los saguntinos, confiados en los socorros que esperaban de los romanos, y animados del odio que tenian á los cartajineses, resolvieron defenderse á pesar de la inferioridad de sus fuerzas. En el mismo año los estrechó Anníbal con un ejército de ciento cincuenta mil hombres, recorrió los campos, tomó y saqueó muchos pueblos comarcanos, perdonando solo á Denia por la reverencia que tenia al templo de Diana. Sagunto era una plaza rica y fuerte con buenos baluartes y murallas, y los habitantes se defendieron con mucho valor, tanto que al mismo Anníbal tiraron desde el muro una lanza que le pasó el muslo, con cuyo motivo se infundió tal terror en su ejército, que intentaron desamparar el sitio y huir. Los sitiados se aprovecharon de aquella ocasion, y fortificaron los puntos que con los ataques habian sido destruidos; pero Anníbal luego que se repuso de su herida, estrechó mas el sitio, derribó varios torreones y trozos de muralla, y dió el asalto;

mas los ciudadanos, animados con el peligro, resistieron el ímpetu de sus enemigos, acometiéndolos con tal denuedo que los arrojaron de la ciudad, poniéndolos en huida y persiguiéndolos hasta sus campamentos, en donde ni aun con los fosos y trincheras se pudieron defender. Annibal se enfureció en tales términos que no quiso dar audiencia á unos embajadores que vinieron de Roma en favor de los saguntinos. Estos no descansaban un momento, antes bien preparaban todo lo necesario para proseguir en su defensa; pero todo fué inútil, porque los enemigos cargaron con tal fuerza que demolieron una gran parte de la muralla, y los soldados, á quienes á voz de pregonero se les ofreció el saqueo, entraron con mucha furia: y no siendo bastantes los saguntinos para detener aquel torrente, se retiraron mas adentro, donde formaron un fortin unido al castillo; pero todo esto era inútil, y solamente estribaba su esperanza en el socorro que esperaban de Roma. Ultimamente, apoderado Annibal del mismo castillo, los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender, y sola la obstinacion los alimentaba. Aunque se les hicieron varias proposiciones no accedieron á ellas, porque querian salir libres; y llegó á tanto la obstinacion, que muchos reunieron sus alhajas y riquezas, las arrojaron al fuego, y despues hicieron lo mismo con sus mujeres é hijos: incendiaron la ciudad por todas partes, y para que no quedase á Annibal el honor del triunfo, hasta las mujeres, despues de haber muerto á sus hijos, se mataron ellas mismas. Los que no perecieron en las llamas, fueron inhumanamente pasados á cuchillo sin distincion de secso ni edad; y muchos por no verse esclavos, se metian por las espadas enemigas.

Annibal, despues de este suceso, y de haber conquistado varias provincias de España, se encaminó á Italia con un grande ejército, diestro y endurecido con las guerras de tantos años, dejando encargado el gobierno á su hermano Asdrúbal.

Los romanos quisieron saber del mismo senado cartajinés si las crueldades de Annibal contra Sagunto se habian ejecutado de su órden y con su consentimiento, y mientras volvian los embajadores se hicieron grandes preparativos de guerra, nombrando para la España al cónsul Publio

Cornelio; y no habiendo contestado el cartajinés categóricamente, le declararon los romanos la guerra.

Gneyo Scipion, encargado del gobierno de España por su hermano Publio, llegó á las costas de Cataluña, y sujetó todo el terreno que se estiende entre el cabo de Cruces, Creus y Ebro.

La escuadra romana invernó en Tarragona, y Gneyo presentó una batalla al cartajinés, en la cual le derrotó, matándole seis mil hombres y haciéndole dos mil prisioneros, entre los cuales se contaba el jeneral Hannon; y Asdrúbal, noticioso de esta derrota de los suyos, pasó el Ebro, cerca del mar, y mató á muchos marineros romanos que encontró descuidados; pero Gneyo con la misma presteza se apresuraba para cargar sobre los enemigos, á quienes hizo repasar el Ebro, y situó sus tropas en parajes seguros.

Asdrúbal envió á Himílcon una grande escuadra para recorrer las costas que estaban en favor de los romanos, y al mismo tiempo acudió él por tierra con veinte mil hombres; pero Gneyo Scipion, que no tenia bastantes fuerzas para atender á ambas partes, se resolvió á conservar la dominacion en el mar, y con una flota de treinta naves que equipó en Tarragona, se apoderó de la cartajinesa en las bocas del Ebro, á la vista del mismo jeneral cartajinés, habiéndole tomado veinte buques y echado á pique el resto de aquella escuadra. Esta victoria y otras conseguidas al frente de Cartajena las estuvo observando Asdrúbal, que seguia por todas partes la vista de la escuadra romana hasta Cádiz. Con este motivo se unieron á los romanos muchos territorios y ciudades que engrandecieron su poder; y formando un grueso ejército dieron contra los cartajineses, tomándoles varias ciudades, y obligando á Asdrúbal á desamparar los ilerjetes con pérdida de quince mil hombres.

En el año 214 vino á España Publio Cornelio Scipion, y con treinta galeras y grandes provisiones desembarcó en Tarragona, desde donde se dirijió contra Sagunto, por estar allí prisioneros los rehenes españoles bajo una pequeña escolta al cargo del gobernador Bostar, á quien un español amante de los romanos engañó con acuerdo de estos y le sacó los prisioneros, que puso en manos de Scipion para aparentar que este les habia dado la libertad, y habia hecho a-

quel servicio á los españoles.

El senado cartajinés mandó á Asdrúbal pasar á Italia para ayudar á su hermano Annibal, y dejó en el gobierno á Himílcon (año 213). Los Scipiones resolvieron impedir esta marcha para evitar el peligro de su patria si Asdrubal llegaba á Italia, y procuraron entretenerle acometiendo á los pueblos que poseian los cartajineses. Acercaron los ejércitos y se dió una batalla en la que quedaron victoriosos los romanos, porque los españoles que Asdrúbal llevaba forzados, se le desertaron, y los africanos y cartajineses desamparados de aquellas fuerzas, huyeron precipitadamente, y el mismo Asdrúbal se refujió en Cartajena.

El senado de Cartago, en vista de esta derrota, envió á Magon con sesenta galeras y doce mil hombres: desembarcó en Cartajena, y unido á Himílcon, que poco antes habia venido con otros socorros, salió de nuevo á campaña, acometiendo á la ciudad de Illiturgo con sesenta mil hombres: los romanos pasaron inmediatamente á socorrer á esta ciudad, y noticiosos los cartajineses se les opusieron, dándoles una batalla muy sangrienta, en la que fueron vencidos los tres jenerales cartajineses.

Por los años de 212 al 210 antes de Jesucristo, fueron maltratadas las tropas de Cartago en todas partes, y los romanos tomaron el partido de acariciar y honrar entre sus filas á los soldados españoles para ganarse su amistad y que desamparasen á los cartajineses.

Asdrúbal, que habia quedado gobernando en España en lugar de su hermano Annibal, fué vencido por el cónsul Gneyo Cornelio Scipion; y de este modo se apoderaron los romanos de la mayor parte de España.

TERCERA EPOCA.

España romana bajo el dominio de la republica.—*(Año 210 antes de la era cristiana, hasta el nacimiento de Jesucristo.)* Reforzados los cartajineses con nuevos socorros que vinieron de Africa, dividieron sus fuerzas en dos partes, y salieron de Cartajena contra los romanos: estos, que tambien habian recibido refuerzos de Italia, confiados en treinta mil celtíberos que se les habian unido, se prepararon para la campaña; pero les salió muy mal, porque los celtíberos les volvieron las espaldas, y se marcharon á sus casas. Esta desercion desordenó

el plan de los romanos, de modo que tuvieron que retirarse á puntos defendibles, en donde sin embargo fueron atacados y obligados á entrar sucesivamente en batallas desgraciadas, en las que murieron los dos hermanos Scipiones Publio y Gneyo.

Con estos desgraciados sucesos estuvo á pique de perderse en España el partido de los romanos; pero Lucio Marcio lo sostuvo con un ejército que reunió de las reliquias que habian quedado, con el cual dió diferentes batallas á los enemigos, los derrotó, y repuso el honor de las armas romanas.

En el año 208 vino por gobernador de España Publio Scipion, hijo de Lucio, trayendo consigo diez mil infantes y mil caballos, y habiéndolos reunido con las demas tropas sus aliadas, sitió á Cartajena por mar y tierra, y se apoderó de ella haciendo diez mil prisioneros con todas las embarcaciones y jente de mar que estaban en el puerto. El porte de Scipion fué muy suave y político: dejó en libertad á los ciudadanos de Cartajena; y entre los muchos ejemplos que dió de su moderacion fué uno el siguiente: habiéndole presentado sus soldados una cautiva muy hermosa, apenas la quiso ver por evitar sospechas; y teniendo noticias de que estaba casada con un tal Luceyo, persona principal entre los celtíberos, se la envió, é hizo este beneficio mas completo, porque la dió para aumento de dote el oro que los padres de la cautiva habian ofrecido por su rescate. Perdonó tambien á los celtíberos sus pasadas faltas, y con estos beneficios se ganó el afecto é inclinacion de los españoles.

Despues de la toma de la ciudad persiguió á Asdrúbal Barchino por Ubeda, y habiéndole alcanzado en unas montañas muy fragosas cerca del rio Guadalquivir, le acometió sin darle tiempo para que pudiese ordenar sus tropas, por lo que se pusieron los cartajineses en precipitada fuga, en la que, y en la batalla que se dió, dejaron muertos en los campos ocho mil soldados con dos mil prisioneros, entre los cuales se contaba el sobrino del rey Masinisa.

Asdrúbal siguió su fuga hasta cerca de los Pirineos, donde se le unieron Magon y Asdrúbal, hijo de Jisgon. En el año 205 vino Hannon á remplazar á Asdrúbal, y trató de reunir jente en los celtíberos: y noticioso de ello Scipion, le dió una batalla, en la cual venciendo primero á Ma-

gon, hizo despues prisionero á Hannon, que venia á socorrerle.

En el año 204 reunió Asdrúbal un ejército de cincuenta mil infantes y cuatro mil quinientos caballos, que situó en la Bética, cerca de la ciudad de Silpia. Scipion hizo sus preparativos, y partió en busca del enemigo : se trabaron varias escaramuzas por espacio de algunos dias, hasta que acometió Scipion de pronto á Asdrúbal, y encendió una gran batalla, en la cual, puestas en confusion las lejiones cartajinesas, hizo una horrorosa carnicería, y apenas se salvaron siete mil hombres con su jeneral, que se encerró en Cádiz. Viendo Masinisa el mal estado de los cartajineses, trató de pasarse á los romanos. De este modo perdieron en España los cartajineses todo su dominio, y pasó al de los romanos, quienes se fueron apoderando sucesivamente de los principales pueblos y ciudades de la península. Magon sostuvo entretanto á Cádiz; pero habiéndose acercado Scipion, y viendo perdida la esperanza de poder subsistir en España, con órden que tuvo del senado partió para Cartago. La ciudad de Cádiz se entregó al romano, quien parece fundó á Itálica, cerca de Sevilla, en un lugar que se llamó Sancios, patria que fué de tres emperadores, Trajano, Adriano y el gran Teodosio, y despues de cinco años que estuvo en España volvió á Roma en una grande armada. En los tiempos sucesivos fué gobernada España por medio de cónsules, procónsules ó jenerales que enviaba la república.

En el año 193 se dividió la península en dos gobiernos, á saber: Ulterior y Citerior: el primero comprendia la Andalucía y Portugal, y el segundo lo restante de la península.

Como los mas de los españoles aborrecian á los romanos, se sublevaban con frecuencia ya en una, ya en otra provincia; pero siempre fueron abatidos por la astucia y por la fuerza de los dominadores, durando este jénero de lucha por espacio de muchos años, ó casi siempre.

En el 170 se volvió á reunir el gobierno de España en una sola persona, que fué Lucio Canuleyo. El senado nombró juez á este pretor, para que antes de venir determinase sobre cierta acusacion de los españoles contra alguno de los pretores que antes habian gobernado, porque decian haber robado y cohechado el pais; pero fueron absueltos, y para apaciguar á los naturales

se les otorgó que los gobernadores romanos no vendiesen el trigo por la tasa que ellos mismos hacian, y que á los españoles no se les obligase á encabezamientos ni arrendamientos de alcabala: que no hubiese arriendos de tributos, sino que el cuidado de recaudar las rentas se encargase á los pueblos.

En el año 167 vino al gobierno de España Marco Marcelo, de quien se dice que fundó á Córdoba; pero hay autores que afirman que la fundacion de esta ciudad fué obra de Annibal, y que á Marco Marcelo le atribuyeron esta gloria porque la ennobleció y hermoseó con buenos edificios y con título de municipio romano.

Numancia (1), terror y espanto de Roma, y gloria de España, cansada del yugo de los romanos, se sublevó contra ellos (año 151) contando con solos cuatro mil hombres útiles para las armas; y con otros pueblos que se la aliaron formaron el proyecto de fortificarse, á pesar de los impedimentos que les oponian los gobernadores; y de aquí nació la ruidosa y memorable guerra de Numancia y otras ciudades, que duró por mucho tiempo, y en la que se mezclaron diferentes cónsules, pretores y jenerales.

Al año siguiente vino á España el cónsul Quinto Fulvio Nobilior, y con su ejército de treinta mil hombres atacó á los pueblos de los arevacos cercanos á Numancia, y los naturales les sostuvieron la batalla con el mayor valor, pues les mataron seis mil hombres, y pusieron en huida á todos los demas; pero repuestos los romanos, volvieron contra los arevacos y estos se encerraron en Numancia: el cónsul situó sus tropas á cuatro millas de esta ciudad; mas irritados los numantinos, hicieron una salida, y trabaron una gran batalla, en la cual arrollaron á los contrarios, hasta meterlos en sus campamentos con pérdida de cuatro mil hombres: estas acciones, y otras no menos gloriosas para los numantinos, causaron cierta composicion entre ambos ejércitos.

Guerra de Viriato. — Las crueldades de los romanos, especialmente las del pretor Galba,

(1) Numancia estuvo situada en la estremidad mas setentrional de la Celtiberia, entre los pueblos llamados Arevacos, como á una legua de Soria, donde está el puente de Garay, poco distante del nacimiento del rio Duero.

fueron causa de que en la España Ulterior se emprendiese otra guerra muy famosa, que fué la de Viriato, por espacio de catorce años. Era este de nacimiento portugués: la pobreza de su cuna le hizo pastor, la desesperacion bandido, la fama de su valor capitan de bandoleros; pero siempre amante y fiel á su patria, la respetaba, y miraba con cariño al mas ínfimo de sus compatriotas, al mismo tiempo que aborrecia estremadamente á los romanos, contra quienes se declaró con un solo escuadron que juntó al principio, y aumentó despues con las muchas jentes que se le juntaron. Reunidas estas en forma de ejército, principió á batir á los pueblos de la boca del rio Guadiana, que estaban al partido de los romanos.

En el año 148, hallándose Viriato en una ciudad llamada Tríbola, se le presentaron los romanos, y armándoles cierta emboscada los envolvió de tal modo, que mató al jeneral y cuatro mil soldados, persiguiendo á los demas, que huyeron con precipitacion hasta Tarifa; pero habiendo recibido nuevos socorros de los celtíberos, volvieron los romanos á la batalla, y en ella perecieron todos.

Al año siguiente, recorriendo Viriato los campos de los turdetanos y carpetanos, se le presentó un ejército romano, y él aparentó huir: siguiéronle los contrarios, pero viéndose ya en disposicion de ejecutar lo que intentaba, revolvió sobre ellos, y pasó á cuchillo á cuatro mil de los que se habian adelantado. El pretor, deseoso de vengar aquella infamia, siguió el alcance hasta llegar al monte de Venus, donde pasado el rio Tajo se habia fortificado Viriato: se presentó de nuevo una batalla, en la que fueron derrotados los romanos, y no menos escarmentados que antes; de modo que el pretor se amedrentó tanto, que en medio del estío se estuvo encerrado en sus cuarteles.

En el año 146 vino el pretor Claudio Unimano contra Viriato, y en una batalla que este le dió en Urique, le mató con muchos de sus soldados, y el resto del ejército romano fué derrotado y puesto en vergonzosa fuga; en memoria de ella colocaron los españoles en varios puntos de la Lusitania montones de alabardas, insignias del majistrado, que dejaron abandonadas por el miedo.

En el año 145 vino tambien

contra Viriato Cayo Nigidio, y fué vencido igualmente en una batalla que se trabó cerca de Viseo, en Portugal, en la que murió Lucio Emilio.

En el 143 envió el senado, para hacer la guerra á Viriato, al cónsul Quinto Fábio Mácsimo Emiliano, y en Osuna, donde se situó, fué acometido por aquel, quien le mató algunos destacamentos, y le presentó una batalla que el cónsul no quiso admitir, retirándose á Cádiz; pero poco despues revolvió contra él, le obligó á huir y á guarecerse en puntos defendibles.

En el año 141, un tal Quincio hizo la guerra á Viriato, y en una batalla que hubo al pie del monte de Venus, fué este vencido al principio: mas habiéndose repuesto, cargó contra los romanos con tal ímpetu que los arrolló, haciendo en ellos una gran carnicería, y obligándoles á huir medrosos y escarmentados hasta encerrarlos en Córdoba.

En el siguiente año vino el cónsul Quinto Fabio Servilio para proseguir la guerra contra Viriato, trayendo en su compañía diezíocho mil infantes y mil quinientos caballos: todas estas tropas, los socorros que el rey Masinisa le envió del Africa, y las demas fuerzas romanas que reunió en España, no fueron bastantes para impedir que Viriato en la Andalucía los maltratase, persiguiese y derrotase con tanto esfuerzo, que les obligaba á huir sin dejarles descansar de dia ni de noche, hasta que tuvieron que retirarse á Utica, de donde Viriato, por falta de víveres, tuvo que levantar sus tropas y llevarlas á la Lusitania.

Serviliano, gobernador de la España Ulterior en el año 139, sitió á la ciudad de Erisana que estaba al partido de Viriato: noticioso este reunió su tropa, en una noche se introdujo en la ciudad, y á la mañana siguiente hizo una repentina salida: dió sobre los enemigos, que estaban descuidados, y habiendo muerto á muchos tuvieron que huir los otros desamparando el sitio. Esta ocasion pareció al español muy oportuna para tratar de paz, que con efecto se verificó muy ventajosa para él, pues fué llamado amigo del pueblo romano, y á sus soldados y pueblos confederados se les volvieron todos sus bienes y robos; pero el senado, noticioso de un tratado que disfamaba la majestad del pueblo romano, lo desechó, y envió para que le rompiese al cónsul Quinto Ser-

vilio Cepion: este buscó á Viriato, que estaba en la ciudad de Arsa, en Andalucía, le puso en huida, persiguiéndole hasta el reino de Toledo, en donde con cierto ardid se sustrajo de una batalla á que le obligaba el cónsul, y se retiró á los bosques.

Cansado Viriato de tan largas guerras, y poco confiado en la lealtad de sus compañeros, de quienes se recelaba, acordó enviar tres emisarios al cónsul para tratar de paz, y elijió al efecto á Alauco, Ditalco y Minuro, personas que le parecieron á propósito para el caso: estos fueron recibidos por el cónsul con mucha atencion y humanidad, y les hizo muchos regalos y grandes ofertas para el caso de que quisiesen matar á su jefe.

Concertada la traicion, se dispusieron, y vueltos al campamento de Viriato le manifestaron que el cónsul queria efectuar las paces: con esta esperanza se descuidó Viriato, y una noche en que estaba durmiendo entraron los tres traidores y le mataron á puñaladas. ¡Infames asesinos, cobarde romano, que por no tener valor para romper cara á cara la espada del desgraciado héroe, buscó un medio tan vil para libertarse de él! Faltó Viriato, varon digno de mejor suerte, terror de la fementida Roma, honor y gloria del suelo español, alma grande, á quien ni la adversidad le acobardó, ni la prosperidad le ensoberbeció.

Con la muerte de Viriato volvieron los romanos á apoderarse de aquella parte de España, que no habrian conseguido si las otras provincias en vez de estarse quietas se hubiesen unido con él; pero les costó bien cara su apatía.

Guerra de Numancia.—En el mismo año 138 en que murió Viriato, Numancia empezó á hacer ver á los romanos que alimentaba en su seno otros tantos Viriatos cuantos eran sus ciudadanos. Hacia ya mas de treinta años que esta heróica ciudad habia acreditado á Roma que era inconquistable, y asi tomó la república el partido de celebrar con los numantinos ciertos tratados de paz y alianza que fueron fielmente cumplidos por estos, pues no dieron socorro á Viriato: mejor les hubiera sido unir su heroismo con el de este desgraciado héroe, y acaso habrian conseguido entonces la libertad jeneral de España.

Luego que los romanos se vieron libres de Viriato, determi-

naron destruir tambien á los numantinos; y como estos habian acojido en la ciudad á los dispersos del ejército de aquel héroe, encontraron en esta noble accion el infame pretesto que buscaban, calificándola de una infraccion de los tratados, y declararon la guerra. Pereció Numancia como veremos; pero la consumieron las cenizas de sus gloriosos habitantes, despues de haber sepultado en su recinto inumerables lejiones romanas, tanto que apenas se encontraba en la república una familia que no vistiese luto, y que no llorase la pérdida de padre, hijo, hermano ó pariente.

Quinto Pompeyo fué el que principió esta última guerra, y su orgullo le hizo creer que tan pronto como presentase sus estandartes enfrente de una ciudad sin murallas se rendiria; pero le engañó su vanidad, porque no conocia el valor de los numantinos. Estos juntaron un ejército de ocho mil infantes y dos mil caballos, cuyo mando dieron á un capitan muy esperimentado, que se llamaba Megara. Pompeyo atacó á la ciudad con treinta mil infantes y dos mil caballos; pero los numantinos hicieron diferentes salidas, en las cuales les derrotaron y persiguieron cuantas veces se presentaron. Viendo el cónsul el poco efecto que lograban sus ataques contra Numancia, acordó pasar á la ciudad de Termancia; mas sus ciudadanos le rechazaron con no menos afrenta que los numantinos, y con mayor pérdida de sus tropas, porque en tres salidas que hicieron en un dia le obligaron á retirarse á unos ásperos bosques, en donde muchos romanos se despeñaron por huir; pues fué tanto el miedo que cobraron, que pasaron la noche sobre las armas: al dia siguiente volvieron á la batalla, que duró hasta la noche, en la cual Pompeyo, aprovechando la oscuridad, huyó á la ciudad de Manlia por escusar otra batalla.

Habiendo vuelto Pompeyo sobre Numancia, y viendo que el sitio duraria mucho tiempo por la temeridad de los habitantes, procuró sacar de madre el rio Duero para que no les entrasen víveres; pero los sitiados, con sus frecuentes salidas, le obligaron á desistir de la empresa retirándose á su campamento, repartiendo sus tropas en las ciudades comarcanas, y entablando negociaciones de paz que se trataron en secreto por ser desventajosas para los romanos; tanto que el mismo Pompeyo

se finjió enfermo por no firmarlas.

En el año 136 el cónsul Popilio acometió á los numantinos, y fué vencido y puesto en huida. En el siguiente Cayo Hostilio Mancino vino tambien contra Numancia, se acampó cerca de la ciudad, y fué desbaratado y vencido en diferentes batallas, de tal modo que se acobardó, y á la sombra de una noche huyó á los lugares comarcanos: los numantinos le persiguieron y envolvieron de tal modo, que perdida la esperanza de poder escapar, trató de arreglar la paz, en la cual los numantinos quedaron con su antigua libertad, y fueron llamados compañeros y amigos del pueblo romano.

En el año 133 el cónsul Quinto Calpurnio Pison vino tambien á España contra los numantinos: peleó con ellos y salió mal, porque perdió parte de su ejército, y el resto estuvo en graves apreturas; pues era tan grande el miedo que habian cobrado los romanos, que con sola la vista de los españoles se ponian en fuga.

En el siguiente año 132 vino á continuar la guerra de Numancia el cónsul Publio Scipion, llamado el *Africano*, trayendo consigo cuatro mil jóvenes de la nobleza romana, de los cuales formó un escuadron llamado Philonida: organizó y disciplinó su ejército y le situó cerca de Numancia; pero por entonces no quiso esponerse al riesgo de una batalla, y se contentó con hacer correrías por los campos de sus enemigos saqueando, robando y matando cuanto podia: volvió sobre Numancia, é irritados los naturales pelearon con sucesos varios, huyendo algunas veces, cosa que causó grande admiracion á los romanos, porque hacia mucho tiempo no habian visto las espaldas á los numantinos. Scipion, con cuarenta mil hombres, segun unos, ó sesenta mil, segun otros, apretó el cerco de Numancia; los naturales, que no tenian mas de cuatro á ocho mil hombres, retiraron á sus jentes de la ciudad y presentaron una batalla al enemigo, resueltos á perecer antes que sufrir las penalidades de un sitio; pero Scipion procuró escusar el trance de una batalla formando buenas barreras y fortificaciones alrededor y cerca de la ciudad para libertarse de la furia y correrias de los numantinos; de modo que solo podia entrarse en la ciudad por el rio Duero, y aun las riberas de este fueron guarnecidas con gruesos escuadrones.

No por esto decayó el ánimo de los numantinos, antes bien acometian á los centinelas y cuerpos de los romanos con el mayor ardor; mas cargando otros, fueron rechazados y obligados á encerrarse en la ciudad: se hicieron por los numantinos varias proposiciones de paz, que no fueron admitidas por el cónsul, quien contestó que habian de entregarse á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta se enfurecieron los numantinos de tal modo, que mataron á los enviados del cónsul; y estando ya sin esperanza alguna de salvarse ni de dar batalla, acordaron hacer el último esfuerzo: acometieron á los campamentos de los romanos, violentaron las trincheras y degollaron á todos cuantos se encontraron por delante, hasta que cargando sobre ellos gruesos cuerpos de romanos, les fué forzoso retirarse á la ciudad, en donde se dice que por algunos dias se alimentaron con los cuerpos muertos de sus conciudadanos. Finalmente, perdida de todo punto la esperanza de socorro, determinaron ejecutar una grande hazaña matándose entre sí mismos, unos con veneno, otros atravesándose con sus espadas, y otros peleando como enemigos con igual partido de vencedor y vencido, pues en una hoguera que tenian encendida, arrojaban al que era muerto, y le seguia el matador. De este modo fué destruida Numancia cuando hacia un año y tres meses que habia venido Scipion á España.

Despues de la destruccion de Numancia, siguió una larga calma y sosiego hasta que vino Quinto Sertorio á buscar su seguridad y huir de la tiranía de Sila (año 78 A. de J. C.).

Con la presencia de Sertorio se alentaron los españoles, y tanto estos como los romanos se alistaron á competencia en sus banderas, de modo que en poco tiempo se hizo dueño de la España Ulterior, y se ganó las voluntades de los habitantes de la Citerior. Para que esta aficion fuese mas fundada, hizo venir desde Italia profesores y maestros de las ciencias, fundó una universidad en cierta ciudad que antiguamente se llamó Osca, y procuró que los hijos de los principales españoles fuesen allí á estudiar. Añadió tambien á esto el culto de la relijion, por ser el mas eficaz medio para ganar el corazon del pueblo.

Estos sucesos movieron á Sila á enviar contra Sertorio á Quinto Metelo, su compañero, quien

á la entrada de los Pirineos fué muerto por Hirtuleyo, capitan de Sertorio, y sus tropas destrozadas: este desman movió á Manilio, procónsul de la Galia Narbonense, á pasar á España; pero no le fué mejor, porque el mismo capitan le desbarató en una batalla, y él pudo escapar con muchas dificultades á encerrarse en Lérida. Metelo rompió hasta Andalucía, mas en ella fué vencido muchas veces por Sertorio, y forzado á refujiarse en los pueblos para entretener á un enemigo tan feroz; pero este con poca jente le iba á los alcances, pues los soldados españoles al mando de tan buen jefe no manifestaban menos valor ni disciplina que los romanos. Con esto volaba la fama de Sertorio no solo por España, sino que habiendo llegado al Asia, mereció que el gran rey Mitridates le convidase con su amistad y le enviase embajadores ofreciéndole socorros de dinero y armadas.

A estas victorias acompañaron otras muchas por espacio de nueve años en que se cubrió de gloria y causó miedo al senado romano, hasta que en el de 68 antes de Jesucristo, un hombre principal llamado Antonio, por traicion que fraguó Marco Perpenna, le mató alevosamente á puñaladas estando en un convite en la ciudad de Huesca. El infame traidor, aunque teñido con la sangre de Sertorio, le sucedió en el mando del ejército.

Sabida la muerte de Sertorio y el motivo de la traicion, se irritaron todos contra Perpenna; pero él procuró apaciguarlos con halagos y regalos. Perpenna escusaba venir á las manos con Pompeyo, mas la astucia de este le obligó á lo que no queria, pues los romanos le hicieron entrar en una emboscada en donde sus soldados fueron muertos y puestos en fuga, y él se escondió, despues de vencido, en unos bosques: dieron con él los soldados, y aprisionado rogó él mismo que le llevasen á Pompeyo, pues esperaba que este le perdonase; pero se engañó, porque el cónsul le mandó quitar la vida, y se dice que fué por evitar que descubriese á otros cómplices, en cuyo caso se hubiera visto precisado á ejecutar grandes castigos; con el mismo intento arrojó al fuego las cartas que le habian enviado de los romanos que llamaban á Sertorio para que volviese á Italia.

Despues de estos acontecimientos se sosegó en breve la España: los de Huesca, Valencia y los termestinos se entregaron al

vencedor. A Osma, porque no quiso obedecer á Pompeyo, la demolió. Calahorra sufrió un cerco tan apretado, que los habitantes, consumidos todos sus víveres, se sustentaron por algun tiempo con las carnes de sus mujeres é hijos, hasta que fué asaltada y asolada la ciudad, y pasados á cuchillo sus habitantes. Con este terror los demas pueblos se sometieron á la obediencia de los romanos.

Por los años 61 antes de Jesucristo vino á España Julio César por la primera vez, en clase de cuestor, que era como un pagador, en compañía del pretor Antistio, y despues en el año 59 se le dió el empleo de pretor; limpió el pais de salteadores, se apoderó de la Coruña en Galicia, estableció leyes, reprimió las usuras y desórdenes, y se marchó á Roma.

En el año 51 el senado, con motivo de los alborotos que se habian levantado en España, encargó á Pompeyo el mando por cinco años: no vino él pero nombró tres tenientes que fueron, Petreyo, Afránio y Marco Varron, señalandoá cada uno su distrito. Con este jénero de gobierno se refrenó la ferocidad de sus naturales, y permaneció España sosegada algunos años, ó por lo menos no hubo alteraciones de importancia.

Por este tiempo principiaron las disensiones entre César y Pompeyo, porque ambos eran á cual mas ambiciosos, y no querian que otro se les aventajase: de esto dimanó una guerra civil que recayó sobre España, pues las tropas de César rompieron por los Pirineos y se acamparon en las riberas del Segre, enfrente del ejército de Pompeyo que mandaban sus tenientes Afranio y Petreyo. Luego que César llegó á Lérida, emprendió la guerra, venció á los pompeyanos, y sin efusion de sangre disipó su ejército, cuyo jefe se marchó á Africa. Tranquilo ya César, juntó córtes en Córdoba, y despues de haber hecho muchas gracias y concedido privilejios, nombró por gobernador de la España Ulterior á Quinto Casio Lonjino, y se marchó á Roma, desde donde envió al gobierno de la España Citerior á Marco Lépido.

La mala comportacion de Lonjino, su avaricia y crueldad, causaron una gran sublevacion en la España Ulterior, donde gobernaba: los naturales, á cuya cabeza se pusieron Lucio Recilio y Annio Scápula, cargaron sobre Lonjino y le dieron muchas heridas; pero sus guardias le socor-

rieron, y de estas resultas perecieron muchos de los conjurados, y otros se vieron precisados á huir: el ejército se le sublevó tambien, y viendo Lonjino que todos le eran contrarios, se retiró á un pueblo llamado Ulia y ahora Montemayor, en donde tambien le asaltaron sus contrarios, y como rehusase la batalla le cercaron por todas partes; mas Bogud, rey de Mauritania, y Marco Lépido le socorrieron con sus tropas y le pusieron en libertad.

La España (año 43) estaba dividida en bandos, unos en favor de César y otros de Pompeyo; mas como este murió en Africa, vinieron sus hijos Gneyo y Sesto; el primero se apoderó de muchas ciudades, entre ellas de la de Córdoba, en donde dejó por gobernador á Sesto y pasó á sitiar á Ulia, que permanecia á favor de César: acudieron las tropas de este al socorro, pero rehusaron la batalla dando lugar á que él viniese, y habiendo llegado envió sobre Ulia á Lucio Junio Pacieco, quien con cierta estratajema se introdujo una noche en la ciudad y animó á los sitiados. César se situó cerca de Córdoba, y noticioso Gneyo vino á socorrer á su hermano Sesto sin aventurar la batalla, y en este tiempo le sobrevino á César una enfermedad que le obligó á retirarse dirijiendo su ejército hácia Teba la Vieja, donde los pompeyanos habian reunido todo el dinero y mucha parte de las municiones: Gneyo, avisado de la direccion que llevaba César, pasó á Castro el Rio, y despues se situó á la otra parte del rio Gadajoz, desde donde trabó algunas escaramuzas en que salió mal, y perdida la esperanza de dar socorro á los sitiados, se volvió á Córdoba. Con este motivo los de Teba se irritaron contra Gneyo é hicieron proposiciones de paz á César; pero fueron estas tan arrogantes, que el sitiador se vió precisado á desecharlas.

Se cuentan tantas crueldades de Numacio Flacco, gobernador de aquella plaza, que horrorizan: degolló á todos los ciudadanos aficionados á César, arrojando sus cadáveres por las murallas: las mujeres de los que estaban con César sufrieron la misma suerte; á los niños los hizo asesinar en los brazos de sus padres y madres; otros á vista de estos los mandó enterrar vivos ó clavar sobre las lanzas de los soldados; pero de nada le valió semejante crueldad, porque los habitantes se rindieron á César, quien los perdonó: aunque de

Numacio nada se dice, es regular que le daria el merecido castigo.

Pasó César á la ciudad de Munda, hoy Monda, en donde se dió una gran batalla, en la cual peleó el mismo César entre sus soldados, y quedó victorioso. Gneyo, destrozado y herido, se retiró á Tarifa, y con intento de pasar á la España Citerior se embarcó en una escuadra que tenia dispuesta para cualquier trance: seguíanle Didio por mar, y Cesonio por tierra; le encontraron escondido en una cueva y le mataron. Sesto, atemorizado con este suceso, y no pudiendo sostenerse en Córdoba, determinó pasar á la España Citerior para dar tiempo; y asi se apoderó Cesar de Córdoba pasando á cuchillo veinte mil ciudadanos partidarios de Pompeyo. Despues pasó á Sevilla y se apoderó de ella, haciendo lo mismo con otros pueblos de aquella comarca.

Munda se sostenia todavia; pero Quinto Fabio que estrechaba el cerco la rindió despues de algunos meses, y tambien sujetó á Osuna.

Sosegadas asi las alteraciones de España, juntó César grandes sumas de dinero que ecsijió por tributos y venta que hizo de los empleos, y apoderándose tambien de las riquezas del templo de Hércules, se marchó á Roma, dejando á Asinio Polion por gobernador de la España Ulterior, y de la Citerior á Marco Lépido.

El poder de Julio César estaba en Roma en su mayor auje cuando le mataron, en el mismo senado el dia 15 de marzo del año 40, Bruto y Casio con veintitres puñaladas. Con este motivo Sesto Pompeyo, que se habia refujiado en las montañas de Jaca, salió con el objeto de aprovecharse de las circunstancias y alentar su partido, que se fué fomentando con las jentes que le acudian de todas partes: formó una lejion y con ella, cerca de Cartajena, se apoderó de Vera.

Con este pequeño principio hubo en España una gran mudanza en favor de Pompeyo, quien se apoderó de toda la Bética destrozando á Polion en una batalla; pero Marco Lépido sosegó estas alteraciones persuadiendo á Sesto Pompeyo á que pasase á Roma, donde por las circunstancias podria alcanzar la hacienda, autoridad y grandeza de su padre.

Por este tiempo Octaviano, sobrino de César, nieto de su her-

mana Julia, protejido por el senado, se opuso á las ambiciosas miras de Marco Antonio, que intentaba quitar la libertad á los romanos ; de aquí provino el triunvirato entre Octavio, Marco Antonio y Marco Emilio Lépido, para gobernar toda la república, y tocó á Octaviano la Galia Narbonense y España.

En el año 39 se hizo nuevo repartimiento entre los triunviros, y quedó tambien la España á Octaviano, quien envió por gobernador de ella á Domicio Calvino. Dominada así la España, fué tributaria de Roma desde el principio del año 38, y se empezó la era española, cuya cuenta se usó para las fechas de las actas y documentos hasta que el rey don Juan I de Castilla, con acuerdo de las cortes en el año 1383, abolió esta práctica, mandando que en adelante se usase la del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Calvino (año 36) venció á los ceretanos en las faldas de los Pirineos, en la Cerdania, limítrofe á Francia, y despues se marchó á Roma, sucediéndole Cayo Norbano Flacco.

Sesto Pompeyo, con la esperanza de hacer que renaciese la libertad de la república, volvió á Roma, en donde se le nombró jeneral de la armada, con la cual se apoderó de Sicilia; pero habiendo acudido Octaviano y Lépido le despojaron de ella, y con esto se quedo el primero dueño de aquella isla, y aun se apoderó de Africa por cierta diferencia que tuvo con Lépido, de cuyas resultas le despojó de todo el poder. Marco Antonio, que tenia las provincias de Oriente, se resintió del proceder de Octaviano, y con esto se encendió la guerra entre los dos, de la cual resultó que Octaviano, despues de muchas batallas, venció á Marco Antonio, y se quedó solo con todo el imperio en el año 28: el senado le dió el nombre de Augusto por haber restablecido la paz en el mundo despues de tantos desastres. Octaviano dividió la España en tres provincias, á saber: Tarraconense, Bética y Lusitana. En el año 25 antes de Jesucristo se dice que abrieron en Andalucía el camino real desde Córdoba á Ecija, y desde allí hasta el Océano.

Habiéndose repartido el gobierno de las provincias entre Augusto y el senado, quedó á este en España solo el de la Bética ó Andalucía.

Cuando los españoles reposaban tranquilos despues de tan-

tas y tan desastrosas guerras; cuando empezaban á florecer en jentes, riqueza y fama, entonces se encendió una nueva y cruel guerra; esta tuvo principio en la Cantabria, que aun no estaba sujeta del todo á los romanos.

Los cántabros persuadieron á los asturianos y gallegos para que tomasen las armas y se uniesen con ellos para defenderse, y entraron en los pueblos del contorno que estaban al partido de los romanos, con lo cual se atemorizaron tanto estos como el mismo Augusto, porque temia que de aquel principio se siguiese una guerra desastrosa, y por esta causa resolvió venir á España. Luego que llegó reunió mucha jente y con un grueso ejército pasó á situarse entre Azpeitia y Tolosa, con lo que sujetó aquel pequeño pais en poco tiempo.

Los cántabros, desconfiados de sus pocas fuerzas para contrarestar la tempestad que sobre ellos se aprocsimaba, recojieron sus cortos equipajes, y con sus mujeres é hijos se acojieron á los parajes mas ásperos y fragosos sin querer emprender batalla contra los romanos. Viendo Augusto que esta guerra se prolongaba, y habiendo enfermado á la sazon, se volvió á Tarragona, dejando en el mando de las tropas á Marco Agripa, con encargo de hacer la guerra á los asturianos y gallegos. Este jeneral, viendo que escaseaban los víveres, se proveyó de naves inglesas para que se los trajesen y para cercar á los cántabros por la parte del mar. Estos fueron aflijidos del hambre de tal modo, que se vieron precisados á dar una batalla cerca de Vellica, que se cree ser Vitoria. Fueron vencidos y muertos la mayor parte, y los que quedaron se refujiaron en los montes mas ásperos y en parajes donde los romanos no los podian batir; pero los cercaron en ellos.

Mientras sucedia esto en Cantabria, otro ejército romano hacia la guerra en Galicia con iguales resultados, pues cercaron á los gallegos en los montes Medulia, y alli se mataron con la mayor obstinacion con bebidas hechas de un árbol llamado Tejo, ó peleando unos contra otros.

Los asturianos batallaban contra los romanos no con mas ventaja que los otros, porque colocados en la ribera del rio Astura, pensaron sorprender á los romanos por tres diferentes puntos, y descubierto este plan

por sus mismos confederados, se trocó la suerte, pues Caricio los sorprendió haciendo en ellos una gran matanza, y persiguiendo á los restantes hasta encerrarlos en la ciudad de Lancia, que hoy es Oviedo: allí fueron cercados y se defendieron por espacio de muchos dias con la mayor obstinacion hasta que no pudiendo mas, los vencieron los romanos, y entregada la ciudad recibieron las leyes que el vencedor les quiso dar. De este modo quedaron las Asturias, la Galicia y la Cantabria sujetas á los romanos y divididas en forma de provincias.

Concluida esta guerra, volvió Augusto á la Cantabria y perdonó á la muchedumbre; pero para que en adelante no se sublevasen confiados en la aspereza de los montes donde residian, mandó que pasasen á habitar en las llanuras, y á entregarle cierto número de rehenes. Finalmente, los mas culpados fueron vendidos por esclavos.

Augusto, para recompensar los trabajos de los soldados que habian cumplido sus enganches, mandó que se les diesen tierras donde habitar en la provincia de Estremadura, parte de la antigua Lusitania, con cuyo motivo se fundaron en aquellos parajes grandes y hermosas poblaciones, entre las cuales fué una la de Mérida, que llegó á ser famosa por sus riquezas, vecindad y autoridad civil y eclesiástica. Despues de todos estos sucesos volvió Augusto á Tarragona, donde recibió embajadores de las Indias y de los escitas, que vinieron á pedirle paz y á tributarle los respetos que la fama le habia hecho merecer; y con este honor se marchó á Roma llevando para su guardia soldados españoles, de cuya lealtad estaba muy satisfecho.

Con la ida de Augusto se volvieron á sublevar los cántabros y asturianos con ignal obstinacion, recorriendo y saqueando todos los paises del contorno con tanta ferocidad, que Marco Agripa, siendo ya yerno de Augusto, tuvo que venir de Francia á batallar con aquellas jentes, y al fin los venció y pacificó de todo punto. Hay quien dice que despues hubo nuevos movimientos entre los cántabros, y que los embajadores que enviaron á Roma para dar cuenta de aquellas turbulencias, fueron divididos y detenidos en varias ciudades de Italia, en donde perdida la esperanza de volver á su patria se dieron la

muerte con sus propias manos. Entre jente tan feroz y grosera hubo sin embargo españoles que por estos tiempos fueron famosos en la literatura. Cayó Julio Higino, liberto de augusto, y Porcio Latron, famoso en la retórica y amigo de Séneca, el padre del otro Séneca que llamaron el filósofo, fueron ilustres en Roma y dieron honor á España.

CAPITULO III.

Cuarta época: España romana bajo el dominio de los emperadores.—Tiberio. —Cayo Calígula.—Cayo Claudio.— Domicio Neron.—Galba.—Vitelio.— Flavio Vespasiano.—Tito.—Domiciano.—Nerva.—Marco Ulpio Trajano. —Helio Adriano.—Antonino Pio.—Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero. —Elio Aurelio, Cómmodo Antonino.—Elio Pertinax.—Didio Juliano.— Septimio Severo.—Aurelio Antonino Caracalla.—Opilio Macrino.—Aurelio Antonino Heliogábalo.—Alejandro Severo.—Macsimino.—Gordiano Pio el jòven.—Filipo.—Decio Trajano.—Treboniano Galo con Bolusiano su hijo. Emiliano.—Valeriano.—Galieno.—Flavio Aurelio Claudio II.—Quintiliano. —Lucio Domicio Aureliano.—Marco Claudio Tácito y Floriano.—Marco Aurelio Probo.—Marco Aurelio Caro, Carino y Numeriano.—Valerio Diocleciano.—Constancio Cloro y Galerio Macsimiano.—Constantino Magno. —Constantino II, Constancio y Constante.—Juliano.—Joviano.—Valentiniano y Valente.—Graciano, Valentiniano II y Teodosio el Grande.—Arcadio y Honorio.

CUARTA EPOCA.

España romana bajo el dominio de los emperadores.—Esta época de nuestra historia no nos ofrece grandes acontecimientos, sino que España estuvo sujeta al imperio romano como provincia suya, y gobernada por procónsules y gobernadores nombrados por los emperadores que ambicionaban venir á ella para enriquecerse, causando las mayores vejaciones y apoderándose de sus riquezas.

En el año 752 de la fundacion de Roma, 42 del imperio de Augusto, dia 25 de diciembre, nació Jesucristo nuestro divino Redentor, época en que se gozaba de una amable paz. Octaviano César Augusto, hijo de C. Octavio y de Accia, nieto de Julia, hermana de Julio César,

fué el primer emperador de Roma; reinó cincuenta y siete años y murió el 19 de la era vulgar, el dia 19 de agosto en la ciudad de Nola, en Campania, de edad de setenta y seis años, dejando nombrado por su sucesor á

TIBERIO (año 15 de la era cristiana). Al principio del imperio de Tiberio se sublevaron los cántabros, y con robos y correrías que hacian de contínuo molestaban á los pueblos comarcanos, por cuya causa repartieron tropas los romanos por todo el pais, y asi ademas del beneficio de sujetarlos lograron que, con la frecuente comunicacion con los soldados, dejaran sus costumbres feroces y se hicieran mas humanos.

Con motivo de las crueldades y vejaciones que Lucio Pison, pretor de la España Citerior, causó, se ecsasperaron los naturales, y hermanados unos con otros formaron una terrible conjuracion, en la cual le quitaron la vida. El matador era un labrador termestino, y aunque le atormentaron cruelmente para que declarase los cómplices, no lo lograron, porque escapando de las manos de los que le llevaban, se tiró ferozmente de cabeza sobre una peña para librarse del riesgo de declarar: tanto pudo en un hombre rústico la fé del secreto y amistad.

En el año 19 del imperio de Tiberio y 33 de la era cristiana, murió Jesucristo el dia 3 de abril, en que acaeció el eclipse total de sol, que no debia suceder en aquel dia, segun los cálculos astronómicos, y el terremoto universal con que la naturaleza dió muestras á todo el mundo del gran dolor que sintió por la muerte del hijo de Dios que vino á salvar al jénero humano.

CAYÓ CALIGULA (año 38), sucedió en el imperio por la muerte de Tiberio, acaecida en este año: era Calígula hijo de Jermánico, y se señaló solo por la locura que le duró toda su vida, y al cabo de tres años y diez meses que ocupó en maldades, fué muerto por Cherea, tribuno de una cohorte pretoriana de su misma guardia. Fueron tales sus maldades, que se complacia en ver atormentar á las víctimas que sacrificaba, dilatando los tormentos para que los dolores fuesen mas horribles. Mandó que le erijiesen altares en que le ofrecian sacrificios; y se dice que él mismo se los ofreció. Hizo prender á san Lucas porque en cierto convite manifestó deseos de que Cayo

Claudio sucediese en el imperio. Por aquel tiempo obraba san Pedro muchos milagros en la Palestina, y puso su cátedra en Antioquía.

Cayo Claudio (año 41) fué elejido emperador despues de la muerte de Calígula: se hallaba escondido por miedo de que le matase este. Al principio de su imperio desterró á Séneca á la isla de Córcega, y despues le llamó para maestro de Domicio Neron. En su tiempo gobernaba la España Citerior con nombre de *dispensero*, Druciliano Rotundo, y la Bética Umbonio Silio; tiempo en que se formaban en España los cimientos de la relijion cristiana, porque Jacobo, hijo del Zebedeo, por sobrenombre el *Mayor*, despues de haber predicado en Judea y en Samaria, vino á España, y en Zaragoza hizo edificar un templo á la Vírjen Santísima, que hoy se conoce con el nombre del Pilar.

Despues de haber repudiado á su mujer Mesalina por escandalosa y adúltera, se casó con Agripina su prima-hermana, hija de Jermánico y madre de Neron. Murió Claudio en 13 de octubre del año 54 con indicios de haber sido envenenado con yerbas que le dió un eunuco que le servia: y otros dicen que Agripina fué la que le envenenó por deseos de ver emperador á su hijo.

Domicio Neron (año 55) sucedió en el imperio, el cual gobernó catorce años, portándose en los cinco primeros como un buen monarca; pero despues se entregó á las torpezas y crueldades mas atroces, tanto que dió la muerte á su misma madre, con la cual habia pretendido usar deshonestamente: lo mismo hizo con una tia suya y dos mujeres que tuvo, Octavia y Popea, sin perdonar á Séneca su maestro, ni al célebre poeta Lucano, con otros muchos personajes principales. Prendió fuego á la ciudad de Roma, como por un jénero de diversion, y despues culpó de ello á los cristianos persiguiéndolos y aflijiéndolos con todo jénero de tormentos, pues martirizó á san Pedro y san Pablo. La España, en vista de tantas crueldades y desórdenes principió á rebelarse: el ejército, y hasta la misma guardia de Neron le abandonó y persiguió, hasta que errante y fujitivo tuvo que matarse á puñaladas el dia 10 de junio del año 68.

Galba sucedió en este mismo

año á Neron: habia sido gobernador de la España Citerior por espacio de ocho años: era ya muy anciano cuando le nombraron emperador, y por esta razon se escusó de admitir el mando: habiendo reunido en Cartajena los principales personajes de España, hizo un razonamiento sobre el particular, y resultó de él que toda la concurrencia prorumpió en gritos apellidándole Augusto y emperador; mas él se empeñó en rehusarlo, diciendo que solo admitiria el nombre de capitan del pueblo romano y lugar-teniente del senado. Para llevar adelante el nombramiento de Galba contribuyó mucho el influjo de Oton Silvio, gobernador á la sazon de la Lusitania; bien que si lo hizo fué por vengar la afrenta que Neron le habia hecho quitándole á su mujer Popea Sabina. Con este motivo, y con el de ser Oton hombre de mucho injenio, ocupó el primer lugar cerca del nuevo emperador; y como su carácter era desinteresado y socorria á los necesitados, se ganó el amor del pueblo. Cuando Galba se marchó á Roma, llevó consigo á nuestro afamado retórico Quintiliano. Gobernó siete meses, al cabo de los cuales los soldados de su guardia llamados pretorianos se sublevaron y le quitaron la vida por no haberles dado las gratificaciones que ellos esperaban, y porque Oton los animó á aquel atentado, envidioso de que Galba habia adoptado por su sucesor á Pison, jóven de unas prendas muy relevantes.

En seguida se presentó Oton á los pretorianos y fué saludado emperador sin anuencia del senado. Las lejiones que se hallaban en Alemania bajo el mando de Vitelio, á ejemplo de lo que habia hecho el ejército de España, entendieron que tambien podian ellas dar emperador á la república, y en efecto nombraron por tal á su jeneral. Oton salió contra este, y en un encuentro que tuvo con él fué vencido, y no pudiendo resistir la pena que le causó tal desgracia, se dió Oton la muerte con sus propias manos á la edad de treinta y ocho años, y á los noventa dias de su reinado.

Vitelio, elejido emperador por su ejército, pasó inmediatamente á Italia y llegó á Roma, donde hizo su entrada rodeado de sus soldados. Con esta accion y con haber sido su gobierno semejante á estos principios, se adquirió el odio de todos;

pues con el poder se aumentaron sus maldades, vicios y libertinaje, de modo que las lejiones de Oriente tuvieron ocasion para probar tambien la aventura de nombrar emperador, como lo hicieron con mayor acierto y prudencia que las demas.

FLAVIO VESPASIANO (año 70) fué fundador del noble linaje de los Flavios en tiempo del emperador Claudio: habia ganado muchas victorias, que le hicieron bien conocido; pero estaba retirado con motivo de las turbulencias y crueldades de Neron, haciendo la guerra á los judios, y los soldados que le conocian le nombraron emperador. Encargó esta guerra á su hijo Tito, quien se apoderó de Jerusalen, quemó el templo, haciendo perecer en aquel desastre un infinito número de judios, que algunos hacen subir á un millon y cien mil almas, sin contar los muchos cautivos, parte de los cuales fueron enviados á España, y se situaron en la ciudad de Mérida. Por este tiempo era pretor de la España Citerior Licinio Larcio, de quien se dice que edificóel puente de Segovia, obra maravillosa, que por lo tanto se supone vulgarmente que la construyó el demonio; pero otros la atribuyen al emperador Trajano. Vespasiano llegó á la edad de setenta años, y murió en Roma.

TITO (año 80) fué nombrado emperador por la muerte de su padre: era de condicion afable, y de un trato suave, con lo que se granjeó tanto las voluntades, que le llamaban comunmente regalo y deleite del jénero humano. La muerte le cortó muy pronto sus pasos, pues apenas tenia cuarenta y dos años cuando falleció, habiendo imperado solo dos, y tres meses escasos. Por este tiempo parece que la España estaba sosegada, pues no hay memoria de sucesos dignos de atencion; y en este estado reparaba y recompensaba los daños de los pasados tiempos. Tenia tres gobernadores, uno en la Bética, otro en la Lusitania, y el otro en la España Tarraconense. En la Bética se contaban ocho colonias romanas, y otros tantos municipios, á manera que entre nosotros se diferencian las villas de las ciudades. Las audiencias eran cuatro: la de Cádiz, la de Sevilla, la de Ecija, y la de Córdoba. La Lusitania tenia cinco colonias y un municipio, que era Lisboa; tres audiencias en Mérida, Badajoz y Santaren. La España

Tarraconense se componia de once colonias, trece municipios y siete audiencias: la de Cartajena, la de Tarragona, Zaragoza, Coruña, Astorga, Lugo y la de Braga. Murió Tito el dia 13 de setiembre del año 81, y fué muy sentido de todos, porque sus buenas cualidades le hicieron amable.

DOMICIANO (año 81), hermano de Tito, le sucedió en el imperio, y sus maldades hicieron mas sensible la pérdida de su antecesor, porque sus torpezas, vicios y locura fueron estremadamente aborrecibles: mandó que á su mujer diesen el nombre de Augusta, y á él el de Señor y Dios: publicó un edicto por el cual desterró de Roma y de los dominios de Italia, á todos los filósofos: persiguió de todos modos á los cristianos; á San Juan Evanjelista envió desterrado á la isla de Pathmos, quitó la vida á varios cónsules, hizo en los cristianos una horrorosa carnicería, que se dice le aceleró la muerte, que pronosticaron los muchos reyes que cayeron por espacio de ocho meses: su codicia le hizo odioso, pues se apoderó de las riquezas de los que martirizaba; pero al fin intentando quitar la vida á un tal Estéfano, mayordomo de Domiciano, fraguó este la muerte de Domiciano, y al efecto reunido con otros varios, se escondió en el mismo palacio en donde le asesinó.

NERVA (año 97), sucedió á Domiciano en el imperio: era un anciano de grave autoridad, pero le menospreciaron, y para asegurarse del peligro que en parte esperimentó, determinó adoptar por hijo, y nombrar por su compañero y sucesor en el trono, á Marco Ulpio Trajano, español natural de Itálica ó Sevilla la vieja: anuló los decretos y edictos de Domiciano, con lo que volvieron muchos de los desterrados, entre ellos San Juan Evanjelista. Gobernó Nerva sólo dieziseis meses.

MARCO ULPIO TRAJANO (año 98) le sucedió en el imperio: sus muchas virtudes correspondieron á la esperanza que de él se habia fundado. A su buen natural ayudó la escelencia del maestro, que fué Plutarco. Levantó Trajano dos puentes maravillosos, el uno en Alemania, sobre el Danubio, y el otro en España, sobre el Tajo, que llaman el de Alcántara en Estremadura: construyó soberbios edificios en Roma y en todo el imperio, y la célebre columna de su nombre en medio del fo-

ro, que ecsiste todavía, y fué su sepulcro. En el año tercero de su imperio levantó una horrorosa persecucion contra los cristianos; pero á los cinco años se aplacó por consejos del procónsul Plinio, en que le hizo ver que con maña podria conseguir mas que con la fuerza, porque estaban los cristianos muy estendidos por todas las ciudades y aldeas. Falleció Trajano en Selinunte, ciudad de Galicia, que despues se llamó Trajanópolis, nombrando por su sucesor á

Helio adriano (año 117). Dícese que la madre de este emperador era una matrona principal de la ciudad de Cádiz. Luego que Adriano se encargó del imperio, dió muestras de unas prendas muy interesantes. Vino á España, y en Tarragona corrió un gran peligro su vida, pues estando descuidado le acometió un esclavo con la espada desnuda; y por haberse dicho que estaba loco, le entregó sin otro castigo á los médicos para que cuidasen de él. Dividió la España en seis provincias, la Bética, Lusitania, Cartajinense, Tarraconense, la Galicia y la Mauritania Tinjitana. A instancia de los judíos revocó la ley de Vespasiano, en que les prohibia el poblar la ciudad de Jerusalen, y les dió licencia para que la reedificasen con el nombre de *Elia* en otro paraje algo separado de donde estaba antes.

En el año undécimo de su imperio, mandó que ninguno fuese castigado por ser cristiano, si no se le averiguaba otro delito; acuerdo que parece tomó por las apolojias que en favor de los cristianos le presentaron en Atenas Arístides y Quadrato, hombres de gran nombradía, despues de haber adquirido mucha gloria por sus buenas acciones. Habiéndole escaseado la salud, quiso huir de las manos de los médicos, y se empeñó en no comer hasta que murió. Con dos malas acciones afeó Adriano su buena reputacion: fué la una el quitar los empleos, y reducir á una vida particular á su ayo Taciano, sin embargo de lo muy bien que le habia servido, y la otra haber agraciado con esceso á un jóven con quien usaba torpemente, sacándole del estado mas humilde y bajo, y poniéndole en el número de los dioses, pues le edificó un templo y una ciudad en Ejipto, de su mismo nombre.

Antonino pio (año 158) sucedió en el imperio: en su tiempo

se mantuvieron todas las provincias en una agradable paz. Los súbditos se regocijaban de obedecer á un príncipe tan amable, y él con sus buenas obras no se descuidaba en granjear á todos. En lo que mas se distinguió fué en la clemencia y mansedumbre, virtudes que le dieron el renombre de *Pio*, y *padre de la patria*. Suya fué la sentencia dicha antes por Scipion: «mas quiero salvar un ciudadano, que matar cien enemigos.» No se sabe que en España hubiese hecho cosa alguna memorable. Falleció en un pueblo cerca de Roma.

MARCO AURELIO ANTONINO Y LUCIO VERO (año 161). Esta fué la primera vez que se vieron en Roma dos emperadores á un tiempo con igual poder y mando. Vero falleció nueve años despues de su eleccion, y señaló su imperio con la persecucion que hizo á los cristianos. Fué el primero que dió á los gobernadores de las provincias título de condes. Por su muerte quedó Marco Aurelio Antonino con todo el mando: sus virtudes y bondad fueron singulares, y sus estudios y doctrina le adquirieron el nombre de filósofo: gobernó el imperio diezinueve años; y falleció estimado de todos sus súbditos.

ELIO AURELIO COMMODO ANTONINO (año 190), luego que sucedió á su padre, oscureció su nombre con sus malas costumbres y torpezas, pues estaba sujeto á todos los vicios. Una concubina llamada Marcia le dió cierta bebida con que le trastornó el juicio, y al fin se unió con un eunuco llamado Narciso, y le ahogaron. Se dice que tuvo trescientas concubinas, y otros tantos jóvenes para sus deshonestidades. Fué el primero de los emperadores romanos que vendió los empleos y gobiernos.

ELIO PERTINAX (año 193). Era este emperador muy anciano, pues tenia setenta años cuando le colocaron en el trono, que disfrutó solos dos meses y veintiocho dias. Los mismos que quitaron la vida á Cómmodo, por su mucha bondad le dieron el cetro, que los soldados pretorianos le quitaron juntamente con la vida dentro de su mismo palacio.

DIDIO JULIANO (año 193). Luego que murió Pertinax acudieron Sulpiciano y Didio Juliano á los cuarteles de los pretorianos para comprar el imperio, como si estuviese puesto en almoneda, y Juliano logró su

pretension por medio de grandes promesas que hizo á los soldados; y no habiendo podido cumplirlas le desampararon estos, y aborrecido del pueblo le dieron muerte al sesto mes de su elevacion, por intrigas de

SEPTIMIO SEVERO (año 194), fué nombrado emperador en premio de la hazaña que hizo contra Juliano. Manifestó su severidad en el castigo que dió á los pretorianos que tuvieron parte en la muerte de Pertinax, porque despojados de los vestuarios y armas los desterró de Roma á distancia de cien millas. Restituyó el gobierno en su antiguo esplendor, y cuando intentaba pasar á Iglaterra y Escocia le atajó la muerte los pasos. Las últimas palabras que dijo fueron muy notables, á saber: «El imperio que recibí alborotado le dejo á mis hijos sosegado: firme, si fueren buenos; si malos, poco durable.» El noveno año de su imperio movió persecucion contra los cristianos, haciendo en ellos una gran carnicería. En España, en la ciudad de Valencia, padecieron Felix, presbítero, Fortunato y Archiloco, diaconos.

AURELIO ANTONINO CARACALLA (año 211), hijo de Severo, sucedió en el imperio, y á su entrada mató á su hermano menor llamado Jeta, á quien su padre habia señalado en su testamento por su compañero. Este hecho tan atroz le hizo aborrecible del pueblo, y mucho mas la gran maldad de casarse con Julia, madre del mismo Jeta y su madrastra. Pasó tan adelante su locura, que hizo quitar la vida á todos los que eran afectos á su hermano. Fué intrigante y fementido; pero sus maldades le duraron poco, porque un soldado llamado Marcial, le acometió y le mató á puñaladas á los cuarenta y tres años de su edad.

OPILIO MACRINO (año 217), sucedió á Caracalla: era prefecto del pretorio, que es lo mismo que capitan de la guardia. En su reinado no hizo cosa alguna digna de atencion, por lo cual y por el poco tiempo que gozó del imperio, apenas se le cuenta en el número de los emperadores, y fué asesinado juntamente con un hijo suyo llamado Diadumeno, por disposicion de Mesa, hermana de Julia, por lo que imperó solo trece meses y dias.

AURELIO ANTONINO HELIOGABALO (año 219), era sacerdote del Sol en Fenicia, que es lo que quiere decir el nombre de Heliogábalo. Fué su hermosura un a-

liciente para que los soldados se le aficionasen, á lo que ayudó mucho la memoria de su padre Caracalla. Para ocultar sus maldades habia ganado á la tropa. Su vida y costumbres fueron sumamente torpes, pues entregado á todo jénero de deshonestidades hacia y padecia lo que no se puede escribir sin rubor. El mundo no pudo sufrir un mónstruo tan terrible, y los mismos soldados de su guardia le mataron siendo de edad de dieziocho años, despues de haber imperado tres y tres meses.

Alejandro severo (año 222), sucedió á su primo Heliogábalo: sus virtudes igualaron á los vicios de su antecesor, y su imperio habria sido muy amable si la muerte no le hubiese atajado los pasos. No quiso vender los empleos y gobiernos, porque decia: «El que compra, forzosamente ha de vender.» Se mostró favorable á los cristianos en tanto grado, que en su oratorio principal tenia puesta la imájen de Jesucristo entre los dioses de la jentilidad. Jamás quiso recibir en su casa, ni á su amistad, ni aun para que le saludase y visitase, á persona alguna que no fuese de conocida probidad y buena conducta. Haciendo la guerra á los alemanes, fué muerto por traicion de Macsimino, á la edad de veintinueve años. No se dice cosa alguna memorable en España en tiempo de estos emperadores.

Maximino (año 235). En ninguna cosa se señaló este emperador sino en la grande estatura, fuerzas y lijereza estraordinaria, pues corria tanto como un caballo, por cuyas cualidades pasó por todos los grados de la milicia, y por la muerte de Alejandro Severo se apoderó á la fuerza del imperio, que gobernó por espacio de dos años y algunos meses: cuando sosegaba las alteraciones de Alemania le llegó noticia de que los soldados de Africa habian nombrado por emperador á Gordiano, presidente de aquella provincia, y que el senado aprobaba la eleccion. Encendido en ira y con deseos de vengarse, volvió contra Roma; mas habiendo tenido que permanecer sobre Aquileya, ciudad de Italia que le cerró las puertas, tuvo allí otro aviso de haber muerto Gordiano y un hijo suyo del mismo nombre, pero que el senado habia nombrado por emperador en su lugar á Balbino y Pupieno: con este motivo se hallaban los romanos teme-

rosos de la ira de Macsimino, mas salieron de esta pesadumbre con la noticia de que los mismos soldados del tirano le habian degollado dentro de su alojamiento. Tambien fué un gran regocijo para los cristianos el verse libres de la persecucion que les habia movido este emperador, cuya furia se dirijia especialmente contra los obispos y sacerdotes.

Balbino y Pupieno fueron muertos al año de su reinado en cierto alboroto que levantaron los soldados de la guardia.

Gordiano pio el joven (año 239) estaba nombrado César y compañero en el trono con Balbino y Pupieno, y por la muerte de estos le nombró emperador el senado, sin embargo de su poca edad de quince años: su suegro Misitheo, hombre de gran prudencia, le ayudó mucho en el gobierno. Hizo la guerra contra los persas, y concluida felizmente, volvia á Roma dando grandes esperanzas al imperio; pero Filipo, capitan de su guardia, le dió la muerte á traicion el sesto año de su reinado.

Filipo (año 244) fué elejido emperador en premio del asesinato que acababa de hacer. Celebró tratados con los persas cediéndoles la Mesopotamia, en lo que oscureció la majestad del imperio romano. Andando alborotados los godos y saqueando la provincia de Tracia, se preparaba Filipo para ir contra ellos; pero á la sazon fué muerto en Verona en cierto alboroto que suscitaron sus soldados.

Decio trajano (año 250), luego que se apoderó del imperio, persiguió cruelmente la relijion cristiana, en cuya persecucion padeció el mártir san Cristóbal. Los godos destruian las provincias de Mesia y de Tracia, y fueron vencidos por Trajano en la primera batalla; mas en la segunda por traicion de Treboniano Galo, fué vencido y muerto con un hijo suyo despues de dos años de imperio.

Treboniano galo con bolusiano su hijo (año 250). Conforme á la costumbre de aquellos tiempos, el traidor Treboniano se quedó con el imperio. Hizo tratados con los godos en que se obligó á pagarles ciertas sumas anualmente; concierto que se afeó mucho y dió lugar á que los soldados le despreciasen.

Emiliano (año 253). Era este capitan del ejército romano, y despues de una batalla en que venció á los godos, se dirijió contra Galo, á quien dió la muerte, y así se quedó con el impe-

rio; pero el mando y la vida le duraron poco, pues sus soldados le mataron luego que supieron la nueva eleccion de emperador que en las Galias se habia hecho.

VALERIANO (254) era de edad de setenta años cuando los soldados le proclamaron emperador. Su subida fué para caer de lo mas alto, pues en la guerra de los persas fué hecho prisionero, en cuya miserable servidumbre permaneció un año sin que su hijo Galieno, compañero en el imperio, buscase medios para darle libertad y volver por la majestad del trono.

GALIENO (año 260). Los persas, los godos y los alemanes apuraban hostilmente el imperio, y tambien se sublevaron á la sazon treinta jenerales romanos en diversas provincias, apellidándose emperadores, uno de los cuales llamado Tétrico, se apoderó de España, en donde ayudado de los alemanes asoló los campos, causando los mayores estragos en las poblaciones. Galieno sitiaba dentro de Milan á uno de los jenerales sublevados llamado Aureolo, y como el sitio durase algun tiempo, se cansaron los soldados, y deseosos de novedades se conjuraron contra su emperador, y le dieron la muerte.

FLAVIO AURELIO, CLAUDIO II (año 268), era un personaje principal y de mucho valor, por lo que le aclamaron emperador. Los principios de Claudio fueron muy gloriosos, porque destruyó el ejército de Aureolo y mató á su jefe; sujetó con las armas á los godos y alemanes; pero le atajó la muerte cuando trataba de ir en presona contra Tétrico que poseia la España y la Galia.

QUINTILIANO (270). Sabida la muerte de Claudio, nombró el senado en su lugar á Quintiliano su hermano, el cual era de tan poco espíritu que tomó la muerte por sus manos diezisiete dias despues de su eleccion, tanto por sentirse con pocas fuerzas para llevar el gran peso del gobierno, como por haber tenido noticia que las lejiones de Claudio habian nombrado emperador.

LUCIO DOMICIO AURELIANO (270) era de prendas muy distinguidas y de mucha autoridad entre los romanos: podria haberse colocado en el número de los mejores príncipes, si no hubiese afeado sus honores, ganados en la guerra, con la aspereza de su condicion y con el

aborrecimiento que tuvo á la relijion cristiana. Derrotó á los sármatas, vándalos, godos y otros bárbaros que invadian las fronteras del imperio. Hizo la guerra contra la famosa Zenobia, á la que prendió cerca de la ciudad de Palmira, y con ella entró triunfante en Roma, cuyo triunfo fué el último de aquella clase que se vió en la capital, en donde residió poco tiempo por haber sido muerto á traicion á manos de un privado suyo llamado Mnesteo.

MARCO CLAUDIO TACITO Y FLORIANO (276). El senado nombró á Tácito por emperador: era de cualidades muy recomendables; pero de setenta y ocho años de edad, por lo que le duró poco el mando y la vida, pues murió á los seis meses y veinte dias, habiéndole sucedido en el imperio su hermano Floriano, quien al cabo de tres meses se hizo abrir las venas, y murió desangrado.

MARCO AURELIO PROBO (276), fué nombrado emperador por las lejiones de Oriente: era muy instruido en el manejo del gobierno y de las armas; de virtudes tan recomendables y conocidas, que le adquirieron el renombre de *Probo*. Encargado del imperio, sujetó á los alemanes que asolaban la Galia: á Narseo, rey de Persia, le puso condiciones muy ventajosas al imperio romano. En las batallas que dió mató mas de cuatrocientos mil enemigos: para ganar el afecto de las provincias conquistadas revocó el edicto de Domiciano, en que se prohibia á los españoles y galos el plantar viñas: hizo reedificar muchos pueblos, que con las guerras habian quedado destruidos. Muy grandes eran las pruebas que daba de un escelente emperador, cuando en la Esclavonia fué muerto por sus mismos soldados en un motin que levantaron á la sazon de estarse previniendo para hacer la guerra á los persas. La severidad que observaba en la disciplina militar le atrajo el odio de la tropa, y fué la causa de su muerte.

MARCO AURELIO CARO, CARINO, Y NUMERIANO (282). Fué nombrado Marco Aurelio Caro por voto del ejército, y colocado en el trono: asoció á él sus dos hijos Carino y Numeriano, encargando al primero el gobierno de las Galias y de España; y para hacer la guerra á los persas llevó consigo á Numeriano. Caro fué muerto de un rayo á la orilla del rio Tigris á principios del segundo

año de su reinado. No le fué mejor á Numeriano, porque Arrio Apro, su suegro, con deseos de hacerse emperador, le mandó matar dentro de una litera. Esta traicion alteró el ejército, y le hizo nombrar por emperador á

VALERIO DIOCLECIANO (284). Lo primero que hizo este emperador fué tomar venganza del asesino de Numeriano, matándole con sus propias manos, consiguiendo tambien por este medio la seguridad del imperio. Por su valor y hazañas se le pudo considerar como uno de los mejores príncipes del mundo, si no hubiese manchado su imperio con tanta sangre como derramó de cristianos, con lo cual quedó su nombre odioso para siempre. En el segundo año asoció al trono á Macsimiano Hercúleo; y para acudir á todas partes, nombró tambien á poco tiempo por Césares á Galerio Macsimino y á Constancio Cloro. En el año duodécimo de su imperio promovió otra cruel y sangrienta guerra contra los cristianos, en que vertió inhumanamente la sangre de inumerables mártires. Hizo tirar por tierra los templos de los cristianos y quemar los libros sagrados: mandó que fuesen tenidos los cristianos por infames é incapaces de los honores y oficios públicos, que diesen la muerte á los presidentes de las iglesias: y despues de tan horrorosa carnicería, renunció el imperio en Macsimiano, quien habiendo martirizado un infinito número de cristianos por espacio de diezinueve años, renunció tambien el imperio, nombrando él mismo su sucesor.

CONSTANCIO CLORO Y GALERIO MACSIMINO (304). Encargados estos del gobierno, tomó Constancio para sí el de la Galia, Bretaña y España. Su modestia fué tal que en su mesa se servia con vajilla de barro: fué tambien muy amante de los cristianos, de que dió pruebas muy notables. Galerio quedó con el cuidado de las demas provincias del imperio, y para asegurarse mas nombró por Césares á Severo y Macsimino, encargando al primero el gobierno de Italia y Africa, y al segundo todo lo de Levante; quedándose él con lo de Esclavonia y la Grecia. La muerte atajó los pasos á Constancio, porque falleció en la Bretaña el año de 306, dichoso por el hijo y sucesor que dejó cual fué el gran Constantino. En el año siguiente se apoderó Majencio, hijo de Macsimiano,

de Roma, y acudió contra él Severo; pero fué derrotado y muerto en una batalla que se dieron.

CONSTANTINO MAGNO (306). Cansados los romanos de la tirania de Majencio, y desconfiados de los Césares Macsimino y Licinio, acordaron llamar en su ausilio al emperador Constantino. Luego que este recibió el aviso acudió sin dilacion con sus tropas y llegó á Milan, en donde encontró á Licinio, á quien trató de asegurar casándole con su hermana Constancia, y despues siguió su marcha para Roma. Cuando ya se acercaba á esta ciudad, pensativo sobre el riesgo de la empresa que tomaba á su cargo, levantó la vista al cielo (año 313) y vió la señal de la cruz y unas letras que decian: *con esta señal vencerás*. Con este milagro se reanimó Constantino, hizo fijar la señal de la cruz en el labaró ó estandarte real, y continuó su camino hácia Roma. En Puente Molle, á la vista de esta ciudad, encontró á Majencio, y en una batalla que le dió, despues de vencido y puesto en fuga, le mató con gran regocijo de los ciudadanos por verse libres de su tiranía.

Licinio mudó de parecer contra la relijion cristiana, y Constantino salió contra él, le dió una batalla en Hungría, en la que le venció, y por ruegos de Contancia le perdonó, y le mantuvo en la autoridad. Se volvió Licinio á rebelar, y Constantino le venció segunda vez en Bitbinia; le perdonó y conservó la vida, pero reduciéndole al estado de un hombre particular; mas habiendo insistido por tercera vez le hizo decapitar. Constantino se bautizó en Roma juntamente con su hijo Crispo, y parece que con esto se libró de la lepra que padecia, y la Iglesia cristiana recibió un grande aumento con su ejemplo. Poco despues se celebró en España el concilio Iliberritano, nombrado asi de la ciudad de Iliberris, que hoy es Granada, como se infiere de una de las puertas de esta ciudad, que al presente se llama de Elvira. Este concilio es uno de los mas antiguos, en el cual se contienen cosas muy notables. Hizo reedificar Constantino la ciudad de Bizancio, que habia destruido el emperador Septimio Severo, y la dió el nombre de Constantinopla, elijiéndola para corte de su imperio; y fijando en ella su residencia dejó en Roma al papa. Despues de todos

estos sucesos, y de haber derrotado Constantino á Majencio, á Macsimino y á Licinio, murió en la ciudad de Nicomedia el año 337 el dia de Pentecostés. Se dice que santa Elena, madre de Constantino, halló la verdadera cruz en que murió Jesucristo.

CONSTANTINO II, CONSTANCIO Y CONSTANTE (337) hicieron division del imperio de su padre, y tocó la España á Constantino; pero este, tres años despues de la muerte de su padre, fué muerto en Aquileya, adonde habia llegado en persecucion de su hermano Constante, á quien trataba de despojar del imperio bajo el pretesto de que todo era suyo, porque en la particion se le habia hecho agravio: por consiguiente con la muerte de Constantino recayó el imperio de Occidente en

CONSTANTE (340). Este emperador fué muy afecto á los católicos; pero desgraciadamente les faltó pronto este apoyo, pues Majencio, que se habia levantado con la Galia y la España, le dió la muerte para usurparle el imperio. Constancio determinó vengar la muerte de su hermano, y marchó contra el asesino, á quien dio una batalla muy sangrienta, en la cual le derrotó y venció, haciéndole huir hasta Leon de Francia, en donde se mató con sus propias manos.

Constancio, por la muerte de su hermano reunió ambos imperios, que gobernó hasta el dia 3 de noviembre del año 361, en que despues de haber recibido el bautismo, murió en la ciudad de Antioquía yendo contra Juliano, á quien las tropas de la Galia habian proclamado emperador.

JULIANO (361), era primo de Constancio, y le sucedió en el imperio. Habria sido un escelente emperador si se hubiese sostenido en la relijion cristiana sin dejarse pervertir de Libanio, su maestro, de modo que desamparó el cristianismo, por lo que le llamaron el Apóstata. Su feliz memoria y su aficion á las letras y ciencias le adquirieron tambien el renombre de Filósofo: aunque era justiciero aborrecia de corazon á los cristianos, y permitió todas las relijiones en el imperio. En la guerra que emprendió contra los persas estuvo á pique de perder todo su ejército y él mismo fué muerto. Dicen algunos que de una saeta arrojada acaso por los suyos: otros refieren que el mártir Mercurio le hirió con una lanza que se encontró en su sepulcro ba-

ñada en sangre; y finalmente refieren algunos que Juliano, cojiendo un puñado de sangre de su herida la arrojó hácia el cielo, diciendo á Jesucristo las blasfemas palabras de *venciste, Galileo, venciste.*

JOVIANO (363) sucedió en el imperio por aclamacion jeneral de todo el ejército: al principio no quiso aceptar pretestando ser cristiano; pero habiendo contestado todos que tambien ellos lo eran, admitió el gobierno, principiando con las mejores pruebas de un buen príncipe. Celebró tratados de paz con los persas, que aunque no muy ventajosos, fueron necesarios para librar su ejército, que se hallaba muy apurado. Restituyó á los cristianos sus honores y dignidades, y á las iglesias sus rentas: levantó el destierro á Atanasio y á los demas cristianos que andaban errantes. Con estas buenas acciones de Joviano se habian sosegado todas las tempestades, y se esperaba una felicidad jeneral; pero esta esperanza duró poco tiempo, porque viniendo á Roma murió ahogado del tufo de un brasero en su alojamiento, á los siete meses de su imperio, y cuarenta años de edad. Joviano estableció una ley en que impuso pena de muerte al que intentase agraviar á alguna vírjen consagrada á Dios, aunque fuese con propósito de casarse con ella.

VALENTINIANO Y VALENTE (364). Valentiniano fué aclamado por la tropa. Luego que le elijieron nombró por su compañero en el Oriente á su hermano Valente, declarándole Augusto, y él marchó á Italia, donde sosegó la ciudad de Roma que se habia alborotado sobre la eleccion de pontífice. El caso fué que muerto el papa Liberio, se habian dividido los votos de los electores unos por Ursino, y otros por Dámaso, español, de quien dicen que era natural de Guimaranes, en Portugal, otros que de Tarragona, y otros le hacen natural de Madrid; pero lo cierto es que fué español, y persona de grandes prendas. Esta tempestad se sosegó, porque el emperador envió á Ursino por obispo de Nápoles.

Valentiniano hizo la guerra á los alemanes y sajones con felicidad; arrojó á los godos de la Tracia, á los persas de la Siria; refrenó á los escoceses, que hacian correrias por la Bretaña, y á los sármatas que infestaban las Panonias. Todas estas gloriosas acciones las oscureció con casarse viviendo Severa, su

primera mujer, con una dama suya llamada Justina; y lo peor de todo fué que estableció una ley por la cual permitia á todos casarse con dos mujeres. Tambien les dió libertad para que cada uno siguiese la relijion que mas le acomodase. Murió Valentiniano en el pueblo de Brejecion en Alemania, donde estaba haciendo la guerra á los cuados. Imperó once años, ocho meses y dias.

A esta sazon Valente molestaba de todos modos á los cristianos en el Oriente, á lo que le incitaban su mujer Dominica y Eudosio, obispo arriano en Constantinopla. En la ciudad de Edessa estuvo determinado Valente á hacer que entrasen sus soldados en el templo de los católicos para deshacer las reuniones que tenian para los divinos oficios; pero Modesto, gobernador de aquella ciudad, le disuadió haciéndole ver que en aquellas festividades eran inumerables los que se juntaban, y que estaban resueltos á morir en defensa de la relijion católica. Desistió Valente de aquella idea, pero desterró muchos sacerdotes, entre ellos á Eusebio, obispo de Cesárea, en Capadocia, tan conocido por su valor y constancia como el de Cesárea de Palestina por su erudicion y escritos. La perversidad de Valente se demuestra con el hecho que vamos á referir. Deseaba saber el nombre del que habria de sucederle en el imperio: gozaba su favor un tal Yamblico, maestro que fué de Proclo, el cual le sujirió esta idea. Escribió en el suelo todas las letras del alfabeto, y en cada una puso un grano de trigo. Soltó un gallo, y mientras el adivino recitaba ciertas palabras, el gallo tomaba los granos; y las letras primeras que quedaron sin estos se juntaron y formaron con ellas el nombre que querian adivinar: hecha esta operacion salieron las letras siguientes: T. H. E. O. D. Con esto tomó ocasion Valente para perseguir y matar á todos aquellos cuyos nombres principiaban con aquellas letras, como fueron los Theodatos, Theodoros y Theódulos, entre los cuales fue tambien muerto Honorio Theodosio, español, natural de Itálica ó Sevilla la vieja, de la familia del emperador Trajano. Por el mismo tiempo inundaron los godos en gran número las provincias del imperio, bajo el mando de Fridijerno y Athanarico: estos discordaron entre sí, y aprovechándose Valente de la

ocasion les dió una batalla, en la que logró desbaratarlos; y con los que seguian el partido de Athanarico hizo un tratado en que les cedió la Mesia. No bastó esto para satisfacerlos, y se introdujeron en la Tracia: acudió contra ellos Valente, y presentándoles una batalla cerca de la ciudad de Adrianópolis, fueron vencidos los romanos, y el emperador muerto dentro de una choza donde se refujió sin querer rendirse, por lo cual pusieron fuego á la choza y le quemaron vivo.

Graciano, valentiniano ii y teodosio el grande (375). Antes de morir el emperador Valentiniano tenia nombrado por César á su hijo Graciano, quien le sucedió sin mas contradiccion que la de haber pretendido el ejército que su hermano Flavio Valentiniano fuese su compañero en el imperio, y se verificó asi sin embargo de tener muy corta edad. Los godos, con la victoria ganada contra Valente quedaron tan orgullosos y altivos, que el Oriente estaba espuesto á perderse. Para refrenarlos era necesario buscar un hombre de conocido valor y prudencia que mandase los ejércitos y gobernase con cordura. Tal era Teodosio, el cual se encargó de la empresa, reprimió la soberbia de los godos, y abatió su orgullo, que habia pasado al estremo de cercar á la misma ciudad de Constantinopla, cabeza entonces del imperio del mundo. Para premiar las heroicidades de Teodosio le nombró Graciano como un tercer emperador en el año 379. Teodosio nombró por su compañero en el imperio á Arcadio, su hijo mayor, en el año 383.

La Galia y España se habian sublevado porque Clemente Mácsimo, español, despues de haberse llamado emperador de Bretaña se apoderó tambien de la península: marchó contra él Graciano, y presentándole una batalla, fué este derrotado cerca de Leon de Francia, adonde se retiró, y murió poco despues sin dejar sucesor.

Por el mismo tiempo hubo en España alteraciones por puntos de relijion, á causa de que Prisciliano avivaba las centellas que habian quedado de los gnósticos. Habiendo partido Teodosio para Levante, encontró Argobasto en aquella ausencia ocasion para hacer ahogar al jóven emperador Valentiniano. No paró en esto la maldad, pues Eujenio, maestro de gramática que habia sido, ayudado del mismo Argobasto, se

aclamó emperador (año 392).

Ya hemos visto que Teodosio gobernó desde el año 379 en que Graciano le asoció al trono como un tercer emperador, y por consiguiente, muertos ya Graciano y Valentiniano, recayó en él todo el imperio.

Luego que supo Teodosio el levantamiento de Eujenio y Argobasto, hizo alianza con Alarico, rey de los godos, y con su ausilio salió en busca de los tiranos, á quienes encontró en las faldas de los Alpes. Preparados los dos ejércitos, se emprendió una gran batalla, que fué muy señalada porque de repente se levantó una horrorosa tempestad de vientos, lluvia y relámpagos que daban de cara á los enemigos, de modo que no podian pelear: los godos ayudaron mucho en esta jornada á Teodosio, por quien quedó la victoria con mucho estrago de los contrarios, quienes despues de la batalla mataron á Eujenio, y Argobasto se dió por sí mismo la muerte. En seguida nombró Teodosio á su segundo hijo Honorio por su compañero en el imperio, y poco despues murió de resultas de una hidropesia el dia 17 de enero del año 395.

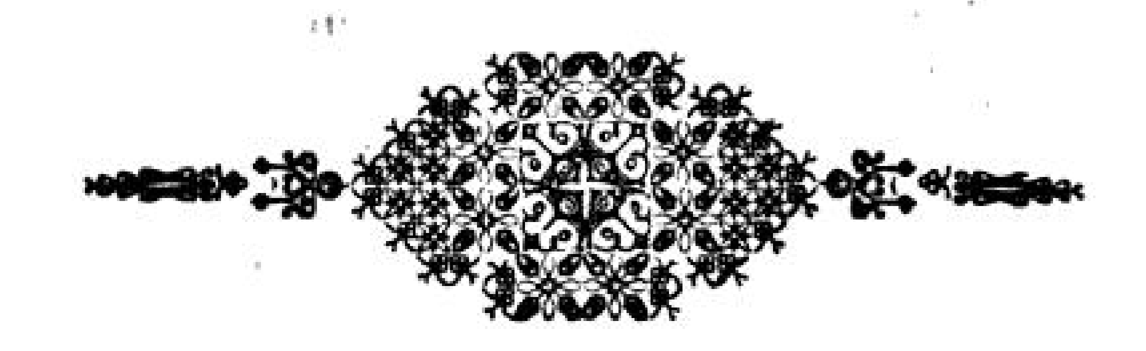
El nombre de Teodosio quiere decir *dado de Dios*; y cuando no le tuviese de su padre que se le puso por divina revelacion, segun refiere Aurelio Victor, le mereceria por sus grandes hazañas y virtudes. Del celo que tuvo por la relijion fué bastante prueba la destruccion que hizo de todos los templos de los dioses de la gentilidad, y lo que causó mas admiracion fué que en Alejandría en el templo de Sérapis se halló en muchos sitios la señal de la cruz.

Entre los varones señalados que tuvo España por estos tiempos se puede contar Poncio Paulino, que aunque natural de Burdeos, vivió mucho tiempo en Barcelona, donde se ordenó de presbítero: Abundio Abito, natural de Tarragona: Licinio Bético, que repartió liberalmente su hacienda entre los pobres de Jerusalen: Desiderio y Ripario, presbíteros españoles, que ejercitaron la pluma contra varios escritores herejes.

Arcadio y Honorio (395). Estos emperadores se encargaron del gobierno en el mismo año que falleció su padre Teodosio; Arcadio de lo de Oriente, y Honorio de las provincias Occidentales: fueron mas modestos y relijiosos en sus costumbres que afortunados en sus imperios, pues en su tiempo empezó

á derrocarse la grandeza y soberbia de Roma. Stilicon, que se hallaba emparentado con estos emperadores, y gobernaba en el Occidente, intentó alzarse con el señorío de todo, y al efecto creyó un buen medio el proporcionar la entrada á los alanos, vándalos y godos (año 402); pero habiéndole pesado despues, salió contra ellos, y fueron derrotados en diferentes puntos, mas bien por el hambre que por la guerra; sin embargo, no le valió su arrepentimiento, porque descubierta su maraña le quitaron la vida por mandado de Honorio en el año 408.

Asi terminó el poder colosal y la majestad del imperio romano, y acabó su dominacion en España, de la que se apoderaron los bárbaros, como veremos en la siguiente época.



CAPITULO IV.

Quinta época: España goda.—Ataulfo.—Sijerico.—Walia.—Teodoredo.—Turismundo.—Teodorico.—Eurico.—Alarico.—Jesaleico.—Amalarico.—Teudis.—Teudiselo—Ajila.—Atanajildo.—Liuva.—Leovijildo.—Recaredo.—Liuva II.—Witerico.—Gundemaro.—Sisebuto.—Recaredo II.—Suintila.—Sisenando.—Chintila.—Tulga.—Chindasvinto.—Recesvinto.—Wamba.—Ervijio.—Ejica.—Witiza.—D. Rodrigo, último rey de los godos.

QUINTA EPOCA.

España goda.—Arcadio y Honorio hijo del gran Teodosio, recibieron el imperio segun le habia dividido su padre: á Arcadio tocó el Oriente y á Honorio el Occidente. Aunque eran de buenas costumbres no conservaron íntegro el imperio. En tiempo de Honorio se encontraron en Alcalá de Henares (donde padecieron) los cuerpos de los mártires san Justo y Pastor, y en 1.° de setiembre del año 400 se celebró el primer concilio Toledano contra los priscilianistas. El pontífice Inocencio, sucesor de Anastasio, dirijió despues una epístola muy atenta á los Padres de este concilio.

Stilicon era gobernador de Occidente desde el tiempo del Gran Teodosio: y aunque suegro de Honorio, sin embargo para hacer emperador á su hijo Eucherico consintió que los alanos y godos invadiesen la Italia en el año 402. Bien habria podido Stilicon acabar con unos y otros si como sabia vencer hubiese querido perseguir á los vencidos; pero la ambicion desmedida en nada repara, y así lograron los godos en el año 408 apoderarse de Roma á sangre y fuego. Allí en-

contraron á Placidia hermana de Honorio, con la que casó Ataulfo, y de resultas de este matrimonio se concertaron los godos, y salieron de Italia para habitar en la parte de Francia y España á los lados de los Pirineos.

Hácia el año 409 los vándalos, alanos, suevos y silingos invadieron por diversos puntos la España, lo cual fué causa de muchos desastres, porque á los campos devastados siguió el hambre, y á esta la peste. Los bárbaros repartieron entre sí la península de este modo: á los suevos y parte de los vándalos cupo Galicia, mas estensa entonces que ahora porque comprendia á Castilla la Vieja; los alanos poblaron á Portugal y Cartajena, y los vándalos y los silingos se apoderaron de la Bética. Así solos los carpetanos y los celtíberos permanecieron sujetos á los romanos, con los cuales puestos de concierto los nuevos conquistadores se volvieron á labrar las tierras: los españoles tuvieron por mejor esta nueva servidumbre que el imperio de los romanos; mas no por eso se dejaron de levantar en España nuevas alteraciones, á causa de que un tal Mácsimo, ayudado de un conde llamado Jeroncio, tomó á Tarragona y pasó á Francia, hasta que sabiendo Jeroncio que venia contra él Constancio, volvió á España, y los naturales, ó por odio ó por agradar á Honorio, prendieron fuego una noche á la casa donde se refujió.

Ataulfo.—(411) Como Alarico murió repentinamente, elijió el ejército godo á Ataulfo por su rey; y este, en virtud de los tratados hechos con Honorio, se apoderó de las faldas de los Pirineos, tomó á Narbona (de donde provino llamarse aquella parte Galia Gótica), y despues á Tolosa; mas forzado por el jeneral Constancio segun unos, ó llamado por los españoles segun otros, dejó la Galia Narbonense y se apoderó de parte de Cataluña, fijando su residencia en Barcelona: allí tuvo de Placidia un hijo, que le vivió poco, y fué donde se conjuraron contra Ataulfo, y le dieron muerte porque advertian que se inclinaba á la paz.

Sijerico.—(416) Los godos pusieron en lugar de Ataulfo á Sijerico; pero como tuviese tambien la falta de ser pacífico, á poco tiempo fué asesinado por los mismos visigodos.

Walia.—(417) Este sucedió á Sijerico; era hombre inquieto y belicoso, que habiendo tratado

de apoderarse de la Mauritania le sobrevino una tempestad que derrotó la armada, y le obligó á volver á España y tratar con Constancio, jeneral romano, que mandaba la costa con otra gruesa armada. Las condiciones del tratado fueron que Walia entregase á Placidia, mujer que habia sido de Ataulfo, y estaba prometida á Constancio: que los godos hiciesen la guerra en España á las demas naciones bárbaras, y á favor del imperio romano: y que los godos se contentasen con lo que poseian en las faldas de Galia y de España. Hízose esta paz en el año 418, y Walia derrotó en varios encuentros á los alanos, y los oprimió de tal modo que dejada la Lusitania se pasaron á la Galicia, donde mezclados con los suevos perdieron el nombre de su jente y reino, recibiendo por gobernadores personas de la nacion de los godos. Escarmentados con esto los vándalos y los suevos se sujetaron á los romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra. Walia, fenecida esta espedicion, se retiró á Aquitania, y estableció su corte en Tolosa, donde á poco murió sin haber tenido tiempo ni aun para gozar de la quietud debida á sus fatigas y á su buen écsito.

Destruida Cartajena por Gunderico rey de los vándalos, acometió á los silingos que seguian el partido de los romanos, taló los campos y se apoderó por fuerza de Sevilla, que entregó al saqueo: mas queriendo hacerlo tambien en el templo de san Vicente, fue muerto en la puerta. Sucedióle su hermano bastardo, llamado segun unos Jenserico, y segun otros Guthàris. Gobernaba á la sazon el Africa Bonifacio en nombre del menor Valentiniano III, hijo de Constancio; y envidioso del ascendiente que habia adquirido sobre la emperatriz Placidia el capitan Aecio, concertó con Jenserico, rey de los vándalos, que de España pasase á Africa, ofreciéndole en recompensa parte de aquella provincia. Jenserico, de acuerdo con los suyos, y por aprovechar aquella ocasion, pasó al Africa con ochenta mil vándalos. Al principio juntaron sus fuerzas con Bonifacio; mas desavenidos despues cercaron á este en Bona y le mataron. Asi se apoderaron los vándalos de casi toda el Africa. Como iban inficionados del arrianismo, padecieron las iglesias de Africa, y hubo muchos mártires en defensa de la relijion católica, entre ellos Arcadio Probo, Pasca-

sio y Eutiquio, españoles que seguian la casa y corte de Jenserico.

Teodoredo.—(419) Los godos con su rey Teodoredo, que fué pariente y sucesor de Walia, poseian en España lo que al presente es Cataluña; mas en la Galia florecian en riquezas y gloria militar. Asi, quebrada la confederacion que tenian hecha con los romanos, empezaron á trabar guerras que se sucedian unas á otras. Habian invadido á la sazon la Galia los hunnos con su rey Atila, que se titulaba vulgarmente *azote de Dios*, cosa que obligó á los godos, á los francos y á los romanos á tratar de hacerles frente. Para esto formaron una liga entre sí, y juntas sus fuerzas acudieron contra el enemigo comun. Dióse la batalla en los campos Catalaúnicos, año 451, y el valor de Teodoredo fué de grande importancia para humillar la soberbia de Atila, pues dirijió la batalla como diestro capitan, y peleó en ella como valiente soldado, hasta que cayendo del caballo le atropellaron con la confusion, y los soldados pusieron en su lugar á Turismundo, su hijo mayor.

Turismundo.—(451) Como el rey Teodoredo murió al principio de la batalla, lo que á otros habria puesto temor dió á los suyos mayor coraje, porque Turismundo y Teodorico, hijos del difunto rey, deseosos de vengar la muerte del padre, acometieron con tal brio que ganaron la victoria; de suerte que Atila, avergonzado y perseguido, hubo de retirarse á su pais con un corto número de los suyos, donde á poco tiempo falleció. No fué tampoco muy dilatada la vida del vencedor Turismundo, porque cansados de sufrir su orgullo y altivez los dos hermanos Teodorico y Federico, armaron el brazo de un doméstico, y este aprovechándose de una enfermedad que le tenia postrado en cama le asesinó en el año 453, segundo de su reinado.

Teodorico.—(453) Este príncipe, escojido para reinar, oscureció el honor que le granjeaban sus bellas prendas con el fratricidio y la debilidad de abrazar el arrianismo. Segun el concierto que parece hicieron los romanos con los godos de dejar á estos cuanto quitasen á los suevos, envió Teodorico una embajada muy atenta á Recciario, rey de los suevos; mas este, como hombre de soberbio corazon á quien engreian las victorias, respondió que en bre-

ve se presentaria en Tolosa para terminar aquel pleito por el trance de las armas. Dióse la batalla en Galicia cerca del rio *Urbico* que corre entre Iberia y Astorga. Grande fué la mortandad de suevos que se hizo en aquel combate, pues hasta el mismo Recciario salió herido, y habiéndose embarcado para Africa le arrojó una tempestad á Portu, donde fué muerto por mandado del vencedor (año 456). Braga fué entregada al saqueo, pero sin sangre de los ciudadanos. Despues de esta batalla nombró Teodorico por gobernador de Galicia á Actiulfo (si bien este habiéndose apartado de la obediencia de los godos fué preso y pagó con la cabeza). Los suevos enviaron á Teodorico hombres santos, y alcanzaron para la provincia de Galicia no solo el perdon que solicitaban, sino que con increible grandeza de ánimo les otorgó la libertad de elejir rey. Vínose á la eleccion, y discreparon las voluntades elijiendo unos á Franta y otros á Masdra. El reinado de Teodorico habria sido feliz y dilatado si no le hubiera quitado la vida en el año 466 su hermano Eurico.

Los suevos andaban alterados por nuevas guerras que entre ellos se levantaron, pues unos elijieron en lugar del difunto Franta á Frumario, y antes que este rey cobrase fuerzas intentó su competidor Remismundo apoderarse por fuerza de armas de todo el señorío de los suevos, lo que logró fácilmente por haber fallecido casi al mismo tiempo su contrario: asi dirijió sus fuerzas contra Lusitania y se apodero de Coimbra y de Lisboa por entrega que de esta le hizo Lucidio, su ciudadano y gobernador. Murió Remismundo en el año 468.

Eurico.—(467) El reino de los godos habia quedado sin dificultad por Eurico en premio de su fratricidio, desde el año 467, y su ambicion le hizo concebir el proyecto de quitar la Lusitania á los suevos, y echar á los romanos de toda España, hasta hacerse universal señor de ella. Eurico, habiéndose concertado por medio de embajadores con el emperador Leon que mandaba en el Oriente, rompió con su ejército por los Pirineos, y se apoderó de los reinos de Navarra y Aragon, asegurando estas conquistas con la toma de Zaragoza y de Pamplona; y revolviendo sobre Tarragona, se hizo tambien dueño de esta ciudad. Penetró despues por lo interior de España, y quitando á Toledo y sus

dependencias del poder de los romanos, se apoderó de cuantas provincias dominaban estos en la península, escepto algunas plazas marítimas que no pudo tomar por carecer de fuerzas navales para su bloqueo. Asi perdieron los romanos en el año 469 cuanto poseian en España despues de setecientos años de dominacion.

Habria podido Eurico entregarse al sosiego si tuviera límites la ambicion humana; pero poco contento con la España, condujo sus tropas victoriosas á las Galias, seduciéndole la facilidad de la conquista, y se apoderó de todo el territorio que se estiende hácia el mediodia entre la Provenza y el rio Loira, y elijió la ciudad de Arles para descansar en ellas, cuando le vino la muerte en el año 483. La historia pone á este príncipe por primer lejislador de los godos, y se habria hecho lugar glorioso entre los conquistadores si no le hubiera desmerecido por el fratricidio, y por leerse su nombre en el catálogo de los perseguidores de la Iglesia. La desgracia de su nacimiento le habia hecho arriano, y la violencia de su jenio le hizo cruel con los católicos, falta que no tuvieron sus predecesores.

Alarico.—(484) Sucedió Alarico á su padre Eurico en el reino y en la ambicion, y Clodoveo, rey de los francos, no pudiendo mirar sin temor el engrandecimiento de los godos sus vecinos, invadió con un poderoso ejército las tierras de Alarico: encontráronse los dos ejércitos en los campos de Vonglé, cerca de Potiers, año 506, y viniendo á las manos fueron derrotados los godos, y Alarico muerto por el mismo Clodoveo. Reinó por espacio de veintitres años, y si no fué el primero de los reyes godos que estableció y promulgó leyes por escrito, recopiló en suma y publicó el código de Teodosio del mismo año 506 en que murió, porque antes de él en paz y en guerra acostumbraban los godos á gobernarse como otras naciones bárbaras por las costumbres y usos de sus mayores. A las leyes de Alarico, los reyes siguientes aumentaron otras muchas, y de todas se formó el volúmen que vulgarmente llamamos los españoles el Fuero Juzgo.

Jesaleico. — (506) Alarico habia tenido de su mujer Teudicoda á Amalarico, que tenia solo cinco años, y de una mujer soltera á Jesaleico. Elijieron á este los principales godos, y re-

sintiéndose el ostrogodo Teodorico de una eleccion que atropellaba los derechos de su nieto, envió ochenta mil combatientes contra Jesaleico á las órdenes de Ilba, conde de los jépidas. El godo, viéndose sin fuerzas para resistir, pasó al Africa á pedir socorro; pero la suerte le fué contraria, pues Ilba venció á Jesaleico, y este vuelto á la Galia tardó poco en morir de enfermedad por la pesadumbre que recibió de sus malos sucesos, que fué en el cuarto año de su reinado, y de nuestra salvacion 510.

Discrepan los autores sobre quién fué puesto en el trono cuando murió Jesaleico, porque unos afirman que el mismo Teodorico, ostrogodo, se llamó de allí en adelante rey de los visigodos, y confirman esto los concilios tenidos entonces en España, pues ponen al principio el nombre de Teodorico, y tambien el año de su reinado. Otros sostienen que á Jesaleico sucedió Amalarico, y que Teodorico fué solo tutor y gobernador en lugar de su nieto. Lo que sí se ha averiguado es que Teudis, el cual habia sido paje de lanza, despues por beneficio del mismo se encargó de gobernar la tierna edad del jóven, y sostener el peso del reino, escalon por donde vino despues á ser rey.

Amalarico. —(510) Muerto Todorico en setiembre del mismo año, comenzó su nieto Amalarico á gobernar libremente el reino de los visigodos, desde cuyo tiempo cuentan algunos los años de su reinado, y no hay mucha diferencia de uno á otro, porque consta que Teodorico mientras vivió reinó en España, fuese en su nombre ó en el de su nieto, y en todo se hacia su voluntad. Desde que Amalarico se encargó en el gobierno del reino, cuidó de hacer paz con los reyes de Francia, casándose con una hermana de ellos, hija de Clodoveo ya difunto, llamada Clotilde como su madre, al cual la habia amaestrado en la verdadera relijion. Se la dió en dote el estado de Tolosa, que fué restituirle á los godos, y no se concedió su mano á Amalarico sino bajo la espresa condicion de no molestarla en materia de relijion. El godo, sin embargo, arrastrado de un falso celo por su secta, se empeñó en hacer torcer á su esposa del camino recto; pero Clotilde, firme en las piadosas mácsimas que la habia enseñado su madre, lo sufria todo con paciencia, hasta que cansada

esta escribió á su hermano el rey Childeberto una carta, y con ella le envió un lienzo bañado en su misma sangre. Compadecidos los hermanos, pasaron á España con un poderoso ejército en busca del enemigo. Hallábase Amalarico desprevenido, y pudo muy bien escapar del peligro si ciego con la codicia de las piedras preciosas no hubiese vuelto á Barcelona, que estaba ya en poder de los francos. En este peligroso estado, sin saber qué partido tomar, quiso acojerse á un templo católico, pero cayó herido de un bote de lanza, en el año 531.

Teudis. — (531) Como Amalarico no dejó hijos, los grandes elijieron á Teudis, ostrogodo de nacion, pero muy estimado en España por el acierto y prudencia con que habia dirijido la menor edad del desgraciado rey. En su tiempo hicieron los francos otra irrupcion por Navarra, tomaron á Pamplona y Calahorra, y pusieron sitio á Zaragoza; mas ya fuese por temor, ó ya por afecto á las reliquias de san Vicente, levantaron el sitio, y volviéndose á Francia los sorprendió junto á los Pirineos Teudiselo, capitan de Teudis, y los derrotó completamente. Parecia que tan buen príncipe debia ser eterno, cuando en el año 548 un malvado, finjiéndose demente, se introdujo en su aposento, y le dió de puñaladas. Perdonóle diciendo que era en venganza de Dios por otra muerte que él habia hecho, y su contricion llegó á ser tanta, que mandó á los que estaban presentes no hiciesen mal á su matador. En la vida de este príncipe debe ser elojiado tal ejemplo de moderacion, como tambien que siendo arriano hubiese permitido á los obispos católicos juntasen un concilio en Toledo para determinar lo que les pareciese á cerca de la relijion.

Teudiselo. — (548) A Teudis sucedió Teudiselo, tambien ostrogodo y arriano, pero de muy diferentes costumbres por ser sus vicios dominantes la lujuria, avaricia y crueldad. Y sirviendo esta de instrumento á las otras, ni la inocencia ni el tálamo nupcial estaban libres de su poder, y asi no reinó mas que diez y ocho meses, porque en Sevilla se conjuraron contra él ciertos nobles agraviados, le convidaron á un banquete, y estando en la cena apagaron las luces y le asesinaron.

Ajila.—(549) En lugar de Teudiselo fué elejido Ajila, que gobernó á los godos cinco años

y tres meses, aunque siempre con contínuas adversidades. Al principio puso un cerco muy estrecho sobre la ciudad de Córdoba porque no le queria obedecer. Los sitiados hicieron de repente una salida, en la cual desbarataron el ejército de Ajila con muerte de su hijo, pérdida de muchos de los suyos y del bagaje. De resultas alzó el cerco, y no paró hasta Mérida. Aprovechóse Atanajildo del descrédito que granjeó á Ajila tan desgraciada empresa; se reveló contra él, y para asegurarse mas en el trono envió una embajada al emperador Justiniano, al cual prometió que si le socorria volveria á la obediencia del imperio romano no pequeña parte de España en pago del socorro. Justiniano admitió el convenio y envió tropas á Atanajildo. Avistáronse los dos ejércitos cerca de Sevilla, dióse la batalla, quedando la victoria por Atanajildo, y con esto Ajila fué muerto en Mérida por los mismos principales que le seguian, en el año 554.

Atanajildo. — (554) Atanajildo, que para usurpar la corona habia tenido que ceder á Justiniano las provincias de Valencia, Murcia y Granada, no tardó mucho en conocer el riesgo á que le esponia su compromiso, y que las mismas armadas que le habian asegurado la corona podian facilmente despojarle de ella. Para evitar el riesgo, tuvo que tratar de echar á los romanos de España, y para ello le fué forzoso sostener varios choques, en los cuales varió tambien la fortuna, siendo ya próspera, ó ya adversa, hasta que falleció de enfermedad en Toledo, año 567, decimotercio de su reinado. Ya dejamos dicho que se ignora cuándo murió Remismundo, rey de los suevos en Galicia, á quien Eurico habia tenido la jenerosidad de dejar sus estados, y que es desconocida la sucesion de reyes que tuvieron los suevos hasta Cariarico, que ocupaba el trono en el año 550, y murió católico en el de 559, porque nos han faltado las antiguas memorias é historias de aquellos tiempos. Ahora resta añadir que habiendo sido Cariarico elejido rey de los suevos en el año 550, el deseo que tuvo de proporcionar la salud á su hijo, que estaba gravemente enfermo, proporcionó á ambos otro bien mucho mayor, cual fué creer en Jesucristo, pues habiendo oido el padre hablar de los milagros de san Martin Dumiense, recurrió

á este santo, y prometió abrazar la fé si le curaba á su hijo. Sus votos fueron oidos, y se convirtió toda su familia al cristianismo. Teodomiro sucedió á su padre Cariarico en el año 559. Se atribuye á Teodomiro la reduccion de los suevos á la relijion católica, á causa de la abjuracion solemne que hizo del arrianismo en el primer concilio de Braga año 565. Cariarico habia tenido intencion de hacer esta reforma, pero la dilató para un tiempo mas propio, y así la gloria de ejecutarla quedó reservada á su hijo Teodomiro. Este príncipe se dedicó durante su reinado á hacer florecer la relijion en sus estados: murió en el año 569, y le sucedió Mir con un aplauso universal. En el de 580 intercedió por los católicos, á quienes perseguia Leovijildo. En el de 582 salió de Portugal para ir á socorrer á san Hermenejildo; pero fué encerrado con su ejércen un defiladero por Leovijildo, el cual le obligó á jurar que no volveria á emplear sus armas contra él, y aun á unírsele contra el mismo Hermenejildo. Mir murió poco despues, habiendo reinado trece años. Suedióle su hijo Eborico, muy jóven, el cual fué en el año siguiente destronado y desterrado á un monasterio por Andeca, quien se apoderódel trono de los suevos. Leovijildo marchó contra este usurapador, invadió la Galicia y logró ocupar todas sus plazas, inclusa Braga su capital, y envió al usurpador á Badajoz ordenado de presbítero, para que no pudiese aspirar á la corona. Asi se estinguió la monarquía de los suevos, y se reunió á la de los godos, despues de haber durado ciento sesenta años. Poco despues se sublevó un tal Amalarico, y se quiso hacer coronar rey; pero fué destruido y hecho prisionero por los jenerales de Leovijildo.

Atanajildo no tuvo hijos sino dos hijas llamadas Golsuinda y Bruneguilda, que casó con dos reyes de los francos, á saber: Childerico y Sijeberto. El matrimonio de la primera duró poco, porque apenas casó cuando murió desastradamente; mas la vida de Bruneguilda fué larga y sujeta á muchas calamidades. El vulgo añadió á estos trabajos la infamia y mal nombre y aun imputó á Bruneguilda las maldades que habia cometido Fredegunda, mintiendo como suele la fama, y trocando los nombres.

San Gregorio M. en su espístola VIII y san Gregorio de Tours, historiador de Francia, hacen de Bruneguilda grandes elojios, sin que pueda decirse que fué por miedo ó adulacion, cuando no temieron referir los delitos de Fredegunda.

Despues de la muerte de Atanajildo hubo una vacante de cinco meses hasta que los visigodos eligieron á Liuva, virey que era de la Galia Gótica; por lo cual, quedando aficionado al pais estableció su residencia en Narbona, que volvió segunda vez á ser capital de los godos.

Liuva.—(567) Al segundo año de su reinado se asoció Liuva por compañero en el trono á su hermano Leovijildo, al cual dió el gobierno de España, quedándose él con la Galia Gótica. Tenia Leovijildo dos hijos de su mujer Teodosia, á saber: Hermenejildo y Recaredo. Muerta Teodosia, casó Leovijildo con Golsuinda, viuda de Atanajildo, al mismo tiempo que fué asociado por su hermano al trono. Hecho rey, movió inmediatamente la guerra á los romanos. Dió una gran batalla en los pueblos Bastetanos, que era donde hoy está Baza; y habiendo perdido los romanos fueron arrojados de aquella rejion; la comarca de Málaga fué puesta á fuego y sangre; Medina-Sidonia tomada de noche por entrega que hizo de ella un hombre llamado Framidaneo, y la ciudad de Córdoba reducida á la obediencia.

Leovijildo. —(571) Este se hallaba ocupado en la guerra cuando murió su hermano, y le sucedió en el trono. Arrojados los romanos de todas las provincias, dió vuelta hácia Cantabria, y desde alli pasó con sus tropas á Aquitania (hoy Guiena), cuyas provincias sosegó, y volvió á España con intencion de arruinar el imperio de los suevos; á cuyo fin empezó á hacerles la guerra. Deseaba tambien que el reino se continuase en sus descendientes, y para esto declaró por compañeros á sus hijos Hermenejildo y Recaredo. Al primero encomendó el gobierno de Sevilla; el segundo fundó hácia el año 577 la ciudad de Recópolis en la Celtiberia, donde al presente está Almonacid, y él puso la silla de su reino en Toledo, que desde aquel tiempo principió á llamarse ciudad Rejia, y alcanzó la dignidad de primacía sobre las demas iglesias y ciudades de España.

Ingundis, hija de Sijeberto, rey de Lorena, y de Bruneguilda, casó con Hermenejildo en el

año 579. Su abuela Golsuinda quiso hacerla arriana; mas Ingundis no daba oidos á esto. La maltrató de obra y de palabra, sin que por eso cediese; al contrario contribuyó á que su marido, amonestado por san Leandro principiase á tratar de hacerse católico. La mudanza de este príncipe en la relijion fué causa de una guerra muy pesada y larga entre padre é hijo, á que contribuyó no poco la dureza de la madrastra, que debia haber aplacado el ánimo de su marido. Hermenejildo fortificó á Sevilla y á Córdoba para la defensa, proveyéndolas tambien de almacenes y de trigo. Leovijildo tampoco se descuidaba, y viendo que de nada servia la carta que habia escrito á su hijo, ni el conciliábulo tenido por los obispos arrianos en Toledo para seducir á los católicos, marchó con su ejército hasta lo postrero de Andalucía, y puso sitio á Sevilla, ciudad famosa, grande y rica; hizo mudar el curso del rio por otra parte, y así los sitiados padecieron muchas faltas. Hermenejildo, perdida la esperanza de poderse defender, se acojió de secreto á los romanos, y pasó despues á poder de su padre, aunque se ignora el modo; y Leovijildo, habiéndole hecho quitar las insignias reales, le mandó llevar preso á Sevilla. En 14 de abril del año 586, habiendo Leovijildo enviado un obispo arriano para que le comulgase, el preso se negó á ello: tomó el padre aquel ultraje por suyo, y se alteró de tal modo que sin dilacion envió un verdugo para que le cortase la cabeza. Era Hermenejildo de condicion suave y sencilla, cosas que si no se templan acarrean el daño, y aun la muerte. Noticiosa Ingundis de la prision y muerte de su marido, se pasó al Africa. Los reyes de Francia Childeberto, hermano de Ingundis, y su tio Guntrando, príncipes de gran valor, determinaron vengar con sus armas la injuria y muerte de Hermenejildo, y aun Childeberto convidó al emperador Mauricio á juntar sus fuerzas y armas contra los longobardos y los godos. Entretanto Leovijildo por el deseo que tenia de apagar el catolicismo, causa, como él decia, de tantos males, desterró á los varones mas santos de todo su reino, especialmente á los dos hermanos y prelados por lo que habian favorecido á su hijo Hermenejildo. Lo mismo hizo con Mausona, uno de los varones mas señalados de aquel tiempo. Igual suerte cupo á Juan Abad

Biclarense, natural de Santaren en Portugal, que por causa de los estudios habia estado en su menor edad diezisiete años en Constantinopla, pues vuelto á su patria de tan larga peregrinacion fue desterrado como los demas católicos, y en el destierro edificó el monasterio que de su nombre se llamó Biclarense, y hoy de Valclara, apellido conforme al antiguo. No contento el rey con este proceder, se apoderó sin resistencia alguna de las rentas de las Iglesias; derogó los privilejios de los eclesiásticos; dió la muerte á muchos hombres principales, á unos por causas verdaderas, á otros por calumnias que los fulminaban, y con sus bienes enriqueció el patrimonio real. Muchos, abatidos con tamaños males, se sujetaron á la voluntad del rey y pasaron á la secta de los arrianos. Entre estos Vicencio, obispo de Zaragoza, como se hiciese arriano, trajo con su ejemplo á otros muchos al despeñadero.

Algunos dicen que Leovijildo al fin de su vida, estando enfermo en la cama sin esperanza de salud, abjuró la impiedad arriana, y volvió su espíritu á la verdad, y si no se convirtió, á lo menos es cierto que al tiempo de morir llamó á su segundo hijo Recaredo y le aconsejó que abjurase el arrianismo, y abrazase la relijion católica. Le encargó tuviese en lugar de padres á Leandro y Fuljencio, á quienes mandó en su testamento alzar el destierro. Reformó Leovijildo el código de Eurico, y murió en Toledo año 586, siendo el último rey arriano, y el primero de los reyes godos que usó de vestidura diferente de la del pueblo, y que trajo insignias reales, aparato, cetro y corona.

Recaredo.—(587) Hechas las ecsequias á Leovijildo trató su hijo y sucesor Recaredo, como cátolico que era, aconsejado por los dos hermanos Leandro y Fuljencio, de restablecer en España la relijion católica, aunque por entonces prefirió no forzar el tiempo sino acomodarse con él. Acordó pues para salir con su intento usar de artificio é industria, halagar á unos, sobrellevar á otros, y con mercedes que les hacia ganar á todos. Asi le sucedió, como podia desear, porque sabida la voluntad del rey, tanto los grandes como los pequeños se rindieron á ella, y vinieron de buena gana en lo que al principio pareció muy dificultoso. La mudanza de relijion suele producir en el

pueblo alteraciones y alborotos; pero Recaredo tuvo buena maña para que no durasen mucho, ni fuesen muy señalados, y la severidad de que usó para castigar á los autores no solamente no fue odiosa, por ser necesaria, sino que agradó á todos.

El primero que se opuso á las intenciones del rey fué Athaloco, obispo en la Galia Narbonense, tan afecto á la secta arriana que vulgarmente le llamaban *Arrio*; uniérose á él los condes *Granista* y *Bildijerno*, quienes tomaron las armas contra el rey, y alteraron al pueblo para que se rebelase; pero este torbellino que amenazaba mayor tempestad, tuvo breve y facil fin, porque Athaloco falleció de puro pesar, viendo que los suyos llevaban lo peor, y á los condes vencieron en batalla las tropas de Recaredo, vengando así los malos tratamientos que de todas maneras habian hecho á los católicos. Estas alteraciones ocurrieron en la Galia Narbonense al principio del reinado de Recaredo, el cual al décimo mes renunció públicamente la secta arriana, y abrazó la antigua y católica relijion; llamó de sus destierros á los obispos católicos, los cuales volvieron á sus sillas; restituyó á las iglesias los derechos y posesiones que les habia quitado su padre, y á muchos de sus vasallos los bienes de que les habia despojado; y ademas levantaba á su costa con real magnificencia nuevos templos y monasterios. En premio de estas obras le protejió Dios, porque habiendo enviado el rey Guntrando un grueso ejército al mando de su capitan Desiderio, rompieron por las tierras que los godos poseian en la Galia, y al principio llevaron estos lo peor, porque volvieron las espaldas y se recojieron dentro de la ciudad; pero puestos de nuevo en órden, salieron contra los franceses y cargaron sobre ellos con tal denuedo que los desbarataron y pusieron en huida. Murió el jeneral frances, y de su ejército se salvaron pocos.

Este acontecimiento ocurrió en el año 587, y en el siguiente el duque Claudio destruyó con unas compañías de solos trescientos hombres á un ejército cerca de Carcasona, enviado por el mismo Guntrando contra Recaredo; de suerte que muchos, segun san Isidoro, lo atribuyeron á milagro.

En el siguiente se descubrió otra conjuracion formada contra

el rey por la mudanza de relijion. Habia vuelto Mausona á su arzobispado de Mérida, y Sunna, que ocupaba su lugar y era arriano, llevó muy á mal esta restitucion, comunicó su sentimiento con algunos de su parcialidad y trató de matar á Mausona, empresa atrevida y temeraria, pues residia en aquella ciudad el duque Claudio, que gobernaba toda la Lusitania y tenia puestas grandes guarniciones. Avertidos los soldados del peligro que corrian por esta causa, resolvieron dar la muerte á Mausona y al duque Claudio. Encargaron la ejecucion de esta empresa á Witerico, jóven muy valiente que se criaba en casa del mismo duque, y aun con el tiempo llegó á ser rey. Sunna pretestó visitar á Mausona, y el santo prelado sospechando lo que sería avisó á Claudio para que se hallase presente y reprimiese la trama de su competidor. Pareció á los conjurados buena esta ocasion para ejecutar sus malvados intentos: hicieron la señal á Witerico, el cual intentaba apoderarse de la espada de Claudio, mas no pudo en manera alguna arrancársela, ya fuese por miedo de cortarse ó por favorecer Dios á los inocentes; si bien los conjurados no por eso desistieron de su intencion, antes bien acordaron que en una procesion pública que hacian en la Iglesia de Santa Olalla matarian sin distincion al prelado y á cuantos fuesen en ella. Para ejecutar esta crueldad metieron muchas espadas en ciertos carros que llevaban cargados de trigo; pero acudió Dios á este peligro, porque Witerico, fuese por el milagro pasado ó por aborrecimiento de la maldad, dió parte de la conjuracion, y adelantándose Claudio acometió con su jente á Sunna y sus parciales, degolló á cuantos se pusieron en defensa, y prendió á los demas. Dió aviso al rey de todo lo que pasaba, y por su órden aplicó al fisco los bienes de los principales, despojando á estos de sus oficios. A Sunna, como cabeza de la conjuracion, dieron á escojer que dejase á España ó renunciase la herejía, y él obstinado en su error se pasó á Africa. El conde Paulo, tambien cabeza de la conspiracion, fué condenado á que le cortasen las manos y desterrado á Galicia. Vacrilla, uno de los conjurados, se acojió al templo de santa Olalla, como un sagrado, y por esta razon no le quisieron casti-

gar; pero le condenaron á que sirviese perpétuamente de esclavo en aquel templo, y á Witerico le perdonaron por haber dado el aviso de aquella maldad.

Desbaratada esta borrasca se levantó otra mayor: la reina Golsuinda, por respeto del rey, finjió abrazar la relijion católica, y el engaño pasó hasta el punto de escupir secretamente la hostia que le daba el sacerdote. Lo mismo hacia un obispo llamado Uldida, que tenia gran amistad con ella y la gobernaba con sus consejos: trató con el obispo de matar al rey, y lo habrian logrado si la divina Providencia no le amparára. Descubierta la trama, el rey desterró al obispo, y ofreciéndose dudas acerca de Golsuinda, tardó muy poco en pagar con la muerte aquella impiedad.

En el año 589 Arjimundo, camarero mayor de Recaredo, intentó quitarle la vida para apoderarse del reino; pero descubierta esta conspiracion prendieron á sus autores, quienes confesaron llanamente toda la trama y pagaron con las vidas. Deseando el rey mostrarse agradecido á Dios de tantos favores como habia recibido, resolvió de acuerdo con san Leandro, arzobispo de Sevilla, que se tuviese en Toledo un concilio nacional de toda España; abierto este en mayo, hizo Recaredo en la primera sesion un razonamiento á los padres para la reforma de la disciplina. En la segunda sesion presentó el rey con su mujer Bada una profesion que hacian de la fé católica y abjuracion del arrianismo. Aplaudieron los padres del concilio esta profesion de fé, y correspondieron con ella los demas obispos y grandes que quisieron como el rey abjurar su error. Concluido esto, se establecieron veintitres cánones para reformar la disciplina, y Recaredo confirmó con su edicto todas las acciones del concilio.

Los príncipes estranjeros daban el parabien al rey por su conversion, como lo hizo san Gregorio M., que sucedió á Pelájio II en el pontificado (590), y de este papa hay tres cartas. No por eso se dejaron de celebrar mas concilios provinciales, pues en Sevilla se juntaron con san Leandro siete obispos, y otros tantos se reunieron al mismo tiempo en Narbona. Ademas de esto el memetropolitano de Tarragona, si no se halló en el concilio to-

ledano anterior, juntó en Zaragoza sus obispos sufragáneos. Finalmente en Toledo, Huesca y Barcelona se tuvieron otros concilios particulares, que seria molesto referir.

Tuvo Recaredo grandeza singular de ánimo, injenio, prudencia, condicion y presencia muy agradable; lo que sobre todo le ennobleció fué el celo que mostró por la relijion católica: murió en el año 601, despues de haber reinado quince, un mes y diez dias. San Isidoro dice que en Toledo, estando para morir Recaredo, hizo penitencia pública de sus pecados, segun se acostumbraba entonces. Dejó Recaredo tres hijos: el mayor se llamó Liuva, habido de su primera mujer: este tenia la edad conveniente para suceder á su padre y encargarse del gobierno; los otros dos, llamados Suintila y Jeila, no se sabe qué madre tuvieron, es decir si nacieron del primer matrimonio ó si del segundo.

Liuva ii. — (601) Apenas tendria Liuva veinte años cuando sucedió sin contradiccion á su padre en el reino y en la corona. Aunque daba muestras de grandes virtudes y cualidades á propósito para reinar, sin embargo su poca edad dió ocasion á que se le atreviesen; y las discordias pasadas, aun no bien sosegadas, abrieron camino á nuevas conjuraciones y engaños, de modo que á los dos años fué muerto á traicion por Witerico, persona acostumbrada á semejantes escesos. Asi en tan poco tiempo nada hizo Liuva que sea digno de atencion.

Witerico. — (603) El parricida con la ayuda de sus parciales se apoderó del reino de los godos y le tuvo por espacio de seis años y diez meses. Se hizo famoso en la guerra, porque si en algunos encuentros que tuvo con los romanos de España no fué afortunado, al fin cerca de Sigüenza las tropas de Witerico vencieron á los contrarios en una batalla que les dieron de poder á poder. Reinó Witerico con tanto desórden, que los pueblos lloraban cada dia mas al rey que habian perdido, y deseaban perderle á él cuanto antes; pero cuando se dijo que trataba de restituir en España la secta arriana, de cuya infidelidad se habia servido para la usurpacion, se conmovió el pueblo de tal modo, que tomando las armas entraron con gran furia en la casa real, y mataron al rey que estaba descuidado. No paró en

esto el furor, porque arrastraron el cadáver por las calles con las mas indecentes ignominias. Con este desastre conocieron todos que pagaba la muerte que él mismo habia dado á su predecesor el rey Liuva.

Gundemaro.—(610) Por la muerte de Witerico alcanzó el cetro de los godos Gundemaro, persona entonces muy señalada, ya por ser uno de los que contribuyeron á la muerte del tirano, ya por la voluntad de los principales del reino, que estaban muy satisfechos de su prudencia y demas cualidades para gobernar. Hizo la guerra prósperamente contra los navarros que se le rebelaron, obligándolos á huir á las montañas; acometió despues en el año 611 á los romanos y les quitó algunas plazas; pero al siguiente murió de enfermedad con sentimiento de todos sus vasallos. No es desgracia encontrar con el fin de la carrera cuando se llega bien á él; es librarse de los peligros del golfo y arribar cuanto antes á la seguridad del puerto.

Sisebuto.—(612) Hechas las ecsequias del rey Gundemaro, se juntaron los grandes del reino á elejir sucesor, y por aclamacion ocupó Sisebuto el trono: sus cualidades eran tan apreciables como las de su antecesor. Nombró por jeneral del ejército á Flavio Suintila, hijo del buen rey Recaredo, y persona de mucho valor, atacó á los asturianos y riojanos que se habian rebelado, y en breve los sujetó. Despues el mismo rey engrosó con nuevas levas el ejército de Suintila para perseguir á los romanos, que conservaban todavia en España parte de su dominacion hácia el Estrecho de Gibraltar, riberas del mar Océano, parte de Andalucía, y de lo que hoy se llama Portugal. Venció y desbarató dos veces á los contrarios en batalla, con que les quitó no pocas ciudades, y las redujo á su obediencia, de modo que apenas quedó á los romanos un solo pueblo en España, y lo que es todavia mas laudable, trató con grande humanidad á los vencidos, dando libertad á un gran número de cautivos, que fueron apresados por sus tropas. Como protector de la fé, trató de retirar de España á los judios, para lo cual estableció dos leyes, que se encuentran en el Fuero Juzgo. Persiguió y castigó á los piratas que infestaban las costas de España, se apoderó de Ceuta, Tánjer y otras muchas plazas marítimas, protejió las ciencias y las artes;

y como todo estaba tan alterado, no es de admirar que el rey se hiciese juez de lo que se debió determinar por parecer de los prelados. Estaba ocupado en estos negocios cuando le sobrevino la muerte en el año 621. En su tiempo empezaron los godos á usar de armadas navales.

Recaredo II. — (621) A Sisebuto sucedió en el reino su hijo Recaredo, siendo de poca edad, y manifestó poseer las mismas virtudes que su padre; mas apenas ocupó el trono, cuando bajó al sepulcro, pues reinó solos tres meses del mismo año.

Suintila. — (621) Muerto Recaredo II, elijieron los grandes á Suintila, hijo segundo del católico Recaredo. Su valor y demas virtudes eran ya conocidas, y su liberalidad para con los necesitados llegó á ser tal, que le llamaban *padre de los pobres*. Lo primero que hizo fué arreglar la administracion de justicia, para asegurar el sosiego interior. Rebelándose los navarros acudió el mismo rey con presteza y los sujetó. Concluida esta guerra trató de acabar de echar de España á los romanos, y al efecto reunió todas sus fuerzas, les dió una batalla con tan buen écsito que los dejó sin tropas para mantener la campaña; y Suintila, no menos hábil en aprovecharse de las victorias que diestro en saber ganarlas, corriendo de victoria en victoria tomó sucesivamente todas las plazas de los vencidos, de suerte que en solos cinco años limpió á España enteramente de los romanos; mas Suintila, que en la guerra era un Alejandro, en la paz empezó á ser un Sardanápalo. Cuando Suintila por sus méritos habia logrado el amor y aprecio de los grandes y de todos sus vasallos, cuando habia conseguido de la grandeza que su hijo Ricimero fuese asociado al trono como heredero presuntivo de él, se entregó á los mayores vicios y desórdenes, imponiendo gravámenes insoportables, con tal esceso que se hizo jeneralmente aborrecible, y de aquí le vino su ruina, pues dió lugar á que Sisenando, hombre valiente y poderoso que gobernaba la Galia Narbonense, aprovechase la ocasion que se le presentaba para quitarle la corona. Considerándose con pocas fuerzas, recurrió á Dagoberto, rey de Francia, para que le ayudase con las suyas: hecho el convenio, Abundancio y Venerando, capitanes franceses, invadieron la España y llegaron hasta Za-

ragoza; los grandes, que estaban descontentos, se declararon tambien por Sisenando, y no pararon hasta arrojar del reino á Suintila con su mujer é hijos.

Sisenando.—(631) Luego que Sisenando se vió rey de los godos, regaló magníficamente á los franceses que le habian ausiliado, y conociendo que aun no estaba muy seguro resolvió para librarse del peligro acudir á la relijion, y habiendo juntado en Toledo el año 633 un concilio nacional de sesenta y nueve obispos (IV Toledano presidido por San Isidoro de Sevilla), fué proclamado rey con aprobacion de todo el concilio, en el cual se establcieron, para reformar la disciplina, setenta y cuatro cánones; pero como Sisenando se habia propuesto por fin principal que el rey Suintila fuese condenado por los padres como indigno de la corona, logró que se impusiesen terribles anatemas contra los que formasen alguna conspiracion para destronar al soberano, atacar su vida, ó usurpar su autoridad, y últimamente escomulgó el concilió á Suintila, su mujer é hijos por los males que cometieron mientras mandaron. En el corto reinado de Sisenando, que duró cinco años, brillaron la justicia y la paz. Su muerte ocurrió en Toledo en el mes de abril de 636.

Chintila.—(636) Muerto Sisenando se juntaron los grandes y prelados, segun lo dispuesto en el concilio anterior, á elejir sucesor, y lo fué Chintila. Luego que este se encargó del gobierno, ya fuese por imitar á su predecesor, ó por evitar alguna mudanza, hizo que se juntase en Toledo otro concilio, al que acudieron veintidos obispos, casi todos de la provincia cartajinesa, y establecieron ocho cánones. Tambien se celebró en Toledo el sesto concilio nacional, año 638. La celebracion de estos concilios es la cosa mas famosa que refieren de Chintila los historiadores. Su reinado fué pacífico y feliz, pues gobernó con la mayor equidad y justicia, y no ocurrieron guerras de consideracion: espelió de sus dominios á los judíos, y á cuantos rehusaron abrazar la relijion católica. Reinó tres años y medio, y murió con jeneral sentimiento de sus vasallos.

Tulga.—(640) Por voto de los grandes fué puesto Tulga en el trono siendo muy jóven, pero anciano en las virtudes, pues poseia todas las de su padre; y con esta bondad dió lugar á que sus

súbditos cometiesen todo jénero de escesos sumamente perjudiciales al bien comun, por lo cual le depusieron del trono al año de haber subido á él, y poco despues murió de enfermedad en Toledo.

CHINDASWINTO.—(641) Parece que Chisdaswinto se habia rebelado contra Tulga: era hombre intrigante y astuto, que á la sazon tenia á su mando el ejército. Lo cierto es que con la fuerza se apoderó del imperio sin que nadie le resistiese, y á pesar de las leyes; pero apenas habia tomado el cetro, cuando se encendió una guerra civil contra él, por la usurpacion que acababa de hacer; mas Chindaswinto la apaciguó muy pronto, y sujetó á todos á su obediencia; y despues gobernó tan bien que parece se habia propuesto cubrir esta falta con la bondad de sus costumbres. Al cuidado que tuvo Chindaswinto de reformar el reino con buenas leyes, y hacer que se celebrase en su tiempo el concilio Toledano VII, debió el amor y respecto que le cobraron sus pueblos, y que los grandes asociasen al trono á Recesvinto su hijo, con lo cual el padre se entregó sosegadamente á las letras y á los ejercicios de piedad. Murió el dia 30 de setiembre del año 653, á los noventa de su edad.

RECESVINTO.—(653) Aunque Chindaswinto, despues de asociado su hijo al trono vivió tres años, cuatro meses y once dias; sin embargo, este tiempo se cuenta en el reinado del hijo, porque el padre por su mucha edad le dejaba gobernar. En su tiempo se celebraron varios concilios, especialmente en Toledo, cosa de que no hay que maravillarse, porque estos concilios venian á ser como córtes jenerales del reino, en las cuales se trataban no solamente los asuntos eclesiásticos, sino tambien los civiles. Asi vemos que en el celebrado en Toledo en 653, Recesvinto despues de presentar á los padres su profesion de fé, les rogaba que determinasen las cosas sagradas, diesen órden en el estado del reino, y reformasen las antiguas leyes, añadiendo ó quitando las que les parecieran. Lo mismo pidió despues á los grandes que solian hallarse en los concilios: especialmente les dijo que determinasen lo que se habia de hacer con los judios que despues de bautizados perseveraban en algunos de sus ritos y ceremonias. Derrotó á los gascones, que resentidos de haber sido arrojados por Suinti-

la de su pais se habian rebelado: pasó los Pirineos llevándolo todo á sangre y fuego, y despues publicó el rey una amnistia jeneral para todos los los rebeldes, con lo cual se estableció sólidamente la paz. En tiempo de Recesvinto, año 664, sucedió con Toledo el milagro de haber descendido del cielo María Santísima y puesto en sus divinas manos á san Ildefonso, arzobispo de Toledo, la casulla que se conserva y venera en la misma ciudad. Sobrevino á Recesvinto la muerte en 1.° de setiembre del año 672: reinó desde que su padre le asoció al reino veintitres años y medio, y desde la muerte de su padre veintiun años y once meses.

WAMBA.—(672) Recesvinto no dejó hijos que le sucediesen, y sus hermanos por la edad ó por otras causas no fueron tenidos por dignos de suceder en la corona; asi se juntaron los grandes y de comun acuerdo nombraron para sucederle en el reino á Wamba, caballero principal, capitan esperimentado, y que tenia con los reyes anteriores el primer lugar en autoridad y privanza. Escusábase Wamba con su mucha edad, y pedia con lágrimas que no le pusiesen sobre sus hombros tan grave peso, hasta que desnudando la espada cierto capitan principal, le dijo: «Que moriria á sus filos si »se negaba á aceptar el ce»tro.» Cedió Wamba á estas amenazas; pero aceptó la eleccion de tal modo, que no quiso dejarse unjir, como era de costumbre, antes de ir á Toledo, sino que queria reservar aquella honra á esta ciudad. Sucedieron al principio alteraciones que lo impidieron: subleváronse los gascones, y cuando partió al frente de sus tropas para sujetarlos, supo que Hilderico, conde de Nimes, se habia sublevado en la parte de las Galias que pertenecia á España. Acudió el rey á la Cantabria, hoy Vizcaya, á hacer levas de jente, y estaba ya cerca de atajar el primer alboroto cuando le puso en cuidado el otro fomentado por el mismo jeneral Paulo, á quien habia enviado Wamba á la Galia Gótica. Al pronto dudó el rey qué resolucion tomar; pero habiendo adoptado el dictámen de sus capitanes y consejeros, y ecsaminado las razones, hizo una marcha forzada, y con su actividad y el valor del ejército consiguió en siete dias sujetar los gascones: buen pronóstico para la empresa que restaba. Anima-

dos los soldados, tomaron el camino de Calahorra y de Huesca, y el rey con la fuerza del ejército los seguia; llegó á Barcelona, y tomada fácilmente esta capital se apoderó de Jerona, á cuyo obispo Amador habia mandado Paulo por una carta, que entregase la ciudad al primero que se presentase. Despues de dos dias de descanso hizo que el ejército pasase los Pirineos, ganaron en aquella comarca tres pueblos, y prendieron algunos de los conjurados, como Ranosindo é Hildijeso: Narbona se rindió despues de una fuerte resistencia, y estrechado Paulo por todas partes, cayó en manos del vencedor; pero Wamba, superior á su resentimiento, y siguiendo los impulsos de un corazon magnánimo, perdonó á los vencidos, y contento con hacer raer el cabello y la barba á Paulo, le condenó como á los demas culpados á prision perpétua y volvió con ellos á Toledo, donde entró triunfante.

Se habia propuesto Wamba engrandecer y fortificar á Toledo, cuando le llamó otra empresa mayor. Los sarracenos agolpados en esta parte del Africa, pasaron el estrecho con una formidable armada, y empezaron á infestar las costas de España: Wamba les salió al encuentro y en una batalla naval los derrotó é hizo perder doscientas setenta embarcaciones. Despues en el año 675 (cuarto de su reinado) hizo Wamba que se celebrase en Toledo otro concilio compuesto de diezisiete obispos, los cuales establecieron dieziseis cánones. Velaba el rey y acudia á todas partes con presteza, sin escusar gasto ni trabajo alguno; mas no por eso faltó ambicioso que conspirase contra el trono. Ervijio, hijo de Ardebasto y pariente de Recesvinto, intentó hacerse rey, y temiendo el camino de la fuerza trató de que diesen á Wamba una bebida ponzoñosa, con la cual quedó privado de tal modo, que creyeron no tardaría en morir: le cortaron el cabello, le hicieron la barba y la corona á manera de sacerdote, y los confidentes de Ervijio le vistieron el hábito de monje, ceremonias que solian usarse con los moribundos. Todo esto lo tramó Ervijio para que aunque mejorase no pudiese ser mas rey, segun lo determinado en el concilio Toledano VI, y últimamente le hicieron aprobar la eleccion de Ervijio. Vuelto Wamba en sí al dia siguiente, conoció la trama; se encontró hecho monje y

determinó despreciar lo que otros ambicionaban tanto; se fué al monasterio de Pamplona donde pasó en servicio de Dios lo que le quedaba de vida, que fueron siete años y cinco meses.

Ervijio. —(680) Temiendo Ervijio por sus marañas el descontento del pueblo, trató de cubrirse con la capa de relijion. A este fin convocó para un concilio en Toledo á todos los prelados del reino. Acudieron treinta y cinco, y se tuvo la primera junta en 9 de enero del año 681. En este concilio, que es el Toledano XII, despues de aprobar la eleccion de Ervijio, absolvieron á los grandes del juramento ó pleito homenaje que habian hecho á Wamba. Dieron autoridad al arzobispo de Toledo para crear y elejir obispos en todo el reino cuando el rey, á quien pertenecia esta prerogativa por antigua costumbre, se hallase muy lejos; y que cuando estuviese presente confirmase los nombrados la real persona; prerogativa que abrió las zanjas de la primacía que la Iglesia de Toledo tiene sobre las demas de España. Dos años despues por órden del mismo rey se volvió á tener en Toledo otro concilio, que es el XIII. En él por voluntad de Ervijio se concedió perdon jeneral á cuantos siguieron el partido de Paulo. Se rebajaron las imposiciones, y para escusar alborotos condonaron á los particulares cuanto debian á las rentas reales, y se hicieron otros estatutos.

Parece que este rey quiso hacerse famoso celebrando concilios, pues en el año 683, á instancia del papa Leon, II de este nombre, hizo Ervijio que se tuviera en Toledo el concilio XIV para que los obispos de España aprobasen uno que se acababa de celebrar en Constantinopla con asistencia de doscientos noventa prelados, y entre los concilios jenerales se cuenta por VI. Asistieron solos diezisiete obispos, casi todos de la provincia cartajinense, los procuradores de Tarragona, Narbona, Mérida y otros. Recibieron y aprobaron dicho concilio Constantinopolitano, el cual contaban por V, y le pusieron despues del concilio Calcedonense, porque en España, Africa é Iliria fué comun engaño de aquel siglo no recibir el V concilio jeneral tenido en tiempo de Justiniano. Los prelados de España condenaron tambien á los monotelitas y apolinaristas, conforme á lo decretado en dicho concilio Constantinopolitano ó VI jene-

ral, y enviaron en su nombre á Roma una apolojía muy erudita, compuesta por Juliano, arzobispo de Toledo, que comprendia los principales capítulos y cabezas de nuestra fé, y despues fué materia de disputas entre las dos Iglesias de España y Roma.

Finalmente, conociendo Ervijio que continuaba todavia el aborrecimiento del pueblo por la accion que habia cometido con el virtuoso Wamba, y que sus hijos ningun bien lograrian, resolvió emparentar con el linaje de Wamba, y para ello casó á su hija Cijilona con un hombre principal de aquel linaje llamado Ejica. Hecho esto y derogadas por rigurosas algunas leyes de Wamba, y en particular templada la que trataba de las levas de soldados, falleció de una enfermedad á 15 de noviembre de 687. Su memoria y fama fué grande, aunque ni agradable ni honrosa.

Ejica.—(687) Ervijio antes de morir nombró por su sucesor en el reino á su yerno Ejica, y para que los grandes no escrupulizasen el jurarle por rey, les alzó el pleito homenaje que á él le tenian hecho. A pesar de haber sobresalido Ejica á sus antecesores en piedad y justicia, cometió al principio de su reinado la falta de repudiar á su mujer Cijilona en venganza de la accion de su padre, siendo asi que habia tenido en ella á Witiza. Como Ejica cuando subió al trono prometió amparar á la viuda de Ervijio y á sus hijos contra sus perseguidores, y como habia jurado tambien defender á sus vasallos de toda injusta opresion, y muchos de estos se quejaban de que los hijos de Ervijio les usurpaban sus bienes, dió órden Ejica de que se juntasen en el año 688 los padres del concilio Toledano XV, para que ecsaminasen la fuerza de estos dos juramentos, y viesen los medios de conciliarlos. Resolvieron los padres que la santidad del juramento no debe patrocinar á la maldad, y que antes se cumple con él en deshacer los agravios. Reformaron las leyes de los godos, y se mandó que todos los dias se hiciese rogativa en las iglesias por la salud del rey y de su real familia, de donde proviene la oracion que, mudadas pocas palabras, se dice en España en todas las misas. En el concilio XVII se trató de espeler de España á los judios, porque segun manifestaba el rey en una esposicion que presentó, los judios del reino se habian comunicado con los de A-

frica para entregar España á los moros, y no era justo sufrir tan grave traicion; pero á pesar de esta esposicion del rey, los prelados acordaron que á todos los judios se diesen por esclavos, y que todos sus bienes fuesen confiscados; que les quitasen los hijos en llegando á siete años, y los entregasen á cristianos para su educacion. Estableció el concilio una ley de amparo para la reina Cijilona y sus hijos, en caso de que el rey muriese, y que se observase lo mandado en otro concilio de Zaragoza. Por lo respectivo al gobierno político, Ejica, despues de haber derrotado á los moros en una batalla naval, dió otras tres á los franceses, las cuales aunque no fuesen navales se ignora, por el silencio de los escritores, el lugar donde se dieron, el número de combatientes y el de los muertos; notable descuido de los historiadores, pues se sabe solamente que los godos fueron desbaratados. Hecho esto, el rey Ejica asoció al trono á Witiza dándole el gobierno de Galicia.

Witiza.—(701) Muerto Ejica en Toledo, de enfermedad, en el año 701, acudió Witiza desde Galicia, y fué recibido por rey sin contradiccion alguna. Al principio manifestó las mas relevantes pruebas de sabiduria y justicia, aparentó querer volver por la inocencia y reprimir la maldad, alzó el destiero á cuantos le sufrian, les restituyó sus haciendas, honras y cargos, mandó quemar los procesos, moderó los tributos, é hizo cuanto se debia esperar de un buen rey; pero á poco empezó á darse á los vicios, y despeñándose en todo jénero de deshonestidades, tuvo un gran número de concubinas, con un tratamiento como si fueran reinas ó mujeres lejítimas. Para dar un colorido al desórden permitió á todos, y especialmente á los eclesiásticos, que se casasen, ó hiciesen lo mismo que él. Hizo Witiza otra ley, en la cual negaba la obediencia al papa. Aunque á muchos gustaba el vicio, sin embargo no todos querian mudar de costumbres, y volvian los ojos hácia el linaje y sucesion de Chindaswinto, comparando la diferencia. Advertido esto por Witiza, trató de ensangrentar sus manos en aquel linaje. Vivian á la sazon dos hijos de Chindaswinto, llamados el uno Teodofredo, que era duque de Córdoba, y Favila, duque de Cantabria. A este asesinó Witiza, segun se dice, y ni los hijos de estos, Pelayo y Rodrigo se habrian

librado de sus manos sangrientas si no se hubiesen retirado á Asturias y Cantabria. Witiza quitó la vida á Teodofredo, y sacó los ojos á Favila para gozar de su mujer. Con estas crueldades y desórdenes se hizo el rey muy odioso á sus vasallos, y no pudiendo apaciguarlos por buenos medios, trató de refrenarlos por el terror, y de quitarles los medios de sublevarse y fortificarse. Para esto mandó demoler y derribar las fortalezas y murallas de casi todas las ciudades del reino, escepto Toledo, Leon, Astorga y alguna otra, ya porque temiese un mal resultado, ó porque confiase de estas plazas. Suponiendo acabadas las guerras, mandó con frívolos pretestos convertir en rejas de labranza todas las armas de hierro y acero. Y á fin de tener este mónstruo quien aprobase sus crímenes quitó el lejítimo arzobispo de Toledo, y nombró á D. Opas con retencion del de Sevilla.

Los desórdenes eran jenerales, jemian todos y nadie se atrevia á respirar, porque de los suspiros se fabricaban procesos. Sin embargo, se declaró en rebelion la Andalucía, y segun el arzobispo D. Rodrigo, elijieron por su rey á D. Rodrigo, el cual ayudado de los electores y de los romanos, á quienes se habia acojido, quitó la vida al que habia hecho sacar los ojos á su padre, causó mucho daño en los pueblo adictos á Witiza, al cual segun unos sacó los ojos y envió á Córdoba donde murió, y segun otros acabó de muerte natural.

Don rodrigo, ultimo rey de los godos. — (711) Don Rodrigo, aunque tenia prendas muy apreciables de cuerpo y alma, que daban muestras de señaladas virtudes, sin embargo, en vez de escarmentar con lo sucedido á Witiza, pues los moros hacian cada dia nuevas tentativas para invadir á España, trató primero de ensanchar el palacio que su padre tenia en Córdoba, y que despues se llamó de don Rodrigo. Amaba mucho á su primo don Pelayo, á aquien llamó del destierro, y nombró capitan de su guardia. El odio que D. Rodrigo tenia á Witiza le manifestó en el mal tratamiento á sus hijos, los cuales por temor se pasaron al Africa. Asi, entregado D. Rodrigo á la sensualidad, ó sea á los mismos vicios que su antecesor, se enamoró en estremo de una hija del conde don Julian, gobernador de Ceuta, dama muy hermosa, llamada Caba Florinda, que

se criaba en palacio para la servidumbre de la reina Ejilona. Prendado el rey de ella no perdonó medios, halagos ni arbitrios para ganar su afecto; mas no pudiendo conseguirlo la violentó, y ella viéndose deshonrada lo escribió á su padre, el cual deseoso de vengarse llamó á los sarracenos, que esperaban solo ocasion favorable para subyugar la península.

Vuelto á España el conde don Julian finjió que ignoraba la afrenta recibida, y pidió al rey licencia para llevarse á su hija, porque su madre, á quien dejaba muriendo, deseaba verla, pero que despues la traeria. Pasó á Africa D. Julian á verse y tratar con Muza, quien acordó que por si acaso engañaba el conde, se hiciese primero prueba con poca jente, de las fuerzas de España. Al principio vinieron solos cien hombres de á caballo, y cuatrocientos de á pie: despues viendo que se pasaban á estos los descontentos, vino una division de doce mil hombres mandados por Tarif y Abuzara, caudillos acreditados por su valor, haciendo su entrada por Jibraltar, del cual se apoderaron. Súpolo D. Rodrigo, y enviando con presteza tropas al mando de su primo Sancho, sentaron su campamento cerca de Tarifa, y al fin de varios encuentros y escaramuzas se dió una batalla en la cual engreidos los bárbaros con la victoria pasaron adelante, talaron los campos de Andalucía y Lusitania, y tomaron muchos pueblos por aquellos contornos, especialmente la ciudad de Sevilla por estar desmantelada.

Los dos caudillos Tarif y el conde D. Julian volvieron á Africa para instar á Muza que les ausiliase con nuevas jentes para adelantar la empresa. Hízolo asi, y con este refuerzo cobraron los vencedores tal brio que se atrevieron á presentar batalla á don Rodrigo, quien en vista de la desgracia de su ejército ecsortó á todo el reino, é hizo un alistamiento jeneral; pero las tropas no se disciplinan en la ociosidad ni en los vicios. Llegó D. Rodrigo con su ejército (que algunos dicen fué de cien mil hombres) cerca de Jerez, donde el enemigo estaba acampado, y se situó y fortificó en un llano á las orillas del rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban venir á las manos, pero se pasaron siete dias en contínuas escaramuzas, hasta el octavo (que fué el domingo 19 de julio del año 714).

en que se resolvieron á dar batalla campal, ó de poder á poder, despues de haber oido cada ejército, segun costumbre, una arenga de sus respectivos jenerales Tarif y D. Rodrigo. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia, cuando D. Opas, que habia sabido tener encubierta hasta entonces su traicion, en lo mas empeñado de la batalla se pasó con un gran número de sus tropas á los enemigos, segun lo tenia concertado con ellos en secreto: juntóse con el conde D. Julian, que llevaba consigo gran número de godos, y por el costado mas débil acometieron á los españoles, quienes sin duda atónitos con traicion tan grande, y cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, por lo cual fueron desbaratados y puestos en huida por mas que se esforzase á pelear D. Rodrigo, socorriendo á cuantos veia en peligro, animando á los esforzados, y deteniendo á los que huían, á veces con su misma mano. Mas al fin perdida la esperanza de vencer, saltó del carro, montó en un caballo llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que ocurriese, y se salió don Rodrigo de la batalla sin que se haya vuelto á saber de él.

No ganaron los moros la victoria sin sangre, pues de ellos perecieron casi dieziseis mil; pero los godos, faltos de su jefe se desanimaron, parte quedaron en el campo muertos, los demas se pusieron en huida abandonando los almacenes y bagajes al enemigo, que bien pronto se apoderó de todo. El número de los muertos del ejército de D. Rodrigo no se cuenta, sin duda por haber sido tantos que no se pudo averiguar, pues á la verdad sola esta batalla bastó para despojar á España de todo su poder y estenderse de resultas los moros por toda la península, como que estaba indefensa, sin quedar á los fujitivos godos y españoles otro recurso que morir ó refujiarse en la escabrosidad de las montañas. A pesar de todo esto no pocos de los que escaparon de aquella desgraciada batalla se acojieron á Ecija, ciudad que no caía lejos, y en aquel tiempo fortificada de muros. Se unieron los refujiados con los ciudadanos, y resueltos á tratar del remedio, no dudaron salir otra vez al campo y pelear de nuevo con el vencedor. El suceso de esta batalla fué tan desgraciado como el de la an-

terior. Nuevamente fueron desbaratados y puestos en huida los españoles y godos, y la ciudad sin jente quedó en poder del vencedor, quien la mandó demoler.

Despues de esto, por consejo de D. Julian se dividieron los moros en dos partes; los unos bajo la conducta de Mugued, renegado cristiano, se dirijieron á Córdoba, ciudad que por estar desamparada de sus moradores (los cuales se fugaron á Toledo) facilmente fué tomada por aviso de un pastor, y puesta en sujecion. Con la otra parte del ejército Tarif saqueaba, talaba y corria á sangre y fuego lo restante de Andalucía: Montesa fué tomada por fuerza: en Málaga, Iliberis y Granada pusieron guarniciones de soldados. Murcia se rindió á partido por astucia de su gobernador. Faltaba sola Toledo, que puesta en el riñon de España parecia por su localidad inespugnable, mas quedó desamparada esta ciudad, porque el arzobispo junto con los mas nobles y ricos ciudadanos que le pudieron acompañar, y no pocos de los demas españoles con las reliquias, libros sagrados y tesoros que pudieron recojer y salvar, se fugaron á las montañas de Asturias, donde se fortificaron; y aun allí mismo algunos puntos y pueblos como Jijon, cayeron por de pronto en poder de los moros, y tuvieron que sufrir guarnicion suya. Tambien Toledo fué tomada por los sarracenos despues de muchos meses de sitio.

Las demas ciudades y pueblos de España, unas se rendian voluntariamente, y otras se tomaban por fuerza, porque la llama de la guerra se encendia por todas partes, y los habitantes se derramaban por todo el pais segun les parecia. No fué posible juntar otro ejército por entonces para volver á la defensa, y asi quedaron los mulsumanes dueños de la península y de todos los dominios del imperio de los godos, que tuvo fin en la desgraciada batalla del Guadalete.

FIN DEL TOMO TRIJESIMO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DUODECIMO.

HISTORIA DE ESPAÑA.

LIBRO DECIMOTERCERO.

